

RAIMUNDO CASTRO

**LOS
IMPRES
CINDI
BLES**

LA NOVELA DE LOS ÚLTIMOS
MAQUIS



Lectulandia

«Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles» (Bertolt Brecht). Raimundo Castro novela de forma magistral la historia de los guerrilleros españoles que lucharon por sus ideales de libertad y justicia desde el inicio de la Guerra Civil hasta la huida, en 1955, de la última partida de «maquis». En esta trama de confrontación nacional e internacional, miles de guerrilleros defendieron su vida y sus ideas, sin apenas armamento ni intendencia, frente a una Guardia Civil a la que Franco situó como vanguardia de la represión para intentar vender a la opinión mundial la falsa idea de que los soldados republicanos que le combatían en las sierras eran simples «bandoleros». Al amparo de la verdad histórica, la novela desnuda acontecimientos terribles que la memoria oficial ha ocultado. La ejemplar odisea de los maquis, su lucha —trufada de heroicidades y traiciones— queda reflejada en su duro acontecer cotidiano; en un relato que, más allá de su inquietante desenlace, ofrece una profunda reflexión sobre la dignidad humana.

Lectulandia

Raimundo Castro

Los imprescindibles

La novela de los últimos maquis

ePub r1.0

Titivillus 10.09.16

Título original: *Los imprescindibles*
Raimundo Castro, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Héctor, Alicia y los nietos de sus nietos.

«Hay hombres que luchan un día y son buenos.
Hay otros que luchan un año y son mejores.
Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.
Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles».

BERTOLT BRECHT

«Vosotros, que surgiréis del marasmo
en el que nosotros nos hemos hundido,
cuando habléis de nuestras debilidades
pensad también en los tiempos sombríos
de los que os habéis escapado.
Cambiábamos de país como de zapatos
a través de las guerras de clases y nos desesperábamos
donde solo había injusticia y nadie se alzaba contra ella.
Y, sin embargo, sabíamos
que también el odio contra la bajeza
desfigura la cara.
También la ira contra la injusticia
pone ronca la voz. Desgraciadamente, nosotros,
que queríamos preparar el camino para la amabilidad,
no pudimos ser amables.
Pero vosotros, cuando lleguen los tiempos
en que el hombre sea amigo del hombre,
pensad en nosotros con indulgencia».

A los hombres futuros, BERTOLT BRECHT

El mejor de los Invisibles

Aquellos ojos risueños la contemplaban, más allá del tiempo, desde el abismo celeste de los charcos. El anciano permanecía sentado frente a ella en su pequeña silla de tijera. Allí, en medio de la plaza. Durante horas. Y la muchacha experimentaba un desasosiego irritante. Casi vergüenza. Era como si la desnudase con su mirada vertiginosa. Como si un entomólogo de almas diseccionara su personalidad con el bisturí de su iris diamantino.

La tenía fuera de sus casillas. Se preguntaba qué leches estaría haciendo en la Puerta del Sol un viejo valleinclanescos que, a simple vista, rondaba los mil años y por qué la observaba tan indecentemente. Pero ignoraba qué responderse.

Se había escrito mucho de que en la acampada del 15-M había indignados para todos los gustos y de todas las edades, pero aquel carcamal rompía los moldes. Su presencia perturbadora le destemplaba el ánimo. Parecía la de un provocador. Sobre todo cuando tiraba de cuaderno y tomaba notas mientras exploraba sus movimientos y le sonreía.

Llegó el momento en que no pudo más. Descruzó las piernas, se apoyó en el saco de dormir que había enrollado de mala manera y levantó el culo del cartón que habitaba desde la gran noche del quince. Se acercó hasta él con la resolución de quien está dispuesto a romper el cordón policial en una manifestación prohibida y le preguntó a bocajarro, casi groseramente, por qué demonios la miraba tanto. Y así.

El Matusalén volvió a sonreír con esa dulzura que acrisolan los años. Ella le recordaba desmedidamente a una joven que había conocido hacía mucho mucho tiempo. Era igualita. Bueno, muy parecida. ¡Qué decía! Parecidísima. Tenía que perdonarle. No había caído en lo molesto que podía resultar. Pero era eso. De verdad. Que andaba fuera de sí, encadenado a los recuerdos, desde que la vio allí tumbada, gritando consignas, discutiendo con todos, bailando con la gente. Como su Alba Inés, pero casi ocho décadas después. Igualito.

Él volvía a tenerla delante, deslumbrante, viva. Los mismos ojos volcánicos en todos los sentidos. Verdinegros como la obsidiana. Y esa cara de eterna adolescente,

siempre resuelta. Y ese cuerpazo menudo. Pero ¡qué cuerpazo!... En fin. Ella misma rediviva. Exactamente eso, su Alba Inés vuelta de la sima de la memoria.

El anciano había acudido a curiosear el movimiento de los chavales indignados. Le gustaban sus principios. Estaba bien. Pero no dejaban de ser unos pipiolos, avisó. Se quedaban en lo elemental. Que si cambio de la Ley Electoral para hacerla más proporcional y que hubiese listas abiertas. Que si el derecho a una vivienda digna. Que si sanidad pública, gratuita y universal. Y educación laica. O la implantación de la Tasa Tobin, la reducción del poder del Fondo Monetario Internacional y del Banco Central Europeo. Cosas así. Y, por supuesto, la condena a tope de la corrupción, especialmente la vinculada a los políticos, la reducción del gasto militar y, qué coño, acceso popular a los medios de comunicación, tan manipulados y manipuladores. No es que estuviera mal. ¡Quia! Pero...

Elevó los hombros mientras sonreía. Nadie, dijo, había propuesto medidas contra el ejercicio abusivo del poder, aunque fuera democrático. Más allá de la famosa frase grandilocuente del bueno de lord Acton, aquello de que el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente, ignoraban, añadió, que el poder político, económico, religioso o cultural, el poder con mayúsculas, es el humus de la corrupción. Podrían haber propuesto, por ejemplo, que todos los cargos electos, desde el presidente hasta el más humilde concejal, solo pudiesen ocupar un puesto público durante uno o dos años. Algo así. Para que no tuvieran tiempo de acomodarse ni hacerse con las riendas de las trampas. Además, añadió con recochineo, la mayoría de los políticos profesionales aspiraban a gobernar por lo menos cuatro años para que la gente olvidase lo que hicieron el primero. «Viven de la amnesia colectiva», sentenció.

Lo más curioso fue que los jóvenes reclamaran unanimidad para adoptar cualquier decisión cuando, a su juicio, no hay nada más humano que la falta de entendimiento. Pero eso no era lo que más le preocupaba. Lo que le impresionaba, sobre todo, era una salvedad muy especial. Habían alcanzado un acuerdo en el que, sorprendentemente, consiguieron la concordancia total sin necesidad de votar a mano alzada. El de la recuperación de la memoria histórica.

¡Ja!, exclamó. ¡La memoria histórica! Si pudiera hablarles de las traiciones y la miserable ingratitud... Posiblemente, sentenció, la transición democrática habría sido muy distinta si toda España hubiera honrado a sus héroes antifranquistas, a sus derrotados. Pero las cosas fueron como fueron. No había que andar con posibilismos, lamentando siempre lo que pudo haber sido y no fue. En eso, se dijo, aquellos indignados que se rebelaban contra la resignación podrían propagar algo nuevo. Incluso desde esas posiciones que tanto le enfadaban, la falta de organización y el pacifismo a ultranza, podrían acabar topándose con la piedra filosofal.

Aquel primer día, cuando descubrió a la muchacha que le empitonó las tripas de la memoria, la invitó a tomar un café. Apoyados dificultosamente en la atestada barra de Casa Labra, se presentaron de mala manera. Ella dijo que se llamaba Alicia. Así, a secas. No quería revelar su apellido. Bastante le disgustaba ya llevarlo sobre la bata

de médica internista en el hospital donde trabajaba de MIR. Pero no por el oficio. Amaba su profesión. Era por la solemnidad que le daban los pacientes con el «doctora» delante.

—Odio las solemnidades —aclaró.

El anciano, sin darse cuenta, tiró de solemnidad. Era Federico Espejo y dijo que había sido miliciano durante la contienda, aunque nunca pasó a formar parte del Ejército Popular. Y añadió que luego, cuando ganó Franco, se hizo enlace de la guerrilla de aquella manera hasta que consiguió una identidad falsa y evitó como pudo acabar en la cárcel o en la cuneta.

El follón tasquero impidió que entraran en detalles. De modo que, si quería, comentó el viejo resabiado, podían quedar a charlar de vez en cuando. Si era posible, a desayunar un día que les viniera bien. Por ejemplo, el sábado siguiente. Ya vería. Le iba a contar cuatro cosas de esas que nunca se enseñan en la escuela.

A la chica le encantó la cita y, como vivía en la calle de Mesón de Paredes, preguntó al anciano si conocía el viejo café Barbieri, al que llamaban Nuevo desde hacía lustros. El abuelo se rio con ganas. ¡También era casualidad! Residía desde hacía tanto tiempo en Lavapiés que incluso había conocido personalmente a Xabier Rekalde, el cantautor experto en *jazz*, medio periodista, medio comerciante y medio muchas cosas más, que resucitó la cafetería a primeros de los ochenta. Le pareció ideal. Estarían como en casa.

No pudo ser. El Nuevo Barbieri solo abría por la tarde desde hacía años. No daba desayunos. De manera que, si le parecía, comentó, podían quedar en otro sitio. ¿Y Casa Manolo?, preguntó el anciano. ¿Casa Manolo?, inquirió ella. Sí, le dijo. Allí, por donde las traseras del Congreso. Tenían unos churros que no querías que se acabasen nunca y, si se terciaba que algún día se reunieran más tarde, ya desayunados, podrían tomarse unas croquetas tan buenas que todo el mundo decía de ellas que eran como las que hacía su madre. Podían quedar en la plaza de Lavapiés y aprovechar para dar un paseo hasta allí. Aunque la ida fuera dura por la subida desde la calle del Ave María hasta la del León, siempre agradecerían la vuelta cuesta abajo, bromeó.

El primer día que quedaron, Federico Espejo se descorchó de entrada. Se sinceró. Podía llamarle el Remedios por su nombre de guerra. Pero, para los amigos, era la Reme. Que imaginase por qué. Sí, por eso. Ya le contaría.

La Reme era un nonagenario de piel recauchutada. Para disimularlo, acudió a la cita vestido como un dandi. A lo Oscar Wilde, que dijo él. Pero, en realidad, tiraba más a macarrón de los cincuenta con su chaqueta cruzada, su *foulard* de lunares y un pañuelo de seda rosa que se desparramaba como lengua de Jagger desde su bolsillo chaquetero. De su carrocería solo resultaba original, diferente a todo lo conocido, un gran sombrero negro de alas caídas hacia arriba como pezones de novicia. Se excusaba diciendo que lo llevaba para protegerse del sol, el frío y la lluvia. Pero era pecado de coqueto.

Se acurrucaron por primera vez en torno a una mesa rectangular de mármol, de esas que se asentaban sobre estructuras metálicas de las máquinas Singer. Y ocuparon sillas de madera barnizada que ajustaron a un rincón donde nunca daba el sol, pero su luminosidad rebotaba, esplendorosa, en un cinturón de espejos desconchados.

El Remedios empezó contándole que hubo un tiempo, nada más empezar la transición, en que se habló algo de las desventuras de los guerrilleros antifranquistas. El pueblo quiso saber, hacer justicia histórica. Pero era políticamente incorrecto. Podía imaginarse. Por aquello de que fueron la oposición armada contra el franquismo. Armada... ¿comprendía? Y giró las manos como si le cantara a un niño la tonada de los cinco lobitos. Para los nuevos políticos demócratas era mejor no *meneallo*. Sobre todo porque la Guardia Civil, a la que le tocó el papelón de combatirlos con tanto muerto de por medio, no quería ni oír hablar de ellos. A los ojos de la Benemérita y el Régimen de Franco, eran bandidos, bandoleros. Le entendía, ¿no? Pues eso. Puñetera escoria comunista.

Cuando llegó la democracia, explicó, todo el pasado era penumbra. Aunque brotaba la democracia, incontenible, los guerrilleros se habían estrellado contra un murallón de silencio. El miedo seguía emponzoñando el aire y nadie hablaba de la historia adormecida. A los viejos testigos les amedrentaba la crudeza de unos recuerdos tenebrosos y amargos. Y los jóvenes, simplemente, ignoraban los acontecimientos.

Franco había muerto, pero perduraba su obra destructiva más allá de la restauración democrática. El recelo, la desconfianza, el miedo se habían convertido en cicatrices imborrables, imposibles de corregir por un *lifting* político. Venían de muy atrás, dijo el Remedios. Estaban curtidos por decenios de oscuridad. Y el futuro luminoso que sembró el Setentaysiete no pudo disimular los costurones. El temor a la dictadura se había transformado en manía persecutoria colectiva. El generalísimo había expirado en la cama porque el estar *acojonao*, así, sin la de, pasó a formar parte sustancial del ser ibérico, un estereotipo más de lo español que se sumaba al de zascandil, vago y anarquista de ocasión. Los nuevos tiempos jubilaron el valor torero y se mofaron de su pasado esplendoroso remitiendo los oropeles al enjuague del papel cuché para que las clientas de las peluquerías consumaran el escarnio de ponerlo en solfa entre lavado y tintura. España, sentenció, tardó poco en sestear como un rentista cuarentón que había comido bien y aguardaba en el bar, jugando al mus, la emisión del partido nuestro de cada día.

Con todo, dijo iluminando sus ojos de caramelo, nunca era tarde para recordar. Y por eso quería contarle la historia de los guerrilleros antifranquistas que había conocido. Sobre todo la de Miguel, «el Cambiao», un luchador muy muy especial, que había dejado huella. Para que su memoria no se perdiese. Y porque, posiblemente, conocer el pasado de verdad le ayudaría a comprender un poco más por qué era tan importante el movimiento regeneracionista del que formaba parte, Democracia Real Ya. El DRY. Tenían gracia las siglas, ¡eh! El DRY. ¡Joé! Había sido

premonitorio. Solo faltaba combinarlo con el zumo revolucionario adecuado. Y ¡zas! Un cóctel cojonudo. Mezclado, por supuesto. No agitado.

La joven doctora se rio antes de preguntar: «¿El Cambio?, ¿qué Cambio?». Y Federico Espejo, influido por la vieja costumbre de hablar bajo cuando trataba de asuntos clandestinos, como si le revelara un gran secreto, respondió acercándose a su oído:

—Era el mejor de los Invisibles.

Los hijos de Babeuf

El Remedios contó a su recién estrenada amiga que Miguel de Génova Meneses, «el Cambiao», vino al mundo el día de Difuntos de mil novecientos y diecisiete. Formaban parte de la misma quinta, aunque él, puso de relieve, había nacido unos meses antes, en abril. Era algo mayor.

Su amigo fue hijo único del marqués de Valdencina, don Alejandro de Génova y Carrasco, el cacique de Torrealba, un pueblo próximo a Montánchez, ni grande ni chico, que cruzaba la carretera entre Cáceres y Miajadas. El lugar era famoso porque tenía un palacio de película y porque solo allí se celebraba, todos los martes de Pascua, una fiesta muy rara, que llamaban de la Pica, en la que los vecinos chocaban las cáscaras de sus huevos cocidos en una competición con más segundas que premios. Ganaba quien los tenía más duros, pero el objetivo era que los jóvenes señalasen a quienes deseaban como pareja restregando las yemas bullidas por sus caras.

Torrealba también cobró fama en la comarca por la leyenda de sus raíces. Los muy viejos contaban que, por culpa de las salamandras, el pueblo se destruyó por completo y tuvo que reconstruirse en tres lugares cercanos. Los urodelos invadieron el asentamiento original y sus habitantes huyeron porque se extendió la especie de que los bichos se comían los ojos de los niños o se introducían en sus bocas y los asfixiaban. El Remedios se reía de la superstición porque muchos pueblos extremeños tenían leyendas semejantes con hormigas o langostas y explicaba que, de seguro, lo que pasó fue que la primera Torrealba se incendió en la Edad Media. O por ahí. Para que Alicia entendiera la fábula, recordó que los alquimistas consideraban a los salamándridos el símbolo del fuego. «Y hete ahí el misterio desvelado», sancionó.

Las circunstancias quisieron que Miguel rompiera con su padre y acabaron arrastrándole a Madrid cuando solo tenía dieciocho años. Por amor. Ya veía. «¡Qué raro!, ¿no?», ironizó el anciano. El chico se había enamorado de la amante de su progenitor, la hermosa Leonor. O Mimí. Como gustase. Ya le explicaría. Era una mujer de órdago, una prostituta de lujo con la que el muchacho hizo planes de futuro

en los que ambos, ¡pobrecitos!, aspiraban a vivir con dignidad de su trabajo y las rentas. Pero las cosas, claro, se torcieron. Y de qué manera.

Lo que más daño le hizo al muchacho, aseguró el abuelo sin nietos, fue la contienda fratricida. Y, dentro de la refriega, la traición. Miguel solía decir que, siendo tantos los horrores de la guerra, no había otro peor que el desengaño. El Remedios lo apostilló, poéticamente, inclinando el pecho sobre el velador de mármol, casi metiendo la solapa de la chaqueta entre los churros. «Lo que le pasó, Alicia, fue que los acontecimientos le dieron donde más dolía porque los nervios del alma se le quedaron al aire», secreteó cejijunto.

Aquellos días previos a la guerra, contó el cronista entusiasmado, nadie podía sospechar la conjura de las circunstancias que provocaron la urticaria general del dieciocho de julio. La capital se moría de sed. Un buen amigo de Miguel, Gregorio Barragán, al que llamaban «el Recogío», andaba con el baile de San Vito por culpa de la cebada sin fermentar. Repetía que Madrid no es Madrid si no hay cerveza fría. Y soltó ese latiguillo, sin descanso, todos y cada uno de los sofocantes e insoportables días que precedieron a la guerra.

Lo repicó hasta el aburrimiento, rumiándolo como si masticase un palulú. No cesó ni cuando acabó cabreando a sus amigos y los más le pidieron que parase de una puñetera vez. Leonor le excusó. Dijo que lo que le pasaba era comprensible. La muchacha estaba convencida de que aquellos calores desmedidos podían freírle los sesos a cualquiera. Pero que no era solo eso, que el nerviosismo general tenía otras razones. Y de peso.

Madrid se agitaba como una cucaracha envenenada, patas arriba, mientras esperaba, como toda España, un golpe de Estado definitivo. Todo el mundo sabía que los engranajes de la intentona se habían puesto en funcionamiento hacía muchos meses, el mismo día en que el Frente Popular ganó las elecciones. Los acontecimientos se habían acelerado desde que fueron asesinados el teniente José del Castillo, miembro de la Unión Militar Republicana Antifascista, y el líder de la derecha monárquica, José Calvo Sotelo. Su sangre pregonó la inmediatez del estropicio.

Desde que ganaron las izquierdas, siguió explicando el Remedios, el crimen y la venganza entremezclaron sus mechas. La espiral de violencia electrizó a España. Todo el mundo pensaba que la confrontación era inevitable y prefería no pensar en ella. Era mejor dejar el miedo a un lado de la realidad cotidiana, aparcarlo de mala manera en la cuneta de los presentimientos. Por eso el espíritu colectivo se acogió a la sabiduría tradicional y la gente concluyó que, si el problema no tenía solución, no era un problema. A Gregorio Barragán, de tan asustado, le despreocupaba la cercanía de la muerte. Y por eso insistía en que lo grave, de verdad, era la falta de cerveza fría.

Las huelgas se habían acumulado. Muchos patronos, convencidos de la proximidad de la intentona, endurecieron sus posiciones cuando llegó la renovación de los convenios. Pretendían enturbiar el ambiente y provocar el caos. Colaboraban

con los desestabilizadores para que la población se inclinase en favor de los militares y el restablecimiento del orden. Las reivindicaciones obreras se extremaron y la patronal dejó que la olla se recalentase.

Madrid se descoyuntó por los conflictos. Estaban en huelga los trabajadores de la construcción, y los de la calefacción, y los ascensoristas, y los de saneamiento, y los de la madera, y los sastres, y los de Euskalduna, y los pellejeros, y las guanteras, y las obreras de la fábrica de Gal en Isaac Peral, y las de Floraria. Y solo Gobernación sabía cuánta gente más. Pero el Recogió se atribuía la representatividad de todo el pueblo madrileño y decía que eso, con ser grave, no era lo malo, que lo peor era la huelga de los trabajadores de la gaseosa, el hielo y la cerveza porque habían dejado la ciudad a secas, asfixiada, sin alegría. Era imposible disfrutar de las terrazas y los chiringuitos. Y esos no eran modos. Así no había Dios que confiase en la llegada de la revolución. Porque ¿qué mierda de proletariado era ese que dejaba sin refresco al personal con la que estaba cayendo?

El Gregorio era así. Un borrico al que se tomaba cariño queriendo o sin querer. Cuando Miguel lo conoció, según explicó el Remedios, era un chaval algo menor que él, de diecisiete años, y vendía periódicos para ganarse la vida. Tenía el pelo liso, pero más rebelde que el rabo de una mula con moscas cojoneras. Se lo peinaba para atrás y el flequillo se le disparaba hacia delante como si fuera una visera de cerdas de cepillo. El rostro ratonil y la piel de aceituna clara le hacían parecer un berebere. O algo así. Y era estirado, quijotesco, y cuando vendía los diarios se escoraba a diestro y siniestro como si la brisa le tambalease empujando el velamen de su nariz.

El suyo no era un mal empleo. Se llevaba sus buenos duros semanales por vocear noticias de portada sin quitarse la gorra. Y vendía titulares orales mejores que los escritos. Cosas de la experiencia. Porque fue un capataz del diario, primo de su padre muerto, quien le había colocado, con solo catorce años, cuando salió del hospicio. Le dio un traje oscuro, con chaleco de lana, le endosó una corbata de popelín que había sido de su progenitor y, así adornado, la juventud le sirvió para atraer a los lectores porque su estampa inocente acreditaba los titulares, siempre dudosos.

También fue sustancioso para sus ingresos que le contratase *La Libertad*, un diario republicano de izquierdas que cuadruplicó su tirada como adversario de los gobiernos conservadores del oscuro bienio. Cada jornada, con las del alba, acudía a recoger su paquete en la calle de la Madera y se colocaba junto a las bocas de metro de la Gran Vía o la Puerta del Sol. Pregonaba las buenas intenciones de don Manuel Azaña y así, tan sanamente, se ganaba el jornal con el que pagaba el alquiler de una patrona, sus dos buenas comidas de a diario y vicios menores como el consumo de tagarninas, las veladas de boxeo o el baile semanal con sus anises.

Cuando don Benito, su patrón librero, se lo presentó a Miguel, Gregorio celebraba los tres años justos de su marcha del asilo de Yaserías. El chaval aún recitaba de memoria las treinta y una palabras del cartel que presidía la entrada del edificio municipal, cercano a los mataderos de Legazpi: «EEL QUE NO TRABAJA, POR RICO QUE

SEA, VIVE DEL TRABAJO DE OTROS; ES, PUES, UN PARÁSITO, O SEA, UN MIEMBRO INÚTIL Y AUN DAÑOSO PARA LA SOCIEDAD EN QUE VIVE». Así, precisaba. Todo con mayúsculas.

Por entonces, siguió contando el Remedios, los albergues no eran permanentes, pero a los niños se les permitían largas residencias mientras se les buscaba un hogar definitivo. Gregorio tuvo suerte porque cuando perecieron sus padres en un incendio permaneció allí casi seis años. Nunca se acostumbró a las bañeras de cinc, los dormitorios colectivos y los cocidos aguachinados, pero aquello le pareció el paraíso comparado con la vida perruna a la que estaban abocados la mayoría de los huérfanos sin recursos.

Las reflexiones del Recogío sobre las cervezas amenizaban hasta el hastío las charlas que mantenía con sus amigos, pero no disipaban la honda preocupación general. Todos estaban asustados por la belicosidad de los acontecimientos y su acelerada repetición. Desde que se sucedieron los asesinatos del teniente y el diputado, media España reclamaba venganza contra la otra media. Y la muerte, sin distinciones, afilaba sonriente su guadaña porque adivinaba la generosidad de la cosecha.

La situación se había podrido de tal modo, contó el Remedios con ironía, que un despiste en las órdenes internas de Falange, a la que su líder José Antonio había preparado desde la cárcel para dar apoyo al golpe militar, hizo que la intentona se adelantase en la Nava de Santiago, un pequeño pueblo pacense situado por el diablo a mitad de camino entre las carreteras de Cáceres a Mérida y Badajoz. El camarada José Tabares agrupó a los suyos y, en la madrugada del quince de julio, convencido de que el alzamiento había estallado ya en toda España, violentó las puertas del ayuntamiento y liberó a unos cuantos patronos que estaban presos allí por haber conspirado contra la República. La población quedó en manos de los fascistas durante unas horas en las que nadie pudo circular si no saludaba a la romana y gritaba «¡Arriba España!». Pasadas las ocho de la mañana, cuando las gallinas cloqueaban al sol su hartura de los gallos, un capitán de guardias de asalto acudió al pueblo con sus hombres para sofocar la rebelión y sometió, sin mediar tiro, a los cincuenta pisoteadores de la legalidad. Los guardias se llevaron a Tabares y a otros once revoltosos hasta la cercana Mérida. Y cuando las fuerzas republicanas supieron, cuarenta y ocho horas más tarde, que los militares se habían sublevado de verdad en toda España, los fusilaron sin pestañear.

Don Benito Gorostizaga, el hombre que le presentó al Recogío, recordó el Remedios, aquel librero amigo de Mimí que lo empleó como aprendiz cuando llegó a la capital, fue quien más claramente intuyó la proximidad del precipicio. De hecho, premonitoriamente, el jueves anterior a la catástrofe invitó a sus amigos a merendar. Los había sorprendido a todos porque, normalmente, quedaban un sábado al mes y pagaban a escote. Elegían cualquier taberna de prestigio y se alegraban las tripas con unos garbanzos con callos o un bacalao al ajo arriero que regaban con un buen Valdepeñas de garrafa.

Era su forma de ser. Un hombre de bien. El Remedios lo dibujó como un canoso don Pío, el Baroja, matizando que siempre vestía entre semana un guardapolvo azul sobre un jersey negro, de lana. Por si las corrientes.

Fue el gran maestro de Miguel. Era un socialista utópico, de los de verdad. Se reclamaba heredero de los primeros pensadores que soñaron la sociedad sin clases, distante y al tiempo admirador de anarquistas, socialistas y comunistas que lo fueran con sinceridad.

Alicia no podía imaginar la devoción que don Benito sentía por el famoso François Babeuf, el gran Gracchus, uno de los precursores del comunismo y el anarquismo. El librero no se hartaba de repetir a todos sus interlocutores que la Sociedad de los Iguales que pregonaba el buen gabacho acabaría imponiéndose por más vueltas que diera el mundo antes de que los hombres la alcanzasen. Solía decir que los luchadores caen, las ideologías cambian de nombre y los sueños avanzan más lentamente de lo que desean los humanos de bien, pero que nuestros herederos gozarían algún día de esa República de los Iguales en la que todos serían dueños de todo.

A quienes le recordaban el cruel destino de los hombres que habían querido cambiar el mundo, desde Jesucristo y Espartaco hasta, por no andarse más lejos, los heroicos Galán y García Hernández, Benito les espetaba, como un lenificante, el ejemplo de su mítico Babeuf, quien, antes de ser guillotinado por enfrentarse al Directorio que traicionó la Revolución francesa, escribió en su testamento: «Estoy convencido de que en los días futuros los hombres pensarán otra vez en la manera de procurar al género humano la felicidad que nosotros nos propusimos darle».

Don Benito había sido profesor, pero lo echaron del magisterio público al final de los veinte por sus simpatías izquierdistas y se convirtió en un librero humilde que aposentaba su acomodada soltería en el barrio de las Delicias. Fue compañero de instituto del padre de Leonor, la novia de Miguel. No había sabido nada ni de ella ni de su madre desde que el infortunado amigo murió en las manifestaciones contra la guerra de Marruecos, pero retomó el contacto por casualidad. Topó con la muchacha cuando paseaba por el Prado y la contempló como si fuese un fantasma. Tenía, como dulcificado, más angelical, el mismo rostro que su padre, Julio Artajo.

El librero había sido un buen compañero de estudios del progenitor, pero la amistad entre ambos no cuajó porque el magisterio acabó distanciándolos. Uno fue destinado a Valladolid y otro, al pueblo madrileño de Alcorcón. El asesinato de su compadre apenó de veras a don Benito y siempre le había recordado con afecto. Por eso le emocionó tanto la visión de Leonor. Mientras se abrazaban, el llanto deshizo el terrón de azúcar en que se había convertido su corazón.

Ese día, acompañado por la hija, conversó largo y tendido con la viuda de su amigo, a quien quiso consolar, comprensivo, cuando le contaron su penoso destino de fulana. Dijo que no debía arrepentirse de lo hecho porque la única culpable de todo lo sucedido era la sociedad miserable en la que vivían. Ella le agradeció sus palabras,

aunque, por cierto, avisó, ya andaba de vuelta. Sin embargo, con esa y otras prédicas de corrala, don Benito y doña María Manuela acabaron pasando juntos muchos atardeceres y cuajaron una amistad madura y sin sexo que ahuyentó a la soledad.

Lo de que Miguel trabajase para don Benito tuvo su aquel. Cuando los jóvenes huyeron de Torrealba a Madrid, ya le contaría el porqué, Leonor lo había previsto todo. Sería su ayudante en el puesto de Claudio Moyano hasta que decidiese el modo de restablecer el trámite ordinario de sus estudios. Porque, si acababa el curso que había dejado en suspenso tras la fuga, le correspondía el acceso a la universidad. Pero lo malo era que no sabía qué carrera elegir ni cómo concluir el bachillerato sin la autorización paterna.

A la espera de una solución, el contacto con el ilustrado librero le fue de maravilla. El anciano casi lo adoptó. Lo convirtió en hijo, discípulo y confidente. Y hasta se lo hubiese llevado a vivir con él, so pretexto de abundar en la enseñanza, si Leonor, celosa, no se lo hubiera impedido.

El propio Miguel contó a Federico que le había costado mucho hacerse con el oficio. El puesto callejero que poseía el maestro en la feria de libros viejos de la cuesta de Moyano tenía dos entradas y cuatro columnas de madera que permitían recorrerlo por dentro y escudriñar la casi totalidad de los libros. O, cuando menos, sus lomos. En el interior, las materias estaban ordenadas por estanterías y fuera imperaba un desorden bienintencionado. Don Benito quería que los clientes pudieran ojear sin prisas, a placer, las publicaciones amontonadas sobre los tablones del largo mostrador. Su lema era que el cliente remirase. Y para que lo hiciera a gusto, utilizaba como visera contra el sol o la lluvia un frontal de madera chapada que servía de cierre a la caseta.

El agobio se adueñó de Miguel porque le enloquecían la multitud de tomos, la diversidad de asuntos, aquel calculado caos de don Benito que a él le resultaba inescrutable. Le asfixiaban los anaqueles repletos y la angostura del pasillo, estrechado aquí o allá por innumerables paquetes de revistas atadas con cuerdas o legajos mal anudados con balduques que segaban los dedos. Pero se le acabó pasando. Fue como todo, dijo el Remedios. Cuestión de acostumbrarse.

La noche del exorcismo gastronómico, don Benito les invitó en la Casa de Humanes, por donde Embajadores. Cenaron unas raciones de mollejas y entresijos y remataron la faena con el tradicional té chispeado de aguardiente. Acodados sobre las largas mesas de madera, desplazando el trasero cada dos por tres para combatir la dureza de los bancos corridos, se rieron de la sentencia que recogía un azulejo colgado en la pared: «El camello es el animal que más resiste sin beber. ¡No seas camello!». Don Benito, algo achispado, pidió que trajinaran como esas bienaventuradas bestias y guardasen el morapio en las jorobas porque iba a escasear. Miguel rogó, entre risas, que no fuera gafe. Y Leonor, que andaba enterada de muchos secretos por amistades de su para entonces abandonado oficio, les dejó helados cuando aseguró que no acababa el mes sin que los militares saliesen a la

calle. «El Gobierno lo sabe, pero no actúa», lamentó.

La muchacha contó que el presidente Casares Quiroga había comentado que los generales conspiraban por vicio. Incluso afirmó que eran las conjuras de siempre y que no cuajarían. De llevarse a cabo algún pronunciamiento, estaba convencido de que resultaría otra sanjurjada, como en el treinta y dos. Y pensaba que resolvería el problema con una compañía de guardias de asalto.

Su necesidad era tan grande que utilizaba la amenaza cuartelera para presentarse ante la ciudadanía como el apoderado del equilibrio y la moderación. Lo malo, según dijo el Remedios que dijo Leonor, era que esa vez la cúpula militar había preparado la rebelión a conciencia y que la República iba a pagar muy cara la torpeza presidencial. Recurriendo a un dicho extremeño que aprendió de Miguel, la joven dijo de Casares: «Es que lo agitas y te da bellotas».

El viernes, como si pretendiese hacer olvidar a sus amigos la tristeza de la jornada anterior, Leonor devolvió el favor invitando al grupo al pase nocturno de *Morena clara*, la película de moda. Solo faltó el Recogío. Dijo que había quedado de verbenas con su amigo Remigio Bonaire. ¡Menudas verbenas!, replicó Leonor. Pero no se enfadó. Bromeó: «Mejor para mí. Una butaca menos y tres pesetas más».

Miguel contó al Remedios que se rio de ellos en silencio porque conocía la verdad. Gregorio se había sumado a un grupo de defensa confederal, de los que vigilaban los acuartelamientos militares por la noche a la espera de que los movimientos delatasen el pronunciamiento definitivo. Pero ocultó el dato para que no se preocupasen los demás.

El cine Rialto, construido un año antes, lucía su esplendorosa pulcritud. La proyección era espléndida y los altavoces sonaban fetén, como decían los castizos. Todo fue bien hasta que Imperio Argentina cantó *El día que nací yo* y a Leonor se le encasquillaron las tragaderas.

Al anciano de memoria prodigiosa nunca se le fue de la sesera lo que le había contado Miguel sobre ese día. A Mimí, dijo, se le reventó la vena del puterío, todavía tierna. Fue como un derrame. Pero no cerebral, sino del alma.

Miguel le había tomado el brazo como para andar de calle y le apretaba la mano extendida sobre la madera que separaba las butacas, pero ella no pudo remediarlo. Le temblaba la barbilla, se le humedecían los párpados y se le corría el rímel a pesar de los esfuerzos que hacía para evitarlo. Había sentido que los acontecimientos destruirían su felicidad porque el destino la putearía una vez más. Y nunca mejor dicho. Ella siempre pensaba mal porque la vida le había enseñado que era la mejor forma de acertar. Y porque, si no se acertaba, mejor que mejor.

Se estremecía pensando en cuál sería el planeta que reinaba cuando ella nació, se preguntaba por qué su estrella de plata la había llevado por ese calvario llenito de cruces y rogaba en silencio: «Estrella de nácar, déjame ser buena». Pero se mordía los labios mientras escuchaba la voz melodiosa de la actriz y sentía a su lado, firme, comprensivo, más suyo que nunca, a su «rey de los luceros». Estuvo a punto de

levantarse porque no podía soportar el hervidero de sus mofletes. Pero se aguantó.

El Remedios contaba que Leonor siempre fue mucha mujer y que, por eso, sin duda, recuperó la serenidad en un ya estoy de vuelta. Afortunadamente. Porque sin la frialdad de pensamiento no hubiera resistido lo que pasó después. Era la última canción de la jodida cinta. Se la había aprendido escuchándola en la radio y gracias a eso pudo evitar que le desgarrase las entrañas. «Gitana, que tú serás como la *farsa monea*... que de mano en mano va y ninguno se la *quea*». Iba oyendo la letra e imaginándose a Miguel en el futuro, de espaldas, los brazos cruzados para no matarla, los ojos cerrados para no llorar, facilitándole la marcha porque temía ser débil y acabar perdonándola. La voz de la artista le parecía la de Miguel cuando dictaba: «¡Vete, mujer mala, vete de mi vera!, *ruea* lo mismito que la maldición». Y, cerrando los ojos, imaginaba a su hombre clavándose las uñas en ese corazón que se le había salido del pecho para no llamarla cuando, al fin, se fue. Había soltado sus dedos de los de Miguel y no permitió, después, que él le llevara la cabeza hasta su hombro.

Federico Espejo aseguraba que Leonor había sido una de las mejores cocotas de lujo de Madrid y que debió de pensar, en esos momentos, que una mujer como ella no sobreviviría si dejaba de ser fuerte. Miguel solo podía ser su refugio cuando ella lo deseara y sin que se diera cuenta de que lo necesitaba. Bien sabía ella lo que quería decir Morena Clara cuando cantó que en el puerto de su amante se le ahogaban los cinco sentidos. Los *quereles* había que guardarlos a buen recaudo, como los más preciados zarcillos de oro a los que aludía el cantar. Pero solo ella tendría la llave del joyero.

Leonor se había embutido a capón en esos pensamientos cuando se armó un alboroto en las filas de atrás, junto a las puertas de acceso al salón de proyecciones. Entraron dos o tres paisanos armados con pistolas y gritaron desde la penumbra que el ejército se había sublevado en África. Al parecer, se dirigían a un grupo de compañeros que se levantaron y salieron corriendo detrás de ellos, sin esperar a que terminase la película. Nadie supo si eran falangistas, comunistas, anarquistas, o a saber, porque el tono de los gritos fue de satisfacción y todos los partidos parecían tener motivos para estar contentos. Por fin, pensaban en común, había llegado la hora de medir las fuerzas.

En el cine los espectadores dejaron de llorar las desventuras de la reina de la copla. Sabían que la gran representación estaría en la calle y sospechaban que el verismo de las escenas dramáticas que se avecinaban acabaría desecándoles el lagrimal. Lo presumieron de inmediato. Y se asustaron. Esa noche habían sonado las cinco de la tarde y todos comprendieron que ya eran el otro, el adversario de no se sabía quién, la bestia a la que algunos ansiaban darle la puntilla.

La hora de los gallos

El puntilloso narrador siguió relatando a su Alicia particular que aquel desgraciado dieciocho de julio el Recogío había llegado jadeando a la cuesta de Moyano cuando ni don Benito ni Miguel habían desplegado todavía los estantes del puesto callejero. Dijo, sofocado, que ya se había liado y que por eso estaba ahí. Para avisarles. Anduvo toda la noche formando parte de un piquete defensivo de la Ceneté que dirigía su amigo Remigio Bonaire. Y ahí fue donde se enteró de todo. De que las cosas amenazaban con salirse de madre, de abuela y hasta de tatarabuela.

Los periódicos no decían nada por la censura y las radios habían emitido los primeros partes de las siete y cuarto sin soltar ni prenda. Luego, las emisoras emitieron los discos y retransmitieron las primeras campanadas horarias de la catedral, a las ocho. También como si nada. Pero, afirmó quedamente, la cosa estaba clara. Se había liado. Y de la hostia.

Un ujier del Congreso de los Diputados que formaba parte de su grupo les contó que la ejecutiva del Pesoe se había reunido en el palacio de la Carrera de San Jerónimo a media tarde del viernes, en secreto, porque las tropas moras de los regulares y una sección de infantería habían asaltado la base de hidroaviones de El Atalayón, en Melilla. Se comentaba que cuando se hicieron con la guarnición, los rebeldes habían arrestado a los oficiales leales al Gobierno, entre los que estaba el famoso Leret.

—¿Leret? —preguntó Alicia.

—Sí, el gran Leret —respondió el Remedios. Y recurrió al latiguillo de que ya le contaría.

Los muy cabrones, siguió diciendo, fusilaron a los presos por la noche, cuando ya habían pasado a cuchillo a todos los soldados y trabajadores que se habían resistido. «¡Pedazo de cabrones!», repitió indignado. Y tras rebanarse el cuello con el dedo para ilustrar la escabechina, respiró.

Fue solo un suspiro. Volvió a la carga, de inmediato, con palabras aceleradas y malsonantes. Contó que fue una vigilia extraña porque, a pesar de lo de Marruecos,

todo había sido normal en el centro de la capital. Poco después de las cinco de la madrugada, los cuatro gatos que seguían despiertos se habían dirigido a la Puerta del Sol para refugiarse en los cafés porque a esas horas tardías apenas quedaba nadie por la calle. Los camareros, siguiendo la costumbre veraniega, habían hecho como que chapaban y bajaron un poco los cierres metálicos. Al rato, sin echar a los que seguían dentro, volvieron a levantarlos y empezaron la nueva jornada como si tal cosa. «Entonces era así», dijo el Remedios.

El café Universal tuvo más clientes que nunca porque esa noche estaba lleno de reporteros que iban y venían a Teléfonos, el descuidado edificio de primeros del diecinueve donde seguía instalada la única central telefónica de Madrid. Sus cabinas y las mesas para escribir a máquina estaban a disposición de la prensa las veinticuatro horas del día porque los corresponsales extranjeros solían enviar desde allí sus crónicas de última hora.

Los plumíferos se habían mezclado con las peripatéticas que bajaron de las calles de Peligros y Jardines. Las chicas, contó el Recogío, ofrecían sus cuerpos, de por sí baratos, a precios de saldo. Por la situación. Para no estar solas. Y los clientes de los cafés charlaban con las cupletistas y con los músicos de *cabaret* que andaban tomándose la espuela después de la faena. Incluso pelaban la pava con los bohemios de cartilla y los tertulianos de oficio, aunque sin beneficio, que aguantaban el ojén hasta que cualquier conocido los dejaba dormidos en un taxi que los llevaba hasta su domicilio.

La plaza era entonces, con las del alba, el estómago estragado de la ciudad, dijo el Remedios. Y así, desamparados como los luceros que ya difuminaba la aurora descarnada, añadió poético, cada uno de aquellos antihéroes nocturnos pregonaba con su derrota, mejor que nada ni nadie en el mundo, la miserable grandeza de la vida.

Miguel acordó con el Recogío su incorporación al grupo de choque de Bonaire para echar una mano en lo que hiciera falta. Tomaron un tranvía amarillo, de esos que llamaban «canarios», subieron hasta la antigua plazuela de la Leña y desde allí bajaron andando a mezclarse con la gente en los corrillos de la Puerta del Sol.

Cerca del mediodía, la Unión Radio empezó a emitir informaciones que confirmaban la sublevación militar en el Protectorado. Los partes gubernamentales aseguraban que la rebelión estaba siendo sofocada sin problemas y que las guarniciones de la península se mantenían leales al Gobierno, pero no tranquilizaban a la gente. En el bar Flor, popularmente conocido como el faro obrero de Madrid, el bullicio era extraordinario, aunque muy distinto al habitual de los sábados porque en las barras se acodaban unos cuantos trabajadores armados que formaban parte de grupos defensivos del Pesoe, el Pecé y los sindicatos.

A la hora del almuerzo, Miguel telefoneó a Leonor para avisar de que no iría a comer. Había invitado a su amigo en una taberna de la calle Bordadores donde servían bocadillos de calamares y un buen clarete de Cigales, fresco como agua de botijo. Y, después, los dos se habían acercado a las traseras del Teatro Real donde

Remigio Bonaire los estaba esperando. El anarquista no se sorprendió por la presencia de Miguel. Estaba seguro de que el chaval acabaría con ellos, dijo, desde que le conoció. Era un buen muchacho y hacía bien en juntarse con la gente idealista, los auténticos amantes de la libertad, los únicos que despreciaban cargos y prebendas. Era tan sincero que Miguel le estrechó la mano, aturcido por los piropos, y Bonaire se emocionó. Contra su ruda costumbre, incluso le dio un abrazo.

El tabaquero Bonaire era un hombre bajo, fornido como un jato. Tenía los brazos gruesos y firmes y unas manos pequeñas que se le habían encallecido en la fábrica donde, además de picar el tabaco, tiraba de sogas y arrastraba poleas para cargar los fardos. El Remedios comentó que la redondez del torso, mezclada con la nariz picuda y unas cejas espesas y encrespadas, le conferían el aspecto sabihondo de un búho viejo. Sin embargo, quienes le trataban le llamaban el Lechuza. ¡El Lechuza! Miró a Alicia con cara de picarón. Ya sabía... Para tocarle los... Se ruborizó. Bueno, pues eso. Para tocarle los esos.

Alicia se rio con franqueza infantil. No le importaba, matizó, que dijera palabrotas si eran de uso común. Ella soltaba muchas cuando hablaba con los amigos, guiñó un ojo. Nunca en público. Lo único que no soportaba eran las vulgaridades, las groserías. Sobre todo las machistas.

Federico, agradecido por la demostración de afecto, casi gritó entre risas que, pues eso, porque siempre se las daba de muy macho y así le tocaban un poco los cojones.

Bonaire no tuvo escuela. Se educó entre peonadas mientras pencaba en las eras de su Bujalance natal. Empezó cuando no había cumplido ni los doce años. Allí le enseñaron a leer con los folletos de don José Sánchez Rosa, un zapatero remendón que solo estudió dos cursos de primaria, pero acabó siendo un auténtico filósofo. Popular, por supuesto.

Remigio admiraba a don José más que a Bakunin porque, además de haberse leído sus tres obras de gramática, aritmética y abogacía del obrero, le consideraba un segundo Jesucristo. Como el de verdad, el histórico, el que se sacrificó por los pobres, remachaba. No el de los obispos.

Aquel sevillano era tan buena persona, contó Federico Espejo a la sorprendida Alicia, que hizo fama porque compraba jilgueros y canarios en el mercado de animales de la Alfalfa y después los soltaba en los jardines de Murillo diciendo que no soportaba que se encarcelase ni a los pájaros. Por culpa de su maestro, Remigio vivió una gran contradicción personal, porque cuando llegó a Madrid en busca de trabajo fue discípulo del discípulo de un discípulo directo del milanés Achille Vittorio Pini, seguidor a su vez del filósofo alemán Max Stirner, el más individualista de todos los ácratas individualistas conocidos. Stirner adoraba la violencia y consideraba que el conjunto de la humanidad era una masa de mediocres incapaz de romper con las convenciones burguesas. A su juicio, no había otra salvación que la personal. Proclamaba la virtud del mal y elogiaba el crimen como alternativa destructora del

Estado. Rechazaba todo tipo de moral colectiva, social o religiosa, y postulaba el gozo total de los placeres, sin pensar en las consecuencias que pudiera acarrear la transgresión. Únicamente aceptaba como forma asociativa a los que denominaba «sindicatos de egoístas», los que conformaban pequeños grupos de lúcidos enemigos de la ley y el orden.

Mediados los noventa del diecinueve, Pini practicó en Barcelona lo que llamó la reapropiación, el robo a mano armada con el que, según pregonó, los proletarios debían recuperar aquello que los capitalistas les habían hurtado previamente explotándolos en el tajo. Esa prédica, y su práctica, detalló el Remedios, sembraron las bases del pistolero romántico, tan admirado por el anarquismo ibérico.

Confundido, siempre en duelo consigo mismo por las enseñanzas contradictorias de Sánchez Rosa y los estirneristas, Remigio fue un joven aprendiz de pistolero que militó en la FAI sin meditarlo. «Tenía un cacao mental de la hostia en verso», resumió Federico. Pero, al poco de casarse, pensó en su mujer y sus hijos, amó las pequeñas cosas y, después de leer las reflexiones de Ángel Pestaña en contra de la violencia individualista, comprendió que los problemas de la clase obrera no se resolverían matando a cuatro patrones. Aunque algunos compañeros insistieron en que, por su egoísmo consustancial, los capitalistas cedían más fácilmente cuando veían amenazada su vida, acabó coincidiendo con el sindicalista leonés en que solo las actuaciones colectivas, las huelgas, la organización general y una gran revolución de las masas podrían darle la vuelta a los bolsillos del mundo.

La putada fue esa, según le había explicado Miguel mientras se lo contaba, que llegó la guerra cuando por fin había concluido que las pistolas solo eran un parche. Y ¡hete ahí la coña histórica! Estaba donde estaba, esa tarde de julio, apretando entre sus dedos una Astra de nueve milímetros y esperando conseguir, cuanto antes, un tanque o un cañón.

El empleado del almacén de tabacos les explicó que la dirección cenetista había pedido que cada grupo buscara armas donde pudiese. De momento, les dijeron, lo mejor era que asaltasen las armerías del centro para tener pistolas y escopetas de cartuchos. Se dirigieron a un guadarnés de la calle Mayor y Bonaire reventó a tiros los cierres metálicos. Los paseantes los miraban espantados y los guardias de asalto, que acordonaban el Ministerio de Gobernación para protegerlo de los miles de trabajadores que ya se concentraban en la plaza, los contemplaron de lejos y les dejaron hacer.

La imposición del caos provocó entonces las reacciones más extrañas, dijo el Remedios sonriendo. Una señora elegantemente vestida de oscuro, tocada con peineta y velo negro, los llamó malandrines y los atacó con un bolso de charol que despedía centellas. Los anarquistas estaban dispuestos a romperle la cabeza a cualquier guardia o militar, pero no supieron qué hacer con la mujer. Se limitaron a esquivar sus arremetidas y más de uno se llevó un buen coscorrón antes de acabar huyendo sin más pertrechos que dos escopetas relucientes y unos cuantos cartuchos de fogueo que

no servían ni para asustar a los chuchos callejeros.

Convinieron refugiarse en su zona y esperar por allí hasta ver cómo evolucionaban los acontecimientos. La mayor parte del grupo vivía en los barrios bajos, esparcidos por Latina, Inclusa, el Rastro y Lavapiés. Se acercaron a la calle de San Carlos, en la esquina con la del Ave María, donde entonces había una taberna que tenía un aparato telefónico de pared más antiguo que Nabucodonosor, pero perfectamente utilizable. Aunque tenía otra denominación oficial rotulada sobre el saliente de la cornisa que separaba el local del primer piso, lo llamaban Casa Ramiro. Las letras del rótulo original, precisó el narrador, las había borrado la intemperie y las grietas hacían juego con la fachada cubierta por cuarterones de madera que alguna vez estuvieron pintados de rojo y se habían quedado al desnudo, sin más barniz que el del tiempo. En el interior, por el contrario, el uso había lustrado las baldosas, el mármol de las mesas, el cinc del mostrador y hasta los zócalos de cerámica.

Allí supieron que la multitud concentrada en Sol reclamaba armas al Gobierno y dudaron si sumarse a la riada humana. Bonaire pidió consejo por teléfono y un dirigente cenetista les dijo que se quedaran donde estaban. Debían aguardar a que pasaran a recogerlos para ir a controlar, con más gente, los cuarteles de los alrededores.

Salieron a la calle para vivir la algarabía de la ciudad. En aquel momento, dijo Miguel, todavía no se oían tiros. Solo se escuchaban las campanadas de las ambulancias y gritos lejanos de algunos controles callejeros, sobre todo de los que habían organizado los milicianos allí al lado, en Antón Martín y Lavapiés.

La gente no podía dormir mientras aguardaba la evolución de los acontecimientos. Se reunía en la calle, acomodada en sus sillas de anea junto a los baldes comunales en los que habían depositado refrescos de agua con anís. Muchos atendían desde sus balcones abiertos las noticias de la radio porque ya se hablaba sin censura de la sublevación, de que se estaba formando un nuevo gobierno, de las declaraciones de huelga general de los sindicatos y de la conveniencia de que, el domingo, los trabajadores acudieran a las casas del pueblo, los ateneos libertarios y los radios comunistas. A lo largo de la serpenteante cuesta de la calle del Ave María, los hombres discutían sobre el alcance de la sedición militar mientras las mujeres se santiguaban, sin importarles que estuviera mal visto, porque adivinaban la crueldad de los tiempos por venir.

Cuando Miguel llamó por teléfono a su casa para avisar de que no iría a dormir, Leonor le echó una bronca de las de órdago a la grande, la chica y los pares, si tenía. El muchacho sonrió mientras la oía desahogarse. Le exigía que se quedase al margen, que no fuera un crío, que volviese a casa y esperase hasta ver lo que pasaba. Luego dejó de gritar y le rogó que fuera con ella. Le quería más que a nada ni nadie en el mundo, susurró. Y no soportaría que le ocurriese algo.

Miguel, halagado, respondió que también la quería y, antes de colgar, más gallo que gallito, petulante, dio su pero de pecho:

—Lo siento, querida, pero tocan bastos y hay que echarle bemoles a la cosa.

Cada ración de espanto

Miguel le dijo al Remedios que con la alborada del domingo llegó, estruendoso, un taxi requisado. En sus puertas de negro escarabajo habían pintado con tiza las siglas UHP. El dirigente de la Ceneté Isabelo Romero se había encargado de cubrir el flanco sur de la capital porque conocía bien el barrio de Usera y envió a un joven armado a buscarlos. El chaval ordenó a Bonaire que se acercara con sus hombres hasta la plaza de Antón Martín, donde había vehículos que recogían a la gente para llevarla hacia la carretera de Andalucía. Los anarquistas, dijo, se habían coordinado espontáneamente con los socialistas e intentaban proteger el puente de Andalucía, por si se sublevaban los cuarteles de Villaverde y Getafe.

Subido al estribo de un viejo autobús escolar, contó el anciano, Miguel experimentó la borrachera de la acción. Rodaba cuesta abajo, por la calle Delicias, hasta la plaza de Legazpi. Y le volaban, al compás, la camisa y la imaginación.

Al otro lado del puente, en la plazuela de Perales de Tajuña, donde se bifurcaban la calle Usera y la carretera de Cádiz, cartografió el Remedios, se habían concentrado centenares de personas para ofrecer su ayuda contra los rebeldes. Muchos de ellos, incluidos niños y mujeres, seguían construyendo barreras escalonadas que pretendían entorpecer el paso de los soldados que se sublevaran, pero la mayoría de los concentrados esperaban que les llevaran armas.

El grupo de Miguel estuvo en la explanada toda la mañana. No consiguió ni un solo fusil. De cuando en cuando, bajaban algunos vehículos cargados con una partida de máuseres y la multitud se peleaba por hacerse con ellos cuando los repartían desde la baca del coche o la caja de un camión. Estaban llenos de grasa porque no se habían estrenado y les faltaban las correas para colgarlos del hombro. Pero los milicianos afortunados eran felices limpiando los grumos de sus mosquetones con hojas de periódicos o fabricando el corraje del chopo con un simple cordel.

Miguel y el Recogió envidiaban tanto a los afortunados que cuando se enteraron de que las armas llegaban por centenares al Círculo Socialista del Oeste, el del puente de Segovia, decidieron abandonar a Bonaire. No era cosa de ideologías, explicaron.

Solo querían defender la República cuanto antes.

Anduvieron por la cuneta de la carretera Madrid-Cádiz, desde el kilómetro cuatro para abajo. Aprovecharon la sombra de las desperdigadas acacias desvalidas y atravesaron la vaguada de Marqués de Vadillo con el paso pesado, rendidos por la solana y el aire abrasador. El calor impidió que las patrullas les dieran la tabarra y avanzaron con tranquilidad hacia el puente de Segovia, bordeando las tripas del cementerio de San Isidro sin perder las veredas que salvaban los descampados polvorientos de las orillas del Manzanares.

Tuvieron suerte, explicó el Remedios. El Círculo Socialista era un viejo edificio de ladrillo visto que se había construido en torno a un enorme patio interior completamente empedrado con guijarros. Fueron acogidos sin reparo, aunque no tenían el carné de las Juventudes ni el del partido, porque uno de los voluntarios que vigilaban el cuartel improvisado era camarero del bar Continental de Antón Martín y los conocía personalmente. Sin preámbulos, los presentó ante el único mandamás que les quedaba.

Era Manuel Tagüeña, un hombre valiente como pocos que ascendió a teniente coronel y que con solo veinticinco años, alabó el Remedios, mandó treinta mil hombres en la batalla del Ebro. «Un tipo auténtico, Alicia; un héroe de verdad, de los de antes», añadió trabucado, emocionado por el recuerdo.

Cuando entraron a su despacho estaba tumbado en un sofá, medio dormido. Entonces solo tenía veintitrés primaveras, siguió diciendo admirado, pero parecía mayor porque iba vestido con el uniforme de brigada de Ingenieros que se ganó el verano anterior haciendo el servicio militar para universitarios. El lustre del correaje y el brillo de las insignias y de los botones impresionó a los muchachos. El suboficial se puso en pie y se abrochó la guerrera antes de llevarse la mano extendida hasta la sien. Se corrigió de inmediato y levantó el puño cerrado.

El brigada estiró su cuerpo menudo, se quitó las gafas redondas y sonrió. Tendrían que esperar, dijo. Como todos. Pero podían ir aprendiendo a disparar. Para estimularles, los llevó hasta el patio y les enseñó a manejar su propio fusil, un máuser español de los del año trece, con metro y cuarto de largo y casi cuatro kilos de peso. ¡Menudo muerto!, comentó el anciano levantando las cejas. Pero para ellos, matizó, fue una pasada.

Amontonados contra una pared del patio había un puñado de sacos terreros, pero no les dejó hacer fuego porque faltaba munición. Les garantizó que dispararían muy pronto de verdad y no les mintió. Sabía que millares de muchachos como ellos perderían la vida y dejarían sus armas disponibles a lo largo de las próximas horas.

Tagüeña había ascendido con rapidez en las milicias socialistas, contó Espejo, y acabó formando parte del grupo de confianza de su jefe militar, el milanés Fernando de Rosa, un hombre tan atrapado por su idealismo revolucionario que se había transformado en un personaje desagradable y severo, desabrido a veces. Largo Caballero confiaba plenamente en él porque conocía su experiencia castrense y

también su faceta más oculta, la del sentimentalismo. Podía ejecutar un atentado con la ferocidad de una pantera, pero se estremecía ante la visión de un niño hambriento.

El agitador italiano había sido, en su adolescencia, escuadrista del fascismo. Más tarde, reconvertido en socialista medular, huyó a refugiarse en Bruselas cuando Mussolini ilegalizó su nuevo partido. Allí, el romanticismo revolucionario individualista se mezcló con una limitada formación intelectual y la desesperanza del exilio. Con un grupo de compañeros exaltados, intentó asesinar al príncipe Umberto, el hijo del rey Víctor Manuel, cuando solo tenía veintiún años. Fracasó y fue condenado a cinco años de cárcel. «Creí que matando al rey, al príncipe heredero y a Mussolini las cosas cambiarían mucho», afirmó, infantil, en el juicio. Cuando menos, dijo el Remedios, los dos años y medio que pasó en prisión los aprovechó para leer a fondo los textos de Marx que le mandó su amigo Pietro Nenni. Y no hubo mal que por bien no viniese.

Expulsado de Bélgica, llegó al Madrid republicano en los momentos de mayor tensión política y, a las órdenes de Largo Caballero, participó en la revolución del treinta y cuatro. Le cayó una condena de diecinueve años, pero salió de la cárcel Modelo, como todos los suyos, tras la victoria del Frente Popular. En esa ocasión, los barrotos le ayudaron a estudiar táctica y estrategia militar porque intuyó la que se iba a montar. Y más pronto que tarde.

A las órdenes del lombardo, que confiaba en su inteligencia y en su afecto, Tagüeña había mandado una compañía de milicias socialistas en la revolución fracasada de octubre. Con su centenar de hombres, el joven estudiante se enfrentó a la Guardia de Asalto la primera noche del levantamiento. Fue en el Círculo Socialista de Prosperidad. Murieron un guardia y un obrero. Lo detuvieron y, a la larga, esa intervención le impidió ser, como pretendía, alférez de Zapadores.

Después de alcanzar los grados de sargento y brigada durante los seis meses de servicio militar, la policía informó de su orientación socialista al tribunal que le examinó para acceder al título de oficial de complemento. Le habían calado, desveló el Remedios, y recurrieron al truco de suspenderle por mala conducta. No pasó de suboficial.

Cuando Tagüeña fichó a Miguel y al Recogío, les hizo de inmediato carnés de milicianos socialistas. Por si los controles. Y, para celebrarlo, les invitó a tomar una caña y un bocadillo de sardinas, junto a otros compañeros, en una tasca de la glorieta del puente, donde se habían concentrado miles de voluntarios.

Miguel no olvidó nunca lo que pasó aquel día, aseguró el Remedios. Mientras se hacían un hueco en el mostrador, un vozarrón maduro exigió, a gritos, silencio general. El dueño puso la radio a tope. Se oía el final de una alocución militar. Era el general Manuel Goded, jefe de la sublevación en Barcelona. Anunciaba que había caído prisionero y desligaba a sus seguidores del compromiso que habían adquirido con él. Pretendía evitar, dijo con la gravedad que requería la ocasión, nuevos derramamientos de sangre.

Muchos de los presentes no lo escucharon bien y se organizó un vocerío que acalló de nuevo el bramido del mismo hombre que había chillado antes. «¡Va a hablar el compañero Companys, don Luis Companys!», clamó pronunciando la y griega como si fuera latina. Se produjo un silencio reverencial. El presidente de la Generalitat intervino en catalán y todos le entendieron. El pueblo había vencido a los rebeldes. Era la primera victoria republicana. Companys concluyó su alocución dando vítores a Catalunya y a la República. Los viscas de los obreros madrileños revolotearon por el bar como vencejos. Gritaron en catalán como si fuera su lengua materna. Y luego hubo un vítor y otro, y otro más, a Catalunya y a la República, a España. Fundiéndose, hermanándose. Y los abrazos y los tragos de morapio se impusieron a la gravedad de la situación.

En la calle se alzaron banderas de todos los colores. Las había anarquistas, socialistas, comunistas, federalistas, republicanas. Eran diferentes, pero todas tenían el rojo como denominador común. En un rincón de la muchedumbre se empezó a proclamar una vieja consigna popular. El grito se extendió. La plaza fue un clamor: «¡Uachepé!, ¡Uachepé!». Recordando el octubre del treinta y cuatro, la invocación de la Unión de Hermanos Proletarios se adueñó del alma colectiva. La posibilidad de la victoria, el sueño del socialismo, pareció posible. Tagüeña pensó que el golpe militar había fraguado la revolución que pretendía eliminar.

Miguel lo entendió bien. Le contó al Remedios que una gran enseña federalista, republicana por una cara, roja por el envés, se agitaba sobre su cabeza. Se emocionó. El pueblo, unido, sería invencible. Su propia vieja clase y la burguesía acabarían siendo barridas. La fuerza de la hermandad convertía al pueblo en una lengua de lava que arrasaría los viejos caminos equivocados y marcaría, en su imparable marcha hacia el horizonte, la autopista del porvenir.

El joven experimentó el sentimiento profundo de que estaba naciendo un mundo nuevo en el que no habría hombres como su padre, el marqués, incapaces de amar a sus hijos, exclusivamente ligados al dinero y el poder por el cordón umbilical. La revolución también reivindicaría su derecho a ser feliz, la ruptura con el pasado inmisericorde, el enterramiento de la ira y la vergüenza.

Miguel, enternecido, abundó el Remedios, se volvió hacia el Recogío y lo abrazó. Empezó a dar saltos, entre risotadas. El anciano definió bien el momento. El joven miliciano se sintió dueño de sí mismo, absolutamente libre, tan evanescente como un ángel caído que se hubiera puesto en pie y se riera de Dios.

Al Remedios también le había impresionado lo que sucedió después. Lo contó sobrecogido. Embravecidos por la euforia colectiva, dando botes, Miguel y el Recogío reclamaron una vez más, a gritos, la entrega de armas por parte del Gobierno. La demanda se generalizó. El griterío enloqueció a las golondrinas. Los ánimos se caldearon. La masa se enfureció. Un par de anarquistas dispararon sus pistolas al aire cuando cruzaron la plazoleta dos camiones de la Ugeté que transportaban a un grupo de fascistas detenidos en el barrio. Iban a la Casa de Campo,

donde Mangada fusilaba sin rubor a todos los que caían en sus manos.

El viejo teniente coronel Mangada, recordó el Remedios apesadumbrado, había dedicado su vida a la ilustración y el progreso. Era poeta, nudista, teósofo y vegetariano. Un hombre sensible. Pero después de intervenir como defensor de los acusados en el consejo de guerra de la huelga general del diecisiete, cuando ya había cumplido los cuarenta años, se hizo un revolucionario de rompe y rasga. Participó en la sublevación republicana de Jaca en diciembre del treinta y fue condenado y apartado del ejército. Fue entonces cuando descubrió que pronto llegarían los días que habían llegado ya. Era, se dijo, el momento de cumplir con el deber, por más penoso que resultase. La República se lo jugaba todo a vida o muerte y no hizo concesiones a los militares que juzgó por su cuenta, ni siquiera a los que conocía personalmente. Era menudo, débil de complexión y algo nervioso, pero la disposición ejemplarizante le afiló el rostro de hurón, aceleró su pulso y le deshumanizó. Sabedor de las intenciones del enemigo, idénticas a las suyas, ejecutaba a los adversarios sin consideración alguna. En caso de duda, pelotón. Prefería equivocarse antes que dejar libre a un traidor. Era imprescindible mantener el rigor con pulso firme, se había dicho a sí mismo. Y así, lamentablemente, creía cumplir con su deber.

Tagüeña, por el contrario, despreciaba el comportamiento de los exaltados. Cuando el grupo de anarquistas se envalentonó y quiso parar los vehículos cargados de prisioneros para linchar a un sacerdote vestido de paisano que habían reconocido, sacudió el polvo de la guerrera, se cruzó entre los provocadores y el camión y cortó cartucho con el cerrojo de su máuser. El narrador le comentó a su joven amiga que el ruido seco del pasador y el anclaje de su recia figura paralizaron a los provocadores. El cura se refugió en un rincón de la caja, sentado entre los otros detenidos que se mantenían en pie, y el vehículo arrancó hacia la puerta del paseo viejo de la Casa de Campo donde, sin duda, le esperaba el paredón.

El brigada ordenó el regreso inmediato de los suyos al cuartel. Y, aunque sus hombres iban refunfuñando, la suerte difuminó su malestar cuando llegaron. En la puerta del Círculo estaba aparcada una furgoneta con dos ametralladoras Hotchkiss de brillo virginal. Agua de mayo. La exaltación guerrera de los milicianos se desbordó cuando ordenó que ayudasen a emplazarlas en el lindero de la Casa de Campo, junto a las tapias del cruce de las ventas de Carabanchel.

Iban como *amotos*, que dijo el Remedios con ironía afectuosa. Pero cuando vieron de lejos los edificios grises de los campamentos militares, el freno sacó chispas. Estaban ocupados por los oficiales rebeldes y ya habían demostrado que sus intenciones no eran buenas. Al amanecer, los sublevados dispararon contra el teniente coronel Carratalá cuando fue a reclamar los cuatrocientos fusiles que el Gobierno había ordenado entregar a los milicianos. De esa manera, que se fijase bien. Así. Sin mediar palabra. A sangre más congelada que fría.

Esperaban que aquellos fortines vomitasen armas y soldados en cualquier momento cuando llegó un motorista con la orden de que dejaran allí las

ametralladoras y se dirigiesen al ayuntamiento de Carabanchel Bajo. El mando republicano ignoraba dónde estallaría el conflicto y quería cubrir todos los flancos posibles. Debían ocupar el edificio municipal que estaba situado a mitad de camino entre los cuarteles de Villaverde y Campamento porque su emplazamiento era idóneo para cortarles la comunicación. Al menos, pensó Tagüeña, pernoctarían bajo techo. No era tan mal sitio. Y si lo era, ¿qué más daba? A nadie le importaba ya dónde disputar la primera batalla. Lo importante era combatir. Y cuanto antes.

El gobierno republicano, según el bueno de Federico, esperaba que los sublevados salieran de los cuarteles para ocupar la ciudad. Sin embargo, los mil quinientos hombres concentrados en el de la Montaña no se movieron ni siquiera cuando se confirmó que la sublevación había triunfado en media España. Al parecer, esperaban a que llegasen las tropas de Campamento. Pero allí, como en el cuartel de Artillería de Getafe, también se quedaron quietos. Respondiendo a una consigna, una guardia armada impedía que los gubernamentales se acercasen a sus puertas ni siquiera para parlamentar. Pero nada más.

A la vista de cómo andaba el patio, el nuevo ministro de la Guerra, el general Castelló, acabó ordenando que se utilizase la aviación contra todos los acuartelamientos amotinados. Sin distinción. Pero los insurrectos, que tenían cómplices en los más altos despachos gubernamentales, se enteraron de la ofensiva republicana y decidieron adelantarse.

La jarana la inició el cuartel de Artillería de Getafe. El lunes, de madrugada. Los oficiales rebeldes cañonearon el aeródromo militar vecino porque en sus pistas se habían concentrado tres resolutivas escuadrillas de sesquiplanos Breguet 19 y un grupo de cazas y bombarderos variopintos que habían llegado de provincias para ponerse a las órdenes del gobierno legítimo. No hizo falta que ningún ministro autorizase nada. La caja de Pandora reventó. Para defenderse, los pilotos Leocadio Mendiola y José Arcega subieron a sus Breguet y despegaron en medio de las explosiones. Pronto se les unió César Martín Campos, que pilotaba un veloz Nieuport 52 con dos ametralladoras del siete setenta y dos. En pocos minutos, sus disparos y sus bombas arrasaron las baterías del cuartel artillero.

Al mismo tiempo, otro Breguet de reconocimiento, desarmado, se dirigió al cuartel de la Montaña y lanzó sobre el patio millares de octavillas rojas y blancas en las que se exigía la rendición de los amotinados. No hubo respuesta. Y pasadas las seis y media de la mañana se inició el enfrentamiento definitivo, con largos tiroteos y algunos cañonazos. Cerca de las siete, dos bombarderos de Getafe colaboraron en el acoso y arrojaron un par de bombas dentro del edificio. Los pilotos saludaron con el puño en alto a la muchedumbre enardecida.

En los Campamentos de Carabanchel, los sublevados sorprendieron a las milicias populares del coronel Mangada. Cuando los gubernamentales estaban a punto de iniciar la ofensiva contra los barracones de ladrillo y estuco, un cañonazo seco destripó el blindado de los guardias de asalto que se había parado en medio de la

carretera para formar la punta del ataque. El bombazo les pilló tan desprevenidos que destrozó a un anciano coronel que fumaba un pitillo con la espalda recostada en el blindaje. El cuerpo quedó chamuscado sobre el asfalto. Los ojos desorbitados de la víctima y las canas ensangrentadas enardecieron a los milicianos.

La confrontación se generalizó en Madrid a lo largo de la mañana del lunes. El fervor se extendió. Cada cual por su cuenta experimentó el sabor agri dulce de la derrota o la gloria. Y no hubo un solo combatiente que no se llevase al zurrón del alma su ración de espanto.

El centenar de voluntarios de Tagüña no se quedó en el cruce. Fue enviado al cuartel de artillería de Getafe nada más iniciarse la trifulca. Cuando llegaron, subidos en camiones de fruta confiscados, observaron que la situación ya estaba controlada. En el patio había un montículo enorme de armas, municiones y pertrechos. Tagüña les ordenó que se hicieran con lo que estimasen necesario. Miguel se puso un casco y cogió un máuser y una pistola Browning de pequeño calibre. Se colgó dos cartucheras del cinturón y las llenó de balas. Era feliz. El Recogió prefirió un Winchester porque le recordaba los *westerns* que tanto le gustaban. También se adueñó de una Astra cuatrocientos y se anudó al cinturón un moquero relleno de municiones. Aunque no sabía cómo utilizarlas, en cada bolsillo del pantalón guardó una bomba de mano, de las de piña.

Tagüña intercambió impresiones con el sargento mecánico de aviación José Velázquez. Tenía completamente sudado el cuello del uniforme verde oscuro. Los había llevado allí el capitán Manuel Cascón, en camionetas, para tomar el cuartel cuando los aviones acabaran de batir la posición. El bombardeo, contó, había iluminado el amanecer a loque, y el estruendo, sumado a las chispas, desanimó a los rebeldes.

Los oficiales superiores se negaron a rendirse durante algunas horas. Pero al final, subido a una verja, Velázquez les gritó que se entregasen si no querían ser atacados por su gente. Y, sin esperar la decisión de sus mandos, los soldados abrieron el portón y entregaron la plaza.

Los oficiales fueron arrestados y estaban colocados en un rincón, con las manos en la nuca. Mientras Tagüña dialogaba con el sargento, dos soldados del propio cuartel arrastraron a un teniente hasta la pared y lo acribillaron de mala manera, sentado en el suelo, sin dejar que se pusiera en pie. Los soldados explicaron que aquel oficial había matado por la espalda a un compañero que trató de abrir el portalón de entrada. Pero Tagüña protestó contra el uso de esos métodos salvajes. Gritó que la revolución debía construirse sin venganza y la tropa lo miró alucinada, como si fuera la encarnación del Espíritu Santo.

Cuando retornaron a los Campamentos para echar una mano, un capitán colocó la compañía de Miguel en un terraplén situado detrás del cuartel de artillería de a caballo y les ordenó hostigar al enemigo tiroteando los ventanales del pabellón interior. Los cañones habían enmudecido y los rebeldes solo devolvían fuego de

fusilería.

Fue la primera vez que Miguel disparó su máuser. Cada descarga le coceaba el hombro, pero no se dio cuenta. Lo único que le molestaba era el cosquilleo que le provocaban las espiguillas de avena loca sobre las que se había tumbado. Movía inconscientemente el torso, para cargar o disparar, y las barbas del cereal salvaje le picoteaban la nariz o los labios, las orejas, y le entraban unas ganas tremendas de rascarse. Pero se aguantaba porque el estampido ensordecedor de la detonación, la acritud de la pólvora quemada y el estropicio de los cristales rotos en la lejanía le distraían de inmediato. Solo entonces se pasaba la mano renegrida por la cara, sin pensar, para alejar un picor que ya se había desvanecido.

La acción le impedía pensar, contó más tarde. Estaba allí, con los codos hincados en el polvo, y disparaba sin cesar a los enemigos invisibles. Sentía sobre las nalgas, las espaldas y el colodrillo el manto calcinador del sol meridional, y la grava le abrasaba los antebrazos. Sudaba por todos y cada uno de los poros y sentía encharcadas las axilas y las ingles. Creyó que no soportaría el burbujeo incesante que le carcomía las entrañas, pero pasó el tiempo. Y se aguantó.

Durante un par de horas, Tagüeña impidió que sus hombres se retirasen a la zona de sombras por temor a que los tirotearan cuando se moviesen. Solo ordenó el repliegue cuando tuvo la seguridad de que desde el cuartel ya no respondían a sus disparos. Entonces desperdigó a sus muchachos y les permitió refrescarse y descansar.

Cerca de las cuatro de la tarde, Miguel observó que centenares de milicianos avanzaban por la carretera de Extremadura hacia las entradas de los cuarteles. Era una multitud vociferante y polícroma. Había guardias civiles con uniformes verdes y correa amarilla, guardias de asalto con sus atuendos negros y sus gorras de plato brillantes, oficiales y soldados de todos los cuerpos que llevaban calados hasta las sienes los quepis variopintos. Avanzaban entreverados con el pueblo, formando un revoltijo con los jóvenes estudiantes de camisa roja o mahón, según su militancia, con trabajadores de mono azul o de calzón y blusa remendados, con profesionales de guardapolvo y boina, campesinos de culera remendada y alpargata lisa y hasta mujeres envalentonadas que habían cambiado la falda por el pantalón y la guerrera.

Tagüeña comprendió que había llegado el momento de actuar. En lugar de esperar a que se acercase la manifestación armada para sumarse a ella, ordenó a sus hombres que avanzaran con cuidado por el costado del cuartel y, cuando llegó hasta la tapia, de dos metros de altura, comprobó que no tenía protección. Un joven pelirrojo que acompañaba a Tagüeña desde la noche anterior, un tal Claudín, fue el primero en trepar el muro haciendo alarde de su valentía. Y cuando consiguió sentarse sobre su lomo combado le ayudó a subir. Ambos saltaron a la zona trasera de los patios en medio de un silencio inverosímil. Marcharon apresuradamente hasta la puerta principal, que estaba abandonada, recorrieron los cerrojos y desplegaron sus dos enormes hojas dando gritos a la muchedumbre para que nadie arrojase cartuchos de

dinamita. Los soldados salieron desarmados al patio, la mayoría en camiseta. Los oficiales se entregaron formando un grupo impecablemente uniformado que fue transportado, de inmediato, a la Casa de Campo. Llevaban las manos atadas a la espalda y le sonreían a la muerte. Miguel admiró sus rostros altivos, el ademán impasible, su expresión de marcialidad. Observaban con desprecio a sus vigilantes armados y se animaban entre sí sonriendo tristemente al destino.

El brigada recorrió el patio del cuartel donde algunos heridos, recostados sobre carretas deshechas, aguardaban que los trasladasen a Madrid. Cuando entró en el edificio principal vio un cadáver tapado con una manta de campaña. Sobresalían las botas y el cuero acharolado le llamó la atención. Levantó un poco el cobertor, vio un fajín de general y soltó la prenda, electrizado. García de la Herrán había sido abatido por los soldados que se sublevaron contra su sublevación.

Tagüeña decidió volver a Madrid con unos amigos que habían luchado a su lado y que regresaban a casa en el mismo camión que llegaron, un viejo Ford que había utilizado hasta entonces el grupo teatral de La Barraca. Antes de que se marchase, Miguel y el Recogío le preguntaron qué iba a ser de ellos y el brigada, amable, les dijo que descansaran un poco y que se incorporasen el día siguiente a los batallones que estaba formando el coronel Mangada en la vaguada de la Casa de Campo. Él los buscaría después, prometió.

Aquel atardecer, bajando cansinamente por la carretera de Extremadura, Miguel se detuvo en el mismo punto donde paró la primera noche que llegó a la capital desde Torrealba. El Madrid cosmopolita y chispeante que le deslumbró entonces era, ese día, una ciudad crepuscular que oscurecían innumerables columnas de humo. Algunas eran el resultado de la confrontación armada y se elevaban, dispersas, sobre los barrios donde había cuarteles o viviendas militares. La mayoría, en cambio, surgía de las cúpulas flamígeras de los conventos y de las iglesias incendiadas. Se escuchaban, como ecos lejanos, los tiroteos dispersos que provocaban los simpatizantes de la sublevación, convertidos en francotiradores. «Los pacos», dijo a su lado el Recogío.

—¿Los pacos?

El Remedios se lo explicó a Alicia. El término se inventó en Marruecos para definir a los francotiradores magrebíes que disparaban contra las tropas coloniales españolas desde los riscos donde se escondían. En las montañas desérticas del Rif, el disparo solo era un «pac» seco y sonoro que precedía al impacto mortal sobre un oficial o su caballo. Por simplificar, los milicianos llamaban así a los fascistas que se ocultaban en las azoteas. Su objetivo, concluyó, era propiciar el caos para desmoralizar a la población civil. Resultaban tan peligrosos que los coches que patrullaban la ciudad se blindaron bajo colchones de lana atados al techo y el capó.

Volviendo a casa, Miguel y su amigo sufrieron todo tipo de controles. Su aspecto y sus armas evitaron muchas explicaciones, pero los verdaderos pasaportes fueron sus recién estrenados carnés de las Juventudes Socialistas. Tagüeña, inteligente, les había

concedido quince meses de falsa antigüedad y fueron su mejor salvoconducto. Solo tuvieron problemas serios en un puesto de guardia que había formado un grupo de mujeres en la entrada principal del Retiro, junto a la Puerta de Alcalá. A los muchachos les hizo gracia que luciesen sus brazaletes rojinegros sobre unos vaporosos vestidos de coloridos lunares. Y cometieron el error de piroppearlas.

El cachondeo pudo costarles caro porque una de las chicas, de aspecto angelical, se enfadó sobremanera y, por hacerse respetar, disparó al cielo su escopeta con tanta impericia que arrancó la rama de una falsa acacia por encima de la cabeza del Recogío. Temblando, más por el orgullo herido que por la vergüenza, con los carrillos sonrojados y brillantes como la piel de una manzana, la joven adolescente le pidió perdón. El Recogío se quedó pasmado. Pero no por el susto. Nunca había contemplado un rostro tan hermoso como el de aquella muchacha. Aunque impresionado, se cuidó de hacer ningún comentario. Por si las postas.

Sin embargo, para demostrarle que no daba importancia a lo sucedido, en gesto más amoroso que indulgente, el joven miliciano le regaló una de sus dos bombas de mano. Y ella, sorprendida, sonriente, miró al muchacho con admiración y apretó el obsequio contra su pecho como si fuera un ramito de violetas.

La luna de sangre

El viejo bujarrón explicó que, después del primer combate, Miguel le había manifestado a Leonor, con gravedad, su disposición a formar parte de la milicia republicana como voluntario. Le habló del don del sacrificio, de que estaba dispuesto a entregar su vida por la libertad y por el logro de la igualdad entre los hombres. Es más, dijo que no lo hacía por instinto, ni para imitar a otros, o por afecto a los demás. Que no. Ni siquiera se trataba de una forma de rebelarse contra su padre, precisó, aunque algo de eso habría, de seguro. Porque su padre, recordó el Remedios a la muchacha, le dejó tirado desde el primer día y se había portado con él, que le perdonase su abuela, como un auténtico hijo de puta. Así. Como lo oía.

Leonor solo conocía la cara iluminada del cabrón reciente. Pero su padre, añadió el anciano, nunca tuvo remedio. Le repudió nada más nacer y se fue a vivir a Madrid tras morir su madre en el parto. Cuando volvió quince años después porque se proclamó la República y quiso controlar personalmente sus tierras, le atemorizó la memoria de la persona que más había amado en su vida, su esposa, y volvió a pasar de él porque su hijo era igualito y le daban calambres. Fue por entonces cuando, encima, le hizo la mayor putada que le habían hecho nunca hasta entonces. Que se fijase. Porque, aunque fue sin darse cuenta de lo que suponía, destruyó el primer y gran amor de Miguel.

Leonor se había quedado pálida, aclaró el añoso. Se enceló. Pero Miguel le pidió que no fuera boba y siguió contándole que se llamaba Alba Inés y que la gente, en el pueblo, la llamaba Libertad por un asunto largo de explicar. Se le revolvió los entresijos, añadió, solo de pensar que él había sido el señorito, el hijo del señor. ¡Menudo pijo!, decía de sí mismo.

Fue el Remedios quien refirió los detalles. Cuando don Alejandro volvió de Madrid, el hijo quiso enfrentarse a sí mismo. De pronto, los usos no bastaron para justificar su vida. Por primera vez, sin escape, tuvo que meditar sobre su existencia, el pasado, las raíces. Comprendió que había demasiadas anormalidades a su alrededor. Se preguntó por qué no colgaba de las paredes ningún retrato de su madre

cuando eran innumerables los de otros antepasados. Y se sorprendió al contemplar, de un modo radicalmente diferente, el enorme cuadro de su progenitor, el que dominaba la pared frontal del vestíbulo donde las espaciosas escaleras de granito se bifurcaban hacia las estancias superiores.

Muchas veces había querido adivinar la personalidad de aquel hombre extraño que le había dado el nombre y atravesó la pincelada del iris de sus ojos, pero no vio más que sombras. Decidió ampliar el campo de la mirada al conjunto del rostro, para atisbar su alma, y no lo consiguió. Siempre acababa contemplando la figura de un cazador arrogante que ocultaba sus sentimientos detrás de una sonrisa cínica e inexpugnable.

Entonces, le había contado Miguel, el padre presente, carnal, le resultó tan desconocido como la madre sin contornos. No era igual que en el cuadro, pero se parecía porque, como en el retrato, se mostraba severo, autoritario, tan desagradable que su sola presencia le hacía temblar. Toda la religión que le habían enseñado, con tanto demonio que temer y tanto almibarado amor que liberar, no le sirvió para explicar las raíces de su odio. No conseguía entender por qué razón, impenetrable a su entendimiento, su educación le imponía la obligación de querer a ese hombre.

Con todo, siguió contando el Remedios a su improvisada alumna, lo más lamentable fue la política propia que su padre mantuvo cuando volvió a Torrealba. Adoptó un comportamiento perfectamente adecuado a su particular concepción del mundo. Creó su policía particular, por así decirlo, y aterrorizó al pueblo en abierta connivencia con la Guardia Civil.

El propio Miguel le explicó que la actuación despótica y caciquil del marqués se agudizó cuando le informaron del nacimiento de la Ugeté de Torrealba. Los jornaleros y arrendatarios de Monterrubio, Benquerencia y Helechal habían comprado a unos tales Gironza una finca de seis mil hectáreas en marzo del treinta y uno y, trabajándola comunalmente, habían agitado desde allí a los jornaleros del entorno. Por octubre, convocaron una asamblea en Montánchez y muchos currantes de Torrealba, Valdefuentes y otros pueblos de los alrededores aprovecharon la reunión para organizarse por primera vez. Y esa noche volvieron a sus casas con la cresta bermeja. Como gallos de pelea.

Eso le enfadó, pero lo que le sacó de babas fue la rebelión de Castilblanco, cuando la población mató a unos cuantos guardias civiles. Sobre todo tras leer un ejemplar de *El Socialista* en el que se exculpaba a los jornaleros de las atrocidades. Los editorialistas del Pesoe afirmaban que no había peor consejera que el hambre ni nada que estimulase tanto la insubordinación como la injusticia acompañada de la burla. La represión no pudo concretarse, aunque algunos pretendieron implicar con falsos testimonios a Cristina, la Machota, de quien dijeron que había bailado sobre los cadáveres de los guardias con su hijo pequeño en brazos. No se lo creyeron ni los jueces amañados. Y ahí quedó la cosa. No hubo culpables definidos. Si acaso, el pueblo entero, Castilblanco. Como en Fuenteovejuna, concluyó el Remedios.

Las represalias no fueron directas, pero la Guardia Civil se tomó la revancha cinco días más tarde en Arnedo, por donde La Rioja, y mató a once personas e hirió a otras catorce al disolver una manifestación. El marqués pensó que aquello había estado bien y se dijo que a ver si aquellos zarrapastrosos aprendían de una puñetera vez a ser respetuosos con las fuerzas del orden. Había que hacerlo así. Duro y a la mollera.

Con todo, no acabó de fiarse y decidió actuar por su cuenta. Como en Torrealba solo estaban destinados un cabo y cuatro números, el marqués armó con escopetas de cartucho a una cuadrilla que trajo su capataz, el Piteras, desde Huelva. Les dio postas del nueve, revientalobos, para que antes de matar si no había más remedio, impresionasen a la gente haciendo añicos el tronco de una encina o destripando una mula de carga. Después de todo, allí, en Torrealba, las cosas no iban tan mal como en Badajoz y era preferible dar buenos sustos antes que llegar al derramamiento de sangre.

El marqués hubiera preferido que los trabajadores se hiciesen cargo de la situación. Pero no entendían nada. ¿Qué sabían ellos de la crisis del olivar, con Italia y Francia arrebatando a España los mercados? ¿Cómo iban a entender la caída del corcho por culpa de los conglomerados?, ¿o los problemas de la vid? La vid... Ahí, ahí estaba lo peor, solía decir el marqués. Con el hundimiento de las minas de Azuaga y el bajón de las explotaciones de plomo de Llerena tras la invasión de minerales australianos, turcos y rusos, fue desapareciendo la red de transportes y, sin medios para exportarlo fuera de Extremadura, el vino atiborró las bodegas de Barros y Las Vegas. Los jornaleros se morían de hambre, pero tenían asegurada la borrachera por una perra chica. Ahí estaba el mal, la auténtica perdición, afirmaba don Alejandro. Los trabajadores se rebelaban contra la autoridad porque andaban chispas todo el día. Nadie lo decía oficialmente, pero era más que evidente. Y no se corregía. Él, sin embargo, lo tenía muy claro. Les iba a rebajar la graduación alcohólica a perdigonazo limpio.

Miguel no quiso contar más. Pero Leonor insistió. Al grano, que fuese al grano. Y él aclaró que el asunto era complejo. Pero ella puso el dedo en la llaga: «Dime lo de la chica esa que te enamoró».

Se negó. Pero lo hizo. Lo de siempre entre hombres y mujeres, precisó el Remedios. Ella era de Madrid y para entenderlo tenía que ponerse en el momento y el sitio, saber cómo fueron las cosas. Porque hubo mucha mala sangre.

Un socialista de la Siberia que pasó por Torrealba para colaborar en la construcción de la Casa del Pueblo resumió una vez, con un refrán sencillo, el drama de Extremadura. Dijo: «Del olivo a la espiga, hambre amarilla». Porque los braceros, explicó a su alumna, una vez recogida la aceituna por diciembre, se pasaban medio año sin faena y, en consecuencia, sin jornal.

En Torrealba se había pasado necesidad, pero nunca llegó a ser extrema gracias al paternalismo del marqués. Lo malo fue que ese año le bullía la bilis porque el

Gobierno de izquierdas apretaba las clavijas a los terratenientes y sus medidas habían animado a los campesinos a invadir algunas fincas, exigiendo su expropiación. Don Alejandro concluyó que los tiempos habían cambiado y que ya no se podían repetir los gestos de generosidad indiscriminada.

Así que, cuando comprendió que los matones no amedrentaban suficientemente a sus adversarios, irritado por los acontecimientos, el marqués dio rienda suelta a una insospechada crueldad personal. Hasta entonces había apretado el cuello de los yunteros, de los arrendatarios y aparceros, pero no los ahogó. Despreció las leyes desdeñosamente, sin atribuirles capacidad ninguna de modificar la realidad. Incluso alquiló segadores portugueses que huían de sus tierras, más miserables aún que la extremeña, y que trabajaban por jornales inferiores a los estipulados o solo por la comida. Prefería pagar las multas del gobernador civil antes que renunciar a seguir seleccionando a los jornaleros en la plaza del pueblo.

Esa actitud despótica le pareció insuficiente cuando empezaron a llegarle noticias de que en muchos pueblos de Badajoz no cesaban las huelgas ni los tumultos promovidos desde las Casas del Pueblo y auspiciados por los ayuntamientos donde gobernaban las izquierdas. Estaba claro que socialistas y anarquistas, a los que se sumaban ya unos cuantos agitadores comunistas, querían hacer la revolución y pretendían capear la tormenta en contra de los pudientes.

No se creía las noticias que publicaban los periódicos liberales sobre campesinos que asaltaban fincas y mataban ganado porque tenían hambre. Pero en el sur de Badajoz, detalló el Remedios, eran millares los trabajadores que no cobraban jornales durante ocho meses del año. Les faltó trabajo desde que se recogieron los melones. Y en algunos pueblos próximos a la frontera portuguesa, por el sur de Extremadura, decenas de familias comieron carne de reses abandonadas en el campo, podridas, para saciar el hambre. Muchos niños sufrieron atresia o exhibieron las hinchadas y deformes papadas de los escrofulosos.

A don Alejandro no le importó saber. Le daba igual. Decidió ser más severo que su Dios, aunque con dolor de corazón, según decía. Porque eso era lo que le convenía a la patria y lo que de verdad necesitaban los propios campesinos. Inspirado en la filosofía de que la tierra no pide pan, estrechó la soga. Decidió no sembrar nada ni cuidar el campo. Alimentaba con trigo a sus caballos, las bestias de carga y el ganado porque la cosecha había sido excelente y el precio era muy bajo. Sus cerdos solo comían higos y bellotas, mejor que los campesinos.

La crispación, al entender de Federico, escaló todos los tonos del odio. En Extremadura la conflictividad se incrementó al ritmo en que se achicaban los estómagos. Mucha gente del sur, para comer, recogía cargas de leña que se pagaban a cinco miserables reales. Pero no era suficiente. Hubo pueblos en los que grupos de campesinos harapientos asaltaron los carros del pan sin que la fuerza pública interviniera por temor a una confrontación abierta en la que se jugaban el pescuezo. Los números de Torrealba, por si peligraban sus cojones, permitían que los pastores y

los parados arrancasen de vez en cuando el ramaje de las encinas del marqués para calentar sus hogares e incluso hacían la vista gorda con los cazadores furtivos que perseguían piezas menores.

Lo malo fue que la tolerancia y el galope del hambre se cruzaron donde no debían y originaron la mayor desgracia que aconteció en Torrealba desde que llegó la República. En la carretera de la Aldea del Cano, por donde el Taramal y la dehesa del Hocino, entre los canchales cercanos al arroyo de Santiago que fluye hasta el río Ayuela, el padre de don Alejandro, que también se llamaba don Alejandro, como el abuelo, había cercado una extensa finca que llamó La Recacha o algo así. Allí se criaban, entre encinas, madroños y retamas, familias enteras de jabalíes. Y cada dos o tres años, el marqués organizaba cacerías a las que invitaba a los más relevantes aristócratas de la región.

El padre de Miguel mantuvo tan acertadamente la tradición que, antes de que la República llevara la conflictividad a la comarca, habían pasado por allí nobles tan ilustres como el exduque de Alba, Jacobo Stuart y Falcó, el exconde de Villapadierna, José María Padierna, el esposo de la exvizcondesa de Montesinos, Alfonso Nogales, y el exduque de Medinaceli, Luis Jesús Fernández de Córdoba. Por citar unos pocos. Durante decenios no había pasado nada y por eso, antes del treinta y tres, el marqués se limitaba a vigilar la finca con un par de guardas mal armados.

Las elecciones municipales de abril, que perdieron las izquierdas, alborotaron las cosas. Los bríos se habían afilado y don Alejandro cambió a los vigilantes por dos de sus mercenarios, precisamente los que menos se lo pensaban a la hora de disparar contra todo lo que se moviera sin permiso.

El trece de mayo, mientras el pueblo acudía a la procesión de la Virgen de Fátima reclamando imposibles, el hermano mayor de Libertad, Elpidio Madruga, al que llamaban por su temple el Templao, el pequeño Luis, más conocido como el Rigón porque cargaba pequeños haces de leña desde niño, y otros cuatro compañeros de la Ugeté le echaron sus pares al asunto. Acordaron ir a cazar cochinos para repartirlos después entre las familias hambrientas de los afiliados. Era fiesta y sabían que solo habría un guardia. Fueron hasta la finca con un mulo de carga y llevaron cinco escopetas y un viejo revólver, todo el arsenal que habían almacenado hasta entonces en la Casa del Pueblo.

Al principio, cuando empezó la cacería, el vigilante siempre llegaba con retraso al lugar donde oía los tiros. Solo veía los rastros de la sangre de los bichos. Pero, poco a poco, el hombre se había ido acercando y, al final, había sorprendido a los furtivos cuando, entre unos matorrales, arrastraban una cochina herida. Estaba preñada y andaban discutiendo si la remataban. El mayor de los Madruga, conmovido, hijo de la sabiduría natural, quiso que la razón se impusiera a las tripas y pidió que la soltaran. Pero la hambruna había descompuesto los escrúpulos, para entonces tan perdidos como la buena educación. El Mondongo disparó una descarga certera sobre el cráneo de la bestia. «El hambre apretó el gatillo», excusó el Remedios.

El vigilante les dio el alto y les apuntó con su escopeta, convencido de que saldrían corriendo. Se equivocó. Fue el grupo el que le encañonó a él. Elpidio pidió, a gritos, que tirase el arma. Creyéndose protegido por un alcornoque, el guarda se envalentonó y disparó un cartuchazo cuyos perdigones arrebañaron unas zarzas a un metro del Templo. Fue para asustar, pero se equivocó. La solana hacía hervir los sesos y ablandaba los nervios. En un santiamén recibió varios disparos que despellejaron el árbol y le alcanzaron una cadera que, con el susto, había dejado al descubierto. Sus gritos de dolor fueron más agudos que los agónicos gruñidos de la puerca. Se estremecía en el suelo, agarrándose la herida, aterrorizado por la cantidad de sangre que se le escapaba entre los dedos. Los furtivos le rodearon, mirándole asustados. Sabían que el guarda los conocía y los denunciaría.

Adivinando los pensamientos colectivos, el de mayor edad, que era tocayo del Remedios, aunque le decían el Mondongo porque su plato favorito eran las morcillas de vísceras, dijo que no había otro remedio que matarlo. Fue un segundo. Él mismo, antes de que nadie hiciese un comentario, se arrepintió y, mirando al cielo, soltó su rabia cagándose en Dios. No podían hacerlo. Acordaron llevarlo al médico y le amenazaron con machacarle la cabeza si revelaba la verdad. Antes de desmayarse, el herido se comprometió a decir que fue un accidente. Incluso les pidió que hicieran desaparecer los guarros para que el marqués no investigase lo sucedido.

Luis, el hermano pequeño de Libertad, fue el encargado de transportar al lastimado, en el mulo, hasta la casa del doctor. Los demás se echaron a las espaldas los jabalíes y los escondieron en la casa del Mondongo porque estaba en el culo del pueblo y se llegaba a ella entre zarzales y chumberas, justo donde terminaba la cagancha.

Cuando el pequeño Madruga entró en el poblado por el barrio de los pobres era la hora de la siesta, pero se descorrieron todas las cortinas. Los suyos, los socialistas, los anarquistas y los que no militaban más que en la miseria, salieron para acompañarle. Querían protegerle. Se temían lo peor si le dejaban ir solo hasta la casa del médico porque estaba pegada al cuartelillo. Como el burdégano iba despacio, porque lo montaba Luis y cargaba el cuerpo desmayado del guarda, la gente preguntaba si el hombre había muerto. Y el muchacho les decía que no, que solo estaba herido porque se le había disparado la escopeta cuando se le cayó de la cerca de La Recacha en la que estaba sentado.

El cuento funcionó al principio, pero el cabo Domitilo Hernández, por si acaso, retuvo al Rigón en el cuartel. No lo encerró en el calabozo porque había demasiada gente debajo del «Todo por la patria» y algunas voces altas criticaban la desconfianza con que se premiaba la ayuda que el joven había prestado al herido.

Los civiles buscaron al capataz del marqués, el Piteras, y lo encontraron en el campo cuando anochece. Acudió al cuartel de inmediato y exigió al cabo que soltase al joven sin dilación. Al pelirrojo Domitilo se le nubló la mirada gelatinosa. La piel rugosa y blanca como barriga de batracio se le estiró porque no le gustaba el modo en

que un civil le ponía en evidencia, dándole órdenes en público. Sin embargo, aunque torció el hocico, obedeció sin chistar, rendido a su propio servilismo.

Esa noche Torrealba durmió sin más follón porque el guarda se mantuvo inconsciente varias horas. Sin embargo, cuando el convaleciente se despertó con las del alba y se sintió seguro, mandó llamar al Piteras y delató a sus agresores. El viejo Sandalio Torres, el capataz, se acarició largamente la cicatriz, meditabundo, y acabó pidiéndole que no repitiese a nadie lo que le había contado. Quería saber antes cómo reaccionaba don Alejandro cuando él se lo contase.

Para su sorpresa, no se encolerizó. Estaba sentado en la biblioteca y atendía la cotización de las monedas en la radio. Tenía sobre la mesa un *ABC* atrasado que le habían mandado de Madrid en el que ya se especulaba con un adelanto electoral que podría darle el poder a las derechas si acudían juntas a las urnas. También se hacían referencias altisonantes a la necesidad de un gobierno fuerte que acabase con el desorden social y el separatismo catalán.

El marqués se cruzó de brazos y estiró las piernas. Sonrió. El cabrón del Elpidio la había cagado de verdad. La venganza se acurrucaba allí, a sus pies, como un mastín que esperase con impaciencia, hambriento, el inicio de la batida. El Templao había cruzado la raya cuando constituyó un grupo de choque socialista para defenderse de los matones del marqués y atemorizar a la Guardia Civil. Con los ojos más morados que los bajos de la bandera, el edil le pidió que escarmentara a los socialistas para que no se metieran con él y, por eso, cuando supo la noticia se frotó las manos. La oportunidad se ofrecía sola, desnuda, casi perfecta. El líder de los desarrapados las iba a pagar todas juntas y la autoridad policial, que se encontraría con los hechos consumados, cuidaría de que las cosas no se salieran de madre. Por su bien.

Fue la primera vez que pensó en matar, según el Piteras le contó después a Miguel. Las cosas se habían desmadrado y había llegado la hora de la firmeza, de la ejemplaridad, dijo don Alejandro. Era imprescindible actuar con dureza sin caer en chabacanerías que atrajeran la atención de Madrid. Todo el mundo sabría que era un castigo, pero el crimen debía parecer un accidente. Lo peor era que el asesinato descabalaba el paternalismo de don Alejandro, un cosmos estable, fácilmente comprensible, tan arraigado en la tradición que le había permitido vivir una existencia profundamente cómoda. Por eso dudó sobre la conveniencia de agitar la charca.

Su inquietud fue breve. Duró el tiempo que su mirada tardó en cruzarse con el *ABC* que había dejado desplegado sobre la mesa. Un titular tremebundo, elegido al azar, despertó su brutalidad. Pensó que el espíritu revolucionario de los campesinos también ponía patas arriba aquel mismo universo feliz que él temía descomponer. Se insultó: «¡Serás estúpido!». Y sonrió despectivamente. Con o sin crimen, se dijo, nada, nunca, volvería a ser lo que había sido. Jamás.

El marqués, precisó el Remedios, ignoraba que la agonía de su mundo aristocrático cerraba un enorme ciclo y le obligaba a ser como el primer Miguel de

Génova, aquel hombre fiero y sin miramientos que barnizó su título con sangre. Ni él ni las generaciones que vio nacer pudieron desprenderse de su halo sanguinario. Solo una parte pequeña de la progenie posterior acabó disfrutando de las purgaciones que prodigan los siglos. El enjuague lenificante del olvido permitió que algunos Genoveses fueran, por herencia, seres tan afortunados que pudieron concederse el lujo de ser ricos y, al tiempo, generosos. Las excepciones que exigió la regla.

A don Alejandro le había tocado afrontar el final, lo peor, pero no lo sabía. En realidad, aunque a disgusto, estaba abocado a defender su modo de vida utilizando la fuerza porque era la única manera de salvar su situación privilegiada. Por eso sus pensamientos, como los pasos de un sonámbulo, se encaminaron con precisión hacia la más simple de las conclusiones. Iba a matar al sindicalista porque era preciso pararle los pies al movimiento campesino. Tenía que elegir. Eran ellos o él. Y no había más.

El Piteras trató de calmar a don Alejandro, pero no lo consiguió. No cedió ni cuando le recordó que el sindicalista era el primogénito de doña Petronila, la partera que había traído al mundo a medio Torrealba, lo que podría acarrearle muchos imprevistos. También le dijo que era medio bruja y que tenía más de cinco sentidos. Podría descubrir la verdad y tramar una venganza ultraterrena, comentó. Pero el marqués se rio con displicencia.

No hubo manera. Don Alejandro mandó llamar a la cuadrilla. Había urdido, sobre la marcha, un plan desalmadamente ejemplar. Y lo ejecutó de inmediato para aprovechar la confianza de la víctima, que ignoraba la denuncia del guarda.

Fue el domingo por la tarde. Todo el pueblo dormía algo más que una siesta porque la resaca y la tensión vivida el día anterior exigían el descanso. Cuando más apretaba el calor, a poco de las cinco, tres matasietes del marqués entraron en la casa de los Madruga por la cerca de atrás. La ventana de su cuarto solo estaba cubierta por un trozo de manta para evitar la luz y permitir el paso de la corriente fresca. No hicieron ruido. El Templao dormía plácidamente y le taparon la boca antes de espabilarlo. Cuando abrió los ojos, ya estaba atrapado. Una Campogiro de nueve milímetros, de las del ejército, le apretaba la sien. Le ataron allí mismo y lo sacaron sin vestir por la trasera de la casa, en calzones. Un matón recogió su ropa y la metió en un saco de arpillera.

Doña Petronila, desconfiada, cabeceaba entre la chimenea y la puerta de la casa, sentada en su silla de espadaña, pero no sospechó nada porque estaba pendiente del hijo pequeño que dormía a sus pies, sobre una manta. La gente contó después en Torrealba que, en la duermevela, doña Petronila soñó, mientras se lo secuestraban, que Elpidio tenía cinco años y que le daba un beso de despedida. Y también que un leve cosquilleo le recorrió las entrañas porque experimentó, en el entumecido útero donde había engendrado al muchacho, la misma desasosegada sensación que pervive en los muñones de los mancos.

A Elpidio Madruga lo llevaron a lomos de una mula hasta la finca de La Recacha.

Hizo el trayecto asustado, pero no temió por su vida. Si le hubiera secuestrado la Guardia Civil, se lo habría tomado en serio. Por lo de la ley de fugas. Hacía más de un año que no la empleaban, pero el sindicato avisó a sus miembros para que nunca echaran a correr si los detenían los guardias, por si acaso. Airearon la denuncia para frenar al Gobierno. Si alguno de los suyos caía tiroteado por la espalda, dijeron, responsabilizarían directamente al Ministerio de la Gobernación. La estratagema parecía funcionar, aunque el Templao no se fiaba de los verdes. En cambio, conocía a esos chulos que le transportaban. Era mala gente, sin arrestos. Se preparó para recibir una paliza descomunal, pero no esperaba que pasara lo que pasó.

Solo se atemorizó de verdad cuando lo desataron y le vistieron a la fuerza. Primero fueron los pantalones. Después le colocaron la camisa y la chaqueta, con cuidado. No lo entendía. Aquello le desconcertaba y, en consecuencia, le asustó. Era mucho peor de lo que había pensado.

No era normal. Cuando volvieron a atarle las manos y los pies, por delante, dejándole medio metro de cuerda entre las extremidades, se alarmó. De pronto, el atardecer le cayó sobre las espaldas como un roquedal y el manto bermejo que despuntó por donde los canchales se le figuró un aviso. Se oyó un estrépito rechinante, próximo, que ahogó las estridencias lejanas de las trompetillas de caza. A lo lejos se escuchaban gritos y un estruendo de cascos y crujir de ramas. En un segundo, sus captores le soltaron y huyeron. Le habían dejado en medio de una trocha que encajonaban dos rocas, enganchado a un zarzal. No se lo quiso imaginar hasta que vio llegar al bicho precediendo el estropicio que causaban los perros de presa y los caballos. Corrían espantados por el crepitar de unas teas enormes que unos cuantos jinetes agitaban sobre sus cabezas mientras voceaban maldiciones. Un jabalí macho, enorme, se abalanzó, asustado, hacia él. Tenía el morro ensangrentado porque ya había matado un mastín y se disponía a huir por el único camino posible, el que Madruga cegaba con su cuerpo. Si seguía en pie, el animal le destrozaría. Lo sabía muy bien. Se lo había enseñado su padre cuando era un niño y le acompañaba a cuidar las viñas de los otros. Un guarro, le había dicho, nunca atacaba a un hombre, ni siquiera a un chucho que le persiguiese. Su instinto le hacía huir. Cuando arremetía contra la jauría o rajaba con sus colmillos las patas o el vientre de un caballo era porque se veía acorralado en los matorrales, sin salida. Los jabalíes eran fieros solo para escapar. Pero no eran alimañas, no tenían nada que ver con el lobo o los perros salvajes. Daban un colmillazo seco, brutal, y seguían corriendo alocadamente hacia la salvación o la muerte.

Elpidio se tiró al suelo y escondió la cara en el polvo. El verraco le aplastó la espalda con sus pezuñas y le quebró una costilla. Pasó sobre su cuerpo como si pisara un saco de patatas.

El sindicalista escupió la arena y se puso de rodillas. Estaba tan desconcertado que no podía reflexionar. A contraluz, se colocó ante él un jinete que apenas podía mantener embridado a su corcel. Los cascos revolotearon sobre su cabeza mientras se

perfilaba la figura del marqués. Estaba encolerizado. Era un estúpido, sí, un imbécil redomado, gritaba. El plan perfecto. Nadie se iba a enterar. Todo el mundo pensaría que el sindicalista recibió cucharada doble de su ponzoñosa medicina. Entró a cazar furtivamente y los cochinos le cazaron a él, iban a decir. Hubiera sido la coartada perfecta si no fuera porque estaba allí. Tan fresco. Y encima se reía.

El Piteras, muy asustado, pidió al marqués que lo dejase. El Templao, explicó, se había llevado un buen susto y la más dura de las lecciones. Ya valía. Con un herido bastaba. «Piense en la *señá* Petronila y en el Madruga, patrón, que son buena gente», dijo.

Pero no pudo ser.

Fue el hijo de un humilde pegujalero de Torrealba quien desatascó el laberinto. Era un joven peón que colaboró en la montería porque cuidaba la finca de vez en cuando para ganarse unos cuartos. Se había acercado a el Templao y le tenía cogido por los pelos. Le obligaba a mirar al marqués. Resultaba demasiado chulo para su edad, pero fue eficaz. Se llamaba Sebastián Delgado y le apodaban el Bizco. Pero no porque lo fuera, sino porque nunca miraba de frente. Le dijo a don Alejandro que *Torcío*, el semental astifino que había comprado hacía unos meses, el toro bravo que preñaba a las vacas atropellándolas, llevaba cuatro días sin montar a ninguna y se rompía los cuernos contra las puertas de la cuadra. *Na*, dijo, que se dejaba suelto al animal y se metía al sindicalista en el cercado, a ver si sabía torear atado de pies y manos.

El marqués se preguntó por qué no se había dado cuenta antes. La idea era más brillante que la del jabalí, más efectiva. Y sin vuelta atrás.

Como oscurecía con rapidez, le subieron a un carro y lo llevaron al corral. No abrieron la cancilla. Le tiraron por encima de la cerca y le obligaron a correr, amenazando con pegarle un tiro. Pero volvió a quedarse quieto, tirado en el suelo, boca abajo. Eso no se lo había enseñado su padre. Eso lo había aprendido solito en las fiestas de Valdefuentes, cuando soltaban el novillo y lo corrían por la plaza. Más de una vez, él mismo se hizo el don Tancredo, ganando fama de valiente. Pero ahora no tocaba. No tenía nada que ver. Lo veía tan claro que no luchó por sobrevivir, sino para joderles la fiesta. Querían matarle y que pareciera un accidente. No lo conseguirían. Se iban a quedar bien jodidos. Si lo mataban, el crimen sería evidente. No permitiría que encontrarán una excusa.

Se quedó en el suelo, estirado, con los ojos tan apretados que le dolían por la rabia contenida. Al poco, sintió el aliento del bicho en su cogote. El animal le olía, pero no metió el cuerno. Y se fue. El marqués se cagó en Dios. Miró a sus hombres y preguntó que quién tenía huevos para meterse dentro y poner en pie al hijoputa ese.

El Bizco saltó al corral con ademanes chulescos. Llevaba una chaqueta parda y la desplegó con arte para colocar al toro. Lo dejó excitado, listo para arremeter. Luego, tiró el trapo por encima de la cerca, se agachó y levantó al socialista de la peor manera. Se le resistía, pero lo puso de rodillas a la fuerza, colocándose a su espalda,

agarrándole el cuello con el antebrazo, asfixiándole casi. Le clavó la rótula en el espinazo para obligarle a sacar pecho. «¡Ehhhe!», gritó, «¡ehe!», y aspiraba la hache con tanta fiereza que de seguro, afirmó el Remedios, le debió doler hasta la raíz de la garganta.

El jabonero barbeó. Acompañó el escarbo con sus bufidos. Embistió. El Templao, atrapado entre los brazos del Bizco, lo vio venir de frente. Sintió el nudo de los antebrazos sobre las axilas, las manos entrelazadas apretándole la nuca. Quiso tirarse al suelo. Pero no pudo. El pitón le entró por el costado, desgarrándole las costillas. Escupió el aire mezclado con la sangre. Vio que se aceleraban las estrellas y las captó fugazmente, más brillantes que nunca. Adivinó un vacío inmenso, profundo, mientras se mareaba. Se sintió caer y volvió a subir, a ciegas, huyendo del mundo. Creyó que su verdugo seguía atado a su espalda porque le oía gritar y no le soltaba. Y murió sonriendo, convencido de que las cornadas que le abrían portones en el pecho también mataban al cabrón que se había convertido en su joroba.

No fue así. El Bizco se alejó del asta. Mientras *Torcío* empitonaba al muerto y lo pisoteaba después como a un guiñapo, el rufián corrió hacia la talanquera y la saltó. Sin abrir la boca, resollando aún, cruzó su mirada con la del marqués y supo que ya nunca le faltaría de nada. Sus ojos sellaron una invisible cédula maldita. Y la luna encarnada atestiguó, lejana, indiferente, su imperecedero contrato de sangre.

Sonriendo a la soledad

Miguel rehuyó echar al relato el grano que le reclamaba Leonor. No quiso hablar más de eso, de la putada que le hizo su padre asesinando al hermano de su primer amor. Nada de quién era su Alba Inés. Solo quería explicarle por qué iba a hacer lo que iba a hacer. Y que se dejase de pasados.

El Remedios retomó el discurso inicial de Miguel. Por supuesto que era un crío. Pero que no se equivocase. Lo tenía tan claro como el aire que purifica la tormenta. Actuaba en nombre de la razón. Respondía a sus propias convicciones. Tenía la certeza, aseveró, de que la humanidad no alcanzaría su plenitud hasta que un socialismo desarrollado en libertad garantizase el trabajo, la igualdad de oportunidades para todos, el acceso libre y gratuito a la cultura, imprescindible para elevar el espíritu a cotas elevadas de satisfacción personal. Pero entonces, como decían los líderes de izquierdas sin distinción de colores, el capitalismo había engendrado el fascismo, la máxima expresión de su ferocidad. Y la burguesía estaba dispuesta a destruir el mundo con tal de no perder sus privilegios. Por eso había que optar entre el socialismo o la barbarie. No había otra.

Hablaba de eso, abundó el buen Federico, como lo habría hecho uno de los primeros cristianos. Aunque, eso sí, con el mérito añadido de la ausencia de premios celestiales. No era, desde luego, la fe de quien creía en lo que no ve, ni mucho menos. Profesaba la entrega a lo conocido y experimentado, a su propia realidad inmediata. Vivía tiempos de unidad de la izquierda, de ilusión por la victoria. Personas y grupos renunciaban a métodos y aspiraciones porque se luchaba contra el fascismo, el peligroso enemigo común. Y el mismo sueño invitaba a su consecución.

Lo importante era, entonces como siempre, el credo. Porque los seres humanos, comentó el Remedios, sabihondo, necesitan confiar en un amor, sus hijos, la amistad, una idea. Incluso en un dios, a falta de otra cosa. No tienen más remedio que creer en algo, aunque sea un ladrillo. Por no descomponerse, para sobrevivir. Las personas, concluyó, siempre se topan con su soledad en el espejo, pero conviven con ella, incluso le sonríen, cuando tienen fe.

Los buenos argumentos de Miguel no le sirvieron de nada, concluyó el Remedios con mordacidad. Leonor los juzgó con las tripas, no con la cabeza. Ella le entendía muy bien, pero no quería que fuese a combatir. No estaba obligado, le había dicho. Incluso por la edad. No podía ser tan tonto. La gente iba a lo suyo. Comprendía que los trabajadores luchasen para conseguir mejores sueldos o los intelectuales, para impedir que les robaran o machacasen las ideas. Pero eso no era de su incumbencia. Tenían que andar a lo propio, garantizar la supervivencia. Y que no se preocupase. Ella, con sus ahorros, se encargaría de todo. Él solo debería disfrutar de las cosas, dejar pasar los tiros, esperar como un príncipe a que fueran otros quienes resolvieran los problemas generales. Se lo decía, frenética, medio sollozando, mientras le acariciaba la cabeza entre los senos y le besaba la frente, y los ojos, y la boca. Pero él, sonriente, se limitó a decirle, vacilón: «¡Mujer, lo que tú quieres es que viva como un marqués!». Y ella no supo si reírse a mandíbula batiente o llorar a espuerta rota.

Hicieron el amor sin parar. No comieron. Ni sestearon. Fornicaron las veinticuatro horas seguidas del plazo de asueto que Miguel y el Recogío se concedieron a sí mismos antes de volver al frente.



Cuando retornaron a la Casa de Campo y preguntaron por Tagüeña, nadie le conocía. Los llevaron hasta Mangada y él, personalmente, los incorporó a un batallón donde les enseñaron a desfilar, a disparar con pistola y fusil y conocer los grados militares. Al mediodía, les hicieron cavar trincheras junto al campo de polo y, por lo ancho y la profundidad, comprendieron que no se trataba de un entrenamiento. Eran fosas para los ejecutados. Más tarde, cuando almorzaban un rancho sabroso en los platos de peltre que les dieron, un jefe de milicias achispado propuso que los incorporasen a un pelotón de fusilamiento para que fueran acostumbrándose a la sangre. Hubo algunas risotadas y gritos de aprobación. Pero, para su fortuna, el propio Mangada pasó por allí y atendió el alboroto. Lleno de indignación, expulsó de la milicia al provocador y ordenó que los muchachos fueran destinados, por la tarde, a funciones de vigilancia en la entrada principal, la del puente de la República.

No sirvió de mucho. En la Casa de Campo se fusilaba mientras hubiera luz. Todo el día. Y la imaginación mordía el alma solo un poco menos que la vista.

Los habían colocado a cada lado de las pilastras donde se enganchaban las grandes verjas de hierro forjado, abiertas en abanico. De rato en rato, las descargas y los tiros de gracia les hacían temblar y ambos se volvían, asustados, para buscar la mirada del otro y refugiarse en ella. El Recogío, más disciplinado, se mantuvo en pie todo el tiempo, pero no paró quieto. Miguel decidió sentarse y se recostó sobre el espeso muro de machones y verdugadas de ladrillo que se mezclaban con los paños de mampostería. Las altas albardillas de granito repelían el calor abrasante y la sombra, cada vez más extensa, aliviaba la temperatura de las paredes encaladas. De vez en cuando, el muchacho colocaba el carrillo contra la greda y sentía el frescor de

la tapia. Solo así dejaba de figurarse lo que estaba pasando junto a las paredes medio derruidas de la cercana iglesia de la Torrecilla donde se ejecutaban las sentencias de Mangada.

Cuando terminó la vigilancia, Miguel y el Recogío tenían tan claro lo que iban a hacer que ni siquiera hablaron de ello. Se fueron a dormir a casa sin que nadie les dijera nada porque aún había muchos hombres casados que lo hacían para acompañar a sus mujeres. Todavía eran milicianos, voluntarios. No pertenecían a un ejército. Acudían a pelear o a entrenarse como si cumplieran una jornada laboral. Al anochecer, visitaban las tabernas de sus barrios y se contaban los unos a los otros los enfrentamientos bélicos antes de irse a la piltra.

No volvieron con Mangada. Acordaron buscar a Tagüeña y se juraron que lo encontrarían aunque tuvieran que poner ruedas arriba la estatua de Cibeles. Pero no fue tarea fácil. Las Juventudes Socialistas habían trasladado una de sus sedes al club aristocrático La Gran Peña, el de la Gran Vía, por donde Callao. El propio Tagüeña, oyeron después, expropió el local sin atender aspavientos de encargados y camareros. Los trabajadores, uniformados con chaquetas blancas y pajaritas negras, se habían resistido, pero acabaron sometiéndose a las órdenes de los jóvenes armados y hasta ayudaron a poner una bandera roja en el balcón principal.

Los dos amigos se enteraron allí. Para su fortuna, el responsable de la guardia que dejaron en la sede era un compañero de los que combatieron en Campamento y rompió su marcialidad para darles un abrazo. Les explicó que Tagüeña andaba en la sierra, donde el Gobierno trataba de recuperar el Alto de los Leones. Los de Castilla, matizó. Y añadió que podrían reunirse con él si se daban prisa y se incorporaban a una camioneta de voluntarios que salía para Villalba al mediodía. Luego les invitó a una cerveza de importación. «Se las hemos expropiado a los aristócratas», dijo riéndose. Y guiñó un ojo.



Villalba era la perfecta expresión del caos en movimiento. Todo el mundo funcionaba sin tener muy claro el sentido de sus pasos. Soldados, guardias y milicianos, entre los que se mezclaban un montón de mujeres armadas, marchaban de aquí para allá, entrecruzándose, a la espera de que alguien les dijera quiénes eran sus jefes y qué tenían que hacer. Había decenas de camiones aparcados desordenadamente en las cunetas de la carretera general y los ocupantes de multitud de coches, sobre todo taxis expropiados, tocaban el claxon sin cesar, reclamando el paso imposible entre la multitud.

Miguel, siempre acompañado por el Recogío, preguntó dónde estaban los mandos y le dijeron que en el ayuntamiento. Fueron a preguntar, pero allí nadie sabía quién era Tagüeña. Se sentaron a descansar en los escalones de la Roca del Consejo, donde les dieron un trago de vino en una bota que llevaba pintadas la hoz y el martillo, y se fueron luego hasta la iglesia de Nuestra Señora de Enebral porque les dijeron que en

el pórtico se estaban agrupando los combatientes socialistas. Les falló la suerte. Sentados en el largo escaño de piedra y apoyados en las columnas de granito, había un pelotón de milicianos socialistas que ni sabían quién era ni dónde podían encontrar al tal Tagüeña ese.

Desconcertados, Miguel y el Recogío juntaron a los jóvenes que habían viajado con ellos y volvieron a la ciudad cuando empezaba a anochecer. Eran una docena de críos vestidos con monos azules y armados con fusiles. Iban eufóricos. Llegaron a la sede de la Gran Vía con las gargantas alijadas por el canto de los himnos populares. Les valieron todos, sin distinción de ideologías, pero el preferido fue *La Internacional*. La interpretaron durante la mayor parte del viaje, con un puño en alto y el otro aferrado a las barandillas de la caja del camión, intercalándola una y otra vez entre *La varsoviana* y el *Himno de Riego*, sobreponiéndola a las viejas canciones de la guerra de la Independencia o de la lucha de los liberales contra Fernando el Séptimo, como el renacido *Trágala* o el *¿Qué será?* Y, para su fortuna, cuando llegaron al club aristocrático sanaron los escozores del gznate sin problemas porque aún les quedaba mucha expiación que trasegar.

En esas estaban, atiborrándose de botellines, cuando Miguel, que acariciaba distraído los eróticos relieves de una botella de Trinaranjus, vio cómo cruzaba el *hall* una mujer resuelta y atractiva que le llamó la atención. Iba vestida de enfermera, pero llevaba un pequeño revólver colgando del hombro. El cinto de cuero le apretaba el pecho, resaltando los senos, y la pistolera negra, brillante, se le incrustaba por debajo del sobaco.

Demostró su autoridad nada más sentarse en un taburete de la barra. Se dejó besar por unos pocos, dio órdenes y consejos urgentes y se tomó una gaseosa de dos tragos. Cuando hacía el ademán de marcharse, reparó en el muchacho. Le miró con detenimiento. «¿No serás el marqués?», preguntó enigmática. Y Miguel, dijo el Remedios, supo de inmediato que era amiga de Tagüeña porque solo él conocía su secreto. Pero se quedó tan cortado que ni siquiera balbució que sí.

Ella coqueteó un poco antes de hacerle pasar al restaurante. Las paredes espejadas y las vitrinas llenas de cuberterías de plata y vajillas de porcelana rebotaban la luz ambarina del atardecer. La reverberación obligaba a entornar los ojos. Sobre una mesa larga había jarras de agua y bocadillos de sardinas en aceite, pero no tomó nada. Se dirigió a uno de los balcones y, asomándose a la Gran Vía, explicó que Tagüeña le había hablado de él esa misma mañana, en la sierra. Una casualidad. Lo hizo bromeando, para animarla en medio del caos que provocaba la batalla. Le dijo que la República iba a ganar la guerra de corrido porque hasta los aristócratas peleaban junto al pueblo. «Te aprecia mucho porque te describió tal cual», comentó. Y marchándose ya, mirándole en escorzo, añadió pillina: «Tenía razón. Eres un guapito».

No la dejó salir. Tomaron una cerveza y resultó ser más extrovertida de lo que parecía. Se llamaba Leonor Menéndez, pero los jóvenes socialistas madrileños la

conocían como Leo. Toda su familia era del Pesoe y tenía fama de ser una gran compañera. Se la había ganado en la cárcel a la que la llevaron por participar en los sucesos de octubre del treinta y cuatro.

Era una enfermera de lujo porque sabía mucho de medicina. Ayudaba a todo el mundo en la sierra. Infatigablemente. Siempre a caballo entre el hospital de El Escorial y el sanatorio de la Tablada. Había conseguido una vieja ambulancia y recogía heridos en el frente para llevarlos a los pueblos con ambulatorios o incluso a Madrid si necesitaban ser operados de algo serio. A Miguel le contó que Tagüeña dormía esa noche en el pueblo de Guadarrama, donde esperaba la llegada de las compañías de militantes socialistas que Fernando de Rosa y el capitán Pedro González Gil iban a llevar al combate al día siguiente. La chica le dio detalles del modo en que podía incorporarse esa misma noche a uno de los grupos y Miguel, más contento que un pandero, salió pitando con el Recogío.

Las compañías socialistas lo eran de verdad porque, en gran medida, ya estaban organizadas como milicias antes de la sublevación. Los chavales entraron en la que mandaba el capitán González Gil, un hombre maduro que vestía un viejo traje de boda sin chaleco ni corbata. Llamaba la atención porque, aunque era militar, iba armado con un máuser sin correa y transportaba la munición en cartucheras que había atado, con cordones de zapato, a su cinturón de cuero. Hablaba poco, pero nadie sabía si era porque le gustaba estar callado o por las toses abruptas e incesantes que le provocaba el asma.

El de Miguel fue un bautismo de fuego literal porque, nada más llegar al pueblo, dos aviones que llevaban pintadas las aspas negras de la cruz de San Andrés soltaron sobre su cabeza un haz de bombas centelleantes. Las explosiones no acabaron con media compañía porque les habían enseñado a tirarse al suelo cuando las oían silbar sobre sus cabezas.

En pie, mientras se sacudía el polvo de la ropa, consiguió ver a Tagüeña. Estaba lejos, junto a la fuente neoclásica del centro del pueblo, en la carretera que enfilaba hacia el Alto de los Leones. No tuvo tiempo de contarle sus andanzas. Después de abrazarle, sin darle tiempo a más, el capitán ordenó que enfilara hacia el puerto con los demás milicianos.

El brigada se había lesionado una cadera y no podía correr, pero los siguió en un camión cargado de víveres y municiones. Marcharon en silencio, con paso cauto, por el lado izquierdo de la carretera. Y cuando parecía que nunca iba a pasar nada, tras superar la Tablada, se desató un espeso tiroteo que los clavó en la tierra como estacas. Los cañonazos enemigos hicieron temblar el suelo. Avanzaron agachados, pegados a la cuneta, protegiéndose tras los pinos viejos, disparando a ciegas hacia lo alto. Las balas de las ametralladoras enemigas tronchaban las ramas de los árboles y rebotaban en las peñas, destrozándolo todo a su paso antes de enterrarse en la hierba y la carne. Las explosiones le recordaron a Miguel el estruendo de las tormentas eléctricas y el olor a pólvora quemada le reprodujo, por un segundo, la magia de los fuegos

artificiales de su pueblo. Cerró los ojos y se vio en Torrealba dando vueltas debajo de los postes chispeantes, experimentando de nuevo aquella misma tufarada ácida y el roce hiriente de las pavesas, el ensordecedor estruendo de las tracas.

El zumbido de un proyectil que le rozó la oreja le despabiló. Tuvo miedo. El capitán les había pedido que disparasen con cuidado, que no gastasen munición. Se le olvidó. La furia contra no sabía qué le llevó en volandas y siguió el paso acelerado, valiente, del capitán González Gil. Escuchaba su orden repetida: «¡Adelante, adelante, adelante!». Y corría detrás, sin temor, ciegamente. De pronto, el oficial se detuvo en seco, cayó de rodillas y quiso apoyarse en el fusil inútilmente. Miguel no tropezó con su cuerpo porque corrían cuesta arriba. Otras balas le doblaron hacia atrás y quedó sentado sobre sus pantorrillas. Fue un segundo. El cuerpo cayó a un costado y resbaló unos metros sobre las agujas secas de los pinos. A su lado, alguien empezó a gritar que había que retirarse, pero Miguel seguía mirando, embelesado, el cuerpo ensangrentado del capitán. Una mano tiró de su correa con fuerza y tuvo que girar el cuerpo hacia atrás para no caerse. Era el Recogío. Le miraba con cara de espanto. Gritó: «¡Corre!». Y solo entonces se dio cuenta de que el grupo se había descompuesto y de que sus compañeros huían cuesta abajo, en medio de una desbandada general. Se salvó de chiripa, dijo escueto el Remedios. Y añadió, para que Alicia se hiciera una idea cabal de la tragedia, que tras descontar los muertos y los desertores, solo quedaron doce hombres de todas las compañías socialistas.

La experiencia de Tablada curtió el alma de Miguel. No tenía conciencia de haber matado a nadie, pero sabía que no le hubiera importado matar. Y no es que fuese la guerra. Que eso lo daba por supuesto. Era que había comprendido la lección primera, la de que la muerte forma parte de la realidad. Podía haberle tocado a él como les tocó a los otros. Puro azar. Ni siquiera era cosa del destino, como había pensado. Porque allí estaban las mismas rayas de las manos que se quemó de niño, cada vez más largas, mucho más profundas y entrecruzadas.

Tumbado en la cama sin dormir, dijo el Remedios que le había contado Miguel, recordó estremecido, en una larga y solitaria secuencia, su singular desgracia personal. Fue un accidente horrible. Doña María Luisa, aquella maravillosa mujer que atendía la casa y que, por encargo de su padre, le cuidó como a un hijo, siempre estaba en lo peor, pero le dejaba corretear por la cocina mientras preparaba de comer. El niño le tiraba de las faldas y le pedía perrunillas o golosinas y ella bromeaba impidiéndole pellizcar los dulces que guardaba dentro de una pequeña alacena incrustada en lo alto de la pared. Miguel solo llegaba a la primera balda cuando se subía a uno de los escabeles que los criados utilizaban para descolgar las ristras de ajos, encender los altos candiles que colgaban de las paredes o limpiar la fila de platos de cerámica de Talavera que adornaban el arco de la chimenea. Pero doña María Luisa, la esposa del Piteras, le vigilaba porque sabía que, de puntillas, alcanzaba las celosías de las puertas. Y, cuando se aproximaba, le reñía de mentirijillas.

En la cocina todos estaban atentos a que el pillastre no hiciera la trastada suya de cada día. Había que vigilarle con atención para impedir que se acercase a las trébedes sobre las que se colocaban las calderas y las sartenes, pero no solo para evitar que se quemase, sino para impedir, también, que se tiznara las manos o las ropas cuando jugaba con los trastos amontonados en las esquinas. Por eso, porque le acechaban asiduamente, nadie pudo imaginar lo que iba a suceder aquel día en que la primavera invadió por sorpresa el último domingo de febrero. Los cerezos, detalló Federico, florecieron en los huertos de extramuros y la luminosidad fecundó las estancias barnizando de miel los muebles de caoba y encendiendo de corinto los suelos de mazarí. Doña María Luisa se alegró cuando vio el espléndido amanecer desde su ventanuco porque, con la autorización de don Alejandro, iba a festejar, por fin, su cumpleaños con un almuerzo de gala para presentarlo en sociedad. Pero fue eso, la alegría, lo que hizo más amarga la tragedia.

El Remedios se lo explicó muy bien a la impresionada Alicia, tan detalladamente como el mismo Miguel se lo había contado a él hacía tantos años. La mansión se abrió de par en par, se engalanaron los balcones del quicio principal y pusieron en las paredes tiras de guirnaldas con ramas de olivo y tallos de clavel. En el patio romboidal se colgaron de las columnas numerosas banderitas rojigualdas, de papel, y se instalaron gruesos tablones sobre el brocal enrejado del pozo para que sostuvieran el gramófono y no faltase copla. Por primera vez desde que ni se recordaba, se dispuso para el almuerzo el gran comedor en cuyas oscuras paredes se habían amontonado los lienzos de todos y cada uno de los marqueses de Valdencina.

La desgracia fue mayor, como le decía, precisamente por eso. Por la ocasión. Algunos invitados habían adelantado a sus hijos para que entretuvieran al señorito. Y cerca del mediodía, jugando al zurriago oculto, un muchacho atrevido engañó a los demás con los friofríos y los retecalientes. Miguel buscó el cinto oculto con el ansia de su edad. Por adelantarse a otro chiquillo, corrió de más y resbaló con tan mal paso que golpeó la rodilla contra un escañuelo, giró el cuerpo, haciendo un extraño, y, para no caerse, sin darse cuenta, apoyó las manos sobre la plancha incandescente del fogón.

Sus alaridos estremecieron los cimientos del palacio. Se extendieron como una explosión atómica, describió el Remedios. Y se escucharon, rebotados, hasta en las casas de las afueras del pueblo.

Doña María Luisa le aplicó de inmediato el remedio de la clara de huevo porque le habían enseñado que así se evitaba el contacto de la herida con el aire, lo que aliviaba el dolor e impedía la inflamación. Después, aunque el boticario mandó recubrir la parte dañada con unguento de hamamelis, ella prefirió aplicarle trozos de tela untados con manteca fresca y yema de huevo cruda, a partes iguales. Le cambiaba los emplastes cada poco, impidiendo que se le secasen sobre la piel. Y gracias a sus cuidados no le salieron cicatrices. Sin embargo, doña María Luisa no pudo evitar que las palmas le quedaran completamente lisas, aunque ásperas, como

de pergamino crudo. Por eso, cuando el chico volvió a usar las manos con alguna destreza, viendo que siempre trataba de esconderlas o se ponía guantes, la Piteras se las cogió delicadamente, las mostró boca arriba y, dispuesta a desinfectarle el ánimo, mirándole a los ojos con toda la dulzura que le quedaba, dijo medio en castúo:

—No te arrumbes, Miguelino. Y no tengas *mieo*. Que no hay mal que por bien no venga. —Calló un instante y agrumó la voz sin cambiar de sonrisa—. Mira tú que *tos* nacemos con el sino *marcao* en las rayas de la mano y que el tuyo, ¡ea!, se ha *borrao* de golpe. ¡*Velaí* la fortuna que tienes! Porque *pa* ti no hay *na* escrito. Y ansina, de grande, serás lo que tú quieras.

Pero el pequeño, que había perdido la sensibilidad de las yemas, agachaba la cabeza, apretaba los puños y luego, estirando los dedos de golpe cuando ya no le veía la Piteras, daba palmadas, llorando, hasta enrojecer la piel. En aquel tiempo tuvo la sensación, confundido por un presentimiento, de que había perdido el don de la caricia y que nunca lo recuperaría. Pero, para su contento, saldó el Remedios, los años sorprendieron a la ciencia y le devolvieron el tacto. Según fue viviendo, se conformaron los surcos de las palmas y con cada acto, cada resolución consumada, se hicieron más profundos y le cincelaron sobre la explanada de las manos una eme irregular.

En Tablada Miguel sonrió. Aunque todos los hombres llevaban en sus palmas la inicial de la muerte, él seguía estando ahí, más sereno que nunca. Había tenido suerte. Y quería seguir luchando después de haber sentido cómo la dama de la guadaña revoloteaba sobre su cabeza y le depositaba su aliento helado en el cogote.

A petición de Tagüña, Miguel y el Recogío dejaron la sierra y volvieron a Madrid tras el primer combate. El joven suboficial les explicó que el Gobierno había creado una Dirección General de Milicias desde la que se estaban organizando las columnas de voluntarios y pidió que se sumasen al batallón que iba a dirigir personalmente el italiano Fernando de Rosa. Él, apostilló, como segundo del jefe, se reuniría con ellos. Y que alucinase, ordenó el Remedios a su interlocutora. El Batallón Octubre, número once, se formó en poco más de cuarenta y ocho horas. ¡Toma ya! Pero ella le respondió con un simple «*pos bueno*» y se quedó cortado. Tanto que volvió a preguntarle si le aburría con aquellas historias. Y ella se rio. Todo lo que contaba le parecía bien. Solo que a ella no le alucinaban, dijo entrecomillando la palabra, los asuntos militares. De ahí su desapego. No había más. Que siguiese si quería.

Cuando se convirtieron en milicianos oficiales, a Miguel y el Recogío les dijeron que cobrarían una paga de diez pesetas diarias. Nada menos. Se sintieron niños con calzonas nuevas. Sobre todo Miguel. Porque don Benito Gorostizaga solo le daba tres rubias al día y esos dos duros, aunque los precios hubieran subido lo suyo cuando se supo que el conflicto iba para largo, eran un salario de verdad. Con todo, se dijeron, lo más importante era que se habían convertido en soldados del pueblo y que compartían con otros cientos de compañeros el mono azul y el gorro verde de la tropa

de aviación que les endosaron como uniforme.

A Tagüeña le ascendieron a capitán para que fuese ayudante de Fernando de Rosa. Y no paró. Lo primero que hizo, tozudo, fue enseñar a desfilarse a sus muchachos. No ocultaba que lo suyo era la marcialidad. Disfrutaba ordenando las filas, reclamando un cinturón bien anudado, colocando adecuadamente los quepis sobre las cabezas. Consideraba que la disciplina era la principal defensa del soldado porque podía salvarle la vida cuando, por ejemplo, se evitase el desorden en las retiradas.

La primera salida del batallón hacia el combate fue el uno de agosto, por la tarde. De Rosa había resuelto darle por detrás al enemigo. Se llevó el batallón en camiones hasta Peguerinos, más allá del Alto de los Leones. Y desde allí continuó a pie, por el paso de la Gargantilla, hasta los pinares desde donde se dominaba el pueblo segoviano de San Rafael. Más tarde, protegidos por la espesura de los albares, los milicianos se unieron a las tropas del comandante Sabio en los alrededores de la Cueva Valiente y se aprestaron a tomar la población.

Miguel se colocó a espaldas de Tagüeña como si fuera su escolta. En realidad, pensaba que sería la mejor referencia cuando llegase la hora de combatir. A su vez, el Recogío hizo con Miguel lo que Miguel con Tagüeña. Y así formaron, de la manera más primitiva, una peculiar y reducida cadena india que se movía entre los piornos como una auténtica culebrilla.

En esa posición bajaron hacia San Rafael y entraron por la zona residencial donde estaban las casas de recreo construidas en la ladera de la sierra, muy distantes entre sí. Sus dueños las habían abandonado cuando comenzó la guerra y el aspecto era desolador. Sin embargo, cuando más confiada marchaba la avanzadilla republicana, se produjo un tiroteo que la descompuso por completo. Oficiales y soldados corrieron desordenadamente porque cayeron algunos heridos y nadie sabía dónde estaba el enemigo. Cuando se dieron cuenta, vieron grupos de falangistas y militares armados con ametralladoras que hacían fuego cruzado sobre ellos. Tuvieron que huir de mala manera y las cosas habrían ido mucho peor si un militar profesional que conocía bien su oficio no hubiera previsto la respuesta a una situación semejante.

El propio Tagüeña describió en sus lúcidas memorias, con pluma de ave fénix, la deslumbrante aparición del teniente coronel Rubio en medio de la descomunal balacera, subido a un caballo blanco y dando órdenes a su compañía de ametralladoras del batallón de Aviación para que cubriera ordenadamente el repliegue de los que retrocedían. A Miguel, puntualizó el narrador, aquella figura heroica del jinete oscuro sobre su montura candeal, del enaltecido militar que galopaba de un lado para otro mientras alzaba la pistola, como un faro, por encima de su gorra de plato, le pareció una versión moderna de las estampitas de Santiago Matamoros. Jamás olvidó la imagen campeadora de aquel hombre a quien le debió la vida y acabó debiéndole, también, lo mejor de su singular pero infortunado destino.

Miguel siempre se presentaba voluntario para todo lo que reclamase Tagüeña. Se

había encariñado con su figura menuda, ese rostro delgado que achicaban aún más los quevedos de pasta gruesa y oscura, su permanente sonrisa de sabelotodo. Le veneraba. Y por eso, arrastrando tras de sí al Recogío, le siguió en su peligrosa exploración del pico de Cabeza Líjar, desde el que se dominaba el Alto de los Leones. El capitán temía que estuvieran allí los nacionales y pensó que, si los pillaban, acabarían fusilados. Pero nada más lejos. La peña estaba abandonada y la ocuparon sin pegar un tiro.

Fue un jueves de agosto en el que las horas sofocadas de la jornada engañaron a todo el mundo pasado el atardecer. Tras ponerse el sol, el batallón se quedó en el pico y los hombres empezaron a tiritar. La noche fue gélida y la madrugada del viernes remató el castigo. Los milicianos no tenían mantas ni pudieron hacer fuego por temor al enemigo. De poco sirvió que se amontonaran para darse calor los unos a los otros. Algunos enfermaron y tuvieron que retirarse cuando amaneció. Fueron los afortunados. Porque los cadetes de artillería de Segovia, en las filas de Mola, los habían descubierto y cañonearon al resto sin cesar. Era casi imposible refugiarse de las bombas. Pero, al final, los milicianos consiguieron que les llevaran una batería y, como el mal compartido siempre parece menos malo, se consolaron empatando a pepinazos con el adversario.

No salieron de Cabeza Líjar en doce días. Miguel comprobó allí que ser miliciano era algo más que pegar o recibir tiros, desfilar, ser disciplinado y comer mal. Los soldados también cavaban trincheras. Y lo hacían lo mismo cuando granizaba que cuando el sol les astillaba el pellejo. No había excepciones. El Recogío se reía de Miguel por sus bufidos, pero arrastraba su propia cruz. Les salieron callos hasta en el culo y sudaron tanto que dormían desnudos bajo las mantas porque los uniformes se les empapaban y se quedaban tiesos por la noche.

Tenían tales agujetas que casi se alegraron cuando tuvieron que salir pitando porque los despertó el estruendo pavoroso de los proyectiles enemigos. No iba contra ellos, pero atacaban la posición cercana de Cueva Valiente y Fernando de Rosa organizó con Tagüeña un grupo de ayuda al que se incorporaron Miguel y el Recogío. Lo malo fue que, por querer llevarse unas cuantas granadas, el capitán salió retrasado. Y solo le acompañaron sus dos inseparables subordinados.

La situación era caótica. La ausencia de un frente de trincheras permitió a los facciosos infiltrarse desde San Rafael por en medio de las tropas republicanas, llegar hasta un campamento llamado de las Navazuelas, por donde luego hizo Franco la Cruz de los Caídos, y, tras intercambiar fuertes tiroteos, volverse corriendo hacia sus posiciones segovianas. Los republicanos subían por un barranco mientras los nacionales bajaban por otro paralelo, sin verse, y hubo un momento en que nadie sabía contra quién disparaba cuando parte de las tropas se cruzaron.

El retraso de Tagüeña pudo costarles la vida porque, sin saberlo, creían estar corriendo hacia donde había marchado Fernando de Rosa y lo que habían hecho era tomar el camino contrario. En medio de una campa salpullida por los pinos caídos y

los troncos resacos, un numeroso grupo de soldados, uniformados con monos azules como los de su gente, pasó corriendo a su lado, sin detenerse ni siquiera para responder a sus preguntas. Miguel observó que varios de ellos llevaban bordado en rojo, sobre el bolsillo izquierdo de las camisas azules, el yugo y las flechas de Falange. Se quedó paralizado. Tagüña, casi al tiempo, vio que algunos llevaban cascos militares, escasos entre los suyos porque, aunque no se respetaba mucho, la gorra de aviación era obligatoria. Inconscientemente, pidió a sus muchachos que se refugiaron tras una cerca de piedra y, en lugar de esconderse, ordenó que disparasen a las decenas de enemigos que se alejaban de ellos corriendo.

Para su fortuna, dijo desternillándose el cronista apasionado, los falangistas iban tan aterrorizados en la fuga hacia sus cuarteles de San Rafael que no miraron para atrás. Algunos, creyendo que los perseguían fuerzas superiores, solo pensaron en el modo de correr con mayor rapidez y hasta soltaron el lastre que pudieron, incluyendo un par de morteros.

Solo entonces reparó Tagüña en la estupidez que había cometido. Humilde, afectuoso, iba a pedir perdón a sus muchachos por el riesgo que les había hecho correr cuando el Recogío empezó a dar saltos y, levantando el puño, gritó eufórico: «¡Victoria, mi capitán!, ¡hemos *ganao!*». El oficial no pudo evitarlo. Se tronchó de la risa. Y los chicos, por contagio, se rieron también. A carcajadas. Pero todos acabaron mirándose asustados cuando cesó la hilaridad. Y Miguel, más tieso que el palo de una escoba, sentenció:

—¡Joder! Si se vuelven, nos afeitan los cojones...

Los sepelios esplendorosos

Hubo un tiempo en que los funerales fueron el gran espectáculo solidario de Madrid. El Remedios explicó a la joven Alicia que cuando empezó la guerra daba gusto verlos porque los entierros eran singulares, incesantes, y las muchedumbres honraban a sus héroes en las grandes avenidas. Después, el acoso masivo y directo que sufrió la capital desde noviembre hizo imposibles las celebraciones. La muerte se hizo cotidiana y el tedio se apoderó del alma colectiva. Los grandes actos fúnebres, los homenajes, se trasladaron a la retaguardia, sobre todo a Valencia y Barcelona, pero nada ni nadie pudo borrar el esplendor de aquellos primeros duelos.

La narración del sepelio multitudinario de Fernando de Rosa admiró a la muchacha. El féretro, a hombros de jóvenes socialistas, cruzó todo Madrid. Salió a las tres de la tarde desde el setenta y nueve de la calle Fuencarral, donde estaba la sede de la Federación, y llegó al cementerio civil casi al atardecer. Los cánticos eufónicos y el clamor de las consignas revolucionarias ensordecieron el trajín ciudadano y diluyeron el estruendo lejano de los frentes. Las Juventudes Unificadas cortaron el tráfico y desfilaron por la calle de Alcalá, desde Cibeles, con disciplina marcial, saludando puño en alto al camarada muerto. Y el pueblo se aplaudía con ganas a sí mismo porque el fallecido, aunque extranjero, era uno de los suyos.

Hubo canciones de todos los colores. Primó *La Internacional* porque el caído era italiano, pero el himno anarquista *Hijos del pueblo* fue el que provocó los momentos más emocionantes cuando lo interpretó con mucha afectación una banda de música de la Ceneté. «En la bataaalla, la hieeena fasciista, con nuestro esfueerzo sucumbirááá». Quienes lo cantaban variaban la alusión a la unidad del pueblo con los anarquistas y decían comunistas o socialistas en función de su propia adscripción política, pero los corazones vibraron al unísono cuando concluyó el himno y entonaron la estrofa final, la de que solo en la unión estaría el vencer.

El comandante, tan ejemplar como bruto, había caído a la cabeza de sus hombres. Como la mayoría de los jefes republicanos, le echó más cojones que cabeza, dijo el Recogío. Pareció mentira que aquel viejo subteniente del ejército italiano cometiera

ese pueril error después de haber organizado el mejor batallón de Madrid. Había conseguido un avituallamiento de víveres, armas y municiones sin parangón gracias a uno de sus ayudantes extranjeros, el comunista servio Mirko Turkovic, quien instaló en la capital las oficinas y organizó una red de chóferes de la Ugeté que los abastecían sin parar. Incluso logró que le dieran una centralita telefónica portátil. La releche.

El otro pilar de aquel grupo ejemplar fue la estricta disciplina militar. A De Rosa le costó lo suyo, pero acabó introduciendo en el Octubre el insólito virus de la renuncia a los intereses personales. En los primeros días de la guerra se quejó mucho de sus hombres, pero siempre en privado. De hecho, Miguel le contó al Remedios una conversación que había mantenido, en italiano, con su amigo Pietro Nenni. Fue en el campamento de Peguerinos. Combatían el frío junto a una hoguera con raíces de brezo y él estaba muy cerca. Se perdió algunos giros y frases que pronunciaron en tono muy bajo, pero captó lo fundamental. Quería a sus milicianos, pero no los entendía. Podían hacerse matar sin fundamento lo mismo que salir huyendo sin la menor excusa. Eran demasiado apasionados. Infantiles en eso.

La charla disgustó a Miguel porque Nenni comentó que aquello le parecía un campamento de gitanos. No le gustaba que hubiera mujeres en el frente. Aunque aclaró que no era por lo que se decía en Madrid de que habían sido prostitutas. En absoluto. Sabía que las que estaban allí eran voluntarias bien intencionadas y militaban en organizaciones de izquierdas. Lo que le molestaba era que retozasen con sus novios en los vivaques. No era serio, decía.

Con todo, añadió Nenni, lo que más le disgustó fue que los voluntarios no hicieran guardias ni cavasen trincheras. De Rosa le respondió que eso también le encolerizaba a él, pero era imposible hacérselo entender. Porque no lo hacían por vagos. ¡Qué va! Ni por irresponsables. Era por pura chulería. Cuando su ayudante Bianchi aplicaba su disciplina prusiana y despertaba enfadado a los centinelas, contó De Rosa, los milicianos se reían de él porque les pedía que se mantuvieran despiertos por la noche. Pensaban que lo hacía porque le daba miedo la oscuridad.

De Rosa nunca estaba donde debía. Viajaba sin cesar a Madrid en un Rolls-Royce negro que había requisado y siempre volvía echando leches, urgido por la desmoralización que asaltaba inexplicablemente a su tropa. Hasta que pasó lo que tenía que pasar.

Fue uno de sus típicos arrebatos. La excitación le pudo y el asunto acabó mal. Se enteró de que los suyos habían perdido inesperadamente la posición de Cabeza Líjar y quiso reconquistarla por las bravas. Recibió un tiro en la frente cuando arengaba a los suyos subido a un peñasco, señalando con su vara pelada de mando las líneas enemigas que apenas divisaba porque el sudor le empañaba las gafas. Su enorme corpachón se descompuso y cayó rodando por el canchal. La noche anterior le había dicho a Nenni que morir no era nada, que bastaba con no sufrir. En eso tuvo suerte.

A De Rosa le hicieron un funeral más que merecido, pero Miguel no dejó de

pensar, mientras duró, en los muertos anónimos de la sierra. Porque aquella tarde del quince de septiembre cayeron decenas de milicianos que el enemigo había enterrado, de mala manera, en un puñado de fosas comunes.

El Remedios afirmó, mirando a su amiga con ademán severo, que ese día insondable del entierro dos circunstancias singulares modificaron profundamente la vida de Miguel. La moneda que el azar echó al aire, metafóricamente, cayó de canto y le tocaron, al tiempo, la cara y la cruz.

El joven extremeño y el Recogío viajaron con Tagüña a Madrid porque esperaban dormir en la ciudad cuando acabase el funeral. Hacía días que Miguel no sabía nada de Leonor y se le destemplaban las ingles con solo imaginar el contacto físico siquiera de sus dedos. Sin embargo, las cosas se torcieron y, terminado el sepelio, el capitán decidió volver a la sierra sin más dilación porque los nacionales estaban atacando sus posiciones con dureza.

Miguel ya se había despedido mentalmente de las caricias de su amada cuando, al salir del cementerio, toparon con el teniente coronel Rubio. El saludo afectuoso derivó hacia una conversación inesperada. El oficial le reveló a Tagüña que el mando había decidido ascenderle a comandante del Once de Octubre como sustituto de Fernando de Rosa. Todos se alegraron. Pero una confidencia más oscureció la agradable sorpresa. De ahí a cuatro días, añadió, su batallón de Aviación dejaría la columna del alto del Guadarrama. Lo haría para incorporarse a los aeródromos del centro, añadió para que recuperasen el ánimo. Iban a distribuir a sus hombres entre Alcalá, Getafe y Cuatro Vientos y su tarea sería proteger a los pilotos de las escuadras de cazas, entre ellos al escritor André Malraux y su panda de aventureros.

El teniente coronel confirmó el rumor extendido de que, a pesar del acuerdo de no intervención de las potencias mundiales, ya se habían comprado aviones rusos. Nadie sabía cuántos eran ni cuándo iban a llegar. Pero, de hecho, en Getafe y Alcalá había pilotos soviéticos desde agosto. Formalmente, solo se habían dedicado a probar los pocos Breguet y Nieuport que sobrevivieron tras los primeros combates de Extremadura y Madrid, pero todos sospechaban que había algo más. Él mismo, Rubio, había hablado con alguno de ellos. Y la verdad era que se les veía el plumero. Los rusos, comentó, no tenían doblez y mentían como niños. Le hacían mucha gracia. Cuando se les preguntaba de dónde eran, respondían con el peor de los acentos andaluces: «Zoy mexicano, zeñó».

El teniente coronel interrumpió la conversación y se fijó en Miguel con detenimiento. Sonrió. Le preguntó si era ese a quien apodaban el Marqués. «¿El Marqués?», se extrañó Miguel. Y Tagüña se rio de veras porque le llamaban así desde hacía tiempo sin que él lo supiera.

Rubio expresó sin recato su satisfacción por el encuentro fortuito. Informó allí mismo a Miguel, sin atenerse a discrecionalidades, de que le habían destinado a su batallón como traductor de idiomas. Porque, además de Malraux y los suyos, habían llegado a Madrid pilotos norteamericanos, ingleses, italianos e incluso húngaros que

se habían incorporado a la segunda escuadrilla Lafayette y que compartían el aeródromo de Getafe con el grupo de caza del capitán Antonio Marín-Luna. Casi todos, comentó, eran mercenarios. Y algunos cobraban sueldos inimaginables. Pero la República, ¡qué se le iba a hacer!, los necesitaba. Así que él, Miguel, con unos cuantos intérpretes más, debía hacerles comfortable el lento aprendizaje de la lengua española.

El muchacho dio un bote, de contento. No se lo creía. Pensó que el cursillo que hizo, mire usted por dónde, había servido para algo. Recordó fugazmente a su amiga Aída. De haberla tenido delante, le hubiera dado un beso en la boca.



Se llamaba Zenaida Okin, pero todo el mundo la llamaba por el diminutivo afectuoso. La conoció en Cercedilla, donde Fernando de Rosa le había enviado a una reunión de milicianos que traducían idiomas extranjeros. El propio De Rosa, buen conocedor del francés y el alemán, aparte de su propio idioma italiano, comprobó personalmente lo bien que se manejaba el muchacho con todos ellos. Y que supiera inglés, había comentado, ya fue la Biblia en verso. Como hablar con Dios y que le contestase.

El encuentro se celebró en Cercedilla porque allí estaba, con su plana mayor, el hombre que lo convocó, el máximo responsable del número uno de los batallones Octubre, Etelvino Vera. Lo hizo por orden del Ministerio de Defensa, donde preocupaba la manera de ayudar a los muchos voluntarios extranjeros de la aviación y del resto de los ejércitos que llegaban a Madrid para luchar contra el fascio. Vega era un comunista al que habían expulsado de la dirección del Pecé en el treinta y dos por simpatizar con las ideas de Trotski. El partido le había rehabilitado y había sido readmitido como militante por el prestigio que adquirió en los combates que siguieron a la sublevación. Como buen internacionalista, cumplió con agrado la orden de seleccionar a los traductores de la sierra.

Los trató con tanta delicadeza que encargó a una de sus milicianas preferidas que cuidase de ellos como se merecían y les buscase un buen sitio donde pudieran comer y dormir durante los dos días de exámenes. La voluntaria era Aída, una chica rusa de raíces colombianas, dulce como membrillo cocido con azúcar negro. Había llegado a España antes de la guerra y después del golpe de Franco habían fusilado a su joven pareja, Francisco Frechoso. Era su primer amor, la razón por la que abandonó Moscú y vivía en Madrid desde marzo del treinta y seis.

El joven Francisco fue un dirigente de las Juventudes Comunistas que huyó de España tras la huelga general del treinta y cuatro para que no le metieran en prisión. Aída le conoció como exiliado cuando, por exigencias de la clandestinidad, aunque era del pueblo palentino de Mazuecos, se hacía llamar Pixín, a secas. Se encontraron en una de las reuniones que celebraban los españoles y los latinoamericanos en el local de la Juventud Comunista Internacional de Moscú. Ella acudía allí a practicar porque había llegado de su Barranquilla natal y no dominaba el ruso ni acababa de

acomodarse a los gélidos aires de su nuevo mundo. Su padre, Marco Schwartz, un caucasiano de raíces errantes, había emigrado a Colombia a principios del siglo veinte. Lo hizo a la fuerza porque la Rusia zarista le condenó a muerte y le resultó más fácil entrar en la república que bautizó Simón Bolívar que en los Estados Unidos de América. Ya veía, dijo el Remedios a la doctora con cierto recochineo afectuoso. No encontró nada más cerca.

Curtida la revolución del diecisiete, cuando se asentó la Unión Soviética, Schwartz liberó al judío revolucionario que llevaba dentro, amasó con la levadura de sus sueños el pan de Sefarad, la roja, y retornó a la URSS. También influyó, a saber, que la policía colombiana le había detenido un año antes en una manifestación y le incluyó en las listas negras que impedían tener pequeños negocios o conseguir trabajo. La miseria le había echado el ojo y, por no esperar a que le pillase, fue a buscarla sin saberlo a su tierra natal.

Su esposa no quería volver a Moscú porque ya tenía noticias de los primeros progromos de Stalin, pero fue obediente y se limitó a decirle, con ironía, que algún día, ya sabía, viejo, conseguiría lo que siempre soñó, la perra sabiduría. Tardó en alcanzarla, pero lo hizo muchos años después, en Siberia. Sus dos hijas, en cambio, estaban entonces convencidas, como él, de que sería maravilloso colaborar en la construcción del nuevo mundo socialista.

Zenaida se enamoró de Pixin porque tenía la sonrisa triste más linda que había visto nunca. Era moreno sin tizne y llevaba el pelo oscuro suelto, sin más gomina que su peine mojado, aunque, eso sí, con la raya más recta que la cicatriz de un navajazo. La muchacha contó alguna vez que sus ojos parecían charcos oscuros con reflejos plateados, como de luna llena. Y afirmaba que veían más allá de lo que sabía precisar exactamente qué.

Pero no fue solo eso. Era la forma de anudarse la bufanda beis sobre el pecho, casi suelta, de sentarse sosteniendo los brazos con las piernas cruzadas, dejando libres las manos, haciendo bailar los dedos. Era ver cómo transformaba su ropa proletaria de jersey con cremallera, chaqueta arrugada y pantalones de franela desgastada en el uniforme de un dandi sin recursos. Y acabó siendo, por encima de todo, aseguró el Remedios que decía ella, escucharle hablar de Lenin, de las tareas revolucionarias que les esperaban en todos los rincones del mundo, de la disposición al sacrificio para lograr un mundo feliz, igualitario, sin explotadores, donde daría gusto trabajar porque cada cual haría lo que más le gustase. «¡Qué tiempos de inocencia!», había comentado el anciano con nostalgia.

Aída nunca olvidó la tarde en que Paco la llevó a conocer a su familia, la chabola miserable que habitaban en el descampado donde acababa Tetuán de las Victorias. Allí se hacinaban el padre, zapatero de oficio, casi ciego, la madre enferma y varios hermanos, uno de ellos tuberculoso. Todos se mostraban orgullosos de aquel hijo y hermano que no podía ayudarles porque era un revolucionario profesional que sacrificaba la vida por gente como ellos. Vivían una existencia lamentable, pero se

amaban profundamente, de un modo solo comprensible si se tenía en cuenta la singular capacidad humana de elevarse por encima de la desdicha propia. Se enfrentaban a su destino con la entereza que únicamente otorga la sabiduría de los menesterosos. Viendo aquella familia desangelada, Zenaida no podía imaginar de qué raigambre había extraído Paco su porte aristocrático, esos ademanes que le hacían parecer de la casta de Odín. Pero, siempre condicionada por su amor a las letras, se dijo que todos ellos, posiblemente, pertenecían a la estirpe desheredada de los hidalgos pobres que inspiraron el Quijote de Cervantes.

Aída había vivido los días más felices de su vida en la España del Frente Popular. Jamás olvidó las gratas colaboraciones como traductora en aquella editorial Europa-América que se había constituido con capital soviético, pero que dirigía un español de pura cepa, Wenceslao Roces, gran conocedor del alemán y autor de una excelente versión castellana de *El capital*. Siempre echó de menos las jornadas exultantes de las concentraciones antifascistas de marzo y abril y aquel Primero de Mayo festivo, multitudinario, que acabó con una parranda sin precedentes en la Casa de Campo. Sobre todo, dijo el Remedios, porque la fiesta consiguió hacerle olvidar un insobornable dolor de muelas que le amargaba el día.

Fueron semanas de entrega a la causa, de enorme satisfacción personal por estar ahí, vivos, luchando. Pero hubo algo especial que hizo únicas, invaluable, aquellas jornadas. Fue la plenitud del amor. Pixín la hizo sentirse completa, indivisible, diamantina. La pasión individual, el acto amoroso, pareció extenderse a la lucha política. Y Zenaida se estremeció con cada acto de propaganda, con el grito de cada consigna, en las peleas callejeras con los falangistas o los guardias de asalto. Estaba tan viva que cuando abrazaba o besaba a los amigos les daba calambre. Vivía como un rayo bailando un vals en el corazón de una tormenta.

Cuando estalló la guerra ni siquiera se percató de que el mundo se había astillado. Acudió a tomar el Cuartel de la Montaña, disparando desde un tranvía varado en una esquina de la calle de Ventura Rodríguez, y luego se fue de miliciano donde la mandó el partido. Y mientras vivió con Pixín, supo combatir serenamente. Pero lo bueno, como acostumbra a suceder, duró poco. Cuando su compañero asumió la responsabilidad de dirigir una compañía del Batallón Pasionaria y dejó de verla, se asustó. El propio Paco fue quien la envió a la sierra en julio, adscrita a una columna de las Juventudes Socialistas Unificadas. Fue lo último que compartieron. Horas después, los regulares de Yagüe hirieron de gravedad al muchacho, le hicieron prisionero y, por si no se desangraba con la necesaria rapidez, lo fusilaron junto a otros milicianos que le sostuvieron en pie mientras, también en su nombre, dieron los últimas vivas a la República.

La chica contaba que los primeros días sufrió el peso insoportable de la nada. El dolor le quebró el aliento con tan desgarradoras puñaladas que, para superarlo, acorchó su espíritu. Afortunadamente, el afecto colectivo y la vorágine de la guerra le devolvieron, en breve, un puñado de raciocinio y una pizca de sentimentalismo. Lo

justo para echarse a andar. Luego, el trabajo intenso, la falta de tiempo para pensar y horas para dormir, y la causa, sobre todo la causa, el peso de la educación revolucionaria recibida, de la asunción del sacrificio necesario, de la renuncia al individualismo pequeño burgués que se decía, hicieron lo demás. Como dijo el Remedios, la fe hizo milagros porque siempre es un milagro por sí misma.

Cuando Miguel la conoció en Cercedilla, ya no descomponían su estampa las ojeras como hogazas renegridas que le amasó la pena. Volvió a ser una morena de ojos verdes y pómulos de manzana que quitaban el hipo. Vestía un mono azul oscuro que un cinturón con pistola ceñía a su cintura de forma irreverente, casi provocadora. Y hablaba el castellano mezclando el acento caribeño con la sonoridad del ruso, tan cadenciosa y sensualmente que sus tonos seducían como cantos de sirena.

La traductora moscovita y el miliciano protomarqués amalgamaron migas sin dificultad porque se parecían mucho. Se hicieron amigos al primer vistazo, como si se conocieran sin recordarlo. Y era eso. Su cara le sonaba porque la había ayudado casualmente a impedir que se rompiera la cadena humana de aquella extraordinaria manifestación del Primero de Mayo y después, en la fiesta de la Casa de Campo, compartió con ella una bota de vino con un grupo de conocidos que disfrutaban del éxito multitudinario.

Decía el Remedios que en aquella manifestación de mayo a la que acudieron más de doscientas mil personas, una burrada entonces, Miguel experimentó por primera vez el placer de formar parte del corazón de las masas. Se sintió grande y pequeño a un tiempo porque compartió una sola sensación de alegría que pertenecía a todos y no era de ninguno. Formaba parte de un todo en movimiento. Gritó «¡Uachepé!, ¡uachepé!». Aplaudió fervoroso, como el común, a los soldados y oficiales que se sumaban a la corriente humana. Y coreó con ganas: «Sí, sí, sí... queremos un fusil... para al fascio combatir». Cantó *La Internacional* con más ilusión que tino porque solo se sabía la estrofa del tirano que caería cuando los proletarios soplasen la potente fragua que forjaría un mundo nuevo. Se expandió. Apreció el ritmo acelerado de la sangre, la distensión acompasada de los músculos, la sequedad en el cielo de la boca. Fue otra forma diferente de ahuyentar la soledad. Como entregarse a Leonor, como jugar a las cartas con el Recogío, como cuando leía las desventuras de *Oliver Twist* y compartía sus penas y contentos. O como acariciar la cicatriz, siempre palpitante, del recuerdo de Alba Inés, su primer amor, la irrepetible Libertad.

Miguel desfiló entre los anarquistas porque fue donde le llevó el Recogío. Le gustaban aquellos seres humildes, indisciplinados, que a duras penas obedecían las órdenes de los organizadores. Le impresionaban sus banderolas rojinegras, sus consignas desvergonzadas contra los representantes de la derecha, sus cánticos belicosos. Allí escuchó por primera vez *La varsoviana* y se emocionó en tal medida que anduvo dos días aprendiéndose la letra hasta que pudo recitarla por completo. Negras tormentas agitaban los aires, nubes oscuras impedían ver... Ya se adivinaban las grandes barricadas. El ánimo de la lucha a muerte electrizaba la brisa. El

militarismo se colaba en los espíritus como el aire gélido del Guadarrama por la ropa. Y les excitaba. Se apreciaba entre los anarquistas, pero más aún en las filas ordenadas de los uniformados chibiris socialistas, de los cuadros comunistas que agitaban sus banderas gigantescas y las enseñas de hoces y martillos trenzados con claveles rojos.

El odio festejaba los tiempos de revancha y el miedo regaba sus raíces porque nadie ignoraba que los conservadores preparaban un levantamiento. Federico Espejo comentó, compungido, que los curas y frailes podían saber lo que les esperaba con solo atender la versión popular del *Himno de Riego*, pero aquellos millares de manifestantes que reclamaban alegres ese mundo mejor que habían conquistado en las urnas no podían imaginar la canallada que se les echaba encima.

En Cercedilla Miguel y Zenaida se buscaron sin disimulo, después de los exámenes, para comer o pasear juntos por la cuneta de la carretera que atravesaba el pueblo. Se dieron detalles de sus cortas, pero ya intensas vidas, y sintonizaron con facilidad porque ella tenía un año más que él, apenas diecinueve primaveras que parecían otoños, y porque a pesar de su juventud ambos habían sufrido lo bastante como para no creer en la humanidad y, sin embargo, seguían estando dispuestos a sacrificar su vida por ella. Se hicieron cómplices, tan amigos que se confiaron el deseo mutuo de volver a verse siempre que pudieran, en la sierra, en Madrid, donde fuese.



El día del entierro, Miguel vio cómo Rubio se reía sutilmente de él porque el recuerdo de Aída le había dejado la cara de bobo. Fue entonces cuando reparó en un olvidado detalle decisivo y cambió de semblante. Sin querer, adoptó un ademán castrense que le ridiculizaba y, mal cuadrado, rogó al teniente coronel que destinara con él a su amigo el Recogío. Rubio, sorprendido, miró a Tagüeña y el capitán, sin palabras, dio a entender que haría lo que le pareciese bien. Sonrió: «Pues tendrá que acompañarle». Y, tomando a Rubio por el brazo, dio la espalda a los muchachos y echó a andar. «Son como el gordo y el flaco», dijo alzando los hombros.

Los dos amigos creyeron que les había tocado el gordo de la lotería nacional. El de la suya, la republicana. No había mejor destino, se decían. La aviación era lo último, la repera, el sueño de todos los jóvenes valientes. Y aunque no llegasen a volar, que cualquiera sabía, podían considerarse unos auténticos privilegiados porque se quedaban en Getafe, al lado de Madrid, como en casa.

Solo faltaba que el teniente coronel y el capitán les otorgasen un permiso. Y siguió la racha. Les concedieron tres días. Hasta el domingo. Tenían que presentarse en Peguerinos para recoger sus bártulos y trasladarse al batallón de Aviación con el que volverían a Madrid. Era el *rien ne va plus*, dijo Miguel. Y el Recogío, sin saber de qué iba, respondió que *yes*.

Pero ya se sabía, dijo el Remedios mirando con gravedad a su dulce Alicia. No hay cara sin cruz en las monedas. Y el canto no cuenta cuando las echan a suerte.

Siempre, por un lado o por otro, te chupabas lo bueno o lo malo de un tirón.

Aunque entonces no se enteró, narró el Remedios, aquel mágico día tuvo su poso más que amargo. Mientras Miguel se sentía el hombre más feliz del mundo por el traslado, Leonor, la Mimí de acero que desconocía, la que solo había atisbado cuando fue elegido para plantar cara a su padre, ultimó ante notario el negocio de prostitución que había resuelto montar, a sus espaldas, con Jaime Vilajoana. Y aunque tardó en saberlo, ese mismo día, el sueño de completar con ella la vida sencilla que se habían jurado compartir se despedazó contra el arrecife de la avaricia humana.

Un debut de postín

No se lo había dicho todavía, pero, para que entendiera lo que pasó, el Remedios le explicó a la doctorcita que Leonor, «Mimí la Exquisita», fue siempre un volcán en permanente alerta de erupción. Que se riese del Piton de la Fournaise, ese del océano Índico del que los periódicos decían que escupía su magma sin parar desde ni el demonio sabía cuándo. Era única. Sobre todo porque, por si eso no hubiera bastado por sí mismo, solo le faltaba haber curtido su temperamento, como lo curtió, en el universo de los vicios. No había hombre que se le resistiese. Ni mujer. ¡Qué decía! Ni musa de Pedro Almodóvar que se le contonease por delante o por detrás.

No es que ella lo hubiera seleccionado, matizó. En absoluto. Fue el resultado de una triste historia, miserable. A su padre, Julio Artajo, maestro de escuela en Alorcón y militante de la Ceneté, lo mató a sablazos la Guardia Civil en una algarada callejera, cuando protestaba contra la guerra de Marruecos. Para entonces, la familia Artajo había roto con él por sus simpatías políticas. Los allegados, además, eran pobres y conservadores. Y, sobre todo, cobardes. De manera que, con la excusa impresentable de que vivían en Salamanca, tan lejos de Madrid, dejaron desamparadas a Leonor, que tenía tres años, y a su madre María Manuela.

En las primeras semanas, los compañeros del muerto cuidaron de ambas, pero poco a poco fueron quedándose solas y empezaron a morir, literalmente, de hambre. La viuda trabajaba de costurera todo el día y los ingresos no le alcanzaban para comer y pagar, al tiempo, una mísera habitación en el Cuartelillo de la plaza de Lavapiés, la vieja caserna de la Guardia Civil que unos especuladores sin escrúpulos habían transformado en una colmena donde convivían más de cuatrocientas almas en solo noventa cuartos. El lugar era tan insalubre que los piojos y los bacilos de Koch campaban por sus tripas y estragaban a la vecindad.

Cuando María Manuela no pudo más, se dijo a sí misma que le quedaba mucho cuerpo por gastar, negoció con una pupilera y se incorporó a la prostitución de buena maña, como manceba, sin sufrir previamente la cruz de ser carrerista o pajillera. Lo malo fue que la dueña le exigió que durmiera en el piso para estar disponible todo el

tiempo, como las demás. Y tuvo que dejar que la niña creciera allí, junto a ella.

Por compasión, consiguió que la patrona le dejara una habitación apartada, pequeña, donde metió un camastro para las dos. Y, como estaba detrás de la cocina, además de encontrarse al abrigo del fogón, Leonorcita, como la llamaban entonces, pudo librarse casi siempre del estruendo de las juergas.

A los pocos meses, María Manuela, Pérez por apellido, ya controlaba su propio palco bajo en La Zarzuela, el baile de moda donde llevaba a los clientes sin distingo. Lo mismo seducía a señoritos que a profesionales con ingresos o carambolistas de billar. Y a todos daba gusto sin medir más bulto que el de su cartera. Desde allí, cuando ella y sus amigas enredaban a un par de viciosos, tomaban un taxi en grupo y se iban a esquilmarlos a la casa de cartilla.

Leonorcita creció en un ambiente de mujeres marcadas por la corona de Venus, estigmatizadas por las manchas encarnadas de la roséola sifilítica, de encías sucias y piel despigmentada, un espacio donde se conversaba sobre los recipientes de arsénico, mercurio o bismuto con la misma naturalidad que sobre el pan, los garbanzos o los churros. Su madre la envió a la escuela pública, como era preceptivo, pero la niña tuvo que dejar de estudiar nada más empezar el primer bachillerato porque sus compañeros conocían su residencia y no dejaban de insultarla. La muchacha resistió lo que pudo. No fue mucho. El encanallamiento cotidiano de la realidad se le cayó encima como un chaparrón de mierda y al final, de acuerdo con su derrotada madre, acabó haciéndose chai.

Las mundanas tenían a Leonor por hija propia y se volcaron con ella. Se conjuraron como brujas y resolvieron convertir a la muchacha en la mejor cocota de palacio y automóvil que jamás hubiera visto la villa de Madrid. Querían que superase el éxito de Antonia la Cachavera, una cupletista que incendiaba el café cantante de la Encomienda cuando se desnudaba de cuerpo entero y por la que guardaban cola los más distinguidos aristócratas cuando los elegía como acompañantes de temporada. Era la supina, se decían. Pero Leonor, convinieron, la superaría con creces.

Antes de que entrase en faena, le obsequiaron entre todas la *Guía para cortesanas en Madrid*, un libro que le había dedicado al pintor Julio Romero de Torres una presunta ramera que firmaba como Ana Díaz. Ellas sabían que la autoría era falsa porque el libro se lo había firmado el autor verdadero, de su puño y letra, a una chica de la casa con quien gustaba de orear las ingles. El argumentista era el crítico literario Pedro González Blanco.

El adiestrador de putas escribió unas recomendaciones que se habían convertido en la nueva Biblia celestina. De enamorarse, nada. Fiarse de poetas, ni por asomo. Distraerse sexualmente, un error grave por no haber negocio. Debían iniciarse en el burdel y, luego, huyendo de chulos y polillas, capturar en el *grill* del Ritz o la terraza del Regina un querido con dinero, sin tiempo para nada y a ser posible espasmódico. Un casado que les garantizase de una vez por todas la independencia definitiva. Además, añadió que tenían que simular siempre el placer, pero sin tenerlo. Que no se

era zorra por vicio, sino por oficio. Y, de postre, lo más sagrado. Tenían que huir de la política como de la peste.

Puesta en esas tablas de la golfa ley, las maternales putas prepararon a Leonor un debut de postín. Consiguieron que fuese contratada para una de las parrandas del conde de Romanones, el cojo calavera. Era una fiesta de las especiales, de aquellas en las que se presentaba, a última hora, salido como un astifino, don Alfonso el Trece. Al monarca le gustaba escaparse por los Madriles y darse al chorizo picantón, al queso curado y al vino de pelea. Después se escanciaba unos güisquis con algo de agua fresca en Lhardy o en los Gabrieles y cuando alcanzaba el puntito se acercaba a uno de sus muchos picaderos, generalmente chalecitos de por la calle arriba de Alcalá, hacia Las Ventas. Allí, don Álvaro de Figueroa lo tenía todo tan bien preparado que incluso proyectaba filmes pornográficos de los hermanos Baños, hechos por encargo, para excitar a las jovencitas de carnes prietas y vida magra que le habían seleccionado las madamas.

El día que Mimí se estrenó echaron una cinta que se titulaba *Consultorio de señoras*. La muchacha se quedó sin habla cuando se dio de bruces con el lujo del piso, pero lo que le embobó de verdad fue el cinematógrafo casero. El espectáculo la hechizó. Como las otras chicas, ella se había tumbado, desnuda, en medio de un mogollón de aristócratas beodos que andaban tirados por el suelo, pero la proyección la distrajo tanto que ni siquiera se percató de cómo un anciano de mosca en barbilla y ojos borrachuelos le abrió las piernas y recostó su colodrillo sobre el pubis.

El film era una piltrafa cinematográfica que se había rodado en un salón muy parecido al que ocupaban. En pantalla, un gordo de bigotes grandes y oscuros como cuernos de búfalo seducía bruscamente a una sirvienta gorda. El bruto la iba manoseando mientras ella se desnudaba y derramaba sus lorzas grasientas por el escenario. Aquel galán patatero acababa hundiendo a la criada en una cama tan mullida que se tragó sus ordinarièces. El rodaje era en vivo, de un tirón. Y cuando la protagonista salió del agujero, dando el cuerpo a la cámara, los flujos desparramados le chorreaban por la entrepierna.

A Leonor le asqueó esa escena final, pero no tuvo ocasión de distraerse porque el carcamal se había dado la vuelta y le restregaba la nariz por el triángulo de Venus. Antes de que reparase en el gusto que le daba, llegó un hombre estirado que apartó la cabeza del goloso y se le puso encima sin ninguna delicadeza. Pretendía desvirgarla de mala manera y empujaba con torpeza el músculo morcillón mientras le clavaba el cinturón en el ombligo.

Fue solo un momento porque Mimí ya estaba preparada para eso. Los consejos de la madre y sus amigas habían sido contundentes. Le había tocado vivir esa vida y debía acostumbrarse a los momentos desagradables. No tenía más remedio. Pero nunca debía permitir que le hiciesen daño. Si el asunto iba regular, había que pasar el trago lo más deprisa posible. «Pero si la cosa va mal, cortas y te vas», le habían repetido con severidad. En eso tenía que ser tajante, demostrar que no era otra

cualquiera. Fuera con quien fuese.

Leonor se apartó con presteza y le gritó al señor que era una mala bestia. El hombre quedó tan sorprendido que el atributo se le arrugó en un tris. En la habitación se trenzó un silencio que solo interrumpió el runrún del proyector sin cinta. Un vozarrón lejano clamó ariscamente: «¡Será chula la cría! Si te duele, te aguantas, que para eso estás, niña». Pero ella respondió: «Si me hacen daño, me voy». Y el atrevimiento inesperado generó una tensión que amenazó violencia.

El agresor insultado despejó la galerna echándose a reír. «Esta codorniz merece adobo», dijo. Y se la llevó en brazos a otra habitación donde, con delicadeza, aseguró el Remedios que le dijo ella, la hizo disfrutar. Como pasó de la penumbra a la oscuridad porque su acompañante no pudo prender las bombillas por llevarla en brazos, Mimí nunca supo quién fue aquel hombre que, con habilidad y delicadeza, quitó el postigo a las puertas de su íntimo negocio, desvencijadas para siempre. Sin embargo, se hizo la ilusión de que había sido el soberano. Y, fuera o no cierto, que bien pudo serlo a juzgar por la propina, presumió de ello el resto de su vida.

Superado el escollo iniciático, desflorada con más gusto que disgusto, dicho fuese con perdón, como matizó el Remedios tras colocar las manos cruzadas sobre el pecho, comenzó la fase del lanzamiento artístico. Tras comprobar que la chica daba de sí y que había salido especialmente dotada para la sicalipsis porque exornaba su belleza con la picardía necesaria para rondar la obscenidad sin caer nunca en ella, las meretrices protectoras buscaron un mote artístico que se correspondiese con el éxito que le aguardaba.

Una mujerona bien metida en años le sacó el apodo. Acodada en la mesa de la cocina, rodeada por todas las pupileras, contó que unos años antes, cuando su piel cantaba fandanguillos y tenía los pechos como pitones de caramelo, también ella iba de colmaos con los grandes personajes de Madrid. Entonces se habló mucho, según narró con voz entrecortada por los suspiros, del amor inconfesable que experimentó don Miguel Primo de Rivera, el viudo más prestigioso de España, por una mujer de postín que se llamaba Mimí Castellanos. Desafortunadamente, su relación se descuajeringó cuando estaban a punto de casarse. Fue culpa de la Caoba, una cantaora morena que tenía la piel como las hojas tiernas del olivo y los ojos tan verdes como un limón sin tiempo. La conoció, contó el Remedios, en el colmao Villa Rosa de la plaza de Santa Ana, entre jereces y pescaítos fritos, estando acompañado, como casi siempre, por otros transeúntes del cachondeo entre los que se encontraban el general Sanjurjo y, en ocasiones, Nicolás Franco Salgado, el padre alcohólico y putañero del dictador, a quien, siendo niño, le llamaba «Paquita». A las reunidas no les importaba que la Caoba hubiese triunfado sobre la niña bien, pero la historia les parecía muy triste porque la desconsolada tenía fama de mujer bondadosa. Así que, por homenajear a la derrotada y al tiempo dotar a su protegida de un sobrenombre que invocaba probidad, la llamaron Mimí.

Con todo, como el objetivo era convertirla en una cupletista reseñada como la

Zuffoli de los grandes plumeros, la Bella Diana, o, en fin, ¿por qué no?, como la grandísima Chelito, fue su propia madre la que, por abrillantar el alias, lo apostilló con «la Exquisita». El calificativo les pareció a todas acertadísimo. Se le asignó por aclamación y se certificó con vino de Montilla. Pasado el tiempo, solo los muy allegados supieron que Mimí la Exquisita se llamaba, de verdad, Leonor Artajo.

El chotis con la muerte

Mientras Mimí ponía en marcha, con discreción de ofidio, su rufianesco negocio, continuó el Remedios, Miguel y el Recogío destriparon su nuevo universo aéreo con la curiosidad y el atrevimiento de los niños. Ambos habían sido destinados a la base militar de Getafe y vivían en un pequeño barracón situado junto a los talleres de la factoría de construcciones aeronáuticas que colindaba con el aeropuerto. Tenían tareas diferentes. Gregorio se instaló como aprendiz de mecánico y Miguel formó parte del grupo de traductores. Pero dormían juntos. «Bueno, bajo el mismo techo», picardeó el anciano.

El día que accedieron al recinto del aeródromo en la caja de un camión militar que los llevó desde la sierra, la seguridad exterior los dejó impresionados por el gran número de controles y su rigidez, pero la contemplación de dos grandes bombarderos y de varios cazas alineados en un costado de la pista les cortó la respiración. El campo de vuelo era enorme, de más de un kilómetro de largo y medio de ancho, y en el medio, pintadas sobre la tierra batida, unas enormes letras blancas, algo borrosas, componían el topónimo GETAFE.

Los bombarderos eran bimotores Potez 54 y uno de ellos, que había llegado hacía poco de Francia, seguía con el fuselaje y las alas pintadas con los colores verde oscuro del ejército francés. El otro tenía dibujada la bandera republicana en el timón de la dirección y unas gruesas franjas rojas cruzaban las tripas del fuselaje y el ancho de las alas. Siguiendo una costumbre que inició la escuadra de Malraux, llevaba en el costado una efe mayúscula y la leyenda «Aquí te espero». Podía imaginarse, explicó el Remedios a su interlocutora. Era por aquello del valor torero. Que lo tenían. Porque había que ser muy valiente para subirse a esos aviones. Los llamaban los ataúdes gigantes, añadió con reserva innecesaria. Y por algo sería.

Al final de la pista, cerca de los hangares construidos junto a la carretera de Madrid a Cádiz, estaban alineados dos Breguet con ametralladoras en los asientos traseros, un Nieuport y dos monoplanos Dewoitines completamente desarmados. A Miguel le impresionó que los cazas fueran tan pequeños porque volaban muy alto.

Pensó que los fabricantes tenían mucho mérito. Y que, nunca tan bien dicho, se habían ganado el cielo.

El flamante traductor paraba poco en Getafe. Como casi todos los de su oficio, acudía cada dos por tres al aeródromo cercano de Cuatro Vientos donde los mandos españoles citaban a los pilotos extranjeros para impresionarles con su lujoso pabellón de oficiales. El edificio de dos plantas había sido construido para albergar al infante Alfonso de Orleans y Borbón, el gran impulsor de la aviación española, y a los que fueron miembros de la primera promoción de pilotos militares de España. Lo llamaban el Palace, como al hotel. Por su prestancia.

Miguel lo visitó por primera vez cuando el teniente coronel Rubio le invitó a comer para pedirle un favor. Ese mediodía, el sol acaramelaba las estancias. El pabellón, aunque simplón, le pareció bonito. Él, aclaró el minucioso narrador, estaba acostumbrado a los palacios extremeños, tradicionalmente adornados con los mejores azulejos de Talavera de la Reina. Y por eso, más que admirado, se quedó sorprendido. Le extrañó que alguien hubiera tenido la delicadeza de diseñar un vestíbulo tan elegante para una residencia cuartelera. Era como un patio andaluz. Pero sin pozo. Las baldosas de Bélmez competían con el verdor de las macetas, las paredes rezumaban sur y la frescura del aire invitaba al jerez con aceitunas.

Era impresionante, balbució Federico. En medio de las figuras de infantes alados y filigranas de plantas, seis círculos amarillos con acantos y flores bordados en añil atrapaban en su interior algunos mitos e historias sobre el ansia de volar. Observó que las alas de Ícaro vibraban dentro de una de aquellas burbujas reverberantes. En otras flotaba el globo de los Montgolfier, se estremecía el ligero de los hermanos Wright, sobrevolaba los campos un aeroplano Ader o se alzaba hasta lo más alto, majestuoso, el dirigible Zeppelin. Las alegorías, contó Miguel al Remedios, eran sencillas, casi naifs. Hermosas como ellas solas.

En otros baldosines más pequeños, menos gráciles, se recogían algunos símbolos de la aeronáutica militar. Primaban los rokiskis de pilotos, paracaidistas, observadores de aeroplanos de guerra y guías de globos militares. Eran representaciones del emblema de la aviación que diseñó Beatriz de Orleans, la esposa del infante. No sabía si ella sabía. Fue aquella dama, chismorreó el Remedios, a la que Alfonso Trece odió sin pudor porque le dio calabazas y le obligó a casarse con su hermana, Victoria Eugenia, quien, para su real cabreo, solo le había dado hijos hemofílicos. «Y nietos. O a saber», precisó morboso. Pero Alicia no captó la alusión. «Los borbones vivos, ¡coño!», dijo elevando el tono, indignado por su falta de reflejos. «¡Pues sí que andáis puestos los chavales de ahora!», farfulló.

La princesa británica, a la que conocían como Baby Bee en el Reino Unido y como duquesa de Galliera en España, se había inspirado, a medias, en las alas desplegadas por la diosa Maat sobre la tumba de Seti y en el disco alado del que huía, fugaz, la estela del dios persa Ahura-Mazda. El emblema era la síntesis de las figuras que un sabio artesano había tallado en las paredes de la biblioteca egipcia del palacio

que los infantes tenían en Sanlúcar de Barrameda. Los llamaban rokiskis por el apellido impronunciable de su creador, un orfebre polaco que residía en Santander.

Miguel observó, con desagrado, que los dibujos habían sido mutilados. Un exceso de celo republicano hizo que algún fanático eliminase las coronas reales del emblema utilizando el método, tan burdo como expeditivo, de raspar la porcelana con un cuchillo de mesa.

El traductor observaba los destrozos en el friso, apenado, cuando apareció el teniente coronel por una de las enormes puertas laterales y le saludó desde lejos, en silencio, con una sonrisa afectuosa. Miguel recordó que era el único oficial de carrera del batallón de Aviación y se emocionó. Los demás, según se decía, habían abandonado sin excepción a la República. Y los nuevos eran cabos o sargentos que acababan de ascender por méritos de guerra.

El muchacho tocó el cielo cuando le estrechó la mano. El coronel le introdujo en el comedor y un camarero los sentó en una mesa que el sol iluminaba con los colores del arco iris. El plomo de las vidrieras polícromas del salón proyectaba sobre los platos de porcelana blanca y el mantel de hilo la sombra del escudo real. Comieron paella porque el arroz valenciano había empezado a invadir los mercados de Madrid tras el cerco nacionalista y celebraron que la sirvieran con pollo y algunas verduras. Era evidente que el teniente coronel quería agradar al chico con segundas intenciones. Pero no lo disimuló.

Después del café y un buen *brandy* jerezano, Rubio acompañó a Miguel hasta el campo de vuelo para, con la excusa de mostrárselo, hablar donde nadie los oyera. Iban paseando por las explanadas polvorientas que rodeaban la pista central, donde la hierba era compacta, y sobrepasaron los pocos cazas dispuestos para entrar en combate. A sus espaldas, lejos, la mayoría de los aviones estaban aparcados al arrimo de los hangares, escondidos. Temían la intervención de los bombarderos Heinkel que Hitler acababa de mandarle a Franco para suplir a los eficaces, pero torpes, Junkers 52. Aunque rellenos de grava, aún se apreciaban con claridad los boquetes abiertos por las bombas italianas que los fascistas habían lanzado en racimo tres semanas antes. Miguel imaginó que topos como elefantes habían invadido el aeropuerto.

El jefe de batallón y su joven amigo avanzaron despacio por el sequeral para evitar que se levantara polvo porque la tierra batida del borde de las pistas, demasiado fina, se filtraba por las entretelas y, pegada al sudor, amasaba un engrudo picajoso. Anduvieron hasta alcanzar la torre blanca de las señales, el viejo faro que había iluminado los primeros aterrizajes desesperados de la aviación española. Rubio reconoció que sentía un extraño encandilamiento, casi fascinación, por ese tótem. Porque, aunque él no era un piloto, sabía pilotar. Y lo hacía muy a menudo. Por placer.

Enajenado por su propia admiración, el buen soldado afirmó, con nostalgia, que había pocas cosas en la vida tan agradables como contemplar desde la balconada del

torreón las crestas moradas de la sierra. «Solo hay una manera de ver esas cumbres más hermosas», dijo ensimismado. Y, señalando con la palma extendida la pista polvorienta, como quien disfruta de un placer familiar, proclamó: «Cuando se despega en un caza desde ahí».

Según le comentó Miguel a su amigo, el teniente coronel estaba asustado. Aquel hombre maduro que se había reído de las balas desde su caballo albo, que arriesgaba su vida por permanecer siendo leal a todos sus juramentos, tenía miedo. No era un temor al uso, al dolor o la pérdida de la vida. Lo que destemplaba su entereza era la incertidumbre, el no entender lo que estaba pasando. ¿Dónde habían ido a parar la sensatez y la consideración hacia los demás? ¿Dónde se perdieron los principios, fueran los que fuesen o de quienes fuesen? ¿Por qué no se respetaba la vida de nadie?

Estaban sentados en el rincón de un hangar, sobre unos embalajes de madera, y el oficial había inquietado a Miguel con sus interrogantes. Hablaba cansinamente, mirando hacia la luminosidad abrasadora de las enormes puertas corredizas. Parecía esperar la respuesta de un Dios, el suyo, que adivinaba ausente. Miguel comprendió, tras una mirada profunda, que sufría el insoportable mal de las almas que dudan. Refugió el rostro entre las manos un segundo, pero recuperó la entereza con celeridad. Se frotó los ojos, peinó los cabellos con sus dedos y sonrió paternalmente.

Con una serenidad caldeada por el afecto, dijo que iba a depositar en él la confianza que solo tendría para con un hijo y le contó la historia de varios oficiales que fueron compañeros suyos a los que había juzgado un tribunal popular por alzarse contra la República. El proceso fue sumarísimo y el fusilamiento parecía inevitable cuando la intervención del teniente coronel dio un vuelco a la situación. Los avaló personalmente y su palabra fue decisiva para que fueran puestos en libertad.

El aviador estaba seguro de que se había hecho justicia y no ocultaba su contento por haber colaborado en la solución de un entuerto que hubiera podido costarle la vida a una decena de compañeros que sí, eran conservadores, por supuesto, pero no habían sido desleales. Claro que... reflexionó, dirigiéndose a Miguel. ¡Ay, amigo! El mundo andaba tan revuelto que nadie podía sentirse seguro de nada.

Un miliciano anarquista que siguió el juicio y estaba convencido de su culpabilidad avisó a un grupo de compinches y acordaron aplicar la justicia por su cuenta. Asesinaron, uno tras otro, a varios oficiales que habían sido absueltos. Unos paseados tras detenciones ilegales y otros acribillados desde vehículos en marcha, fueron cayendo poco a poco. Hasta que los supervivientes, aterrorizados, decidieron huir.

A Rubio no le sirvió de nada acudir al cine Europa, junto a Cuatro Caminos, donde se ubicaba la inexpugnable sede central de los anarquistas, para pedir que intentasen detener la salvajada. Le constaba que la dirección madrileña de la Ceneté había movido algunos hilos y andaba desconsolada porque los incontrolados desprestigiaban su causa. No habían conseguido identificar a los canallas y acabaron mostrándose impotentes.

Los oficiales que seguían vivos fueron a la casa de Rubio y le manifestaron su determinación de pasarse al enemigo. Sabían que le dejaban en muy mal lugar, pero le explicaron que no tenían más remedio que sumarse a las tropas franquistas si querían salvar sus vidas. El teniente coronel los comprendió.

Pero las cosas, ¡qué demonios!, eran como eran. No tenía la menor duda de que, cuando se conociese la fuga, los incontrolados irían a por él. Y ahí estaba ahora. A la espera de hallar una solución. O de la muerte.

Aunque no ocultaba su preocupación por lo que pudiera afectar a su familia, lo malo no era el miedo físico, precisó. Lo peor era el drama de conciencia que vivía. Se sentía atrapado. No maldecía a nadie porque su dignidad le impedía culpar a otros de las circunstancias que había provocado el azar. Si acaso, abominaba de la contienda, del maldito conflicto. Y se reía nasalmente, pesaroso, de la ironía que representaba su desprecio por la guerra siendo, como era, un militar de oficio.

Rubio pidió a su joven amigo que le ayudase a vigilar a la tropa de Getafe y Cuatro Vientos, identificando posibles anarquistas sospechosos de querer jugarle cualquier pasada mortal. Miguel le aseguró, gravemente, que el Recogío y él serían los ojos de su nuca. Y se lo juró con el puño cerrado contra el pecho, sobre su corazón.

A esa preocupación de Miguel se sumó la circunstancia de que aquel mes de octubre fue terrible para la aviación republicana, continuó el Remedios. Pero se cortó nada más empezar cuando vio que Alicia le contemplaba tan pancha mientras mojaba un pedazo de cruasán en el café con leche. Había reparado de nuevo, así, de repente, en que quizás aburría a la muchacha con sus dispersas narraciones. De manera que le preguntó si se estaba enrollando mucho por andar contando cosas de la guerra civil en vez de ir a la miga de la historia guerrillera. La joven sacó la barbilla del *foulard* morado y le respondió, casi con solemnidad, que nada de eso. Ni en el colegio ni en la universidad le había contado nadie semejantes interioridades del conflicto. Estaba segura de que sus relatos le ayudarían a entender la vida del Cambio y de los guerrilleros en general. «De modo que adelante», le animó. Y él, con los ojos agradecidos, volvió a la historia entusiasmado.

Los derribos se sucedían y los pilotos, los mecánicos, los ametralladores, los soldados, todos sin excepción, sostenían conversaciones derrotistas. Fue común recordar a los caídos y se hacía referencia constante al infortunio de uno de los suyos, el mejor, como ejemplo de la malaventura general. ¿Cómo no iban a ir mal las cosas cuando el primero en caer fusilado, al comenzar la guerra, había sido el gran Virgilio Leret?

El teniente coronel Rubio le explicó a Miguel que el pamplonica era una leyenda mucho antes de morir. Cuando aún no había cumplido los dieciocho años, se graduó como alférez en la Academia de Infantería de Toledo y, después de combatir por tierra a Abd-el-Krim durante cuatro campañas, se hizo aviador y continuó peleando desde el aire. Acabó diseñando un motor revolucionario al que denominó

mototurbocompresor de reacción continua. ¡Toma ya! Lo patentó en el registro de la propiedad industrial de Madrid en el treinta y cinco y el mismísimo Azaña, impresionado, le nombró profesor de la escuela de mecánicos del aeródromo de Cuatro Vientos, en abril del treinta y seis, para que siguiera investigando sin problemas. El azar quiso que, por hacerle un favor, sus mandos le destinaran provisionalmente a la jefatura de la base de hidros del Atalayón, en Mar Chica, Melilla. Querían que disfrutase del verano con su familia antes de incorporarse al curso. Pero, sin querer, lo enviaron al matadero.

El suyo fue el primer cuartel que asaltaron los golpistas el diecisiete de julio. Un escuadrón de caballería del grupo de regulares número dos y una sección de infantería tomaron a tiros la base. Leret y sus hombres resistieron hasta que se quedaron sin balas después de provocar las primeras bajas del conflicto matando a dos soldados marroquíes. Al ingeniero piloto lo fusilaron oficialmente el veintitrés de julio, a las cuatro de la tarde, en el patio del fuerte de Rostrogordo. La verdad, dijo el Remedios, no se supo hasta muchos años después. Lo llevaron al paredón la misma noche del golpe.

El oficial le explicó a Miguel, emocionado, que Leret fue el primer símbolo de la modernización de España que achicharró el fascismo. Nadie construyó nunca su motor a reacción, el primero que se diseñó en el mundo. ¡Qué cosas tenía el terrible engranaje del destino!, ironizó. Aquel navarro que nunca perdió la cara de niño bueno se había salvado por los pelos, años atrás, en el desembarco de Alhucemas. Su avión fue derribado y caminó dos días seguidos por territorio enemigo hasta alcanzar la zona francesa del Protectorado. ¡Ya veía! Se salvó para eso. Para que unos facinerosos miserables acabaran matándole sin respeto ni reconocimiento alguno.

Aquel octubre, a falta de cazas con los que combatir, los pilotos republicanos se hermanaron recordando a sus muertos en los bares. Al final, ni siquiera le dieron importancia al hecho de que muchos de ellos fueran mercenarios. Después del derribo mortal del primer forastero, un alemán de quien Remedios solo conocía el apellido, Heilman, hasta los pilotos de fortuna más impresentables empezaron a ser respetados como colegas. La sangre fusionó los ánimos. Todos formaron parte del grupo de danzarines que bailaban un chotis incesante con la muerte, pegaditos a ella, marcándole el paso con firmeza hasta embriagarla y huir. Si se podía.

A Miguel le explicaron que, al principio, los pilotos extranjeros no eran muy queridos. Desde el mismo momento en que empezaron a combatir se corrió la voz de que los catorce pilotos que habían llegado en agosto a Cuatro Vientos eran soldados de fortuna y que solo tres o cuatro de los veintinueve aviadores de la Escuadra España de Malraux peleaban por ideales. Encima, se confirmó que los demás cobraban sueldos de hasta cincuenta mil francos al mes y tenían un seguro de vida de hasta dos millones de reales. Eran los desechos de las guerras de China, Abisinia y el Chaco. Pero daba igual.

Nadie les negaba el ingenio que les permitió utilizar militarmente los aviones

comerciales Douglas instalando ametralladoras en las ventanas y agrandando el agujero de la taza del retrete para tirar las bombas a ojo y con las manos. Pero al principio se los despreció. Luchaban por dinero y no merecían el respeto de quienes combatían en defensa de sus ideales, por lealtad al pueblo y su bandera.

La relación empezó a cambiar cuando, a finales de septiembre, los italianos derribaron un Potez de la Escuadra España en la sierra de Guadarrama. Murieron tres miembros de la tripulación. Y aquel día Miguel conoció a un taciturno y abatido André Malraux que acudió a la base para informarse de lo ocurrido. Iba vestido con el uniforme de coronel de la República, aunque no le impresionó porque llevaba la cabeza descubierta y no pudo ver la famosa gorra de plato en la que había mandado coser un galón de oro. Se peinaba con la mano, sin cesar, el mechón negro con el que pretendía ocultar las grandes entradas de su frente y bufaba como un toro al que le acabaran de clavar un par de banderillas. La pena le había humanizado. Tanto que no paraba de fumar. De hecho, se le aceleró el tictac facial que le aquejaba y se acentuó de tal manera su patético aspecto que los aviadores republicanos se ablandaron.

Los caídos sembraron la simiente de la simpatía y el respeto definitivo tardó poco en llegar. Se lo ganaron de pleno el aciago día en que un Breguet aterrizó en Getafe con más agujeros que una espumadera. Había sido sorprendido por dos chirris y los impactos se incrustaron en la bancada, el palonier y los largueros. Algunos perforaron la deriva, sin destruirla, y no alcanzaron por milímetros el timón de dirección. Las balas atravesaron el fuselaje, pero el aparato pudo escapar tambaleándose en el aire como si se balancease sobre una cuerda floja. Cuando llegó a la pista dando bandazos, los presentes presenciaron, aterrorizados, el trepidante aterrizaje. La figura ensangrentada del piloto impresionó a Miguel, pero no tanto como la del copiloto muerto cuando lo sacaron del asiento.

El avión lo pilotaba un español. Pero quien le acompañó fue un italiano que pertenecía a la escuadrilla Lafayette. Se había ofrecido como voluntario para sustituir a un ametrallador madrileño que se había quedado en tierra por una cagalera. Aquel internacional, como todos los mesnaderos, cobraba un sueldo especial, pero nadie le pagaba por hacer favores. Se apuntó porque no había otro acompañante posible, para que no se suspendiera el vuelo en un momento en que los franquistas atacaban con fiereza los puestos de la sierra.

El italiano actuó como los grandes, destacó el Remedios. Se interpuso entre las balas y el piloto español cuando se quedaron sin munición y el remolino que formaba el aire por debajo de las alas del Breguet hizo que su sangre se desplazase hacia el cuerpo de su acompañante. Por eso creyeron que el muerto era el aviador. Pero no. El mercenario le salvó la vida. Fue un valiente. Y con su sacrificio, dictaminó Miguel, el italiano reivindicó, definitivamente, a todos sus compañeros de estipendio.

El Remedios estaba convencido de que aquel octubre ensangrentado marcó profundamente la personalidad de Miguel, su respeto por los desconocidos, los diferentes, los otros. Y alimentó su simpatía por los seres humanos, capaces siempre

de heroicidades inexplicables. Su afecto por los voluntarios extranjeros le fue muy bien después para ganarse la lealtad de sus soldados cuando dirigió los grupos del Decimocuarto Cuerpo de Ejército de Guerrilleros del Ejército Popular que se nutrieron con expertos de las Brigadas Internacionales. Pero sobre todo, concluyó el Remedios, esos ejemplos memorables le ayudaron a sobrellevar todo lo mucho que soportó en la vida y evitaron que su espíritu se perdiera irremediabilmente en el amargo vericuetto de los desengaños.

Vientos de piedra

Al viejo arreglalo todo le costaba volver a su relato original porque, como él mismo decía, se enrollaba más que las persianas. Pero siempre regresaba. Y, cuando no, Alicia le ayudaba a recuperarlo recordando el punto en el que lo había dejado el sábado anterior. O el anterior. Como pasó esa vez que se acatarró y la llamó por el móvil para decirle que, lamentablemente, no podría acudir a la cita. Otra semana después, tras darse un abrazo y besarse en las mejillas, ella se sentó, puso los codos sobre la mesa y precisó: «Decíamos ayer no sé qué del encuentro entre Miguel y Bonaire...». Y el Remedios, con un «¡ah, sí!» agradecido, retomó la historia.

En aquellos tiempos de tribulación, la pretensión de controlar a los anarquistas que acudían a las bases de Getafe y Cuatro Vientos era una tarea de necios, por imposible. Al principio, Miguel se esforzó en satisfacer la petición del teniente coronel Rubio, pero comprendió muy pronto que ni una decena de Gregorios Barraganes y Migueles de Génova juntos podrían cumplir tal encomienda.

Lo mejor, se había dicho, era investigar a fondo lo que había pasado con los oficiales de aviación pidiéndole ayuda al viejo Bonaire. El Lechuza había terminado peleando a las órdenes de Cipriano Mera, el líder del sindicato de la construcción de Madrid. Estuvo con él los primeros días de la guerra, en la toma de Guadalajara, la de Cuenca y la de los pueblos que la circundaban. Y desde el treinta de septiembre, cuando el Gobierno fusionó las milicias con lo que restaba del ejército regular, anduvo con Mera por el valle del Henares, echando una mano a la gente de la sierra colindante con Segovia o en el frente del norte de Guadalajara.

Los muchachos se enteraron en Casa Ramiro de que el Lechuza no volvía casi nunca a Madrid porque, por méritos de guerra, le habían nombrado sargento y ya no abandonaba el frente como antes. Afortunadamente, un anciano de la Ceneté se ofreció a dejarle un recado a su esposa para que, cuando le tocara bajar de permiso, les avisara de cómo podían encontrarse.

Acabaron haciéndolo muy pronto. Se citaron en la taberna el último sábado de septiembre, por la noche. Era la primera vez que se veían de uniforme y los chicos se

cuadraron. Aunque Bonaire no llevaba todavía la barra roja vertical con la que se decía que distinguirían en breve a los sargentos, lo hicieron instintivamente. Siempre, se dijeron, sería su jefe natural.

El Lechuza se rio de ellos y les dio un abrazo mientras ironizaba sobre su marcialidad. Eso les pasaba, dijo, por haberse ido con los marxistas, que eran unos disciplinarios de mierda. Había quienes decían que ellos eran el ejército gubernamental, los que representaban la legalidad y que, si alguien tenía que cambiar el saludo, que lo hicieran los fascistas a la romana o como se les pusiera en la punta del nabo. ¡Eran tonterías! Si se hubieran quedado con él, en vez de andar con chuminadas, añadió, se habrían enterado del valor de un ochavo, de cómo se peleaba de verdad haciéndolo en libertad. Pero, en fin, bufó, ¡qué se le iba a hacer! Ya les ayudaría a recuperar la sensatez y regresar a la causa anarquista cuando triunfase la revolución.

Antes de entrar en harina, Bonaire y los muchachos hablaron de los avatares vividos desde que se separaron y, aunque sus relatos estaban sazonados de acontecimientos luctuosos, se rieron de lo pasado mientras daban cuenta del tinto peleón y unos cuantos torreznos chorreantes que Ramiro les trajo de la cocina. Se divertieron como si no pasara nada, como si no tuviera importancia que hubieran sustituido el viejo cartel de «Abrimos cuando venimos, cerramos cuando nos vamos y si vienes y no estamos es porque no coincidimos» por otro oficial, más grande y mejor pintado en el que ponía: «¡Silencio, los espías acechan!».

La diversión se acabó cuando Miguel planteó a Bonaire el motivo del encuentro. Le contó la historia del teniente coronel Rubio y, sin andarse por las ramas, le pidió que localizase al grupo de anarquistas que mataba a los oficiales de Aviación. Comentó que, de seguro, eran faístas y podría dar con ellos sin dificultad. No reclamaba reprimendas. Solo quería saber si estaban dispuestos a matar a su amigo, el oficial. Porque si su objetivo no era ese, pues estaba mal, pero a ellos les valía. En cambio, si lo era, Bonaire tenía que convencerlos de que el teniente coronel había salvado muchas vidas de milicianos y de que era un auténtico héroe de la República. Acabar con él, afirmó, sería un crimen imperdonable.

Bonaire no acababa de creérselo. «Seguro que hay algo más», repetía. El teniente coronel estaría ocultando algo. Ya sabía que se estaba criticando mucho a los faístas, incluso dentro del anarquismo. Y que a veces se pasaban. Pero todo tenía una explicación. Por ejemplo, lo de quemar la Modelo. ¿Que fue un arrebato? Pues bueno. Pero ¿qué querían? Era la reacción natural a la indignación por los fusilamientos masivos y sistemáticos del ejército franquista. Recordó cómo la columna del ejército expedicionario de Franco que subió por Extremadura, desde Sevilla, había ido fusilando a todos los que olían a República. Y la mirada se le encendió cuando habló de la matanza de Badajoz. ¡Millares de hombres ametrallados por tandas en la plaza de toros en medio del regocijo de moros y legionarios! ¡Y, encima, se decía que señoritos, curas y gente de bien habían asistido como invitados

al espectáculo!

A lo peor se exageraba un poco, pero Bonaire entendía la cólera popular. ¿Qué querían esos señoritingos? Llevaban siglos impidiendo a palos que los trabajadores aprendieran a leer y a escribir y por eso eran tan brutos y desconfiados. ¿Qué reclamaban?, ¿que actuaran ahora como monjas de la caridad, como niños bien educaditos por los jesuitas? Aquello era la guerra. Golpeó la mesa con el puño. Pero ¿qué decía? ¡Aquello era la revolución! Y no se podía andar con gilipolleces.

Aunque el Lechuzca subió la voz cuando justificaba la actuación de los grupos incontrolados, Miguel no se excitó. En tono sereno, animado por una convicción profunda que nacía de la lectura de los enciclopedistas y las enseñanzas humanistas y socialistas de don Benito Gorostizaga, defendió su tesis de que la victoria de la izquierda solo llegaría con la imposición de su fuerza moral, aunque ello supusiera avanzar más despacio hacia la meta de la igualdad. La violencia gratuita degradaba a quien la ejercía. Él no era un pacifista. Ni de broma. Siempre justificó la violencia defensiva. Cuando una persona o una clase pretendían imponer sus privilegios a otra persona o clase utilizando perversamente el poder, la fuerza de su brutalidad o su dinero, era legítimo responder con energía. Pero nunca desde la desproporción, jamás con rabia o ira. Lo importante era desterrar el fanatismo, la fuente de tantas inmisericordias nefastas para la izquierda y la humanidad. La República podía reprimir legalmente a sus adversarios, mostrar la generosidad que faltaba a sus enemigos, triunfar moralmente. El arbitraje barato del paseo y el tiro de gracia, el pistolero, insultaba a la causa republicana. Era más, debía ser perseguido con severidad porque solo las fuerzas de seguridad y los tribunales populares podían hacer justicia, de acuerdo con la ley. Una ley, recordó, que emanaba democráticamente de la voluntad popular. La misma voluntad que el fascismo quería desmochar.

Los clientes de la tahona, numerosos e ideológicamente dispares, habían seguido el discurso de Miguel conteniendo la respiración porque lo pronunció con voz despaciosa y grave mientras miraba a Bonaire como un hipnotizador. Cuando el muchacho concluyó su diatriba, la corriente de aire, espesada por el silencio, se hizo viento de piedra. Fue un segundo. De inmediato, como si fueran el resultado de una deflagración, los parabienes estallaron por doquier, rebotaron al unísono por las paredes y huyeron a la calle por la cancela que habían dejado entreabierta para que pudieran escapar el humo de los cigarrillos y las vaharadas con olor a pavesa que despedía, cada poco, una vieja salamandra con la puerta abierta.

Todos decían que el muchacho tenía razón y Bonaire se quedó perplejo. Sintió la necesidad de justificarse y aclaró que él pensaba lo mismo. Solo pretendía ser benevolente con los vengadores. Había querido explicar, que no justificar, dijo, sus actuaciones desacertadas. Sus arrebatos eran el resultado del dolor y la rabia acumulada durante decenios. Pidió comprensión para ellos y, sobre todo, para él mismo.

Hacía poco más de una semana que sus tropas intentaron ayudar a los cuatrocientos milicianos del coronel Martínez de Aragón que se encerraron con trescientas mujeres y niños en la catedral de Sigüenza cuando cayó la ciudad. Los republicanos habían querido, mitad por miedo, mitad por heroísmo, imitar la gesta de los rebeldes en el alcázar de Toledo, pero las tropas de Mola agujerearon las paredes del templo a cañonazos y, al final, tuvieron que rendirse sin condiciones. A la mayoría los pasaron por las armas antes de que pudiesen socorrerlos el batallón anarquista y el de la Pasionaria que combatían en la zona. Solo era otro crimen más, por supuesto. Pero no podía acostumbrarse. Sobre todo cuando, como ocurrió en Sigüenza, muchos de los fusilados eran de los suyos o habían luchado a sus órdenes.

Todavía recordaba el rostro de un joven revolucionario del POUM al que apadrinó en las armas. Se llamaba Eugenio Izquierdo y formaba parte de la columna motorizada que había dirigido el trotskista argentino Hipólito Etchebéhère antes de morir en Atienza. Era un muchacho brillante, de facundia, y le había querido convertir al leninismo. ¡A él! Todavía le parecían mentira su infantilismo, su pureza revolucionaria y, aunque no hubiese llegado a engatusarlo, la claridad de ideas que tenía. Desde que supo que le habían fusilado, no podía olvidar la carita de crío que ponía cuando le miraba y le espetaba, tan pancho, que algún día se daría cuenta de que Trotski tenía razón, de que el anarquismo era un paraguas que cuando se abría porque caían chuzos de punta se verificaba que tenía muchos agujeros. Era el mismo rostro que veía en sus pesadillas cuando el muchacho le decía a la muerte, como le había dicho a él, sonriendo, que las balas no le importaban porque sus ideas eran las acertadas y seguiría vivo en ellas y en el corazón del resto de los hombres.

La expresión de serenidad infantil debería tranquilizarle, balbuceó. Pero le horrorizaba. Porque le daba igual que hubiese afrontado los tiros con el valor que nacía de sus convicciones. Porque pensaba en tanta vida por vivir que se había desperdiciado. Y, sobre todo, porque le quería como a un hijo y lo echaba de menos. Porque nunca dejaría de echarle de menos.

Bonaire se había entristecido, pero borró el recuerdo con un gesto idéntico al de atrapar una mosca con la mano. Levantó la mirada que había hundido en la madera de la mesa mientras recogía ensimismado el regojo de la cena y sonrió. «Pero ¡qué hostias!», exclamó de pronto. Y palmoteó la tabla con firmeza. Miguel tenía razón y había que reconocerlo. «Eso que hacen los incontrolados está muy mal hecho», dijo elevando la voz, con rotundidad. Y pidió a Ramiro que sirviera una ronda por su cuenta.

El tabaquero anarquista estaba impresionado. Se decía a sí mismo que era una lástima no contar con Miguel en las filas de la Ceneté porque tenía mucha cabeza para su edad, un corazón enorme y labia, mucha labia, aunque de la buena. Pero ¿quién sabía? Todavía no estaba echado a perder, aún no militaba en ningún partido. Quizás se le podía convencer de que el nuevo anarquismo, fundamentalmente sindicalista, aunque revolucionario, se estaba distanciando de la violencia

individualista y andaba madurando con la experiencia de la guerra. Cada vez eran más los que hablaban de la necesidad de ser disciplinados, de organizarse a fondo para dar respuesta a los problemas de gestión de la realidad que se les habían presentado, por ejemplo, en los consejos de Catalunya y Aragón. Las teorías ácratas se estaban acomodando a los hechos en vista de que los hechos no se acomodaban a las teorías. Y la sensatez se imponía lenta pero progresivamente.

Todo el mundo comprendía que el comunismo libertario, comentó Bonaire, solo se alcanzaría dejando a un lado las posiciones infantiles. Para ganar la guerra se necesitaba disciplina. Durruti, Mera y muchos más lo afirmaban con discreción, pero estaban convencidos. Frente a la disciplina burguesa o la comunista había que inventar la disciplina anarquista, aprender a obedecer, sin preguntar, hasta que el combate hubiese concluido. Si lo hacían y cambiaban, quizás Miguel estuviese con ellos. Él mismo le había oído defender la libertad individual que los comunistas sacrificaban con la excusa de que solo podría conseguirse en el futuro. Pero ¿cómo iba nadie a construir un futuro en libertad si se destruían los brotes de la libertad presente?, se preguntaba Bonaire. Y, pensando en Miguel, se respondía: «Los hechos le obligarán a entenderlo».

Dispuesto a convencer a los muchachos de que los incontrolados no representaban al anarquismo verdadero, Bonaire se comprometió a descubrir cuanto antes al grupo que había atacado a los compañeros del teniente coronel Rubio. De un modo o de otro, aseguró, dejarían de ser una amenaza no solo para el oficial, sino para el resto del universo. Ya les informaría. En breve. Se iban a enterar de la eficacia del Lechuza. Sí, el Lechuza. Ya no le molestaba porque se lo llamaban a la cara, no por la espalda. ¿O se creían que era tonto?

La noche fraternal acabó con la entonación de todo tipo de cantos revolucionarios y el vocerío se elevó a la par que la graduación alcohólica en las venas. La jarana estaba prohibida porque el Gobierno había impuesto el toque de queda desde las diez de la noche y eran casi las once y media, la hora en que se paraban los últimos tranvías para viajeros autorizados. Pero ¿quién podía impedir que unos cuantos combatientes se olvidasen un rato de los tiros a grito peleón?

Un sereno y dos carabineros se acercaron hasta la taberna, asomaron la cabeza por el resquicio de la entrada y pidieron que bajasen la voz. Si les parecía, podían cerrar la puerta para que no se viese la luz, ya sabían, por los bombardeos que acababan de poner de moda los franquistas. También añadieron, como el que sí quiere la cosa, que agradecerían que los invitaran a una copita de ojén, por aquello de la solidaridad para con lo bueno y con lo mejor. Y bien estuvo. Faltar, no faltó más.

El Remedios le pasó un churro recién hecho a la muchacha. Que tuviese cuidado, que soplase, avisó paternal. Y volvió al cuento. Cuando Bonaire llamó a Miguel para informarle de que había resuelto el caso, el teniente coronel Rubio ya se había ido de España. Huyó a Francia, por Valencia, primero en coche y después en tren. Llorando. Él mismo había informado a Miguel solo unas horas antes de viajar. Lo hizo en un

almuerzo de despedida que volvió a celebrar en el Palace y al que también invitó al Recogío por su colaboración. Para mostrarles su agradecimiento, consiguió que les cocinaran un arroz caldoso con liebre cazada en el Pardo y les regaló una botella de jerez y un jamón serrano a cada uno, aunque matizó que aquello no era nada comparado con lo que merecía su lealtad.

La solución definitiva se la había dado el coronel Ángel Pastor, el hombre que Indalecio Prieto había nombrado subsecretario del Aire cuando Largo Caballero le hizo ministro de Aviación. Había dudado mucho en hablar con él, aunque le conocía por razones familiares. Solo se atrevió a hacerlo después de consultar a su amigo Ignacio Hidalgo de Cisneros, a quien Prieto había nombrado jefe de la aviación republicana hacía unas semanas aun sabiendo, o por eso, que era más estalinista que el mismísimo Stalin.

A Hidalgo de Cisneros se lo había contado todo en ese mismo comedor. El aviador no dejó de atornillarse el alargado bigote negro mientras escuchaba y, de vez en cuando, mostraba inconscientemente su preocupación, se atusaba el cabello corto y se rascaba las pronunciadas entradas de la frente. Al final, el amigo comunista dijo que no podía quedarse en Madrid y le recomendó que idease una salida honrosa y se la plantease directamente al subsecretario. Lo mejor que podía hacer, añadió, era irse de España y esperar a ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Más tarde, tal vez pudieran destinarle a alguna embajada española en Europa, América o más allá, por Asia. Cuanto más lejos, mejor.

Después del almuerzo, el oficial se fue, compungido, y Miguel apreció que se encorbaba con dificultad para entrar en su pequeño Citroën negro sin que se le cayera la gorra de plato. Cerró los ojos. Sabía que no volvería a verle nunca y prefirió recomponer a oscuras la marcialidad de su figura cuando, al despedirse, le saludó al viejo estilo, con la mano extendida hacia la sien. Pero no pudo ser. El hechizo, una vez más, se impuso.

Cuando volvió a mirarlo, el remolino de polvo que formó el vehículo al atravesar el campo de vuelo dibujó los contornos de un jinete que ponía su corcel patas arriba. Como un *flash*, le vino a la retina la imagen del teniente coronel parando a los fascistas en San Rafael con su grupo de ametralladoras, erguido sobre la grupa de su caballo blanco mientras disparaba al cielo su pistola. Y, azulada por el sol del atardecer, que le deslumbró, esa fue la última calcografía del teniente coronel que le quedó impregnada, para siempre, en la memoria.

A Bonaire, tan duro para casi todo y tan susceptible ante la contrariedad, le dio un berrinche porque pensó que había llegado demasiado tarde. No se lo perdonó. Les dijo a los muchachos, quejicoso, que si hubiese actuado con más diligencia, el oficial seguiría en Madrid porque le habría demostrado que no corría peligro. No era que el grupo de anarquistas incontrolados se hubiese disuelto, aclaró. En absoluto. Seguía activo y sus integrantes darían todavía muchos disgustos porque estaban resueltos, le habían dicho, a limpiar Madrid de fascistas por su cuenta y riesgo. Miró a Miguel y

se adelantó a su reproche. Aquellos fanáticos eran unos irresponsables, pero no tenían conciencia de ello ni había nadie con la autoridad bastante para convencerlos de que dejaran de actuar. Esa era la pura verdad.

Había dado con ellos gracias a los conocimientos y la autoridad de Cipriano Mera. El líder militar sospechó que los incontrolados podían ser los que él pensaba porque había oído decir, durante un rodaje cinematográfico sobre sus propias hazañas bélicas, que algunos miembros del Sindicato Único de la Industria Cinematográfica y Espectáculos Públicos de la Ceneté madrileña formaban parte de un grupo secreto de faístas que, cada noche que encontraban un rato, se dedicaba a perseguir presuntos quintacolumnistas. Para ponerse en contacto con los incontrolados, Mera le recomendó a Bonaire que hablase, de su parte, con el director de cine Armand Guerra, un buen compañero sindical que, a pesar de su cultura antimilitarista, había empezado a rodar unos reportajes sobre la actuación de las milicias anarquistas, sus famosas *Estampas guerreras*. El realizador, aclaró el Remedios, se llamaba de verdad José Estivalis y era un tipógrafo valenciano que había ayudado mucho a la Ceneté en París y Berlín. Un hombre noble donde los hubiese. Un idealista.

El tabaquero, sin perder tiempo, fue a verle a un despacho que tenía en la calle Serrano y el director le recibió dándole un abrazo de los de verdad porque era un enviado del gran albañil. No había mejor tarjeta de visita, dijo. El cineasta cincuentón, contó Bonaire, sonreía como un anciano sabio. Le explicó lo poco que sabía del grupo incontrolado. Solo conocía a uno de los integrantes porque había trabajado para él como electricista hasta mediados de septiembre, durante el rodaje de la película *Carne de fieras*. Era un hombre cumplidor, un padre de familia aparentemente tranquilo y bondadoso. El único reproche que le hizo fue que se excitaba en demasía cuando la actriz principal, Marlène Grey, actuaba casi desnuda dentro de una jaula de leones. Parecía otra fiera más. Pero eso, explicó, le pasaba a más de uno. Marlène era un quesito y solo vestía un *slip* que dejaba desnudas las nalgas y apenas le cubría el rubicundo vello del pubis. Palabras mayores.

Del faísta solo recordaba que le llamaban el Cura, no sabía por qué. Y le dijo que en las oficinas del productor, don Arturo Carvallo, seguro que guardaban el nombre y la dirección.

Bonaire tardó en hablar con el electricista porque se enteró de sus pesquisas y le rehuía. Pero, por fin, un amigo común del sindicato les organizó unos chatos en la taberna de su corrala, por el barrio de Vallecas, donde el Cura se sentía seguro con su gente. El hombre contaba con la mejor fama entre sus vecinos y pocos sospechaban que tuviera un lado tan oscuro como el que Bonaire investigaba. Se apartaron solos, sin el mediador, a un rincón de la tasca.

Hablaron en el patio, debajo de la balconada, para que sus voces quedaran acalladas por el jolgorio de los chicos y los trinos estridentes de las golondrinas que revoloteaban sobre ellos. Se sentaron sobre dos cajas vacías de madera, frente a frente, apoyando los codos y los vasos de vidrio listado encima de un tablero.

Discutieron con aridez y se pulsaron los ánimos midiendo los gestos, la agresividad de los labios y de los aspavientos feroces. Hasta que se dieron cuenta de que eran muy parecidos, de que solo les diferenciaban los años, su madurez.

El Cura era como había sido Bonaire cuando creía que solo las pistolas resolvían las diferencias y que había que ser violento aunque doliese porque solo así podían hacerse respetar los obreros. Contra el capital, el mejor antídoto eran sus propios métodos. Y la solución, el contrapoder, estaba en el uso de las armas. Las pistolas eran necesarias porque nunca bastaron las palabras. Igual que ahora, en la guerra, no servían las manifestaciones, sino los fusiles. Estaban haciendo una revolución en la que no valían ni las dudas ni los mariconeos, explicó. Había que acabar con los fascistas embozados. Y si se desviaban un diez por ciento en la selección de los objetivos, pues ¡qué se le iba a hacer! Era parte del juego, concluyó.

No había argumentos contrarios que le hiciesen vacilar. ¿Que su comportamiento desprestigiaba a la República ante las democracias del mundo? ¡Pero si las democracias se habían inventado la no intervención y habían dejado a España y la legalidad internacional bajo la bota del fascio! ¡Pero si Francia, Gran Bretaña y todos los demás no hacían otra cosa que pensar en la mejor manera de colocarle el culo a Hitler para que se la metiera sin que les doliese demasiado! ¿De qué le estaba hablando?, ¿de quedar bien con aquellos demócratas burgueses que preferían el triunfo de los nazis en cualquier país del mundo antes de que los trabajadores se hiciesen, definitivamente, con el Gobierno de España?

Bonaire le replicó que no se trataba de eso. Estaba su propia moral anarquista, su respeto a la justicia, la defensa del derecho de todos a vivir en libertad mientras cupiera la menor duda de su inocencia. Ellos también tenían un sistema de valores en el que no encajaba, y menos en aquella circunstancia conflictiva, la violencia gratuita. Había que terminar con el pistolero de una vez por todas, atender los frentes, respetar a la gente en la retaguardia. Y huir de todo atisbo de venganza.

No hubo acercamiento ninguno. Para el Cura, lo que decía Bonaire solo eran pamplinas. Para el tabaquero, lo que argumentaba el Cura no tenía perdón. Así que acordaron ir al grano, sin entretenerse en disquisiciones ni amargarse más la sangre.

¿Que por qué habían matado a los oficiales de aviación? Pues porque eran culpables. ¡Qué más daba lo que hubiera sentenciado el tribunal! Su grupo había valorado la situación en ese y en otros casos de militares que habían sido juzgados por sublevarse contra la República. Aunque no hubieran estado implicados directamente en la conspiración, eran culpables de no haberle hecho frente. Tarde o temprano traicionarían a los soldados a su mando y se pasarían a las filas enemigas. Había ocurrido demasiadas veces como para hacerse ilusiones.

A la vista de tanto y tan firme despropósito, Bonaire renunció a ir más allá de lo que tenía encomendado averiguar. Sin más circunloquios, le preguntó al Cura si los suyos tenían decidido atacar contra el teniente coronel Rubio. La risa que precedió a la respuesta fue estrepitosa, casi insultante. Por sincera. Pero ¿cómo podía haber

pensado eso? Eran anarquistas, gente seria, bien informada. Ni se les había ocurrido. No tenían la menor duda de que Rubio era un oficial honesto, un héroe de la República. Cometió el error de comprometer su palabra en favor de sus excompañeros porque también era un ingenuo benevolente que creía en la bondad de los demás. Nunca pensaron en hacerle daño. ¡Menudo disparate!

Bonaire se alegró. Era la respuesta que quería escuchar y ya no tenía por qué perder el tiempo. Aprovechó el ánimo rijoso del faísta y concluyó la conversación pagando los vinos. Ya se iba cuando el incontrolado se acercó para despedirse y le tendió la mano. Se la rechazó. El intolerante se rio con la misma sinceridad que lo había hecho antes. Dijo en voz queda que alguien tenía que hacer el trabajo sucio, pero necesario, y el tabaquero dejó caer los brazos, se rindió.

—¿Por qué te llaman el Cura? —preguntó.

—Porque fui cura —respondió el faísta.

Y Bonaire, mientras caminaba hacia el puente de Vallecas para coger el tranvía, recordó el refrán de que no se debía pedir al que pidió, ni servir al que sirvió, ni comprar al que compró porque sabía lo que valió. Y añadió para sus adentros que no hay peor anticlerical que quien dejó de ser clérigo. Ni nadie más insano que un converso. El Cura, dijo el Remedios, seguía conservando el incorregible virus del cerrilismo, la ponzoña que le inocularon en el seminario.

El barro ensangrentado

Cuando ironizaba sobre los asuntos amorosos del Cambiao, el Remedios recurría siempre a su vena poética. Decía que el amor es el único sentimiento que incita al niño que llevamos dentro a pisar sin miedo el charco por el que podemos caer hacia el firmamento. Y Alicia, sonriente, solía responderle: «Te repites, Federico». Hasta que se dio cuenta de que el viejo tenía un chip averiado y optó por callarse y ser amable.

La primera vez que lo dijo fue cuando le contó que, antes de irse a defender Madrid del primer asalto de los franquistas, Miguel anduvo encelado e insensato, falto de cordura, embobado de amor. Vivía más preocupado de su amada que de sí mismo y de lo que acontecía. Y por eso fue a rogarle que abandonase la ciudad antes de que la invadiese Franco y lo jodiese todo.

Acudió a convencerla la víspera del ataque, el mismísimo seis de noviembre, martirizado por la intuición de que no volverían a verse en mucho tiempo. Fue un acto de amor desesperado. Algo tan tonto como natural. Porque la quería hasta más allá del límite. Como a Libertad, dijo el Remedios. Pero de otra forma, precisó. Porque de Alba Inés se había enamorado de dentro para fuera, entregándose al mundo a través de ella. En cambio, de Leonor se prendó de fuera para dentro. Nada más verla. Sin saber que era la amante de su padre. Sin saber nada de ella. Dejando que el universo penetrase en él por el crisol de su belleza.

Fue en las Navidades del treinta y cinco. Don Alejandro quiso celebrarlas en Torrealba con Leonor, su Mimí. Y, como el pedazo de jumento que era, hundió la pata hasta donde ya no pudo virar el corvejón. Pudo ser que a los cincuenta y ocho años hubiese empezado a chochar, comentó el Remedios. O, simplemente, que la juventud de la Exquisita le había enredado en la telaraña de las adoraciones tardías y quiso disfrutar de su última epifanía existencial. Pero, en cualquiera de los dos casos, dio lo mismo. La cagó.

Don Alejandro, desde luego, no pecaba de tonto. Ni de rebote. Sabía que su relación con la muchacha era un regalo de los cielos, la inesperada materialización de

una quimera. Y quería disfrutarlo hasta rebosar. Ella había conseguido cambiarle la vida en unos meses. No a fondo, en verdad, pero sí lo bastante como para imponerle muchos de sus caprichos. Después de todo, tenía veintidós primaveras y tiraba de argumentos irrefutables cuando discutía en la cama, el territorio de sus artimañas, su auténtico feudo.

Le tenía encoñado desde que la conoció un año y medio antes. Concluida la huelga revolucionaria del treinta y cuatro, encarcelados en masa los revoltosos, don Alejandro se sintió tranquilo y retornó a Madrid. No soportaba aquella Torrealba paleta y polvorienta. Por no aguantar, decían en el pueblo, ya no soportaba ni a su querida local, una muchacha morena, dulce como bocado de melocotón maduro y suave como pluma de pichón. Su propia madre se la había echado en los brazos siendo virgen, con solo quince años. Y él le había sorbido todo lo absorbible. Sus arrebatos pasionales le hicieron gozar sin límite y, con el tiempo, la chica había superado todo tipo de tabúes. Eso le permitió ahondar, por igual, en aberraciones eróticas sin nombre y en delicadezas sexuales que nunca sospechó que pudieran existir.

El marqués descubrió sabores que le estimulaban como el orín a los perros, jugos excitantes que le deleitaban pero jamás mezclaría en un gazpacho. Llegó a ejecutar perversidades que ni la mente más provocadora hubiera concebido porque, halladas por azar, resultaban irrepetibles. Y sin embargo, pasado el tiempo, todo había cambiado. Después del coito, de la enajenación, la contemplaba allí, tirada a sus pies, jadeante, sometida. Y sentía asco. La melena negra que tanto le acababa de excitar le parecía estropajosa y la textura de la piel, siempre tan sedosa, le repugnaba. La miraba con tal distanciamiento que consideraba gordos y deformes los senos y las nalgas que le habían enloquecido solo unos minutos antes. El hastío pesó más que el deleite.

Pensó que había llegado el momento de marcharse por fin de Torrealba, de recuperar la lustrosa vida social de Madrid, los toros, el boxeo, el alterne nocturno sobre todo. Recordaba las tertulias del atardecer y añoraba los momentos mágicos del champán y la mandanga, la estimulante cocaína que tan buen sambenito le inyectaba al personal por la nariz.

Deseaba revivir las madrugadas pornográficas, el sexo sofisticado, la orgía general. No podía seguir a la espera de tantas novedades pendientes de conocer como le anunciaban, al teléfono y por carta, los amigos jaraneros de la capital. Era tanto el ansia de volver a los Madriles que hasta echaba en falta el Ladilline con el que había combatido años atrás, triunfalmente, a los más emboscados anopluros.

Madrid era entonces una ciudad politizada donde la violencia eructaba a menudo y escandalizaba al personal, contó el Remedios. La tensión era tan espesa que todo el mundo la superaba a manotazos, como si apartase cortinas invisibles que le estorbaran el paso. Pero el temor al estallido aceleraba las ganas de vivir. Era como si la cotidianidad del horror diese naturalidad al anuncio del caos. Y los dos bandos, los

partidarios de una república progresista y los que la gobernaban, pero querían acabar con ella, se habían ido acostumbrando a los tiros, las bombas, los incendios. Los falangistas hacían sus razias cotidianas contra los bares rojos, sobre todo Casa Labra, en la calle Tetuán, y el bar Flor de la Puerta del Sol, siempre llenos de obreros. Y hasta los moderados socialistas, hartos de recibir siempre los palos, acabaron uniéndose a los comunistas, el principal objetivo de los facciosos, y andaban por la vida con pistola, dispuestos a devolver cada agresión.

Aunque republicano y belicoso, aquel Madrid verbenero le llenó el cuerpo de jotas. Y en esas andaba cuando descubrió el segundo gran amor de su vida, la singular Leonor Artajo. La vio, por primera vez, cuando abría el treinta y cinco. Era tan impresionante, tan sensual, que al marqués le hormiguearon las tetillas. Iba por la calle del Príncipe, camino de la Carrera de San Jerónimo, cogida del brazo de una amiga. Y sus muslos, largos como brincos, se le ajustaban a las faldas y pregonaban sus carnes veinteañeras. La deseó nada más verla. Era el retrato de la fruta al punto, el referente perfecto, por ambiguo, de lo que ni sobra ni falta, eso que tiene algo de más y algo de menos, que no existe, pero se presume.

La persiguió por todo Madrid hasta que consiguió conquistarla. Y lo hizo, por supuesto, con dinero. Pero el muy necio creyó que la había seducido. ¡A Mimí! ¡Ya veía! Estaba tan aturdido por su belleza, sus ademanes, la nobleza de su mirada y de sus gestos que tardó mucho en descubrir que era una hetaira moderna, una cortesana de lujo. Entonces le dolió un poco, pero acabó dándole igual. Fue casi mejor. Solo tuvo que convertirla en su querida y así eliminó todas las complicaciones de una sola tacada con efecto. El de la pasta.

Al principio, cuando le exigió que no volviera a tratar con hombre alguno, ella se había reído. Pero el marqués le pagó tanto y se mostró tan servil que acabó aceptando. Dijo que encantada. No precisó por qué. Aunque Alicia, comentó el Remedios con granujería, podía imaginárselo sin tener que esforzarse. Y le acercó la mano derecha a los ojos mientras frotaba el dedo pulgar sobre las yemas del corazón y el índice.

Para los Sanjuanés, don Alejandro le compró un chalecito unipersonal por donde Las Ventas, cerca de la plaza de toros. No era ostentoso, pero tenía de todo. Un pequeño jardín, la escalinata con las contrahuellas de azulejos en la entrada, el porche con cuatro columnas que sostenían la terraza de la segunda planta y hasta los miradores adornados con vidrieras modernistas. Sobre las habitaciones superiores, de grandes ventanales, asomaban los lucernarios y los ojos de buey de las buhardillas. Y arriba, en la cresta, había una torre hexagonal que coronaba un pararrayos con veleta.

Dijo el Remedios que la generosidad de don Alejandro pudo con Leonor. El marqués había arriesgado tanto poniendo a su nombre la propiedad que la mujer casi se enamoró de él. La ilusión, sin embargo, se descompuso aceleradamente cuando quiso llevar a su madre a vivir con ella y don Alejandro se negó. Aquella casa tenía que ser, en exclusiva, un rincón para el placer. Su placer. Así de claro.

Leonor tenía que estar sola, permanentemente dispuesta a satisfacer en exclusiva sus deseos. Ese era el precio. A cambio, don Alejandro ponía el mundo a sus pies. Podía comprarse lo que quisiera. Y él la llevaría a los estrenos de la ópera, a las galas teatrales o a la terraza del Ritz. Sería su acompañante de lujo en las parrandas de alcurnia. Pero la única contrapartida era incuestionable. Debía olvidarse de los gozos comunes a las mujeres libres.

La joven tomó nota y elevó su cotización. Su madre buscó un tasador que le enseñó a valorar los mejores muebles, la ropa de lujo, las joyas más caras. La fortuna que hiciese, se dijo Mimí, sería lo único que le quedaría cuando envejeciese. No cabía engañarse ni de guasa. Concesiones, ni media.

Aunque tuvo que rascarse el bolsillo, el marqués quedó impresionado por el acierto en las compras. Decoró el chalecito con muebles *art déco* que le costaron un dineral. El Remedios se acordaba de casi todos porque Mimí le regaló la lista de compras que había guardado tras vender el edificio. Los nombres de los autores, los objetos y los materiales le sedujeron para siempre.

El Remedios fue la Reme describiendo la vivienda a su impresionada oyente. La joven cocota de lujo ocupó el *hall* con un aparador adornado con placas de esmalte y dos vitrinas de palo de rosa que imitaban los diseños de Josef Hoffman, todavía de moda. En el salón, salpicado de pequeñas rinconeras fabricadas en madera de amboina y decoradas con motivos florales de marfil y ébano de Macasar, instaló un piano de cola que había fabricado la escuela cubista checa, con metal cromado, plexiglás y cuero oscuro de color cobalto. Era solo un adorno. Como valía un potosí y no esperaba que nadie lo tocase, lo colocó en un rincón, sobre una plataforma escalonada. Y a sus patas, en desorden intencionado, situó un cómodo diván con pies de madera dorada y revestimiento de terciopelo beis que rodeó con cubos de palisandro que servían, indistintamente, para apoyar las piernas estiradas o dejar las copas.

En la cabecera del espacio irregular, a modo de trono, la joven reservó para sí una butaca que había diseñado el mismísimo Paul Iribe. Una estructura circular de caoba, de una sola pieza, surgía de dos poderosos y enormes brazos labrados en espiral que se hundían en un respaldo de seda blanca ligeramente acolchado. El conjunto imitaba el lecho de una ostra. Y cuando Mimí se acurrucaba en su interior, desnuda, con las piernas recogidas y las nalgas desparramadas, parecía, tal cual, una perla viva.

El remedador de trastos contó que, pensando siempre en la rentabilidad de su amorío, Mimí había colocado en su habitación, junto a un sólido armario de nogal y un estilizado espejo de balancín, una cómoda de ébano revestida con piel de zapa, un secreter de Santiago Marco y una cama con la cabecera revestida de pergamino y rematada por arabescos de metal cromado. La costosa decoración la remató con una *toilette* octagonal cuyas paredes rodeaban multitud de espejos enmarcados con plata esterlina. Fue su pieza secreta. Tanto que, por si acaso, al marqués le construyó su propio cuarto de baño. Pero lejos. Porque allí, en ese rincón de Eos, solo unos ojos,

los suyos, tendrían la posibilidad de contemplar las irrelevantes impurezas de su cuerpo.

Aquellas Navidades el marqués y Mimí viajaron a Torrealba tan apresuradamente que ni siquiera avisaron a los Piteras. Don Alejandro quiso hacerlo en su espacioso Hispano-Suiza porque tenía una calefacción potente y le permitía detenerse de vez en cuando para estirar las piernas y satisfacer la próstata. Pero la frescura de Mimí le arrastró, una vez más, a una experiencia que le resultó absolutamente conturbadora.

Viajaron en el tren expreso del Oeste. Se había inaugurado hacía dos años y tenía fama de alcanzar la velocidad más alta de España cuando bajaba por los llanos, aprovechando las rectas que se extendían entre Talavera de la Reina y Naval Moral de la Mata. Era imprescindible ofrecer una propina sustanciosa al conductor y al fogonero para que acelerasen hasta el límite, pero el coste merecía la pena cuando la locomotora de la Maquinista superaba los cien kilómetros por hora.

En ese trayecto aconteció una cosa muy graciosa, comentó el Remedios a la doctorcita, estirando los labios para forzar una sonrisa de pergamino seco. Mimí demostró su vitalidad asomando la cabeza por la ventanilla de su departamento cuando más corría el tren. El marqués se asustó porque la muchacha perdió el prendedor y sus trenzas se transformaron en látigos centelleantes. Pero eso no fue lo peor. El disgusto lo sufrió en carne propia cuando una tufarada acre invadió la estancia mezclada con la humareda más negra que había visto jamás. Mimí se giró, tosió y escupió el hollín que se le había metido en la boca. Lo hizo con tan infortunado acierto que tiznó la camisa de seda de don Alejandro y le llenó la cara con unas babas tan espesas y renegridas que casi le hicieron vomitar cuando se las quitó con las manos. «¡A que es maravillosa la velocidad!», había dicho ella entre risas, medio asfixiada aún. Pero el marqués sintió tanto asco que ni siquiera pudo gruñir como quería.

La llegada a Torrealba alteró el orden habitual de los seres y las cosas. Como nadie aguardaba al marqués, tuvo que esperar para cambiarse y el cabreo le provocó un intenso dolor de cabeza. No tuvo remedio hasta llegada la noche. El alivio lo encontró en los encantos de una Mimí que, tras acostarse con él, cumplió con sus deberes a la perfección. Y el marqués, desentumecida la hombría, amaneció dispuesto a perdonar al universo entero.

Esa buena disposición paterna le fue de perlas a Miguel, porque don Alejandro ni siquiera llegó a enterarse de que había salido de excursión, algo que tenía prohibido expresamente, aunque el Piteras se lo permitía en secreto. Cuando llegó al mediodía, sin ni siquiera haber tenido tiempo para quitarse la mochila, el joven heredero cruzó el portalón y se dio de bruces con Leonor. Ella apoyaba las nalgas en el brocal del pozo, fumaba un pitillo y se reía de algún comentario que le hacía el Piteras en presencia de L'Ahopa, la institutriz que había decidido jubilarse en Torrealba como una auténtica ama de llaves sin llavero.

La joven era tan hermosa que Miguel se quedó paralizado. Superada la sorpresa,

quieto aún, fue recorriendo cuidadosamente su estampa de amazona, desde el sombrero de alas anchas y cinta con lazo hasta las centelleantes botas de cuero acharolado. Un jersey de cuello alto le asomaba por encima de la cazadora de ante que dejaba a la vista, por debajo, sus nalgas de potranca. Tenía el pelo cobrizo, ondulado, y llevaba la nuca perfectamente despejada, con los abuelos del cuello sueltos, como establecían los cánones. Los ojos, como el mar, eran glaucos o azules, dependiendo de la luz, y su brillo contrastaba con el albor de los dientes. De guinda, un puñado de pecas, ordenadas graciosamente sobre los costados de la nariz, salpimentaban el rostro y encendían sus mejillas chispeantes. «Vamos, que ni la Garbo», comentó el Remedios. Y Alicia le preguntó: «La Garbo, ¿qué Garbo?».

Cuando se acercó a saludarla ya iba derrotado de antemano. Leonor adivinó quién era y se adelantó. Le dirigió una mirada tan posesiva y dulce que sintió que le domaba y, al tiempo, se daba, se rendía. Él, acobardado, encaró sus ojos. Parecían amurallados, pero advirtió que los cerrojos eran de carámbano y podrían deshacerse con el calor de un beso.

Don Alejandro no había variado su relación con Miguel. La pasión por Mimí lo ocupaba todo y seguía considerando a su hijo como un ser extraño. Prefería mantenerse alejado para no tener que preguntarse por qué había sido tan canalla con él. Además, a su edad, le parecía una estupidez empezar de cero. Se agotaba solo con pensar la multitud de explicaciones que debía darle.

Esas Navidades, el marqués iba y venía con Mimí de aquí para allá, a Cáceres, Montánchez o Trujillo. No se veía con Miguel salvo cuando no tenía más remedio. Y apenas hablaba con él. Ni por cortesía. Andaba a lo suyo, a su querida. Parecía disfrutar desembridado. No se dio cuenta de los cambios, de que su amante ya no era tan servil. La veía comerse las uñas, pero le parecía normal. Hacían el amor cada noche y resoplaba como un toro, casi feliz, aunque alguna vez sufría tirones musculares en la barriga o las piernas porque adoptaba posturas amorosas para las que su cuerpo ya no daba de sí. Pero eso no le avergonzaba. Como no le ruborizaba tener veinte kilos de más o una calva que le mondaba el cráneo. Ella estaba allí y le rejuvenecía con sus abrazos, sus gemidos falsos, la risa disimulada.

Don Alejandro era una metáfora de su propio mundo, dictó el Remedios. No tenía fuerza, ni moral, ni sueños. Se había descompuesto, pero sobrevivía al amparo del poder que le daba el dinero, convencido de que, gracias a su Dios, todo seguiría siendo igual aunque las formas cambiasen. Siempre habría vividores y suplentes. El único problema era la titularidad. Y él había nacido titular.

Las circunstancias rompieron el encantamiento. Y le jodieron bien. Porque los agrarios, sus políticos protegidos, le llamaron para que acudiese a Madrid urgentemente. Sabían que iban a quedarse fuera del gobierno radical cedista que estaba cocinando Manuel Portela Valladares y querían rematar con urgencia los negocijos pendientes, esos del dame más duros que me sobran bolsillos. Querían acordar con el marqués las condiciones de un pelotazo que tenía que ser definitivo

porque el chollo finaba sin remedio.

Obligado, pesaroso, don Alejandro acudió a Madrid en un lo quiero para ayer. Pero, cuando aún no se había perdido de vista el enorme escarabajo pelotero en el que se convirtió su taxi al otro lado del polvo, Leonor ya no sabía hacia dónde mirar para disimular su deseo de encararse con Miguel. El joven, por el contrario, estaba dispuesto a tropezar con ella con o sin excusa. De modo que ambos, concluyó el Remedios, nada más irse el marqués maquinaron el modo de dar el primer paso hacia no sabían qué, ese algo que transformaba sus huesos en ternilla y les descomponía la voluntad.

Miguel esperaba que fuera ella, por su experiencia, la que empezase el baile. Y ella lo intuyó. Después de todo, era la única, se dijeron, que conocía los recovecos del deseo, los enigmas de la piel. Pero no funcionó. Comprobaron que aquel era un trance diferente en el que no valían las enseñanzas previas. Ella era tan ignorante como él. Nunca se había sentido así ni nadie le contó que existiera nada parecido. Tenía vergüenza, dudaba. Por primera vez en su vida, le asustaba lo que pudiera ocurrir. Y no era por miedo al marqués, aunque existieran motivos más que serios. Temía dar un paso en falso, equivocarse con Miguel.

Leonor se estaba enamorando y no paraba de hacerse preguntas. ¿Y si él no se sentía atraído por ella? ¿Y si se lanzaba y el joven la cortaba en seco? ¿Y si...? Era una situación angustiosa que, sin saberlo, compartía con Miguel. Porque el muchacho también se interrogaba a sí mismo, angustiado, sobre el camino a seguir. ¿Y si le miraba así solo por ser quien era? Porque ¿cómo iba a gustarle un pazguato como él a una mujer tan experimentada? No era cosa de soñar imposibles, se temía. Y ambos se removían en sus sillones, imitando el gesto de leer una revista, sin darse cuenta de que se miraban de reojo siguiendo sus movimientos sin sentido.

Se engancharon como pipiolos y se negaron a reconocerlo porque sentían vergüenza. No podía ser. No conseguían imaginarse juntos ni cuando soñaban. La relación entre un menor de edad y una meretriz de lujo, por más joven que fuese, provocaba al cielo y atentaba contra todas las convenciones terrenales. Nadie los comprendería. Era mejor no pensarlo. Ni siquiera.

El narrador perdió la mirada en el limbo de los azogues del Manolo, distraído, y afortunadamente para Alicia, se estremeció, pidió perdón y retomó la raíz del relato. Volvió al envenenado noviembre del treinta y seis y contó que, cuando se vieron justo antes de la gran ofensiva de los franquistas, Miguel le explicó a Leonor que había podido ir a verla por pura casualidad. Su nuevo batallón se había formado el día anterior con retales de tropas y milicias desperdigadas tras las sucesivas derrotas en el extrarradio sur. El comandante, generoso, decidió conceder dos horas de permiso a uno de cada veinte hombres porque sabía lo que se avecinaba y lo que habían sufrido. Les concedió un pequeño respiro. Por sorteo.

El marquesito pensó que no le tocaría porque en ese momento consideraba colmada su fortuna. Un motorista le acababa de confirmar que el Recogío, a quien

había dado por muerto, andaba por Húmera vivito y huroneando, como siempre. Le habían asignado a una columna que el teniente coronel Barceló había recompuesto por allí.

La alegría le hizo dar un bote porque nunca se había separado de su amigo desde que empezó la guerra. Solo les había pasado esa vez, cuando el desconcierto se apoderó de los republicanos tras la toma de Getafe a primeros de octubre. La rapidez con que actuaron las tropas franquistas provocó una desbandada general de los soldados, que huyeron hacia Madrid. Y el caos hizo y deshizo a su antojo. Cada tropa huyó hacia donde pudo porque la temida caballería mora perseguía a los que se replegaban en desorden y no dejaba títere con hilo.

Miguel vio correr al Recogío, con la cabeza gacha, por el reguero de una cuneta. Iba detrás de él cuando observó que dos falangistas disparaban sus fusiles ametralladores contra un guardia de asalto herido que, mal atrincherado tras un surco, solo respondía con su pistola reglamentaria. Descargó un tiro de máuser y una camisa azul cayó, dando tumbos, a lo lejos. El acompañante, viéndose en medio del fuego cruzado del guardia y el muchacho, levantó el polvo a cuatro patas y se alejó de la encerrona como pudo. Miguel cargó al herido sobre sus espaldas y consiguió alcanzar las primeras trincheras de la Casa de Campo, las de la puerta del Batán. Allí estaban los milicianos de la columna Enciso. Y allí se quedó, resoplando, sin saber dónde había ido a parar su amigo, el Recogío, ni si le había pasado algo malo. Tardó dos días en descubrir que estaba tan sano y salvo como siempre.

El colmo de la fortuna fue que, encima, le tocó un permiso. Así que llamó a Leonor por teléfono y quedó con ella en el Retiro. No quiso acercarse al piso para no perder tiempo saludando a don Benito y doña María Manuela. Se sentaron en torno a un velador de mármol que estaba atado a las sillas, con cadenas, junto al estanque que las autoridades habían vaciado para que el reflejo del agua no orientase a los Junkers en los bombardeos evitando, como había ordenado Franco, la demolición del barrio de Salamanca. Las mansiones pertenecían a los ricachos huidos de Madrid que seguían financiando la guerra desde el extranjero y no era cuestión de hacerlas trizas. Pero lo único que consiguió el general golpista, dijo picaruelo el narrador, fue que las organizaciones de izquierdas llevaran allí sus sedes. Como el Pecé, por ejemplo, que ocupó en esa zona nada menos que el número seis de la calle Serrano, junto a la todavía reluciente Puerta de Alcalá. Y ya le explicaría en su momento, avisó poniéndose serio, por qué utilizaba las palabras reluciente y todavía. Porque maldita la gracia de lo que acabó pasando allí.

En el Retiro quedaban puestos que servían café y horchata fría cuando salía el sol de flan y templaba las horas del mediodía, pero los dueños habían echado las persianas de madera temiendo la inminencia del horror. No les importó. Aunque había llovido por la mañana y la humedad exigía ropa gruesa, el cielo se había despejado y el aire inmaculado y la luminosidad esplendorosa justificaban su pequeño sacrificio. Además, el ocre tornadizo de los árboles insemnaba de brillos el

frondoso parque y vestía de gala, solo para sus ojos, el paraíso otoñal.

El joven soldado se estremeció. Tenía que irse de Madrid como fuese, le dijo. Seguir allí era una insensatez. El general Varela, el martillo de Franco, iba a lanzar la ofensiva definitiva sobre la ciudad. Y de inmediato. No era un rumor como el que espantó a la ciudad esa misma mañana cuando se extendió el bulo de que la caballería mora había roto las líneas en Carabanchel y Usera y estaba a punto de abrirse paso por las calles de Delicias y Toledo, a sablazos, hasta la mismísima Puerta del Sol. Tampoco había que aterrizar como pasó a la hora de comer, cuando grupos de milicianos salpicados de barro ensangrentado, exhaustos, atravesaron la ciudad hacia el noreste, mezclados con millares de cabras y corderos que parecían pregonar la derrota con su balido asustadizo. No era eso, no, le dijo a Leonor. De ninguna manera. Pero tenía que entenderlo. Lo que se avecinaba, lo que sucedería casi seguro al día siguiente, abriría las puertas del infierno.

Encima, las cosas andaban muy mal porque no había con qué responder al poderío militar de Franco. Solo tenían, dijo Miguel, mucho pecho, todo el corazón del mundo y avenidas de sangre por derramar. Lo demás, el aparato militar, era escaso o no existía. Porque la propaganda era una cosa y la realidad, otra muy diferente.

La cacareada victoria de los tanques republicanos en Seseña, por ejemplo, había sido, en el mejor de los casos, un empate. Fue verdad que la aparición de los blindados rusos sorprendió a los nacionales, aunque Largo Caballero había metido la pata anunciando por la radio la entrada en combate de los carros recién adquiridos. Afortunadamente, los mandos franquistas no se lo creyeron y se llevaron un buen susto. Porque los blindados, eso sí que sí, que se fijase bien, eran nuevos, muy buenos. Soviéticos nada menos. Y tenían fama de ser los mejores acorazados del mundo. A él se lo había relatado todo, con detalle, un cañonero que estuvo como traductor de francés en Cuatro Vientos y que acompañó a los rusos en su primer ataque.

Fue una escabechina general. Al salir de Valdemoro, los tanquistas se despistaron y en vez de marchar hacia Torrejón de la Calzada, donde el Gobierno les había ordenado intervenir junto a la recién estrenada brigada mixta de Enrique Lister y la poca aviación republicana que seguía activa, se dirigieron a Seseña. Según su amigo, los conductores llegaron de Archena la noche anterior. Estaban agotados, desconocían el terreno y, para colmo, añadió, les cegó esa bruma densa que transpiran las tierras heladas de los campos madrileños cuando se acuestan empapados por la lluvia y amanecen ateridos.

Lo que pasó provocaría la risa si no mediase la sangre derramada. La infantería republicana, que debía seguir en corto a los carros de combate, se quedó retrasada y los aparatos, perdidos, entraron en Seseña, en fila de a uno, hasta desembocar en la plaza del pueblo. De la cervecería Iberia salía, a todo volumen, música de gramófono. La voz de la Niña de la Puebla, imponente, cantaba «En los pueblos de mi Andalucía» y gangrenaba la nostalgia de soldados y vecinos. Las tropas nacionales

abarrotaban la explanada. Había mucha infantería protegida por decenas de artilleros que cuidaban los cañones de campaña y los vehículos auxiliares. Como los insurrectos sabían que habían destruido la casi totalidad de los viejos tanques republicanos y, hasta entonces, no habían visto blindados modernos que no fueran los Fiat-Ansaldo de Mussolini, dejaron pasar los T-26 rusos sin resistencia, creyendo que eran de los suyos. Los oficiales soviéticos, por su parte, pensaron que aquellos soldados que liaban perezosamente sus pitillos eran los de su propia infantería, afortunadamente recuperada.

Durante un par de minutos, la vida callejera siguió igual, cada cual ocupado con lo suyo. Hasta que, coincidiendo con el final de la tonadilla, un oficial se acercó al tanque que encabezaba la marcha y le dio amablemente el alto. El jefe ruso asomó la cabeza por la tronera y le miró con detenimiento. El regular preguntó: «¿Qué?, ¿italiano?». El ruso tardó un segundo en comprender la situación, se introdujo en el carro sin mediar palabra, cerró la escotilla y abrió fuego liso. Se oyó un grito desgarrador, en árabe, y un caballo reventado voló hasta un balcón. La sorpresa impuso un brevísimo silencio. De pronto, como si todos se hubieran percatado al mismo tiempo del malentendido, se deshizo el desaguizado y estalló la tormenta de disparos. Los tanques empezaron a moverse contra todo lo que los rodeaba y dispararon sus cañones por doquier, al ras, contra puertas y ventanas. Después se volvieron hacia los tejados donde estaban apostadas las ametralladoras pesadas de los nacionales y también abrieron fuego.

El crujir de huesos y los alaridos se mezclaron con el estruendo de los motores cuando los monstruos de acero echaron a rodar y aplastaron a los hombres y los caballos con sus cadenas de acero. Los conductores, desconcertados, intentaron salir del pueblo, pero se atascaron cada tres por cuatro porque no estaban preparados para combatir dentro de los cascos urbanos. Y menos en un pueblo antiguo de calles estrechas y retorcidas, con esquinas anguladas y empedrados irregulares, un laberinto de casas con muros que no podían derribar y corrales con cercas de piedra insuperables.

El espectáculo fue tan ridículo como heroico. La sangre se encharcaba bajo los restos despedazados de animales y hombres. Ardían, entremezclados, los vehículos y los cuerpos, elevando al cielo columnas de humo negro y apestoso. Los soldados soviéticos morían porque salían de los tanques para cortar los cables telefónicos o remover obstáculos. Y los nacionales se estrellaban, borrachos de valor, disparando a ciegas contra el acero incontenible de los blindados que los arrollaban. Los gritos y los relinches se disolvían en el fragor general y la batalla se aceleró tanto que la muerte perdió la cuenta de sus pagadores.

La desventaja de los soldados rebeldes era manifiesta porque las balas de sus ametralladoras y las bombas de mano no mellaban el blindaje de los carros. Pero la situación cambió cuando un manojo de granadas atadas entre sí rompió la cadena de un tanque y lo paralizó. Sus ocupantes siguieron disparando con eficacia hasta que un

valeroso infante de marina llenó un cántaro con gasolina, se acercó al vehículo y se lo echó encima. Después, le arrojó una granada y las llamas se extendieron. Los tripulantes salieron dando gritos y perecieron ametrallados.

En Seseña los nacionales destruyeron tres T-26 y dejaron averiados otros tantos de los doce que consiguieron volver a la zona republicana. Teniendo en cuenta que los milicianos capturaron dos cañones de campaña enemigos y los rusos destruyeron diez cañones del setenta y cinco, dos tanquetas y una treintena de vehículos militares, la cosa no había ido mal, dijo Miguel. Pero la operación, lo que se decía la operación, había sido un fracaso porque no se alcanzó ni por asomo el objetivo de frenar a las tropas de Franco antes de que llegaran a Madrid. De eso sí que no había duda.

Lo peor fue que, desde lo de Seseña, Varela no había parado de meterles tralla. Y, encima, para evitar que los republicanos recuperasen la moral por lo de los tanques soviéticos, Franco bombardeó por primera vez, abiertamente, a la población civil de Madrid. «¡Qué vergüenza!», exclamó el Remedios. Pero ahí estaba la realidad de las decenas de muertos en las colas de la compra, de las mujeres y los niños despedazados.

Cuando huyó de Getafe con el guardia de asalto a cuestas, Miguel recaló en las trincheras que se habían construido por donde el puente de la Culebra. Allí, por fin, pudo dormir cinco horas tras dos jornadas completas de combates entre un repliegue y el siguiente.

La mañana fue neblinosa y helada, pero el sol titubeante del mediodía le permitió gozar de algunos sesteos en los que podía entornar los ojos y liberar el espíritu sin soltar el fusil. Fueron momentos de gran placidez, contó, porque se tumbaba sobre la hierba sedosa de las orillas del arroyo Meaques después de empapuzarse con el agua helada de la fuente del Zarzón y, envuelto en la manta, junto al puente de la Culebra, levantaba la vista y entreveía, casi cegado por el resol, las densas copas de los olmos cadavéricos, de los fresnos pelados y los chopos amarillentos. Entreverado en sus hojas, dijo a Leonor, había contemplado su rostro salpicado de cielo, dibujado sobre un gris eléctrico con fondo azul tormenta. Y la había echado de menos como si hubieran pasado mil siglos desde la última vez que la abrazó desnuda, bajo las sábanas de su cuarto, en el piso de la calle Ibiza.

Leonor, apasionada, le interrumpió. Pidió que se fueran a casa de inmediato. Pero Miguel le respondió que no quedaba tiempo y prefería no hacer el amor de mala manera. Deseaba estar con ella así, con las manos entrelazadas, mirándole a los ojos, charlando hasta el regreso.

Además, añadió, quería contarle la pena que había experimentado cuando reflexionó sobre el contraste de la hermosura del puente de la Culebra y la horribilidad de las defensas de hormigón que los republicanos habían construido a su alrededor para impedir el paso de las tropas nacionales por la puerta del Zarzón. En tiempos de paz, la referencia había sido el arte. Durante el reinado del tercero de los Carlos, el maestro Sabatini, una vez más, había disfrutado recreando sus sueños. El

ladrillo y el granito se aliaron a la belleza, esa vez, para provocar el goce del espectador. Allí no hacía falta ninguna pasarela sobre el regato ni las curvas del puente permitían que lo atravesara carruaje alguno. La pasarela de piedra se construyó destinada al puro placer de contemplarla y pasearla. En la guerra, por el contrario, se había impuesto la impudicia de lo necesario, la expresión del miedo, las trincheras como cicatrices del horror. Esos búnkeres salteados entre las encinas ocupaban desvergonzadamente el espacio en el que los niños jugaron al balón.

Miguel había intuido la naturaleza del espanto. A las puertas de Madrid asomaba el peor de los jinetes del Apocalipsis. Por eso le dijo a Leonor que no podía quedarse. Tenía que huir a Barcelona o Valencia, por el bien de los dos. Temía más por ella que por su propia vida. Y no podía ser. Así no podía combatir. «¡Hazme el favor de irte!», había implorado entonces. Pero Leonor le sorprendió con un requiebro. Era lo contrario, respondió. Debía quedarse allí, colaborar en algo, fortalecer la retaguardia. Las mujeres también tenían la obligación de combatir en segunda línea, a su manera, ya que no les dejaban hacer en las trincheras. Lo que, por cierto, dijo endureciendo el tono, no le gustaba ni una mica. Pero, al menos, podían recordarles a los hombres su deber. Miguel lucharía como el mejor precisamente porque ella estaba allí, porque los moros podían hacerle lo que se decía que hacían con todas las mujeres, sin distinción de edades o hermosuras. El desgastado lema de vencer o morir se convertiría, de ese modo, en una realidad inmediata, sustancial.

Eso fue lo que Miguel le contó al Remedios que dijo ella entonces. Pero el anciano pensaba que a Leonor, mientras hablaba con su chico, debieron cruzársele por la mente, como latigazos, retazos de las conversaciones con Vilajoana sobre la decisión de poner en marcha la nueva casa de alcahueta. Suponía que había expulsado sus inquietudes besando al chaval con arrebato. Porque aquello era otra cosa. Aunque ella comprendía la máxima de Vilajoana de que a las putas debía darles lo mismo el régimen político que existiese, su corazón temblaba. Tenía la obligación de ser realista por los dos, pero no mentía cuando habló de colaborar con los republicanos. Si tenían que ganar los franquistas, que ganaran. Ya se las apañaría. Pero personalmente prefería el triunfo de la República. Después de todo, pensaba, a ella no le faltarían clientes ni aunque triunfase la mismísima revolución proletaria.

Además, añadió el Remedios, Leonor experimentaba el peso afectivo de su entorno. Se echaba a las espaldas el fantasma de su padre, la presencia de don Benito y, sobre todo, el amor de Miguel. Eran sus tres soñadores preferidos. Aunque acabasen perdiendo, merecían ganar. Y ella quería colaborar una pizca en el logro de sus sueños. Porque también era, por encima del oficio, una mujer de verdad. Como las que estaban manifestándose por el centro de Madrid en esos momentos, convocadas por Dolores Ibárruri desde Unión Radio, las que llevaban banderolas rojas con letreros negros donde se proclamaba: «Vale más ser la viuda de un héroe que la mujer de un cobarde. ¡Todos los hombres al frente!». Hacía un rato que, mientras esperaba a Miguel, las había visto pasar por el cruce entre O'Donell y

Alcalá, camino de la concentración de Sol. Se había contagiado de su entusiasmo y le hubiera gustado acompañarlas. Pero no podía.

Los enamorados se despidieron en la parada del tranvía. Se abrazaron y se besaron en público, sin recato, poseyéndose más allá del sexo, sin percatarse del paso incesante de los camiones cargados de jóvenes y viejos voluntarios que bajaban hacia Cibeles y se dirigían a los frentes del suroeste. Perdieron tan profundamente la noción del tiempo que no escucharon la campanilla que anunció la llegada de un coche ni se percataron del «¡Vámonos, que nos vamos!» que gritó el cobrador cuando el tranvía echó a rodar. Afortunadamente, la gente protestó. El conductor frenó para que subiera el soldado. El trole chispeó, retenido, mientras Miguel se separaba de Leonor y unos cuantos milicianos le subían en andas al estribo trasero, de espaldas al vagón. No dejó de mirarla, asomando peligrosamente el cuerpo por la puerta sin puerta. Hasta que la cuesta se pronunció y engulló su figura diminuta.

Tripas de arroz almagre

Los charcos helados fueron trampas mortales. Aquella noche había sido fría y lluviosa, de las asquerosas de verdad. La alborada engendró millares de diminutas planchas de hielo. Y cuando los franquistas iniciaron la ofensiva, los milicianos patinaban mientras retrocedían y a los que se caían de espaldas o de bruces hubo que protegerlos a bayonetazos porque los moros se echaban encima y no daban tiempo ni a recargar el máuser. La sangre templada evaporaba las láminas heladas, sin deshacerlas, y tintaba de un sucio escarlata los pequeños regueros que se iban formando. Fue espantoso. Y, sin embargo, solo un quedo preludio del horror.

Los regulares y los legionarios del teniente coronel Asensio eran los soldados más disciplinados, mejor armados y menos honorables de las tropas franquistas, según Federico Espejo. Irrumpieron en las trincheras gubernamentales a las siete de la mañana, después de que la artillería las machacara durante horas. Y lo hicieron por las brechas que abrieron los cañones en la tapia del portillo del Zarzón.

Aunque los defensores sabían lo que se les venía encima, no pudieron resistir. Los arrollaron a lo largo del sendero, por donde el camino del Sotillo, y no pudieron contenerlos hasta que llegaron a la zona boscosa. Allí, entre el pinar de las Siete Hermanas y el encinar de San Pedro, los milicianos formaron una trinchera espontánea y las fuerzas se igualaron. El apoyo artillero se anuló y los carros blindados se atascaron en la arboleda. Los republicanos pudieron aplicar, por primera vez, la consigna que les había transmitido esa mañana su jefe recién estrenado, el general Miaja. Resistieron y contraatacaron. Y consiguieron el objetivo principal del primer día de combate. Aguantaron.

Las tropas del sedicioso José Varela se atascaron en la Casa de Campo. Ni siquiera alcanzaron, como habían previsto, las orillas del Manzanares. Sin aviación que oponerle a los Junkers y Saviolas del enemigo, sin apenas cañones, con fusiles, ametralladoras y morteros de innumerables calibres que no alcanzaban para armar a todos los combatientes, dolidos por la fuga imperdonable del Gobierno hacia Valencia solo unas horas antes, los milicianos consiguieron levantar una barrera de

sangre y dientes astillados que contuvo a las tropas aguerridas de Franco. Esa noche se improvisaron los primeros cantos de trinchera. Y las Carmelas madrileñas escucharon, orgullosas, que de nada servían bombas donde sobraba corazón.

Fue la reacción espontánea al triste comportamiento de los gobernantes. Hacía solo unas horas que la morralla derrotista de altos cargos políticos y burócratas había huido de Madrid porque temía que la ciudad cayese en veinticuatro horas. Miguel le dijo al Remedios que les había asustado el general Queipo de Llano desde Radio Sevilla, donde pregonó que Franco celebraría un *Te Deum* el domingo en la catedral de la Almudena.

Los asesores habían convencido a Largo Caballero de que era mejor dejar que Franco entrase en la ciudad para recuperarla luego con el nuevo ejército que se fraguaba en Levante. En cualquier caso, fuese por debilidad o por torpeza, el viejo luchador sindicalista dio tan por perdida la plaza que, para su defensa, nombró comandante en jefe a José Miaja Menant, un general a quien todos consideraban viejo, gordo, miope y fracasado. Acto seguido, abandonó la capital en compañía de todos sus gerifaltes so pretexto de que debía garantizar la seguridad del Ejecutivo. El Remedios nunca supo si el hombre se fue de buena o mala gana, pero entendió que el pueblo, aunque disciplinado, echara pestes de él.

En la ciudad solo quedaron los que no tenían Valencia a donde huir. Pero todos ellos, en veinticuatro horas, se transformaron en la aherrojada expresión de aquel mismo pueblo madrileño que se levantó contra los franceses el dos de mayo de mil ochocientos ocho. Solo había una diferencia. Esta vez lo hacían por lo suyo, contra el rey y sus servilones, contra los que siempre consideraron que España era su cortijo. Aquellos millares de milicianos mal armados, muchos de los cuales habían huido cobardemente en Talavera y Toledo, resolvieron defender los más nobles sentimientos del ser humano, dar la vida por sus seres queridos y por sus ideas, el sueño apenas materializado de una España civilizada, repartida, un poco de todos. Esa España que también era suya.

Combatieron, describió Federico, con la fiereza radical del egoísta que lucha por los otros sabiendo que forman parte de uno mismo, como su familia, su pensamiento o su sangre. Y demostraron que el sueño común, cuando es patrimonio propio, convierte a los hombres en el arma más poderosa del universo porque los conduce sin miedo al sacrificio.

Los republicanos tuvieron la suerte de los valientes. No solo materializaron la consigna del «No pasarán» heredada de las tropas francesas que combatieron en la batalla de Verdún durante la Primera Guerra Mundial, ese lema desconocido hasta entonces que la Pasionaria había hecho famoso solo unas horas antes, sino que, en la rifa de la guerra, de rebote, acertaron el gordo porque el primer día del ataque descubrieron, por casualidad, los planes de batalla del general Franco.

El ansia de resistir y de vencer había cambiado a los milicianos. Por primera vez, los cuadros de mando obedecieron y cumplieron las órdenes de la superioridad por

más extrañas que fueran. Y eso fue lo que hizo el teniente coronel Truarte cuando envió a Miaja unos documentos cuya importancia ignoraba. Cuando pilló los papeles que llevaba encima un oficial de tanques de Varela que había caído en Villaverde, leyó el encabezamiento y, aunque era muy expresivo, no le dio importancia. Volvió a leer: «Misión para el día D». Aquello no le dijo nada. Pero, por si acaso, lo envió a la superioridad.

Era, por entero, la orden general de operaciones del ataque franquista contra Madrid. Con detalle, Varela explicaba por dónde tenían que atacar todas sus columnas para fijar al enemigo en el frente comprendido entre el puente de Segovia y el puente de Andalucía. Sería una maniobra de distracción porque, mientras combatían en Usera y por los Carabancheles, las operaciones se concentrarían en el noroeste con el objetivo de ocupar, primero, la Ciudad Universitaria, luego La Moncloa y, por fin, la plaza de España, desde donde pretendían llevar a cabo la conquista completa de Madrid.

Esa información privilegiada permitió a Miaja distribuir mejor los recursos de la defensa y, sobre todo, preparar un pequeño contraataque desde Húmera con la Tercera Brigada del capitán José María Galán, llegada de Valencia con carabineros de fronteras y voluntarios bisoños. El valeroso Galán acosó fieramente el flanco izquierdo de las tropas nacionales que debían apoyar a la columna central. El contraataque sorprendió a los atacantes y, sumado al heroico combate en las trincheras y al cuerpo a cuerpo que se sostuvo en el Manzanares, frenó a las tropas de Franco.

Desde el mediodía, todas las radios, todos los periódicos, todos los mandos propalaron la sobria arenga que el viejo, gordo, miope y fracasado Miaja envió a sus veinte mil soldados improvisados: «Las fuerzas del enemigo, con todos sus elementos, están atacando Madrid. Espero de todos vosotros que no retrocedáis un solo paso. Quien dé orden en tal sentido será considerado faccioso y como tal debe ser tratado; de mí solo se recibirá la orden de avance. Os felicita por la brillante actuación de hoy vuestro general: MIAJA». En las trincheras, en la calle, por los bares, dentro de las fábricas, en las escuelas, los hospitales y las salas de billar solo había una forma de saludarse. Los soldados, las mujeres, los niños y los ancianos levantaban el puño y afirmaban, como si rezasen: «No pasarán».

La batalla se estancó en la Casa de Campo. Miguel decía que hubo días singularmente amargos. Sobre todo el diez de octubre, cuando la columna de Castejón tomó el cerro de Garabitas, decisivo para el control visual de todo el campo de batalla. Fue tremendo. Primero, los Caproni y los cañones de Varela bombardearon las posiciones republicanas desde las tres de la madrugada hasta el amanecer. Luego, los moros y los legionarios de Castejón ejecutaron un asalto definitivo, bestial, asolador. Dispararon sus fusiles contra los que se rendían y remataron a los heridos con sus bayonetas. La posición y las laderas del militarmente denominado Vértice Garabitas se alfombraron con milicianos muertos.

El Recogío escapó por un pelo como un chorizo, como decía él mismo. Por primera vez en su vida, contó a Miguel, había sentido la muerte sobre su espalda como si una manta plúmbea le helase la cabeza y los hombros. Huyendo hacia la carretera de Castilla, cerro Morán abajo, un grupo de regulares que perseguía a un herido para rematarlo le obligó a disparar desde detrás de un pino. Quedó hacia el norte y cada vez que apoyaba la cabeza contra el tronco para tirar del cerrojo del fusil, el musgo helado le restregaba la cara. Cuando consiguió escapar a la carrera y alcanzó las trincheras republicanas, junto a la Puerta de las Moreras, iba dando tales alaridos que los suyos le tomaron por un moro. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía los carrillos en carne viva y la sangre se había secado sobre el barro de la cara y una parte de la ropa. Una costra verdina le oscurecía el rostro y le cubría la chaqueta. Por suerte, los milicianos apreciaron, justo antes de dispararle, que no llevaba turbante. Y eso le salvó.

Ese contacto con la muerte que experimentó el Recogío en el cerro de Garabitas, comentó Miguel a Federico Espejo, fue idéntico al que había vivido él mismo dentro del encinar de San Pedro, donde se cruzaban el arroyo de la Zarza y el camino de los Pinos. La única diferencia, precisó el Remedios, fue que Miguel entró en contacto físico, directo, con la muerte porque peleó a bayoneta calada.

Su batallón ocupaba una trinchera en una orilla del arroyo desde la que se controlaba la vereda vieja que desembocaba en el puente de las Siete Hermanas. Por delante y a sus espaldas, los viejos pinos castellanos y las encinas centenarias les guarecían del ataque de los tanques enemigos e impedían el uso de la artillería ligera. Incluso los morteros resultaban inútiles porque las copas espesas, de ramas gruesas y agujas perennes, formaban una barrera casi infranqueable. Las tropas franquistas solo podían avanzar mediante ataques frontales de la infantería, en oleadas. Pero los mandos republicanos respondían con el corazón, ebrios de gloria, y el segundo día de acoso, siguiendo las directrices de contraatacar como se pudiese, su capitán decidió recuperar posiciones ordenando que se avanzase al amanecer. El hombre quería aprovechar la niebla, su espesa lechada, para colocarse en posiciones de ventaja. Pero los primeros enfrentamientos no le dieron tiempo. Como era de suponer, el enemigo, con el propósito contrario, había pensado lo mismo. Y centenares de hombres de los bandos enfrentados saltaron de un pino a otro, corriendo en direcciones opuestas, sin ver más allá de los dos metros.

El choque fue caótico. Miguel pretendía colocarse detrás del viejo tronco de un pino cuando vio que un legionario saltaba hacia el mismo objetivo desde el otro lado, buscando la misma protección. Se dispararon a la vez y las balas se perdieron por los costados opuestos. Ambos se percataron al tiempo de la imposible situación y fueron girando en torno al árbol, paso a paso, mirándose a los ojos, cuidando de no hacer el movimiento equivocado que le permitiese al otro ser el primero en clavar la bayoneta. Los dos llevaban un máuser y el mismo machete Simpson, el reglamentario del ejército español. Era un duelo sin otra desigualdad que la profesionalidad y la

experiencia del soldado del Tercio, un hombre entrado en años, de barba y bigote ralos, pero fibroso como el cuero trenzado de una fusta. Se rio de Miguel, por criatura, y, acto seguido, soltó un grito salvaje, buscando el desconcierto de su adversario. Dio dos pasos atrás y arremetió ágilmente, con habilidad. Pero se equivocó. Miguel se escudó tras el pino velozmente y dejó pasar el largo del fusil, esperó la llegada del brazo que lo empujaba y golpeó la mano con la culata de su máuser. El legionario soltó el arma. Quiso huir. Pero la niebla invadía la mente de Miguel y le nubló la razón. Le clavó el machete en la espalda y cayó al suelo. Desde allí, herido, el mercenario lo miró con desprecio. Miguel dudó una centésima de segundo, pero oyó un disparo inmediato, vio borrosamente cómo caía un compañero y no lo pensó. Le atravesó el costado. Luego, recargó el fusil con rapidez y avanzó buscando a otro enemigo.

No tuvo tiempo para reflexionar ni se lo permitió la adrenalina. El sudor le hizo perder el tacto y la saliva, seca, le descompuso el gusto. Se concentró en el olfato, el oído y la vista, agudizados. Contemplaba el mundo al ritmo de su pulso, aceleradamente. Fue como respirar debajo del agua a través de una caña. La percepción era supina, extraordinaria. Los tiros y las voces, los gemidos, las explosiones y el silbido de las balas se convirtieron en ecos ininteligibles. No apreció ni la gloria ni el horror de la lucha. Mató no supo a quién y, sin darse cuenta del destrozo que causaba con su destreza mecánica, asesina, le sacó a un hombre las tripas llenas de arroz almagre. Ni siquiera sintió el corte que una bayoneta enemiga le produjo en el exterior de la cadera. Solo cuando se vio completamente rodeado por los suyos, de nuevo en la trinchera, tras dar vueltas y vueltas sobre los mismos dos mil metros cuadrados en los que se resolvió el combate a favor de ninguno, se fijó en la ropa empapada por la sangre. Los bajos del chaquetón, del jersey de cuello alto, de la camisa, la camiseta, el calzoncillo largo, la pernera derecha del pantalón, las vendas apretadas sobre los tobillos, incluso los calcetines y el cuero de las botas se le habían pegado al cuerpo. Y una costra apergaminada le impedía moverse con facilidad.

Le dijeron que había perdido un montón de sangre y le quisieron llevar al hotel Palace, donde ese mismo día habían trasladado el instrumental y los aparatos quirúrgicos del hospital militar de Carabanchel porque los nacionales pretendían tomarlo a toda costa. Pero se negó. Solo se sentía agotado. Quería dormir. No abandonaría su puesto, dijo. De ninguna manera.

No lo hizo. Le curaron la herida en la trinchera y le vendaron tanto de cintura para abajo que no podía ponerse los calzones. La costura de la entrepierna del pantalón le molestaba al andar porque se le clavaba en la ingle y le raspaba los pinjantes. El repliegue incesante y la imposibilidad de echar una siesta o, cuando menos, dar una cabezada, acabaron agotándole físicamente. Y al final, aguantando el embate enemigo de mala manera en un atrincheramiento del puente de los Franceses, ya nadie pudo impedir, ni él quiso hacerlo, que el debilitamiento le hundiese en un sueño

irresistible.

Durmió toda la noche, entre mantas, en el interior de un agujero de barro seco recubierto con maderas, sin que los tiroteos ni las explosiones consiguieran despertarle. Cuando abrió los ojos, a media mañana, un soldado de ojos claros que llevaba un casco parecido al de los bomberos y que sonreía como un profesional del humor le preguntó en un francés perfecto: «*Voulez vous, camarade, un petit peu de café au lait?*». Y no dio crédito. Era un brigadista internacional.

Corazones abiertos

Aquel sábado primaveral, Federico Espejo acudió al Manolo tatarando una canción revolucionaria mexicana que se le había metido en la cabeza mientras se duchaba y que adoraba desde que se la oyó cantar a Víctor Jara. Era el romance del mentado Juan Sin Tierra.

Alicia no la conocía, aunque, gracias a sus padres, había oído hablar mucho del cantante chileno y hasta se sabía de memoria, casi entera, la canción *Te recuerdo, Amanda*. El Remedios dijo que el corrido era alucinante porque dentro de la misma copla se recogían la cara y la cruz del sueño revolucionario. En una estrofa se representaba la esencia de la ilusión revolucionaria y en otra todo lo contrario, el reconocimiento del triste destino de la lucha, la sabiduría de que, vencedores o derrotados, otros tendrían que volver a empezar en el futuro.

Los clientes de las mesas próximas no dieron crédito cuando, sin recato, el maquillado anciano cantó, en voz baja pero perfectamente audible, los dos trozos contrapuestos de la canción ante aquella muchacha tan sorprendida como regocijada. «Lo *conosí* en la batalla y, entre tanta *balasera*, el *qués* revolucionario puede morir donde quiera», comenzó. Y luego, corrigiéndose, matizó: «Bueno, *doctorsita*, lo del desengaño, en realidad son dos estrofas». Cantó la primera, la que decía que Emiliano Zapata gritaba «quiero tierra y libertad» y el Gobierno se reía cuando lo iban a enterrar. Pero la dura, añadió, la que demostraba cómo anda el mundo de verdad y cómo acaban los revolucionarios y las revoluciones, decía así: «Mi paaadre fue peón de hacienda y yo un revolucionario, mis hiiiijos pusieron tiendaa y mi nieto es funcionario».

—¿Qué pena, no? —comentó Alicia. Y chascó la lengua.

El Remedios, aunque distante, suavizó con salero la consideración de la muchacha:

—Tampoco hay que pasarse, *doctorsita*. Las revoluciones siempre son necesarias para que avance la humanidad. Y cuando fracasan o se traicionan, pues eso. Volver a empezar. Como el maldito Sísifo, de quien nadie dice que, condenado por Zeus,

siempre se le caía la piedra al llegar arriba y tenía que volver a subirla, pero que, con el tiempo, dale que te pego, subiendo y bajando, acabó haciendo un sendero cojonudo hasta la cima, una vereda que pudieron aprovechar otros mortales para ascender y disfrutar cuando menos de las vistas.

—¿Sísifo? —preguntó la muchacha.

—No me digas que no sabes quién es. Pero ¡qué os enseñan ahora en la universidad! —se indignó el Remedios.

Que no le dijese que ni siquiera había leído a Camus, el gran don Alberto. ¡Pero bueno! Era imprescindible para ser de izquierdas. ¡Qué decía! Era imprescindible para la humanidad.

—Sé quién es. He leído *El extranjero* y asistí a una representación de *Les justes* —matizó Alicia, desconcertada—. Pero no había oído hablar del tal, ¿cómo dices que se llamaba?, ¿Sísifo?

Pues sí, según la mitología griega, comentó el anciano abanicándose los aires de sabelotodo, el rey de Corinto reveló a los mortales que el padre de los dioses había secuestrado a Egina. Y el amo del Olimpo se enfadó tanto que le condenó a subir una enorme roca hasta la cumbre de una montaña y a que, cuando llegase, se le cayese incesantemente, de manera que tuviera que volver a subirla una y otra vez, eternamente.

Pero había otra versión, añadió. La de *La odisea*. En tiempos de Homero, Sísifo era considerado el más sabio y astuto de los hombres y lo demostró engañando al mismísimo Hades. A las puertas de la muerte le dijo a su esposa que no ofreciese el sacrificio que se hacía a los difuntos. Y, cuando falleció, ella hizo lo que le había ordenado. Entonces, cuando ya estaba en el infierno, Sísifo lamentó que su viuda hubiese incumplido los deberes conyugales y rogó al dios de los muertos que le permitiese volver al mundo superior para castigarla como era debido. Hades cayó en la trampa. El rey de los corintios regresó al mundo de los vivos y, una vez en él, se negó a volver al inframundo. Gracias a su astucia, vivió unos cuantos años más de prestado. Pero lo hizo solo hasta que el invencible Hermes le obligó a retornar por las malas. Entonces fue cuando se le infligió la maldición. Y como no quería morir, sentenció Zeus, nunca lo haría. Pero el precio sería la eterna condena de subir y volver a recoger, sin cesar, viejo y ciego, la condenada piedra.

Para Camus, añadió a modo de conclusión, los dioses castigaron a Sísifo por preferir la bendición del agua a los rayos celestes y situar a los seres humanos por encima de los inmortales revelando sus secretos. Por eso se había convertido en un símbolo universal de la condena del hombre a realizar esfuerzos que a la postre resultarían inútiles. Pero él, el Remedios, no coincidía con Camus. A su juicio, dijo con serenidad lenificada por la memorización del hermoso cuadro que le dedicó Tiziano al condenado, representaba lo contrario. «Todo esfuerzo humano tiene su recompensa y por eso, pasito a pasito, sacrificio tras sacrificio, la humanidad ha sido cada vez más libre y un poco más feliz», pontificó.

Alicia sonrió dulcemente. A ella, replicó, le gustaba más la imagen poética de Antonio Machado, la del caminante al que le escribió que no hay camino sino estelas en la mar. «¡Quia, muchacha!», insistió el Remedios. «La vereda de Sísifo también es la ruta de los navegantes y de los nómadas en el desierto. El hombre hace caminos sobre el agua y las dunas. Solo tiene que seguir la Estrella Polar y no perder nunca el Norte. Entonces, hasta las estelas marinas y las rutas de arena se convierten en senderos invisibles del alma y de los sueños».

—¡Menudo poetastro estás hecho! —exclamó Alicia con ironía, Pero estaba emocionada. Y, para disimularlo, pidió que volvieran a la narración de la vida del Cambio.

El Remedios, que se había quedado con la copla del corrido, le dijo de coña: «Pues allá vamos, *doctorsita*». La muchacha bromeó poniendo cara adusta y le reprochó: «Menos cachondeo, Federico». El anciano, sorprendentemente, se mosqueó. Si le había molestado, le pedía perdón, dijo. Pero ella le comentó que era broma, que por qué leches le iba a molestar. Podía llamarla *doctorsita* o como le diese la gana. Y él puso cara de niño amojamado y se limitó a responder pues que eso, que qué bien.

Su memoria reculó a los meandros del Manzanares. Los mil novecientos voluntarios de la Decimoprimer Brigada Internacional que mandaba el general Kléber, narró, se incorporaron por fin al combate cuando madrugaba el diez de octubre y el choque frontal se había embarrancado en las orillas del balbuciente río.

El anciano sacó entonces unos cuidados apuntes manuscritos y leyó unas notas que había recogido sobre el tema. En los tres primeros días de la batalla, los más decisivos, la única brigada que se incorporó a las tropas republicanas que defendieron Madrid, nutridas principalmente por milicianos del Quinto Regimiento, fue la número cuatro, la del comandante Arellano, que se instaló en el barrio de la Bombilla, entre el puente de la República y el de los Franceses. Sus hombres frenaron los más duros ataques de los insurrectos. La historia, preñada de propaganda, había desmedido la actuación de las Brigadas Internacionales en Madrid. Fueron cojonudos, afirmó el Remedios, pero llegaron tarde. Quienes resistieron el embate inicial fueron los propios madrileños, ayudados por los extremeños y manchegos que habían huido de Franco desde el sur.

No obstante, comprendía que el retraso de la Decimoprimer Brigada no se debió a sus mandos sino al propio Ejecutivo republicano. Largo Caballero se había empeñado en reservarla, según se justificó más tarde, para apoyar aquel contraataque demencial del que le habló, el que sus segundos habían previsto realizar por el valle del Jarama unos días después de que se iniciase el asalto de los nacionales a la capital. Los asesores del jefe del Gobierno pretendían juntar a la Decimoprimer con otras seis nuevas brigadas españolas que se estaban ultimando en Levante y sumarla a otra de nuevos voluntarios internacionales, la que mandaba el novelista húngaro Máté Zalka, a quien llamaban Lukács.

El presidente fue quien impidió que los internacionales, aparcados en Vicálvaro desde el seis de noviembre, acudieran en ayuda de Miaja. Por eso el duro Kléber, siempre tan disciplinado como pendiente de su propia gloria personal, no atendió a razones cuando el coronel Rojo, en nombre de Miaja y con la autorización del Cuartel General del Ejército del Centro, acudió a su acuartelamiento para pedirle ayuda la noche del dramático día ocho. El teniente coronel le explicó la gravedad de la situación, el riesgo cierto de que el agotamiento de los recursos humanos y materiales, después de dos días de combate, permitiera al enemigo abrir una brecha en las defensas e iniciar desde allí la conquista definitiva de la capital. Y le rogó que, dada su proximidad, acudiese con sus hombres a Madrid. Urgentemente.

Emile Kléber, un comunista de Bucovia que se llamaba, de verdad, Manfred Stern, aclaró el Remedios, le respondió que tenía órdenes directas del Gobierno de permanecer a la espera. Y no se inmutó. Como buen burócrata, comunicó su decisión por escrito y se quedó con una copia. Por si acaso. Rojo no ocultó nunca el desprecio que sintió desde entonces por ese hombre que tenía cartografiada hasta su alma.

Cuando al fin se movieron, el desfile, por lo menos, fue la leche. Don Benito Gorostizaga se lo contó a Miguel con detalle porque ese día se pegó un madrugón para comprar jabón en una tienda del centro sin guardar mucha cola. Los internacionales llegaron en tren a la estación de Atocha y, desde allí, bien ordenados, atravesaron un Madrid que empezaba a desperezarse tras escuchar las primeras alarmas del amanecer.

Los madrileños se habían acostumbrado al estruendo de los bombardeos nocturnos, al fragor incesante de los tiroteos y las explosiones que llegaban de la Casa de Campo, Usera y Carabanchel, donde se peleaba casa por casa sin respiro y ya eran famosos, por el uso de las bombas de mano, los milicianos de la Federación Estatal de Trabajadores de la Enseñanza de la Ugeté. Los gatos dormían, como si nada, en medio del estruendo. Solo les sobresaltaba el silencio, siempre ausente. O lo raro. Todo lo que resultase extraño. Como, por ejemplo, aquel rumor distante de un cántico viril que surgía de la niebla.

Era *La Internacional* cantada por mil voces, en multitud de lenguas, siguiendo el ritmo de unos pasos firmes que cruzaban la ciudad camino del frente. No fue un desfile triunfal, con millares de ciudadanos agitando banderitas y aplaudiendo a los brigadistas, dijo el Remedios. No. Aquellos hombres resueltos impusieron sus voces a las ensordecedoras rachas de la lluvia y el viento. Quienes los vieron pasar, camino de sus trabajos o el tranvía, se detuvieron para aplaudirles, emocionados. Y algunos les gritaban: «¡Vivan los rusos!».

El general de la Decimoprimerá decidió atravesar la ciudad por sus arterias principales. Por el Prado, Alcalá, Pí i Margall, la Gran Vía y la cuesta de San Vicente. Para que se les viese. Por dar moral, dicen que aseguró. Y para lucirse, matizó Federico Espejo, quien, como Rojo, o quizás por lo que Rojo había escrito de él, le profesaba una profunda antipatía.

En realidad, el jefe brigadista había hecho lo que le habían ordenado, lo que sus jefes consideraban que tenía que hacer. Pura propaganda. Por eso colocó a los batallones en función de su equipamiento. Para impresionar. En cabeza, el alemán Edgar André, el más disciplinado y con mejores armas. A continuación, el de los franceses, el Comuna de París del que formaba parte una sección de ametralladoras inglesas, con soldados de uniformes dispares, muchos en mangas de camisa, casi congelados por la falta de casacas. Y a la cola, el batallón de los polacos, el Dabrowski, formado también por húngaros y yugoslavos de mirada resuelta.

Se mostraron sacrificados y valerosos, destacó el anciano narrador. Como los españoles. Defendieron tres de los treinta y tres kilómetros de frente que había en Madrid y, aunque no fueron inmunes a las desbandadas, los chaqueteos al decir de Tagüeña, cayeron en masa como los demás cuando apretaron los nacionales.

A Miguel, que seguía en ese frente, le contaron que Miaja los destinó desde el principio al sector más difícil, al punto por donde sabía que querían penetrar las tropas de Franco, entre el Hipódromo y el puente de los Franceses. Allí, dos de sus batallones, junto al del comandante Romero, llevaron a cabo la resistencia más sacrificada de la batalla de Madrid. Durante el once y el doce de noviembre contuvieron a toda una columna franquista protegida por tanques. Fueron dos días estremecedores porque, además de los cañones del cerro de Garabitas, la aviación alemana se cebó con ellos sin descanso. El precio fue muy elevado. Cayeron dos de cada tres voluntarios. Y su sangre derramada pregonó el color de la única bandera que les unía, la roja.

Los voluntarios internacionales recuperaron el empuje con la incorporación de la Decimosegunda Brigada. Llegó justo antes de que la presión franquista rompiera el frente del Manzanares. Las tropas de Varela, reforzadas, lanzaron una ofensiva que les permitió atravesar el río, penetrar en la Ciudad Universitaria hasta tomar el hospital Clínico y, de propina, ocupar la mayor parte del parque del Oeste, el apretado trasero de la metrópoli. Lo irónico fue que, para entonces, el Gobierno había renunciado a sus descabelladas operaciones envolventes y se disponía a lanzar una contraofensiva, con la correspondiente concentración de efectivos, justo en la zona por donde se introdujo el enemigo. Sin haberlo pretendido, ese agrupamiento de tropas impidió que Varela abriera una brecha definitiva en la coraza de la ciudad cuando lanzó su golpe de ariete con doce batallones escalonados. El empleo de todo su potencial y el hecho de que muchos de los milicianos recién llegados desconociesen la fiereza del combate que se estaba librando en Madrid favorecieron el éxito inicial de los facciosos. Pero cuando el coronel Rojo recompuso las fuerzas, Miguel formó parte de los millares de milicianos concentrados entre la Bombilla y el Hipódromo que acabaron deteniendo el golpe en la plaza de La Moncloa, a las puertas de la ciudad.

El ataque fue tan inesperado que el general Miaja había acudido al frente a curiosear y no cayó abatido por el canto de un real. Ese domingo, superado el ataque

crítico del amanecer, la jornada se había estancado, aparentemente, en un cruce de fuego habitual. A las diez de la mañana, el jefe de la Junta de Defensa aprovechó la tranquilidad relativa para visitar la cárcel Modelo, convertida en un auténtico valladar fortificado. Pretendía, narró el Remedios, contemplar con tranquilidad las trincheras enemigas desde uno de sus altos torreones.

La ofensiva franquista se desató cuando el general entraba en la prisión y, en medio de un fuego artillero descomunal, una bomba lanzada desde un caza alemán destrozó uno de los vehículos de su escolta. Miaja, acompañado por Rojo, intentó ascender hasta el observatorio de la cárcel, pero le resultó imposible porque el último tramo había que subirlo por una escalera de mano que nadie había podido fijar ni al tembloroso suelo ni a la vibrante pared. No servía de nada quedarse. Acordaron que lo mejor era salir pitando de allí y volver al cuartel general cagando chinias, en expresión castiza del propio general.

Lo que sucedió después fue de vivirlo para contarlo con hipo. Miguel había sido uno más de los cientos de soldados que se comportaron bochornosamente en el momento decisivo de la batalla. Ese día terrible se asustó como el que más cuando los nacionales tomaron las trincheras y rompieron las barricadas en el sur del parque. Los morteros habían hecho de las suyas justo antes de que miles de moros y legionarios, amparados por el fuego de las ametralladoras y armados con subfusiles, tomaran al asalto las primeras defensas. Utilizaban lanzallamas y fueron arrolladores. Mataban y remataban a todos los milicianos que se les cruzaban en el camino o tardaban en huir. Los leales tuvieron el tiempo justo para volar los restos útiles del puente de los Franceses, pero se retiraron en completo desorden. Compañías enteras retrocedieron sin concierto, mezclándose asustadas, aterrorizándose entre sí.

El miedo arrastró a Miguel. Como a todos. Y huyó. Pero cuando corría hacia el cruce entre el paseo de Moret y la calle de la Princesa, atravesando la plaza de La Moncloa, escuchó perfectamente los tiros al aire y los gritos del general. Se detuvo. Miaja estaba irreconocible porque había tropezado con unas tejas rotas y se había caído en el hoyo encharcado de una bomba. La silueta de sus gafas y su abultada tripa eran, sin embargo, inconfundibles. Cuando el jefe supremo vio huir a las despavoridas tropas que debían estar defendiendo, mil metros abajo, la vaguada del parque y el Instituto Rubio, tomó personalmente las riendas. Aquel general viejo, gordo, miope y fracasado, aquella piltrafa embarrada, se plantó en medio de la plaza dando voces, enarboló con una mano su arrugada gorra de plato como si fuese una bandera y, disparando su pistola al cielo con la otra, ordenó a los que retrocedían, con firmeza, que volviesen al combate. Miguel y otros le reconocieron. «¡Es Miaja!», chillaron. «¡Es Miaja!». Y su grito rebotó en otras gargantas y se extendió como la onda de una piedra en un estanque. «¡Es el general Miaja!», se decían los unos a los otros. «Ha venido al frente a luchar con nosotros», comentaban, admirados, en medio de la balacera.

Fue un chispazo. Los soldados se avergonzaron de haber decepcionado al general

del pueblo, como ya le llamaban cariñosamente. Y se pararon en seco. Miguel sintió que le ardían los ojos porque quería llorar, rabioso, y apenas se contenía. Se cuadró ante él junto a otros compañeros. «No somos cobardes, general», dijo. Y, girándose hacia los demás, volvió a gritar: «No somos gallinas, compañeros. ¡A por ellos!». Y echó a correr por donde venía, plaza abajo, hacia el parque, buscando a los regulares. Entonces, los jefes de aquellos grupos descompuestos ordenaron volver al combate y la oleada miliciana giró sobre sus pasos. Incluso los que ya se alejaban por Princesa y Fernando el Católico retornaron a la carrera cuando escucharon los ecos de aquel apellido mágico transformado en consigna de combate.

Ese día Miguel aprendió que no hay hombres valientes o cobardes. Supo que nadie es de una pieza. Se dijo que todos los seres humanos llevan dentro el valor y el miedo a partes iguales y que pueden ser héroes o villanos dependiendo de los acontecimientos. Pensó que los espíritus en vilo arrasan la razón y eliminan la cordura. Él mismo era la prueba. Había sido un gallina por la mañana y fue un corajudo por la tarde.

Entonces comprendió la importancia que tenía la experiencia, el control del estremecimiento de las tripas. Estaba claro que la diferencia entre un buen y un mal soldado solo era cuestión de costumbre, de no correr, de esperar a la muerte y saber sortearla de frente, como a un toro bravo. Porque los buenos jefes y las buenas ideas ayudaban, pero no podían suplir la sabiduría que otorgaban las malas experiencias. Por más que estuviera convencido de que hubiera dado la vida por Miaja, tan irracional había sido salir pitando del fregado como obedecer ciegamente al general. Pensando en cumplir con el deber y salvar el pellejo, todo al tiempo, lo mejor era pelarle el culo al ánimo y curtirlo contra la adversidad con disciplina, disciplina y más disciplina. Lo que decía Tagüena.

La mejor prueba de que los hombres no eran de acero, ni cuando lo parecían, refirió después Miguel, fue el pánico que atenazó a la columna de Durruti en su primera intervención, recién llegados de Barcelona. Su fama de valerosa, ganada a pecho limpio en el frente aragonés, se descompuso en los embarrados sumideros de las trincheras madrileñas.

El Remedios lo contó con detalle. El caso fue que Durruti había llegado a la ciudad dispuesto a darle un vuelco a la situación, con la intención propagandística de impedir que los comunistas se apuntaran en exclusiva el tanto de su defensa. Lo tenía difícil por el protagonismo heroico de los milicianos del Quinto Regimiento y, sobre todo, por la ayuda militar soviética, tan decisiva desde la llegada de los tanques rusos y la aparición de las brigadas internacionales orquestadas por el Komintern. Pero desde el mismo momento en que el ministro anarquista Juan García Oliver le informó de que habían llegado a Cartagena las piezas de varios aviones rusos, Durruti supo que debía acudir a defender Madrid cuanto antes para evitar que los comunistas dieran un paso de gigante en el duelo con los anarquistas por atraerse a las masas obreras del país. Lamentablemente para él, cuando el Gobierno catalán le permitió

trasladar a tres mil de sus soldados hasta la capital de la República fue demasiado tarde.

Desde el cinco de noviembre se habían escuchado rumores sobre unos pocos aviones diminutos que hostigaban en las afueras de Madrid a los Junkers y los Heinkels alemanes y a los Fiat italianos que acudían a bombardear cómodamente la ciudad. Pero nadie parecía saber de qué iba el baile. Se contaba que uno de sus pilotos se había confundido de camino, había sobrevolado la ciudad y el aparato había sido derribado en pleno paseo de la Castellana. El aparato se hizo trizas, dejó anotado el Remedios, y solo los expertos supieron después que era un Istrebitelnia Polikarpov de la escuadrilla de Pablo Palancar, un discreto y experimentado voluntario ruso que se llamaba, de verdad, Pavel Vasilievich Richagov.

—¡Menudos nombres! ¡Como para no españolizarlos! —comentó Alicia, admirada de que el Remedios los pronunciara de carrerilla.

Quienes tuvieron la fortuna de ver revolotear a esos pequeños aparatos los primeros días, entre Madrid y Leganés, siguió diciendo el anciano, los bautizaron con el nombre de chatos por su motor de estrella. Y con ese apodo se quedaron para siempre.

Durruti sabía de la influencia que iban a tener esos aparatos desde el primer momento porque había hablado por teléfono con un amigo suyo que consiguió una plaza en la nueva escuadrilla. Era Jesús García Herguido, el «Demoni Roig» del grupo Alas Rojas, un aviador famoso desde que intervino contra los sublevados de Barcelona el mismísimo dieciocho de julio. En un par de ocasiones, Durruti había sobrevolado el frente de Aragón en su Breguet y admiraba su sangre fría, el modo en que se reía del peligro. Confiaba en él.

El Demonio Rojo había acudido a defender Madrid y, rompiendo el secreto debido, por ser él quien era, le explicó a Durruti las excelencias de los nuevos cazas. Confesó su admiración por la menudencia de su estructura, su fuselaje de duraluminio, las alas de madera, el revestimiento de tela y, sobre todo, la disposición de dos ametralladoras que disparaban novecientos proyectiles por minuto desde los cilindros del motor, por detrás de las hélices perfectamente acomodadas a su cadencia. Los primeros vuelos le habían impresionado y hablaba de los chatos como lo haría un niño de sus zapatos nuevos de charol. Los madrileños aún desconocían su poder, pero Durruti comprendió que pronto los venerarían como auténticos ángeles de la guarda.

El líder anarquista lamentó haber tardado tanto en llegar. Pero no por presunción, porque nunca medía los acontecimientos históricos por sus vicisitudes personales, sino por la ventaja que le habían tomado sus escasamente estimados compañeros de viaje, los comunistas. Ahora, se dijo, los suyos tendrían que esforzarse el doble. Y de inmediato.

Las circunstancias le brindaron la ocasión nada más llegar a la capital. Cuando apenas si sus milicianos acababan de ocupar los desangelados cuarteles de la calle

Granada, después de un largo viaje en tres trenes y decenas de camiones, el compañero Durruti les ordenó que no se acostaran porque los franquistas habían ocupado un kilómetro de la ribera del Manzanares y se aprestaban a cruzar el río al día siguiente. Miaja le había pedido que acudiese a la Casa de Campo al amanecer y atacase el cerro de Garabitas, la posición más fortificada de los rebeldes. El líder anarquista le había pedido tiempo para recuperarse del viaje, pero el general no se lo dio. Le ofreció, para desayunar, el peor de los sapos que tenía en su menú. Las laderas resbaladizas y embarradas del cerro Morán, que antecedían al más alto de Garabitas, ya se habían convertido, los días anteriores, en el cementerio de varios batallones. Buenaventura chascó la lengua, pero no puso objeciones.

El viejo reparador de mil cosas le habló mucho a su Alicia del gran Durruti porque el personaje fascinaba a la joven, pero, sobre todo, porque el hombre que convirtió a Miguel en guerrillero fue su comisario de guerra, un oficial de la URSS que se hacía llamar Xanti. El líder anarquista aceptó que los comunistas se habían ganado a pulso la influencia que tenían y no puso reparos cuando pidió un consejero militar y le endosaron a un oficial soviético. Ya se lo imaginaba.

El asesor tenía algo más de treinta años y presumía de ser macedonio, lo que no era verdad. Y se notaba. El Remedios contó que ni Miguel ni los españoles que le conocieron en España, y mucho menos Durruti, supieron entonces que era un osetio de cepa inmaculada. Por eso no tenía la estampa estándar de un ruso a la sazón. Y por eso, como buen heredero de la estirpe alana, de tradición religiosa mahometana, Jadzhi-Umar Dzhiorovich Mámsurov despreciaba el aguardiente, la esencia de las lágrimas de Baco por la que muchos de sus comilitones se partían la crisma en los cafés.

El veterano miliciano antifranquista aseguró a la *doctorsita* que Durruti y Xanti se cayeron bien desde que se conocieron. El desconfiado líder anarquista le recibió sin excesivo recelo porque le habían informado de que pertenecía a la inteligencia militar rusa. El espionaje de la FAI madrileña, siempre eficaz, aclaró que trabajaba para el consejero jefe de la URSS en España, el duro Ian Antonovich Berzin, a quien se conocía en Madrid como el general Grishin o «el Viejo», dependiendo de la proximidad personal. Xanti no era uno de esos espías políticos del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, el famoso NKVD que la Internacional Comunista puso al servicio de Stalin. Esos agentes le repugnaban porque atacaban más a los revolucionarios de izquierda que a los nazis y vigilaban más a los suyos que a los enemigos. Xanti, en cambio, era un espía de carrera del ejército, pertenecía a la GRU. Y a sus ojos era un soldado, no un policía.

El consejero demostró sus dotes militares el mismo día que Durruti, adelantándose a sus hombres, llegó a Madrid. Miguel contó al Remedios que se conocieron en el palacio de los duques de Sotomayor, donde el anarquista leonés asentó su cuartel general porque le dijeron que estaba muy bien situado, en la céntrica calle de Miguel Ángel. Cuando el osetio entró en el edificio, se encontró con un

grupo de milicianos que pretendía desmontar a martillazos una ametralladora Maxim. La habían colocado sobre una gran mesa redonda que ocupaba el centro del salón recibidor y solo habían conseguido astillar la culata y agrietar el grueso mármol grisáceo. El consejero les pidió amablemente que se detuviesen y le dejaran hacer. La pericia con la que fue desarmando la Maxim admiró a los milicianos que se agruparon para verle maniobrar.

Cuando Xanti levantó la vista vio a Durruti mezclado entre los demás. Debió de reconocerle porque Berzin le había enseñado varias fotos realizadas por Mijaíl Koltsov, el corresponsal del diario *Pravda*, buen amigo suyo. De Koltsov se decía, con más que fundamento, que mandaba mucho porque tenía trato directo con Stalin. Y, al parecer, fue el propio Stalin quien le encargó que hiciera un retrato profundo del líder anarquista. El habilidoso periodista había entrevistado al combatiente incansable en el frente de Aragón y aprovechó para sacarle un paquete de instantáneas que entregó a la inteligencia militar de su país. Las hizo de frente, de perfil, en escorzo, a cuerpo entero, y las tomó con tanto detalle que podían apreciarse las rugosidades del rostro sin confundirlas, como hacía todo el mundo, con picaduras cicatrizadas de viruela.

Xanti le indicó más tarde a Miguel que ninguno de aquellos retratos insinuaba, ni por aproximación, la sonrisa amable, de chavalote, que mostró Durruti cuando le dio la bienvenida. Le apartó del grupo, le ofreció un pañuelo para que se limpiase las manos de la grasa de la ametralladora y preguntó, con segundas, si era quien suponía. Pero antes de que respondiese, girándose con rapidez, señaló a la joven que le acompañaba, miró de arriba abajo su apretado abrigo de cuero negro y, con un tono leonés inconfundible, acentuando la letra griega, añadió: «¿Y la señorita?».

La señorita era una compañera de Aída. Se llamaba Paulina Abramson, le apodaban Lina y ejercía como traductora de Mámsurov. Berzin se la había asignado como intérprete porque el osetio la reclamó después de conocerla en el *hall* del hotel Palace, donde se hospedaban los espías y los militares soviéticos de alta graduación. Al parecer, se enamoró de ella a primera vista. Como en las novelas románticas de a peseta.

Desmintiendo su fama de fiera, el pistolero leonés se mostró amable con la pareja desde el primer momento. Incluso gastó algunas bromas, algo que nadie esperaba de su personalidad. Al oficial soviético le dijo que, como era comunista, para que cumpliera bien su trabajo lo mejor sería que no se separasen ni un minuto. Incluso dormirían juntos. Y cuando Xanti le comentó, titubeante, que esperaba salir de vez en cuando, se echó a reír abiertamente y, convencido de que iría a informar a sus jefes, le dijo con ironía: «¡Faltaría más! Tendrá que cortejar a la señorita, ¿no es así?».

El osetio captó la insinuación y le aseguró que no era eso, que él no estaba allí para vigilarlo. Utilizaría el tiempo libre para dar clase a sus hombres, si fuera preciso, sobre el uso de las ametralladoras. Durruti, agarrándole los brazos con las manos, le replicó entre risotadas: «Pero, hombre, no sea usted burro, que el Comisariado se ha

inventado para eso, para vigilar».

Con Lina fue menos sutil, aunque no dejó de ser simpático. Tras comprobar la gran sensibilidad cultural de la muchacha, le espetó, con palabras serenas y ademanes firmes, que los anarquistas quemarían todos los museos cuando consumasen su revolución. Ella, alarmada, recurrió a Goya, pensando en la popularidad de sus cuadros sobre la guerra de la Independencia contra Napoleón. Le preguntó si le gustaba el pintor aragonés y Durruti, muy serio, respondió: «No, no me gusta; también irá a la hoguera». Luego, cuando comprobó que, más allá de su intención, la traductora se había llevado un buen disgusto, exclamó entre risas, campechano: «¡Vaya, la señorita ha perdido el sentido del humor!».

En aquellos días terribles no era difícil perder cualquier sentido. El propio Durruti se olvidó por completo del humor cuando vio cómo huían los suyos en el asalto a los cerros Morán y Garabitas. En aquella primera jornada de combate, Xanti acudió al hotel Palace, pasada la media noche, e informó al general Vladimir Gorev, el consejero de Miaja, de que los voluntarios anarquistas habían huido, espoleados por el pánico, tras el ataque de varias unidades marroquíes. Al líder anarquista, matizó el Remedios, le dolió la derrota como si un perro le hubiese devorado en vivo los riñones. Se lo confesó a Xanti en privado: «La guerra es una porquería. No solo derriba casas. También derriba los principios más elevados».

Allí, en Madrid, Durruti comprendió que era imposible cambiarlo todo a la vez, como pretendía, porque los principios y la vida nunca casan por completo. El Remedios afirmó que lo había comprobado amargamente. Su gente se desmoronó y él tuvo que rogarle a Miaja que los sacara de allí cuanto antes. Acostumbrados al ataque como estaban, dijo en su defensa, sus hombres sabían luchar en campo abierto, pero no tenían ni tripas ni paciencia para defender aquellas trincheras encharcadas y malolientes de La Moncloa y la Ciudad Universitaria.

En los primeros días madrileños, cuando cenaba en el hotel Gran Vía, lleno de altos mandos y corresponsales extranjeros, el líder anarquista comentaba entristecido que lo que les ocurría a sus hombres era inexplicable. Solo consiguió acercarse metafóricamente a la esencia del problema cuando en la madrugada del día que murió se encontró con Koltsov en las escaleras del Ministerio de la Guerra y el ruso le pidió que le acompañara hasta el frente. Durruti le dijo que no podía ir con él porque tenía que proteger de la lluvia a su columna. El panfletista le había preguntado, con ironía, si acaso sus hombres eran de azúcar. Y el buen Buenaventura, enfadado, pero no irascible, le había respondido que sí, que se disolvían en el agua como terrones y por eso solo quedaban uno de cada dos. «Se echan a perder en Madrid», había sentenciado. El tiempo elevó la suma. En una semana, desde el trece al diecinueve de noviembre, murieron en combate el sesenta por ciento de las tropas cenetistas.

Buenaventura fue la guinda, comentó el Remedios. El azar se burló de él. Una tarde fría la lluvia descansó unas horas y brilló el sol de otoño como si se riese de la tragedia colectiva que alumbraba. Ocurrió donde la calle Andrés Mellado

desembocaba en los descampados del parque Metropolitano, cuando acudió a remediar el desánimo de los suyos. Por la mañana, los nacionales habían tomado la planta baja del hospital Clínico y un grupo de anarquistas se habían quedado atrapados en los pisos superiores, aislados de sus compañeros del exterior. A Durruti le dijeron que las dos compañías de su columna situadas frente al hospital estaban echando a suertes cuál de ellas atacaba primero y ordenó por teléfono, indignado, que lo hicieran ambas a la vez. Fue demasiado tarde. No sirvió para nada.

Durruti ordenó a su chófer, Julio Graves, que preparase el Packard que le habían asignado y se sentó a su lado, en el asiento derecho delantero. Detrás se instalaron tres hombres de su absoluta confianza, entre los que se encontraba José Manzano Vivó, el regordete jefe de su Estado Mayor. Había mucha gente, incluso familiares de Durruti, comentó el Remedios, que aún aseguraban en la actualidad que el traidor fue Manzano porque era un exlegionario y lo consideraban agente del franquismo. Pero el anciano se fiaba más de lo que recogía el libro que había publicado un grandísimo periodista y mejor escritor alemán, el maestro Hans Magnus Eszenberger. Se titulaba *El corto verano de la anarquía*. Era muy bueno. Tenía que leerlo, ordenó a su interlocutora. Y sin excusa.

Los ocho cilindros en línea del motor hicieron vibrar el largo capó plateado del vehículo hasta que se detuvo cuando las balas rebotaron a su alrededor. El conductor gritó que el coche era un blanco muy fácil para los francotiradores enemigos y paró junto a las puertas de un pequeño hotel situado en el último chaflán de la calle Andrés Mellado, a unos ochocientos metros del hospital agujereado por los cañonazos.

El primero en bajarse para valorar la situación fue Graves. Durruti salió detrás, acelerado. Y la jodió. Le habían dicho mil veces que no llevara el fusil ametrallador, su naranjero, colocado con la culata en el suelo y el cañón hacia arriba. Los naranjeros, habían insistido sus ayudantes, se disparaban con mucha facilidad. Debía llevarlo en las rodillas, apuntando hacia el exterior del vehículo. Pero nunca hizo caso. Al abrir apresuradamente la puerta e inclinarse para salir del Packard, la correa se enganchó en el tirador y el fusil se le fue de las manos. Cayó sobre el estribo y disparó un solo tiro. Pero a diez centímetros del pecho del leonés. La bala abrió un boquete entre la sexta y la séptima costilla, le desgarró un pulmón y zigzagueó hasta salir por la espalda con indiferencia de verdugo. Sus hombres le introdujeron en el coche y partieron velozmente hacia el hotel Ritz, donde el Gobierno había instalado el hospital de las milicias catalanas. El luchador, herido de muerte, se mantuvo consciente mientras agonizaba y aguantó hasta que acabó con él una hemorragia interna a las seis de la mañana. En el desvarío mortal, sus últimas palabras fueron: «¡Demasiados comités!».

Xanti vio el cadáver y quedó convencido de que le habían matado por la espalda. Pero no fue así. Los máximos dirigentes de la Ceneté se juramentaron con los cuatro testigos del accidente para que no se contara la verdad. El gran héroe no podía haber muerto como consecuencia de su propia torpeza. Acordaron dar una versión heroica

de la muerte de aquel hombre que fue leyenda viva y empezaba a ser mito. Dijeron que solo consiguió derrumbarlo, en el frente, un disparo enemigo. Querían que Durruti ganase batallas después de muerto, como el Cid Campeador. Pero no eran tiempos propicios para los cantares de gesta. Y nadie los creyó. El remedio fue peor que la enfermedad porque los rumores generaron divisiones internas y gestaron una leyenda muy diferente, perversa. A Durruti, se corrió la voz, le había matado uno de los suyos.

Una burra y dos cabras destripadas

Cuando Franco renunció al ataque frontal contra Madrid el veintiocho de noviembre, los mandos españoles y los asesores soviéticos que defendían la capital pudieron reflexionar sin agobio sobre la mejor manera de seguir protegiendo la ciudad. El puntilloso Federico Espejo anotó que el aluvión de ideas generó nuevas incógnitas, pero solo una propuesta concreta los enfrentó abiertamente con el Gobierno de Valencia. Fue la de crear grupos guerrilleros estructurados orgánicamente que actuasen tras las líneas enemigas.

El general Miaja lo veía bien, aunque no acababa de entender la urgencia porque, como buen asturiano, era amigo del paso corto y el paseo largo. En cambio, el teniente coronel Rojo apremiaba al general porque consideraba imprescindible la ejecución inmediata de la medida, no solo para Madrid, sino para toda la España republicana. Y quien coincidía con él era, nada menos, que el jefe del Servicio de Información del Estado Mayor del Ministerio de Defensa, Manuel Estrada.

Los rusos, con Berzin desde Valencia y Mámsurov en Madrid, apoyaron abiertamente a Rojo porque los guerrilleros habían dado muy buen resultado en el conflicto civil que siguió a la revolución soviética. No fue suficiente. Aunque todos defendían una forma tan española de combatir que no había lengua en el mundo que no usara el castellano para definirla, los partidarios de la guerrilla tuvieron que librar una profunda batalla política contra algunos dirigentes militares de carrera y muchos miembros del Gobierno.

Largo Caballero no se oponía oficialmente, pero retrasaba su organización por muy diferentes razones. Según el Señor de las Chapuzas, como se consideraba el Remedios a sí mismo, no quería que las guerrillas se constituyesen oficialmente porque temía que se convirtieran en un cuerpo de ejército controlado por los comunistas. Al presidente ya le había costado bastante aceptar que las Brigadas Internacionales se organizaran como tales. Echándole mala leche, quiso que constituyeran la nueva Legión Extranjera. Incluso les envió a la base de Albacete los uniformes que habían quedado disponibles desde que el Tercio se sublevó con

Franco. Fue una provocación. Los voluntarios devolvieron las camisas caquis, las polainas de vendas y las teresianas con sus borlas rojas porque no querían vestir como los enemigos de la República. Les parecía un insulto que se les comparase con quienes consideraban unos mercenarios sin escrúpulos.

El presidente hubiera preferido que los internacionales estuviesen mejor controlados por los mandos españoles, aunque fuera al modo en que lo habían permitido los anarquistas con los tres mil extranjeros de la columna Sacco y Vanzetti que, además de ser discreta, no provocaba quebrantos de cabeza propagandísticos. Entonces no había podido controlar la situación porque las urgencias le obligaron a transigir, pero a finales de año, superada la ofensiva contra la capital, no entraba en sus planes destinar medios y personal a guerrillas que controlasen los hombres de Moscú.

Echándole arrestos, contra todo obstáculo, el voluntarioso e infatigable Rojo reclamó de Valencia que, cuando menos, le dejasen organizar pequeños grupos de guerrilleros que cruzasen el frente de la sierra madrileña, hostigasen al enemigo y, sobre todo, le informasen de los movimientos de tropas en un momento tan decisivo como aquel, cuando esperaban nuevos ataques directos e indirectos contra Madrid. Porque, hasta entonces, el improvisado servicio de información republicano, un monstruo de Frankenstein compuesto a trozos por militantes de distintos partidos que nadie sabía muy bien de dónde venían ni a quién obedecían, había advertido que Franco estaba concentrando tropas en el sur de Boadilla del Monte, entre Alcorcón y Brunete. Y la Junta de Defensa de Madrid no podía renunciar a ningún esfuerzo que le permitiera conseguir datos precisos.

La necesidad hizo virtud. Valencia rechazó crear un cuerpo de ejército específico, pero permitió que Rojo, asesorado entre otros por Mámsurov, organizase en Madrid grupos reducidos de partidas formadas con sargentos del Quinto Regimiento y algunos voluntarios de la Decimosegunda Brigada Internacional expertos en el uso de explosivos. Fueron adscritos a algunos batallones del ejército regular y al poco se les conoció familiarmente como «los niños de la noche» porque la mayoría eran jóvenes, actuaban en la oscuridad y desaparecían de los frentes cuando se desangraba el horizonte.

Esa pequeña conquista animó a Berzin a proponer al Gobierno que hiciera otra excepción en tierras extremeñas. El teniente coronel Ruiz Farrona, comandante de la Columna de Operaciones de Extremadura, había informado al jefe del Estado Mayor Central, el general Martínez Cabrera, de la huida a los montes de centenares de personas que habían escapado de la matanza de Badajoz y de los fusilamientos en otros pueblos de la provincia. Esos huidos constituyeron de manera espontánea, a partir de septiembre, dos guerrillas defensivas que funcionaban en las sierras de Monsalud, en el centro de la provincia, y en la de Alpotreque, a la que ellos, en su ignorancia, llamaban del Potrenque, situada justo allí donde Badajoz se juntaba con Cáceres por el oeste, sobre la raya de Portugal. El consejero soviético explicó que

esos huidos habían quedado atrapados y convenía liberarlos con una actuación guerrillera que los llevase a la zona republicana.

El propio Largo Caballero consideró oportuno dar ayuda a los refugiados de las sierras extremeñas cuando leyó los informes que le llegaron sobre el incremento de sus penalidades. En la sierra de Monsalud, cubierta por una densa mancha de alcornoques que apenas sobresalían entre las cuestas de piedras, zarzas y matorrales, se refugiaron los restos de varias columnas humanas formadas por millares de campesinos que, con sus familias, intentaron cruzar sin éxito las líneas franquistas. La mayoría fueron capturados. Solo escaparon unos cientos de personas que consiguieron resguardarse gracias a la protección de un grupo armado que lideraba Aquilino Bocho, «el Torero», un jornalero de Almendral de quien sus conocidos afirmaban que tenía los testículos más grandes que los de su caballo y una inteligencia natural tan aguda que, disfrazada involuntariamente bajo su boina calada hasta las cejas, nadie podría imaginar.

Los huidos que se refugiaron en el castillo de Azagala, erizado en medio de las sierras de Santiago y Alpotreque, eran hombres de izquierda que escaparon de sus pueblos y grupos aislados de milicianos y soldados que llegaron desde todos los rincones de la región confiando en huir a Portugal. El día que se encontraron Hermenegildo Bautista, «el Morao», un militante de las Juventudes Unificadas Socialistas de Alburquerque, y Francisco Correa, «el Teto», un líder del sindicato de la tierra de Ugeté de San Vicente de Alcántara, solo eran un puñado y medio de hombres. Pero cuando toparon con Mariano Flores, el alcalde de Talavera la Real, que trajo un montón de campesinos armados, constituyeron un auténtico grupo militar.

Flores iba entrado en años y lo reflejaban bien las canas como escarpas de los agujeros de la nariz. Pero, a diferencia de los otros, se había curtido en la lucha desde que sufrió el mordisco de la cárcel por participar en las huelgas del diecisiete. Luego, en el treinta y cuatro, le llevaron al penal de Burgos y allí le costraron el ánimo a palos hasta que la República le devolvió el aire fresco.

Sabiendo que estaba abandonado, el Teto, el Morao y Flores ocuparon el castillo sin alboroto. Su dueño, contó morbosamente Remedios, era un aristócrata indefinido que había roto con Dios y su familia tras cambiar a su esposa por una estupenda mujer de la vida. Una dama, precisó granuja, que le había relamido el seso, el sexo y hasta la cartera de piel de cocodrilo. El prócer y su amante se habían retirado a vivir allí su apasionada experiencia, apartados de la civilización, pero estalló la guerra y el patricio salió espitado nadie sabía muy bien si al Badajoz franquista o, asustado por la ferocidad vengativa de los curas, a un Portugal donde se desconociese su fama de hombre atrevido en el descreimiento y el amor. Aquel duque, marqués, o lo que fuese, dejó perfectamente habitables las estancias e incluso había restos de cebada y centeno en unos pequeños silos situados junto a las cocinas, cerca de los almacenes repletos de leña.

Fue el Teto quien le pegó un cartuchazo al cerrojo que protegía las cadenas de la enorme verja de hierro enclavada en la puerta de herradura de la cerca del castillo. Luego se sacudió los bombachos, ladeó la gorra, se giró para mirar a los veintiún hombres y mujeres que se mezclaban a su espalda con las vacas, las mulas y los cerdos, y, levantando el puño hasta donde le daba el brazo, anunció formalmente, a gritos, que el palacio quedaba confiscado en nombre de la República. Acto seguido, derribando puertas y escalando muros, subió hasta la torre del homenaje y ató al pararrayos, en lo más alto, una pequeña bandera tricolor.

No hizo falta organizar el reparto de los cuartos o los salones, de las estancias, la capilla o las cocinas porque sobraba espacio. Cada cual se colocó en el sitio que le pareció más placentero y no hubo discusiones. Eso, claro, fue al principio. Porque más tarde, cuando empezaron a sumarse todos los perseguidos que se enteraban de la existencia del refugio, llegaron las complicaciones. Más de dos y de tres se atizaron estacazos durante las reparticiones. Y Flores, encargado de las adjudicaciones, se las vio y deseó para imponer el peso de sus años y hacer que las cosas se arreglasen como mandaba el buen entendimiento.

Afortunadamente, unas semanas después apareció el sargento Morales y su autoridad resultó providencial. Venía rebotado de la frontera donde los guardiñas portugueses estuvieron a punto de capturarlo y se enteró de la existencia del castillo por un pastor de cabras. Su condición de militar de oficio y sus dotes de mando fueron asumidas por todos y en octubre ya era el jefe indiscutido de los sesenta guerrilleros ocasionales que habitaban aquel castillo construido hacía siglos sobre la cresta granítica del enorme risco que se despeñaba sobre el río Zapatón.

Aquel hombre de baja estatura, aparentemente entrado en kilos y de maneras tan afables que podía confundírsele con un cura rural, fue quien, sin embargo, les metió en el cuerpo la disciplina necesaria. Nada más recibir los galones invisibles, abusó de la dureza pedernalina de su carácter. Dijo que lo hacía por su bien, pero su querencia les infundió más miedo que la peste bubónica. Les explicó, bramando, que si no se ponían en forma y no le obedecían, se quedarían atrás en las salidas a campo descubierto y caerían en manos de los falangistas. Solo tenían que recordar las mil historias que se contaban sobre las atrocidades que sufrieron quienes fueron atrapados. Y podían escoger.

Morales, que nunca desveló su nombre de pila porque le gustaba que le llamaran sargento, a secas, constituyó tres grupos operativos que dirigían el Teto, el Morao y Mariano Flores. Y espabilaron de tal modo que pronto se atrevieron a golpear a los franquistas donde más les dolía. Hicieron un poco de todo. Arrancaron postes de teléfonos, dinamitaron pequeños puentes estratégicos e incluso acosaron a los caciques locales que se atrevían a salir de los pueblos para visitar sus cortijos. Su ingenio fue tal que asustaron hasta a la Guardia Civil fabricando bombas caseras. Prensaban pólvora dentro de latas vacías de conservas, la mezclaban con clavos y herraduras, y se las arrojaban a las parejas que patrullaban a caballo.

A mediados de octubre, utilizaron tal cantidad de explosivos en el rechazo de un ataque facineroso que sus enemigos creyeron que habían conseguido cañones de campaña. Aprovechando esa fama, una noche se fueron hasta Alburquerque y San Vicente de Alcántara y arrojaron unas cuantas granadas artesanales. Utilizando con habilidad el corre, ve y dile acabaron convenciendo a la superioridad franquista de que los cañones eran de mayor alcance que el imaginado. Y hasta Queipo de Llano habló amenazante, desde Radio Sevilla, sobre los peligrosos cañones del castillo de Azagala que él llamó, en su ignorancia, de la Zagala.

La guerrilla espontánea fue creciendo sin medida y en noviembre contaba con ciento cuarenta miembros. Obligados por la necesidad, para acrecentar sus provisiones, sus miembros incrementaron los golpes contra las fincas de los hacendados. Y la actividad guerrillera acabó alarmando tan sobremanera a los gerifaltes de la comarca que terminaron por pedir ayuda a las autoridades de Cáceres.

A primeros de diciembre, una columna formada por guardias civiles, falangistas y requetés, en número que superaba los seiscientos, atacó el castillo por los tres costados accesibles. Llegaron por las minas de La Ahumada y después de una jornada completa de combate, tras dos ataques infructuosos, volvieron chamuscados al punto de partida. Bien organizados por el sargento Morales, que defendió la fortaleza con cincuenta hombres, otros cuatro grupos quedaron distribuidos entre el bosque intrincado de matas y chaparros que rodeaban las torrenteras por donde se veían obligados a subir los nacionales. Y desde allí acabaron, a tiros y bombazos, con buena parte de la tropa verdiañil.

Fue lo malo, concluyó el Remedios. Una victoria así solo podía conllevar las peores consecuencias. Los latifundistas echaron mano de la más demoledora de sus armas, el dinero. El jefe de la represión era, en Alburquerque, el sargento de la guardia civil Agustín Ramos, al que propios y adversarios llamaban el Lobo, sin segundas. Había fusilado, torturado y robado hasta lo imposible de archivar en la memoria colectiva. Tenía una mente tan retorcida que, en vistas de que Franco no quería destinar sus Savoias a una tarea menor, visitó en Portalegre a unos mercenarios portugueses y les pidió que contrataran una escuadrilla de aviones privados para que bombardeasen el castillo desde el aire. Luego, reunió a los adinerados de la comarca en el casino y les pidió dinero. Sin tener que presionarlos ni una mica, consiguió que desembolsaran los veinte mil duros necesarios para llevar a cabo la operación.

El Remedios fue escatológico. La respuesta, dijo, se organizó a la velocidad de quien sufre diarrea y busca con el culo apretado la cuadra más cercana. Como era de esperar, los refugiados se enteraron de sus planes y tuvieron listo el éxodo en menos de dos jornadas. Incluso pudieron instalar una trampa de ajedrez que ideó el Morao para la traca final. Salieron del castillo en procesión. Por la noche. La columna la encabezaban cinco jinetes armados hasta el gorro cuartelero. Detrás, por el camino de carretas, desfilaban una piara numerosa, un hato surtido de ganado, el rebaño de cabras y la tropa vaquera que cuidaba de las bestias y contenía la reata de caballos. A

continuación, conducidos por las mujeres, marcharon los traqueteantes carros que habían cargado con quintales de trigo, sacos de tocino salado y artesas con los productos de la matanza, sobre todo patateras. Hasta llevaron en carretillas varios pucheros hirvientes de chanfaina que pensaban tomarse, tibios, cuando llegase el alba. Dispuestos a defenderla con sus vísceras, un puñado de hombres con fusiles y bombas de mano cerraban la caravana con la gusa destemplada por el aroma de los guisos.

El cortejo recorrió con lentitud y eficacia el par de kilómetros que lo separaba de la densa dehesa baja del monte Prior, cercana a la fuente del Fraile. Y se ocultó allí sin dificultades poco antes de que amaneciese.

La alborada trajo, de poniente, a contra sol, una docena de aparatos voladores. Desde su atalaya cercana, los huidos observaron que la mayor parte eran avionetas turísticas británicas y el resto, las menos, triplazas polacos de tren fijo. La escuadrilla la encabezaban dos trimotores Savoia de la aviación militar portuguesa cuyos pilotos salazaristas se apuntaron de gratis a la matanza, como voluntarios. Los pilotos arrojaron sus bombas mercenarias, incluso con las manos, apuntando a troncos pelados que el sargento Morales había colocado en las murallas como si fueran los famosos falsos cañones y a los muñecos de trapo rellenos de paja que formaban un aparente grupo defensivo perfectamente visible desde el cielo. Incluso ametrallaron a las acémilas viejas que los guerrilleros habían atado a las piedras por los ronzales para que pareciese que estaban pastando en la explanada. Los agresores bombardearon el campamento con acierto, pero sin estropicio. Solo deshicieron las tejas y los cristales de algunos edificios que siguieron firmes porque estaban anclados en el empedrado de las calles y se fundían con los canchales de granito.

El estruendo de los motores y los estampidos de las explosiones rebotaron en la sierra del Centinela y su eco aterrorizó a los vecinos de Albuquerque que no habían sido avisados de la calamidad. Pero los más, sabedores de lo que se avecinaba, se rieron para adentro. Cuando el Lobo y los suyos hicieron el inventario de las bajas enemigas solo encontraron una burra y dos cabras destripadas.

Aunque la chanza hizo estragos en la moral de los nacionales, el piloto de alarma se encendió sin intermitencias. Y el gobierno republicano, temiendo las represalias, tomó la decisión de sacar de allí al centenar y pico de guerrilleros y a los familiares que seguían con ellos. Fue entonces cuando Berzin pidió a Rojo que organizara un equipo reducido y eficaz de soldados expertos en la materia y el teniente coronel, a su vez, le encargó a Xanti que hiciera la selección.

Ahí fue donde un cruce de circunstancias llevó al osetio a contactar con el joven torrealbeño. Aída le había contado a su amiga Lina las cualidades del Marqués, como ya era conocido por todos. Y Lina, sin decirle nada a su amiga sobre lo que se estaba tramando, informó a Jadzhi de su existencia. Era un joven traductor de gran cultura y origen aristocrático, explicó. Y conocía las cuatro grandes lenguas europeas. Pero eso fue lo de menos. Lo de más era que, gracias a las excursiones que había hecho un año

atrás, guardaba en un baúl los mejores mapas de Extremadura, los pasadizos más singulares por los parajes más remotos de la región, apuntes a mano de las comarcas, sus plantas, el alimento natural, las cuevas y refugios naturales, los chozos abandonados habitables e incluso referencias precisas de sus gentes. Era el hombre perfecto para incorporarlo al comando como guía, concluyó Paulina.

Mámsurov dudaba de la juventud de Miguel y temía su inexperiencia militar. Pero un amigo suyo le ayudó a inclinar definitivamente la balanza en favor del muchacho. Igor Tilkin, que en verdad se llamaba Petr Tsilevich, formaba parte del grupo de espías rasos de Berzin, letón como él. Se hizo amigo de Miguel en el aeropuerto de Getafe, cuando se hacía pasar por un asesor de vuelo de Ignacio Hidalgo de Cisneros, a quien decía conocer desde antes de que Indalecio Prieto, en septiembre, le convirtiese en jefe de la Fuerza Aérea Republicana.

El Remedios dijo que Tilkin, como era muy joven, o lo parecía, hizo buenas migas con el extremeño y con el Recogío. Los tres tomaban copas por los hoteles de la Gran Vía y hasta conoció a Leonor y la piroleaba sin reserva. «Porque es tuya, ¡que si no...!», le decía a Miguel en un castellano perfecto, sin acentos. Y el espía le hacía confidencias e incluso acudía al muchacho para pedirle consejo en asuntos de mujeres. «Como si el pichón supiera algo», ironizó el viejo garzón.

El Cambio nunca supo qué hacía Igor Tilkin en el ejército como asesor gubernamental. O de lo que fuese. Le bastó saber que le debía la carrera de guerrillero y que, cuando le ascendían, siempre andaba su presencia de por medio. Nunca se explicó por qué su amistad llegó a ser tan profunda viéndose tan poco. Y de hecho, cuando consiguió que Mámsurov lo citase en el Palace, inesperadamente, dejó de verlo durante mucho tiempo. Más tarde supo que Xanti le eligió para las guerrillas por los elogios de Paulina y la influencia de Tilkin. Pero siempre ignoró los argumentos que ambos esgrimieron en su favor. Salvo uno. Ambos encomiaron su perfecto conocimiento del terreno.

El Remedios profundizó en el asunto. Aprovechando que don Alejandro hizo un viaje para enseñarle Europa a su amante, Miguel se compinchó con su capataz, el Piteras, y realizó excursiones sin que su padre se enterase. El chaval quería distraerse, huir de Torrealba, recordó el Remedios, porque había roto con Libertad. Pero no deseaba irse tan lejos que la distancia le impidiese ver a la muchacha de vez en cuando. Aunque fuera de lejos. Sin poder decirle ni hola.

Había pasado año y medio desde que dejaron de hablarse, pero Miguel no había conseguido quitársela de la cabeza. Era su Dulcinea, el amor inalcanzable. Aunque a veces, cuando le arreciaba el ansia de las bragaduras, perdía la devoción y la convertía en Melibea. Entonces le pedía mentalmente perdón y enseguida mediaba la melancolía. Y en esas ocasiones la transformaba en la dulce Inesita de Santorcaz a la que tanto adoraba Gabriel Araceli en los *Episodios nacionales* de Galdós. Y ese era el retrato final con el que se quedaba.

Sus viajes fueron agradables, explicó el Remedios, porque las familias

acomodadas le permitían atravesar sus dehesas particulares e incluso le prestaban guías que conocían bien la fauna y la flora de los parajes que deseaba visitar. Supo de pasadizos y trochas entre cerros y peñascos por donde se cruzaba de un pueblo a otro sin seguir los caminos oficiales. Descubrió rincones que habitaron los duendes de las fuentes. Durmió en escondrijos de contrabandistas. Cruzó ríos profundos por donde se sosegaba su corriente y se almacenaban arenas de paso. Y así, tomando notas y aguzando la memoria, fue satisfaciendo el ansia de saber que tenía, tan enciclopédica como su soledad.

Había recorrido la sierra de Guadalupe y se había hospedado en su vetusto monasterio. Bajó después por La Serena hasta Azuaga y las minas de Almadén. Allí descubrió que el mercurio servía para azogar el cristal y hacer esos espejos en los que ya no le gustaba mirarse. Regresó a Torrealba por la Tierra de Barros, Mérida y Montánchez, deteniéndose en Almoharín para probar los mejores higos del mundo. Un par de veces se acercó a Badajoz, que le pareció una gran ciudad, pero desagradable por la telaraña de postes y cables de la luz que pendían anárquicamente sobre las calles y las aceras. En cambio, le encantó el salpullido de plazas bulliciosas, el trino de los pájaros cuando atardecía sobre las frondas y la amabilidad de sus paisanos.

Volvió a Torrealba de paso. Enseguida marchó hacia la sierra de San Pedro desde donde, por entre encinas y alcornoques, llegó hasta Alburquerque y Valencia de Alcántara para ver sus monumentos romanos y disfrutar de su enorme variedad de dólmenes. Después, en el que fue su viaje más largo, marchó a Coria desde la Campiña. La capital vetona de la antigua Lusitania, donde las yeguas se embarazaban con la caricia de los vientos, le subyugó. Siguió hacia la sierra de Gata, tan frondosa y tan triste, siempre habitada por las inquietantes desaojaderas. Luego continuó hasta Las Hurdes, famosas por su pobreza. Y paró en Plasencia, donde algunos sabios atrevidos, como el sin par Mateo Alemán, murieron aprendiendo a volar. Recorrió sus valles, en tiempo de cerezos floridos, por esos parajes donde los hombres, aunque no fumasen, llevaban mechero de yesca para espantar a los lobos. Y acabó en Tornavacas, el pueblo de la mujer que había parido un lagarto y andaba tan fresca por las calles.

Cuando retornó, disfrutó de las mejores cerezas del universo en el viejo molino de Navaconcejo, peregrinó hacia el monasterio de Yuste, cruzando a mula la sierra de Tormantos, y bajó por el campo arañuelo hasta Navalnoral de la Mata. Desde allí continuó la marcha en burro hacia donde las águilas cazadoras ven cómo la sierra de Altamira se deshace en las Jaras de Ciudad Real. Y, por fin, volvió a Montánchez.

Había escudriñado toda Extremadura, excepto las comarcas de Olivenza y Jerez de los Caballeros, que, por lo que él sabía, elucubró el Remedios, le quedaron pendientes de por vida. Anduvo yendo y viniendo a Torrealba cada cuatro o cinco semanas. Siempre acompañado, Alicia, por un criado que seleccionó Sandalio Torres y por él. Nunca dejó de estar protegido por los aristócratas y terratenientes de cada

zona, quienes se esforzaban por agradarle y estiraban su prodigalidad pensando siempre en el poderío de su padre.

Esas excursiones le permitieron acopiar multitud de planos sobre el paso secreto de los ríos, los atajos, las fuentes, las barrancas ignotas y las cuevas ocultas, sobre los refugios naturales que los capataces y los pastores le fueron revelando. Incluso elaboró sus propios mapas para fijar lugares que nunca habían sido cartografiados. Al principio, despreocupado, había hecho dibujos y tomado notas solo para distraerse. Pero luego cuidó con detalle esa labor porque, sin percatarse, se había ido enamorando de su tierra y soñó que, en el futuro, volvería a recorrerla en compañía de su recuperada Libertad.

El sudor de la dinamita

Quedaron en el *hall* del hotel Palace y pasaron a acomodarse en el rincón del pequeño bar donde Lorca se bebía sus monedillas de plata. Jadzhi Mámsurov, a quien Lina presentó como Xanti, envidió su aspecto juvenil. Le pareció sincero de miras, ilusionado e ilusionante. Y pronto le deslumbró, además, la fe que tenía en la causa republicana desde el mayor de los infantilismos unitarios. Su franqueza le inquietó porque le recordaba su propio pasado. También él había sido así, tan noble, tan dispuesto al sacrificio, tan libre de todo desengaño. Pero había algo más. Le conturbaba la evidente admiración que el chico sentía por él. Seguro, se dijo, que estaba pensando: «¡Oh!, es un camarada soviético de rango, un oficial ruso, uno de esos luchadores bragados que ayudan a España en la pugna por la libertad del mundo». Y se avergonzaba solo de pensarlo.

Pero era así. O muy parecido. Porque Miguel admiraba, fascinado como media España, a esos hombres de cuero negro, de disciplina espartana, que constituían la avanzadilla revolucionaria soviética. En el mundo progresista, ellos eran los héroes de moda. Envidiables.

Así que no hubo nada que discutir. Lo que quisiera. A sus órdenes. Por la revolución. Por la República democrática. Por el género humano. Incluso por el mero placer de estar allí con él.

Aunque el caucásico no era dado a las conversaciones, por discreción natural y tanto oficio, la simpatía y un par de gaseosas le soltaron los gases del afecto y a poco anduvo de acabar dicharachero de no haber mediado su férrea disciplina interior. Sin desvelar sus raíces, le contó su amor por la equitación cuando descubrió que el muchacho aparentaba ser un jinete experimentado. Pero no hablaba de gratis. En medio de cada detalle descriptivo, como quien no quería la cosa, introducía un consejo sobre cómo utilizar una mula con cargas explosivas en una huida apresurada. O hablaba de sus gustos por la natación y aprovechaba la referencia a una buena brazada para indicarle la mejor manera de vadear un río por la noche. Poco a poco, le salió el maestrillo que llevaba dentro y disfrutó de sus lecciones aderezándolas con

recuerdos propios y regándolas con el mosto de sus sueños. Lo hizo con tanta pasión que a veces tomaba la mano de Lina sin querer y la apretaba sin recato, olvidado del rigor y las jerarquías, del ambiente severo en el que estaban, dejando salir al hombre sencillo, aunque pulido, que bullía en su interior. Incluso, por momentos, se transformó en aquel muchacho que fue tiempo atrás, el mismo que creyó profundamente en esa revolución que ahora, sin embargo, se veía obligado a relegar al rincón más recóndito de su personalidad cicatrizada. Fue tan sincero, sin contar detalles, que se emocionó cuando le dijo: «Tú no te estropearás, Miguel; miras de frente, como Buenaventura».

Se dieron un apretón de manos tan sentido que Jadzhi le hizo daño a Miguel. Lina le reconfortó con dos besos dulces en las mejillas, tan tiernos que el osetio se enceló. Él no se dio cuenta porque se estaba ahogando en el pozo verde de los ojos de la muchacha y hubiera podido perderse en su infinito, totalmente embriagado, si ella no le hubiese alborotado el pelo con las manos para despedirse rompiendo la severidad de comportamientos del entorno, la frigidez de los gestos, el distanciamiento de las miradas de los militares soviéticos y de las damas chic que boqueaban, como pececitos, su hipocresía de gente respetable.

Aunque, al par que su admiración, sostenía serias dudas sobre la forma de ser y actuar de los comunistas, Miguel decidió militar en el Pecé sin que nadie se lo pidiera. Hacía tiempo que consideraba el asunto porque, como casi todos sus compañeros de combate, estimaba que la ayuda soviética y el esfuerzo del partido por crear un auténtico ejército popular, disciplinado, constituían la mayor esperanza del triunfo republicano. Se convenció, además, de que era algo que le debía a Xanti. Por su confianza. Y lo cierto fue que le dio una alegría de verdad cuando se lo comunicó al día siguiente, justo antes de marchar.

Tenía que incorporarse a un campamento improvisado en el pueblo toledano de Las Herencias, al sur de la Talavera ocupada por el enemigo. Las aguas del Tajo delineaban el frente y el acuartelamiento estaba situado en la otra orilla, una docena de kilómetros al sur. Allí, en menos de dos días, dijo Mámsurov, le darían cuatro lecciones sobre el uso de explosivos antes de que se encontrase con sus nuevos compañeros de combate en un lugar indefinido de la sierra de Montánchez. Sus nuevos compañeros, explicó, eran dos dinamiteros experimentados que habían sido elegidos entre decenas de voluntarios de las Brigadas Internacionales y otros dos guerrilleros extremeños, uno que fue contrabandista y conocía perfectamente las comarcas que lindaban con Portugal y otro que se había ganado la vida como arriero, trajinando bestias de carga por las sierras cacereñas.

Salió al día siguiente, sumergiéndose en la neblina llorona de un desolado amanecer. No despertó a Leonor y no le dejaron ni despedirse del Recogío. Un hombre de aspecto severo, ensimismado, le recogió al volante de un potente Cadillac 452 de color negro y le llevó a su destino. No se detuvo ni para mear. Y no cruzó más palabras que las de los buenos días y el adiós, camarada, hasta más ver.

Las Herencias era una aldea con poco más de una treintena de casas castellanas, con doble planta y amplias chimeneas. Tenía una iglesia repintada que guardaba la solidez de su fábrica del siglo quince, un antiguo convento cisterciense en las afueras y una leyenda que compartía con varios cientos de pueblos sureños sobre las hormigas voladoras que llegaron del otro lado del Tajo y destruyeron el poblado anterior. La bonhomía de sus pocos habitantes, famosos por su hospitalidad, explicaba su limpieza, el perfecto encalado de las paredes, la armonía entre los árboles y el empedrado que se deshacía sobre las orillas desnudas y arenosas del Tajo. Vivían de las huertas y el tabaco. Y los secaderos de ladrillo desnudo, salpicados de agujeros, imponían su presencia en aquellos campos húmedos y estrechos que los oteros arcillosos aplastaban contra las aguas sosegadas del río.

Cuando el Cadillac le dejó en medio de la plaza del pueblo, lloviznaba suavemente. Al echar el petate sobre el hombro, un viento helado se le coló por los pliegues del tres cuartos de cuero negro que le había regalado Jadzhi la noche anterior. La pelleja se le endureció. Mientras dudaba a dónde dirigirse, agradeció el abrigo, heredado de un tanquista ruso que había muerto en combate.

La gente se había refugiado en sus casas y preparaba la cena porque empezaba a oscurecer. Le estremeció la sensación de desamparo. Por fortuna, un anciano surgió de una esquina y asomó a la explanada. Aunque se paró en el rincón de la plaza, mirándole como si contemplase el fantasma de alguno de los beligerantes celtíberos que anduvieron por allí dos mil años atrás, le reconfortó su presencia. Se acercó sin que el abuelo hiciese el menor movimiento. Solo cuando le dio las buenas noches y le preguntó dónde estaba el campamento militar, se quitó la gorra y, agitando el brazo, le indicó que hacia allí, por donde los Castillos, siguiendo el camino de la orilla.

Salió del casco urbano y, marchando bajo la luz de media luna neblinosa, siguió el norte de un leve resplandor hasta que, requebrando una cuesta, contempló dos barracones oscuros y una casita con las ventanas iluminadas. El destello de sus chimeneas y la luz de las bombillas alumbraban débilmente unos farallones calcáreos que se tragaba el río. Oyó que le daban el alto y le pedían la contraseña. Se la sabía. Dijo en voz alta: «Me cago en la mula torda». Y el otro se la pasó por el forro:

—¡Toma! ¡Y yo!

Era un soldado alto y rubicundo, cubierto por un grueso capote y un gorro de cuero calado hasta las pestañas con las orejeras abotonadas bajo la barbilla. Le llevó hasta la entrada de la casa y al llamar a la puerta se despertaron los gorriones del emparrado que la rodeaba, pero no huyeron. Le dio la bienvenida un mando sin graduación reconocible que vestía un grueso jersey gris de cuello alto y unos pantalones caquis de fabricación indefinida. Era un hombre fornido, de estatura mediana y una treintena de años tan gastados que le habían dejado cara de mala chinche y una mirada tan agresiva que atemorizaba al más bragado. Estaba sorprendido porque nadie le había informado de su llegada. Miguel le entregó la orden escrita de la Junta de Defensa de Madrid y le aclaró: «Tengo que presentarme

ante el consejero Nicolay Pastujov». El suboficial, o lo que fuese, pareció alarmarse. «Aquí no hay ningún Pastujov», gritó casi. Y, tomándole del brazo, le sacó de la amplia cocina que hacía de recibidor y lo alejó de un grupo de hombres que estaban sentados en los escaños que rodeaban la hoguera de la chimenea. Lo llevó a su habitación, le miró fieramente a los ojos y le preguntó quién le había dicho nada de ese tal Pastujov. Cuando Miguel explicó que había sido Xanti, el grado de su asombro le traicionó. Arqueó las cejas, abrió la boca y puso tal cara de bobo que el muchacho dudó seriamente de que pudiera ser jefe de nada. Al fin, se rio y empezó a repetir para sí, pero en voz alta, palabras de un idioma extranjero que no reconoció.

El entuerto se aclaró enseguida porque el hombre, en un castellano granuloso, lleno de acentos indescifrables, se identificó como el sargento López y le dijo que era la primera vez que descubría un fallo del osetio. Comprendiendo que el error ya no tenía remedio, le explicó que Pastujov era conocido allí como Nicolás y le rogó que no volviera a llamarle por su nombre. Después, con amabilidad, le invitó a cenar en compañía del resto de los hombres, casi todos extranjeros de diferentes países que hablaban un pésimo español. Le comunicó que dormiría con ellos y que ambos se encontrarían con Nicolás al día siguiente.

Los altos mandos comían y dormían en un convento de las afueras del pueblo que se llamaba de la Pompajuela, pero era conocido popularmente como La Granja. Desde la desamortización de Mendizábal se había convertido en una finca particular y, con el tiempo, los dueños habían añadido varios pabellones de trabajo al complejo histórico de edificios construidos en el siglo dieciocho. El convento fue diseñado para la defensa y el recogimiento y por eso se fabricó al modo moruno, con gruesos y altos muros de mampostería que constituían el respaldo de la capilla y daban paso a los aposentos señoriales. Las ventanas se abrían al patio interior, fresco y frondoso, donde las palmeras ancianas y los nutridos rosales daban cobijo a los mirlos. Desde fuera solo podían verse el campanario blanco, con su bronce en medio, y un portalón enorme de madera que marcaba la frontera de lo bendecido.

Pastujov recibió a Miguel en un despacho abovedado, de baldosas frías y muebles de nogal desbarnizados. El eco dio solemnidad a la presentación. El ruso era un hombre bajo, de unos cuarenta años, medio calvo y con el resto del pelo rapado casi al cero. La blancura de su piel y algunas rugosidades de la cara le hacían parecer petiseco, pero en realidad era fibroso y vibrante como el mimbre y tan duro como el acero de sus pupilas. Cuando se acercó a la mesa, cubierta de mapas, Miguel sintió que su mirada cortaba como la navaja de un barbero. Y se asustó. Fue solo un instante. Un rápido apretón de manos, firme y sostenido, acompañado por una ligera sonrisa de complicidad, le hizo comprender que había algo más.

El campamento acababa de entrar en funcionamiento sin que se hubiese constituido oficialmente. El Pecé, de acuerdo con los asesores soviéticos, lo había puesto en marcha para entrenar dinamiteros sin que nadie les reprochase nada. El Gobierno lo sabía y les dejaba hacer, a la espera de adoptar una decisión definitiva

sobre la constitución o no de las guerrillas. Y los rusos habían tirado de los expertos que llegaron con las Brigadas Internacionales e incluso de algunos agentes de la Internacional Comunista que llevaban unos cuantos años en España e implantaron varios centros de preparación, con escuelas y talleres de explosivos, en puntos decisivos de la geografía republicana.

Los dos días que permaneció en Las Herencias fueron los más alucinantes de su vida como activista. En las riveras arenosas del Tajo y los muros arcillosos de los Castillos aprendió a explotar la dinamita de las más diversas maneras. Tuvo al mejor maestro, un yugoslavo a quien nadie conocía por su nombre y del que se decía que acababa de llegar no se sabía bien si de los Estados Unidos o del Canadá. Sus jefes le llamaban el Dios de los Rayos por sus increíbles conocimientos sobre los explosivos, pero sus compañeros, más poéticos, decían de él que era un hacedor de centellas. Meses después fue Lazar Udovicki, otro dinamitero yugoslavo que se hizo famoso en el Decimocuarto Cuerpo por su valentía y eficacia, quien le contó que el domador de nitroglicerinas, aquel demonio al que los años habían borneado el cuerpo diminuto, se llamaba, de veras, Iván Haris.

Haris había aprendido, a su vez, del maestro de maestros Ilya Griegorievich Stárinov, un oficial ruso que había participado en la Revolución de Octubre y decidió luchar en España como uno más. Stárinov era bajito, nervudo y, sobre todo, resolutivo. Podía encender las mechas con la chispa de su fe revolucionaria. Más tarde, Miguel llegó a conocerle en algunos cursillos para guerrilleros que se hicieron en Extremadura, cuando todo el mundo celebraba sus famosas voladuras de trenes en el frente cordobés. Pero él no les daba importancia. Decía que la fortuna era decisiva en su oficio y había que aceptarla, para bien o para mal, como la traía el aire. Siempre desnuda.

Stárinov contaba como ejemplo que una vez apreció que un tren se dirigía hacia las bombas que había puesto y no era militar, sino de pasajeros. No pudo detenerlo y descarriló. Durante varios días, anduvo convencido de que había cometido un acto criminal irreparable. Y, sin embargo, cuando volvió a la base le explicaron que los vagones iban llenos de oficiales y soldados italianos de aviación. Había sido una hazaña. ¡Qué ironía!, se había dicho entonces. El rizo de un cabello había marcado la diferencia entre ser un asesino o un héroe.

Miguel aprendió a preparar los cartuchos, enganchar los cables del detonador y componer los detonantes. Haris ignoraba el castellano y se limitó a realizar demostraciones mientras gruñía imprecaciones en su chicharrera lengua serbia. Paso a paso, sin prisas, le mostraba la manera de meter las endurecidas tabletas con kilo y medio de tierra de diatomeas y piroglicerina dentro de una caja de madera que medía veinticinco centímetros de lado por diez de alto y en la que dejaba el sitio justo para una pila y los interruptores. Luego ataba el paquete con alambre debajo de un raíl o en la base de un puente y, mirándole a los ojos, le enseñaba la mecha que debía prender con el chisquero para que los cables extendidos se fundieran. De esa manera

quedaban listos para transmitir la corriente desde la pila del detonador hasta la del explosivo cuando apretase la barra metálica que establecía el contacto y todo hiciera bum.

Entonces se erguía y explicaba con dificultad expresiva que muchos compañeros habían muerto por no hacer las cosas con cuidado. Y bufaba. Como un buey. A veces, decía, la dinamita sudaba nitroglicerina y explotaba cuando la llevaban a la espalda, en la mochila. Había que estar alerta. Pero eso, ¡eh!, formaba parte de una lección distinta, ¡eh!, la del almacenamiento y el transporte de los explosivos en mulas, camiones o a la espalda. Y señalaba una acémila, giraba un volante imaginario y se palmeaba apuradamente la chepa antes de echarse a reír.

Aquellas dos jornadas en Las Herencias se grabaron en su memoria como fragmentos de una alucinación. El temor al fallo que provocase la detonación inesperada le aturdía y vivía sin vivir en sí porque, en la huida, el ánimo espantado siempre le sacaba unos segundos de ventaja al cuerpo.

En el taller le enseñaron a distinguir un cartucho sudado de otro humedecido por el rocío, a prensar pólvora elaborada por sí mismo y a utilizar una caja de cerillas como fulminante. Incluso a pelar los cables con los dientes para colocarlos sobre los mismísimos raíles de manera que el propio tren estableciese con sus ruedas metálicas el contacto que desencadenase la explosión. Lo recordaba todo como si formase parte de una pesadilla. Y lo apreciaba, en el recuerdo, con precisión de cámara lenta. Quizás fue por eso por lo que jamás se le olvidaron las enseñanzas de Haris. Sobre todo la de controlarse a sí mismo.

Miguel había sido siempre un hombre tranquilo. De niño se acostumbró a la soledad y el silencio y aprendió a ser paciente por obligación. Como adolescente amó la quietud y el distanciamiento mientras contemplaba los movimientos alejados de su amada Libertad. Y cuando empezó a ser hombre ni siquiera el ansia de poseer a Leonor le hizo apresurarse. Sin embargo, el fulgente Iván le metió desnudo en el Tajo y, obligándole a calcular las palpitations mientras contenía la respiración debajo del agua helada, le enseñó a frenar el pulso y a respirar lo imprescindible cuando preparaba un zambombazo. Incluso le hizo manejar nitroglicerina al lado de una salamandra incandescente para educarle en el dominio de su propio sudor. El resultado fue contundente. Consiguió someter su cuerpo a los dictados de la mente con tanta autoridad que logró contener durante horas hasta las ganas irresistibles de cagar.

Para morir contentos

Desde el Cancho que se Menea, en el pico de la Cogolla, Miguel contempló con los prismáticos las endebles y evanescentes luces de Torrealba. El Remedios, que conocía la zona de cuando ambos habían viajado juntos por la región, detalló a su joven admiradora que tenía como objetivo cruzar el puerto de la Lombriz y la sierra de San Pedro. Pero añadió que se había detenido en las crestas de Montánchez para descansar un poco y recuperar el hálito de sus raíces.

Anochecía y el aire crudo despejaba el horizonte, pero solo pudo adivinar su palacio por la imagen movediza de los rutilantes ventanales iluminados y el débil parpadeo de las velas en los aposentos de los criados. Pensó en su padre. Estaría allí, despierto, rumiando su soledad y su rencor antes de irse a dormir. Sintió un escalofrío, pero le reconfortó, de inmediato, la memoria de los Piteras, del servicial Sandalio y la buena doña María Luisa Valiente, a quien adivinó deshaciendo en ese momento su moño cano para peinárselo antes de tumbarse en la cama. «¡Era una dulce mujer!», saldó el Remedios.

Los primeros años de su niñez, Miguel no experimentó la infelicidad gracias a ellos. La pareja le cuidó como si fuera el hijo que no pudieron tener. Y él les correspondió como sentía. Como si fueran sus padres de verdad. Evocaba su apodo con ternura, aunque nunca supo por qué los llamaban los Piteras. Sandalio Torres y María Luisa Valiente, su mujer, eran personas humildes, pero muy experimentadas en lo suyo. Él era el mayoral de la casa. Hacía las veces de administrador y caporal del ganado y tuvo fama como manijero por saber repartir los jornales equitativamente entre los braceros del pueblo, siempre necesitados. Cantaba bien el jondo y sabía un poco de todo. Hasta leer y escribir a trompicones.

Ella, siendo analfabeta, era un pozo de sabiduría cuyos guisos gozaban de una fama extendida. Sus platos resultaban inigualables porque heredó de su madre, como ella lo había hecho de la abuela y su abuela de la bisabuela, y así hasta ni se sabía, las mejores recetas culinarias. Y hubiera dado lecciones de remedios caseros hasta al mismísimo Remedios.

Al decir de los demás, Sandalio era buena gente. Tenía el rostro afilado, marcado por una larga y afinada nariz que le servía de espolón. Esa singularidad le atribuía a su mirada una resignación profunda y una tristeza amable que se correspondían con el sosiego de su espíritu. Una cicatriz informe le atravesaba el carrillo derecho, desde la comisura de los labios hasta casi la oreja. Se la hizo de pequeño, cuando se tiraba al pozo los domingos para recoger las perras chicas que arrojaban los paseantes al salir de misa. Un guijarro afilado le aró el moflete y tuvieron que cosérselo con hilaza. Afirmaba que nunca olvidó el tinte almagrado de aquel agua tan dulce.

Federico Espejo se reía de él porque, con el tiempo, se inventó una milonga para fardar de cicatriz y decía que esa herida se la hizo de crío cuando acompañó al gran albéitar Rafael Pérez del Álamo, el socialista revolucionario granadino que tomó Loja con seis mil campesinos por el sesenta y uno del siglo anterior. La metralla de los cañones de la reina Isabel le birló el carrillo, solía decir. Y estaba tan acostumbrado a contar la mentira, aunque los hechos ocurrieron dos años antes de su nacimiento, que acabó creyéndosela y narraba la circunstancia con sinceridad apasionante.

Mientras miraba al infinito y elevaba la barbilla para que se apreciara el estropicio, comentaba solemne que el ilustre veterinario le contuvo la hemorragia con su célebre chaqueta blanca de lino y, de ese modo, le salvó la vida. «¡Qué sabio era y qué razón tenía don Rafael cuando pregonaba que en este país de los viceversas todo es posible menos tener memoria!», sentenciaba como remate de la fantasía.

Doña María Luisa, sin embargo, era de armas tomar. Y lo parecía. A ella no se la daba nadie ni con queso de cabra. La vida le hizo recelar de Dios y, de ahí para abajo, no fiaba en nada. Ni por delirio. Antes de casarse con Sandalio parió cuatro hijos que murieron al poco de nacer y su anterior marido, el único hombre del que se había enamorado, se fue a la tumba con ellos tirándose a un pozo estrecho y profundo del que no salió jamás.

Al principio, doña María Luisa mantuvo una digna viudez con los escasos ahorros de unos cuantos años de matrimonio. Pero, acosada por Sandalio, acabó invirtiendo a un plazo fijo, y más largo, los muchos encantos que le quedaban. Porque, eso sí que sí, ponderó el Remedios, doña María Luisa era, a pesar de su madurez, una mujer de cuerpo entero y verdadero. En Torrealba todos recordaban lo reguapa que había sido de moza. Y que siempre fue menuda, pero no escuchimizada. Siendo casi anciana, remató el anciano, cuando la brisa cincelaba su silueta, la redondez de las nalgas y los senos se dibujaba con la precisión del pecado bajo los pliegues de su vestido negro.

Tenía la cara redondita como nalga de manzana, graciosa, y unos hoyuelos diminutos hermozeaban su sonrisa sempiternamente triste. Se notaba que los ojos verdes le habían llorado aceite crudo, pero las ondulaciones de su pelo, largo y oscuro, centelleaban como el ámbar negro cuando lo atraviesa una llama y disfrazaban con su alegría las arrugas de la pena. Era tan bella como astuta, pero esa combinación, unida al dolor por la pérdida de los seres amados, la había convertido en una mujer taimada, un ser angelicalmente maquiavélico que solía repetir: «¡Hay

que vé lo mala que hay que *sé pa sé* buena persona!». Y lo decía tan convencida.

Allí, recostado en el Cancho que se Menea, Miguel pensó en ella y se quitó los guantes de cuero negro. Miró una vez más las palmas de sus manos. Para entonces, precisó el Remedios, la piel se había curtido y las rayas del destino se bifurcaban como un ramal de cicatrices, trenzado por el azar, que seguía creciendo hacia la muerte. Había mirado a sus espaldas. Todavía se dibujaban, oscurecidos, los perfiles de la piedra oscilante de granito, alta como dos hombres, aquel megalito admirado por sabios y profanos que se bamboleaba cuando lo empujaban, pero nunca se caía a pesar del grosor de su cabeza y la pequeñez del plinto y su pedestal.

Había estado allí hacía unos años, cuando le dio por recorrer las tierras extremeñas, y recordaba con detalle la lectura previa de la *Historia de los heterodoxos españoles* que don Marcelino Menéndez Pelayo escribió sobre la litolatría, el culto ancestral de las piedras. El maestro apuntó que aquellos pedruscos que se bamboleaban habían sido consagrados para la adivinación y eran utilizados como oráculos por los hombres primitivos.

El guerrillero miró el pedrusco con intensidad hipnótica y se acercó a mecerlo con toda su fuerza. Adorador de estreno, confiaba en que las oscilaciones le desvelarían su futuro. O algo parecido. Pero el cancho danzó lentamente, como una peonza que agotaba los giros, y volvió a burlarse de la ley de la gravedad. Con su sarcástico bamboleo, lo único que le susurró fue que no había nada que hacer. Su existencia, pregonó la brisa silenciosa, era tan inescrutable como la del resto de los seres humanos.

Un compañero, el Angelet, le puso su manaza en el hombro y le zarandeó. Señaló las luces de Montánchez y dijo en francés que tuviese cuidado porque solo estaban a una legua del pueblo. Podía tirar la piedra y armar un follón. Miguel se rio con ganas y le respondió en el idioma de Baudelaire que intentara tirarla él, con todas sus fuerzas, y comprobaría que su temor era infundado. Aunque aparentaba mantenerse en un equilibrio sumamente inestable, no había quien derrumbase aquel peñasco. Era, le explicó, un auténtico fenómeno de la naturaleza. «*Elle n'a pas de pareil*», dijo sonriendo.

Miguel pensó que el Angelet se parecía mucho al cancho que se meneaba porque exhibía un corpachón de jugador de *rugby* y era tan inocente como sus oscilaciones. Tenía los hombros y el rostro redondos como las piezas de madera de los futbolines, con idénticas trazas de muñeco, pero era un hombre temible tanto por su espíritu resuelto como por los ciento cinco kilos que pesaba. Aunque estaba gordo, los músculos se le movían sin pereza debajo de la grasa y le otorgaban una agilidad sorprendente, insospechable cuando se tenía en cuenta su tamaño.

Lo había conocido tres días antes en el campamento de paso que los huidos de los pueblos del llano habilitaron en la sierra de los Alijares. El refugio se escondía en una cueva del pico Quebrantahuesos, junto a la fuente techada, y el suelo de paja y una especie de chimenea medio cegada permitían comer y dormir al resguardo de las

lluvias o las heladas nocturnas.

El Cambio llegó hasta allí con un guía de Carrascalejo que se llamaba Amador. Le sorprendió porque, aunque no tenía ideología definida, había sido maestro y ayudaba al Gobierno legal republicano sin más motivación que su categoría de buena persona. El hombre le ayudó a cruzar la sierra de Guadalupe desde Alía hasta las estribaciones del puerto de Santa Cruz y, finalmente, el refugio. De la marcha nocturna que hicieron solo recordaba que en el tramo final atravesaron varios arroyuelos y descansaron en el cerro de Las Calenturas de la sierra del Astorgano. Aunque intentó registrar los datos del viaje, pensando en el futuro, apenas si tomó nota de unas pocas referencias geográficas. Pero aprendió otra lección básica del combatiente de las sierras, la de que los enlaces y los guías eran tan imprescindibles como las botas, el alimento y las armas. Si no más.

En el campamento le esperaban sus cuatro nuevos compañeros de aventura. Entonces se presentaron por sus nombres de guerra y durante meses fue todo lo que supo de ellos. Los brigadistas eran el Angelet y Max, el jefe del grupo. Más tarde, ganada su confianza, le revelaron algunos secretos personales y conoció un poco de su vida anterior. Max, por ejemplo, le contó que se apellidaba Tadek, que era miembro del partido comunista de Polonia y que se había entrenado militarmente en Moscú, donde se convirtió en un saboteador de primera división. En la capital soviética había conocido a una joven checa que trabajaba en la sede de la Komintern con la que tuvo un hijo que no conocía porque le mandaron a España poco antes de que naciese.

Eso fue, dijo, mucho antes de que empezase la guerra, cuando Stalin sospechó que nuestro país había pasado a ser el eslabón débil de la cadena capitalista. Y ahora no sabía ni dónde enviar las cartas a su esposa porque el partido la destinó a un país desconocido y nadie le dijo a ella, tampoco, cómo contactar con él. Cosas de la sacrosanta clandestinidad. Seguro que un desconocido archivero de turno, animado por su espíritu burocrático, había depositado en algún fichero frío y enorme del Kremlin el mapa del tesoro con las claves exclusivas del destino de sus seres queridos, un legado que acabarían comiéndose las polillas.

Max era un hombre alto y cuadrado, sin cintura. Podría parecer un boxeador si no fuese por que se alejaban del estereotipo su nariz larga y delgada, las cejas perfectas y una calva brillante que le disputaba el cráneo a su pelo pardisco. Siempre se reía por cualquier cosa, mostrando sus dientes perfectamente alineados. Los ojos hacían cabriolas incluso en los momentos más difíciles, como si los apuros no fueran con él. Sin embargo, dijo Miguel al Remedios, el hombre manifestaba tanta alegría que no era difícil deducir su falsedad en tiempos tan acibarados. El entusiasmo no resultaba creíble, por más auténtico que fuera, porque Max también se estafaba a sí mismo, sin saberlo. Solía decir: «Yo he nacido para morir contento». Pero había un deje de tristeza en sus palabras. Y se notaba demasiado que la sutil amargura del cinismo aderezaba el tono optimista de su voz.

El Angelet había nacido más cerca, en Perpiñán, el corazón de la Catalunya Nord, como decía él mismo. No se consideraba francés, sino catalán. Y, aunque sus raíces eran gitanas, o por eso, se consideraba tan puro como el que más. Se llamaba, de verdad, Pere Cargol. Perteneía a una familia de calós adinerados que comerciaba con caballos desde finales del siglo diecinueve en el barrio de Sant Jaume y su lengua materna fue siempre un catalán no escrito que salpicaban giros afrancesados, pero mantenía las esencias gramaticales.

Nunca hubiera salido de ese mundo atávico de haber podido hacer lo que le gustaba. Desde niño envidió la vida nómada de su etnia romaní y visitaba sin cesar a los amigos que tenía en la colonia trashumante de las orillas del Têt, junto al puente Roig. Allí brincaban los chicos de su pandilla, los hijos de los cingaros trashumantes que vivaqueaban varios meses del año y realizaban trabajos temporales para sus familiares adinerados. A Pere le atraían sus carros multicolores y las hogueras colectivas, su vida farandulera y errante. Y eso fue lo que le perdió. Porque su padre, temeroso de que huyese con la primera *troupe* circense que quisiera llevárselo para ejercer de sansón retuerce hierros o cosa semejante, le envió a un internado de París con solo catorce años. El hombre, bien intencionado, esperaba que acabase obteniendo un título universitario que le otorgase la conveniente dignidad. Pero hizo un pan como unas hostias. Y que viese Alicia por dónde le fue a salir. Más comunista que Lenin.

El joven llegó a cursar los primeros años de Filosofía en la Sorbona, pero se hizo del Pecé francés y adiós buenas. Eso sí. Por lo menos defendía a ultranza el catalán, la lengua que había mamado y que sus antepasados se llevaron del Principado al Rosellón cuando huyeron de la silenciosa pero incesante persecución a la que fueron sometidos tras la instauración del decreto de Nueva Planta en la corona de Aragón. El chavalón afirmaba que el francés era la jerga paya, el idioma doblemente impuesto contra el caló y la catalanidad. Pero lo respetó porque le habían enseñado que no existe ningún conocimiento malo.

En España descubrió que la falta de respeto al catalán no era un sentimiento exclusivo de los gabachos. Hasta sus compañeros de armas, cuando charlaba en su idioma, le decían que hablara en cristiano. Se aburrió de explicar a todo el mundo que él no hablaba castellano por la simple razón de que no era español. Hablaba en catalán porque era la lengua más próxima a la de sus compañeros españoles, para entenderse mejor. Pero no le hicieron caso. Poco a poco, mitad por la indignación y otro tanto por la influencia de uno de sus maestros dinamiteros que era de origen mexicano, acabó entendiéndose con los carpetovetónicos mediante señas, latines y palabros que provocaban retortijones de oído a quienes los escuchaban.

Angelet tampoco renunciaba, ni de broma, a su sueño de construir la URSSE. Con dos eses, que decía. O sea, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de Europa. A largo plazo, afirmaba, esa era la única posibilidad de ver cumplida su más grande aspiración, la liberación de la clase obrera y de la nación catalana al mismo

tiempo. Porque, como les decía a sus confundidos compañeros de milicia, había Catalunya en Francia y en España. Y era necesario hacer la revolución en todo el continente para que su pueblo, rotas las fronteras, fuese libre de verdad.

De momento, concluía, se conformaba con alcanzar, después de la victoria contra Franco, la URSSI, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de Iberia. Porque la República española, proclamaba, solo era el primer eslabón de una cadena imparable de revoluciones que acabarían con el fascismo mundial y, de paso, con las decrepitas burguesías occidentales. «*Tó será avansar, avansar y avansar*», repetía más fuera que dentro de sí, cegado por la iluminación revolucionaria. Nada de dos pasos adelante y otro atrás, como decía Lenin. Siempre *p'alante*. No había que dar ni un paso a la espalda, so pendejos. Ni tregua. Ni respiro. *Rien de rien*.

Cuando hacía esas aseveraciones vehementes, el Matutero y el Chalán, los otros dos miembros del grupo, se reían de él y consideraban que era más iluso que un espasmo de monja de clausura. Vivía un buen sueño *pa* mientras no se despertase, afirmaban comprensivos. Pero ellos se conformaban con ganar la guerra y recuperar la República que los fascistas les querían arrebatarse. Y se darían con un guijo en los dientes, concluían, si terminaban la zapatista vivitos y rabeando.

El Matutero no le decía ni a su jefe que se llamaba Cornelio del Toro. A Miguel se lo contó catapultado por una borrachera de las que el Remedios llamaba menhíricas. Quiso negárselo después, pero le dio atoramiento. Solo le pidió que no lo repitiese para que los camaradas no le tomaran el cuerno. Desde niño había llevado una vida chunga de contrabandista, oficio del que le sacaron el apodo. Pero añoraba su viejo y sencillo modo de vivir. De las expediciones por los quebraderos de la frontera sacaba cuatro perras comprando en Portugal unos cuantos kilos de café y de bacalao que revendía por los pueblos serranos, recorriendo el noroeste extremeño desde Alcántara hasta Coria e incluso Villaverde del Fresno cuando la venta se estiraba. Tenía fama de ser más apacible que un burro de carga. Pero siempre, al poco de retornar a casa, echaba de menos las marchas azarosas y el olor de las putas que le esperaban, cada temporada, en las ventas camineras. Era un hombre menudo, casi retaco, pero de paso largo y encabronado, tan ágil que, por más largas que fuesen las distancias, cuando marchaba nunca dejaba de dar brincos.

La intemperie le había cincelado en el cuello arrugas de mastodonte y tenía la piel como lomo de lagarto. Quizás por eso se le pronunciaba tanto la mirada, porque le salía coruscante de unas cuencas cavernosas y le conferían el aspecto impío de los endemoniados. Su imagen equívoca le dio fama de matasiete, lo que no era verdad. Pero las habladurías sobre su severidad le fueron al pelo. Gracias a ellas, había sido un personaje respetado, con fama de áspero y temible. Su única protección era una navaja albaceteña de palmo y medio que llevaba en la cintura y no dejaba de machacarle las ingles con su vaina puntiaguda.

Contaba que cuando los falangistas del pueblo donde vivía, Piedras Albas, fueron a detenerlo porque simpatizaba con los socialistas, la sacabuches le salvó la vida. Era

mediodía y el brillo del nácar de su empuñadura bastó para deslumbrar al primero que se le acercó. Con rapidez gatuna, le agarró del pelo y, situándose a su espalda, le colocó la hoja reluciente sobre la carótida. Pidió carro y caballo, se subió al pescante sin dejar de amenazar al aterrorizado chiquilicuatro y se alejó con él hacia los pasos secretos de la raya. Cuando tuvo a la vista la frontera indefinida de zarzales y escobas que alfombraban un extenso chaparral, bajó a su preso y le hizo descalzarse antes de tirarlo al suelo, de bruces. De un tajo firme le cortó un talón y, tras obligarle a contener los gritos amenazándole con rebanarle el gznate, le dijo que no olvidase que, si le pasaba algo a sus parientes, volvería a por él y lo despellejaría junto a toda su familia. Después, desenganchó al jamelgo, lo montó de un salto y le hizo trotar hacia Salvaterra do Extremo, el pueblo donde vivían los guardiñas que había sobornado durante más de tres lustros.

Al Chalán también le apodaban así por su viejo oficio, el de arriero, aunque en los últimos años, después de que la mujer tuviera la segunda hija, se asentó en Botoa y trabajaba como jornalero en los baldíos. Se llamaba, por esas, Norberto Blanco y, al contrario que el Matutero, proclamaba su nombre con orgullo. Después de todo, como le dijo al Cambiao, no era hidalgo, pero había nacido en Navatrasierra, un pueblo situado en la solana de la sierra de Altamira, una tierra salvaje que buscaba el cielo porque fue fondo del mar.

Como militó en la Federación de Trabajadores de la Tierra de los baldíos, se fue a Badajoz en agosto, de voluntario, dispuesto a impedir que el Tercio y los regulares se hicieran con la ciudad. Allí luchó, en la Casa de Correos, dos días y una noche, hasta que no quedaron más que un montón de ruinas y media docena de impotentes defensores. Entonces huyó como pudo, llevándose el fusil y un saco de cartuchos. Afortunadamente, tomó el camino contrario al de sus compañeros que huían hacia Portugal porque pretendía volver al lugar donde nació. Y eso fue lo que le salvó.

Durante varios días huyó de las carreteras y siguió las viejas trochas que le conducirían hasta la Nava de Santiago y Aljucén. Alcanzó las defensas republicanas de Santa Amalia con el culo oliéndole a pólvora. Y tuvo la suerte de hacerlo cuando amanecía, justo antes de que la columna de Castejón se uniera a las dos compañías de la Guardia Civil y la escuadra de Falange que llegaron de Miajadas para tomar el pueblo.

Incorporado al grupo de milicianos del diputado Martínez Cantón, retrocedió con ellos hasta Medellín. Allí, las fuerzas republicanas consiguieron reponerse y parar a los franquistas en el Tajo con la ayuda de los bombarderos de Malraux y los Breguet llegados de Cuatro Vientos que destrozaron la columna móvil del Segundo Tabor de Tetuán. El puntilloso conocimiento de los pasos de las sierras del corazón de Extremadura y su señalado coraje le convirtieron en uno de los elegidos por Mámsurov para que aprendiese las intimidades de la dinamita junto a Pastujov. Solo sacó un aprobado alto, pero fue suficiente para que contaran con él como uno más de los recién estrenados Invisibles.

Para cuando Miguel se unió a ellos, sus compañeros ya llevaban unas cuantas semanas golpeando aquí y allá, por detrás de las líneas enemigas. Lo habían hecho gracias a la información detallada que daban los propios vecinos de los pueblos donde iban a actuar, algunos de los cuales incluso les acompañaban para guiarlos kilómetros adentro por el centro y el norte de Cáceres. Iban allí donde más convenía desmoralizar a la retaguardia franquista. Si volaban un puente, dejaban pintada, sobre el asfalto renegrido, su firma sangrienta: «Los Invisibles». Si atrapaban a un falangista que ejercía de alcalde o aterrorizaba a su pueblo, le rebanaban el cuello y le colocaban un cartel de «los Invisibles» por debajo del tajo. Cuando la plaza de un villorrio aparecía cubierta de propaganda antifascista después de que reventasen los muros de un cuartelillo y ametrallasen a los guardias adormilados que intentaban escapar del incendio, la proclama siempre llevaba una rúbrica inconfundible, la suya. Desde sus primeras actuaciones fueron una leyenda porque se decía que eran omnipresentes, todopoderosos. Que si hacía una semana que habían dado un golpe en Huelva, que si dos días después lo hicieron en la Córdoba ocupada y que, sin que mediaran ni veinticuatro horas, la liaron después en Sevilla. Con razón se había corrido la voz de que los Invisibles, los auténticos ángeles vengadores de la República, eran la rehostia porque no tenían rival.

—*Pego no te confundir* —ilustró el Angelet a Miguel—. Los Invisibles ser *moltes groupes* de guerrilleros. Hay *beaucoup d'invisibles comme nous*. *Choses dil* mando. *Disen* que, *comme ça*, somos fabulosos y los *fascistes* tienen más *acojonaos*.

Quiso decirle, esclareció el anciano a su pupila, que constituían varios comandos. Y que todos le ponían el mismo pie de imprenta a sus golpes de mano, el de los Invisibles. Por eso se había extendido tanto la voz sobre sus correrías. Incluso a sus propios jefes les resultó admirable comprobar lo que daban de sí unos cuantos hombres preparados. «Aquello sí que fue propaganda», elogió el Remedios.

El grupo que le tocó en suerte a Miguel se correspondía, por su eficacia, con la fama de osados que tenían los Invisibles. En lo suyo, sin duda, eran de los mejores. Y bien que lo demostraron cuando llegaron al castillo de Azagala sorprendiendo a todo el mundo en la hora del reposo de un día en el que, por la ocasión y el frío, no sesteaba nadie. Era el veinticuatro de diciembre y, arrastrados por la vorágine de la tradición, todos los refugiados estaban empeñados en preparar una gran cena de Navidad. Pocos creían en Dios. Y menos en los curas. Pero la costumbre era la costumbre y la extraña celebración del nacimiento de un Dios al que, oficialmente, le quedaban seis días para nacer era el mejor pretexto para olvidar, por unas horas, tantas penalidades acumuladas. Cualquier fantasía era posible. Incluso la de que acabarían siendo liberados.

Desde hacía unos días, Flores, el Teto y sus mejores cuadros se fueron de requisa al cortijo del Pinar y la bodega de un tal Antonio Cuello y acumularon pavos y gallinas, pitarras tan amontillados que olían a coñac y aguardientes con esencia de anís. Amontonaron tantas hogazas de pan candeal que soñaban con las sobras porque

imaginaban sus endurecidas rebanadas flotando en sopas de ajo. Acumularon tal cantidad de quesos de oveja y de cabra, blanquecinos, amarillentos, curados y cremosos, que las despensas olían a cuajo agri dulce, como a pies sudados, gloria bendita.

La despensa se convirtió en la capilla Sixtina del glotón. Estaba llena de tomates y frutas que, para no estropearse, colgaban en redecillas de los techos. Y también de jamones de bellota y cecinas de cabra vieja que rezumaban aceites naturales. Era la antesala del paraíso.

Podía ser que el olor a pitanza que se extendía por todos los rincones del castillo hubiese atocinado a sus moradores. O que la hora invitara al regocijo de la mente tras llenar el estómago. Incluso que, por ser ese día como era, los huidos ansiasen un milagro y hubiesen perdido la cabeza. ¿Quién podía saberlo? Pero lo cierto fue que, a las cuatro de la tarde, con el sol de cara, tan ricamente, cinco hombres perfectamente armados y cargados con grandes mochilas de explosivos atravesaron la puerta arqueada con guijarros por la que se accedía a la explanada terrosa del castillo. Y que antes de que nadie se percatase de su extraña presencia, el que parecía ser jefe de la partida preguntó a los sorprendidos guardianes dónde estaba el Teto.

Pero el Teto, como si los hubiese olido con antelación, ya había salido corriendo hacia ellos por el camino empedrado que atravesaba la muralla, más confundido que asustado, con una mano en la cabeza para sostener la boina y la otra en su máuser. Se detuvo ante ellos, resollando, y apuntó al cielo con el fusil, tensando su cuerpo como un arco. Preguntó quiénes eran. Y ellos se miraron entre sí, sonriendo. Sin tiempo para la respuesta, volvió a interrogarles. ¿De dónde venían? Y ellos miraron hacia atrás, todos, al tiempo, como si fuera evidente la respuesta. De por ahí. ¿No les habían dado el alto las patrullas de vigilancia? Y volvieron a mirarse entre sí, como diciendo: ¿Ah, pero había? De bromas. Pero viendo la inquietud de su anfitrión, aclararon los detalles enseguida.

Fue el Chalán quien se adelantó dos pasos, se quitó la gorra de montaña y dijo al Teto que si no le reconocía, hombre, que era él, el compañero de Botoa, aquel que le llevó en burra hasta Villar del Rey cuando se rompió una pierna antes de la guerra mientras participaba en la toma forzosa de una finca, allá por el mes de marzo. El Teto bajó el fusil y se desabrochó el cuello de la camisa. Cambió de expresión. Echó la boina para arriba y aflojó el ceño. ¡Pero si era el Chalán, coño! ¡Si estaba muerto! Le habían dicho que lo mataron en Badajoz y que habían quemado sus restos con los de los otros millares de fusilados. Le dio un abrazo, emocionado. ¡Pero bueno, bueno...!

El Angelet aprovechó el relajo y abrazó también al Teto. Como un oso. En su medio castellano, medio catalán, chapurreando como pudo, en lugar de arreglar el malentendido como pretendía, casi la cagó. Le dijo que era normal porque ellos eran los Invisibles. Había que perdonarlos. Pero añadió, fuera de cuento, que, de no haber sido por eso, el Teto debería pasar a sus vigías por las armas.

Fue un espectáculo vergonzoso, abundó. Habían visto a dos hombres debajo de una encina, acurrucados bajo una misma manta. Dormían como marmotas. Desde luego, Pancho Villa les habría pegado un tiro. «Por peresosos», concluyó.

Menos mal que el Teto no le prestó atención. Estaba atrapado por las dos palabras mágicas que había escuchado. Los Invisibles. Eran ellos. No daba crédito. Se habían extendido mucho sus actividades. Pero quién lo iba a creer. Y menos que estuviesen allí. ¡Pero qué jodidos! ¡Menuda suerte habían tenido! Era de mear y no echar gota.

El Teto saludó uno a uno a los aparecidos y quiso decirles «salud» mientras les daba la mano, pero la emoción le encasquilló la garganta y solo le salió, como si gruñese, un áspero carraspeo. Después echó a correr hacia el pasadizo que desembocaba en el patio de armas del castillo. Y, desde allí, convocó a tiros una asamblea general.

El centenar y medio de personas que habitaba entonces el refugio, menos los vigilantes, acudió desde todos los rincones con premura. La gente iba inquieta por la convocatoria inesperada, pero se corrió la voz de que habían llegado desde la zona republicana los famosos Invisibles y el contento fue calentando la concentración. Todos abrazaban a los recién llegados y miraban con curiosidad su armamento moderno, sus ropas de combate, las espléndidas mochilas de lona que habían dejado en un rincón apartado del patio de armas, por seguridad. Los vivas a la República y por los Invisibles halagaron a los visitantes, que asistieron en silencio, emocionados, a la demostración de fervor revolucionario. Algunos conocían al Chalán y le abrazaron con la admiración de quien saluda a un redivivo. Pero hubo dos personas que consideraron a Miguel un fantasma mayor que el del Chalán.

Habían bajado al patio desde las cocinas, mezclados con el resto de los guisanderos, sonrientes. El primero que le reconoció, de lejos, fue él, dijo el Remedios. No pudo contener su alegría ni evitar llamarle por su nombre. «¡Miguel, Miguel!», gritó. Y el muchacho soltó la pistola ametralladora y le recibió con los brazos abiertos. Como seguía tan bajo y gordito como siempre, le tiró de espaldas y rodaron, abrazados, por el suelo húmedo. Antes de que se pusieran en pie, rebozados de paja, Miguel le habló al oído y le pidió que no utilizase su nombre ni le dijera nada a nadie sobre su vida anterior. Era una exigencia militar, le explicó con urgencia. «Ahora soy el Marqués», le indicó. «Así. Sin más».

«Lo capté a la primera», le explicó Federico a la *doctorsita*. Con tanta claridad que, mientras se levantaban, le ofreció una risa de complicidad, le guiñó el ojo, volvió a abrazarle y, cosquilleándole la oreja, le dijo finalmente:

—Pues explícaselo a ella.

Miguel se giró como una lagartija porque un encogimiento del estómago se adelantó a la visión. Allí estaba, más hermosa que nunca, con un quepis negro, borlado, que hacía juego con los rizos del pelo mal recogido en trenzas, con la sonrisa imposible, la mirada triste, esos ojos endrinos de brillos azulados que pregonaban su carácter resuelto, la firmeza de sus convicciones, el alma de ámbar puro. Estaba tan

sorprendida que trató de ocultarlo tendiéndole la mano. Y fue peor. El contacto, que quiso ser frío, provocó un chispazo. Y la chispa se extendió por esa fibra científicamente inapreciable que inunda el cuerpo humano hasta más allá de sus poros, ese sistema que corre inadvertido, paralelo a todos los demás, al nervioso, al linfático, al sanguíneo, ese rayo espasmódico que destruye el equilibrio entre la razón y los sentidos, la esencia del amor. Se deshicieron. Miguel tiró de la mano inconscientemente y ella se dejó arrastrar. Se abrazaron. Lloraron. Como niños. Riéndose a la vez. Y se besaron. Sin vergüenza. Con tanta vehemencia que ni se dieron cuenta de que habían provocado un estallido de alegría colectiva y que andaban todos dándole vivas a la vida, al amor, la República y hasta a la madre que los parió.

Era Libertad, su Libertad.

El aire preñado de cuchillos

El Remedios preguntó a su joven interlocutora si le había contado cómo conoció Miguel a su Alba Inés. Ella dijo que no, que solo le había hablado de su Leonor. Y acentuó el «su», imitando al anciano, para darle relevancia, también, al posesivo.

Contento por retomar la historia un sábado más, el anciano contó que Miguel volvió a ser el Miguelín cuando abrazó a Libertad en el castillo. Y que eso hizo que su memoria diera marcha atrás aceleradamente. Y que se viera a sí mismo celebrando la fiesta de nunca jamás, su primera comunión. Recordó cómo, de niño, había deseado que esa efeméride se materializase cuanto antes porque pensaba que la regeneración definitiva de sus manos dependería en exclusiva del acontecimiento. Y también que fue el padre Dimas, el nuevo clérigo del pueblo, quien le empujó a dar el paso. Su juventud y el desconocimiento del carácter de don Alejandro le llevaron a catequizar al jovencito por las bravas sin atender los avisos del riesgo que corría.

Cuando el joven clérigo consultó si el chico podía prepararse para la primera Eucaristía porque ya había cumplido siete años, el Piteras preguntó a don Alejandro qué debía hacer. Pero el marqués no contestó ni mu. Un año más tarde, cumplidos los ocho, el mayordomo, acuciado por don Dimas, insistió de nuevo. Y tampoco respondió. Así que, cuando Miguel cumplió los nueve, el capellán se abotonó los machos, informó al padre de su decisión, vía Piteras, y resolvió que le haría comulgar aunque el marqués demoliera los muros de la iglesia.

La tradición exigía dos años de catequesis, pero el sacerdote le enseñó a Miguel los tres grados en solo quince semanas. Le instruyó a solas, separado del resto de muchachos. No por su edad, dijo el Remedios, sino como reconocimiento a la superioridad de su clase social y para prepararlo de manera selecta, con un ligero toque de lo que él consideró modernidad.

Con los otros niños, temeroso de los familiares, el joven cura aplicaba el viejo catecismo del padre Ripalda en su edición casi milenaria. Cuando algunos feligreses asistían a las clases, especialmente si eran mujeres, abundaba en los criterios del padre Arcos y leía textos que afirmaban que los herejes, francmasones, adivinos,

idólatras, mahometanos y judíos, además de espiritistas, magnetizadores e hipnotistas, deístas, librepensadores, panteístas, racionalistas, protestantes o evangélicos, y liberales, sobre todo los liberales, lo único que pretendían era desautorizar a la Iglesia y corromper las costumbres para dejar la casa de Dios calumniada y en ruinas. Con severidad ultraterrena, proclamaba a los comunes:

—El liberalismo es pecado mortal porque se basa en tan execrables principios como la soberanía nacional, la libertad de cultos, la de imprenta y la de enseñanza moral y universal. Para ser buen cristiano, hay que ser antimasón, antiprotestante y antiliberal de corazón.

En cambio, en sus charlas solitarias con Miguel, le salía su secreta liberalidad y aplicaba los métodos del canónigo granadino Andrés Majón, quien educaba a los niños pobres del Albaicín en las escuelas del Ave María con sus modernas y enriquecedoras hojas catequistas. Don Dimas, como ese maestro, utilizaba los métodos plásticos necesarios para hacer vivir al marquesito los acontecimientos relatados en la Biblia. Y como estaban solos, él mismo representaba los sucesos más relevantes del libro haciéndose pasar por Dios, la Virgen, los santos y hasta el sursuncorda.

A los Piteras se les apareció por escrito el Espíritu Santo cuando, dos semanas antes del acontecimiento, unos delatores desconocidos informaron a don Alejandro sobre la catequización de su hijo. En lugar del castigo divino que temían, el marqués les remitió una carta, sucinta pero contundente, en la que les conminaba a celebrar la mejor de las ceremonias de primera comunión que se les ocurriese, sin reparar en gastos ni en invitaciones. Él, por asuntos de negocios, subrayó, no acudiría a la celebración.

Doña María Luisa invitó a todo el mundo, incluyendo a los trabajadores del marqués y sus familias. Ellos pudieron alternar en un pabellón aparte, colindante con las cocinas y las cuadras. Y eso hizo que Miguel se topase físicamente, por primera vez en su vida, con la cruda dimensión de la miseria. Hasta entonces, el pequeño marqués solo había tratado con los chicos distinguidos del pueblo y algunas veces, desde lejos, había visto pasar muchachos desarrapados que le desagradaron por su ademán mohíno y la mirada insultante que le echaban, de reojo, mientras arreaban una acémila flaca. Se había sentido agredido por su fugaz presencia, pero se limitó a pensar solo eso, que eran seres rencorosos a saber por qué. Sin embargo, en la fiesta, tan cercanos más allá de lo físico, le habían impresionado. Aquellos rapaces avergonzados porque no podían ocultar los harapos ni los sietes cosidos sobre la ropa y el alma, esos niños que aprovecharon la ocasión para hartarse sin medida de perrunillas, hojaldres y guirlaches, atravesaron el pellejo de Miguel más profundamente que el acero al rojo del fogón. De repente, la realidad del mundo se le vino encima como el torrente helado de un aguacero invernal. Y una tristeza radical, tan promiscua que le embarazó de ausencias hasta el colodrillo, le hizo sentirse tan intensamente solo que, por un instante, se le anuló el pensamiento y se le congelaron

los dedos de los pies.

Fue una revelación. Detuvo la mirada en una mujer de aspecto miserable que se agachaba para besar a su hijo y sintió de veras la falta de su madre. El estómago se le descompuso. Comprendió, por encima de sus empequeñecidos nueve años, que su padre, el ausente, era un miserable. Y quiso odiarle más. Pero experimentó un vacío emocional que le estremeció de planta a coronilla. No podía renunciar a su figura porque, sin verlo, era lo único que tenía. Y, en el fondo, inexplicablemente, lo echaba tanto de menos como a su madre muerta.

Los seres difusos que jugaban y se reían frente a sus narices se transparentaron como carámbanos y si no hubiera encontrado los ojos de aquella niña que le estaba mirando fijamente, intuyendo lo que le pasaba, adivinando su zozobra, se habría disuelto como una lágrima en la manga de su propio abrigo. No era guapa ni fea. Ni alta, ni baja, ni pobre, ni rica, ni mayor, ni pequeña. Era tan extraña, tan imprecisa, que se identificó de inmediato con ella. Tenía la mirada de un perro callejero. Como él. Se llamaba Alba Inés porque sus padres no tuvieron más remedio que llamarla así. Pero le decían Libertad, aunque algunos lo consideraban un pecado no solo porque en el santoral no había ni santas ni vírgenes con ese nombre, sino, sobre todo, porque parecía una provocación contra las autoridades humanas y divinas.

Ella estaba allí y le miraba como si en sus ojos naciese la alborada. Entonces ignoraba que existiese la palabra amor vinculada a ese tipo de sentimientos, pero después, de mayor, comprendió que se había enamorado de golpe, como solo lo hacen los hombres que nunca dejan de ser niños. De verdad.

Ese amor de Miguel fue, al principio, un cariño infantil al uso eterno. Era limpio, denso, sincero, inexplicable. Cuando vio a la muchacha por primera vez, se atolondró. Menos mal que doña María Luisa apreció su desasosiego y, más lista que el hambre, le dirigió una sonrisa cómplice que le devolvió la respiración.

A la madre suplente le gustó que la niña le gustase. Era perfecto. Ni con intención. Siempre tuvo la idea de buscarle amigos, obligarle a ir al pueblo y que hiciese pandilla. Aquella chiquilla, sopesó, era el puente entre la infancia solitaria y una adolescencia normal, ordinaria, de dudas, pajas y peleas. Y sabía, además, que Inesita nunca le crearía problemas porque su padre, Luis Madruga, un yuntero que vendió sus aperos de labranza, pastoreaba los rebaños del marqués. Era un hombre sencillo que no quería tener líos con nadie, un bendito que lo mismo cuidaba cabras y viñedos que trabajaba de aguador cuando llovían piedras. Solo tenía un defecto tan grande como su lealtad. Su enorme tozudez. Era tan terco que quiso llamar a su hija Libertad porque le dijeron que no se podía llamar así. Estaba prohibido. Pero no cedió. Y, para conseguirlo, se inspiró en las historias que había escuchado cuando hizo el servicio militar en Melilla.

Don Mariano, el cura viejo, prohibió que le pusiera ese nombre y él dijo que la madre del rey, la gran Isabel segunda, había sido también madre de los liberales y de la libertad. No podía entender que le negaran ser el padre de una niña que llevara por

nombre un concepto tan noble y de cuna tan alta. Además, como no quería molestar a nadie, se comprometió a llamarla Libertad, pero con el preceptivo María por delante, como exigía la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Sus argumentos fueron contundentes, pero don Mariano no le hizo ni caso. Sin embargo, no pudo impedir que todo el mundo aceptara como apodo el apelativo. Y así, de manera tan sencilla, dudando los más de la presunta tontería del Madruga, en Torrealba se gritaba Libertad sin que ni los guardias civiles supieran a qué atenerse porque no distinguían cuándo era por la niña o para mal.

Al Madruga también le permitieron el exceso porque, además de ser considerado un buen hombre, nadie se atrevía a enfrentarse con su mujer, doña Petronila Gómez, la partera de los pobres. La otra comadre, la Montoya, la que maltrajo al mundo a Miguelín, solo atendía bien a los pudientes. Y más de una mujer humilde, por su desinterés, había muerto en el parto, desangrada junto a su hijo muerto o emponzoñada después por la septicemia. En cambio, la devoción por doña Petronila era general porque, además de su buen hacer, no cobraba nunca. Se limitaba a tomar lo que buenamente le regalaban los padres y decía que era feliz trayendo gente al mundo.

El Madruga y doña Petronila vivían la mayor parte del año en el campo hasta que Libertad soltó la lengua y echó a hablar. Con profusión, por cierto. Porque todo el mundo decía eso de que la niña tardó en hacerlo, pero no había parado desde que empezó.

El hermano mayor, Elpidio, era un hombrecito de catorce años que ayudaba al padre en casi todo y el segundo, Luis, de diez, empezó a echar una mano por entonces. Los Madruga quisieron educarlos, pero su economía no daba para tanto y no pudieron enseñarles las cuatro letras porque ellos mismos eran semianalfabetos. Sin embargo, cuando nació Alba Inés, aunque las cosas apenas habían mejorado, doña Petrolina resolvió que su única hija tendría la oportunidad que les faltó a los mayores. No quería que se criase en los bohíos, como sus hermanos. Ni que su mundo se circunscribiese a la finca del Corral Blanquino, cerca de Trujillo, donde ella había sentido tanta envidia de los braceros porque se recogían en barracones de mampostería y se reían del frío junto a las chimeneas mientras ellos habitaban un chamizo de brezo y escobillas que a menudo cedía frente al viento y la lluvia. No quería volver a oír hablar a los trabajadores cuando pasaban por allí elogiando las lentejas con chorizo que se habían comido mientras los niños la interrogaban sin palabras, pregonando con los ojos llorosos su hartura de los potajes de cardillos y las menestras de romaza con patatas. No quería aguantar más. Ni que Alba Inés lo sufriese.

El marqués les daba un sueldo miserable de noventa pesetas mensuales, pero cuando menos, entre el pastoreo y la vigilancia de viñedos, trabajaban dos tercios del año. No estaban tan mal para los tiempos que corrían, pero a los niños les faltaba educación e higiene y existía el peligro de que los atacasen los perros salvajes, casi

siempre rabiosos, o que les afectase una enfermedad que la habilidad curandera de su madre no pudiese resolver.

Cuando Alba Inés llegó del cielo, sin que se la esperase, en la cesta de una humilde cigüeña local, dijo el Remedios vacilón, sus padres, más que contentos, juntaron los reales que les quedaban de la venta de las viejas yuntas, los sumaron a los diminutos ahorros que habían acumulado durante los años de labor campera y se compraron una casucha en las afueras del pueblo, junto a la ermita del Cristo. El edificio era pequeño, de cantería, y detrás de la entrada había una gran chimenea de la que colgaba el caldero de los guisos. Al fondo tenía tres habitaciones, con mantas en lugar de puertas. Y por la derecha, pasada la cocina, una estrecha escalera de calicanto macizo, sin barandilla, ascendía hasta un trastero abuhardillado que se alzaba sobre las habitaciones. El techo, un lujo, era todo de tejas.

Allí pasaban la mayor parte del año para permitir que la niña acudiese al colegio. Los Madruga se hacían de cruces porque por entonces la escuela se proclamaba obligatoria, pero la mayoría de los campesinos no dejaban que sus hijos asistieran a las clases para que trabajasen con ellos de sol a sol. Doña Petronila se reía para dentro porque su hija no sería una salvaje como los demás. Y si tenía que heredar algo de ella, sería comadrona. Pero con letras. Para que viviera con la dignidad que sus padres guardaban en el alma, pero no en la faltriquera.

Gracias al esfuerzo conjunto de la familia, Libertad era, cuando la conoció Miguel, la niña más avispada de Torrealba. Tan lista que muy pronto leyó y multiplicó de memoria más rápido que el maestro y tan pícara que vencía a los niños mayores en los duelos deportivos gracias a sus triquiñuelas y su agilidad. Era la cabecilla indiscutible de los impúberes. Y sin distinción de sexos.

Desde que Miguel la conoció, el mundo se hizo más apetecible, el dulce objeto de su voracidad. Aunque inmediatos, los horizontes sencillos, el campo abierto, los mares de centeno y el atardecer carmín sobre los pinares del Salor fueron para él los contornos del paraíso. En compañía de Libertad, disfrutaba de cualquier cosa. Se maravillaba con los recursos de su imaginación y se creía todo lo que ella le contaba. Incluso su historia de niña voladora. Se lo dijo con tanta convicción, asegurando que volvería a hacerlo de mayor, que Miguel se limitó a preguntar cómo había sido.

—Que no, bruto. ¿Cómo iba a volar? —dijo riéndose a modo.

Pero le contó que fue casi verdad. Que, de pequeña, jugaba a la vera de un regato con la cabeza cubierta por un sombrero de paja deshilachada y *Perico*, el famélico burro de su abuelo, intentó comérselo. El bocado engancho pelo y paja. Y el animal, asustado por los gritos de la gente, se la llevó unos metros en volandas, colgada de su hocico, sin hacerle ningún daño.

Ella recordó durante muchos años, vagamente, aquel vuelo mágico. Y el día que su madre le desveló la realidad se enfadó porque, gracias a la sensación que había experimentado entonces, el inconsciente le hacía soñar que volaba de verdad. Y pensaba que sería como Campanilla y que, de mayor, acompañaría en sus aventuras a

Peter Pan, el admirado personajillo cuyas aventuras tanto leía y releía en *El pajarito blanco*. Por eso le había dolido tanto el desengaño, explicó apenada.

La relación entre Miguel y Libertad fue reveladora. Al marquesito le habían enseñado un castellano tan académico que no entendía la mitad de las palabras que utilizaba la muchacha. Aprendió en carne propia que una «pitera» era una herida hecha en la cabeza por una pedrada y supo que «el abrigo» era un viento del sur que traía lluvias, que los embutidos eran «la candonga» y que a la Vía Láctea le llamaban el camino de Almería, el de las uvas o del Cienablanquero. La víbora, cómo no, era «una bicha». A la diarrea le decían «cagarria». Y, en fin, a ella misma, concluyó, la llamaban «calamandruña» cuando era una bruta y a él, a sus espaldas, le consideraban un «buchón». Por egoísta. Eran palabros de esa jerigonza extremeña prohibida, ese tabú tan severamente reprimido, por paleta, que en la escuela se obligaba a pedir perdón a quien despotricaba en castúo sin querer.

Quizás por eso, porque no hay nada que seduzca más a los seres humanos que lo prohibido, aquellos términos le parecían fascinantes a Miguel. Y para que nadie se enterase, se los aprendía de memoria inventando frases sin sentido cuya sonoridad hacía imborrables las palabras. «El abicáncano del campanillo bochinchea en la reanga», repetía antes de dormir. Como si rezase.

La muchacha acabó haciéndole formar parte de una pandilla con la que aprendió todo tipo de juegos populares. Y hasta se convirtió en un experto jugador de la mariquilla porque tiraba las chinas como nadie. Y a dar. En la cabeza cuando era posible. Menos a ella, claro.

¡Qué momentos!, suspiró el Remedios como si pertenecieran a su propia memoria. Entonces, añadió, Libertad era morena, regordita, de rostro afilado y ojos chispeantes. Tan grandes que cegaban a Miguel cuando los miraba de cerca. Y hacían juego con una boca enorme, de labios gruesos y sonrosados. Tan apetitosos que todos los chicos querían morderlos, no besarlos.

Se convirtió en la referencia vital de Miguel. Tanto que, dijo el Remedios, picarón, el joven se descubrió como macho siguiendo el ritmo que marcó Libertad hasta hacerse mujer. De hecho, cuando ella cumplió los trece años y supo que podía ser madre, se creó un vacío entre ambos que solo pudo suplir el instinto protector de la muchacha.

A Miguel le dolía comprobar que había empezado a tratarle con cierta superioridad y respondió con arrogancia, pero ella le bajó los humos pasándole por la cara las ciruelas de su pecho. Como sin querer. Se turbó de tal manera que, desde aquel día, la siguió como un perro.

Una noche, soñando que el roce de las sábanas era el de su blusa, se despertó desasosegado y sintió que se meaba y no podía evitarlo. Se mareó de gusto. Y entonces supo, como se saben las cosas importantes de las que no es preciso tomar conciencia, que la huella de Libertad había quedado grabada en su memoria de hombre recién cumplido. Para siempre.

En el castillo, Miguel comprobó que Alba Inés nunca había dejado de ser la mujer de su vida. A pesar de todo. De su padre, la huida, aquel dolor profundo que todavía le escocía al recordar. Incluso de Leonor.

Cuando empezó a salir diariamente del palacio, compinchado con el Piteras, iba con la pandilla, pero siempre maquinaba la manera de quedarse a solas con Libertad. Los juegos de muchacho seguían entreteniéndole, sobre todo el de la tala, en el que superaba a todos sus rivales enviando lejos el tranco puntiagudo tras hacerlo girar en el aire y golpearlo con una vara. Pero no era lo mismo. Ya nada era igual.

El débil tabique que le separaba de la infancia se deshizo un día que jugaba al escondite en la era, al atardecer, pasada la trilla. Libertad y él coincidieron sobre un carro de paja y quedaron apretados el uno contra el otro. Sus manos se rozaron y no pudieron evitarlo. Entrelazaron los dedos y se los apretaron con tanta fuerza que se trasegaron por ellos. A Miguel le creció tanto la virilidad que le dio vergüenza que ella lo notara y quiso apartarse. Pero Libertad no pudo despegar su tripa, como no podía separar los senos o las piernas, que acabaron entrecruzándose con las de Miguel.

La chica que los descubrió les salvó de la zozobra porque no tuvieron más remedio que salir de aquel nido que olía a centeno del paraíso. Miguel no sabía cómo esconder el bulto y, antes de levantarse, tuvo que hacerse el remolón sobre los restos del bálago. Cuando se irguió, seguía teniendo motivos para avergonzarse, pero Alba Inés le miró tan fijamente que se olvidó de todo y ni siquiera se dio cuenta de las risas. Se emborracharon bebiéndose los ojos y los demás tuvieron que llamarles la atención, abroncándolos, para que volvieran a jugar.

Aquel año Miguel sacó buen provecho de las vacaciones porque su padre veraneó en Donosti. En San Sebastián, que le decían entonces, abundó el Remedios. Como no había dejado ninguna asignatura para septiembre, los Piteras le dieron rienda suelta y apenas si paraba en casa para ir a comer. Le gustaba acercarse a las eras para subir a los trillos de madera que deslizaban sobre la mies, veloces, mareantes, sus dientes de pedernal. Y disfrutaba arrojándose de cabeza sobre la tibia almohada de las parvas. A la hora de la siesta, acompañado por los chicos de la pandilla, disfrutaba yendo a cazar tordos y gorriones, con tirachinas, en los olivares abrasados por la calda. Y cuando empezaba a atardecer, apedreaban ranas en las charcas del Salor.

Pero todos esos placeres, explicó el Remedios, solo eran el prelude placentero de la gloria. De postre, se encontraba todos los días, a solas, con Libertad. Quedaban donde los viejos molinos, en un edificio derruido a cuyas espaldas de calicanto crecía un juncal. Tumbados sobre aquel lecho seco, fresco y esponjoso, se les iba un tiempo que medían por la luminosidad de Venus y la intensidad del crepúsculo. Allí, como buenos amantes primerizos, se juraron ese amor eterno que no deja de serlo ni cuando se pierde porque habita en la memoria hasta la muerte. Entre los juncos, carnalmente etéreos, los labios conocieron la dimensión del universo. Y los sueños se materializaron en el pálpito incontenible de las ingles. Ella le había dicho que no la

vería desnuda hasta que se casasen. Y Miguel había fiado al tacto el deleite de los despeñaderos del placer.

Ninguno de los dos supo definir sus enajenados sentimientos. Eran tan del otro que el simple roce de la piel les desposeía, les entregaba plenamente al amado, como si un orgasmo intangible, alcanzado por infinitas caricias placenteras, convirtiera el sexo en un complemento innecesario. No fue que la sensualidad se negara a expresarse en las apremiantes humedades genésicas. Era que el deseo y su satisfacción formaban parte de un todo superior en el que la lujuria se desplazaba por los poros, la raíz del pelo, la pupila dilatada, el vaivén de los pulsos. Hacían el amor sin que el acto sexual les resultara imprescindible. Y cuando volvían al pueblo, cogidos de la mano, formaban parte de la brisa.

En su escondite de los molinos, Miguel y Libertad también tuvieron tiempo para reflexionar sobre la conflictividad que vivía Torrealba. Supieron con nitidez adolescente que su unión estaba obrando el milagro de la transubstanciación del agua y el aceite. Porque, para entonces, ya comprendían, perfectamente, que en Torrealba se estaban cavando las trincheras. Y que cada cual pertenecía a uno de los dos bandos encontrados.

Miguel tranquilizó a su chica diciéndole que él no era como su padre y que pronto abandonaría Torrealba para estudiar en Salamanca. Luego, cuando tuviese un título, le prometió, volvería para llevársela con él. Y entonces huirían a Madrid. O más lejos. «¿Me esperarás?», había preguntado, con ademán resuelto, de hombrecito. Y ella le había respondido que sí. Que siempre.

Sin embargo, los acontecimientos cotidianos y la crispación general alimentaban su presunción de que un mal viento borraría el camino y les impediría ser felices. Ambos oían las conversaciones de sus mayores, la del marqués amenazante, la del ugetista temeroso, las invocadoras de la violencia como única salida para la agresión o la defensa. El aire estaba preñado de cuchillos. Y ellos intuían la desgracia que se les venía encima con la lucidez que da el ser feliz y comprender, por el temor a la pérdida, que su fortuna no duraría mucho.

El hijo del asesino

Sentada al otro lado de la mesa, desmesuradamente hermosa, Alba Inés volvió a hipnotizar a Miguel mientras almorzaban en el comedor del castillo. Como siempre. El Remedios lo vio con sus propios ojos. Incluso desfigurada por la pena, la muchacha le arrebató los sentidos.

Dolida, contó pausadamente las desgracias que habían ocurrido en Torrealba cuando empezó la guerra. Explicó que el mismo día en que el comandante militar de Cáceres declaró el estado de guerra en la provincia, el diecinueve de julio, la Guardia Civil y los todavía ilegalizados falangistas, bajo el mando de Sebastián Delgado, «el Bizco», tomaron el pueblo y detuvieron a todos los que tenían la más mínima relación con la izquierda, sin excluir ni a los ancianos. Su hermano Luis Madruga, acompañado por su compadre Félix Puebla, un joven farmacéutico al que las fuerzas vivas del pueblo le hacían el vacío por ser un monárquico liberal, tan *rara avis*, y sobre todo porque era amigo de sus amigos hasta el final, sin que le importase su condición social o política, aprovecharon que la iglesia estaba abierta y se atrincheraron en el campanario junto a un puñado de trabajadores indignados que habían conseguido armarse con un par de fusiles y algunas escopetas de cartucho. No aguantaron mucho. Cuando cayó herido el primero de sus guardias, el cabo Domitilo Hernández le pidió al Bizco que apartase a sus falangistas del soportal, donde estaban apostados. Luego, con el tiro incesante de su fusil ametrallador y el de los mosquetones, cubrió a dos números que se acercaron a colocar dinamita en el portón. Y lo voló.

Después, siempre dando gritos, ordenó que llenaran un carro con paja y azufre y humedeció la carga con tres cubos de agua. Protegidos por el armatoste, el Bizco y él mismo lo empujaron, manteniéndolo en vilo, hasta introducirlo dentro de la iglesia bajo un chaparrón de postas. Cuando guardias y falangistas tomaron posiciones en el interior del recinto sagrado, acercaron el carromato hasta la base de los escalones que ascendían hacia el campanario. Allí, el cabo arrojó un bidón de petróleo sobre el azufre y la paja mojada y prendió fuego al carruaje.

Los incendiarios huyeron de la humareda tóxica, salieron al soportal y abanicaron el portón con sus capotes para que el humo subiera al campanario como si ascendiera por una chimenea. Las escaleras de madera ardieron también. Las llamas asomaron por el hueco de la espadaña. Algunos numantinos, medio asfixiados, saltaron al vacío y perecieron sobre el empedrado. El farmacéutico y su hermano, cubriéndose el rostro con sus pañuelos, sobrevivieron inexplicablemente a la chamusquina venenosa y siguieron disparando desde la torre, más inexpugnable cuantos más escalones desaparecían abrasados.

El cabo dijo que lo mejor era dejarlos morir de hambre, pero el Bizco sentenció que, entonces más que nunca, era imprescindible la ejemplaridad en el castigo. Así que mandó que llevaran a la plaza a todos los militantes de izquierdas que habían detenido y se dispuso a sacrificarlos de uno en uno, aunque superaban la treintena. Menos mal, añadió Libertad, que no eran más de veinte porque faltaban casi todos los jóvenes. Habían acudido a la asamblea de unificación de las Juventudes Socialistas que se había celebrado en Cáceres solo dos días antes y el golpe militar no les permitió volver.

Domitilo Hernández les hizo tirarse en el suelo, amontonados, junto a una esquina de la plaza donde podían ser vistos por los de la torre. Ahuecando las manos, para convertirlas en altavoz, gritó que si no se entregaban de inmediato los iría matando, de uno en uno, cada cinco minutos. El silencio se espesó más que el polvo. Y callaron hasta las chicharras.

El cabo no esperó ni un minuto. Tomó a un anciano del brazo y lo levantó con dificultad porque tenía las manos atadas a la espalda. El hombre anduvo a trompicones, con los ojos cerrados por el miedo. El mandamás de los guardias civiles le puso el cañón de su pistola en la sien y disparó fríamente, sin dudarlo. Le contaron que su hermano bramó como un animal y gastó todas sus balas inútilmente, disparando hacia el rincón donde se refugiaba el cabo. Desde abajo se vio cómo el farmacéutico le tiraba de la camisa y le devolvía a la zona donde no podían alcanzarle los disparos de los golpistas rebeldes. Quienes tenían el ojo fino aseguraron que los vieron hablar y que luego se besaron las mejillas. Después, justo antes de que el cabo colocase a una mujer donde pudieran ver cómo la asesinaba si no se rendían, los dos amigos se abrazaron. Gritaron: «¡Viva la República!». Y, contando hasta tres en voz alta, se desmontaron de un tiro la cabeza. Solo adelantaron, dijo con entereza Libertad, una muerte segura.

En los dos días siguientes, los falangistas fusilaron o pasearon por las cunetas de Torrealba a todos los hombres y mujeres que tenían un carné sindical o de partido. El Bizco y el cabo obedecían las órdenes de sus superiores, quienes exigían castigos atroces que fueran paradigmáticos porque pretendían sofocar cuanto antes la resistencia popular aterrorizando a la población. Algunos cumplieron con gusto su deber y, en ocasiones, se extralimitaron haciendo pagar a justos por pecadores. Sobre todo a los familiares inocentes.

Con su padre, el viejo Madruga, no se atrevieron entonces. Lo encerraron, pero no lo mataron. Y a su madre, doña Petronila, no osaron raparle el pelo, como hicieron con la mayor parte de las madres y esposas de los progresistas, porque los había traído al mundo a casi todos. En aquellos días de ira desatada, consiguieron sobrevivir. Pero Libertad, aterida por el relente de sus presunciones, dijo estar convencida de que solo era cuestión de tiempo, de que más pronto que tarde, arrastradas por la marea de la intolerancia, sus almas cruzarían la laguna Estigia sin pagar a Caronte su estipendio.

Libertad y la mayoría de los delegados torrealbeños de las Juventudes Socialistas se salvaron de la razia falangista torrealbeña porque la nueva dirección les pidió que, después del congreso de unificación con los jóvenes comunistas, se quedaran en la capital vigilando los cuarteles. Desde cinco días antes del golpe, la filtración de un telegrama que el Ministerio de Gobernación había enviado al gobernador civil, en el que se le pedía que controlase los movimientos de militares y derechistas porque se temía el estallido de un movimiento subversivo tras el asesinato de Calvo Sotelo, alertó a todas las organizaciones de izquierdas. Pero los acontecimientos se desmadraron de tal manera que, incluso antes de que Franco diera el golpe, muchos de los oradores, en la clausura de la asamblea juvenil, reclamaron a las autoridades que repartiesen armas a los defensores de la legalidad para que se defendiesen.

Alba Inés tardó en enterarse de lo que había pasado en su pueblo porque ella misma vivió enajenadamente los acelerados acontecimientos que se sucedieron en la capital. Cuando una compañía del Regimiento Argel ocupó la plaza mayor de la capital y su comandante leyó el bando en el que se declaraba el Estado de Guerra, las juventudes unificadas armaron a un puñado de militantes con tercerolas y revólveres y los enviaron a la cárcel donde las autoridades habían encerrado días antes al jefe provincial de Falange, José Luna, y a otros derechistas relevantes que colaboraban en la preparación del golpe militar. Querían hacerse fuertes en el edificio medieval de la prisión, situado donde la calle Nidos hacía esquina con la plaza de Canterías. Pretendían mantener como rehenes a los ultraderechistas mientras se desvelaba la evolución del pronunciamiento en el resto del país. Pero la Guardia Civil se les adelantó y, tras un desigual tiroteo en que se impusieron los fusiles ametralladores y los mosquetones de los rebeldes, los jóvenes se subieron al camión en el que habían llegado y volvieron a su sede.

La pequeña de los Madruga comentó que el mismo día del golpe los socialistas pacenses les informaron por teléfono de que la intentona facciosa había fracasado en Badajoz. De manera que, poco antes de que los rebeldes tomaran la ciudad, huyeron hacia la provincia hermana utilizando todo tipo de vehículos.

A ella, que mirase por dónde, le tocó viajar en un camión de gaseosas que conducía nada más y nada menos que ¿quién?, preguntó el remendero a la *doctorsita*. Pues él mismo. El asunto tuvo chiste, añadió. Porque Alicia no debía pensar que él estaba al margen del mundo porque fuera homosexual y tuviera que seguir

escondiéndose en el armario por más avanzada que fuese la República. Él también era uno más. Y estaba con los suyos, con el pueblo. Por eso, nada más conocerse el golpe, se presentó como voluntario en la sede de la Ugeté para lo que le mandasen.

Camino de Badajoz, se enteró de que Libertad era de Torrealba y, sin saber dónde se metía, comentó jovialmente que era muy amigo de alguien que de seguro conocía. Un tal Miguel de Génova, el hijo del marqués de Valdencina. Y de ahí lo del chiste, comentó jocoso. Porque cuando Libertad oyó su nombre, no paró de echar pestes contra el marquesito. Se llevó, lo confesaba, un chasco de jaque a la reinona.

—No imaginas cómo se puso —comentó el, más por viejo que por sarasa, redomado homosexual—. Decía palabrotas que yo no había oído nunca. Supongo que en castúo. Pero había que ver cómo sonaban...

Aunque sorprendido, defendió sin reservas a su amigo porque adivinó que aquel odio tenía dobladillo. Pero no hubo nada que hacer. Al principio de su relación, añadió, Libertad le miró de mala manera por ser amigo del joven genovés. Pero, claro, añadió, las desventuras que pasaron juntos acabaron encariñándoles. Y hasta hicieron buenas migas. Con uvas. De las mejores.

Un día, para acabar con los celos, tras explayarse a fondo cada cual sobre su visión de las bondades o maldades de quien había sido el único ser amado para la una y el mejor amigo para el otro, ambos acordaron que lo mejor sería no hablar de él. Y ya veía. En esas andaban todavía cuando descubrieron que era todo un Invisible. ¡Nada menos!

Allí, en el castillo, sentados los tres en la mesa larga de madera despintada, la curiosidad no mató al gato porque fue el gato, o sea él, Federico Espejo, quien amenazó con matarlos a los dos si no le contaban de una puñetera vez lo que les había pasado a cada uno. Entonces no entendía, le explicó a Alicia, por qué se habían odiado tanto antes y habían vuelto a quererse de nuevo como si tal cosa.

Miguel había mirado a Libertad como pidiendo permiso y ella, dubitativa, se lo concedió con la mirada. Por no hacerle daño, el joven no entró en detalles cuando contó el asesinato de Elpidio Madruga. Mientras Libertad asentía en silencio, recordó algunas peculiaridades que le habían impresionado cuando lo conoció, pocos meses antes de morir. Era un joven espigado y moreno. Y tenía un pelo liso tan rebelde como el alma. No podía peinárselo hacia atrás ni aunque lo ensopase con gomina. Luego destacó la importancia que tuvo su trabajo sindical en Torrealba, donde fue secretario local de la Ugeté, y comentó, con la voz quebrada por la dolorida memoria, que le llamaban el Templao. Despuntaba sobre todos los demás porque Libertad le había enseñado a leer y escribir y porque, además de valeroso, remató, sabía conducir a sus compañeros con sensatez.

Por entonces, siguió explicándole al Remedios, el mayor de los Madruga acababa de hacer la mili en Melilla y, aunque no entró en combate porque le destinaron al cuidado de las acémilas en el Cuerpo de Artillería, cuajó los arrestos necesarios y aprendió lo imprescindible sobre el uso de las armas. Los calabozos militares le

enseñaron a ser paciente y, sabiendo bien lo que se decía, supo echar un so a la pasión revolucionaria de los suyos. Proclamaba que a los señoritos había que pasarlos por las urnas, no por las armas.

Cuando su padre lo asesinó, reflexionó Miguel sin entrar en más detalles sobre el acontecimiento luctuoso, el dique de su personalidad, tan lenta y severamente construido, se resquebrajó. La inseguridad y la duda derruyeron su fe y se vio obligado a cruzar el Rubicón de la madurez sin protección ninguna, de la peor manera, atenazado por la soledad.

Los acontecimientos, matizó el Remedios, ya en Casa Manolo, demolieron el pasado de los dos muchachos y sus seres queridos. Alba Inés, recordó, tampoco olvidó nunca que después de la muerte de su hermano, su madre no podía dormir tranquila. Ni cuando se rendía por el cansancio. No se volvió loca, pero lo parecía. Era habitual que su marido y sus hijos la sorprendieran, incluso de pie, con un ojo cerrado y el otro medio abierto, transpuesta a cualquier hora del día o de la noche. Tenía miedo al sueño porque siempre que cabeceaba se le aparecía su pequeño Elpidio y le daba un beso de despedida en la mejilla, como cuando se iba a la cama para dormir. Ella sonreía. Pero luego se alejaba vertiginosamente y le decía adiós con la mano, adulto de nuevo, desfigurado horripilantemente porque le faltaba el ojo que le arrancó el morlaco.

En sus pesadillas recomponía el carro donde le transportaron hasta la puerta de su casa y contemplaba el guiñapo sanguinolento de su primogénito como cuando lo vio por primera vez, tumbado boca abajo, con los brazos recogidos bajo el torso y el cuello retorcido. Reposaba la cabeza sobre un carrillo y se le salía la lengua entre los dientes como a los corderos muertos. Su lecho era un enorme cuajarón de sangre y la ropa estaba tan desgarrada que se le veían las nalgas. Fue una visión insoportable.

A Libertad le pasó algo parecido, porque la muerte de su hermano mayor, al que adoraba, rompió la cuerda que hacía marchar el entresijo de sus sentimientos. A ella no se le incrustó en los sueños, sino en la retina. Y lo veía muerto, con el cuerpo despedazado, pero seguía teniendo el rostro completo y estaba contento, como diciéndole que siguiera adelante por él, porque continuaría estando vivo mientras ella existiera. Prefería recordarlo así porque, cuando leyó los primeros libros anticlericales, su hermano le decía que la memoria de los seres queridos era el edén donde los muertos disfrutaban su gloria percedera.

Ella todavía escuchaba, distorsionadas, las carcajadas que se le escapaban cuando el fantasma de su hermano hablaba de la eternidad. Elpidio la cogía por la cintura y la elevaba sobre su cabeza, haciéndola girar mientras le gritaba, primitivo, palmario, que nada era eterno, que no solo ellos, sino el mundo y el universo, la totalidad de lo que existía y de lo que naciese después acabaría desapareciendo. Había arado las paredes de su cuarto utilizando la navaja y dejó grabadas sobre la cal, con letras desiguales, algunas de sus ocurrencias. La de trazos más gruesos decía: «Solo morimos del todo cuando nadie nos recuerda». Después de su muerte, su hermano

Luis ocupó el cuarto y ella, Libertad, iba a tumbarse sobre su pecho, debajo de la frase, para recordarle juntos, con más fuerza. Y así lo renacían.

En el pueblo todo el mundo comprendió que no había sido un accidente. Pero el marqués, además de asesinarlo, quiso emborronar su fama y le acusó *post mortem* de haber querido robar en su finca y de haber pagado con la vida sus malas intenciones. Además, para sobreponerse a los rumores, acudió a misa el domingo siguiente y se dispuso a comulgar sin confesión. Quería demostrar que no tenía nada de qué arrepentirse. Pero cuando el cura abrió el sagrario, estaba lleno de cucarachas y se habían comido hasta las hostias. Asustado, don Dimas corrió al hostiario para coger las obleas sin consagrar y comprobó que un ejército de hormigas las había deshecho en millares de pedazos infinitesimales que arrastraban por las rendijas de las baldosas hacia las entrañas de la tierra.

Nadie creyó al marqués. Pero los guardas afirmaron que el Templao había sufrido un accidente y eso le bastó a la Guardia Civil para zanjar el asunto. Por la vía legal, no hubo nada que hacer. Ni por ninguna otra.

La diputada socialista Margarita Nelken, aunque era parlamentaria por Badajoz, acudió al entierro y aseguró que sucesos como aquel estaban quebrando la democracia española. Sin embargo, contra la fama de fogosa y combativa que le precedía, dijo el Remedios, elevó su nariz arqueada, dejó que la brisa le peinase hacia atrás la recia melena y, elevando los senos bajo la blusa de lunares, exigió a los presentes con voz firme que aguantasen, que fueran fuertes y no cayesen en la provocación. Se avecinaban, añadió, momentos decisivos en los que, sin duda, la lucha proletaria daría, por fin, sus frutos. Pero templó el ánimo revolucionario. Había que estar preparados para un enfrentamiento general que ya preconizaba hasta el mismísimo Francisco Largo Caballero. Era preciso evitar que las rebeliones espontáneas provocasen muertes innecesarias y el posterior desánimo. La tensión fue tan espesa que los presentes hubieran podido fabricar ladrillos con su rabia contenida. Pero tocaban ajo y agua. A joderse y aguantar.

Lo comprendieron todos, menos Libertad. Ella no podía pensar. Vivía perdida en su propio laberinto. Sabía que el asesino era don Alejandro y se sintió culpable por estar enamorada de su hijo. Cuando Miguel conoció la desgracia, acudió corriendo a consolarla, sin pensar en el riesgo que corría presentándose en la casa del muerto, abarrotada por los vecinos y amigos que le velaban. Pero ella ya tenía dispuestos los chuzos afilados de su mirada. Sus ojos le atravesaron nada más asomar a la calleja que daba al patio de la casa de los Madrugá. Se quedó clavado sobre los rollos de la calle, con las rodillas arqueadas, paralizadas en el ademán de dar un paso. Y no supo qué hacer. Libertad se abrió camino entre la gente. Apartó bultos negros que vestían pantalones de pana y faldas oscuras tupidas de remiendos. Fue hacia él lenta, desafiadoramente, estimulada por una agresividad tan grande como el cariño que pretendía enterrar mientras se aproximaba.

—¡Hijo de asesino! —bramó.

Pero no pudo aguantar la desolación de la mirada de Miguel, el dolor profundo que derramaron sus ojos. Y se echó a llorar. Luego, se giró y salió corriendo hacia la casa sin dejar de chillar:

—¡Asesino, asesino, asesino!

Y lo hizo sin mirar hacia atrás ni detener los insultos. Entre sollozos. Hasta que atravesó la puerta y se refugió en su habitación.

Miguel explicó tiempo después a Federico que quiso gritar que no tenía la culpa. Que él no era como su padre. Y que la quería. Pero estaba descomponiéndose sobre los cantos rodados, se había transformado en un montón de arena que se desparramaba sobre las piedras. Vestía de blanco y la transpiración que le había provocado la carrera le dibujaba en la camisa oscuros lamparones. Pero, tras el encontronazo, la desesperación hizo que el alma le bullera intensamente y acabó sudando para dentro. Sintió cómo se le abrasaban el estómago, las tripas y los pulmones. Los bronquios le estallaron por un cosquilleo semejante al que provocan las burbujas de la gaseosa en la nariz. Sintió que se asfixiaba. Y el sofoco se hizo tan prolongado que acabó cayendo al suelo.

Doña Petronila, que quiso también vilipendiarle, cambió de ánimo. Ella misma le asistió para que no desfalleciese. De rodillas, tomó al muchacho en sus brazos y le sopló en el rostro con intención de refrescarlo. Llamó a Libertad para que le llevase un pañuelo empapado en agua fresca. Pero ella no acudió porque no podía oírla. Un vecino le acercó un botijo y doña Petronila, utilizando su mano como un cuenco, le humedeció los ojos y la frente. Luego le dio un cachete y el muchacho despabiló.

Miguel se estremeció al recuperar la normalidad y ella compartió su escalofrío. Comprendió que era un ser inocente. Pero la sangre pudo más que la razón y los sentidos juntos. Le dejó tumbado sobre los rollos mientras se recuperaba y se alejó de él. Al igual que Libertad, no podía evitar asociarle con su padre, el asesino de su hijo. Era un chico inofensivo, candoroso, pero estaba marcado por el marqués. Su estigma era indeleble.

Cuando Miguel volvió a casa, tiritaba de frío, aunque las manos cicatrizadas le ardían inexplicablemente. Sentado en la cocina, con una manta sobre las espaldas, las contempló con detenimiento. Las rayas del destino se le habían hecho más profundas y la transversal, que antes le resultaba inapreciable, cruzaba con nitidez las otras dos verticales, algo menos pronunciadas. Había estudiado todo lo que cayó en sus manos sobre quiromancia, pero lo poco que había aprendido no le sirvió de nada. Y concluyó, sin atender a fundamento alguno, que la acentuación del corte representaba su destroz vital, el hundimiento irremediable en las tinieblas.

Aunque no creía en supercherías, se asustó. Fue solo un instante. Enseguida comprendió, apelando a la sensatez, que la muerte del Templo le había separado de Libertad brutal, secamente. Y pensó que los surcos de las manos, si simbolizaban algo, era la evidente destrucción de su amor.

Una vez más, por culpa de su padre, volvía a estar solo, tan perdido como cuando

nació. Pero peor. Porque esta vez era consciente de estarlo. Lloró con tanta hondura que sus sollozos rebotaron por los rincones de la casa sin que ni los Piteras ni los espantados amigos de la servidumbre se atreviesen a darle consuelo. Su padre fue la única persona de la casa que no se inmutó. Escuchó sus lamentos con tal despreocupación que le pidió al Piteras que le diera unos azotes para que llorase con motivo. Fue la primera vez que el Piteras, además de desobedecerle, maldijo a don Alejandro.

Cuando pasaron algunas semanas, Miguel intentó hablar con Libertad porque confiaba en que el cariño acabaría imponiéndose al odio. Iba a la escuela, se recostaba en un algarrobo que daba sombra a las verjas de la puerta y esperaba a que saliese. Pero ella nunca le miraba de frente. Pasaba a su lado y exageraba un ademán mohíno, lleno de arrogancia. Ninguno sabía que las piernas le temblaban al otro. Estaban luchando contra el océano de sus almas en barquitos de cartón fabricados por el convencionalismo, pero entonces no había nada ni nadie que pudiera hacérselo entender. En aquel universo descompuesto pesaba el luto más que el amor y no había manera de salir huyendo. El lastre era desmedido. Sobre todo para dos adolescentes como ellos. Alba Inés no podía dejar de aparentar su falso desprecio del mismo modo que le resultaba imposible dejar de querer a su Miguel.

La nostalgia prohibida

La vuelta a la realidad de la guerra impuso un silencio solo interrumpido por la zarzuela estridente de los grillos. El Remedios le contó a la joven que, tras el encuentro inesperado, sus amigos se habían asomado al mundo feliz que soñaron de chicos y que don Alejandro había destruido para siempre.

Alicia le interrumpió y, señalando su reloj de pulsera, dijo que ya era suficiente. Pero el búho senil rogó que le dejase concluir ese capítulo porque estaba sembrado y se acordaba de todos los detalles con precisión de relojero suizo. La joven doctora suspiró. Eran ya las doce del mediodía, la hora en que, minuto arriba o abajo, dejaban la historia, aunque en ocasiones mantuvieran un rato más otro tipo de conversaciones sobre la actualidad. Pero, atendiendo la expresión suplicante del anciano, cedió sin disgusto.

La prueba de que habían enterrado su pasado fue que Alba Inés regateó a sus sentimientos con un leve suspiro. De lo de Badajoz, precisó con la voz todavía quebrantada, lo mejor era que se lo contase el propio Federico porque había estado allí.

El anciano repitió a su Alicia la experiencia personal que le contó entonces a Miguel. Lo de Yagüe fue una atrocidad sin precedentes en la historia moderna de España. De hecho, los sucesos recordaban los bárbaros saqueos que practicaban los ejércitos medievales en las ciudades enemigas conquistadas después de una larga resistencia. La única diferencia fue que, en lugar de pasarlos a cuchillo, ametrallaron en masa a los vencidos.

Eran más de dos mil prisioneros. El horror se hizo carne en la plaza de toros y bailó la danza de los muertos sobre la arena enrojecida por la sangre de los milicianos. Los camiones subieron y bajaron desde el coso hasta las fosas comunes abiertas junto a los muros de la muralla, cerca del río, donde apiñaron los cadáveres antes de quemarlos con gasolina. El hedor escaló las callejuelas y se fundió con el de la sangre cuajada y el de la putrefacción de los cuerpos destrozados en el interior de los edificios derruidos por los bombardeos aéreos y el cañoneo terrestre.

Los franquistas negaron la matanza, pero enviados especiales de periódicos de todo el mundo dieron cuenta de ella en los días sucesivos. Había leído en un *ABC* republicano que un tal Mario Neves, periodista portugués que simpatizaba con la causa de Franco y acompañaba a sus tropas, había relatado la crudeza de la represión y que otros reporteros como el francés René Brut, que se encontraba en la ciudad cuando fue atacada, y el norteamericano Jay Allen, que acudió dos días más tarde, cifraban el número de víctimas entre las dos y las tres mil personas.

Era difícil saber cuántos soldados y milicianos habían sido ametrallados dentro de la plaza porque, en los días previos al ataque, muchos fugitivos habían llegado en aluvión a refugiarse en la ciudad. Los mandos republicanos, antes de que se iniciase el combate, dijeron que eran cinco mil huidos. Pero, sin duda, habían agrandado la cifra para insuflarle un poco de moral a la población aterrorizada por los bombardeos sistemáticos y la proximidad de los moros y los legionarios.

Cuando los hechos fueron innegables, los nacionales minimizaron la carnicería y la justificaron con la boca chica. Pretextaron que los del Tercio, dolidos por las ciento seis bajas que tuvo su cuarta bandera, la mayoría por atacar a pecho descubierto la bien defendida brecha de la puerta de la Trinidad, penetraron en el casco urbano desquiciados, ciegos de rabia, y cometieron algunas tropelías. Después, según esa teoría, arrastraron tras de sí a los regulares y la venganza se había salido un poco de madre.

Era una gran mentira, explicó Federico. El exterminio fue metódico, concienzudo. La servidumbre de las casas en que se hospedaron los oficiales franquistas reprodujo conversaciones en las que los mandos afirmaban que el teniente coronel Yagüe, jefe de la Columna Madrid, más conocida como la de la Muerte, había ordenado las ejecuciones porque no quería dejar a sus espaldas a millares de presos que, de ser liberados por el ejército republicano, volverían a constituir un ejército. Además, añadieron que Franco había dado órdenes muy claras de atemorizar a la población para que no ayudase al enemigo. El terror, advirtió el anciano, formaba parte de su estrategia golpista.

El Remedios se había salvado precisamente por la habilidad que le atribuía el apodo. Tenía recursos para todo. Y la imaginación no le dio la espalda en ese momento decisivo. Aunque sabía que los nacionales, sobre todo los moros, eran unos machistas de boñiga y el disgusto se lo podían dar por detrás, desgarró incluido, hizo patente su homosexualidad para salir del cerco. Comentó que fue lo bastante listo para no ir de maricón fino, no fuera que le confundiesen, que le perdonase Alicia, con un intelectual. Se disfrazó de loca total. Camisa blanca con chorreras, chaleco negro, pantalón ajustado de *bailao* flamenco, marcando nalgas y ocultando paquete en lo posible. Y, por supuesto, botines de tacón alto y puntera fina. Vamos, lo justo para que un barrigudo como él resultase calculadamente ridículo. Se pintó los labios de carmín, se dio rímel y hasta se tiñó el pelo de azabache sacándole rizo a las patillas porque la calvicie no le permitía filigranas. «Quedé niquelado, hecho un pincel»,

afirmó chulito.

Caminando hacia la salida de la ciudad, contoneándose por las callejuelas morunas del barrio viejo con su diminuta maleta de madera mal barnizada, dio el espectáculo. La gente lo miraba como quien ve pasar una calcomanía. Y nadie sabía si reírse o echarse a llorar porque, no obstante, su elegancia grotesca recordaba a todos que hubo un tiempo, ya perdido, de palmas y alegría.

El espeso calor del mediodía acentuaba la pestilencia. El tufo le provocó arcadas, pero no vomitó. Tuvo que contener la furia y la pena al mismo tiempo. Sentía rabia por el espectáculo insoportable de ver cómo varios falangistas, vestidos con su uniforme paramilitar, detenían a un muchacho y lo arrastraban por la acera hasta una camioneta, entre culatazos y patadas, el rostro ensangrentado. Y penó por el espectáculo repetido de ancianas que deambulaban enajenadas, a menudo con sus nietos en brazos o de la mano, preguntando al viento por su hija y su yerno, gritando sus nombres y apellidos mientras reclamaban caridad.

La sensibilidad estuvo a punto de traicionarlo cuando, cerca del último puesto de vigilancia de la ciudad, contempló los cuerpos de dos milicianos muertos, recostados sobre la pared. Un rastro de sangre coagulada manchaba el muro unos palmos arriba, donde rebotaron sus cuerpos cuando fueron fusilados. Lo que más le impresionó fue que los dos habían mantenido el puño en alto mientras cayeron de espaldas. Uno había quedado boca abajo, con el torso sobre las piernas extendidas de su compañero, el brazo en ángulo, los dedos apretados. Y el otro, con los ojos abiertos y el rostro marmóreo, parecía sonreírle a la muerte. Apoyado en la pared, caído levemente hacia un costado, mantenía el codo en alto y el puño cerrado sobre uno de sus mofletes. Los ojos se le anegaron por más que se esforzó para evitarlo. Los ocultó bajo el ala del sombrero andaluz y sacó un pañuelo. A cien metros, los legionarios que vigilaban el último control no se percataron de la zozobra porque se reían de sus pintas.

Tuvo la suerte de no haber disparado con fúsil porque, en el combate, los mandos republicanos le encargaron tirar bombas de mano y solo le dieron una pistola para que pudiera defenderse en caso extremo. Los legionarios y los regulares detenían y fusilaban sobre el terreno a todas las personas que tenían moratones en los hombros por haber disparado armas largas, fuesen hombres o mujeres. A Federico le desgarraron el chaleco y la camisa por ambos lados, no fuera zurdo, y le descubrieron el torso. Su blancura provocó la risa del grupo que le interrogaba y un legionario tan chulo como canijo le llamó guarra, le agarró los cojones con la mano mientras preguntaba para qué le servían y amenazó con cortárselos allí mismo. Los demás le dijeron, entre risotadas, que dejara de tocar los huevos al personal y, creyéndole de la farándula, pero tan patriota como bujarrón, le dejaron marchar. Sin embargo, el hideputa chincheta, contó Federico enrabietado, aun tuvo tiempo de arrearle un par de zurriagazos en las nalgas que provocaron la chanza general. Le obligó a salir corriendo, escocido en el alma y el trasero.

Alicia hizo un ademán de reírse, pero se contuvo. El abuelete se dio cuenta y

frunció el ceño de enormes cejas blancas perfectamente recortadas. Se miraron un segundo y pactaron la salida del atoramiento. Sonrieron. Lo mejor era irse ya, dijo la joven. Y esa huida permitió que el anciano dejase para el sábado siguiente el relato sobre la celebración navideña en el castillo.



Una semana después, el Remedios recordó exactamente el punto en que dejó la narración. Antes de sentarse, se pasó la mano por el culo y sonrió. Luego recuperó el discurso con un «como te iba diciendo» y explicó que la celebración de aquel solsticio de invierno sirvió para que todos y cada uno de los combatientes republicanos ahuyentasen por unas horas sus fantasmas particulares, la memoria del horror. Incluso Miguel y Libertad dejaron en suspenso la explicación que se debían.

El ánimo colectivo se impuso a las penas individuales y el festejo bombeó alegría sobre los ateridos corazones. Los platos de viandas pasaron de mano en mano, planeando sobre las mesas alargadas que se improvisaron con tablones y caballetes, vaciándose al vuelo. Se hicieron gracias mil sobre la finura del servicio y el cambio de los tiempos. Y en la imagen sepia de la historia menuda se fundieron las boinas descoloridas con las fuentes de porcelana de la Cartuja, las chaquetas de pana remendada con los manteles de hilo bordado por las monjas de clausura y los eructos de buen provecho con el tintineo mágico del cristal sonoro de Bohemia. Los más hacían chistes entre el canto y el recanto del *Himno de Riego*, versión curas y frailes, *La Internacional* y todo tipo de canciones populares sobre muleros y pinos verdes cuyas letras se habían modificado para propagar lo bien que había resistido Madrid o la zurra que le iban a dar a cuatro de los generales sediciosos. Ya era hora de volcar la tortilla, se decían. Y de que los pobres comieran en las mesas de los señores, de que los pavos fuesen para quienes los engordaban y, en fin, de que se devolviese el mundo a sus dueños, los que no habían dejado de labrarlo desde que Cristo lo fundó.

Si algún combatiente borracho y emocionado se echaba a llorar por los ausentes, le silbaban por ser un aguafiestas. Y cuando alguien comentaba algo sobre belenes y villancicos le arrojaban mendrugos e incluso las pesadas cucharas de acero, sin acudir a otros cubiertos peligrosos, porque allí no había más dios que el de la guerra contra la injusticia y sus lacayos. Y aquel dios sí que era grande. Tanto que tenía a la moral de victoria como único profeta. No había sitio para los derrotistas. «Aquí hay que venir *llorao*», gritó el Teto cuando asomaron los primeros síntomas de nostalgia. Y pegó un tiro al techo.

Una vez agotados la euforia y el alcohol, la morriña volvió a hacer de las suyas y, para huir de ella, algunos pidieron a los Invisibles que discursaran un poco. Los dos extranjeros se dirigieron a los presentes con solemnidad, para explicarles que millones de trabajadores de todo el mundo tenían a España en el corazón, soñaban con la victoria de la República y colaboraban de todas las maneras posibles en la lucha contra Franco y sus aliados nazis y fascistas. Los había, dijeron, que hasta

colocaban papeles o chapas para impedir que estallaran las bombas que fabricaban en Italia o Alemania. Otros hacían donativos en Rusia, Suecia, Canadá, Estados Unidos y un sinnúmero de sitios para que se comprasen ambulancias, alimentos e incluso las armas prohibidas por los suscriptores del pacto de no intervención. Y, como guinda, unos cuantos miles, los mejores, seguían alistándose en las Brigadas Internacionales y llegarían pronto para hacer lo mismo que ellos, combatir junto al auténtico pueblo español. El Angelet, algo bebido, pero no beodo, intervino con emoción altisonante:

—No sois solos. Plus de medio planeta mira para vosotros con admiración. Y si Pancho Villa y Lenin viviesen, carajo, estarían aquí, *a votre côté*, para ir al *combat* con *vosaltres*. *Perque* si perdéis, *toute l'humanité* perderá con *vosaltres*. Por *sa* no podemos perder. ¡No pasarán!

En medio del desconcierto general, porque apenas si le entendían, agitó el puño sobre su cabeza como si apretase el palo de una bandera invisible y gritó:

—¡Visca la República! ¡Viva el *sosialismo*!

Y ahí sí que le entendieron todos. Y todos corearon sus vivas y otros muchos que se dieron. Hasta que llegó el toque de queda y las copas consiguieron que, menos los vigías, se durmiesen incluso los que sufrían insomnio por las pesadillas.

El amor en la caverna

Poco antes de que acabase el contenido colectivo, Miguel y Libertad se encontraron con el primero de sus problemas, el de no saber ni cómo empezar a hablar de lo suyo. El segundo fue qué hacer esa noche. Pero lo resolvió Max Tadek prohibiendo que se acostaran juntos, tanto por razones de seguridad del grupo como de no se sabía muy bien qué moral revolucionaria. Miguel aseguró, cachondeándose, que era peor que un cura y a Max no le hizo gracia. Cuando empezó a explicarle que no era bueno dar la impresión de que los Invisibles andaban por ahí seduciendo a las milicianas, Miguel le interrumpió con afabilidad. Se lo llevó a un rincón de la sala, aún abarrotada, y le dijo, con sorna, que no se preocupase, que no harían cosas feas. Lo que pasaba era que tenían que contarse muchas cosas. Y sin demora. No obstante, acordó respetar el toque de queda, dispuesto para las doce de la noche, y aceptó dormir en habitaciones separadas.

Los antiguos novios salieron a pasear por el castillo, camino de la torre de las Tres Esquinas, la preferida por Alba Inés por su forma de prisma seccionado en triángulo. Las vistas eran singularmente hermosas. Desde allí podían contemplar la conjunción del cielo estrellado, las crestas tenebrosas de los cerros y el brillo plateado de un pantano de finales del siglo anterior que se extendía a los pies del castillo, justo donde el río Zapatón inundaba una profunda angostura de la sierra del Águila. Hacía mucho frío. Nubes oscuras y lienzos de estrellas rutilantes se disputaban el dominio del techo celestial. Combatieron el relente tapándose la cabeza y los hombros con gruesas mantas de lana de las que solo sobresalían sus rostros satisfechos. La brisa, ligera, araba el agua del embalse y el centelleo de las olas diminutas cantaba con ellos, en silencio, su felicidad.

Declararon no haber dejado nunca de quererse, se estremecieron recordando su alejamiento y se juraron no volver a traicionar jamás sus sentimientos. Pero sus almas ya no eran las de antes. El bisturí de los pesares había cercenado la inocencia de Alba Inés y las llamas de otra pasión seguían chamuscando las quimeras de Miguel. Abrazados en silencio, mirando ensimismados el horizonte nocturno de perfiles

oscuros, la muchacha dio gracias a su dios Naturaleza por haberle permitido recobrar a su amado, convertido en uno de los suyos. Y el joven guerrillero pensó un momento en Leonor y en que también la amaba, aunque de una forma totalmente diferente y difícilmente comparable.

El temor a los avatares de la guerra entreveró sus pensamientos como si las inquietudes interiores se atuvieran a una química común. Prefirieron no pensar más que en el presente. Tenían que olvidar el pasado terrible, el amor lejano, la vecina muerte cotidiana, todo lo que estorbase el goce del momento, la plenitud de la satisfacción que determina la felicidad, siempre tan perentoria. Era mejor no soñar. No hacía falta.

Hubieran estado eternamente así, abrazados contra el frío y el tiempo, gozando de su entontecida enajenación, si Max no hubiera acudido para avisarles de que el toque de queda había entrado en vigor. Viendo su disgusto, el dinamitero polaco sonrió y desveló un pequeño secreto de su operación militar. Tendría tiempo de sobra, dijo con picardía, de cortejar a su chica. Iban a estar allí unos cuantos días porque tenían que formar dos grupos selectos de guerrilleros y, solo cuando estuviesen listos, ayudarían a los demás a cruzar el territorio enemigo.

Alba Inés se puso en pie. ¿Podría formar parte de esos grupos?, preguntó. Y Max movió la cabeza a izquierda y a derecha. Las órdenes eran como eran. Que no le preguntase por qué. Las mujeres podían colaborar, pero no podían ser guerrilleras, explicó. Y, con un gesto afable, mostró su total comprensión a la cara de mala leche que puso Libertad.

Max permitió que Miguel dedicase el día de Navidad a recuperar el tiempo perdido en su relación con la muchacha. Y ella, que conocía bien el terreno porque llevaba tiempo en el castillo, aprovechó para llevarle de excursión por los parajes más encantadores y relativamente seguros del entorno.

Por si los fachas, siguió relatando el Remedios, el invisible se echó a la espalda un fusil Thompson, con un peine liso instalado y otro redondo enganchado al cinturón, y metió en un saco dos bombas de piña y su pistola automática. La chica prefirió ir más ligera y solo llevó revolver y un Winchester de repetición. Por si les disparaban de lejos, comentó. Para responder. «Te sorprendería ver la puntería que tengo», contó Miguel que dijo, sonriendo con cara de niña mala. Pero no le sorprendía porque recordó sus juegos adolescentes y las pedradas certeras que atizaba.

Abandonaron los cuarteles del castillo y atravesaron la barbacana para salir a campo abierto. A Libertad le hubiera gustado llevarle hasta la Casa de la Nieve, situada junto a la ermita de Rocamador, pero estaba muy cerca de Villar del Rey y podía estar vigilada. Ella había ido una vez, un día caluroso de octubre. Desarmaron a un guarda rural que la vigilaba y sacaron de la bóveda de rosca fabricada con ladrillo los trozos de hielo en que se había transformado la nieve recogida en la serranía de Béjar. El pequeño edificio de mampostería encalada era una preciosidad. Funcionaba

perfectamente, aunque tenía más de tres siglos. Le dio pena no poder acercarse hasta allí porque, de seguro, Miguel no había visto nunca nada parecido.

Tampoco se atrevió a llevarle hasta el convento franciscano de los Frailes Viejos, el que estaba en la ladera del Ojo del Diablo, una sierra cercana, pero peligrosa porque los falangistas de Alburquerque habían espabilado y hacían expediciones hasta allí. Descubrieron que algunos huidos sobre los que aún pesaba la herencia cultural cristiana se acercaban a conocer el sitio que fundó San Pedro de Alcántara, copatrono de Extremadura y patrón principal del imperio brasileño, y acudían a cazarlos casi como si fuera un entretenimiento.

Libertad prefirió llevarle hasta el alcornoque del Abuelo, un árbol anciano de copa inmensa y taumatúrgica presencia, a cuya sombra, semioculta por las retamas, se erigía una capilla diminuta que habían esculpido sobre una piedra cubierta de verdín. Allí, explicó, acudía a rezar un tal Juan de Sanabria, gran amigo de Santa Teresa de Jesús. Y aprovechó para decir que, por encima de la religión, ella respetaba la obra de esos seres virtuosos, su entrega, su generosidad. Fueron personas admirables, dijo como justificándose. Pero era innecesario porque Miguel pensaba exactamente igual.

Descansaron un rato recostados en el tronco secular del alcornoque. Contemplaron el paso de los buitres hacia los peñascos de la sierra de Santiago y la huidiza presencia de algunos ciervos asustados que pretendían acercarse a la fuente de Elvira de Vacas, donde ellos, dos centenares de pasos más allá, acababan de salpicarse mutuamente, entre risas e imprecaciones amorosas, con el agua helada.

Bajo el alcornoque del Abuelo, Miguel quiso hacerla suya, atropelladamente, pero ella le contuvo. No porque le rechazase, dijo, sino porque había tenido un sueño que nunca imaginó que pudiera satisfacer y, que le valiesen los demonios, había resuelto materializar esa misma tarde. Solo que él debía tener paciencia y aprovechar el paseo. Nunca volverían a dar otro igual, aseguró. Y lo dijo de tal modo que mantuvo encandilado al muchacho el resto de la mañana.

Tendidos sobre un lecho de helechos aplastados, le fue señalando las aves que arañaban el cielo sobre la buitreira y el castillo. Le contó que la zona era un paraíso con bosques de encina y alcornocales, con matorrales de jara y brezos. Los madroños floridos en invierno, añadió, daban fruto todo el año y los guerrilleros debían tenerlo muy en cuenta porque podía ser su único alimento durante varios días. Pero había que andarse con cuidado porque emborrachaban a cualquiera. Todavía recordaba, riéndose a mandíbula suelta, los torpes andares de un jabalí ebrio que se había dado un atracón de madroños. Ni los olió cuando lo cazaron.

Al final, Libertad condujo a Miguel por unos peñascales situados al pie del roquedal sobre el que se había construido el castillo y, en la orilla de un remanso del río Albarrajena, entre adelfas y alisos, extendió una manta sobre la hierba rala. De un morral, extrajo media hogaza de pan del día anterior, tocino fresco, una tartera de patatas con costillas de cerdo adobadas que, ¡hum!, había guisado la víspera y dos

manzanas reinetas. «A comer», anunció. «Y dale bien a la bota —ordenó—, que tenemos buen postre».

La sobremesa especial la sirvió Libertad en un plato exclusivo, incomparable, que se hallaba oculto a espaldas de Miguel. Cuando la muchacha le tomó de la mano y le hizo avanzar contra la maleza, el joven se desconcertó. Pero ella tiró de un atadizo de brezos secos y le descubrió la entrada de una cueva. Era tan estrecha que apenas permitía el paso de una persona en cuclillas, pero después se agrandaba y estrechaba a capricho, como si la corriente del agua que la formó siguiese el rastro de una enorme serpiente.

En medio de una larga galería por la que anduvieron a menudo agachados, iluminándose con dos linternas de carburo que había llevado Libertad en la mochila, ella le enseñó el relieve de las paredes. A metro y medio del suelo había unos grabados. Los surcos estaban cubiertos por una fina pátina de colada y figuraban cuadrúpedos, ciervos, un par de équidos y algo parecido a un oso. Eran pinturas rupestres. Recogían el espíritu de los primeros homínidos de la especie, la raíz, el embrión del arte, la puesta en marcha del conocimiento. Aquellos hombres, tan próximos al animal, tan primitivos, le contó Libertad, la seducían. La cueva era la barriga simbólica de la humanidad, un ámbito puro, el rincón perfecto donde ofrecer su propio vientre, por primera vez, al ser amado, dijo solemnemente. Y besó a Miguel con tal vehemencia que le hizo temblar. El joven se quedó tan desconcertado que no pudo evitar el más imbécil de los comentarios:

—¿No hace un poco de frío?

Menos mal que ella ya no se fijaba en nada. Estaba desplegando dos gruesas mantas sobre el suelo húmedo, se desabrochaba la guerrera y la camisa, se bajaba los pantalones y las bragas hasta las botas. «Date prisa, tonto», apremió entre risas a Miguel, que no sabía por dónde empezar a desnudarse. Y ella misma le desabrochó el cinturón y le tumbó panza arriba. Entre besos y achuchones, le despejó el tronco y la entrepierna y se abrazaron por fin de cuello a pies, como en el ejido de Torrealba cuando eran adolescentes, atrapándose más allá de la piel y del tiempo, vueltos a la caverna en donde el instinto conseguía suplir a la razón y deshacía a los seres en la infinitud del cosmos. En las vueltas y revueltas que dieron veían desaparecer sobre sus cabezas los dibujos ancestrales que iluminaba el carburo. Fue como si infinitas estrellas fugaces se desparramasen sobre sus pupilas y penetrasen donde la mente no podía reclamar ningún deseo porque todo el cuerpo era puro deseo derretido. Sexo y amor, el epítome del placer de la existencia, la gloria de vivir. Solo se dieron cuenta del fin de la virginidad de Alba Inés cuando el semen y la sangre, unidos, se deslizaron por las torrenteras del interior de sus muslos.

En los descansos que precedieron a las dos fusiones posteriores, Miguel se oyó decir «te quiero» como jamás lo había hecho con Leonor. Pero no quiso pensar en ello. Acogiendo el cuerpo cálido y tembloroso de Libertad se sintió dios. Era superior a todo, inexplicable, mágico, misterioso como el origen del hombre y, sin embargo,

tan sencillo, tan elemental y primigenio como el rastro de los surcos ancestrales que los rodeaban.

También ella sintió que Miguel le había descubierto, con su amor, una parte siempre adivinada, pero nunca sentida, de su condición de mujer. Cuando se enteró de la muerte de su hermano pequeño, Alba Inés se juró que no tendría hijos para evitar que interfiriesen en su labor revolucionaria y, también, por temor a que sufrieran los atroces sinsabores de la vida. Pero ahora quería tener cien, un millar. Sentía en las tripas, en cada músculo, en cada poro de la piel, el deseo de ser madre. Había pasado a ser una necesidad. Formaba parte de sí misma.

Miró la pared. La luz de la linterna iluminaba débil, temblorosamente, las pinturas. Pensó que su sueño maternal era imposible. No tenía por qué ser así, pero así era. Los seres humanos habían evolucionado y progresado gracias al sufrimiento de muchos de su especie y ella estaba destinada a formar parte de los sacrificados. Debía eliminar a ese deseo, doblegar el ansia, relegar el anhelo a la mochila de las renunciadas. Se apretó contra Miguel, los senos duros sobre el pecho tierno, besando el otro ombligo con el suyo, hincándole el pubis sinuoso, estrujando el sexo relajado dentro de su vulva posesiva.

Se hacía tarde. Pero calló. Pretendía aprovechar el encuentro hasta el hastío imposible, gozando cada instante. Podía olvidarse de todo y quedarse un rato más en ese paraíso de caricias, de besos deslizados, miradas que atravesaban el alma como la luz el cristal, que dejaban en el espíritu una brisa fresca con olor a paja de centeno, como entonces, cuando fueron perfectos bajo el manto protector de la infancia, al calor de la ignorancia. Pero el placer se deshacía cuando pensaba. Volvió a excitar a Miguel y no la defraudó. Fue una densa y compulsiva enajenación, la mejor y más larga despedida para el más inesperado de los reencuentros.

En los días siguientes no supieron dónde meterse. Desde que decidieron dormir juntos se convirtieron en el centro de la atención colectiva. Todos se reían de ellos viéndolos tan azucarados, acaramelándose a besos. No se casaron por pura casualidad. La decisión no pasó la frontera de lo ilusorio. Pero anduvieron cerca y la culpa fue suya, del Remedios. En una cálida velada junto a la chimenea de una de las casas de tapial adosadas como jorobas a las murallas interiores del castillo, disfrutando del fuego de la encina, determinó que el castillo era territorio republicano y que Mariano Flores, que todavía era el alcalde socialista de Talavera la Real, les podía casar con todas las de la ley. La idea de celebrar una boda generó una gran expectación. Y ya andaban algunos haciendo los preparativos para que coincidiese con el primer día del año treinta y siete cuando Max, otra vez, puso fin al infantilismo generalizado. No le dijo, como hubiera querido, que la celebración le parecía una tontería extemporánea. Se limitó a ordenarle a Miguel que se preparase para salir al día siguiente con un pequeño grupo, al que adiestrarían en el manejo de explosivos. Añadió que cuando demostrasen estar preparados, volarían un tren. Y que, en fin, antes de que los franquistas iniciasen la represalia definitiva, huirían hacia Medellín.

Que aprovechase. Tenían el tiempo justo. «Ya te casarás otro día», le dijo a Miguel rijoso, con acento polaco y sorna universal.

A la sombra de los mirtos

Miguel se acostumbró a meditar sobre la vida y la muerte en aquel nido de ametralladoras que dominaba la carretera y el centro urbano de Castuera. Lo hacía mientras contemplaba el pueblo, convertido en capital de la Badajoz republicana, con ojos de cernícalo, ensimismado, porque allí, por primera vez, puntualizó el Remedios, se atrevió a recordar la caída de Max Tadek al poco de escapar a Medellín. Y ese día experimentó, como nunca lo había hecho antes ni en ningún otro sitio, el indescriptible escalofrío que estremece a los seres humanos cuando recuerdan a los muertos que amaron.

El meditabundo narrador miró con ojos de búho a su carnal Alicia. En esa ocasión, dijo, Miguel pensó en el escudo heráldico de aquel pueblo y lo que decía su leyenda grabada sobre la piedra: «La muerte menos temida da más vida». Hasta entonces, Miguel paseaba en soledad por las trincheras del risco concentrado exclusivamente en los asuntos militares. Pero ese día se había fijado con detenimiento en la inscripción tantas veces leída sin darle importancia porque recordó que se cumplía justo un año del entierro de su primer jefe guerrillero. La fecha le hizo reflexionar sobre la profundidad de la ausencia que provocan los últimos adioses. Nunca más su sonrisa, se dijo, la dulzura de sus ojos, el abrazo derretido. Ni el enfado entrañable, la enseñanza precisa, el abrigo paternal.

Lo conoció muy poco. Y, sin embargo, le quiso como a un hermano grande. Era su jefe y, al tiempo, el más humilde de sus compañeros. Su personalidad le maravillaba. Recordó la razón por la que se habían conocido, todo lo que les había llevado a una compenetración como la que tuvieron, a quererse de ese modo. Y no pudo evitar hacerse la gran pregunta. ¿Qué resorte movía a un hombre a sentirse parte de los otros hasta el punto de luchar y morir en una tierra lejana por una idea universal que conjugaba la defensa de la igualdad y de la libertad? No pudo contestarse. Pero el polaco, se dijo, encarnó la respuesta impenetrable. Porque la enormidad de las miras, la generosidad del sacrificio, el combate sin más reconocimiento que el de la satisfacción propia, la coherencia nuclear entre los actos

y los principios asomaban por los ojos de todos y cada uno de los Max Tadek que llegaron como voluntarios a España. Y esa era su enigmática grandeza.

Con la mirada perdida en los campos salpicados de encinas, el azulado horizonte de las sierras lejanas, los ojos entornados por el viento frío, Miguel reconstruyó su caída y su entierro. Solo habían cometido un error diminuto que pagaron caro. Después de celebrar las Navidades, Max había organizado tres grupos de ocho hombres que hicieron las prácticas en las proximidades del refugio de la Zagala y la sierra del Potrenque. El Morao, obsesionado con la idea de volar un tren, se apropió de la caja con los detonadores y la trilita y fue el primero en aprender a colocarla en el hoyo que se hacía ex profeso en la grava, entre las dos traviesas, debajo del raíl. Al de Albuquerque le costaba cederle la arqueta al resto de los compañeros. Pero Max le hizo ver que era imprescindible que todos aprendieran.

Se entrenaron en un tramo de vía abandonado que perteneció a una empresa corchera, hacía tiempo arruinada, y utilizaron una carcasa de madera vacía. Al Morao le fastidiaba tener que compartirla y la protegía contra su pecho como si fuera el joyero que contuviera el rosario de su madre. Estaba obsesionado porque había visto la voladura de un tren en una película de vaqueros y le impresionó contemplar cómo saltaban los vagones por los aires mientras la máquina se descuajeringaba y el vapor se mezclaba con el humo. Se imaginaba lo que iba a pasar en blanco y negro. Y estaba tan emocionado que no podía ocultar sus sentimientos.

Para que no le diera un pampurrio, Tadek decidió que fuese quien se encargase de la carcasa con el detonador. Cuando al fin llegó su oportunidad, el Morao miró, destemplado por los nervios, a los dos escuchas situados en los extremos opuestos de las vías, allí donde los carriles seguían siendo visibles a la escasa luz de una luna como uña de meñique. Uno de ellos le avisó con su linterna de la llegada del ferrocarril y aplastó el fusil contra su pecho para detener el ritmo enloquecido de su corazón. El convoy, cargado con tropas y explosivos italianos destinados a la división Littorio, apareció por el final de la curva, expulsando las bocanadas de humo como un dragón rampante, invadiendo con el estruendo de su traqueteo el silencio de los búhos escondidos entre los olivos. La deflagración iluminó la noche con relámpagos artificiales y los fogonazos se sucedieron en medio del horror de las llamas que achicharraban a los soldados atrapados. Los guerrilleros, bien dispuestos, remataron con sus ametralladoras y fusiles a unos cuantos camisas negras que huían espantados de aquel caos infernal. El destrozo fue espectacular. La victoria, completa. Tan absoluta como su convicción de que, a partir de ese momento, no podrían quedarse ni un día más en el castillo.

El fallo se produjo en la elección del lugar adecuado para la voladura, a solo un par de kilómetros de la estación de Herrerueta. Aunque estaba aislada de la población, el Teto, el Morao y los demás la habían asaltado a finales de octubre del año anterior y los destacamentos de la Guardia Civil y la Falange la rondaron mucho desde entonces porque la operación fue sonada.

Cuando los extremeños relataban su hazaña, Tadek no podía creérsela. Intervinieron pasada la medianoche. Bajaron por la sierra de los Castaños hasta el puerto de Elice con una veintena de hombres. Se deslizaron cuesta abajo desde el cerro situado a espaldas de los edificios de ladrillo, por la ladera de las caballerizas y el almacén. Lo primero que hicieron fue cortar los cables del telégrafo.

Un grupo entró al andén por detrás del edificio redondo que sostenía el gran depósito del agua y se dirigió a la casa baja donde dormían los empleados. Otro, con el Teto a la cabeza, amparado por la oscuridad, tomó el apeadero y se apoderó del edificio completamente construido con listones de madera. El propio Teto asomó a la puerta de la fachada pintada de añil y, agachándose para que no le alcanzase la única luz que iluminaba el andén desde una farola, avisó al resto del grupo ululando como una lechuza. De inmediato, controlaron la salida a la carretera comarcal, detuvieron a los subalternos sin disparar un tiro y despertaron al jefe de estación. El hombre todavía seguía atolondrado cuando les llevó hasta el almacén y les entregó las llaves que lo abrían. Los huidos cargaron las bestias con una buena provisión de bacalao, arroz y chocolate y le amenazaron si no esperaba a dar cuenta del suceso por la mañana, cuando comenzaba su servicio. Era lo mejor para todos, le dijeron. Porque de ese modo, añadieron, él podría eludir sus responsabilidades sin problemas y ellos contarían con el tiempo suficiente para huir.

El hombre cumplió el acuerdo y no hubo más. Pero a los mandos militares de la región les alarmó la acción. Temieron que aquellos huidos pudieran hacer algo peor. Como volar un tren, por ejemplo, ironizó el Remedios. Y desde entonces incrementaron a tope la vigilancia sin que nadie se enterase ni pudiera avisar a los bandidos.

De ahí que la persecución, tras el atentado, fuera inmediata. Y eficaz. Los alcanzaron en la Baquera Alta, cerca de Sierra Brava, y en el intercambio de disparos cayó Max, herido en el vientre. Al principio, todavía lúcido, dijo que les ayudaría a huir. Se quedaría cubriendo su retirada mientras agonizaba. Pero comprendió que podría desmayarse en cualquier momento y pidió que le disparasen un tiro en la cabeza. Allí mismo. Y que huyesen. Era una orden. Tenían que respetar las normas, recordó. Pero nadie le hizo caso. Convencidos de que se salvaría, el Angelet le cargó a caballo sobre sus espaldas y echó a correr. Huyeron sin saber cómo.

Miguel sonrió tristemente al recordar las broncas que Max le echaba a Cargol por no abandonarle. Le gritaba contenidamente, para que no le oyera el enemigo, que debía matarle. Era su obligación, decía. Pero los quejidos se fueron desfundando, disminuyendo de tono e intensidad. Murió, desangrado, cuando bordeaban el regato del Zapatón, camino de la peña del Águila. El Angelet se dio cuenta enseguida. «Pesa más», dijo en perfecto castellano. Y comprendió que había dejado de respirar. Fue un sábado lluvioso. El veintitrés de enero. Nunca olvidó la fecha.

Lo enterraron a la sombra de tres mirtos que se habían hecho árboles en un remanso del regato, entre dos álamos y un pequeño sauce que verdeaban la orilla de

peñascos. Y sembraron la tumba de amapolas.

El sol había templado el aire y olía a paraíso. Cargol recordó el «Soneto para Hélène» de Ronsard. «*Je seray sur la terre et, fantaume sans os, par les ombres myrteux je praendray mon repos...*». Max, de seguro, dijo el catalán con tono afectado, había disfrutado poco de las rosas de la vida porque había sido siempre un revolucionario profesional. Pero su sacrificio ayudaría a que millones de jóvenes lo hiciesen en el futuro. Y ese era su premio.

No hubo más responsos. Pero allí, en Castuera, Miguel retó a los dioses de la nada y el olvido. ¡Malditos!, gritó quedamente. Y dirigió la mirada colérica hacia el tenebroso cielo invernal.

Ese polaco enterrado bajo la arisca tierra extremeña, su tierra española, arropado en la bandera roja de todos los seres humanos que habían soñado, soñaban o soñarían un mundo libre, de iguales, no se había sacrificado en vano. Permanecería en su memoria. Y puesto que todo debía perecer, hasta el recuerdo de su existencia, lo aceptaba. Pero elogiaba la vida y proclamaba la limitada eternidad de los hombres que se hacían querer. Max respiraría por sus pulmones, palpitaría con su corazón, disfrutaría de sus goces. En su alma había sitio suficiente para compartirla con todos los seres amados que muriesen. Y en ella le acogió.

Su ausencia hizo más complicado el éxodo inmediato. Pero los había entrenado bien. Atravesaron casi cien kilómetros de monte, de sierra en sierra, hasta llegar a Medellín. Eran más de ciento cincuenta personas, hombres en su mayoría. Las mujeres montaron en mulas y borricos. A los niños los metieron en los serones. Algunos guerrilleros iban a caballo. Pocos. Los mejores potros se los dejaron al grupo protector de retaguardia.

Dos columnas de guardias civiles y falangistas, extraordinariamente pertrechados para la ocasión, apoyados cuando el tiempo lo permitía por una avioneta franquista que les indicaba el camino a seguir, los persiguieron a tiro de cañón durante todo el viaje. La primera noche estuvieron a punto de sorprenderlos en el castillo de la sierra de Estena, su apurado refugio. Al final, tras superar la sierra del Pajar, donde se les incorporaron una docena de muchachos que habían sido llamados a filas por las autoridades franquistas y habían optado por el bando republicano, llegaron al río Búrdalo y lo vadearon por donde un molino trasegaba la corriente.

Los tres días de marcha acabaron felizmente cuando alcanzaron el primer puesto republicano y llamaron a la comandancia de Medellín. Un escuadrón de gubernamentales salió a cubrir la carretera de Santa Amalia más allá del puente romano del Guadiana donde los esperaba una parte de la población alborozada por la buena noticia. Aún podía recordar su propia felicidad, con Libertad atrapada por la cintura y una mano estirando la correa del fusil ametrallador que colgaba del hombro. Ella sonreía y se apretaba contra su pecho. Él le besaba el cuello. Fue un momento particularmente hermoso.

Nuevas órdenes llegadas de Madrid, dijo el Remedios, convirtieron entonces a

Miguel, como sustituto de Max Tadek, en el máximo responsable del grupo guerrillero. Una vez más, el muchacho adivinó enseguida la mano de Igor Tilkin. Solo él podía haber depositado la confianza necesaria en un chico de diecinueve años que confesaba no tener la experiencia necesaria. Los mandos habían sido bien informados por el propio Tadek sobre sus cualidades y habían concluido que convenía dar la jefatura a un español que los subalternos admiraban por ser todo un Invisible.

La primera decisión que tomó Miguel, proclamó con orgullo el Remedios, fue pedirle a él que se incorporase a su equipo como baquiano. Así que le envió con sus hombres, ya seleccionados, a que ocupasen una gran capilla barroca construida sobre los restos de la parroquia medieval de San Martín. Las autoridades locales la habían habilitado como cuartel y los guerrilleros se quejaron del olor a madera quemada que producían los restos tiznados del que debió ser un magnífico retablo. En cambio, mostraron su contento porque podían asearse como señores en la sacristía gracias a la espaciosa pila granítica donde había sido bautizado Hernán Cortés.

Aunque no hizo el reparto, Miguel se llevó la mejor parte. Por lo de jefe, claro. Se hospedó junto a Libertad en la casa de un labrador acomodado, un ferviente seguidor de Azaña que militaba en Izquierda Republicana. Le dejaron una habitación en la segunda planta, junto a una despensa abarrotada de cereales, con melones y tomates colgando de las vigas y manzanas amontonadas en un rincón. Los olores naturales se confundían excitantemente y las vaharadas invadían los olfatos desconcertados. Alba Inés y él nunca olvidaron la mezcolanza de fragancias, los dulces efluvios que atravesaban las sábanas frías bajo las que se acurrucaban.

Por la mañana, el bullicio de la plaza los envolvía porque sus ventanas daban a las traseras de la Casa Consistorial. Después de desayunar, con las del alba, les gustaba dar un paseo por sus aceras, cogidos por la cintura, y oler los naranjos salvajes que rodeaban el monumento dedicado a Hernán Cortés por sus paisanos. Entonces, destacó Federico, puntilloso, Francisco Pizarro y todos los conquistadores le parecían admirables a Miguel porque pensaba que, con solo su esfuerzo, habían ascendido de la nada a la nobleza. Y los admiraba porque, en muchos casos, arruinaron las fortunas que amasaron durante decenios con el único fin de conseguir la gloria. Eran distinguidos peñascos del gran canchal extremeño, guerreros como sus voluntarios compañeros de armas, otro tipo de milicianos. Pero al contemplar el rostro pasmado de Alicia, captó de inmediato que, confundido por la vehemencia, no se había expresado bien. Seguro que la muchacha, se dijo, no pensaba nada bueno de su amigo. De modo que, reaccionando con presteza, excusó a Miguel asegurando que años después, cuando por fin se informó bien y descubrió la tropelía que habían llevado a cabo los despiadados conquistadores, trocó en desprecio su fascinación de antaño.

Los días felices fueron tan cortos que el placer les dolió. Miguel tenía que volver a la sierra de San Pedro para acosar la retaguardia franquista con su grupo guerrillero

y a Libertad se le agotó el tiempo de gracia que le dieron las Juventudes Socialistas. En la sede local le dijeron que, como militante que también era de la rama juvenil de la Agrupación de Mujeres Antifascistas, aquella Unión de Muchachas que había creado el Pecé en el treinta y tres, tenía el deber de trabajar en la retaguardia. Libertad se había encolerizado. Ella, gritó, era una miliciana que sabía montar y desmontar una ametralladora Lewis en veinte minutos. Sabía disparar el más pesado de los máuseres y utilizar la bayoneta cuando era preciso. Ella manejaba perfectamente los explosivos y, a qué más razones, hasta había matado a un falangista en los primeros enfrentamientos de la sierra.

Libertad se rebelaba contra los nuevos aires machistas, contra las malditas insinuaciones de que las mujeres habían sembrado los frentes de enfermedades venéreas, cuando ellas sabían, y bien que lo habían experimentado en carne propia, que eran los hombres los que traían la sífilis o la gonorrea de los burdeles de la retaguardia donde acudían a fornicar como cerdos. Porque en eso de la jodienda, rediós, no había distingos. Pensaba que, salvo excepciones, los rojos eran tan cabrones como los azules a la hora de considerar a las mujeres como objetos sexuales, burras de carga sobre cuyos lomos podían descargar, impúdicamente, el saco de sus cojones. No había derecho, no, a que las mandaran a la retaguardia a cuidar niños y ancianos, remendar uniformes o fabricar perolas, a que solo las dejaran en los frentes para ser enfermeras o cocineras de trinchera. ¿Para qué se había hecho la revolución? ¿Para eso? ¿Para procrear, amamantar y criar soldados? Ella no defendía su derecho a ser igual que un hombre, porque ni era posible ni quería. Ella reclamaba el derecho a equivaler a un hombre, a poder morir luchando como un hombre, a tener más ovarios que los machos cojones. ¡Y bien sabía el universo entero que era tan femenina como la que más!

No le hicieron ni puñetero caso. Incluso Miguel, que dijo comprenderla, era partidario de que, entre comillas, luchase en la retaguardia, de que fuese un soldado en las trincheras de la producción. Los vientos iban por ahí. Y ya el diciembre pasado las autoridades habían avisado a quienes seleccionaban voluntarios extranjeros para las Brigadas Internacionales que no permitiesen el alistamiento de mujeres. La consigna de que los hombres fueran a los frentes y las mujeres a la retaguardia fue común a todas las organizaciones de izquierda, sin excluir a los anarquistas. Y ella, le explicó Miguel, tenía que entenderlo y ser disciplinada. Aunque le disgustase.

No le contó, porque sabía que la hubiera cabreado de verdad, que él prefería verla lejos de la muerte, que alguna vez, contemplando su marcha con el fusil al hombro, el embarrado mono azul, la estrella roja cosida sobre el bolsillo del corazón y su quepis sin borla, había recordado la foto de la jovencísima Lina Odena. Y se la imaginó apoyada en un pino, rodeada de milicianos muertos, sola en aquel desangrado frente granadino. Afortunadamente, su mente nunca pegaba el salto definitivo de visualizar el momento en que la muchacha de la sonrisa adolescente que mostraron los periódicos se volaba la cabeza de un disparo para no caer en manos de los moros.

Al final, las Juventudes le habían encontrado un destino que le permitiría continuar su actividad política y, al tiempo, trabajar por la victoria. Como sabía leer, la enviarían a Madrid para que recibiese un cursillo intensivo que le permitiese trabajar en una fábrica de municiones. ¿Dónde?, había preguntado. Y le respondieron que a saber. Que eso era todo.

De aquellos días de posesión intensa, a la espera de una separación cuya temporalidad no podían ni sospechar, le quedó a Miguel el único recuerdo fotográfico que tuvo de Libertad. Fue una mañana que salieron paseando hasta el castillo, donde algunas almenas se habían transformado en nidos de ametralladoras. Al volver al pueblo, se encontraron con un corresponsal de la revista *Estampa* que quería entrevistar a Miguel para que le contase la aventura de la huida desde el Potrenque. Se hacía llamar Lázaro. Era un hombre fornido, treintañero, del norte por el acento. Vestía desaliñadamente un traje arrugado, una camisa renegrida y una corbata llena de lamparones. Al observar cómo le miraba Libertad, sonrió: «Son muchos días y mucho polvo con la misma ropa, señorita».

El fotógrafo que le acompañaba, mucho más joven que él, sacudió su gabardina por contagio, avergonzado, sin que las manchas reseca de barro se le despegasen. El chaval pasó el apuro diciendo que se llamaba Fernando y les tendió la mano cuidando de que no se le cayera del hombro la funda encuerada de su Rolleiflex.

Miguel les invitó a unas gaseosas en la taberna de la plaza. Lázaro, para distender la conversación, contó el éxito internacional que había supuesto el envío a otros países de los que ya se conocían como los Niños de la Guerra. Habían salido miles, sobre todo para Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Rusia y México. El reportero, hábil, dijo que a los pequeñines que habían ido a México los llamaban los morelianos porque fueron acogidos en la provincia de Morelia y comentó, como quien no quería la cosa, que le habían dicho que había mexicanos entre los guerrilleros.

El Cambio le vio venir y sonrió. Lo sentía, dijo, pero no podía informar a nadie sobre eso. Lo tenía prohibido y no importaba quién ni por qué le había autorizado a hablar con él. Sin embargo, le explicó que los auténticos héroes del éxodo eran Hermenegildo Bautista, Francisco Correa, Aquilino Bocho y Mariano Flores. Ellos le contarían la historia desde el principio.

Lázaro replicó que ya estaba bien informado de eso e insistió en que le bastaría conocer los mote de los dos internacionales que habían intervenido o, cuando menos, su nacionalidad. Miguel le mintió. Dijo que uno era centroeuropeo y el otro, efectivamente, mexicano. Así aunaba dos continentes y hacía propaganda de la solidaridad internacional. Cosas de conspiradores, le contó más tarde al Remedios. No dijo que uno de ellos había muerto y exigió a cuantos hablaron con el gacetero que lo ocultaran porque no convenía desmoralizar a los lectores.

Por fin, como el corresponsal había oído hablar de los Invisibles, quiso saber si podría entrevistarse con alguno. Pero Miguel terminó la conversación afectuosamente y le dijo con ironía:

—Yo soy el único Invisible que verá.

La afectividad entre los reunidos junto al mostrador mugriento fue tan evidente que Alba Inés se atrevió a pedirle a Fernando que les hiciera una foto a ella y a Miguel, juntos. Pero el marqués se opuso. «Eso también lo tengo prohibido», explicó. En cambio, dijo, podía fotografiarla a ella. Para él.

El joven explicó que tendrían un problema con el retrato porque en Medellín no tenía dónde revelarlo y añadió que, de hacerlo más tarde, existía un problema aún mayor. ¿Dónde demonios se podía enviar una carta, un paquete, una fotografía, a un guerrillero infiltrado en las filas enemigas? Sin embargo, dándole vueltas, el propio Lázaro encontró la solución. Después de hacer el reportaje sobre los guerrilleros extremeños tenía que viajar a Castuera. Allí Fernando podría revelar la foto, aunque fuese en el cuartel general. Solo había que pensar dónde dejarla y que, tarde o temprano, él pudiese ir a recogerla.

Libertad lo vio claro. Tenía que ser la sede de las Juventudes. Así, si él no la recogía en un tiempo prudencial, que pusieran tres meses, ella podría reclamarla. Y, de ese modo, gracias a su organización, también podría dejarle al Marqués la dirección de su destino final, fuese cual fuese la ciudad donde estuviera la fábrica de municiones a la que le tocase viajar.

Fue una idea espléndida. Y pocas semanas después, en ese marzo del sangriento y sobrecogedor treinta siete, Miguel cosechó, por fin, los dos retratos. Eran de tamaño cartera, con los bordes recortados en arabescos. Estaban guardados en un sobre, envueltos en una hoja de papel cuadriculado que tenía escrita una dirección de Sagunto. Los retratos amarilleaban. Uno de ellos contenía un primer plano del rostro de Alba Inés. En el otro, la muchacha posaba de cuerpo entero, hermosa, enfundada en una de las faldas pantalón con las que las mujeres remedaron el uso del mono porque combinaba la exigida feminidad y la posibilidad de montar a horcajadas en las bicis o las motos sin miedo a enseñar las partes pudendas de las piernas.

La otra estampa, la del semblante en primer plano, llamaba la atención. Era el rostro exultante de una mujer que Julio Romero de Torres hubiera pintado con detenimiento, recreándose. Sus rizos morenos, la mirada profunda y asentada, la sonrisa cercana, el poderío enigmático de las facciones. Sintió que aquellos ojos oscuros le miraban intensamente y les devolvió la mirada acercando la foto a la nariz para que pareciese que estaban ahí, a este lado del papel mate. La besó.

Cuando metió las fotos en la cartera se topó con la que guardaba de Leonor. La había olvidado. Las contrapuso, un rostro en cada palma de la mano. Las quería, pero debía elegir. ¿O no? Volvió a besar la de Alba Inés antes de atesorarla. Luego enfrentó la mirada de Leonor y le pidió perdón. Rompió en dos la instantánea. Pero no se atrevió a tirarla. Se guardó los pedazos, con cuidado, en el bolsillo. Y sonrió.

La dirección de Libertad en Sagunto resultó ser vieja. Lo comprobó porque envió a Libertad una carta llena de promesas amorosas que le devolvieron al cuartel general de la Trigésima Séptima División, donde el teniente coronel Ruiz Farrona autorizó

que se le enviase los mensajes a nombre de un falso Francisco Fernández Pérez, sargento del Cantón de Malpartida. Le comunicaron oficialmente que la destinataria había cambiado de señas y que su nueva residencia era desconocida. Pensó que, una vez más, volvían a separarse pero que, en esta ocasión, el amor haría más llevadera la inevitable espera. Los dos, se dijo Miguel, volverían a encontrarse en Torrealba cuando llegase la victoria. Y entonces no existirían fuerzas terrenas ni divinas que pudieran descoser su destino común. Hasta en los surcos de las manos advertía la certidumbre de que ya eran uno.

Sin embargo, el cosquilleo en la concavidad de las palmas se transformó en picor y Miguel empezó a temerse lo peor. Cambió de opinión. Supo enseguida el porqué cuando, al poco, le llegó la otra carta. Había sido blanca, pero amarilleaba como una calavera. Miguel intuyó la oscuridad de su mensaje. La enviaban las Juventudes de Alicante. Le comunicaban que la mujer por la que preguntó días antes, Libertad Madruga, había muerto en un ataque aéreo de los italianos contra Campello, un pueblo de la costa. Dos cazabombarderos Savoia ametrallaron primero el puerto y después la Illeta dels Banyets. Ella estaba en el islote, disfrutando de las piscinas que excavaron en la roca los íberos para criar peces. Fue en verano, en el transcurso de una excursión que habían realizado las trabajadoras del polvorín instalado por el Gobierno en las cercanas cuevas de Canelobre, junto al pueblecito de Busot, a los pies del Cabeçó D'Or. Libertad había aprendido a reparar motores de aviación y trabajaba en el taller subterráneo, a la sombra de los candelabros calizos que formaban las estalactitas y las estalagmitas iluminadas por focos enormes y ristas kilométricas de bombillas.

Una amiga personal que compartió con ella la habitación narró la circunstancia con pluma desgarrada. Libertad y sus compañeras aprovechaban el cambio de marea. Ella flotaba de espaldas, el rostro al sol, dejando que el refluo la arrastrase a cuatro o cinco metros de la orilla, lejos de donde las olas reventaban contra los pequeños portones abiertos en la roca. Cuando las bombas cayeron sobre las barcas y la única batería antiaérea replicó el ataque con sus escupitajos de acero, Libertad y sus amigas atravesaron los restos del yacimiento ibérico y nadaron hacia el camino que bajaba de la torre vigía. La travesía era corta y, cuando la marea era baja, los bañistas atravesaban el istmo andando sobre las piedras y la arena. Pero los nervios les impidieron pensar cuando, inesperadamente, los Savoias decidieron ametrallar a las bañistas.

Fue como si se divirtiesen haciendo bailar en el agua a las muchachas asustadas. Mataron a cuatro. De tres se recuperaron los cuerpos dos días después. El de Libertad nunca apareció. Pero estaban seguros de que había muerto porque una compañera vio cómo un par de balas se le incrustaban en la espalda. Habían encontrado un trozo de su blusa, ensangrentado. Pensaron que las zarpas de las rocas se lo habían arrancado de los senos. Todos concluyeron que el Mediterráneo, posesivo, se la llevó mar adentro. Y él mismo, el viejo Federico, dolido por la zozobra de su amigo, lamentó

que la marea se hubiera llevado, con su cadáver, el corazón de Miguel.

De lo que sufrió el joven guerrillero, dijo el anciano adelantando los codos sobre la mesa, poco cabía decir que ella, por la sensibilidad y condescendencia que había demostrado aguantándole hasta ese punto del relato, no pudiera imaginar. Le bastó añadir que la lucha y el sacrificio, la memoria cercana de sus seres queridos, de Leonor, el Recogío, Tilkin, Angelet y él mismo, entre otros, le permitieron superar la pena de mala manera, siempre a palos con el dolor. Se lamió la herida del alma como un perro sus costras. Y la actividad sin cuento, la enajenación y el olvido provisorio fueron encalleciendo la herida. Pero no cicatrizó. Permaneció tierna, lacerante y voraz hasta que, lubricadas por el tiempo, se ajustaron todas y cada una de las piezas.

Un falso futuro

El Remedios se reservó para el sábado siguiente la historia de la oscura pero decisiva ayuda que Leonor, tras esos dramáticos acontecimientos, le otorgó a Miguel. De entrada, precisó que, para entonces, la muchacha ya solo era Mimí, al cien por cien. Tenía puesto a pleno funcionamiento su burdel de lujo y vivía en él de manera habitual. Para que Miguel no se enterase, pidió a su madre y a don Benito Gorostizaga que le siguieran la corriente y dieran a entender que vivía con ellos. Incluso trasladó un baúl con ropa y llenó los joyeros abandonados.

Dadas las circunstancias, explicó el Remedios, el joven guerrillero se había sincerado totalmente con su amante. Le confesó que nunca había querido a nadie como quiso a Libertad. Y aclaró que también la quería a ella de verdad, aunque fuera de una manera diferente e indefinible. Si tuviera que resumirlo en un ejemplo, afirmó, le confesaba que daría la vida por las dos. Pero eso, Leonor, era lo que había.

Aunque sintió celos, se volcó en ofrecer a Miguel los cuidados que necesitaba. Le amó más que nunca. Quizás, reconoció más tarde al Remedios, la ocultación de su nueva putañera realidad, el temor a lo que sucedería cuando Miguel se enterase de su traición, hizo que sus actos y sentimientos fueran más apasionados y favorecieran el engaño. Sin querer, concluyó, fue lo mejor para los dos. Y no lo decía por miedo, Federico, sino porque se había preguntado muchas veces qué no hubiera sido capaz de hacer su Miguel en aquellas circunstancias de haber conocido la verdad. Contra ella, contra sí mismo, contra todos.

Cuando Vilajoana y ella montaron el negocio en el chalecito cercano al caserío de las Cuarenta Fanegas, explicó a su viejo amigo, el mundo se había invertido por completo. Pero todo era igual. O casi. Muy parecido al menos. En lugar de los aristócratas, los ricachos o los obispos, acudieron al burdel los burócratas, los altos cargos políticos, los mandos militares, rusos con muchos dólares, algún que otro especulador, los artistas, pintores, plumíferos de lujo, toda la marabunta de oportunistas, vendedores de armas, espías, quebrantahuesos, y los mil y un ladrones de almas que se apuntaron a la guerra. Entre los pudientes, los poderosos de por

hache o por be mantenían a su esposa y sus amantes como antes de la guerra. Pero, de vez en cuando, buscaban también los picos pardos. Porque se vivía a tope. Como se moría. Incluso los hombres de honestidad sincera, aquella mayoría de héroes humildes, combativos, ansiosos de cambiar el mundo, aunque solo fuera porque no había otra elección, porque era eso o nada, se refugiaban en el pecado cuando tenían las pesetas suficientes. Y otra vez, a espaldas de la bondadosa moral proletaria, de las feministas que combatían la prostitución, de los buenos gobernantes, porque también los había, y muchos, quien más o quien menos se protegía del frío entregándose a las manos de una pajillera o combatiendo el aliento de la muerte en la cama de una puta de lujo. Según el bolsillo. Se había cumplido la máxima de Jaume Vilajoana de que las prostitutas, como el comer, eran imprescindibles.

Pero si el mundo no había cambiado en eso, lo hizo mucho menos en los negocios. Había mucha gente decente que habría bombardeado «La Mansión de Mimí», como era conocido aquel prostíbulo, si hubieran sabido dónde apuntar con sus cañones. Por eso Vilajoana compró a un tal Alfonso Corominas y el policía se llevó un tercio de los beneficios, a pachas con ambos. No era un cualquiera. ¡Ni mucho menos! Era el número dos de Ángel Pedrero en el Servicio de Información Militar. Y los defendió con la energía que derrocha el interés más que propio.

Fue fácil porque, durante la guerra, la corrupción se enquistó en el aparato del gobierno republicano con la misma facilidad que se había instalado en el de Burgos. Pedrero había sido el segundo jefe de la Brigada de Investigación Criminal que dirigió Agapito García Atadell en los primeros meses del conflicto. Ya entonces empezaron mal y algunos mandamases se taparon la nariz y miraron para otro lado cuando se conocieron algunas de sus tropelías, incluidas las que cometieron contra dirigentes socialistas y anarquistas aprovechando las divisiones internas y apostando por el postor que iba a ganar.

La brigada de Atadell hizo famosa la checa que instaló en un palacete del paseo de la Castellana. Era su sede. Los agentes fueron vituperados por sus métodos crueles. Incluso por el propio gobierno republicano. Pero su poder lo acallaba todo. Su red de chivatos, formada por centenares de serenos y porteros de fincas, fue su mayor tesoro. En todos los sentidos. A mediados de octubre del año treinta y seis, García Atadell huyó a Marsella con la fortuna que había acumulado tras saquear centenares de viviendas y oficinas abandonadas por los millonarios madrileños o por los quintacolumnistas paseados. Allí vendió el botín y organizó la marcha hacia las Américas. Pero cometió un error inexplicable en un jefe de los servicios secretos tan bregado en malicias. El barco en el que viajó hizo escala en La Palma, una pequeña isla del archipiélago canario que gobernaba Franco desde el inicio de la conflagración civil. Fue detenido con uno de sus cómplices y, tras ser trasladado a Sevilla, le agarrotaron vilmente. Hasta los republicanos aplaudieron la sentencia. Y con las orejas.

Cuando huyó su jefe, Pedrero heredó el control de los servicios secretos

madrileños. Pasó a ser, oficialmente, el comandante de los espías del ejército del centro después de que el sazonado ministro de la Defensa, Indalecio Prieto, dispusiera la creación del nuevo servicio de información militar, conocido como el SIM, en agosto de mil novecientos treinta y siete. Corominas llegó entonces al cargo y, apostilló el Remedios, no resultó difícil adivinar por qué tipo de cualidades le eligió Pedrero.

El anciano añadió que la convivencia fue un poco jodida porque el malaje de Corominas montaba orgías de órdago y las liaba de mete pan y moja en el agujero, que está calentito. Aunque nunca llegaba al orgasmo, nadie sabía por qué, al final siempre descoyuntaba la marrana empecinado en acostarse con Mimí. Pero ella le dejaba hacer y se las apañaba para librarse lo más pronto posible del mandrulo.

Fue un follón porque Vilajoana no podía soportarlo y amenazaba con pegarle un tiro cualquier día de esos. A ella le daba la risa floja cuando lo veía enfurecido porque le tenía cariño y, sobre todo, porque aquel embrutecimiento infantil halagaba sobremanera su coquetería visceral. Pero sabía con certeza que el empresario catalán era un cobarde. Con todo, para evitar problemas, por si acaso, Mimí le mentía, intentando convencerle de que ya no amaba a nadie. Ni a Miguel. Y mucho menos a ese guindilla.

Lo malo era que, con una copita de sobra, el chuleta no se lo creía. Y entonces, con ser tan listo como era, y tan culto, tan por encima de la media, *si épatant, le top du panier*, que decía él, la ingestión del veneno de los celos le transformaba en el mayor de los tontos. Se mostraba grosero, chabacano. Y había que pararle los pies de mala manera, por la fuerza.

Por lo que respectaba a Corominas, la cosa nunca llegó a mayores. Incluso borracho, Vilajoana sabía que aquel hampón era capaz de cualquier cosa. Pensaba, con fundamento, que podía matarle como a un escarabajo, delante de todos, y nadie rechistaría. El policía tenía podrido el corazón y Vilajoana le temía más que un labriego al pedrisco. Tanto que cuando Corominas, enfurecido por cualquier sinrazón, decidía ir a por él, acudía corriendo a Mimí porque sabía que solo ella podría protegerlo parándole los pies con sus encantos. Todo el mundo sabía que en lo suyo, el sexo, seguía siendo incomparable. «La *mejó*», ironizó castizo, sorprendiendo por completo a Alicia por su imitación de un pueblerino. «Como Iniesta en el *fútbol*».

Era la hostia, añadió tajante. ¿Qué decía? ¡La rehostia! Mientras hacía el amor enternecida, melosamente, precisó el Remedios arqueando las cejas, exhalaba la fragancia de un bebé. Esa combinación de elementos acrisolaba el placer que ofrecía a los hombres y la elevaba a la divinidad. En la comunión carnal, su lecho era el hostiario donde guardaba las diminutas y placenteras obleas en que se transformaba la túnica de su piel. Y a quien se las ofrecía perdía la razón. Por eso, apuró el Remedios, los hombres se le entregaban por completo, se rendían, dóciles, enajenados. Los exquisitos, los salvajes, los torpes, inteligentes, guapos, monstruosos. Todos. Daba igual la condición, su pedigrí. Eran los cerdos de la piara

de Circe. Y los trataba como a tales.

En su desprecio por el género masculino solo había dos excepciones claras, la de Miguel y la de don Benito. Y una miniexcepción extraña, la de Rafael Menoyo, a quien, para ocultar su condición, llamaba Ginés. Por don Rafael sentía más respeto que cariño. Pero quería quererle. Y eso le bastaba.

Ginés vivía en la mansión, ocupando una buhardilla adecentada en la que solo permitía la entrada de Mimí. Ni siquiera Vilajoana sabía su secreto, aunque lo sospechase. El hombre tenía sus motivos. El cuarto estaba lleno de crucifijos y cuadros de santos, algunos de auténtico valor. El oro de las cruces y algunas pinturas, por sus autores, constituían una auténtica fortuna. Y aquel cristiano afable era su único guardián.

De no haber sido por Mimí, lo habrían matado. Y ella, sin saber por qué, lo presumía. Más tarde supo que había sido un obispo influyente, con mucha mano. Tanta como le había otorgado el máximo representante de la diócesis, don Leopoldo Eijo Garay, quien le tenía por amigo. ¡Nada menos que el ilustre e influyente don Leopoldo! «El recopón», dijo con solemnidad el relator.

Haciéndose pasar por un sirviente notorio de la *madame*, su camarero personal, había salvado el pellejo. Todo el mundo sospechaba de él por su forma de ser y sus vestimentas oscuras. Era de estatura mediana, delgado, elegante. Y abusaba de los ademanes contenidos, precisos, esos gestos reverenciales que ejecuta quien está acostumbrado a decir misa, a sostener lo divino entre sus dedos. Cantaba un poco con las camisas grises, los trajes de paño negro, los zapatos, los calcetines, todo haciendo juego. Como si fuese un cura inglés, que decía Mimí cuando le pedía que cambiase de ropa para disimular. Pero él respondía que no era necesario porque Dios y ella sabrían protegerle.

A Dios se le supuso. Pero Mimí, desde luego, cumplió satisfactoriamente su papel de hada madrina. Por unos mimos de más, el mismísimo Corominas respondió por don Rafael. Y se acabó la broma. A un agente ruso que se extralimitó con él le pegaron una descomunal paliza los escoltas del subjefe del Servicio. «Es un cura, un quintacolumnista», había gritado el soviético en perfecto castellano, echando mano a la Stechkin que escondía en la sobaquera. Y los espías españoles le respondieron que como si fuera su puto padre. Le achantaron, sin compasión, abriéndole la cabeza con la culata de sus Astras.

De romances y patatas viejas

Miguel fue llamado a Castuera para que participase en un curso que había organizado la Escuela Popular de Guerra y de nuevo, cómo no, anduvo Tilkin por ahí. Esta vez le había reclamado como asesor para las clases de estrategia guerrillera porque el Marqués, como le apodaban entonces, era un pequeño mito.

Pocos conocían su nombre, su origen o su grado, apuntó el cronista. Por aquellas fechas, todavía se ignoraba su militancia comunista y los anarquistas y los socialistas le tenían por uno de los suyos. Pero todos los guerrilleros extremeños y de más allá, incluso los jefes del Decimocuarto Cuerpo de Ejército, con Domingo Ungría a la cabeza, conocían sus méritos. Y no solo elogiaban su efectividad o su valor. Lo que más admiraban era su capacidad de sacrificio, su entrega a los demás. Aunque algunos de sus comportamientos no les gustasen un pelo. Especialmente el hecho de que jamás abandonara a un compañero herido en contra de las severas reglas de la guerrilla.

El Cambio decía que eso de suicidarse para no caer en manos del enemigo estaba muy bien, pero que cuando él volvía a por un herido siempre llevaba una bala en la recámara para sí mismo, por si también caía. Así, el comando nunca corría peligro. Pero no daba por perdido a un hombre hasta que tenía la certeza de que estaba muerto. Y, si podía, lo enterraba.

Le balearon tres veces en la espalda y una más en la pierna por volverse atrás, porque se la jugó para sacar del fuego enemigo a los malheridos. Y se había corrido la voz de una hazaña especial, aquella ocasión en que llevó a costas un cadáver durante más de seis horas. Quienes le acompañaban se lo dijeron: «Está muerto». Pero él les respondió que no estaba seguro, que sentía su corazón latiendo sobre la espalda. Los sesos se le salían por las orejas. El cuerpo resistía por rutina. Miguel no se enteró ni quiso darse cuenta. Los demás no podían entenderlo. Pero él pensaba en Max Tadek y Cargol. Y en que nunca se sabía.

El mismísimo Xanti, de acuerdo con Tilkin, había exigido su presencia en el cursillo para promover la leyenda. Era un héroe sin nombre. Un ejemplo a seguir.

Cosas de la propaganda. Pero también tenía una razón personal. Nadie lo supo porque era inimaginable que un agente secreto del ejército soviético cediese a sus sentimientos. No se enteró ni Paulina.

Lo reclamó porque aquel iba a ser su último servicio en España. Debía volver a Moscú solo unos días después y probablemente no regresaría nunca, aunque tuviese la suerte de seguir viviendo. Quería despedirse de aquella especie de ahijado en que se había convertido el joven extremeño. Había seguido sus pasos e incluso se encontró con él en Castuera unas cuantas veces. Acabó queriéndolo como a un hermano pequeño, quizás como al hijo que, según supo el Remedios muchos años después, pudo haber tenido con aquella muchacha circasiana de elevado linaje a la que renunció tras la guerra civil rusa, su primer amor. Cuando quiso casarse, el partido le obligó a elegir entre la joven aristócrata y la militancia. Y escogió el partido. Pero Xanti jamás olvidó a la bella cherkessa que le hacía recorrer a caballo casi cien kilómetros diarios, desde el cuartel hasta su casa, solo para cortejarla. Luego, con el alma lijada, se había malcasado con una buena mujer de su etnia y llegó a tener una hija justo antes de viajar a España. Pero en la patria de las pasiones encontró a Paulina. Y a la tercera había ido la vencida.

El Remedios explicó a la joven MIR que las consignas disciplinarias se habían endurecido desde que el doctor Negrín sustituyó a Largo Caballero tras los sucesos de mayo del treinta y siete, cuando los comunistas consiguieron acabar con los anarquistas y los filotrotskyistas del POUM en Catalunya y Aragón. El otrora anticomunista Prieto se avino a colaborar con los responsables del Pecé y se hizo con el Ministerio de la Defensa a cambio de asumir muchos de sus criterios, en especial el de convertir al Ejército Popular en millares de disciplinados espartanos. El nuevo ministro llamó a filas a dos reemplazos anteriores al treinta y uno y tres posteriores al del treinta y siete, movilizó a más de un millón de hombres y creó tres nuevos ejércitos perfectamente jerarquizados. Uno de ellos fue el Séptimo de Extremadura, en el que se había organizado la convocatoria de espías.

La Trigésima Séptima División tenía su cuartel general en Castuera y allí se había organizado un cursillo de capacitación técnico militar para los mandos de los servicios de información del ejército que debía realizarse a mediados de octubre. Miguel tenía que asesorar al teniente coronel Antonio Bertoméu, quien debía exponer a los oficiales, sargentos y jefes de pelotón los criterios básicos del funcionamiento de los servicios de información. La tarea, en contra de lo esperado, le permitió disfrutar de dos balsámicas semanas de descanso.

Mámsurov también aprovechó la estancia para despedirse de otros combatientes internacionales que estaban allí, destinados en el recientemente constituido Decimocuarto Cuerpo de Ejército Guerrillero que él mismo había ayudado a organizar y que estructuraba militarmente, por fin, a todos los grupos que ya funcionaban extraoficialmente en los frentes de Andalucía, Extremadura, Centro y Aragón. Negrín aceptó lo que Largo Caballero había rechazado porque la ayuda

soviética era determinante. Y en septiembre, cuando cayó el norte, incluso permitió que el extinto Decimocuarto Cuerpo de Euskadi cediese la cifra a las guerrillas.

Al principio se habían creado escuelas oficiales de capacitación guerrillera en el pequeño pueblo valenciano de Benimamet, en el barcelonés de Pins del Vallés y en Villanueva de Córdoba. El uno de octubre, indirectamente, el *Diario Oficial* confirmó que el Pecé había copado la dirección de la nueva formación militar cuando se publicó que el comisario político sería Pelegrín Pérez y que los jefes de las dos divisiones que componían el nuevo cuerpo de ejército eran los comandantes Manuel Cristóbal Errandonea y Luis Bárzana, todos comunistas. Durante los cursillos, el propio Tilkin informó a Miguel, extraoficialmente, de que le ascenderían al grado de sargento y que, al terminar el curso, le destinarían a la base que el Decimocuarto Cuerpo había instalado en Talarrubias, junto al río Guadiana, por donde el balcón de la Siberia. Allí mandaría sobre dieciséis hombres, más que algunos tenientes.

La asistencia al cursillo le permitió a Miguel, además, conocer a una de sus más admiradas personalidades, Ernest Hemingway. Lo quiso, como siempre, la casualidad. El afamado autor de *Adiós a las armas* había viajado a Castuera para hacer un reportaje sobre el frente extremeño y se topó inesperadamente con Mámsurov, a quien ya conocía. En realidad, lo que pretendía era encontrar, por razones personales, a una joven guerrillera. Y saber de las personas que la rodeaban para que le sirvieran de arquetipos literarios en su próxima novela.

El hallazgo casual del osetio le vino de cojón de mico, como dijo el Remedios. Xanti ya le había contado en Valencia, unas semanas antes, la forma de actuar de los minadores republicanos. Lo hizo a disgusto, por obediencia a Mijaíl Koltsov, el corresponsal de *Pravda* que, como ya le había dicho a su interlocutora, había enviado personalmente Stalin a la guerra de España.

Hemingway había empezado a documentarse para escribir una obra que ayudase a comprender en todo el mundo la lucha antifascista que se libraba en las tierras españolas y Koltsov, amigo y admirador suyo, decidió que fueran el osetio y el maestro Stárinov quienes le informaran sobre el comportamiento y los métodos de aquellos héroes que se jugaban la vida detrás de las líneas enemigas.

A Xanti no le gustó Hemingway porque apestaba a alcohol, lo que desagradaba profundamente a su educación musulmana. Hizo mil reproches y hasta se negó, en principio, a darle datos concretos. Pero la presión de Koltsov, que asistió a los primeros encuentros para traducir las conversaciones del francés al ruso, fue decisiva. Xanti sabía muy bien que el corresponsal influía directamente sobre el Papaíto y, en consecuencia, sobre todos sus superiores destinados en España. Era mejor hacer lo que decía.

Koltsov le pareció a Miguel, por lo repeinado hacia atrás, lo aseado y lo sabihondo que resultaba con sus gafas redondas de carey, un pedantesco estudiante universitario. Era un hombre bajito y en apariencia, solo en apariencia, quebradizo. Porque ejercía de analista feroz y destripaba intelectualmente a un general o un

almirante con la precisión de quien ejecuta la vivisección de un sapo. Por su comportamiento de erudito desvalido, cualquiera podía pensar que actuaba guiado por los resortes más altruistas y solidarios de los que fuera capaz la «*intelligentsia*» bolchevique, pero no había nada que se distanciase más de la realidad. A sus treinta y nueve años, comentó el Remedios, despectivo, Koltsov era la expresión perfecta de la nueva generación de burócratas soviéticos, una lúcida mente y una buena pluma puestas al servicio del dictador, uno más de los que pensaban que esa era la mejor manera, y la única, de invertir su sobrada inteligencia en beneficio propio. Pero eso fue lo malo. Que pensaba.

Miguel conoció a Hemingway en una casita baja de los arrabales de Castuera. Xanti le invitó a una merendola de despedida que celebró el grupo de sus amigos guerrilleros la noche anterior de su partida hacia la retaguardia enemiga. En la cocina, el jefe del comando tomaba un té espeso que habían comprado en la botica. Le decían el Mexicano y el Cambio supo, tiempo después, que en la indolente realidad de los archivos bautismales era tocayo suyo. Se llamaba Miguel Julio Justo y era un indio de Morelos, buen revolucionario, que se curtió, siendo un crío, en las tropas de su paisano Zapata durante la Revolución mexicana. Fiel a Emiliano, siempre al grito de «Tierra y libertad», se hizo experto en explosivos. Y el uso incesante de la dinamita, con el tiempo, le dejó medio sordo.

Fue evidente que Mámsurov y él habían hablado del marqués porque, entre expresiones comedidas de «¡qué bueno, manito, que nos conozcamos!» y otros giros de charro pobre, le contó que había sido él quien preparó a Pere Cargol, «el Angelet», en el manejo de la dinamita. Por eso el gitano catalán hablaba un castellano tan chungo y despotricaba siempre en mexicano. «¡Tiene el corazón más grande que la barriga!», dijo Miguel Julio Justo sin elevar el tono ni hacer aspavientos, siempre más indio que mestizo.

Xanti le dio a Hemingway la dirección de la casa donde estaban y allí se presentó sin avisar. Fue bien recibido, aunque a todos les desagradó el ardor apestoso de su aliento. Una petaca de plata llena de Johnnie Walker, el güisqui que le agenciaba en Madrid, nadie sabía cómo, su amigo Sydney Franklin, un extorero profesional de Brooklyn, le deformaba el bolsillo de la gabardina. Y el destilado le arrugaba la entonación, abiertamente patosa. Era un fantasma, un auténtico creído. En el lomo de la licorera había grabado: «Para EH, de EH». «Con dos... letras», que dijo el Remedios alargando intencionadamente el paréntesis de los puntos suspensivos. Lo dicho. Un presuntuoso.

Todos conocían y admiraban a ese hombre pretendidamente bonachón que tanto estaba ayudando a la República con los fondos que recaudaba y, sobre todo, con su propio prestigio personal. Se quitó la boina y alisó el áspero bigote negro. Bajó la cremallera del jersey de lana gruesa, verde centeno, y descubrió un cuello ancho y el comienzo del pecho, donde asomaban, entre rizos oscuros, algunas canas alborotadas. Finalmente, acercó las botas de soldado a la hoguera que avivaba el caldero de presas

con tomate y estiró el pantalón para ocultar los calcetines de algodón, más tiznados que sucios.

Aunque no era buena hora, por la intimidad de la cita previa a la entrada en combate, los guerrilleros compartieron con él los tiernos bocados de cochifrito y unas migas que habían guisado a fuego lento la cocinera y su ayudanta. A la guisandera la llamaban Shura, el diminutivo de Alejandra en ruso. Fue Max Tadek quien le puso el mote, en homenaje a una amiga moscovita. Tenía más de cincuenta años y era morena y sarmentosa, baja de estatura, pero firme como el tronco de una cepa vieja. A cada lado de la cabeza, dos hileras de canas le recordaban sus penas más grandes. La primera, porque las tropas de Queipo mataron en Triana al único hombre a quien amó en la vida, un granadino sufrido y silencioso que descargaba fardos en los malecones de Sevilla. Y la segunda, porque la columna franquista de la muerte había fusilado en Santa Olalla de Huelva al hijo de su vientre y de su alma, un humilde carpintero socialista. El pobrecillo estaba enfermo, pormenorizó el Remedios. Andaba curándose de una pulmonía y por eso no huyó. No hizo ni podía hacer nada, estando en la cama como estaba, disputándole la vida a una fiebre lapidaria. Pero lo levantaron y, en pijama, sin más, se lo llevaron a las tapias del cementerio.

El escritor tomó apuntes de ella. «*She'll be called Pilar*», anotó.

Casualmente, la pinche María era la muchacha que buscaba Hemingway. La llamaban Marusia de forma cariñosa, también por prescripción bautismal del buen Max Tadek. Shura la quería como a una hija porque se había quedado huérfana. Y la mimaba porque sabía que, desde la niñez, había trabajado como una esclava, de cigarrera, en una fábrica de tabacos sevillana. Tenía un hermano pequeño y, para ir a verlo al orfanato de la Sevilla ocupada por Franco, se alistó como voluntaria en el destacamento de Miguel Julio. El mexicano le dio el visto bueno sin vacilar porque era hermosa y se prendó de ella nada más conocerla. El hombretón de Illinois había adivinado enseguida los sentimientos del dinamitero. Escribió en la libreta: «*Mexican, the dead*». Y una línea más abajo: «*María, Jordan's lover*».

Fue una pequeña venganza. En la novela, María se pirraría por un dinamitero estadounidense llamado Robert Jordan. Y lo haría tan locamente como lo había hecho, en la realidad, de un joven norteamericano llamado Tom a quien Hemingway había conocido en persona. Koltsov le había contado la triste historia del valiente compatriota pelirrojo que luchaba como un guerrillero enamorado y por eso había buscado a la muchacha. Esa noche, inesperadamente afortunada por el hallazgo, recordó que cuando Tom le contaba la relación con María, sus ojos eran chisqueros encendidos y que hablaba de Miguel Julio ciertamente enfurecido. Decía que el mexicano era más falso que un dólar de latón.

No era así. El problema, aclaró el Remedios a la confundida Alicia, fue que el mexicano bullía por dentro como el mismísimo Popocatépetl. No logró imponerse a sí mismo la filosofía del camarada Stalin de que lo personal no debía interferir en lo colectivo. La de que lo importante era la guerra, vencer por encima de todo. Le

resultó imposible dominar su encelamiento y lo manifestó por caminos oscuros. Con el tiempo, las broncas entre el mexicano y el estadounidense provocaron su expulsión del comando. Las cosas eran como eran, aceptó Hemingway. El mexicano era el jefe y, por tanto, imprescindible. Y Tom solo fue otro de los muchos jovencitos valientes de las Brigadas Internacionales. En eso Hemingway era un hombre pragmático. Tenía bien aprendida la lección más importante de la vida. Aunque siempre aspiraba a ganar, sabía perder. Y asumía las derrotas. Al menos, las ajenas.

Koltsov le contó que Tom acabó muriendo en el frente del Norte y que María se emparejó con su jefe. La muerte del amado destruyó sus sueños. Ya no había revolución, ni socialismo, ni esperanza alternativa que acolchase alguna ilusión. Por eso respondió a las crueldades de la vida con luto breve y corazón de yesca. Se esforzó por satisfacer a los demás con la pobre gracia de los payasos tristes. Y el presente fue para ella tan evanescente como el ayer o el mañana. Se emparejó con el mexicano porque solo quería que un ser humano la cobijase. Y ahí estuvo, estaba y estaría Miguel Julio Justo. No había más.

La espinita de Joad

A media merienda, cuando anocheía, se incorporó al grupo el guerrillero que faltaba, dijo enigmáticamente el Remedios. Lo hizo como si hablase de un fantasma o algo parecido. Le apodaban el Largo, añadió, y en el falso pasaporte norteamericano con el que viajó de Nueva York a Figueras constaba oficialmente como Jesús Manso. Pero a él no le importaba darse a conocer cuando estaba entre amigos porque la justicia de los Estados Unidos le perseguía por haber matado a un policía y decidió no volver nunca a su país. Se llamaba Tom Joad y había nacido en el *dust bowl*, la polvorienta Oklahoma. Fue un *okie*, sí, un desheredado más. Y no encontró la tierra prometida porque no existía. En California, donde fue con su familia a buscarse la vida cuando un banco les expropió sus tierras, recibió salarios de hambre, desprecio y muchos palos. Así que, cuando le abrió la cabeza a un guardia defendiendo a los explotados, pensó que se lo merecía.

A él no le gustaba juzgar a la gente sin conocerla bien, pero estaba seguro de que, atizándole al poli, no se había equivocado. Nunca oyó hablar de ningún madero decente. Pensaba que la mayoría de los guardias californianos, qué decía, de toda Norteamérica, del mundo entero, eran hampones que se escudaban detrás de una placa, mercenarios de pistola y cancamusa, cancerberos de ricos. Renegados. Era como en España, explicó el Remedios a la joven *doctorsita*. En tiempos de Franco, a los grises los llamaban, despectivamente, desertores del arado. O sea, que eso.

Alicia se rio. Que largara de una vez, dijo. Y él añadió enseguida que, según contó Miguel, Joad llegó un poco achispado, pero solo un puntito. Y el güisqui que le dio su compatriota, tan estimado como difícil de encontrar, acabó de rematarlo. Miguel Julio aseguró que nunca hablaba tanto. «Será porque está con usted y le admira mucho», le comentó a Hemingway, entre sorprendido y despreocupado. Porque sabía que las moñas, aunque poco habituales, apenas le afectaban. Y siempre sin quebranto.

Escuchando al mexicano, el Largo sonrió. Porque sí, era cierto que admiraba a Hemingway de verdad, ¡quién no!, dijo, pero tenía un reparo que hacerle, una espinita

clavada en el ánimo.

Dejó en suspenso el reproche. Gesticulando como si apartase una vaharina de alcohol, miró a los ojos del novelista y le contó, inescrutable, que él había ido a España a luchar por el futuro, un mundo que solo se podría construir desde la sinceridad. Dolido, recordó que charlando por última vez con su madre, después de matar a un guardia rompehuelgas, le había dicho que los hombres no tenían alma propia, sino el trozo de un alma universal. Por eso, cuando ella le preguntó antes de huir que dónde iría y qué iba a ser de él, había respondido que estaría en todas partes, donde quiera que mirase, donde hubiera un matón pegándole a un hombre, entre los gritos de la gente enfurecida, en la risa de los niños que tenían hambre, pero confiaban en que la cena estuviese preparada.

Su madre le recomendó que huyera a una ciudad grande, a San Francisco tal vez, para que no le encontrasen. Pero las circunstancias le llevaron a Manhattan, el ombligo del mundo. Un socialista que le ayudó a escapar hacia el este le contó que en sus puertos siempre había trabajo. Como estibador. Y allí se fue. Ilusionado. Pero, claro, tampoco era verdad.

La gente, incluso la mejor intencionada, reflexionó en su nombre Federico, acostumbraba a usar con ordinariéz las grandes palabras, esos términos totalizadores, absolutos, que no reflejaban ni podían reflejar la realidad. Perpetuamente, nunca, todo o nada, el cero y el infinito. Eran oquedades, agujeros vacíos, abstracciones. La realidad se zurcía con pequeñas palabras, conceptos diminutos, dubitativos y humildes.

En Nueva York sufrió la tropelía de las colas que formaban los parados para ser seleccionados, como estibadores de jornada, por los hampones de los sindicatos. Y siguió pasando hambre, aguantando la miseria, soportando los vergajazos de la fortuna esquiva. Por eso, al final, aunque decían que estaban organizadas por los comunistas, ¡qué más le daba a él!, se había alistado en las Brigadas Internacionales. Un compañero de penalidades que militaba en las filas socialistas le llevó a las oficinas del Comité Central del Partido Comunista, en el piso noveno de la calle Doce Este. Y cuando fue aceptado como voluntario, aprendió a desfilar, a puerta cerrada, en el Ukranian Hall de ocho manzanas más abajo.

Como el resto de los noventa y seis primeros voluntarios que partieron de Nueva York el veintiséis de diciembre del treinta y seis, Joad pasó por el castillo de Figueras, donde las autoridades republicanas acogían a los internacionales que cruzaban ilegalmente la frontera francesa. En la fortaleza catalana comprobó que casi la mitad de los brigadistas norteamericanos y más de un treinta por ciento del total de los internacionales eran antifascistas de origen judío. Temían a los nazis y odiaban a Hitler con fundamento. Le llamó la atención porque los había de docenas de nacionalidades y, aunque el castillo era una auténtica torre de Babel, muchos se entendían entre ellos utilizando una vieja lengua que llamaban yidis.

Joad cogió una naranja de la canasta que había sobre la mesa. Cuando salió de

Figueras, descubrió su sabor agridulce. Se estampó para siempre en su memoria como un sello. No sabía pelarlas y, al principio, se las comía sin quitarles la cáscara, a bocados. Cuando el tren en el que bajaba hacia Valencia, camino de Albacete, se detuvo por temor a los bombardeos, pasaron horas aparcados en las vías muertas, a la espera del visto bueno para reiniciar la marcha. Decenas de ancianos, mujeres y niños les llevaron cestos de naranjas para agradecerles su solidaridad. Gritaban «¡Viva Rusia!». Y cuando arrancaba el ferrocarril, levantaban sus pañuelos y les tiraban besos. Los despedían con el puño en alto.

Contó que los primeros días en Albacete, a las órdenes del borracho y enloquecido comandante Harris y de su segundo, el capitán Bob Merriman, fueron demenciales. El Batallón Abraham Lincoln daba pena. A menudo, las peleas se convertían en tumultos incontrolados que detenían los consejeros soviéticos disparando tiros al aire. A él se le grabó en la memoria la figura alta y gruesa del preboste André Marty cuando les arengó en la plaza de toros la noche que partieron al frente para sumarse a la Decimoquinta Brigada. Recordó que allí mismo, al foco de los camiones, les entregaron los *mexicankis*, aquellos grasientos fusiles Remington que habían sido utilizados en la Revolución mexicana, y los cascos franceses de *poilu* que sobraron de la Primera Guerra Mundial.

En Morata de Tajuña, su primer destino, los cuatrocientos veintiocho combatientes americanos fueron recibidos a bombazos. Los Caproni arrojaron sus tarjetas de visita casi a vuelo rasante y él, novato como todos, asustado, echó a correr sin saber hacia dónde, olvidando que lo mejor, como le habían enseñado, era tirarse al suelo. Sin embargo, el temor a la muerte le demostró que su vida, entonces, tenía más sentido que nunca.

En la batalla del Jarama, la primera, se le endureció el pellejo y se le ablandó el corazón. Cuando ocuparon las trincheras el quince de febrero, nada más llegar, estaban preocupados porque los británicos les habían contado, con intencionada mala leche, que tenían que defender una colina que llamaban del Suicidio. Nada menos. Menudo nombre. «¡Toma ya!», le dijo a su boquiabierta interlocutora.

Esa colina existía, pero no era la suya. Estaba a menos de mil metros. Y en ella, tres días antes, eso sí era verdad, los legionarios y los moros destruyeron por completo a la segunda compañía que formaban los voluntarios británicos. Los *jodíos* aprovecharon la niebla y se acercaron cantando *La Internacional*, puño en alto. Cuando los internacionales se dieron cuenta, era demasiado tarde. Los marroquíes saltaron dentro de las zanjas y los aniquilaron. Fue una degollina. Murieron ciento cincuenta hombres. Solo hubo un superviviente.

Les tomaron el pelo. Por novatos. Pero Joad dijo que no les dio ni tiempo para cagarse encima. Al batallón americano le asignaron, de inmediato, su propia colina del Suicidio. Como no tenían ni picos ni palas, estrenaron su primera noche cavando la tierra helada con sus bayonetas y sus cascos. Y en esas trincheras, por disparos de los francotiradores enemigos, cayeron al día siguiente los primeros voluntarios

americanos.

Solo fue un aperitivo. La prueba del valor les llegó dos semanas después, en otra cota cercana. El Ejército Popular lanzó una ofensiva en medio de una niebla pegajosa, espesa como cendal de lino. Cuando se disipó, cerca de las diez de la mañana, Joad vio un cielo gris que surcaban, tan acelerados como ralentizados en su retina, infinitud de cazas que se ametrallaban entre sí y que bombardeaban a los soldados y los vehículos sin distinción de bandos. Merriman, en contra de su propio criterio, obedeció las órdenes de los jefes y obligó a sus hombres a salir de las trincheras. Avanzaron sin protección. Los ocho milímetros de las balas que disparaban las ametralladoras Fiat segaban las cepas de las viñas y destripaban hombres y terrones. Los brigadistas dispararon sin cesar, enajenados. Los fusiles ardían. Joad se quemó los dedos cuando cogió el arma por el cañón para huir por pies de las balas explosivas que estallaban sobre su cabeza. Tuvo que joderse, dijo. Y aprendió.

En toda la jornada solo vio a un soldado enemigo. Estaba muerto. Una bala le había entrado por un ojo y lo había tendido pecho arriba sobre una hilera de surcos. Llevaba una camisa azul y creyó que era un falangista, pero se equivocó. Más tarde supo que pertenecía al batallón fascista del irlandés Eoin O'Duffy, cuyos voluntarios habían sido instruidos en Cáceres por oficiales alemanes.

Otra carnicería. De los más de cuatrocientos soldados iniciales del Batallón Lincoln, a los que se habían sumado el día anterior otros sesenta voluntarios que acudieron a combatir con sus ropas de paisano, solo quedaron ochenta. Murieron ciento veintisiete, más de doscientos resultaron heridos y los demás desaparecieron. Joad contó que los brigadistas nunca perdonaron el desastre, por más que también le hiriesen en un hombro, a su desacertado capitán. Desde entonces le apodaron Murderman.

Hemingway, Miguel, Xanti y los guerrilleros asistían como hipnotizados al relato de Joad. Cuando acabaron el güisqui, alguien sacó un *brandy* tan malo que lo tomaron mezclado con café. El brigadista *okie* siguió explicando que aquella batalla le dejó marcado. Se sentía orgulloso, pero estaba cansado. Había estado meses peleándose con los piojos en las trincheras del Jarama antes de acudir, en julio, a los campos de Brunete. Y si creyó que las jodiendas de la guerra que había experimentado eran insuperables, se equivocó de medio a entero. Allí, en Brunete, les esperaba lo peor de lo peor. El calor y el agua corrompida provocaron una diarrea general y él, como todos, tuvo que descoser la culera de los pantalones porque no le daba tiempo a bajárselos cuando le entraban ganas de cagar. Tras la batalla, no quedaron más que doscientos cincuenta soldados aptos para el combate, tan pocos que fusionaron dos batallones en uno y le llamaron el Lincoln-Washington.

También había sufrido lo suyo en la peor de las batallas, la de Belchite. Pero allí, por primera y última vez hasta el momento, le hirieron lo justo para pegarse la gozada de conocer el hospital norteamericano de Villa Paz. El doctor Edward Barsky había instalado aquel paraíso en las afueras del pueblo conquense de Saelices, cerca de

Tarancón, en el linde de la carretera de Madrid a Valencia. Era un vergel por el que vagaban enfermeras hermosas, ángeles de bata blanca que atendían a los descalabrados como si hubieran sido elegidos por los dioses en vez de por las bombas y las balas. En medio de los trigales tardíos que rodeaban la estancia, recuperó un poco la alegría y cantó a pleno pulmón, casi feliz. No lo hacía desde muchos años atrás, demasiados. Y volvió a sentir, dijo, esa especie de enajenación orgásmica que experimentan los niños cuando juegan a lo que sea.

Guiado por un bango, la nostalgia le llevó de la mano y canturreó, con otros convalecientes sureños, las baladas solidarias de los tiempos en que la gran depresión descompuso el mundo. Las más famosas, aunque no las mejores, eran *Brother, can you spare a dime?*, y *Pennies from heaven*. Daba gusto compartirlas, comentó. Solo se calló una vez. Fue cuando los demás cantaron a coro el *I wanna go home*. Se le atoraron las cuerdas vocales porque él no tenía casa a la que regresar.

En Villa Paz aprendió la última letra del *Jarama Valley*, la canción que acabó convirtiéndose en el himno informal de la brigada estadounidense. Conocía trozos de la balada original, la popular *Red River Valley* de los mineros irlandeses. Había escuchado cómo la cantaban algunos brigadistas del grupo de Frank Ryan en la versión heredada de sus abuelos y recordaba de manera singular la tristeza con que la entonó un muchacho del batallón británico Saklatava poco antes de morir en Lopera: «Ven, ponte a mi lado si quieres, no tengas prisa para decirme adiós, pero recuerda el valle del río rojo y al chico que te quería tanto».

Joad había memorizado la primera estrofa de la versión que inventó el escocés Alex McDode en las trincheras de Arganda mientras combatía, pelo a pelo, contra los marroquíes, como llamaban irónicamente a los piojos. El «*There's a valley in Spain called Jarama, that's a place that we so well for it's there that we wasted our manhood and most of our old age as well*» había cambiado los dos últimos versos. Se cantaba una variación elegíaca que decía: «*For it's there that we gave of our manhood and where most of our dear comrades fell*».

El Remedios, que sabía algo de eso, miró a Alicia y comentó que esa composición fue la definitiva. Según le contaron Chema y Mariés, una pareja de amigos periodistas radiofónicos del barrio de La Latina que anduvieron buscándola cuando viajaron por los Estados, era la recogida en la grabación que cantaron Woody Guthrie, el irredento y legendario intérprete de los vagabundos y desheredados, y el gran Pete Seeger, a quien ese día acompañó nada menos que Tom Glazer. Sus amigos le dejaron escuchar una copia del vinilo que grabó Moses Asch en el cuarenta y dos, el *Songs of the Lincoln Brigade*. Los suertudos, para su contento, la habían conseguido en una vieja tienda de Nueva Orleans cuando buscaban discos de los músicos que emigraron a Chicago después de que las autoridades les cerraran el barrio de Storyville en el diecisiete. Una joya.

Durante aquel año de combates incesantes Joad había visto de todo. El mundo, dijo, se puso del revés. Los grandes hombres exponían sus miserias al sol y los

miserables se comportaban como auténticos héroes anónimos. Los borrachos, despreciados por todos, acabaron siendo los combatientes más sacrificados.

Debió de ser muy divertido, según el Remedios. Los vinos turbios, de quince o más grados, frescos por el cántaro o la alcarraza, tumbaban incluso a los grandes trasegadores. Pero los torcidos, los cojos, como apodaban a los beodos, acabaron formando parte de batallones disciplinarios que demostraron un valor sin límites.

Hemingway interrumpió a Joad para decirle que conocía a muchos bebedores de la compañía de los Pioneros, donde habían destinado, en primavera, a los dipsómanos de la Decimocuarta Brigada. A esos no se les consideraba torcidos, sino incorregibles. Los mandos pretendían reeducarlos, pero fue imposible. Conoció bien a su jefe, Jaques Vaillant, por sobrenombre «Coco». Era un chulo de putas. Literalmente. Ese sí que no tenía remedio.

Joad los defendió. En el frente fueron tan valerosos que acabaron siendo exterminados. En la retaguardia eran un desastre. Por la noche, para no tener que fusilarlos, los dejaban marchar del campamento con sus garrafas al hombro. Nadie sabía cómo se las apañaban, pero volvían llenas de vino. Uno de sus miembros, al que apodaban Charlot, le confesó que, para sobrevivir, necesitaba cinco litros diarios de buen tinto. Sin ese lubricante, se justificó, el cuerpo le chirriaba como una carraca. No daba ni un paso.

Hacía unos días, el mismo sábado que empezó el curso de Castuera, contó Joad, los Pioneros habían dado una buena muestra de su valentía en la Cuesta de la Reina, al noroeste de Aranjuez. Los enviaron contra los nacionales, cruzaron las alambradas a bomba de mano limpia, cayendo, levantándose, recurriendo a las bayonetas cuando se acabaron las balas, tirando piedras, desgañitando los gaznates y aullando vivas a la República. Vociferaron como auténticos beodos. Pero ebrios de valor. Cayeron en masa. Allí murieron el comisario Blondeau, el alférez Blechmidt, el permanentemente degradado sargento Muller, el soldado Tonelete. Y allí acabaron los Pioneros. No quedaron borrachos ni para formar un pelotón.

Ejemplos así, dijo Joad, demostraban que la victoria era posible. El Ejército Popular redimía a los hombres, sacaba lo mejor que había en ellos, su heroicidad oscura, anquilosada, su secreta grandeza. Y, si no, que se fijasen los presentes en el caso del capitán inglés George Montague Nathan. Joad le conoció como comandante del batallón que recogió a los supervivientes de la Lincoln y el Washington. Pero había empezado mandando por las buenas. Se presentó en Albacete vestido con un traje de gala del ejército albanés y aseguró que tenía el grado de coronel. Cuando Marty se enteró de la estafa, lo envió directamente al calabozo y no lo fusiló porque se le olvidó ordenarlo. Sin que nadie supiera ni cómo ni por qué, salió enseguida y mandó una compañía. Luego, su serenidad en el combate, manteniéndose en pie mientras dos Savoias Sparviere ametrallaban a sus hombres en Lopera, le procuró un ascenso rápido.

Fue una celebridad. No había británico o norteamericano que ignorase su

esnobismo y sus tendencias homosexuales. Para sus detractores era un pederasta. Para sus admiradores, un homosexual clásico, amante de adultos jóvenes. Nada más. O nada menos. A elección. Lo importante, decían todos, eran su valor y sus dotes de mando. Su pipa, su cuidada vestimenta, la costumbre de tomar el té a las cinco aunque lloviesen balas y la decisión de no llevar armas ni en combate alimentaron su fama de extravagante. Hubo un momento en que todo el mundo se tomaba a risa el hecho de que, en lugar de soldados, llamase *ladies* a sus hombres. «*Come on, ladies!*», gritaba para que abandonasen las trincheras y atacasen. Y aquellos hombres hechos y derechos, de pelo en alma, salían como locos a morir por Nathan y la República.

Le admiraban hasta los comunistas. Aunque, por si las moscas, nunca le dejaron entrar en su partido. La excusa fue que un grupo de voluntarios, veteranos del IRA, quiso ejecutarle nada más llegar porque había sido un oficial de los Black and Tan del ejército británico en el veintiuno. Nathan negó que hubiera sido pistolero en aquella banda de asesinos de Dublín Castle, formada por oficiales del servicio de información de la Corona. Y juró que no había tenido nada que ver con los crímenes de los dos lord Mayor del condado de Limerick. Pero no le creyeron. Lo único cierto fue que, al final, se había dado de baja en el ejército británico y desde entonces se había ido a dar tumbos por Canadá y los Estados Unidos viajando de polizón en los trenes de mercancías, como un vagabundo de manual. Vamos, subrayó el Remedios, como Lee Marvin y Ernest Borgnine en la película *El emperador del norte*, aquella tan famosa de Robert Aldrich. Era magnífica. Una antología de los pordioseros. Y si no la había visto, la tenía que ver. Dos años después, terminó diciendo, volvió a Londres y trabajó como carnicero y de portero en unos grandes almacenes. Hasta que acabó en el paro y, desesperado, terminó alistándose en las brigadas.

Vino, contó Joad, dispuesto a perder su vida perdida y se reencontró consigo mismo. Tuvo la mala suerte de que la esquirla de una bomba de aviación acabase con él en Brunete. En el hospital de campaña, sus jóvenes ayudantes cantaron mientras agonizaba. Le enterraron en un desnudo ataúd de pino que iluminaba la estela de una luna triste. Un soldado cinceló su apellido en la roca donde había recostado la espalda cuando cayó herido. Lloró sobre cada letra.

Miguel interrumpió a Joad para abundar en la tesis de que el nuevo Ejército Popular podía ganar la guerra. Contó que había asistido a un recital del poeta Miguel Hernández, el cantor del pueblo que sembraba la libertad con la simiente de sus versos. Aquel sí que era un comunista de verdad. No como otros, dijo.

El Remedios explicó a su joven amiga que menos mal que Miguel supo callarse y no continuó. Había intuido hacía tiempo que sus profetas eran falsos, pero no sospechó que también lo fueran sus poetas. Y empezaba a dilucidar que los únicos de pura cepa eran Miguel Hernández y Antonio Machado, comentó el búho senil. No como esos cobardes de Alberti, Neruda y todos esos fanfarrones que escribían como ángeles, sí, pero no eran buenas personas. Nunca comprometían su culo por nada ni

nadie. Aceptaban las mentiras de Stalin a sabiendas de que lo eran y aplaudían sus crímenes para garantizar su bienestar personal. Al menos, Hernández y Machado fueron humildes. Los engañaron o se dejaron engañar, qué más daba, porque deseaban cambiar el mundo de verdad. Y desde la verdad. Por eso renunciaron a los privilegios.

El Remedios se limitó a recordar la anécdota que se había corrido por Madrid del desplante que les dio el de Orihuela a los señoritos de mono azul, como acabó llamándolos. Fue en la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas de Madrid, el palacio de los Heredia. Llegó del frente de la sierra, jodido, y vio los restos de la comilona que Rafael y sus amigotes acababan de meterse para el cuerpo. Ni siquiera se sentó. Se dirigió a un encerado colocado en el fondo, tomó la tiza y escribió: «Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta». La única mujer presente era María Teresa León, la compañera de Alberti. Se acercó corriendo y le dio un puñetazo que le rompió un diente. Al poeta, todo había que decirlo, le dolió lo suyo.

Miguel, siguió el Remedios, le dejó una acotación literaria sobre el arte y los artistas. Escribió que, a los ojos del Cambio, Miguel Hernández y Rafael Alberti, esos dos extraordinarios cartógrafos del espíritu humano, simbolizaban el anverso y el reverso del comunismo español. El marinero de butacón representaba al estalinismo, a la burocracia rampante, los dioses paganos de la dirección aparatista, los hombres todopoderosos que, con sus mentiras, se habían apropiado del arma más eficaz de la tierra, el sueño liberador de los hombres, su deseo de igualdad, la capacidad de sacrificio por un género humano que les resultaba carnal, no una abstracción teórica sobre la que construir, con sangre, dictaduras falsamente igualitarias. En cambio, el compañero del alma, compañero, aquel que cantaba como un ruseñor subido a un fusil en medio de las batallas, personificaba a los currantes, los campesinos, a los maestros de escuela, los intelectuales humildes, incluso a los pequeños propietarios que vivían de su trabajo sin explotar ni a un aprendiz. Era la encarnación de la base del Pecé y, por extensión, de los seguidores del Pesoe y de la Ceneté, de la izquierda republicana, todos esos hombres transformados en milicianos, héroes anónimos que se ofrecían a la muerte y al olvido por amor al prójimo, a los suyos.

Por eso cuando acabó la guerra, anotó el Cambio, Hernández intentó huir con sus compañeros derrotados, por Huelva, hacia Portugal. Y por eso mismo no estaba con Alberti en el aeropuerto de Monóvar desde donde los cuadros dirigentes del partido huyeron en los últimos dragones hacia Francia o Argelia. «Yo me marcho a mi pueblo», se cuenta que dijo cuando no supo qué hacer. Como todos los derrotados. A dar la cara. A perderla si así tenía que ser. Mirando de frente, no al cielo ni al suelo. A pastorear la cebolla de su hijo.

Gente como Miguel Hernández, sentenciaba el Cambio en su escrito, era quien hacía que en el mundo no hubiera tropas iguales a las del Ejército Popular. ¿Dónde se había visto nunca en los frentes que los poetas alimentasen como curas el ánimo de la

soldadesca? ¿Cuándo la intelectualidad universal se había decantado por un bando de manera tan inequívoca? Los romances sobre la guerra se extendían por doquier, la cultura se hacía machete, las metáforas se disparaban como balas de cañón. Eran tiempos en los que la lírica se fundía con el acero.

Pero ¿sabía lo que le decía?, le espetó el Remedios a Alicia. Pues que Miguel, en eso, se pasaba de repajolero. Él mismo recordó cómo en plena guerra, en el periódico *La Voz*, se publicaron las certeras palabras de un poeta madrileño que ocupaban los titulares de portada. «Mucho cante heroico, mucha literatura bonita, pero de comer ¿qué? Cambiamos un saco de romances por medio kilo de patatas».

La muchacha se rio. Pero, para sorpresa del narrador, le replicó de modo inesperado que en su corta experiencia como lectora había comprobado que siempre era necesario separar la obra de arte de la personalidad cotidiana del artista. El hombre más malvado del mundo, dijo, podía componer el verso más hermoso jamás escrito. Pese a su juventud, acababa de leer nada menos que una monografía de Georg Lukács sobre el arte literario que le había recomendado un amigo periodista. Se llamaba Abel Ruiz, por si le sonaba. Y el Remedios la dejó cortada diciéndole que sí. Pero apenas. Porque era de los que andaban por allí, en la Peña del Manolo, con don Pepe Acosta. Solo habían intercambiado unos pocos saludos. Y más de cortesía que otra cosa.

El libro era un tocho. Así que se lo había leído a trozos, para qué engañarle. Pero se quedó con una frase que le impresionó. Tanto que la llevaba apuntada en el bloc de notas de su móvil. La buscó manejando sus dedos veloces, mágicos a los ojos del anciano. La leyó: «En la experiencia estética, el artista o el contemplador se distancian de sus yos usuales para convertirse en sus yos esenciales». O sea, concluyó, que cuando un artista componía una obra de arte, fuese literaria, musical, pictórica o de cualquier otro tipo, conectaba con lo genéricamente humano, expresaba un sentir universal que retrataba la condición humana. «En lo bueno, lo malo y lo regular», comentó. De ahí que los demás se identificasen con los personajes inventados. Eran más humanos que sus propios creadores.

El Remedios se dijo que joder con la niña. Y pensó que debía ser eso lo que explicaba que un aristócrata como Tolstoi fuera capaz de interpretar el mundo campesino con la sensibilidad que lo hizo. O que Neruda elogiase a Stalin después de haber escrito los más bellos poemas de amor en castellano. O que, en fin, el gran Louis-Ferdinand Céline, que encima era médico, cometiese la canallada de colaborar con los nazis después de haber escrito en su *Viaje al final de la noche* un texto como este: «Os lo digo, infelices, jodidos de la vida, vencidos, desollados, siempre empapados en sudor; os lo advierto: cuando los grandes de este mundo empiezan a amaros es porque van a convertirnos en carne de cañón».

Pasó un ángel. El silencio envolvió unos segundos al narrador y la doctora. Y el Remedios huyó retomando el relato. Allí, en Castuera, la distensión duró un suspiro porque Joad, animado por las palabras de Miguel, acabó destapando el reparo que le

ponía a Hemingway. Dijo, congelando el aliento general, que no entendía por qué se había enfrentado con su socio John Dos Passos cuando investigó la desaparición del profesor José Robles Pazos. Se comentaba, añadió, que la desaparición del traductor había roto su gran amistad y que nadie sabía a ciencia irrefutable lo que había ocurrido. Era muy extraño. A no ser que... Pero el novelista no le dejó terminar. «¿Que qué?», gritó fuera de sí, haciendo ademán de abalanzarse sobre su interlocutor.

Antes de responder airadamente a una insinuación que ni siquiera había llegado a plantearse, solo con escuchar aquel nombre, el grandullón se había retorcido sobre la silla de enea hasta forzar el crujido de sus nudos. Había apretado los puños y miraba torvamente hacia las brasas. Estaba a punto de estallar, pero controló su furia. Pensaba en lo que todos decían a sus espaldas de que se dejaba halagar por los comunistas, de que le habían seducido con sus atenciones y que, por eso, miraba hacia otro lado cuando cometían alguna tropelía. No era verdad. Dos Passos, respondió enfurecido, era un nihilista traidor, un intelectual de mierda, un pequeño burgués diletante de Chicago con una mente muy estrecha, la del hijo de emigrante portugués que nunca había dejado de ser. Era un hombre incapaz de asumir los cambios que experimentaba el mundo. En París, cuando fue a verle hacía unos meses porque se volvía desilusionado a los Estados Unidos, le había preguntado si estaba a favor o en contra de la República y se había encogido de hombros. ¡Qué desfachatez!

Era evidente que el escritor hablaba a la defensiva, con resentimiento. El alcohol le impedía disimular. Los presentes le miraban entre sorprendidos y asustados por su comportamiento. Pero Joad, firme, había hincado los dientes en su cuello y no soltó la presa.

Algunos amigos americanos, entre ellos la mismísima Josephine Herbst, a quien el cronista aventurero conocía muy bien, habían contado a unos compañeros de la Lincoln que no era el mismo hombre desde que discutió con Dos Passos. Dijeron, aseguró Joad, que la bronca estuvo a punto de salpicar a todos los miembros de la sociedad Contemporary Historians, la productora de la película *Tierra de España* que el holandés Joris Ivens acababa de rodar en Fuentidueña del Tajo. Al final, solo el novelista de Illinois retiró su colaboración. Orson Welles y la dramaturga Lillian Hellman, la compañera de Dashiell Hammett, colaboraron para que no se perdieran las demás aportaciones.

¡Menos mal!, reconoció el Remedios. Porque esa película dio mucho dinero a la República gracias a una gira veraniega que Hemingway hizo en los Estados Unidos recaudando fondos. El éxito fue tal que el presidente Roosevelt y su señora asistieron a una sesión privada del film en una sala de la Casa Blanca. No sirvió para que el gobierno norteamericano ayudase a la República, pero sí para prestigiar la causa.

Más tarde, en la mansión que Fredric March tenía en Beverly Hills, se celebró otra proyección para famosos. James Cagney, Robert Montgomery, Edward G. Robinson y Dorothy Parker, quienes ya habían demostrado su solidaridad con la izquierda española aportando sumas considerables de dinero, se libraron esa vez. El

papel de nuevos contribuyentes les tocó a simpatizantes como Ernst Lubitsch y Francis Scott Fitzgerald. Charles Chaplin, que acababa de hacerse rico tras el éxito de *Tiempos modernos*, una película que todavía se anunciaba en las carteleras de la bombardeada Gran Vía madrileña, no dio ni un centavo. Simpatizaba con los republicanos, pero era más rícano que gracioso, lo que ya era decir. Una rata pesetera.

Joad no se arredró. Adelantó la barbilla y estiró la gran cicatriz de la mejilla izquierda. La nariz rota se acható levemente. Los ojos mostraron suficiencia. A lo peor, espetó a Hemingway, no respetaba la vida de los hombres porque estaba acostumbrado a escribir sobre ellos como si él fuera Dios y los demás fueran piojos. Tal vez se creía superior al resto de la humanidad y por eso se llamaba a sí mismo Hemingstein. Y tal vez por eso, también, le quitaba importancia al traductor español de *Manhattan Transfer*.

Xanti se removió tan indiscretamente en la silla que también chirriaron las juntas. Recordaba a Robles. Su cuerpo entero se enervó. Porque sabía. Y más de lo que le hubiera gustado. Había sido un caso desagradable. Muy chungo.

Robles, ilustró Joad, era un hispanista que enseñaba el castellano en la Universidad John Hopkins de Baltimore. Cuando estalló la guerra estaba de vacaciones en España. Se quedó en Madrid para echar una mano a la República y, como conocía el inglés y el francés a la perfección y tenía nociones de ruso, le asignaron, como intérprete, al general Vladimir Gorev. De hecho, le ascendieron al grado de teniente coronel sin pasar por trámite alguno. De inmediato.

Cuando Joad hizo ese comentario, Mámsurov se dio cuenta, por fin, de su ridícula posición de palo tieso. Se había levantado sin darse cuenta y, con la mano sobre el respaldo de la silla vacía, asistía crispado al espectáculo. El hombre de la cara cortada narraba la historia dolorido, como si quisiera comprender y no pudiera. Se inclinaba hacia Hemingway desde su asiento y estiraba la mano como si reclamase una respuesta por limosna.

Xanti vio pasar por la mano tendida de Joad la arena con la que se mide la infinitud de la tristeza y bajó los ojos hacia las baldosas. Eran tan negras y estaban tan bien fregadas que espejaron su rostro demolido. Robles... El Palace... Aquella cena con Gorev y Berzin en una habitación desde la que se veían los leones de las Cortes, fríamente iluminados por la luna invernal... La entrevista con el malhadado Orlov en Valencia.

No lo conoció personalmente, pero le contaron que el traductor sabía demasiado. Sobre la guerra y sobre la confrontación política que se avecinaba en el seno del gobierno republicano. Y, especialmente, sobre los aterradores procesos de Moscú y los planes de Stalin para trasladar aquella represión a Barcelona contra los anarquistas y los seguidores de Andreu Nin. Robles supo justo lo que no tenía que saber. ¡Ay!

En noviembre del treinta y seis, contó Joad, Robles había viajado a Valencia para

trabajar como traductor en la embajada rusa del hotel Metropol. Pero allí, inexplicablemente, fue arrestado a finales del treinta y seis por una brigada especial formada por miembros del Pecé y de los servicios secretos rusos. Fue acusado de espionaje y traición nadie sabía por qué y su esposa, Márgara Villegas, solo pudo verle dos veces en la cárcel de Extranjeros. Después, desapareció.

Las palabras del *okie* sembraron la cocina de silencios, dijo el Remedios a su atenta interlocutora. Miguel Julio intentó mostrar su indignación de buen estalinista y Mámsurov, con un gesto, le hizo callar cuando empezó a protestar contra las acusaciones. Hemingway barajaba las cartas del silencio, cauteloso. El alcohol parecía haberse congelado en las venas de los bebedores. Joad aprovechó la quietud para seguir con su relato. Susurró las palabras como si narrara un cuento.

Dos Passos, conmovido, removió despachos y cloacas, la tierra y el infierno, para averiguar, cuando menos, lo que había pasado. Y al final fue el propio Hemingway quien le confirmó que estaba muerto. Un alto funcionario, aclaró, se lo había contado a la periodista Josie Herbst en Valencia. No le dio detalles. Solo que había sido sometido a un juicio sumario sobre el que no se había escrito ni un solo papel. Y que el cuerpo se había esfumado.

Entonces, el escritor concluyó que lo mejor era evitar las complicaciones en las que se estaban metiendo todos los corresponsales extranjeros por hacer tantas preguntas embarazosas sobre Robles. Y se calló. Dos Passos, por el contrario, se escandalizó. Consideró que Hemingway estaba siendo una especie de cómplice y juzgó que también era culpable. El amigo había descendido el primer peldaño hacia el abismo del odio.

El escritor de Ohio interrumpió su silencio y, enfurecido, confirmó que había sentido que Dos Passos le trataba como si fuera él quien hubiese matado al hispanista. Y que por eso, entre otras cosas, acabaron dándose la espalda. Para Dos Passos, añadió, fue una experiencia terrible. Era comprensible. Hemingway supo que antes de salir para Francia, en Barcelona, se había entrevistado con Andreu Nin, a quien ya amenazaban los estalinistas españoles por simpatizar con León Trotski. También habló con el escritor británico George Orwell, voluntario poumista. Fueron los últimos contactos que mantuvo en España buscando el paradero de los restos del traductor. Pero ellos tampoco sabían nada. Le habían pedido excusas por no poder ayudarle y él les replicó que bastante tenían con lo suyo. Comprendió muy bien su difícil situación y les agradeció que le atendiesen.

Huyó a París tan consternado que nunca volvió a ser el mismo que había sido, aquel izquierdista radical e ilusionado que denunciaba las miserias de su país y que había querido cambiar el mundo empezando por España. Joad había oído que cuando Dos Passos llegó a los Estados Unidos declaró que el Kremlin había envenenado la causa española por la libertad con su maldita maquinaria política, sus secretos métodos jesuíticos y la caza de brujas contra los trotskistas.

—Los trotskistas siempre han sido y serán unos traidores —afirmó Mámsurov sin

ira, intentando zanjar con habilidad una discusión que solo podía desmoralizar a los guerrilleros justo antes de que salieran a combatir.

Pero, para sorpresa general, fue Hemingway quien afirmó que el asunto no estaba zanjado. No quiso dejarlo ahí. Hablando con una serenidad insospechada después de tanto alcohol, aclaró que el debate suscitado por Joad era legítimo y quiso precisar su posición. Recordó el papel desempeñado por la URSS, la ayuda militar que prestaba al gobierno republicano, única en el mundo, decisiva. Los comunistas, además, eran los únicos que lo habían tenido claro, los que habían organizado la defensa y el contraataque, las vértebras del ejército popular. Él no era comunista, dijo mirando a Xanti, como pidiéndole perdón. Pero los respetaba. No era tonto. Sabía que algunas cosas no andaban bien en la gran Rusia y menos en España. Volvió a mirar al osetio, pero este no hizo ningún ademán de protesta. Callaba y parecía otorgar. Incluso agarró el brazo de Miguel Justo cuando quiso intervenir, para que no interrumpiese. El Marqués pensó que pretendía saber hasta dónde llegaba Hemingway. Que era para informar a sus superiores. Pero no fue así.

El hombre enamorado del mar siguió exponiendo su inesperado criterio. No tenía nada contra los comunistas. Pero no era solo por eso. Era que, además, en España peleaban todo tipo de progresistas, antifascistas de todo el mundo. La bandera republicana era la de todos los enemigos de Hitler y Mussolini, la bandera de los defensores de la paz, allí y en todas partes. En España, Europa, el globo entero. En la batalla propagandística que se libraba desde febrero en las trincheras de Madrid, los panfletos republicanos se lo decían bien claro a los soldados franquistas: «Ya hay miles de los que estaban a vuestro lado que ahora luchan bajo los pliegues de la única y verdadera bandera de España, la bandera de los hombres libres, la bandera de toda la humanidad avanzada y progresista». La tricolor era mucho más que la enseña del gobierno legítimo español. Era el estandarte universal de los adversarios de la infamia, sin distinción de credos, sin imposiciones. Por eso, criticar a los comunistas era criticar a la República cuando criticar a la República equivalía a ayudar al fascismo mundial, fortalecer a Franco, Hitler y Mussolini.

La causa tenía que estar por encima de las rencillas y las dudas. ¿No habían perdonado los republicanos, socialistas y comunistas los excesos cometidos por los anarquistas, tan perjudiciales para el prestigio de la República, cuando empezó la guerra? Ahora era necesario perdonar los excesos de los comunistas. Había que intentar corregirlos. Pero con cuidado. Y, si no había más remedio, hacer la vista gorda. Porque muchas atrocidades, explicó, se cometían por error, persiguiendo a los espías de Franco, a los rábanos quintacolumnistas.

La española, dijo en un cochambroso pero inteligible castellano, era, posiblemente, la última guerra romántica en la que se luchaba por los grandes sueños de la humanidad o contra ellos. Y había que ganarla. Tenía que ganar la República. Por encima de todo. Eso era lo importante. Lo demás era secundario. Cada día morían miles de hombres justos que eran enviados al combate por hombres tan justos como

ellos. Y, en el caos, se cometían errores. A veces, terribles. Pero era mejor no detenerse. Era preciso avanzar. Los hombres, cada uno, siéndolo todo, no eran nada en medio del inmenso torbellino. Nada.

Había pronunciado las últimas palabras en tono despectivo, casi grosero. Joad se indignó. Sintió que cada uno de sus compañeros muertos tocaba a rebato las campanas del paraíso. Y así, arrebatado, se abalanzó sobre Hemingway con la ferocidad de una pantera hambrienta. Antes de que nadie pudiese reaccionar, arrancó su corpachón de la silla y lo hubiera tirado de espaldas sobre las baldosas de no haberse frenado. Él mismo impidió que cayera sosteniéndole por las solapas.

Miguel agarró por la cintura al guerrillero, para frenar su acometida, y comprobó que era más delgado que el escritor, pero igual de alto y mucho más sarmentoso. Mámsurov y los demás ayudaron a frenarle. Innesariamente. Joad se había sosegado como por ensalmo, en un segundo, y ayudó al novelista, con rapidez, a recuperar el equilibrio sobre sus pies. Mirándole a la cara, le pidió perdón. Hemingway resoplaba, todavía enfurecido, pero las atenciones que recibió de todos le tranquilizaron. Tardó poco en calmarse. Pero refunfuñaba porque no entendía lo que había pasado. Seguía sin explicarse qué fibra, qué herida abierta le había tocado a Joad.

El brigadista se explicó. Un compañero, Joe, le había salvado la vida en Belchite. Era un campesino de Oklahoma que emigró a California, como él. Había nacido en un rancho junto al río Arkansas, cerca de Muskogee. En San Francisco se hizo marinero para no morir de hambre y acabó dando la vuelta al mundo. Las miserias que había visto en los puertos de todos los continentes le convirtieron en un revolucionario. Era una gran persona y un excelente soldado. Pero cometió un error. Una tarde, de permiso en Madrid, les dijo a sus compañeros que no le gustaba lo que estaba haciendo Stalin en Rusia. Aunque la censura era casi total en ese punto, los periódicos de las brigadas informaban de los Procesos de Moscú haciéndose eco de las ridículas autoinculpaciones de los implicados. Comentó, sin darle más importancia que a una simple charla de café, que esos juicios contra los hombres que hicieron la revolución le parecían una farsa. No se imaginaba a nadie imputándose a sí mismo los crímenes por los que estaban siendo condenados. Y menos para que los fusilasen. Podía ser que la construcción del mundo socialista hubiera creado un nuevo tipo de hombres capaces de arrepentirse hasta el sacrificio y que Stalin se hubiera visto obligado a ser frío y duro como el acero para defender la revolución, pero no se le iba de la cabeza la sospecha de que los condenados habían sido torturados o actuaron bajo la amenaza de que sus familiares serían represaliados.

Los primeros juicios, los del treinta y seis, pasaron desapercibidos porque la guerra de España reclamó la atención general. Pero los de enero del treinta y siete habían sorprendido al mundo entero y la información se filtraba por doquier. Al principio, Joe también fue de los que decían que algo habrían hecho los procesados y por eso les pasaba lo que les pasaba. Además, todo el partido, toda la intelectualidad,

la sociedad rusa por completo condenaba su conducta. Pero él, dijo Joad, era un hombre honesto e inteligente. Y dudó. Ya no se trataba de Trotski y los suyos. Eran los miembros de la vieja guardia, los colaboradores directos de Lenin. Y se declaraban autores de los peores crímenes. Decían que eran asesinos, espías, traidores a la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas que habían fundado. «Lo que pasa con Kamenev, Zinoviev y los demás recuerda mucho a las víctimas de la inquisición española», concluyó. No duró ni una semana. Como Robles. Desapareció del campamento por ensalmo. Se dispó. Y Joad seguía sin saber nada de él.

Entonces no había entendido lo que pasaba, pero empezó a plantearse cada vez más preguntas sobre el ambiente que se estaba germinando en las brigadas y en el conjunto del ejército, donde todo el mundo empezaba a mirar de reojo al compañero. Cuando algunos periódicos republicanos y socialistas se hicieron eco del arresto de Andreu Nin, la indignación de Joad, dijo él mismo, acabó reventando. Sobre todo cuando aparecieron en Madrid las pintadas, sin firmar, del Pecé: «¿Dónde está Nin? En Salamanca o en Berlín».

Joad, como los comunistas, era partidario del Ejército Popular, de la disciplina, de volcarse en ganar la guerra y dejar la revolución para después. En eso discrepaba de los planteamientos trotskistas y anarquistas. Pero no podía soportar aquellos métodos. Huyó de esa basura para seguir luchando contra Franco y se hizo guerrillero del Decimocuarto Cuerpo porque ahí, cuando menos, no había burócratas, ni espionitis, ni gentuza dispuesta a hacer méritos difamando a los demás y llevándolos al pelotón. Allí nunca se dejaba de estar en el frente.

Por eso había estallado. Porque pensaba exactamente lo contrario que Hemingway, que toda injusticia engendraba más injusticia, que no había nada más lejano de la causa socialista que matar injustamente a un hombre, cualquier hombre. Porque cuando un hombre moría, sentenció, las campanas doblaban por toda la humanidad. Eso era lo que repetía un viejo amigo suyo, el predicador Jim Casy, cuando citaba al poeta John Donne. «¿John qué?», le preguntó, raudo, el escritor. «Me parece que es Donne, John Donne, con dos enes», precisó Tom Joad.

El partido nunca se equivoca

La reflexión que provocó el encuentro de Castuera afectó mucho a Miguel. Quedó tocado del ala. Demasiado. Aquella conversación entre Hemingway y Joad fue el germen de una duda que, poco a poco, como los granos de un reloj de arena, se abrió paso al vacío. Su profundidad de pensamiento, la pureza de su comportamiento, su honesta fe en los hombres le llevó a simpatizar con Joad. Porque allí, en la reunión, había comprendido que decía la verdad, que había expresado una preocupación colectiva y había extendido una sombra espesa y amarga sobre la causa por la que combatían. No le gustaba el modo de pensar de Hemingway. El todo por la revolución sin la revolución, aquella filosofía maquiavélica de que el fin justificaba cualquier medio, llevaba en su seno el embrión de la podredumbre moral. A él también le habían llegado algunos comentarios sobre el comportamiento de los comunistas del Pecé y del Partido Socialista Unificado de Catalunya. Los anarquistas, porque se declaraban comunistas libertarios, y los del POUM, porque se reclamaban tan herederos de Lenin como los partidos que dependían de Moscú, habían dejado de llamar comunistas a los cuadros de los aparatos oficiales. Los llamaban estalinistas para distinguirse de ellos. Y denunciaban el funcionamiento de las brigadas especiales de espías y policías secretos que, con el asesoramiento del Kremlin, a imagen y semejanza de la incalificable NKVD soviética, se habían enquistado en los aledaños del poder republicano.

Aquellas insinuaciones de Joad, las purgas de Moscú y Barcelona, la defensa fanática de principios básicamente contrarios al propio fanatismo, le recordaban lo que había leído sobre la Revolución francesa y la instauración del terror por Maximilien de Robespierre. Ese exaltado, había leído, guillotina hombres a diestro y siniestro porque consideraba espías y contrarrevolucionarios a todos los que no pensaban como él. De las lecturas sobre aquel cambio histórico sacó la conclusión de que no hay nada peor que la intolerancia que generan las buenas intenciones totalitarias, el delirio colectivo que siembran los mesías.

Luego lo tuvo claro, comentó el Remedios. Pero entonces se limitó a pensar lo

que muchos. ¿No habría caído Stalin en la tentación de interpretar los deseos del pueblo, de suplir sus decisiones, para purificarlo? ¿No estarían decidiendo el partido por el pueblo, el Comité Central por el partido y Stalin por el Comité Central? ¿No se estaría construyendo un nuevo mundo cruel, despiadado, inhumano? ¿Y cómo coño podía decirse que lo que estaba pasando solo era un mal menor inevitable?

Después de la cena, Miguel le manifestó sus inquietudes a Mámsurov. Se confesó como si lo hiciera con el padre que nunca había tenido, confiando en que le despejase todas las dudas. O que, cuando menos, le señalase el camino. Pero le sorprendió que le respondiese con evasivas, que se mostrase huidizo y distante. Era evidente que prefería no pronunciarse. No quería mentirle, comentó severo. Era mejor no hablar.

Fue Igor Tilkin, más tarde, quien le aclaró un poco las cosas cuando le contó las desazones que el propio Xanti le había expresado a él. Y con mucho oscurantismo. Temeroso. Paseando las callejuelas de Castuera por las traseras de la iglesia, a la luz de una luna temprana, Tilkin le reveló las complicadas relaciones que había mantenido con él. No podía ocultar que había momentos en los que su frialdad le asustaba. Su distanciamiento le estremecía. Como buen agente secreto, su amigo se había curtido en la dureza, la severidad de carácter, el secretismo. Cuando mediaban las tareas militares o políticas, mantenía con él un comportamiento adusto, casi desabrido.

Lo que pasaba era que allí, en Castuera, la orden de volver a Moscú había inquietado a Xanti de tal manera que, como todos los soviéticos, temía por su vida. Por primera vez, el osetio había descubierto ligeramente la capa con que cubría sus desasosiegos y había revelado algunas de sus tribulaciones, su tormento moral. Aunque habló en voz baja, afirmando que las paredes oían, le dijo que tuviera cuidado porque todo podía ser utilizado contra él. Su tío, sus primos, su suegro. Todo podía valer para encausarle por traidor. Estaba en manos de sus jefes como sus jefes estaban en manos de Stalin, quien parecía aplicar, con su conducta, la máxima de Tiberio sobre el ejercicio del poder. Ya que no le amaban, que al menos le temiesen. El padrecito de la patria gobernaba el país por el terror, abonando el miedo de sus seguidores, incluido el de sus fieles. Sobre todo, el de sus fieles. Por cercanos, porque en la confianza estaba siempre el peligro.

Alguna vez se había enfrentado hasta con su compañera, la hermosa Lina Abramson. Había tenido discusiones por tal o cual pequeño detalle de la vida de su familia en Argentina antes de que retornasen a la Unión Soviética. Y, cuando Paulina aseguraba que su padre siempre fue un humilde tendero en Buenos Aires, un militante honesto que había luchado por la revolución, Xanti la sorprendía asegurando que le habían enseñado un documento en el que se confirmaba que había sido un hombre de negocios, un comerciante. Entonces le aplicaba a ella lo que Lina calificaba como estalinismo doméstico. Porque la desconfianza general se extendía hasta los seres queridos, se sembraba en las sábanas, emponzoñaba las caricias y los besos.

Las inquietudes y los temores de Mámsurov eran fundados, aunque no por las razones que exponía. Hacía dos años que Stalin había mandado arrestar a muchos de sus familiares acusándolos de actividades contrarrevolucionarias. La policía secreta dijo que pertenecían a una organización de saboteadores que había constituido su tío Sahandzkeri Mámsurov, un líder del Cáucaso septentrional que dirigió a los osetios durante la Revolución soviética como un auténtico héroe bolchevique. Sahandzkeri había sufrido cárceles y destierros en Siberia, fue el primer presidente de la república del altiplano caucásico y ejerció el cargo de ministro de Agricultura de la URSS poco antes de ser detenido en Piatigorsk por criticar a Stalin. Tuvo la osadía de afirmar que el gran hermano era incapaz de abordar como se debía el problema nacional del nuevo Estado. Y no faltó más. Fueron a por él.

En realidad, el líder incuestionable temía que su tío alzase contra él a todas las etnias caucásicas. Sabía que le veneraban. Y, como de costumbre, desconfió. Encima, para su desgracia, Sahandzkeri se mantuvo firme, en sus trece, tras ser detenido. Se proclamó un bolchevique auténtico y no renegó de sus convicciones.

Otro que desapareció. Y su familia, como la de Robles, le perdió la pista. Su esposa Fátima Lianova, una mujer ingucha tan bella como orgullosa, estaba convencida de que iban a fusilarlo porque no se arrepentía de los crímenes que nunca cometió y porque, dijeron, hubiera dado igual que lo hiciese. Pero Xanti prefería pensar que la detención era un error y que todo acabaría arreglándose. Se tapó los ojos, los oídos y la boca. Y siguió comportándose disciplinadamente incluso cuando supo que los hermanos Mairam, Tasoltan y Murat Mámsurov, sus primos, también habían sido detenidos por cuestionar el fusilamiento del mariscal Mijaíl Nikoláievich Tujachevski y el de otros militares que se habían comportado ejemplarmente en la Revolución de Octubre y fueron acusados de traición. Los Mámsurov fueron ejecutados ese mismo año, en el treinta y siete. Y cuando Xanti lo supo, le dolió. Pero siguió callado. Por el partido. Por la revolución.

El tío Sahandzkeri había sido decisivo en su instrucción. Por su influencia, Xanti se incorporó a las milicias bolcheviques en la guerra civil rusa cuando solo tenía catorce años. Aquel hombre valiente le enseñó a ser un buen jinete y se preocupó de que no se convirtiera en un bandolero más de los muchos que se echaban al monte en la Caucasia para huir del régimen zarista o empujados por la miseria. Le admiraba. Le quería como a un segundo padre. Sin embargo, él también pensaba, como Hemingway, que los asuntos personales no podían ni debían empañar las grandes miras. En esta ocasión no valía el socorrido «algo malo habrá hecho». Pero quién sabía. En todo caso, era preferible no pensar. Porque el partido no podía equivocarse. Y si se equivocaba, si la revolución estaba siendo traicionada, sería mucho peor.

Sin la revolución, su vida no tendría sentido. Sería un naufrago. No le quedaría nada.

La puerta sellada del abismo

Contando el final de la guerra, el Remedios hizo suyo el carnal desengaño de Miguel. Se metió en su pellejo y se asfixió dentro de él. Nunca en el castigo de pecador alguno, aseveró, se juntaron tantas circunstancias negativas. La malaventura cayó sobre su amigo como un rayo de nieve.

Ocurrió en el mes de marzo de aquel lamentable treinta y nueve. La traición y el desengaño se cebaron con el muchacho. El vientre del horror rompió sobre su cabeza todos los excrementos indigestos que había acumulado mientras duró la guerra. Y no perdió las ganas de vivir porque el estropicio moral fue tan grande que el suicidio le pareció, más que patético, una imbecilidad.

Lo que pasó entonces arrastró a Miguel al convencimiento de que el ser humano, por sí solo, era la peor de las causas perdidas. Los acontecimientos le hicieron huir de todos y de todo. Sin excepciones. Y quiso escapar de sí mismo, de los otros, de la realidad entera. Porque era un superviviente más. Y no solo en el aspecto físico. «Se quedó más solo que una chumbera marchita en el cruce de caminos de un desierto», metaforizó, estremeciéndose, el Remedios.

Los acontecimientos fueron la mejor explicación. No había que pensarlo mucho. Bastaba con adentrarse en el personaje, sentir lo que había sentido Miguel cuando, acompañado por una patética Mimí, contempló los restos agónicos de su amigo Gregorio Barragán, «el Recogío». Habían dejado su cuerpo inerme sobre una cama estrecha. Las sábanas eran tan blancas que acentuaban su rostro descarnado, la silueta cárdena de las heridas profundas, el escrupuloso esbozo de cadáver.

Dijo el Remedios que Miguel pensó entonces que había pasado lo que no tenía que haber pasado nunca. La guerra que llamaban fratricida porque era entre compatriotas, como si no fueran fratricidas todas las demás, siempre había sido un desastre. Pero su fase final fue la peor de las maldiciones. Franco resultaba detestable, el enemigo claro. Era el defensor de los más despreciables privilegios, el promotor de los más sanguinarios métodos, la personificación de la oscuridad del hombre. Cualquier bien nacido debía recordarlo, distinguir. Dijera lo que dijese, se

excusara con lo que se excusase, su autoritarismo se cimentaba en el horror, era el reflejo del maldito poder, de su ejercicio despiadado contra los débiles. Qué hombre de honor incumpliría su palabra como lo había hecho él con la bandera que juró. Quién eliminaría a sus allegados de ese modo. Y qué cristiano de verdad ordenaría los crímenes que se cometieron en el nombre de Cristo. Por más que se amparase detrás de tantos españoles que creían noblemente en las tradiciones, el conservadurismo y la Iglesia, en la defensa de los viejos valores, su tiranía se asentaba en la mentira. Por la República, estuvo contra el pueblo. Por la Corona, contra el rey. Por el fascismo, contra la Falange. Solo fueron mentiras de tirano. Lo hizo todo por sí mismo.

Franco era un dictador y así le juzgaría la siempre equívoca memoria de la humanidad. Nadie debía perder ese norte. Pero aquel déspota no podía justificar el silencio de los hombres honestos sobre los desaciertos cometidos en las filas propias. ¿Qué le había pasado a la izquierda? ¿Qué fue de la pregonada unidad? ¿Dónde encalló aquel sueño libertario?

Gregorio Barragán fue una víctima alegórica del caos, de la terrible división interna que sufrió la República en las últimas semanas del conflicto. Miguel prefería no saber quiénes tenían más razón. Si Negrín o los casadistas. Si los republicanos, socialistas y anarquistas unidos o los comunistas que se sublevaron contra los sublevados.

Cuando se hundió Catalunya, todo el mundo había dado la guerra por perdida. Desde el canto del cisne que representó la batalla del Ebro, el desgaste militar de los leales había sido irreparable. Stalin se mostraba cada vez más dispuesto a entenderse con Hitler y había dejado de enviar a España las armas que necesitaba el Ejército Popular. El embargo de las democracias occidentales persistía. Las arcas de la República se quedaron sin reservas. Y en el campo contrario, Franco fue a lo suyo sin reparar en gastos. Concedió a Hitler cinco minas estratégicas a cambio de grandes suministros de armas y municiones y de que la Legión Cóndor, con sus enormes bombarderos y sus rápidos Messerschmitt puestos a prueba, continuara arrojando al ejército rebelde.

Así que, en febrero, cuando los nacionales ocuparon la frontera desde Portbou a Le Perthus, poco después de que Azaña dimitiese el mismo día aciago en que Francia y Gran Bretaña reconocieron al gobierno de Franco, el bando perdedor se partió en dos. Los agrupados en torno al general Segismundo Casado, republicanos, socialistas y anarquistas, quisieron pactar con Franco para evitar la pérdida innecesaria de vidas humanas a uno y otro lado de la raya. Por el contrario, Negrín y los comunistas decidieron resistir a la desesperada, confiando en que la guerra europea acabaría cayendo más pronto que tarde, como fruta almibarada, del agitado árbol de la historia. Estaban convencidos de que su posición numantina forzaría, cuando menos, una negociación aceptable con Franco. De que evitarían el trágala que Casado, a sus ojos, quería ponerle en bandeja al implacable déspota. Y, encima, sin considerar el

precio, la onza de carne que se cobraría el dictador, como el Shylock desalmado que era, por cada soldado republicano.

Federico Espejo analizó la situación con la perspectiva del tiempo superado y dijo estar convencido de que Casado había negociado con Franco a espaldas de Julián Besteiro y Cipriano Mera, los dirigentes más honestos del socialismo y el anarquismo español, y de todos los mandos que le apoyaron. Pero también pensaba que Negrín había engañado al Pecé, aunque en este caso con réplica y contrarréplica. Y concluía que al final, la verdad del cuento, como cantó la gacetillera, solo la supieron Segismundo y Dios. Todos la cagaron, arbitró. O fuere que el dictador, sin comprometerse a nada, disfrutó como un enano viendo cómo sus enemigos se mataban entre sí mientras él cavilaba la mejor manera de exterminar a los supervivientes.

La infamia duró una semana. Empezó a la hora cero del seis de marzo. El coronel Casado anunció por la radio que un Consejo Nacional de Defensa se hacía cargo de las instituciones republicanas. El jefe supremo del ejército del centro consideró que Negrín no tenía ninguna legitimidad desde que una semana antes dimitiera el presidente de la república, Manuel Azaña. Pero eso era una formalidad. Lo de menos. En realidad, Casado se adelantó a Negrín para evitar que situase a un nutrido grupo de militares comunistas en la cúpula de los restos del Ejército Popular.

Lo peor fue lo de Cartagena. Allí los hechos se sucedieron tan aceleradamente que la República se quedó sin la flota con la que hubiera podido sacar de España a miles de vencidos. La designación del comunista Francisco Galán como jefe de la base naval hizo que el almirante Buiza, partidario de la conclusión acelerada de la guerra y contrario a los nombramientos de Negrín, se llevara la flota hacia alta mar.

Cuando Casado rogó al almirante que volviese al puerto con los barcos, era demasiado tarde. El comandante en jefe de la Armada había entregado a las autoridades francesas sus acorazados, los destructores y cruceros, incluso el último submarino que le quedaba. Y los franceses llevaron hacia Argel, con la caldera al rojo, a todos esos buques con los que el Gobierno había previsto poner en marcha un exilio masivo. Desaparecieron los *Cervantes*, *Lepanto*, *Libertad*, el *Gravina*, los *Churruca* y *Alcalá Galiano*, tanto nombre sagrado, dijo Federico emocionado. También huyeron otros buques menores, lanchas torpederas, bacaladeros artillados, guardacostas y barreneros, todo lo que tenía la Marina. Y en ese triste viaje por el camino de la triste espuma acabaron siendo desviados, finalmente, hacia el puerto tunecino de Bizerta. Para la República fue como si los hubiesen hundido. La peor noticia.

Un compañero del Pecé le contó a Miguel que cuando Negrín y sus ministros supieron que los casadistas se habían sublevado huyeron asustados de la Posición Yuste, el cuartel general que tenían instalado en la frondosa finca de El Poblet, al lado de Elda. Desde el cercano aeródromo de El Mañá, en Monóvar, volaron a tierras francesas. El presidente llegó al aeropuerto de Toulouse, como un toro sobrero, a las

cinco y un poco de la tarde. Unas horas después, la mayor parte de los dirigentes del Pecé que le apoyaban aterrizaron en el mismo sitio con dos bimotores de las líneas aéreas oficiales. Dolores, Líster, Modesto y unos cuantos generales del partido huyeron después de celebrar en Monóvar una última reunión del Comité Central en la que se acordó que el partido no daría ocasión al comienzo de una guerra civil dentro de la guerra civil.

Los comunistas se proclamaron campeones de la unidad y decidieron que fuese Casado quien asumiese la responsabilidad de dar fin al conflicto. Allí él. Lo importante, como había decidido el Komintern, era salvar el mayor número de cuadros comunistas. Les aguardaba, adujeron, el futuro. El Remedios comentó, con sorna, que no había que ser duro con ellos. Solo dejaron para mejor ocasión el cumplimiento de sus propias consignas sobre la conveniencia de morir de pie y no de rodillas. «Quizás se aplicaron la máxima mussoliniana de que el soldado que huye vale para otra guerra», sentenció con mordacidad exagerada.

La decisión de la dirección suprema del partido se respetó en toda España menos en Madrid. Los comunistas madrileños sabían que Casado no dejaba de conspirar un minuto sí y al otro también, pero no le creían capaz de actuar. Grave equivocación. La misma noche del pronunciamiento, por orden del Consejo recién constituido, fueron detenidos varios mandos políticos y militares del partido. El comité provincial, reunido en su sede de Villa Eloísa, allí, por donde Ciudad Lineal, respondió con la celeridad del tigre al descubierto. Convencidos de que Casado y los suyos pretendían acabar con ellos para hacer méritos con Franco, los cuadros del partido se movilizaron. Los mandos comunistas del Ejército Popular, a las órdenes del coronel Luis Barceló, se sublevaron contra los sublevados y se enfrentaron al Cuarto Cuerpo que mandaba el anarcosindicalista Mera, a quien ayudaron fuerzas de seguridad y de reserva fieles al Consejo de Defensa.

Las calles de Madrid se convirtieron en el patético escenario de la peor de las batallas fratricidas. No fue un combate entre patriotas, como podía calificarse la confrontación con los franquistas, sino entre hermanos. O, al menos, entre hermanastros. Porque todos eran hijos de una misma madre, la República.

Cuando empezó el alboroto, contó el Remedios, Miguel estaba destinado en la Agrupación de Guerrilleros de la Trigésima División. Eran algo más de quinientos hombres curtidos, preparados como ningún otro grupo militar, y estaban acantonados en los áridos cuarteles de Alcalá de Henares. Sus jefes eran comunistas y su posición preocupó especialmente al Consejo porque el cuerpo de ejército que podía defenderlo, el de Mera, estaba a sus espaldas, en Guadalajara. Habían pensado con fundamento que las tropas guerrilleras podían cortarles el paso cuando llegase esa hora que unos llaman de la verdad y otros de hostias, Pedrín.

En la ciudad, una columna comunista de soldados, tanques y piezas de artillería del mayor Ascanio bajó desde la plaza de Manuel Becerra, atravesó la calle de Alcalá y se hizo con la plaza de la Independencia. Allí, bajo los arcos de la puerta de Carlos

el Tercero, adornados con los deteriorados retratos de Marx, Lenin y Stalin, que pendían de las falsas bóvedas, colocaron las baterías. Los cañones batieron sin cesar la sede del Consejo situada en el edificio de Hacienda de la calle Alcalá, junto a la Puerta del Sol.

En la plaza confluyó poco después la columna del mayor Fernández Cortina, que se dirigió, siguiendo las calles de Alfonso el Doce y Montalbán, hasta el palacio de Comunicaciones. No pudieron pasar porque toparon en el Ministerio de Marina con las fuerzas del coronel Pedrero, un hombre que se había llevado muy bien con los comunistas pero que, siempre oportunista, optó por Casado cuando pensó que sería el ganador. El aguante de la gente del SIM, que no cedió ni siquiera cuando los comunistas bombardearon el edificio con morteros del ochenta y uno, fue decisivo. Sumados a la resistencia que sostuvieron los anarquistas y los carabineros en el triángulo de Sol, Cibeles y la avenida de Rusia, a la que todo el mundo llamaba Gran Vía, los agentes secretos marcaron la diferencia. Entre todos contuvieron el cerco de los comunistas, la tenaza de fuego que establecieron cuando tomaron las plazas de la Independencia, la de Atocha y la de Oriente después de controlar las rondas y los bulevares. Los espías se defendieron a bocados porque supieron que los de Barceló habían tomado la sede de su Brigada Zeta y habían fusilado a un puñado de compañeros unas horas antes. Por traidores, dijeron. ¡Había que joderse!

Mientras los comunistas cercaban a los casadistas en Madrid, la Agrupación de Guerrilleros en la que estaba Miguel y la división de tanques de Alcalá se alzaron contra el nuevo poder instituido. El Cambio era, por entonces, un teniente especialmente preparado para intervenir tras las filas enemigas, pero incapaz de dirigir tropas en una batalla campal. Por eso le desestimaron para el mando cuando empezó la confrontación.

Fue un soldado más. Salió del cuartel detrás de una tanqueta. Llevaba al hombro su fusil ametrallador, uno de esos pocos naranjeros de fabricación propia, valencianos, que llegaron al frente demasiado tarde, cuando la guerra ya estaba perdida. Formó parte de las fuerzas que ocuparon Torrejón y el puente de San Fernando sin pegar un tiro. Pero el paseo fue un espejismo. Al poco, aturdido por la vorágine de los acontecimientos como la mayoría de los combatientes, sin saber ni cómo ni por qué, se encontró disparando en el parque del Capricho de la Alameda de Osuna contra soldados que seguía considerando de los suyos. Eran, le dijeron, los defensores de la llamada Posición Jaca, la sede del Estado Mayor del Ejército de Centro que había quedado bajo control casadista.

La decisión de asaltar el Capricho la tomó el mayor Calvo siguiendo instrucciones de Barceló. Fue una operación intencionadamente sangrienta para que lo iniciado no tuviese marcha atrás. El Cambio estuvo junto al oficial jefe casi todo el día. Observó su figura delgada, el ademán resuelto. Contempló su cabeza morena, la frente despejada y brillante que se le extendía hasta las orejas, rodeando una pequeña corona de pelo repeinado hacia atrás. Mientras pensaba, Calvo se pellizcaba

el fino bigote, perfectamente rasurado, y miraba al frente atravesando los seres y las cosas, como si vislumbrase con rayos equis el interior del búnker de Miaja, sus pasillos estrechos, la sala donde admiró tantas veces al heroico general. Fue como si volviese a tenerlo delante, volcado sobre el plano de Madrid una vez más, amparado por aquella enorme estrella roja que alguien había pintado, con trazo firme, en el techo abovedado.

A media tarde, el jefe guerrillero le pidió por teléfono a Casado una tregua de dos horas. Dijo que iba a estudiar su rendición. Pero, transcurrido el tiempo, los mandos de la Posición Jaca descubrieron que los guerrilleros habían cortado las comunicaciones y poco después supieron que tres batallones de la quinta brigada de Carabineros que la defendían se habían pasado al bando asaltante.

Hacia las cuatro de la madrugada, cuando el relente entumecía las miradas, intervinieron los tanques y los soldados empezaron a disparar sus armas automáticas. Calvo, que había colocado estratégicamente a sus quinientos hombres para que se apoderasen con rapidez del parque, encabezó el ataque personalmente. Sus fieles arrancaron las verjas principales a bombazos. Los soldados le siguieron por los parterres a la carrera, avanzando a tiros entre los setos informes del laberinto, protegiéndose detrás de los falsos plátanos y los pinos castellanos, amparándose en la oscuridad del laberinto, las sombras de los arbustos y el espesor de los matorros que habían crecido abandonados.

De nada sirvió que los defensores se parapetasen tras las falsas peñas de los estanques, detrás de las estilizadas pero frágiles columnas del templo de Baco o la glorieta de las efigies. Los atacantes no respetaron ni la ermita de los trampantojos. Sus balas desconcharon las pinturas de las paredes con falsas hornacinas, ventanas inexistentes y sillares ilusorios que ya no entrampaban ni a los gorriones. Los soldados pisotearon, sin contemplaciones, el delicado campo de las lilas purpúreas y barrieron el césped con la escoba de plomo de sus ametralladoras.

Cuando rodearon el palacio desde los altos del búnker que había construido Miaja junto a la entrada posterior de los jardines, Miguel vio avanzar a sus compañeros desde una posición privilegiada porque le habían destinado a la torre de la parroquia de Santa Catalina de Alejandría. Sonrió. Era una de sus mártires preferidas porque leyó de pequeño que, cuando los romanos le cortaron la cabeza, vertió leche en vez de sangre. Surrealismo puro.

El Remedios continuó narrando, entusiasmado, que la misión de Miguel era proteger una ametralladora Maxim que los soldados habían subido con sogas para, desde allí, desgarrar el parque con sus dentelladas de metal. Eso le permitió no tener que matar a nadie. Aunque, para que no se dudase de su fidelidad y pareciese que peleaba de verdad, se dedicó a disparar ráfagas certeras a los respiraderos del búnker, unas pequeñas chimeneas con boina de metal. A vuela plomo.

El campanario de ladrillos y cascajo dominaba por la izquierda el patio de tierra batida donde un poyo de granito, ahora renegrido, recogía a los caballos y las bestias

desde más de un siglo atrás. Al frente, aunque las dos puertas de acero quedaban a resguardo de la joroba de tierra y hormigón, los disparos impedían el acceso o la salida al refugio situado frente al palacete.

La torre se convirtió en el centro de atención de los francotiradores casadistas precisamente por encontrarse en tan buena posición estratégica. No hirieron a nadie porque los guerrilleros se protegieron tras los ladrillos, pero los volvieron locos disparando a las campanas desde las buhardillas almenadas del palacio. Cuando los casadistas se entregaron y pudo abandonar la posición, a Miguel le pareció que su cabeza era un enorme cencerro y que un badajo cimbreante seguía golpeándole el cuenco de las sienes.

Miguel comprendió la locura del conflicto cuando escuchó decir a Calvo que había que fusilar a los segundos de Casado y añadió, fríamente, que lo mejor era hacerles cavar la fosa y echarlos dentro después de pegarles un tiro. Así, las cosas quedarían claras y el duelo sería a muerte. Sin cuartel.

Pero una cosa eran los mandos y otra, los soldados que obedecían de mala gana a unos y otros jefes. Fuesen lo que fuesen, comunistas, anarquistas, socialistas o simples republicanos de izquierda, incluso nada de eso, solo gente legal, todos sentían que sus únicos enemigos de verdad eran los moros, los legionarios y los falangistas. Combatían con desgana.

Lo malo fue que, en el recuento final, cayeron centenares. Ninguno de los bandos luchó con la saña que habían mostrado contra los franquistas, pero, a la postre, se mataron entre sí. Obedecieron a sus mandos. Por respeto. Muchos creyeron las acusaciones de traición que se hacían los unos a los otros en función del carné que guardaban en el bolsillo. Los socialistas y anarquistas se fiaron de Mera y Miaja. Y los comunistas, de Bueno y Barceló. Pero ni siquiera el convencimiento de que los otros querían hacerse con el poder o pactar con Franco indignamente, dependiendo, justificaba a sus ojos la confrontación. Con todo, lo cierto fue que llegó la bronca. Que el alboroto, como en la canción, precedió a los tiros. Y que, a la postre, se impuso el jaleo.

Fue un pulso imparabile y sangriento. Quienes mediaron para frenar la catástrofe, como el coronel comunista Antonio Ortega, fracasaron de pleno. Era a cara o cruz. En esa tesitura, el cuerpo de maniobra de Cipriano Mera bajó de Guadalajara y fue recuperando las posiciones perdidas. La conquista de la base guerrillera de Alcalá de Henares marcó el inicio del fin de la rebelión comunista. Solo faltó que se extendiese la noticia de la huida de Negrín para que la moral del ejército de Barceló se estropiciase. El palo fue tan grande que los cuadros no querían creérselo. Ni cuando lo oyeron en Radio Norte, su propia emisora, dijo el Remedios. Se aferraban a *Mundo Obrero*. La última vez que salió, tres días después de la fuga del Ejecutivo, pregonaba en su primera página: «El Gobierno de la República, que preside el doctor Negrín, está hoy en su puesto como estuvo en los días críticos de Cataluña. Falta a la verdad quien diga lo contrario». Pero Mera decía lo contrario. Y lo que decía se confirmaba

de inmediato. Por eso la tropa comunista dejó de fiarse. Solo cumplía. Y de muy mala gana.

Con todo, los combatientes a las órdenes del Pecé adoraban a la diosa disciplina y Mera tuvo que vencer a sus adversarios de plaza en plaza, de acera en acera. Al final, habían retrocedido tras duros enfrentamientos. Y algunos que no pudieron escapar hacia donde les dieron la orden de hacerlo, hasta los Nuevos Ministerios, todavía en obras, se refugiaron en la sede del partido, el número seis de la calle Serrano, y detrás de las barricadas de ladrillos y de sacos terreros que habían colocado en torno a la Puerta de Alcalá.

Miguel acabó allí, entre aquellos soldados atrapados que aguantaban los pepinazos de los T-26 y de los morteros del sesenta y uno. Las ametralladoras de los tanques, con sus balas de siete milímetros, barrían los pilares y desconchaban el granito. Los proyectiles rebotaban en la piedra blanca de Colmenar, por doquier, hasta encontrar carne o arena, la hierba pisoteada. Sus silbidos enloquecían a los defensores, cada vez más envalentonados por la cercanía de la muerte. Las explosiones arrojaban su fuego y las esquirlas de granito y la metralla acuchillaban las espaldas desprotegidas de los combatientes. Solo se salvó un puñado de hombres que, arrastrándose por detrás de los setos y las acacias, amparándose en los recodos de los portales y tras las delgadas farolas, huyeron por la acera de la calle de la Reforma Agraria, la actual de Alfonso el Doce, precisó el Remedios. Sin saber a dónde.

El grupo en el que iba Miguel se adentró en un edificio adornado con mármoles y azulejos desde el vestíbulo hasta las buhardillas. Creían que los casadistas no los habían visto y se consideraron afortunados cuando descubrieron que varias plantas de pisos se habían transformado en acogedoras habitaciones de un hospital provisional. Nada menos que una maternidad. Las monjas disfrazadas de enfermeras que cuidaban a las parturientas y sus criaturas pidieron que se fuesen. Allí, les dijeron, solo había víctimas inocentes, madres de un único bando, el de la vida. Habían escuchado la radio. Sabían que había lío. Pero no iba con ellas. Por favor.

Estaban aturcidos, sin saber qué hacer, cuando supieron que los soldados de Casado los habían acorralado. Los vieron desde los grandes ventanales, vestidos como ellos, con idénticas estrellas rojas en las gorras de plato, las mismas casacas, los capotes pardos. Solo los distinguían sus brazaletes blancos, un moquero prendido en la manga, los trozos de sábana o de camisas anudados a diestra o siniestra del abrigo, sin fijarse.

Eran muchos, bien armados, tan decididos como ellos. Y sabían que el edificio era una maternidad. Y de los suyos. El capitán de los perseguidores, un oficial de carabineros, se puso a dar gritos desde los soportales, ahuecando las manos. Que se fiasen, les dijo. Y que saliesen de allí sin pegar tiros. A unos metros de su refugio estaba abierta, de par en par, una de las verjas del Retiro. Ellos se apartarían y los dejarían pasar. «Si os parece, nos matamos allí sin joder a nadie», vociferó. Miguel

quiso reírse, pero no pudo. Una parturienta los animó. Eso, eso, que se matasen fuera, reclamó a gritos. Y le hicieron caso de inmediato. «Si tenemos que morir», dijo un hombre mayor, de mirada tan apenada como resuelta, «que sea así, con dignidad, sin perjudicar a ningún inocente». Y bajó el naranjero. Y echó a andar escaleras abajo, hacia el portalón del hospital provisional. Y salió a la calle, que había empezado a oscurecerse, con un brazo en alto y el arma apuntando hacia el suelo. Y entró en el Retiro y les gritó a los demás: «¡Venid aquí, que huele muy bien!». Y aspiró el aire fresco, sin resabios de pólvora, que olía a setos reverdecidos, a los arbustos podados por la metralla.

Los dejaron ir. Pero Miguel lo entendió enseguida cuando vio que otro grupo de soldados, uno de guerrilleros en el que descubrió la presencia de buenos amigos suyos, vagaban por el centro del parque sin saber por dónde escapar. Los habían acorralado en el Retiro para evitar daños a la población. Tres Natachas descargaron sus bombas antes de que amaneciese. Lo razonable hubiera sido entregarse, pero algunos oficiales, enloquecidos, invocaron la resistencia final. No querían resignarse, dijeron. Ni rendirse. El partido había postulado una defensa numantina contra Franco y la practicarían del mismo modo contra el traidor Casado. Todo estaba perdido. Sabían que Negrín había huido con los jefes del partido, que la aviación bombardeaba a los suyos por todo Madrid y la artillería machacaba a Barceló en su último cobijo de los Nuevos Ministerios. Iban a morir para nada, pensaron. Pero eran guerrilleros y no se entregarían. El rojo amanecer del día once iluminaría su infecundo sacrificio. Pero la sangre sería el precio de su inquebrantable dignidad.

En contra de toda conveniencia estratégica cada grupo se protegió donde le dio la proletaria gana. Algunos consiguieron introducir antitanques por los pasillos areniscos del parque y organizaron la última batalla en la Casa de Fieras. Otros colocaron las Maxim detrás de los ajados cipreses de pantano que oscurecían las orillas del lago artificial. Aunque lo desecaron durante la guerra, las lluvias lo habían convertido en un charco embarrado en el que se desdibujaba el gélido reflejo del astillado palacio de Cristal. Era una trinchera. Los menos se refugiaron detrás de las columnas del monumento al doce de los Alfonsos sin saber adónde apuntar porque ni siquiera sospechaban por dónde les atacaría el enemigo.

El grupo de Miguel, sin más fundamento que la casualidad, subió por el paseo del Duque Fernán Núñez y acabó refugiándose en la fuente del Ángel Caído, frente a la desolada rosaleda. Presumieron que los vencedores llegarían, con el sol, por el paseo del Uruguay, desde la avenida de Menéndez Pelayo. Y se quedaron allí, recogidos detrás del cerco de granito que rodeaba la estatua de Luzbel, aquel hierro fundido que corporeizaba la imagen del primer enemigo de Dios, su arcángel más querido, el discípulo rebelde.

Cuando se encogieron bajo los capotes y las mantas, recostándose contra la base de piedra caliza entre los tritones cornudos y las bocas reseca de los demonios erizados y coléricos, el sol arañaba el horizonte a sus espaldas. Sus rayos apagados se

aferraban a las copas cimbreantes de los pinos piñoneros y danzaban sobre las últimas sombras del crepúsculo. Era cuestión de horas. Los fieros anarquistas de Mera, con sus cinturones de bombas, los desbordarían en número y capacidad de fuego. Miguel lo tuvo tan claro como el agua invisible, pero adivinada, de la fuente. No era difícil presumir lo que llegaba. Morirían todos. Sin remedio.

Se durmió con el fusil ametrallador sobre las piernas cruzadas a lo indio. Dejó los brazos caídos sobre los agujeros que refrigeraban el cañón y la culata de madera. Refugió la barbilla en un codo. Mantuvo un poco abiertos los párpados vencidos, sin visión. Y en sueños, le cegó la luz. Como a Lucifer, pensó difusamente.

En el anfiteatro del inconsciente, recompuso los trazos de la escultura, la efigie de aquel hombre alado que miraba al sol en su cénit, castigado, cayendo hacia el infierno con las alas desplegadas pero inútiles, la serpiente ocultando el sexo intangible de los ángeles. Y recordó su miedo infantil, las ganas de saber, su sorpresa. Entonces no lo entendió. Pero ahora sí. Ahora, en su diamantina pesadilla, la luz y la oscuridad eran lo mismo, cegaban por igual. La maldad y la bondad formaban parte indesligable de la sustancia humana. Los hombres eran, a un tiempo, ángeles y diablos. Mitad querubes y demonios. Como la nuez y su ruezno, inseparables. Así eran. Llevaban dentro al ángel caído, la soberbia de enfrentarse a Dios, la tarea eterna de la tentación, la siembra del pecado.

¡Cuánta miseria divina!, se dijo. ¡Cuánta mierda celestial!

Los diablos le habían aterrorizado en las infinitas expresiones, sus mil nombres. Belcebú, Lucífugo, Satán. El Belial de los manuscritos del mar Muerto que describió la secta de Qumrán. Yamú en Babilonia, Angra Mainyú en Irán, Mara en la India, Iblis en el islam, Plutón en la Grecia de los sabios. Incluso Xibalbá, el zopilote fuliginoso, en el continente americano.

Lucifer fue el ser más hermoso de la aurora cósmica, el céfiro de la belleza, quien encendió la primera luz del universo. Y en su nombre se llamó lucero a Venus, la primera estrella de la mañana. Pero pecó de soberbia porque se consideró divino. ¿Quién como yo?, le dijo a Dios. Y provocó la primera guerra celestial.

Perdió. Pero no por acierto o falta de razón. Fue porque solo le ayudaron un tercio de los ángeles, aclaró el Remedios a la expectante Alicia. La mayoría apoyó al general de Dios que, ¡ay!, se llamaba Miguel, como su amigo. Los maestros y sacerdotes que le enseñaron el origen de la vida siempre exaltaron su nombre, el de aquel arcángel que le replicó a Luzbel: «¿Quién como Dios?». Ambos eran los ángeles del fuego, de la luz. Lucifer había encendido la chispa primigenia y Miguel se encargó de evitar que el fuego del universo se extinguiese. Fueron complementarios y ahora eran enemigos. El bien y el mal. ¿Lo mismo?

Las palabras del Apocalipsis que leyó con espanto en las noches veladas de su adolescencia sonaban como tañidos de campana en la espadaña de sus sueños. Repicaban. ¡Miguel!, ¡Miguel!, ¡Miguel! El nombre del guardián. Escuchó las palabras sin voz, sin eco, solo escritas: «Vi luego un ángel que bajó del cielo con la

llave del abismo y una gran cadena en la mano. Agarró al dragón, la vieja serpiente, y lo encadenó por mil años. Lo echó al abismo y selló la puerta».

La llave del abismo...

¿Y si el diablo ayudaba a los hombres para hacerlos libres, si les instigaba a romper con todo lo divino por su bien? ¿Y si solo tentaba a los seres humanos para que se opusieran, para que resistiesen, para que hiciesen su voluntad y no la de los dioses?

En el campanario de su pesadilla, las preguntas despertaban en Miguel la esencia del arcángel. Pero ¿qué esencia era esa? ¿La del bien? ¿La del mal? ¿Y qué era el bien? ¿Cómo era el mal?

Se despertó sudoroso, angustiado, sin respuestas. ¡Cuánta miseria divina!, volvió a repetirse a sí mismo. ¡Cuánta mierda celestial!

Asomaba la luz del incendio cósmico, el anuncio sangriento de la alborada. Oyeron, por detrás de la yerma rosaeda, a lo lejos, el chirriar de las cadenas de un tanque y los acelerones de los camiones que subían la cuesta por la que se penetraba en el parque desde Menéndez Pelayo. La escarcha salpicaba la hierba de lunares blancos. El frío transfiguraba los rostros de los soldados cuando exhalaban su aliento acelerado, respirando su miedo. Parecían dragones asustados.

Los casadistas se desplegaron con estruendo y alguien habló, tímidamente, de rendirse. Pero la mayoría gritó que de eso nada, que a muerte. Hasta el último. El disparo del cañón de cuarenta y cinco milímetros de un auto blindado transformó en balas las esquirlas del berrueco. Los proyectiles se clavaron en el torso, los brazos, las cabezas de los defensores. Fue terrible. Los guerrilleros no tuvieron tiempo ni de horrorizarse. Dos ametralladoras Degtyárev, del calibre siete sesenta y dos, descargaron las balas desde sus gruesos tambores. Las ráfagas se confundieron con los tiros de los máuseres y los Arisakas, los disparos de las Astras automáticas, las pistolas de los oficiales, las contundentes Llama de nueve milímetros. La sangre salpicó el pedestal de piedra blanca. El granito gris enrojeció. Y un puñado de muertos rebosaron el cuenco seco de la fuente.

No hubo más. Fue como un fusilamiento. Los pocos que quedaron vivos se rindieron a gritos. Les ordenaron tirar los fusiles automáticos, las bombas de mano, las pistolas. Lo hicieron con lentitud. Como si el acero pesara más que el oro. Cansados. Asustados. Torpes como gorriones ateridos. Algunos se hincaron de rodillas y lloraron a sus amigos muertos. Los más, en pie, las manos en alto, miraron hacia el suelo para que no les cegasen los primeros rayos del sol.

Miguel elevó la mirada hacia Luzbel. También él, atrapado por la serpiente, se ponía la mano por visera, mirando hacia lo alto. Tenía el antebrazo apoyado en una peña. Estaba tumbado. Pero se erguía, rebelde aún. Aunque caído, hundido para siempre, él nunca se daría tampoco por vencido. Jamás.

—La presunción —dictaminó el Remedios— le duró muy poco.

La luna que nació con el alba

Fue el cabrón de Pedrero quien teorizó lo del ojo por ojo y exigió la cabeza de Barceló y todos los suyos. El Remedios utilizó el tono más despectivo que pudo. Alicia, seria, centró doblemente la atención. El jefe del SIM le dijo a Casado que, por lo menos, tenían que fusilar al doble de oficiales que habían ejecutado ellos, pero, afortunadamente, los pactos impidieron la sangría por más que insistiera en la necesidad de que rodasen cabezas. Así era el jefe de la zona centro del Servicio de Inteligencia. Un tipo duro, sanguinario. Y sin escrúpulos.

Miguel había oído hablar mucho de Pedrero, siempre a sus espaldas, por lo bajo. Los ignorantes decían de él mucho y mal. Los que sabían, en cambio, no abrían la boca. No porque fuesen seguidores de Lao Tsé, partidarios de la filosofía de que quien sabe no habla y quien habla no sabe. No. Era por miedo. Porque todos coincidían en una cosa, lo mismo en Valencia que en Madrid. Era un mal bicho. Ponía su poder al servicio de sí mismo. Sin recato. Sucio. De mala manera.

Fue el perfecto canalla. La autoridad republicana le había colocado ahí para que hiciese los trabajos malolientes porque no cuestionaba a sus superiores ni aspiraba a sustituirlos. Y eso era lo malo. Negrín lo había destinado a los servicios secretos por mediocre, para que le prestase todo tipo de favores, los más oscuros, pero sin hacerle sombra, sin joder la marrana. Por eso le dolió tanto a Miguel que fuesen él y su segundo, el tal Corominas, quienes le ayudasen a salvar el pellejo. Y lo que fue aun peor. Que supieran lo que sabían. Hubiera dado vida y media, zanjó el Remedios, por ignorar sus razones.

Llevaba más de un día en la Casa de Fieras, convertida en cárcel provisional, cuando le identificó la secreta mientras apuraba las últimas píldoras del doctor Negrín en un cuenco de campaña. Las lentejas con cebolla, sin aceite ni sal, sin rastro de patata o de chorizo, se apelmazaban en el fondo. Y él, como todos, intentaba recogerlas con un mendrugo de pan negro tan hecho pedrusco que rayaba el plato de peltre. No le dejaron acabar. Lo ataron y se lo llevaron a Corominas como lo había pedido, de una pieza. Y allí se quedó enterito, sin saber a qué atenerse. Más

despistado que una monja de clausura en un reservado de sodomitas vaticanos.

Entró al edificio por una puerta trasera, diminuta, y le subieron, en un ascensor de vidrios esmerilados, a un enorme despacho casi vacío, apenas ocupado por una mesa de nogal oscuro y dos sillas de muelle tapizadas. En un rincón asfaltado con una desgastada alfombra persa había un confidente, aterciopelado de grana con delicadeza. A Miguel se le acarambanó la mirada nada más entrar. Recostada en el canapé, con la espalda estirada y los pechos picudos, su querida Leonor, hecha Mimí, se fumaba un cigarrillo en pipa larga y fina, como las divas del cine.

Su mirada le hizo añicos el ánimo. En un segundo recordó el inicio de sus maravillosos primeros mil días. En aquellas benditas Navidades del treinta y cinco doña María Luisa, la mayorala, temió que el sexo perdiera a los muchachos cuando don Alejandro se fue a Madrid y los dejó solos en Torrealba. Convencida de que lo peor sería mantenerlos aburridos en la casa porque acabarían amancebándose, les buscó el entretenimiento fuera de ella. Y como sabía de buenas que le distraían mucho las excursiones, pidió a su marido que le llamase a él, Federico Espejo, porque sabía conducir, y que le dijera a Miguel que se llevara a Leonor a Mérida, de visita. Pensó que podían regresar en el día y que, de ese modo, llenarían el tiempo durante la ausencia del marqués. Era la mejor manera, se había dicho, de que no les quedara ni un rato para pensar en lo que no debían.

La propuesta encantó a la pareja. El Piteras le llamó ese mismo día y le pidió que alquilase un coche en Cáceres y fuese a Torrealba por la mañana, lo más temprano que pudiese. Para aprovechar a fondo la jornada.

Fue entonces cuando Miguel le explicó a Leonor quién era su amigo Federico Espejo. O sea, él, dijo incrustando el índice en el pecho. Había llegado al mundo el veintisiete de enero de mil novecientos siete, justo quince años después de que muriese el maestro Giuseppe Verdi, a quien admiraba tan desmedidamente que imitaba su estampa de manera espantosa porque andaba fondón y lucía el flequillo donde la coronilla. Era una mala caricatura. Pero le daba igual.

Nació en Cáceres, capital. En una casa pegada al seminario viejo, junto a la plaza de la Concepción. Se enamoró de la música y las palmeras desde antes de que la razón le permitiese darse cuenta. Porque, a principios de los veinte, aclaró, todas las plazas de la ciudad tenían, por lo menos, un par de datileras, pero en la Plaza Mayor crecieron a decenas. Eran las más antiguas, enormes. Y generaciones de jardineros municipales habían convertido sus troncos pelados en auténticas escaleras hacia el cielo. Le gustaba sentarse bajo los soportales, sobre el suelo de granito, y recostarse en la pared exterior de una barbería donde sonaban las óperas de Verdi en un fonógrafo de muelle. Y cuando miraba las palmas cimbreadas, medidas levemente por la brisa, le parecían los estandartes majestuosos de lejanos y exóticos países.

Su padre era cantinero y le obligó a trabajar desde pequeño. Pero su madre hizo que acudiera a la escuela el tiempo suficiente como para aprender a leer y escribir mejor que bien. Después se las apañó para sisarle a su progenitor el dinero necesario

y se compró unos cuantos libros de aventuras. Y así aprovechó los tiempos muertos del trabajo en la taberna y leyó tanto a ciegas que acabó completando su imagen personal con unas antiparras idénticas a las que usaba por entonces su poeta preferido, don Antonio Machado.

Como en la cantina hacían de todo y su madre ejercía lo mismo de sacamuelas que de remedadora de virgos quebrantados, Federico fue apuntando en un cuaderno, que forró con cuero muy fino de cabrito, todas las curas, los antídotos, las fórmulas y los zurcidos de los que tuvo conocimiento. Con el tiempo, recogió también las más dispares y extraordinarias recetas de cocina junto a todo tipo de arreglos para la casa, los vehículos e incluso las bestias. Y lo mismo ofrecía alumbre para quitar el dolor de muelas disolviéndolo en leche hervida que recomendaba permanganato de potasio en agua templada para dar lustre a los pisos de madera. Si alguien quería acabar con las cucarachas, sugería ponerles un plato de cerveza en la cocina porque eran unas borrachas y acababan ahogadas en su interior. Y cuando las señoritas acudían a quejarsele porque se les ajaban las camisas de seda negra, les explicaba que la mejor manera de que recuperasen el aspecto original era lavarlas con té frío, muy fuerte, al que convenía añadirle un poco de amoníaco. Luego se las alisaba por el revés sin calentar la plancha demasiado. Y ya estaban listas.

Sus remiendos caseros se hicieron tan famosos en la ciudad que todo el mundo acudía a la vinatería para que Federico encontrase una solución a sus desgracias. Era tan popular que nadie, salvo sus padres, le llamaba por su nombre. Todos le apodaban el Remedios. Y con ese mote se quedó.

El padre de Federico había hecho el servicio militar con el capataz de don Alejandro, Sandalio Torres, y desde entonces se tenían por compadres. Por eso, cuando Miguel decidió viajar por la región un año antes, el Piteras pensó que podía ser su acompañante perfecto. Tuvo que pagarle un estipendio tan elevado para la época que no supo cómo le ocultaría el gasto al marqués. Pero se las apañó.

En los viajes por la región, Miguel y él se hicieron amigos tan íntimos que se entendían sin apenas dirigirse la palabra. La verdad es que el heredero del marquesado, señorito en fin, estaba acostumbrado a dar órdenes a todo quisqui. Pero nunca lo hacía en tono autoritario o con distanciamiento. Mandaba con naturalidad casi elegante, sin soberbia. Y lo hacía con todos por igual, salvo cuando quería distinguir la edad o el sexo. Sin embargo, eso también fue cierto, Miguel, nada más conocerle, mantuvo con él una extraña relación de familiaridad.

Aunque le sacaba dos años, el Remedios, avisado por su padre, se mostró humilde desde la primera cita que mantuvieron en Torrealba. Conversó con prevención, casi asustado, pero al poco se fue tranquilizando y acabó relajándose muy pronto. Según contó en Casa Manolo, acaramelado, Miguel y él se estremecieron desde el primer intercambio de miradas. Más tarde explicó que había visto en la humedad de sus ojos la transparencia de su corazón y que la sonrisa le había revelado un alma llena de dulzura. Eso hizo, dijo, que le pareciera un poco simplón. Pero se equivocaba.

Enseguida comprendió que ocultaba una personalidad compleja, sensible, tan desarrollada que, aun siendo tan joven, se había concedido a sí mismo la satisfacción de no dar importancia a la opinión de los demás.

Fue ese don, esa sabiduría que alimentaba su humildad sincera, lo que hizo que confiaran el uno en el otro de inmediato. La comprensión mutua se hizo tan extrema que acabaron entendiéndose por señas. Nunca hablaban entre sí cuando trataban con otras personas y, si estaban solos, únicamente se cruzaban algunas palabras enigmáticas cuando querían intercambiar emociones profundas imposibles de expresar con gestos, ademanes o miradas. Su complicidad era extrema en todo, salvo en lo referido a la sexualidad. Desde el principio, ambos sintieron una sensación de pudor que les impidió canjear sus secretos carnales. Sin embargo, testamentó el Remedios, ese rincón oscuro de sus relaciones no mermó una amistad indescifrable que entreveró sus vidas para siempre.

En los largos recorridos por la maltrecha piel de Extremadura, el remendón introdujo en el alma de Miguel lo más preciado de toda su sabiduría, el amor por la vida. Aprovechando pequeños ejemplos, uno tras otro, con la muerte de un pájaro, el nacimiento de un gorrino, el llanto de una criatura o el sabio uso de una planta medicinal le demostró que la existencia era el valor supremo. Y le enseñó que se trataba de eso, de dialogar con la vida, de aprender a respetarla para convivir armoniosamente con ella. «Le enseñé que todos los hombres nos pasamos la vida aprendiendo a vivirla», concluyó sentenciando ante una Alicia que le escuchaba casi embobada, seducida.

Federico recogió a Miguel y Leonor en Torrealba cuando el sol empezaba a escalar su cuesta azul, clareándolo todo. Dos horas y un pico después, tomaban el chocolate con churros en una taberna de relucientes azulejos que ocupaba una esquina de la plaza de España, en Mérida. Miguel y Leonor estaban tan satisfechos, sin justificación aparente, que repararon en que la luna de diciembre, casi llena, estaba dando un esplendoroso paseo diurno. Para Miguel, fue un presagio. Pero el Remedios le podó la ilusión. Pasaba siempre, todos los inviernos, so memo. El espectáculo no tenía de extraordinario más que el hecho de que no se hubieran percatado de ello hasta ese día. «¿Y te parece poco?», le habían replicado al alimón, sonrientes, ansiosos de que esa luna nacida con el alba fuera una señal, el augurio de un tiempo feliz.

Estuvieron paseando toda la mañana. Los monumentos abandonados les impresionaron. Su exaltación personal aderezaba la hermosura objetiva. El día era mágico y el halo de su deseo, la sensibilidad a flor de piel, les permitió disfrutarlo con una plenitud insospechada.

El templo de Diana les sorprendió cuando callejeaban camino del teatro romano, la joya de la ciudad. Nadie les había mentado aquel santuario ni habían leído referencia alguna sobre su existencia. Les saltó a los ojos al doblar una esquina, como el guiño de un dios. Las graníticas columnas del hexástilo, majestuosas, se

entremezclaban con los muros estucados del derruido palacio del Conde de los Corbos. La luminosidad de la cal difuminaba los capiteles corintios. El deslumbramiento fue mayor porque instintivamente, azorada por la impresión, Leonor se recostó sobre Miguel. Fue solo el reposo leve de su espalda sobre el pecho del muchacho, pero la descarga de adrenalina enervó los sentidos. Se miraron. Miró él a los dos. Sonrieron. Y ella, como sin darse cuenta, tomó la mano de Miguel cuando echó a andar.

De regreso, los jóvenes dieron otra larga caminata y Leonor se cansó tanto que Miguel y Federico la llevaron a trechos, en volandas, como si fuera una niña. Cuando llegaron al parador, ella se derrumbó en el sofá de un pequeño salón donde estuvo emplazada la capilla del convento transformado en hostel tres años antes. Y desde allí, sorprendiendo a sus acompañantes, ordenó que reservasen tres habitaciones para echar la siesta después de la comida.

Fue la perdición. Los jóvenes zamparon copiosamente, se tumbaron pasadas las cinco y se despertaron a las ocho, con la noche encima. Entre el aseo y los arreglos se les hizo tan tarde que acordaron quedarse a dormir. Total, las camas ya estaban pagadas, dijo Leonor como si nada, como si no pesara sobre sus espaldas la sombra autoritaria del marqués.

El retraso imprevisto les excitó. Experimentaron un contento adolescente. Les pudo la ensoñación. Y quedaron atrapados en los márgenes de un cuento vivo del que no habrían escapado hacia la realidad de no haber mediado, provocativamente, el propio don Alejandro.

La cagó de nuevo. Cuando Miguel llamó por teléfono al Piteras y explicó que se les había estropeado el coche y tenían que quedarse a dormir en Mérida, el viejo caporal le respondió, alarmado, que el marqués se había enterado del viaje y había montado en cólera. Nada más llegar a la capital, don Alejandro había telefonado para hablar con Mimí y él mismo, obligado, le informó de la excursión. Había pedido, dando gritos, que la señorita le llamara al hotel de Madrid cuando llegase por la noche porque quería decirle no sabía qué cosas que, de seguro, no iban a ser buenas.

Mimí se rio de la preocupación del Piteras y llamó a su querido sin darle importancia. No se alarmó porque confiaba en su capacidad para tranquilizarlo con zalamerías y promesas. Pero su sorpresa fue absoluta. Descubrió a un ser absolutamente desconocido. Estaba encorajinado por los celos y se mostró insultante, singularmente grosero. Miguel se había quedado a un paso de Leonor. Vio cómo, de entrada, intentaba capear el temporal. Luego se alarmó por la tirantez del tono. Y, al final, cuando comprobó que la muchacha había enrojecido por la ira, dolida por los insultos que de seguro le estaba propinando su padre, se indignó.

Ella colgó el auricular dando un golpe seco en el aparato. Y la furia le hizo maldecir: «¡Se va a enterar el muy hijo de puta!». Fue hacia Miguel, le tomó la cara entre las manos y le asestó un beso morrocotudo que le dejó temblando. «Le van a

dar por el culo a los remilgos», proclamó.

El Remedios contó que salieron a rondar por la ciudad penosamente alumbrada por unas tristes bombillas con sombreros de hojalata esmaltada y encontraron un bodegón del que, entremezclados con algunas risotadas, surgían guitarreos, cánticos y vivas a todas las madres que habían parido en el mundo. Eran unas bodegas enormes, de ladrillo visto, donde daban de cenar guisos populares y se bebía un vino amontillado al que llamaban de pitarra por las tinajas donde lo guardaban. La arcilla cocida mantenía el frescor de los caldos, turbios como el mosto, y los trasegaron tan a gusto que, aunque comieron sus buenas raciones de gallina en pepitoria y cojonongos, el alcohol se les subió enseguida a la cabeza.

Leonor parecía otra mujer. Cuando salió del parador, después de la bronca, le había pedido a Miguel que la llevara de la cintura. Luego, mientras paseaban por las calles empedradas, después de rumiar maldiciones inaudibles tras otro arrebató, había vuelto a besar al muchacho con pasión, cerrando los ojos para ver, más allá de la noche estrellada, el cielo soleado de sus mejores tardes madrileñas. Pero allí, en la taberna, aupada por el zumaque, experimentó una particular fermentación. Y se desmandó. Besó a Miguel, le acarició y se sentó en sus rodillas. Aunque un par de guitarristas y varios bailarines agitanados se habían subido a un tablao y zapateaban por bulerías, Mimí llamó la atención general por sus atrevimientos. Pero la gente andaba jaranera y acabó aplaudiendo su faena.

No tardó en subirse a la tarima. Miguel contempló con arrobamiento su cuerpo cimbreño, el ritmo de sus requiebros, la arrogancia del rostro ensimismado. Ella se había quitado la chaqueta y llevaba abierto hasta el canalillo el cuello de la camisa. Le vibraban las ondulaciones del pelo, dorado por las luces. Era pura sensualidad en movimiento.

El muchacho seguía sin dar veracidad a su fortuna. No era posible que aquella mujer se le hubiese entregado así, sin mediar palabras ni zalamerías. A la brava. El alma azarosa de la noche le emborrachaba más que el vino, espesaba el embrujo y le impedía pensar en lo que le esperaba. Se limitó a mirar a Leonor intensamente, atontado por la dicha. Y, de vez en cuando, giraba la cabeza para verle y preguntarle con los ojos si lo que estaba pasando era verdad. Pero Federico solo le devolvía la misma mirada de bobo que ponía él.

El Remedios recordaba borrosamente aquella noche. A las tantas de la madrugada, Leonor consideró que había llegado la hora de irse. Para aprovechar el tiempo, dijo. Y se rio con picardía. Con tanta sinceridad que les contagié la risa y, sin fundamento, acabaron desternillándose todos sin saber de qué. Al uno le hizo gracia el reír del otro y al otro el del tercero y, señalándose con el dedo, sin poder soltar la lengua como pretendían, acabaron llorando todos su hilaridad incontenible en medio de la calle.

Cuando cogieron las llaves de las habitaciones, Leonor le arrebató la suya a Miguel con gravedad y, sin abrir la boca, lo dijo todo con la resolución de una mirada

que mostró su corazón sin celosías. Federico, cómplice, se despidió con voz afeminada, dándoles un beso en los labios a cada uno. Los tres se abrazaron y, durante un segundo, se extrañaron de estar mirándose con tanta seriedad. Comprendieron enseguida la transcendencia de aquel instante mágico. Sellaban en silencio, limpios, un pacto de cariño que, pese a los más severos encontronazos que sufrieron, no se rompió jamás.

Al día siguiente le contaron que, solos en la habitación, no sabían por dónde empezar. Estaban de pie, el uno frente al otro, y se miraban sin decirse nada, sin moverse. Fue él quien, admirado, le acarició el pelo con las yemas de los dedos y rompió el hechizo. Se besaron largamente. Después, ella se alejó dos pasos y empezó a desvestirse con parsimonia. «Venga, desnúdate también», vino a decirle. Y cuando Miguel, acelerado, logró quedarse completamente en cueros frente a la desnudez de Leonor, sintió vergüenza porque las manos entrelazadas no le cubrían la erección.

Lo demás se lo había imaginado él. Por ejemplo, que el abrazo que se dieron, de pie, fue estremecedor. Miguel sintió que se derretía al contacto con aquella piel aterciopelada, candeal. Leonor olía a rorro, exhalaba ternura. Era como caerse sobre un lecho de seda o hundirse en agua tibia mientras se degustaba una cucharada de dulce de leche. Ella también se enajenó al contacto con aquel cuerpo adolescente que olía a centeno fresco. Su cuerpo se dilató, se fue extendiendo más allá de los sentidos, ansioso de acogerlo todo, de hacerlo todo suyo, el roce de los pelos erizados de su pecho, las uñas en la espalda, la barba que le abrasaba las mejillas, aquel miembro viril que se estremecía contra su vientre, que le resultaba inexplicablemente distinto a todos los que había conocido por su oficio. Cuando se tumbaron en la cama y completaron el amor, Miguel descubrió el cielo terrenal y Leonor, por fin, se hizo mujer.

La muchacha le contó más tarde al Remedios que, mientras acariciaba el pelo del amante dormido, comprendió por qué había gozado tanto. No era solo el enamoramiento, ni la pasión sumada, ni que su hombre hubiera conseguido que olvidase su condición de puta. No. Era, por encima de todo, la certidumbre de que, mientras se amaban, la inocencia de Miguel la hizo inocente a ella.

Aquella noche luminosa, Leonor no dejó de contemplar ni un minuto, abstraída, los indefinibles tonos de la oscuridad. Se le había metido en la cabeza la idea de llevarse al muchacho a vivir con ella y las dudas salpullían sus pensamientos. Con la vista perdida en la luminiscencia de las persianas, consideró durante horas, hasta la minucia, los detalles del plan que había tramado para romper con don Alejandro. Temía hacerle daño, arrastrarlo al pozo. Pero la claridad del alba penetró en la estancia, se depositó sobre el rostro silente del chaval y, contemplándolo, experimentó un intenso escalofrío. Las dudas se descompusieron. Se iría con él cayera lo que cayese. No había nada que pensar.

Se sintió segura, admirada de sí misma, de su resolución. La invadió la certeza de que la fuga era lo mejor para Miguel. Pensó. Había mostrado tanta desesperación en

el amor, tanto abandono, que no hizo falta que le contase nada. Ella misma diluyó en su vientre la soledad derramada del muchacho. Fue como si, con cada beso, le hubiera transmitido su ansia de volar. Era un náufrago solitario. Y ella lo rescataría.

Cuando explicó sus intenciones, mientras desayunaba café con leche y unos picatostes que rezumaban un aceite tan denso como la miel, Miguel removi6 el culo en el asiento y no supo d6nde poner los codos. Federico se asust6. ¡Pero c6mo se le había ocurrido algo semejante!, le había gritado en voz baja. Cuando don Alejandro se enterase, la buscaría, la encontraría y, de seguro, le rompería una pierna o la dejaría tuerta de un navajazo. Por lo menos. No podía estar diciéndolo en serio. Se notaba que era de Madrid y que no tenía ni idea de cómo se las gastaban los del sur. En Extremadura, precisó, por mucho menos que eso le rajaban la barriga al más pintao. Y sin necesidad de que mediara marquesado. Además, estaba el propio Miguel. Lo de menos era que le desheredase, porque le iba a desheredar sin duda alguna. Es que no iba ni a dar la orden de que las autoridades detuviesen a su hijo. Se lo tomaría como algo personal, cogería a sus matones y no se detendría hasta acabar con ambos. Así, como quien se comía un altramuz.

Mimí estaba muy tranquila. Se rio una vez más. Quería saber lo que opinaba Miguel, pero estaba decidida. Sabía que don Alejandro era capaz de todo y lo había previsto. Por eso era tan importante actuar sin vacilaciones. Esa misma mañana irían a Torrealba, a coger sus cosas. Miguel solo se llevaría lo que cupiese en el coche junto a su baúl. Si huía, dijo, tenía que llevar lo menos posible. Además, añadió, así borraría el pasado con más facilidad. Llamaría después de desayunar a un amigo suyo, dueño de una inmobiliaria, y saldrían pitando hacia Madrid. Pretextando urgencia, vendería el chalé y los muebles que le había comprado don Alejandro en veinticuatro horas. La suma sería inferior, sin duda, a la que hubiera conseguido sin premuras, pero bastaría para afrontar holgadamente los próximos años. «Si te da miedo venir, puedes quedarte», le dijo a Federico. Y luego, vuelta hacia Miguel, le espetó: «¡Pues tú dirás!». Y Miguel, asustado pero contento, le respondió: «Yo me aso contigo en el infierno».

El Remedios explicó más tarde que, cuando el marqués llegó a Torrealba y descubrió el engaño, quiso volverse a Madrid sin parar. Pero no pudo hacerlo porque un berrinche descomunal le provocó una taquicardia que a punto anduvo de llevárselo al otro barrio. Y se asustó. Ya los pillaría, dijo. Andaban listos ese par de mocosos si creían que le iban a tomar el pelo de esa manera. ¡Su querida y su hijo! ¡Nada menos! Pero ¿qué hostias le pasaba al mundo?, ¿d6nde iban a llegar?, ¿cuándo leches y quién, con dos cojones, pararía los desmanes de una vez por todas?

¡Pobre hombre! Le dejaron la nariz de dos palmos y huyeron a un Madrid bullicioso donde pensaron, con razón, que no los encontraría. Para Miguel, explicó el Remedios, sonriente, fue un tiempo de claveles. De entrada, alucinó cuando contempló por primera vez la ciudad desde el alto de las ventas de Carabanchel y descubrió que sus contornos iluminados no le cabían en la mirada. Le había pedido a

Federico que parase el Ford en la cuneta, antes de que las primeras casas del descampado de Paquillo ocultasen la panorámica. Quería ver con detenimiento aquel inmenso lienzo oscuro que salpimentaban de chispas rojas y anaranjadas los ventanales de las casas, las farolas y la refracción de los anuncios de neón.

La ciudad fosforescente se diluía en la negrura de la noche. La transparencia del aire pregonaba una helada invisible y a lo lejos, enfrente, ligeramente elevado sobre las sombras del palacio Nacional que ocupaba el presidente de la República, palpitando como una hoguera de lenguas contenidas, el edificio de la Telefónica llamaba al arrimo como un faro. «Es el rascacielos de Madrid», dijo Leonor mientras le abrazaba por la cintura y apoyaba la barbilla en su hombro. Pero Miguel no la escuchaba. Tenía los sentidos absolutamente emborronados.

Fue un paseo fantasmal porque Federico condujo tan despacio que hasta las sombras se difuminaron. A la luz desvalida de las farolas, Miguel no pudo apreciar como hubiese querido aquel viejo puente de Segovia, el más antiguo de Madrid. Sobre todo porque le distrajo, al fondo, el perfil informe y demoníaco del nuevo viaducto. Le habían dicho que estaba en obras desde el año treinta y cuatro y que mantenía gran parte de la vieja estructura anterior. Pero no se fijó en los detalles. Cuando superaron los basamentos de piedra que sostenían los pilares de hierro forjado y atravesaron el gran ojo, Leonor resopló. Se carcajeó, asustada. «Me pasa siempre que no puedo tocar madera antes de cruzarlo porque temo que me caiga un suicida», comentó campanuda.

Cuando atravesaron la Puerta del Sol y pasaron por la Carrera de San Jerónimo, Miguel contempló, impresionado, los leones oscuros de las Cortes. Luego saludó de buen ánimo al hambriento Neptuno, el del tenedor que decían los castizos, y acabó enfrascándose en sus atemorizados pensamientos mientras el coche rodaba hacia la Puerta de Alcalá, por Cibeles, salvando el paso de los últimos tranvías que, al cruzarse, arrancaban de los cables, con sus troles, chispas de fragua albicelestes. Al final, subieron por la parte de arriba de la calle hasta Manuel Becerra, torcieron por la izquierda cuando llegaron a la mole oscura de la plaza de toros de Las Ventas y, al poco de unas curvas moderadas, acabaron recalando en el chalé.

La pareja amaneció haciéndose de cruces. Los jóvenes contemplaban el precipicio sobre el que iban a construir su futura existencia tras tender un cordel hacia la nada. Iban a irrumpir en Madrid por la puerta del tembleque, la única que siempre chirría con alarma cuando el aviso no sirve para nada porque ya estás dentro. En medio de la plaza del destino habían citado al bicho sin llevar más capa que la de don Tancredo. Pero, por lo menos, era la mejor para el quite, como dijo Leonor. Y ahí estaban, arrimando sus sueños, pregonando su sangre, arriesgándolo todo como ángeles primerizos que ignorasen a Dios. Como si nada.

Leonor se dio prisa. Le preguntó al amigo experto en inversiones que cómo iban las cosas. Y él le respondió que más bien mal, tirando a empeorar. Nadie quería especular, no se arrendaba nada. Ni se vendía. Eran tiempos difíciles. Los peores.

Había mucha inquina, demasiado follón. Primaba la inseguridad sobre todo lo demás. Los lemas eran los que eran. No compres nada, no tengas hijos, cómete las sobras. La moda, chica. Había que vivir al día porque cualquiera podía morir de cualquier modo, sin ninguna razón, pasando por allí. El mundo bullía, se mudaba. Y lo viejo y lo nuevo se mataban a palos, hincados en la arena hasta las rodillas, sin escape. «Aguanta un poco, espera», le dijo el de la inmobiliaria con ademán de otra que me debes. Pero ella le dijo que no podía esperar, que le ayudase a vender el chalé lo más pronto posible. Por lo que le diesen. Y entonces sí que le debería otra. Y grande. Se fiaba de él porque siempre había confiado en los buenos folladores. Sin saber por qué, sin fundamento. Y aquel trapichero de lujo era de los mejorcitos.

Tomó el dinero, lo depositó en el Banco Español de Crédito porque le gustaba mucho el edificio donde tenía su sede central, en Alcalá, y alquiló un piso exterior en la calle Ibiza, esquina con Narváez, a cuatro pasos de la puerta del Retiro que la gente seguía llamando de doña Mercedes. Tenía tres habitaciones luminosas y desahogadas. Una la dejó para su madre y otra, la más soleada, la que se ajustaba al pequeño chaflán, la eligió para dormir con Miguel en una más que sobrada cama de matrimonio. La tercera se la quedó para sus cosas porque andaba rebozada en la harina de las dudas y aún no sabía si su destino acabaría siendo el de adobo de mujer independiente o el de croqueta de marido remendón. De momento, lo tenía claro. Quería disfrutar del muchacho sin atender otros asuntos. Después, ya vería. Tiempo habría para preocuparse cuando no le quedara otro remedio. Así que se dejó de pamplinas y se dijo que a vivir. Por eso. Por si acaso. Por si solo eran dos días de verdad.

La metralla segadora

Miguel y Leonor se arrebujaaron en el piso. Renunciaron a salir al exterior una temporada. Por si don Alejandro. Y optaron por retozar como cochinos y descubrirse sin revelaciones, pasando del pasado. Era lo mejor, dijo el Remedios. No recordar ni lo bueno, ni lo malo, ni lo regular. ¿Para qué? Cuando Miguel le explicó a Leonor que tuvo un gran amor, que aún temblaba cuando pensaba en Libertad, le tapó los labios con un beso. Que no dijera nada. Ella, susurró, le haría olvidar.

Los enamorados aprovecharon la reclusión para aprender a quererse. No hacían nada. Se limitaron a escuchar las campanadas que anunciaban la llegada del año nuevo, a regalarse sueños como si fueran los Reyes Magos y a explorar el mapa de sus cuerpos con la misma generosidad con que los poetas adolescentes afrontan la deriva de sus versos. Ni siquiera les inquietaba el sonido de los disparos callejeros que rebotaba por las paredes del barrio de Salamanca cuando se enfrentaban los falangistas y los chibiris de las Juventudes Socialistas. Se relajaron totalmente.

Una noche no pudieron aguantar las ganas y salieron a la calle, precavidos. Dieron un paseo discreto por Menéndez Pelayo, adosados a la verja oscura del Retiro, y se dieron la vuelta cuando llegaron a la avenida del Pacífico. Fue tan maravilloso que, al día siguiente, Leonor se decidió. Juntó el hambre con las ganas de comer y se echaron a la calle recorriendo las avenidas a cara limpia y corazón quitado. Al principio pasearon con recato, por si fueran ustedes a saber. Pero pronto descubrieron que el personal estaba más pendiente de los asuntos colectivos que de sus achuchones desvergonzados. Incluso se tomaban a chanza sus besos de tornillo. «¡Así se comparten los cocidos, sí, señor!», les gritaban de coña. Porque lo importante era eso, que se vivía a tope, con absoluta tolerancia de costumbres. Y el torbellino de la historia se lo tragaba todo veloz, vorazmente.

Leonor quiso impresionar a Miguel. Decía de Madrid que era la ciudad más hermosa del mundo y que quitase allá nuevayores o parises si se atreviesen a competir, que seguro que no. Y así, con la barbilla más alta que las orejas y más chula que una matrícula de honor, se colgó del brazo de su chico y le dio un paseo. Que

mirase la estatua de Cibeles con sus mármoles cárdenos de Montesclaro. Y el palacio de Correos fabricado con piedra blanca de Colmenar. Tan grande que los madrileños le llamaban Nuestra Señora de las Comunicaciones porque parecía una catedral.

Dos pasos por detrás de un estruendoso tranvía marcharon por Alcalá, hacia la Gran Vía. Iban con la vista crecida y el alma de puntillas. Allí estaba la Victoria alada de la Unión y el Fénix. Y más allá, arriba del todo, que se fijase bien, centelleaban las cuadrigas del Banco de Bilbao. Que viera, en fin, cómo lucía la Minerva de bronce del Círculo de Bellas Artes. Pero que no mirase por ahí, so tonto. Por el otro lado.

Miguel embutía sus sentidos con el bullicio callejero, los gritos de los vendedores y el chirriar de los frenazos de los coches. Pero Leonor le llamaba la atención para que volviera la vista hacia las fachadas del hotel Menfis y del Emperador. Que mirase abajo. ¿Se daba cuenta? Había unos grandes escaparates. Eran los de los almacenes Rodríguez, los más aparatosos de toda la ciudad. O que reparase un poco más allá, donde un cartelón pintado anunciaba una película de Charlot que se estrenaba en el cine Actualidades. Aunque, claro, lo último, lo más grande, era la Telefónica, con sus enormes antenas y el tremendo torreón. ¿A que no había visto nunca nada parecido? Que se figurase. Había leído no sabía dónde que tenía seiscientos ochenta ventanas y que en la terraza había un depósito de agua más grande que dos piscinas juntas.

La propaganda de los grandes bloques electorales, la Confederación Española de Derechas Autónomas y el Frente Popular, abarrotaba las paredes de la Puerta del Sol, el corazón de la villa que le decían. Desde ahí, dijo muy seria, señalando un punto determinado de la acera, se medían los kilómetros de todas las carreteras españolas. Tomaron un refresco en el bar Flor, la antigua cervecería de Candelas. El muchacho, para dárselas de puesto, pidió un *bock* y los obreros que ocupaban la barra le miraron como a un pollo pera. Leonor le explicó que allí se servían barros o cañas de cerveza. «Es que es de provincias», aclaró a la concurrencia, vacilona. Y la gente volvió a lo suyo, a la pizarra enorme de la pared donde seguían apuntados los resultados de la Liga de fútbol. Y a la radio, puesta a todo volumen, donde se anunciaba una velada de boxeo en el Campo del Gas.

Desde la puerta de la tasca, Miguel vio, junto a la confitería de La Mallorquina, a un joven de Izquierda Republicana que pegaba carteles en los que se pedía a los ferroviarios que votasen al Frente Popular para que se readmitiese a los despedidos de sus últimas huelgas. «Las izquierdas salvarán el autotransporte», proclamaban los pasquines. El propagandista portaba su escalera, sus carteles y el engrudo encima de un burro con el lomo pintado de esta guisa: «Yo voto por las derechas». Y cuando el animal rebuznaba, algunos paseantes gritaban: «¡Bravo, bravo!».

Leonor subió al tranvía, pero no arrancaba porque no acababa de llenarse y, para volver a casa, alquiló uno de los pocos simones que aún seguían de servicio. Lo hizo, con segunda intención, bordeando el Retiro por la cuesta de Claudio Moyano, para que Miguel viera los puestos de librerías donde trabajaba su amigo don Benito Gorostizaga. Era la hora de almorzar y el anciano no andaba por allí, pero la

muchacha reclamó al cochero que redujera la velocidad y le dijo a Miguel que se fijara bien en una larga casamata de madera recubierta con chapas de latón. «Ahí es donde vas a trabajar», dijo. Y se rio al ver la cara de memo que se le quedó al chaval.

Fue el mismo semblante que se le puso allí, en el despacho de Pedrero, tres años después. Cuando cayó, el Recogío llevaba en su cartera, junto a su documentación, un papel escrito a máquina en el que rogaba que en el caso de ser herido llamasen al teléfono de doña Leonor, que vivía en la calle Ibiza, o avisaran al teniente del Decimocuarto Cuerpo don Miguel de Génova. Y por ahí llegó la cosa.

El segundo de Pedrero, Corominas, seguía siendo el protector de Mimí. Y continuaba colado por ella. La vigilaba a todas horas, más comido por los celos que por la viruela que pilló de chico. El que la acechaba de su parte le informó rápidamente de lo sucedido. Le dijo que la señora había recibido una llamada telefónica y que, mientras la oía, la cara le había cambiado de color. Pensando que era algo grave, buscó los detalles. Le habían herido a un amigo y estaba angustiada porque ignoraba lo que le había pasado exactamente y el hospital en el que lo habían ingresado.

El chulo se enteró enseguida de qué iba el asunto y oteó la posibilidad de hacerle un favor a Mimí de esos que sabría cobrarse con usura. Sin perder un minuto, le pidió a Pedrero que le echase una mano en el asunto y el jefe, que conocía bien las querencias de su lugarteniente, se la tendió sin dudarle porque él también sabría cobrarse a conciencia la prebenda. Ambos tenían a gala, dijo el Remedios desdeñoso, el ser partidarios del hoy por mí y mañana por mí. Igual de generosos.

El mandamás de los secretas, que ya la conocía, llamó a Mimí y le rogó que se presentara en su despacho sin tardar un santiamén. Era por lo de su amigo herido, precisó. Y ella acudió como si viajara sobre un torbellino.

Pedrero, acompañado por el subalterno, se la echó a Corominas nada más entrar. El chulo disfrutó con sus prisas. La puteó ofreciéndole un coñac que rechazó. Se hizo de rogar. Hasta que Mimí estalló y le ordenó que se dejara de gilipolces. Y entonces le respondió casi asustado, solícito, que no tenía que preocuparse. Él mismo le acompañaría hasta el hospital y haría todo lo que pudiese por el Recogío ese.

Fue entonces cuando, de nuevo, la casualidad envenenó el asunto. El pretendiente, farruco, le pidió que esperase un poco en el despacho de Pedrero mientras ultimaba una tarea pendiente. Solo tenía que dar algunas órdenes, dijo, para acabar cuanto antes con unos cabrones de la Agrupación de Guerrilleros que habían apresado ahí al lado, en el Retiro. Tenía que ordenar que fusilaran a unos cuantos, dijo sonriendo con mala leche, antes de que los acuerdos de los políticos lo impidiesen. Era necesario un escarmiento. Y, además, había que estar en todo. Que bien se lo agradecerían los de Franco cuando entrasen en Madrid.

La zozobra de Mimí fue total. Sintió que un ratón le hurgaba la matriz. Pensó que si Miguel no la había llamado era porque no sabía nada. Seguro que le había pasado algo y por eso no habían podido avisarle. Presintió que era uno de los guerrilleros a

los que se refería Corominas y se desinfló como un buñuelo mordido. Liberó un gritito histérico. Menor. Afortunadamente, el espía malaje no la oyó porque estaba dando gritos por teléfono. Consiguió controlarse con apuros. Pero se puso en pie. Y de repente, como insuflada por un viento helado, estiró su figura y se quedó inmóvil, mirando fieramente a su protector. Fue como si le hipnotizase con su ademán de diosa encabritada. El hombre se quedó parado, con el teléfono colgando de la mano. Pedrero no pudo aguantarlo y se descojonó abiertamente de su segundo. Por calzonazos.

Mimí pidió a Corominas, como si se lo ordenase, que le hiciese un favor. Para evitar explicaciones, fue directa y al grano, dijo el narrador. En la agrupación guerrillera, gritó, estaba su hombre, el único a quien amaba en el mundo de verdad. Lo más probable es que estuviera preso ahí, en el Retiro, añadió. Y estaba dispuesta a salvarlo al precio que fuese. Ella, más tarde, sabría recompensarle.

Era tan tentador que el ansia lasciva de Pedrero asomó a sus ojos. Se contuvo cerrando los puños. Ella se irguió como una diosa. Corominas pensó en lo que podía pedirle a cambio y se le ocurrieron tantas cosas que los malos pensamientos, con ser muchos, no le dieron de sí. Tomó el nombre del protegido y, con la autorización que le dio su buen capo mafioso, ordenó a los agentes del Retiro que buscasen urgentemente a un tal Miguel de Génova, apodado el Marqués, y se lo llevaran cuanto antes al ministerio. «Enterito», precisó.

Y allí estaba Miguel. Mirándola como si contemplase una aparición espectral. Y Mimí no sabía cómo torear las cornadas que le echaba con los ojos. Pretendió mostrarse distante, superior. Pero se traicionó. Le temblaba ligeramente la barbilla y no acababa nunca de encontrar la mejor manera de sentarse. El canalla de Pedrero y su segundo fueron unos cabrones. Dejaron que fuese ella la que diese las explicaciones, que se confesase delante de todos. Por joder. Para que el pollo se enterase bien de cómo se las gastaba su gallina.

Miguel no entendía nada. Se sentó en una silla y la giró hacia el diván donde ella se recostaba con el ademán inquisidor y la mirada turbia. Mimí habló con palabras que le sajaron el ánimo como una cuchilla de afeitar. Había vuelto, dijo de otra forma, a las andadas. Y Corominas era su valedor, el hombre que la protegía política, militar y policialmente. Su padrino. Hubiera podido decirse que era su chulo si su chulo no fuese, como lo era de cierto, Jaime Vilajoana, añadió vengativa, para devolverle a Corominas la putada. Ambos se conocían bien. Compartían el dinero y las mujeres. También a ella. Pero solo cuando ella quería. Porque ella era la reina. La Dama del tablero, concluyó mientras contenía las ganas de llorar.

Lo explicó con crudeza, sin importarle la presencia de sus siniestros valedores. Y sin disimulos. ¿Para qué?, aseguró el Remedios que se dijo. Si Miguel lo entendía, pues muy bien. Cojonudo. Y, si no, qué le iba a hacer. Prefería saberlo vivo, aunque nunca la perdonase, que llorar su muerte. No podría soportar su ausencia definitiva. La auténtica. La que marcan la nada y el olvido.

Se lo contó todo. Y, como suele decirse, con pelos y señales. Porquerías. Lo narró como si disfrutase. Para que Miguel pensara de ella que era una grandísima puta. Y para que, de ese modo, con esa excusa, la verdad le doliese un poco menos.

Ambos, por no afrontar su zozobra, se refugiaron en la desgracia de su común amigo. Se la contó Pedrero. La metralleta veloz, convertida en segueta de aserradero, había cortado la cara de Gregorio Barragán con la limpieza del hacha de un verdugo. Se llevó la nariz y la mandíbula. Dejó los ojos colgando de las cuencas. Y la lengua se desparramó, extendida sobre la nuez, como un corbatín ensangrentado.

Ocurrió en los fortificados Nuevos Ministerios, cuando el muchacho peleaba contra los comunistas sin saber por qué. Y lo peor fue que fueron los suyos. Los suyos dentro de los suyos. El estropicio lo causó la bomba de un chato, de uno de los pocos aparatos que le quedaban a la descompuesta República, ya en manos de Casado. Aconteció el mismo día en que Franco mandó que tres de sus destacamentos divisionarios atacaran el frente del Manzanares. Lo hizo por ver si los republicanos, divididos, flaqueaban. Pero nada. No tuvieron nada que hacer porque los bandos republicanos enfrentados se mataban entre sí en Chamartín de la Rosa, por Canillejas, Fuencarral y Ciudad Lineal, pero siguieron unidos en el Manzanares para seguir muriendo juntos contra los franquistas.

El día que atacaron las tropas nacionalistas, durante todo el ocho de marzo, los derrotados acabaron comprendiendo. Con Casado y el teniente coronel Ortega como portavoces, negociaron la paz interna para solucionar, capeando el temporal al alimón, el fin de la guerra externa. La otra, la de verdad. Fue un tira y afloja en el que ni con ellos ni sin ellos callaron los fusiles. No se dieron tregua hasta la madrugada sangrienta del día doce. El último. El definitivo.

Miguel no reconoció a Gregorio Barragán. No podía ni quería creerlo. Estaba allí, en el hospital de San Carlos. Y veía por la ventana, a lo lejos, los tejados de vidrio de la estación encendidos por el crepúsculo, sucios como la bola de bronce y los dragones de aluminio. Las indicaciones con letras medievales, la partida, los destinos de hierro forjado: Madrid, Alicante y Zaragoza.

¡Qué lejos el mar!, pensó por no pensar. Pero fue inútil. Agarró con cuidado la mano de su amigo. Seguía sedado y respondió desde la inconsciencia apretando la suya. Débil, tiernamente. Sin saber. Con la gratitud espontánea del bebé dormido.

No podía creer lo que estaba pasando. Sus pensamientos rebotaban en la oquedad de su alma torturada, extendiendo el dolor por todos los rincones de la razón. Su querido Gregorio estaba jugando a los dados con la muerte, perdida la partida, y su amada Leonor, allí, al otro lado de la cama, ni siquiera se atrevía a mirarle después de haberle contado la verdad, la gran putada que llevaba ocultándole casi dos años.

Camino del hospital, libre ya de Corominas y Pedrero, Mimí le había explicado, mientras él le daba la espalda, que había esperado a encontrar el momento adecuado de contárselo. Y había confiado en que él sabría perdonarla. Pero las cosas, dijo mirando al suelo, eran así. Todo se había acelerado por salvarle la vida. Un fallo. Otro

accidente. Lo importante era su amor, que seguía queriéndole más que a nada ni nadie en el mundo. Que lo supiera. Seguiría amándole pasara lo que pasara, hasta el último resuello.

Entonces, allí, en la calle, Miguel la mandó a la mierda sin abrir la boca. Pero en el hospital se enajenó. Miró con ojos de perro abandonado al doctor que atendía a su amigo y recordó a Manuel Picardo, el joven cirujano jefe del equipo quirúrgico de la Decimoprimer División. Era un hombre de cuerpo entero, otro valiente. Admirable. Fue uno de los médicos internos que encontró el Gobierno cuando atendía a centenares de heridos en los primeros choques de Madrid. Al hospital provincial, el suyo, llegaron sin cesar los soldados maltrechos de la sierra, de los Carabancheles, del barrio de Usera y la Ciudad Universitaria. De todos los frentes de la capital. Y supo afrontar la inesperada y desbordante situación.

Picardo se lo contó en Teruel, fumando un pitillo tras otro en la cabina de uno de aquellos camiones verdes que llamaban rusos. Describió los paisajes infernales por los que habían paseado su mente y sus sentidos. Le habló del hospital que instalaron, meses atrás, cerca de Brunete, en la sala de un cine al que le arrancaron las filas de butacas y en cuyo escenario colocaron el quirófano. Cuando operaban, bajaban el telón, para que los curados no contemplaran las intervenciones desde sus camas, amontonadas en el patio y en los palcos. Los alaridos aterrorizaban a los pacientes. La estancia olía a jabón y zotal y las pisadas hacían crujir los rollos de linóleo que habían extendido sobre el suelo de baldosas. Anestesiaban a los heridos, cuando podían, con éter sulfúrico Abelló, con el aparato de Ombrédanne y, algunas veces, pocas, les ponían mascarillas de cloroformo. Operaban irrigando continuamente las heridas con el líquido de Dakin y cosían músculos y pieles con catgut fino, el hilo que se elaboraba con los intestinos de los gatos. O con fibra de crin. Después, los sedaban con Pantopón y cloruro mórfico. Y a esperar. O mejor, a volver a empezar. Porque en Brunete, y en tantos otros sitios, no tenían tiempo ni para liar medio pitillo entre dos operaciones.

El buen Picardo había jugado al mus con el horror, lo había mirado cara a cara. Como si nada. Había visto hombres con el cráneo destrozado que seguían viviendo aunque expulsaban por la nariz, cuando tosían, trozos de masa encefálica. A muchachos que morían ahogados por el borboteo de su sangre, que sucumbían, aterrados, porque tenían las heridas llenas de gusaneras y estaban infectadas por las orugas o habían sido invadidas por las larvas de las moscas. El calor y la tardanza en transportarlos favorecían el caldo de cultivo. Tenían la culpa el verano y los aviadores alemanes que, despreciando sus grandes cruces rojas, ametrallaban y bombardeaban a las ambulancias republicanas cuando transportaban de día los heridos.

Pero lo que le había sucedido a Gregorio Barragán superaba la imaginación del más experto cirujano. Era, pensó Miguel, la expresión supina del horror. Porque podía sobrevivir. Sin rostro y sin ojos. Sin dientes ni mandíbula. Como un guiñapo sanguinolento.

Miguel se dio cuenta enseguida y le preguntó al doctor, en voz alta, para que su amigo le oyese desde la ultratumba de sus sentidos, si no sería mejor que le quitaran la vida. Por evitarle el sufrimiento. La respuesta la dio el propio Gregorio haciendo el gesto de escribir. Leonor le acercó un lápiz de labios y el doctor le dejó su cuaderno. Los garabatos fueron conformándose con lentitud exasperante. El dolor deformaba los trazos. Escribió:

—Matadme.

El espanto aceró los rostros. Todos se asomaron al abismo de la mirada ajena. Matarle. Pero ¿cómo? ¿Y quién se atrevería?, comentó el Remedios que se preguntaron.

Tuvo que ser ella, Leonor. La más valerosa de todos los presentes. El doctor preparó una inyección de morfina con la sobredosis conveniente y ella se la inyectó en el antebrazo. Lo hizo llorando contenidamente, apretando los labios, con la rabia imposible del cariño. Después, uno a cada lado de la cama, Miguel y Leonor le apretaron las manos hasta que el rigor de la muerte impidió que Gregorio las abriese.

El Cambio dio un paso atrás. Desde el otro lado del cadáver, Mimi le contempló con tanto dolor y tanta dulzura al tiempo que no pudo sostenerle la mirada. Agachó la cabeza, se giró y, de espaldas, dijo gracias y adiós en voz muy baja. Se fue andando despacio y ella se quedó inmóvil, anclada junto a la camilla de su amigo muerto mientras escuchaba cómo la noche llamaba a las ventanas con los nudillos de su viento helado.

La razón atropellada

Una lágrima fugaz cruzó la calle del Ave María. Limpia, casi perfecta. La oscuridad celeste, suavemente bruñida por la luna turbia y su lucero albar, permitió que Miguel apreciase con nitidez su trayectoria diamantina. Y eso, relató el Remedios, le distrajo, siquiera un instante, del tormento interior. Pero no lo suficiente. Ni siquiera pidió un deseo como hacía de niño, por costumbre. Solo recordó, emocionado, el rostro de Alba Inés. Y el ánimo se le descompuso un poco más. ¡Si estuviera esperándole! ¡Si pudiera oír-la, besar sus manos, llorar sobre su pecho! Pero la ausencia espesaba el vacío de su alma, solidificaba la oquedad de los sentimientos.

Había salido del hospital con el ánimo tan despedazado como el rostro de Gregorio Barragán. Y había musitado, con la rabia a flor de piel: «¡Perro universo!, ¡mundo abominable!». Porque su amigo estaba muerto y Mimí... Mimí le había demostrado que los seres humanos acaban siendo esclavos de sus limitaciones, víctimas de su cobardía y de su miedo.

Muchas mujeres, se dijo iracundo, eran putas porque no tenían más remedio. Pero ser hija de puta era una elección. Y ella lo había sido cuando le engañó. A fondo. Y Miguel pensó entonces que, posiblemente, le había engañado siempre. Debió considerarle un capricho pasajero. Era joven y guapo. Un futuro marqués. Otro buen negocio.

Retorció el discurso. ¡A saber cuáles habían sido sus verdaderas intenciones! Quizás cupiera que, livianamente, le hubiese querido de verdad alguna vez. Pero... ¡y qué!, ¡qué más daba ya! Nunca volvería a ser Leonor. Para él sería, por siempre, la puta Mimí. La exquisita hija de puta Mimí, la Exquisita. Su fugaz estrella negra.

Federico Espejo explicó a la joven Alicia que aquella guerra agónica de Caín contra Caín ya no iba con Miguel. Deambuló durante horas por el centro de Madrid, sin cuidarse de los controles ni de los disparos que hacían los crecidos quintacolumnistas desde la oscuridad. Iba tan ensimismado que cayó en el pequeño cráter de una bomba y pegó con el codo en el muñón retorcido del raíl de un tranvía. El brazo se le hinchó, pero desdeñó el dolor. Al amanecer, cuando unos guardias de

asalto le dieron el alto junto a la puerta del Ángel del Retiro, por donde volvía inconscientemente hacia el piso de la calle Ibiza, cayó en la cuenta de que ya no tenía hogar ninguno. No le quedaba nada que hacer en Madrid salvo esperar la muerte. Dudando de si merecía la pena seguir viviendo, decidió no rendirse y tiró para adelante. Se impusieron el instinto y la rutina. Y el ánimo de supervivencia engrasó de nuevo los ejes de su noria.

En el piso de Ibiza estaban la madre de Mimí y don Benito. Le mostraron su perplejidad por la dureza de su expresión y de sus ademanes, pero no atendió a razones ni las dio cuando hizo la maleta con sus ropas y cargó de armas el macuto. Metió lo justo en cada sitio. Dos trajes y la ropa interior, con los zapatos encajonados, el uniforme de falangista con sus preceptivos correaes y libros de José Antonio y de Foxá. Y en una mochila más pequeña, empacó una Beistegui de veinte disparos, la pistola ametralladora con tres peines, seis granadas de piña y tres bombas de humo. La Llama de nueve milímetros la dejó sobre la mesa para colocársela después en la cintura, a la espalda, debajo de la chaqueta militar.

Tenía cinco cédulas de identidad arrebatadas a oficiales enemigos muertos. Sobre todo de alemanes e italianos, más difíciles de controlar por la tropa española. Las complementó con sus ropajes correspondientes y las armas preceptivas que había escondido en casa. Para huir, eligió la de oficial instructor de la Wehrmacht porque todo el mundo sabía que en Cáceres hubo campamentos donde los alemanes prepararon a los tanquistas de Franco y porque así, además, podía llevar a la vista, en la canana, una Luger oficial.

Bajó a por la moto con sidecar que había escondido en el garaje, una BMW R75 de la Legión Cóndor, y lamentó haberla pintado de verde oscuro para tapar los distintivos nazis. Entonces, se dijo, le hubieran venido al pelo. Decidió tirar por Navalcarnero, hacia Talavera. Y bajar después desde Navalmoral hasta Trujillo y el cruce de La Torre de Santamaría. Era mejor que tomar el tren. Andaría más suelto. Y, además, como había muchas moscas porque llegaba la primavera, pues eso. Por si esas.

Cuando echó a rodar, todavía iba pensando en que el pedazo de corazón que le quedaba se le había deshecho un poco más cuando don Benito, indignado, se le cruzó en la puerta y reclamó una explicación. Le pidió que se apartara y le salió la voz a tiras, quebrantada. El anciano se le echó encima, se abrazó a su cuello y le miró a los ojos.

—No nos abandones —rogó, casi llorando.

Pero él dijo que tenía cosas que hacer. Le empujó hacia un lado del descansillo y don Benito rodó de culo hasta quedar tendido boca arriba. La madre de Mimí se acercó y le ayudó a incorporarse, quejicoso. Miguel miró al frente para no verlos llorar, pero oía sus gemidos y se estremeció. Aceleró el paso. El estómago se le enturbió. Todo su cuerpo le pedía que embridase, que diese marcha atrás. Pero pudieron más la sinrazón y el asco por sí mismo porque pensó en Mimí y se juró que

nunca volvería a caer en la trampa de los afectos. Jamás.

Llegó sin ningún problema serio hasta las afueras de Torrealba. Sus credenciales, su conocimiento del alemán, el uniforme impecable, con la reluciente cruz de hierro que se colocó antes de atravesar los controles de la carretera de Extremadura, le permitieron escapar sin altercados. Fue correr y cantar. Despotricar maldiciones. A conveniencia. Solo tuvo un revés. Fue en un control que la Guardia Civil había colocado en el cuello del puente de piedra por el que se entraba a Talavera sobre el Tajo. Quisieron registrarle y exigió que llamaran al sargento o un oficial superior. Apoyó las nalgas en el pico del sidecar y cruzó las piernas. Miró los juncos ateridos de la orilla. Empezó a susurrar el himno alemán, versión nazi. «*Deutschland, Deutschland, über alles*». «Por encima de todo», tradujo. ¡Menuda panda de hijoputas!, pensó. Pero no dejó de sonreírle al guardia que le apuntaba con el mosquetón en alto.

Se dio cuenta de que aquello no funcionaba y buscó algo más conocido y emotivo. Cuando se acercó el teniente con su documentación en la mano, había cambiado de himno. Cantaba, también en alemán, el «*Ich hatt einen kameraden*». Era el «Yo tenía un camarada». La entonaban tanto los fascistas como los comunistas. Todo quisqui la tomaba como suya. La Falange la consideraba uno de sus himnos desde que nació. Pero, durante el conflicto civil, la interpretaron también los voluntarios alemanes de las Brigadas Internacionales, los del Batallón Thaelmann, porque en el disco *Seis canciones para la democracia* que Ernest Busch grabó en Barcelona le hizo un homenaje a su comisario Hans Beimler tras morir en el frente de Madrid.

Aunque la interpretó ceremoniosamente, Miguel disfrutó entonándola porque, sin que nadie pudiera enterarse, utilizó la letra original, la que le puso estando en Huesca el romántico Ludwig Uhland, famoso por sus poemas en defensa de la libertad. El joven teniente, como buen alférez provisional que había sido, conocía la versión castellana y sonrió. Le saludó militarmente primero y, acto seguido, con el brazo a la romana. No había lío, camarada, ningún problema. Miró sus papeles. «Herr Achenbach puede pasar», dijo a los guardias con marcialidad. Y, cuando lo hizo, se cuadraron.

Mientras rodaba, el sol y el aire le pegaban fuerte. El abrigo y el grueso uniforme le cubrieron el cuerpo y el gorro de cuero, ajustado a la cabeza, repelió el viento. Pero, cuando atravesaba las grandes rectas de la carretera de Extremadura, pasó frío. Para no pensar en ello mientras conducía, se distrajo meditando sobre la mierda colectiva. Iba dejando a sus espaldas la lucha de un pueblo traicionado por todos. Las democracias occidentales, Francia, Gran Bretaña, los norteamericanos por delante y los soviéticos por detrás dejaron a los españoles a los pies de Hitler. Bueno, tampoco era eso, meditó. No exactamente. Fueron sus gobiernos, no los pueblos. ¿Quién se atrevería a reprocharles nada a los brigadistas internacionales que entregaron su sangre? ¿Y a esos combatientes oscuros, de segunda fila, que recaudaron para la

República, en todo el mundo que no dominaban los fascistas, alimentos y medicinas, millones y millones de pesetas? Incluso había que darles las gracias a aquellos trabajadores de Alemania e Italia que boicoteaban la producción de bombas introduciendo pequeños cartones en las espoletas, al tiempo que escribían en ellos: «Estamos con vosotros». Fueron los gobiernos, sus gobiernos. Con Chamberlain, Bloom, Roosevelt y Stalin a la cabeza. Unos por exceso y otros por defecto. Todos cobardes y culpables. También con los suyos. Porque bien que lo pagaron sus propios pueblos cuando estalló la inevitable Gran Guerra. Como los españoles. O peor, dijo el Remedios.

Miguel pensaba entonces que Franco y los vencedores traerían la paz y el perdón. Empezarían a construir. Y contarían con todos. Porque ya no era lo mismo. La guerra llegaba a su fin. Se producirían algunas venganzas incontroladas, inevitables. Pero se acabarían los fusilamientos masivos, indiscriminados, los bombardeos sobre pueblos desarmados, el bloqueo, la miseria y el hambre. Para reconstruir España sería necesario contar con todos los supervivientes, aunque la sombra del atraso histórico, del pensamiento retrógrado, se cerniese sobre la totalidad de las almas. Sería un tiempo oscuro, pero sin el horror del odio y de la muerte. Los muertos reposarían sus sueños derrotados. Y todo volvería a empezar. Aunque no para él. No. No para él.

Era mejor olvidarse de eso. Tenía que mirar hacia delante, como si anduviese en moto, para no caerse. Y tomar las curvas despacio, con cuidado. Porque cada una de ellas era un interrogante a bache abierto.

Decidió refugiarse en el palacio de Torrealba hasta saber qué hacer con su futuro. Y se dejó de meditaciones porque, de momento, ahí al lado, se presentaban problemas muy concretos e inmediatos. Su padre, los Piteras, el Bizco. ¿Qué habría sido de ellos? ¿Y el pueblo? ¿Qué había sido de Torrealba? Porque él se enteró de algunas cosas mientras se mantuvo en la guerrilla extremeña. Noticias aisladas, referencias. Pero todo se borró cuando, por el treinta y ocho, lo destinaron a los frentes de Madrid y del noreste. Ahí se acabó la información. Adiós a los detalles.

Dejó la moto y el sidecar escondidos en las afueras de Torrealba y se acercó, muy de noche, hasta el palacio. Su silueta negra volvió a impresionarle como cuando era niño. El Remedios recordó lo que le había contado Miguel sobre su edificación. Lo había diseñado nada menos que don Rodrigo Gil de Hontañón, el gran arquitecto del siglo dieciséis. Pero lo construyeron, en la última década del mismo siglo, tres alumnos aventajados que le robaron el proyecto y se lo vendieron al primer Miguel de Génova, el fundador de la estirpe.

El baluarte no era ejemplar como fortificación, aunque su diseño permitía resistir asaltos prolongados siempre que, por supuesto, el agresor no fuera el mismísimo segundo de los Felipes españoles. Pero eso era algo impensable porque fue el propio emperador quien hizo marqués al de Génova tras sancionar, atendiendo a don Dinero, la legalidad de sus crímenes.

El antepasado italiano pagó el marquesado de Valdencina con oro y favores de

sangre, pero fue un buen negocio porque le ayudó a certificar que eran de su propiedad las tierras y los bienes que le expolió a don Hernando Pizarro en Torrealba y en el resto de la provincia de la Orden de Santiago de León, de la que formó parte, hasta mil ochocientos treinta y tres, el partido cacereño de Montánchez.

Los discípulos de Hontañón se habían esmerado. La edificación emuló en piedra la majestuosidad de un navío. Formaba un rombo perfecto que asentaba su quilla sobre los grandes canchales del Salor. A babor, las paredes caían bruscamente sobre el río y, por estribor, los muros se afirmaban sobre peñas irregulares y cortantes que bordeaban la carretera de entrada y se deshacían, transformadas en pedregal, camino de Torrealba. A espaldas de la fortaleza, protegidas por muros de pizarra, se extendían varias huertas que se escalonaban en terrazas sucesivas hasta dar con la orilla más profunda del río.

A pesar de su apariencia de fortín, la construcción sorprendía por la multitud de sus ornamentos externos e interiores y, sobre todo, por la singularidad de su fachada. El portalón, cuyas hojas se abrían girando pernios gigantes que se ocultaban tras un enorme arco de medio punto, rompía desde el nivel del suelo, achatándolo, la proa del bloque romboidal. Dos esbeltas columnas jónicas parecían sostener otras dos plantas, con sus amplios vanos en esquina, muy al gusto del propio don Rodrigo. Y un torreón sin ventanas, de vértice tan aristado que parecía un espolón de piedra, culminaba la fachada, sobresaliendo, majestuoso, como un mascarón de tajarar.

Los costados de la gran carabela de berrueco tenían tres pisos. El primero, que se ajustaba a la altura de la puerta principal, lo conformaba un lienzo de granito salpicado por respiraderos que ejercían de aspilleras. La segunda planta era una sucesión simétrica de balcones adintelados, con rejas de filigrana. Y por encima, coronando el edificio, se desplegaba una enorme y ventilada galería cuyos ventanales daban por un lado al exterior y asomaban por el otro a un amplio patio interior, también romboidal.

En ese punto, intencionadamente ahí, el brocal redondo de un pozo rompía en exclusiva las repetidas formas del diamante. Era, concluyó el Remedios, el ombligo circular de aquel vientre que alentaba, con su acuífero, todo el universo romboidal de granito.

Cuando llegó, la luna rodaba medio llena, pero no pudo elegir el modo de ser discreto porque tenía tanta hambre que escuchaba el taconeo de sus tripas. Golpeó la poterna con cautela, sabedor de que el Piteras o doña María Luisa escucharían la llamada, por la proximidad de su dormitorio. Sandalio salió enseguida, asustado. Se santiguó al verle por la mirilla del portón. Abrió una rendija con esfuerzo. Le abrazó y le dio dos largos besos en los carrillos, como un abuelo. Lloró en silencio mientras le metía prisa. Que se escondiera, que no le viese nadie, apuró. Y, menos, doña Edurne. Se había vuelto una mujer política y religiosamente intransigente, aunque no partidaria de la sangre. Y no era que ella supiera nada de él. Ni nadie. Pero él sí sabía. Y le daba miedo que estuviera allí.

Al escuchar su nombre volvió a tener la sensación ambigua de siempre, una mezcla de temor y afecto indefinible. Cuando su padre le abandonó de pequeño, dejó ordenado que, cuando tuviera uso de razón, le buscaran los mejores maestros particulares en todas las materias. El marqués discurría de un modo singular. Juraba no quererle, pero consideraba que debía estar preparado para mantener su apellido con la necesaria dignidad.

Le educó con tal rigor desde la distancia que, a los tres años, cuando apenas si balbuceaba un puñado de palabras, le destinó una institutriz de las de cuarenta en bastos. La contrató con pésima intención. Pero le hizo un favor grande, dijo el Remedios, porque sus enseñanzas fueron decisivas. Don Alejandro eligió a una guipuzcoana que renegaba de su lengua materna, el euskera, por ser de campesinos. Pero era experta en idiomas muertos, gran conocedora del inglés, el francés y el alemán y, al tiempo, ejercía de profesora de matemáticas e incluso de música. Tenía un nombre tan raro que el marqués la eligió convencido de que su sola pronunciación ayudaría al muchacho a comprender la complejidad del mundo. Se llamaba Edurne Arrizabalaga y era más tradicionalista que el mismísimo Carlos María Isidro de Borbón, una devota de fe recalcitrante, severidad monjil y vocación de estricta dominante. Casi perfecta. La persona adecuada para destruir la semilla del mal que el demonio había sembrado en el alma de su hijo.

Edurne era una mujer fea, de fuerte complexión, ligeramente corcovada por el peso de los hombros y la amarga sazón de los desengaños. Iba dando zancadas por la vida con botines del cuarenta y cinco y era tan de armas tomar que no necesitaba tomar armas para hacerse temer. El aspecto uniformaba su personalidad. Se teñía de negro el pelo entrecano y lo llevaba recogido detrás de la coronilla, enroscado en un moño tan mal facturado que los mechones le bailaban como flecos de escoba. Solo le faltaba pregonar, como proclamaba su rostro abotargado y romo, que era una cabo furrier. No le faltaba ni un solo ingrediente para que, en Torrealba, nada más llegar, le pusieran un mote de esos que trituran las mayores enterezas. Primero fue la Ajoporróna. Y, más tarde, encogido el alias por el uso, la llamaron, a pelo, la Ajopa. Cosas del castúo.

El Piteras le llevó a los sótanos y le escondió en una habitación protegida del frío. Había una ventanilla a la que no se llegaba de puntillas por donde penetraban, en torrentera, los rieles de la luna. Pero tenía cristales biselados y una cortinilla. No faltaba nada. Estaban la cama con sus sábanas limpias, la manta de lana y una colcha gruesa, trenzada con dibujos de garzas y venados. Un brasero sin brasas y una bacinilla se acurrucaban en un rincón del espacioso cuarto. Y una mesa de roble con velas y un armario espejado aderezaban el resto de la estancia. En el suelo, por doquier, había pilas de libros rebozados en polvo y varios baúles que parecían de ropas, o trasteros.

El Piteras le hizo esperar, pidiéndole silencio, y poco después apareció con su mujer. Viendo su rostro, Miguel también reparó en el de Sandalio. Habían envejecido

un par de siglos. Las arrugas se habían estirado como fibra de sarmientos y los labios apenas escondían las encías desdentadas. Solo los ojos mantenían la chispa de la vida, pero salpicados por el brillo de las lágrimas contenidas. ¡Cuánto amor había en ellos! ¡Cuánta ternura! ¡Ay!, sintió. ¡Podría reconciliarse con el mundo si los corazones de los hombres fueran como aquellas miradas, esas niñas grandes, el iris puro de aquellos ojos limpios!

Pero no.

Contuvo los gestos dulces, cualquier concesión a la querencia, los ademanes tiernos, las sonrisas benevolentes. Adoptó un aire distante, resentido. Guizó el entrecejo, hizo muecas mohínas, se alejó. Pero no les impresionó. Ellos siguieron mostrándole su afecto sumiso, de seres rendidos al cariño. Entendieron que le pasaba algo. Por supuesto. Era evidente. Pero no iba con ellos. ¡Pobrecito! Lo único importante era su aspecto. Parecía haber sufrido mucho. Pero ellos se encargarían. Faltaría más.

Ordenó que le ocultasen haciendo esfuerzos para mantener firme la voz quebradiza. No le gustaba mostrarse duro. Pero creía, de verdad, que no tenía más remedio. No podía mostrar su debilidad a nadie. Y menos a quienes amaba. Tenía que aprender. Debía cuidar los detalles. Era de ellos, los seres queridos, de quienes debía cuidarse más. Quien bien te quiere te hará llorar. Donde hay confianza da asco. Un bebé, como decía su padre, podía dejar ciego a un tuerto si le arañaba el ojo bueno sin querer.

Los Piteras no le entendían, pero les daba igual porque le adoraban como auténticos padres putativos. Le cuidaron en secreto durante varias semanas, a la espera de saber cuáles eran los planes de su niño. Pero el grandullón se iba amargando más y más con las noticias que no daba la radio, pero retransmitía el Piteras. Fusilamientos, desapariciones, encarcelamientos. La victoria no había traído la paz, sino la venganza. Los afectos seguían deteniendo y expropiando a todas las personas que habían tenido la menor relación con el Frente Popular, juzgando ilegalmente a cualquier sospechoso de haber colaborado con la República. Por rebeldes. ¡Tenía cojones! Entre los fusilados, los paseados, los encarcelados y los exiliados el país se había quedado en calzoncillos. Y cinco meses después, cuando estalló la guerra mundial, fue como si no hubiera terminado la de aquí porque la persecución de los justos y el hambre general siguieron haciendo irrespirable la palabra España.

Miguel quería huir. Se tornó torvo, retorcido, casi canalla. Se decía que era imprescindible para cumplir lo que se proponía hacer. Escaparía de aquel país de mierda que era y seguiría siendo España. Canija, mezquina, miserable. Una España sin miras, sin corazón, con la sangre derramada en las cunetas. Sin metáforas porque habían disparado sobre la nuca de los versos. Y sin alma porque Dios era el patrimonio de los criminales. No había españoles buenos. No había hombres nobles. Todo era desierto, podredumbre.

El Piteras se había negado a contarle lo que había pasado en el pueblo durante la guerra, aunque Miguel se lo preguntó sin cesar. Solo en las Navidades previas a los cuarenta, cuando la insistencia del muchacho resultó insoportable, unos vinos de más le desataron la lengua. Y su testimonio fue demoledor.

Sandalio Torres se preguntó a sí mismo qué había sido lo peor. Y solo tenía una respuesta. Lo de los Madruga. ¡Qué horror! El Bizco, que controlaba el pueblo como jefe de la Falange, les tenía ganas porque nadie se atrevió a cumplir sus órdenes de que apaleasen a don Luis y rapasen a doña Petronila. Los ancianos vivían de la caridad de los vecinos y de la habilidad de la partera para encontrar en el campo las plantas comestibles más insospechadas. La pena por la muerte de sus dos hijos varones había crujido su entereza de cuerpo y especialmente la de su alma. Pero un rescoldo tenue les templaba el corazón y los mantenía vivos. Confiaban en que algún día, cuando acabase la guerra, regresaría Libertad. Era su única razón para vivir cuando en el treinta y siete, por Adviento, Sebastián Delgado supo que la chica había muerto en Alicante. Se enteró por casualidad. Se lo contó un prisionero rojo de Zarza de Montánchez que la había conocido. El Bizco le preguntó que cómo lo sabía y el joven le dijo que la noticia se había corrido entre los combatientes republicanos de la comarca montanchega porque Libertad fue muy querida, una mujer de referencia en la milicia. Por guapa, dijo. Y por corajuda.

Una tarde fría que había combatido con un exceso alcohólico, el Bizco atravesó el pueblo a pie, con chulería. Fue acompañado por un puñado de compinches para hacerse más de temer y se plantó en jarras en medio del patio de los Madruga. Los viejos estaban sentados en sus sillas de enea, a la puerta de su casa, junto al pozo, hablando con sus vecinos en silencio. Lo hacían con gestos y miradas que lo decían todo sin abrir la boca porque, por temor a las represalias, no se atrevían ni a vocalizar sus pensamientos. La visita les aterrorizó, pero disimularon. Don Luis puso los codos en las rodillas y le miró de abajo arriba, con más pena que rabia, haciendo ostentación de ese desprecio categórico que sienten los humildes por los necios arribistas. Doña Petronila tiró del ovillo y se puso a bordar. No quería ni verlo. En privado, jugando con su apodo, le llamaba el Bicho. Y ella no se relacionaba con las cucarachas.

Fue terrible. Cuando el Bizco les informó del fatal destino de su hija, la pequeña, su amada Alba Inés, no respondieron nada. Se miraron entre sí con tan profunda quiebra del espíritu que sus penas crujieron como huesos rotos. Se levantaron despacio, se abrazaron sin gemir y, cogidos de la cintura, dieron la espalda al mundo, se metieron en su casa y atrancaron la puerta. Nadie supo lo que pasó dentro, relató el Piteras. Se sospechó que doña Petronila preparó uno de sus mejunjes de bruja buena y se lo tomaron juntos. Al día siguiente, los vecinos echaron la puerta abajo porque no respondían a la invocación de las aldabas. Descubrieron sus cuerpos tumbados sobre la cama. Se habían puesto sus raídos trajes de novios y se abrazaron como dos amantes. Tenían los labios juntos y los ojos abiertos, como si se hubieran sostenido la mirada mientras ascendían al cielo del olvido.

Pensando en ellos, en Libertad, en sus hermanos, Max Tadek, los amigos perdidos, la humanidad inocente, Miguel lloró esa noche como un niño hambriento. Por última vez. Después, sin palabras, maldijo la inmisericordia humana y, una vez más, se cagó en todos los dioses conocidos y por conocer.

Podría, pensó, pedirle a su padre el dinero necesario para huir de España. O robárselo. Pero no tendría gracia. No fue que le importara una mierda hacerle daño o no. Pensaba que se merecía cualquier cosa. Era que hasta en la indecencia quería mostrarse un poquito digno. Por elegancia, si así se quería. Por chulería incluso. Porque siempre había sido hombre de una pieza. Y así quería seguir viéndose a sí mismo en la maldad. Como en lo bueno. Le iban a dar mucho por el culo al mundo. Pero él no se revolcaría en la inmundicia. Miraría, burlón, desde el burladero. Percha y clase hasta el final. Como un señor.

Le entró la monomanía de pronunciar palabras campanudas, deshilvanadas. Porcuno. Porqueriza. Hombre y mundo. Convivió con lo obsesivo hasta rayar la demencia. Entonces, hizo que Sandalio le llevase una gramola. Por variar. Para no volverse majareta escuchando la radio que le había llevado antes. No lo aguantaba más. Aquellos himnos oficiales. El nacional, el Oriamendi, el de la Legión. A todas horas. Era como darle al coco cucharadas de aceite de ricino. Y las zarzuelas de Moreno Torroba, las coplas de la arrogante y zafia Celia Gámez. Había que oírla cantar el chotis *Ya hemos pasao*, restregando la derrota por las narices de los presos y los muertos de hambre. ¡Qué voz tenía la cabrona!, se decía Miguel. Pero qué penita de chaquetera. Con todo, por consideración al pasado, no quería hacer sangrar su prestigio perdido. Porque, a ver. Después de todo, se dijo, la mujer hacía lo que casi toda España. Chapoteaba en la mierda.

El gramófono le salvó. Miguel oía a Carlos Acuña en tono bajo, cauteloso. Una y otra vez. Y otra vez. Le acompañaba quedo. Sabía que el mundo fue y será una porquería. Pero ¿y lo que iba a ser? Con el fascismo triunfante, el estalinismo rampante, las democracias burlescas... Cantaba: «¡Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio o chorro, generoso, estafador!». Y sí. Comunero, estraperlista, meapilas. Fascista o estalinista, ¡qué más daba! Tonterías de escaparate. Nada era mejor. Lo mismo un burro que un gran profesor. ¡Qué falta de respeto, qué atropello a la razón! ¡Cualquiera era un señor! ¡Cualquiera era un ladrón! Que viese la España de los *espabilaos*. No había que esperar para ver cómo sería el mundo venidero. ¡Siglo veinte, cambalache, problemático y febril...! El que no llora no mama y el que no afana es un gil. ¡Dale nomás! ¡Dale que va! Pega fuerte antes de que te den. Y el primero. Par por una. Da tres veces si podés. Que ya sabés. ¡No pienses más, sentate a un *lao*, que a nadie importa si naciste *honrao*! Que era lo mismo el que laboraba noche y día como un buey que quien vivía de los otros, el que mataba, robaba o estaba fuera de la ley.

Y así una y otra vez. Hasta la aversión, el empalago. Hasta entender con precisión de reloj suizo que allí no tenía nada que hacer, que debía huir. Pero ¿adónde?

Aún no lo sabía. Solo lo presentía. Intuyó que la respuesta estaba en uno de los baúles del rincón. Era grande, como un ataúd. De palisandro rojo y viejo, madera de sangre. Estaba lleno de remaches y lo sellaba una enorme cerradura, tan oxidada que la suciedad reconcentrada, la roña metálica, impedía que se distinguiera el agujero de apertura. Pidió al Piteras que le buscara la llave. Pero después de remover hasta los recovecos de sus tripas, no la encontró. De modo que Miguel, decidido a satisfacer su curiosidad, pidió maza y cortafrío. Y desvencijó la cancela de un solo porrazo.

El cofre estaba lleno de pergaminos de paño, amarillentos. Crujían al tacto y los tomó con miedo entre las manos. Fuera lo que fuese, aquello era una joya. Y no solo por su más que manifiesta antigüedad. Descubrió que eran las memorias del primer Miguel de Génova, el fundador de su estirpe. Y le fascinó la certeza de que, leyéndolas, bucearía por las cloacas del tiempo hasta zambullirse en sus raíces.

La realidad deshuesada

Eran hojas escritas a tinta firme, dijo el Remedios con solemnidad teatral. Y miró a su Alicia merlinescamente, cerrando solo uno de sus párpados. Centenares. El antepasado de Miguel las había redactado poco antes de morir. Pero los trazos eran seguros, rectilíneos, precisos. Hasta el penúltimo folio. Aquellos eran caracteres fijados a sangre por un hombre que expresaba con frialdad, sin agobio, sus últimas verdades. Como si fuera insuficiente confesarse con un cura y necesitase comunicarle a Dios, por escrito, su arrepentimiento.

El primero de los Genoveses había dudado de la existencia del Altísimo y la edad incrementó su descreimiento, aunque, paradójicamente, le hizo temer cada vez más al infierno. Porque había pecado como si nunca hubiera de morir. Y se había equivocado de medida. Se le consumieron los gramos del tiempo. Le llegó la hora y no le tranquilizó la presunción de que las obras de caridad que había hecho y la infinita capacidad de perdón del Creador le permitirían ganarse el purgatorio. Solo cabía explicarse, hacerse entender. Desnudar la deshuesada realidad. Porque nada ni nadie podía justificarle.

Miguel le dejó al Remedios un texto en el que condensaba el manuscrito del fundador de su progenie. Como el original estaba escrito en castellano más viejo que el del Quijote, con giros castúos y abundantes latinajos, el joven heredero del apellido había traducido el sentido de los párrafos, no su literalidad. Era como un caldo de gallina vieja. Lo esencial.

Francisco Miguel, el primer Genovés, contaba que nació en tierras ligures y su madre, posiblemente pobre, aunque a saber, le dejó a las puertas de un convento que los franciscanos erigieron en la cima de uno de esos Apeninos menores que se despeñaban sobre el Mediterráneo. Arrebujado en un cesto de cuero, le refugió en una escarbadura del muro que habían labrado el viento y las lluvias junto al poyo del portalón de madera de roble. Y a pesar del voto de pobreza y la pobreza misma, los monjes le acogieron sin pensarlo. Le escondieron. Se encariñaron. Y allí se quedó.

Fray Doménico, el padre prior, le puso el nombre de Francesco por el fundador de

la orden. Pudo haber sido Natanael, un regalo de dios. O Apolinar, el que alejaba la muerte. O cualquiera de los otros muchos nombres que el rector llegó a pensar enfebrecido por su inesperada progenitura. Pero triunfó la deriva moderna del latino Phranciscus. Qué se le iba a hacer. El santo patrón era el santo patrón. Y limosna para mancos.

El buen prior quiso que su protegido llegara muy lejos. Soñó que alcanzaría el episcopado, un objetivo aparentemente inalcanzable. Demasiado caro. Pero nunca se sabía. Ser obispo era un negocio y el cargo podía conseguirse de cualquier manera y a cualquier edad. La gente hablaba de las prebendas e impuestos del papado, del modo en que se subastaban los cargos en beneficio de la curia romana y su esplendor, del veneno y el puñal. Pero los planes del Señor sobre cada uno de sus adoradores eran inescrutables.

Con todo, por lo que fuera, no pudo ser. Y Miguel nunca explicó la razón. Quizás porque, simplemente, la desconocía. Cuando le contó el asunto al Remedios, dio un brinco literario hasta Sevilla y presentó al protagonista huyendo, muchos años después, de un crimen que cometió en Génova en medio de un *carrugi* abarrotado de testigos. Al parecer, atravesó, en un duelo con espada, a un protegido del Dogo que competía con él por los favores de una dama. Solo dejó escrito que no pudo escoger. Que fue cosa de matar o morir. Un infortunio.

En Sevilla cambió su nombre por el de Stefano Gentile y se colocó enseguida en la Casa de los Pinelo, unos paisanos que ignoraban su pasado, pero agradecieron sus conocimientos. Y el muchacho pensó que su puesto de mozo solo sería el dique desde el que partiría al viento de todas sus malicias desplegadas, camino de la riqueza americana.

Híspalis era entonces la capital de los tunantes. Y él dominaba la picardía con la soltura de un toro resabiado. Allí, cada cual a su modo, todo el mundo era un truhan. Lo eran los potentados y los hambrientos. Y los artesanos. Y los escribanos. Y los curas. Sin excepciones. Los bribones más humildes eran los pedigüños y un malandrín con espada a precio no era de peor calaña que un factor de la Casa de la Contratación. Rodaba el mundo enloquecido, entreverado de medievalidad y renacimiento, devorándose a sí mismo por los pies. Los más adoraban a solo dos divinidades: Cristo y su propia persona. Y los menos, los más espabilados, formaban trinidad con el Espíritu Santo del dinero. La única referencia eran el cielo del poder y el infierno de la pobreza. Y en eso creían, además de los cristianos, todo tipo de marranos, sin distinción entre musulmanes o judíos.

El Genovés, como se hizo apodar, comentó en sus textos que allí volvió a tropezar, burro de casta, con la piedra del amor. Fue un grande extravío que de nuevo pagó a mal precio. Al igual que en Génova, la cagó en Sevilla, como dijo el Remedios. Fue el atrevimiento de la ignorancia. Esas cosas con las que la corta edad dota a la corta mente. El seso se le fue por las nubes persiguiendo a una damisela de alcurnia inalcanzable y los nervios volvieron a perderle. Otra vez, diole que le pegó,

volvió a matar. Y otra vez afirmó que había sido sin querer. Pero nadie le creyó.

La excusa no fue buena. No olía bien. Huyó y tuvo que esconderse en los rincones más sórdidos de la nueva Babilonia. Quedó a la espera de que llegara un bajel que le llevara a las Indias y rodó de aquí para allá por las cloacas de la metrópolis del cocido nunca y de postre jamás. Ya se moría de hambre, dos o tres días después de la fuga, cuando quiso un mal que le alcanzase un bien. Robó a un ladrón. Arrambló, como si fuese un monicaco, el hatillo que la víctima llevaba sobre el hombro, en una estaca, y huyó dando botes y zigzagueando.

Lo hizo tan bien que la habilidad le salvó la vida. En menos de un quiquiriquí fue atrapado por un tropel de muchachos armados con estacas y puñales. Comprobó que le había birlado unas ropas de lucir nada menos que al mismísimo jefe de la banda. Y se asustó. Cuando llegó, el miura traía malas ganas. Quería deslomarle. Pero se contuvo. Reflexionó un momento. Y se dijo que un escamoteador de bolsas como él le iría de perlas a su pandilla. Porque el negocio era lo primero. Que si no...

Se llamaba Monipodio y andaba al servicio del rey de la Concha, un mal puerco que, guiado por su conveniencia, era capaz de prostituir a sus hijas y mutilar a un niño abandonado para convertirlo en uno más de los veintitrés tipos de mendigos que tenía a su servicio. Gentile se incorporó a la cuadrilla sin convencimiento, atrapado por la obligación que le imponía el andar huyendo permanentemente de los jueces de cuadra. Cuando quedó al margen de la ley por segunda vez, la vieja idea que acunó en la huida de Génova volvió a convertirse en obsesión. Tenía que irse al otro lado de la mar grande. Y cagando heces.

Una tonadilla popular ironizaba sobre la poca plata que alcanzaría a la postre. «Mi marido fue a las Indias para aumentar su caudal; trajo mucho que decir, pero poco que contar», bordoneaba. Y las cancioncillas infantiles que entonaban los niños sevillanos sobre el sol, la luna y las estrellas le hacían estremecerse cuando pregonaban: «Al otro lado del mar está el vacío». Pero era que sí, que en las Indias estaban la muerte o la fortuna, el perdón, que otorga el tiempo o se compra con dinero. Porque si tenía que arrastrar su culpa de por siempre, pues valía. Pero la ahogaría en placeres camino del infierno. ¡Faltaría más! Y si hacía fortuna, ¿quién sabía? Quizás sus obras de caridad le abriesen un rincón del purgatorio y el bondadoso Dios... Pues eso. ¡Quién sabía!

Mediaba el año malhadado del mil quinientos veinticuatro y tenía casi veinticinco primaveras cuando acudió al ataque de la vieja carabela en la que podía viajar hasta Santo Domingo. Sobornó a un contratista rufián y consiguió que le admitieran como marinero de fregona, obligado a carenar y cortar leña cuando fuera preciso. Y ahí mismo cambió de nombre por tercera vez, la que fue definitiva. Se apuntó como Miguel de Génova y con Miguel de Génova se quedó para siempre.

Llegó a Santo Domingo después de un viaje más agotador que temible y con solo ver la frondosidad de la costa supuso que regresaba al paraíso terrenal. Pero no fue así. Había creído que en el Nuevo Mundo harían falta buenos contables y que

acabaría siendo rico con el hábil manejo de las finanzas maleables. Necia aspiración, visto lo que vio. Allí no había nada que ganar si no somanta de palos y maldiciones de a saber.

Tenía que encontrar la fortuna de otra forma, en otro sitio. Y estaba tan enloquecido que se dispuso a ser un soldado feroz, aunque tuviese que aprender a mandoblazos en el culo. Acordó consigo mismo irse a la ciudad de Panamá, donde le dijeron que un tal Francisco Pizarro buscaba gente para que le acompañase a conquistar un reino desconocido al que se bajaba por las costas de la mar del sur, en el otro océano.

Se dio prisa por encontrar un buque porque se iba quedando sin el poco dinero que tenía y le habían dicho que, si encontraban tesoros en los nuevos reinos, le pagarían en proporción a su equipamiento militar y su valía en el combate. Quería guardar la plata justa para comprar coraza y espada, un caballo con pechera y su petral de cascabeles y un mastín amaestrado que devorase a los indios, las tres propiedades que daban derecho a la parte más suculenta del botín.

El relato del primero de los Migueles impresionó al último. Refería el sacrificio, la disposición a extender la fe en Cristo, la búsqueda de la grandeza y de la fama que enfebreció a aquellos aventureros. Y explicaba que, para alcanzar sus fines, no repararon en atrocidades, en cometer los crímenes más horribles, saciar su codicia y avivar el espanto y la impiedad. El mundo, pensó entonces Miguel, no había cambiado mucho. Su antepasado expresaba la desnudez del hombre, siempre capaz de lo más bueno y lo mucho peor.

Pizarro simbolizaba ese universo porque representaba la quintaesencia del caudillo. Iletrado, fiero, traidor, asesino desalmado. Y, sin embargo, listo, meditabundo, valiente, sosegado, temeroso de Dios y perseguidor de la fortuna con el único objetivo de conseguir la gloria. Aquel tiranuelo estaba decidido a sacrificar su vida, para entonces acomodada, por la consecución de sus propósitos. Y lo demostró con su enloquecida heroicidad en el combate. Pero el Remedios le dijo a su joven seguidora que, a su juicio, quien desprecia su vida también desprecia la de los demás. Y que por eso, a la postre, se aproximaba más a la personalidad del homicida que a la de los héroes.

Federico Espejo recordaba los sentimientos expresados por el inocente Cambio en Medellín, cuando admiraba la obra de los conquistadores junto a su amada Libertad. Después de leer el testamento de su antepasado, comentó con sorna, el último Genovés había cambiado radicalmente de criterio. Redibujaba los contornos de la estatua arrogante de Cortés, aquel militar que utilizó métodos brutales contra los aztecas y que a él le pareció siempre un paladín descomunal. Solo fue un asesino emprendedor, se dijo. Era cierto que los conquistadores no fueron ni más ni menos devastadores que su propio emperador, el primer Carlos de España y el quinto de Alemania, como le decían. O que el mismísimo Julio de Médici, el séptimo Clemente contra el que combatió el emperador, de quien se dijo que fue el más desgraciado de

los papas y a quien las profecías de san Malaquías, inspirándose en su escudo de armas, designaron como la flor de las columnas enfermas.

El Remedios calló unos segundos mientras sostenía la impertinente mirada de Alicia. Y, algo enfadado, quiso decirle que su alusión al papa tenía fundamento. No la hacía por petulancia o para alardear de lo mucho que sabía. Pero optó por continuar el relato sin dar importancia a su sonrisa desconfiada.

Tras leer el memorial de su antepasado, Miguel dejó de entender la devoción popular por exterminadores como Cortés o Pizarro. ¿Qué diferencia había entre ellos y los invasores sanguinarios que en el mundo fueron?, ¿cuál la distancia entre su actuación y la de los fieros emperadores romanos que crucificaban a los habitantes de pueblos enteros, los Atila de turno, aquel Napoleón que había permitido matanzas como la que se produjo en la mismísima explanada medelitense que tenía delante, donde sus soldados remataron la batalla de Almaraz fusilando a miles de campesinos que se habían sumado al derrotado ejército del general Cuesta, dejando que sus cadáveres cebaran a los buitres durante semanas?

Salvando la distancia en siglos, ¿qué distinguía a esos conquistadores de Hitler o Mussolini, sus enemigos presentes? Nunca entendió que asesinar a millares, centenares de miles de seres humanos y arrasarlo poblaciones enteras permitiera a los hombres entrar en la historia como epónimos. No había causa que justificase el inicio de una guerra, había concluido Miguel. Jamás nadie inició un conflicto con razón. Los pueblos que tenían el derecho de su lado, que ansiaban la paz, siempre batallaron a la defensiva. Nunca empezaron ellos.

De los conquistadores se decía que eran fruto de su época violenta, de una Europa assolada por las guerras incesantes. Pero Miguel pensaba que Bartolomé de las Casas y los misioneros también eran hijos de su tiempo, el mismo tiempo. Y, sin embargo, fueron buenas personas. Ni siquiera valía la explicación de que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón y de que su actuación quedaba justificada por el hecho de que Atahualpa en el Perú y Moctezuma en México fueron también dictadores que esclavizaron a otros pueblos e incluso tiranizaron a los suyos. Era la peor de las justificaciones. A los pueblos aborígenes el recambio de tiranos les sirvió de bien poco. Y fue peor el remedio que la enfermedad.

Cuando el de Génova conoció al conquistador, poco antes de sumarse a su segunda expedición hacia el sur, la del año veintiséis del mil quinientos, el entonces capitán había atesorado mucha experiencia como saqueador y una enormidad de doblones de oro que puso al servicio de su más alta ambición. Pizarro era taciturno y no hablaba nunca de sí mismo ni de su pasado. Todos sabían que tenía más cicatrices en el alma que en el cuerpo. Demasiadas. Creció queriendo seguir los pasos de su padre Gonzalo, a quien apodaban el Tuerto, el Largo o el Romano, dependiendo de cómo, cuándo y quién. El Largo, su apodo más extendido, mandaba cartas contando sus aventuras en Italia, en Logroño y en Navarra, donde llegó a ser coronel poco antes de la ocupación imperial. Y esas misivas, junto al ir y venir de los soldados del

pueblo, le llevaron noticias sobre los horrores de la guerra, historias de cuellos rebanados a millares, de mujeres forzadas por doquier y críos esclavizados que se vendían legalmente como si hubiesen sido capturados en guerra justa contra el moro, aunque provenían del centro de Europa e incluso de más allá.

De Génova participó muy pronto en la conquista del Perú. Incluso estuvo en los bajiales de la isla del Gallo, aunque fue de los que no cruzó la raya. Eligió no formar parte de los catorce de la fama y regresó a Panamá. Según Francisco Pizarro, por cobarde. En su versión, en cambio, afirmaba que le clavaron dos flechas en el hombro y le cicatrizaron las heridas con aceite hirviendo. El dolor le hizo pensar. Y concluyó que nadie disfrutaba de sus riquezas estando muerto. Luego, cuando la cosa anduvo más tranquila, se incorporó de nuevo a la tercera expedición, la que resultó definitiva, y acabó ganando su posición en Cajamarca. En realidad, hizo lo justo para chupar lo injusto del botín, como él mismo relató con sorna en sus escritos.

Las arcas llenas le quitaron las ganas de penar. Volvió a España lo más pronto que pudo, acompañando a Hernando Pizarro en el viaje que hizo para entregarle al emperador, de parte de su hermano, el quinto real. Aunque hacía diez años que se había ido a las Américas, cuando desembarcó en Sevilla la víspera de Reyes del mil quinientos y otros treinta y cuatro tuvo la impresión de que todo seguía igual. Salvo en un aspecto. La ciudad estaba más llena de gente. El bullicio era mayor y la pícara desconfianza se imponía abiertamente a la solemnidad oficial porque la alegría electrizaba el aire y sus chispas invisibles, como ensalmos, deshacían la niebla inquisitorial. También el mundo de los negocios había cambiado a fondo, aunque no en las apariencias. Se lo dijeron las rentas. La banca sevillana acogió el tesorillo del Genovés con presteza de limosnero y lo transformó en ducados mientras él seguía su camino, como escolta, junto al hermano del conquistador.

El primero de los Genoveses supo aprovechar el prestigio de su capitán y los muchos beneficios que le reportaba estar a su servicio para adentrarse en otros negocios financieros. Merced a la fama de los Pizarro contactó con Critoph Raiser, uno de los factores que tenía en Sevilla un tal Veit Hörl, el representante en España del mayor banquero del emperador, el todopoderoso Anton Fugger. Sumados a su reducida, aunque sólida fortuna americana, los créditos que le consiguió Raiser, respondiendo de él ante Guido Herrle, que era como se conocía a Veit en la ciudad, le permitieron participar en el más que rentable comercio del fustán. La mezcla de lino y algodón de Augsburgo y Venecia se había puesto de moda y el mercado español reclamaba todo tipo de tejidos para su vestimenta, especialmente los de tonos oscuros, singularmente el negro. El Genovés colaboró en la venta de la prestigiosa mercancía del Fúcar, el nombre españolizado de Fugger, y consiguió acrecentar su faltriquera.

Con el fustán de provecho y el caudillaje rufián de un grupo de tunantes que trabajaban para él protegiendo personas y fortunas, las ganancias se le salieron de bolsa y pudo huir del dicho que menos le gustaba, ese de que «Don sin din, cojones

en latín». En menos de dos años descubrió que le resultaría imposible gastar su fortuna aunque viviese tres vidas. Y, como suele acontecer, dijo el Remedios, se vio obligado a seguir invirtiendo para hacerse más rico y así tener más dinero que nunca podría gastar sino en ganar más dinero. Al fin y al cabo él, el Miguel originario, no sintió nunca aquella necesidad de renombre que experimentaron sus compañeros de conquista, aquellos bárbaros capaces de arruinarse e incluso de morir en busca de la gloria después de haber pasado las de Caín hasta acumular una sólida fortuna. No es que no buscase reconocimiento social, que por supuesto. Lo que pasó fue que lo quería de diferente condición. Y sin arriesgar el cuello. Que no en vano la humanidad, sentenciaba, había alcanzado sus más grandes logros huyendo de sí misma.

Dando el alma por perdida, el malo de Miguel de Génova se echó a cualquier negocio, picando por aquí y robando por allá. Hizo de todo, pero lo que más le rentó por entonces fue la prostitución. Aprovechando el conocimiento adquirido en las Indias, montó una red de casas de mancebía para la alta alcurnia en la que se ofrecía al mismo tiempo el placer supino y la cura de los muchos males que acababa provocando.

Para su fortuna, recordó que en *La Hispaniola* tenían un remedio muy especial contra el *morbus gallicus*, la enfermedad secreta de la que tanto se hablaba desde que la sufrió en sus partes el mismísimo emperador Maximiliano. Se trataba de una receta elaborada con madera de guayak y su distribución por Sevilla le hizo tan rico como la esforzada labor de sus putas lujosas. Lo malo fue que el negocio de la cura con pócimas de madera no aguantó mucho. Y sin que se supiese ni cómo ni por qué, poco a poco, su prestigio fue decayendo y se volvió a tratar el mal con el mercurio. Como antes.

Al principio, Miguel de Génova había colaborado lealmente con el mayor de los Pizarro y hasta llegó a ser uno de sus poderhabientes. Más tarde, incluso hicieron negocios juntos comerciando con productos españoles entre Europa y las Indias. Sobre todo exportando agua de azahar y los guantes de cuero de Ocaña, que se habían puesto de moda en Augsburgo. Los hacendados de ultramar los pagaban al precio de la seda.

Todo rodó bien hasta que la ambición de Hernando Pizarro le reventó la sesera y acabó colaborando con su hermano Gonzalo en su pugna americana contra el rey. Cuando su socio acabó en prisión, el Genovés empezó a marcar cuidadosamente las distancias y se aprovechó de su desgracia. Fue como un cuervo que picoteara las extremidades de un crucificado agonizante. Avanzó poco a poco en la rapiña y se hizo con un buen pellizco del futuro mayorazgo de los Pizarro mediante trampas legales y cohechos de tufo condensado.

Fue entonces cuando aprendió lo que le faltaba, el arte de la política. Descubrió que el gobierno siempre hundía sus raíces en la economía. Supo que detrás de toda actuación cortesana, por más imperial que se presentase, había que buscar el dinero si

no mediaba el sexo. Y si mediaba, también.

Era lo que le faltaba, el gran hallazgo. Porque cuando se doctoró en conspiraciones, le resultó muy fácil predecir la debilidad de Pizarro. Y le atacó donde más indefenso se mostraba. Solo tuvo que limitarse a saber por dónde se descomponía aquel cadáver vivo que ignoraba serlo y que, para remate de su mal, se atrevió a combatir tan neciamente contra toda la corte del emperador.

Hernando no tardó en descubrir sus tejemanejes y rompió la sociedad. Tenía que pasar, que dijo Espejo. El odio fue africano. Y el ánimo, de matar. Al Genovés se le ocurrió, como supino daño, arrebatarse el uso exclusivo de su apellido. Descubrió que podía casarse con doña Inés Pizarro Tupac, la hija de Gonzalo Pizarro, y pensó que, si lo conseguía, Hernando lo sufriría en el sagrario del alma. Sería como arrebatarse el cáliz de la única sangre que adoraba, la suya propia, la de su familia.

Lo consiguió. Y de sobras. La suerte se derramó sobre sus aspiraciones. Tanto que, para su colmo, se enamoró de verdad. Los cálculos del incremento de fortuna que había previsto fueron lo de menos. Se derritieron nada más verla. Cuando Inés Pizarro Tupac entró en el salón de su palacio, silbó el silencio. Había fallecido su marido Francisco Pizarro Yupanqui, el hijo del Conquistador y de su amante Angelina, el hermanastro de la esposa de Hernando. Y vestía de luto riguroso. Pero tenía la elegancia de las emperatrices viudas, según selló el anciano relator mientras elevaba hasta el techo sus devotos ojos.

Lejos de los caracteres comunes a su raza, las piernas eran largas y la cintura estrecha. Cuando se quitó la saya de chamelote, tejida con el más fino pelo de cabrito, la basquiña y el corpiño bordados en oro lucieron su terciopelo oscuro, brillante como el ámbar negro, y remarcaron sus maduras proporciones, la esbeltez serena de su cuerpo. Tenía la piel clara porque salía al padre, pero levemente almagrada. La nariz chata y los labios gruesos, la suave redondez del rostro y un cabello endrino que azuleaba la luz cristalina de las lámparas engalanaban su radiante hermosura. Y de guinda, remató el anciano, unos ojos intensamente negros, como faros de agua, espejaban la luminosidad de su tristeza.

Aquella extraordinaria mujer, sin conocerlo personalmente, estaba predispuesta al matrimonio por adelantado porque pensaba que solo el Genovés podría enfrentarse a los rapiñadores de su familia. Su prima Francisca, con el apoyo de Hernando, pretendía quedarse con la fortuna de su esposo muerto porque había testamentado que, si doña Inés volvía a casarse, le quitaran la herencia y se la diesen a ella. La muy carroñera pretendía hacerse con el patrimonio del fallecido estirando tribunales. Y en esas estaba cuando concluyó que su primera y prioritaria tarea era encontrar un protector porque, tanto si se casaba como si no, acabarían arrebatándole lo suyo. Por eso decidió que, puestos a litigar, lo haría por todo, incluyendo la trifulca que implicaba contraer matrimonio contra la última voluntad de su marido. Sobre todo, saldó, cuando el casorio resultaba ser, como era, la más firme de las alianzas.

A sus cincuenta y tres años, Miguel de Génova, senior, se sorprendió a sí mismo

por la simpleza brutal de sus deseos. Toda la elegancia, la distinción, la nobleza de doña Inés se borró de inmediato. La adivinó desnuda, acogiéndole entre sus brazos, los muslos abiertos, los labios encendidos. Y allí, en medio del banquete, sentado a solo cuatro sillas, tuvo que adelantar la barriga e hincarla en el tablero para que nadie apreciara bajo las calzas el tamaño de su turbación.

Las bodas del legalizado malhechor fueron sonadas en toda Extremadura. Las buenas relaciones que mantenía con el nuevo emperador, el segundo de los Felipes españoles de la Casa de los Austria, hicieron que la nobleza se inclinara más en su favor que en el de Hernando. Y a los desposorios no faltaron apellidos de postín.

En toda Castilla era sabido que el Genovés prestaba dineros al monarca y que nunca se los reclamaba con impaciencia. Se afirmaba, además, que habían pleiteado juntos contra los Pizarro por presuntas deudas que los hermanos trujillanos le habían reclamado a la Corona. Miguel había colaborado con el emperador en la elaboración de testimonios demoledores sobre los muchos crímenes y tropelías que habían cometido los Pizarro en el Perú, unos ciertos y otros no, pero igualmente eficaces ante la justicia. Y el soberano, agradecido, materializó su sueño y lo convirtió en marqués.

Aquel año cincuenta y nueve de los mil quinientos fue el mejor en la vida de Francisco Miguel de Génova porque el día de la boda, además de unirse a una mujer inmerecida, el emperador le envió un regalo con su sello y letra. Era lo que más ansiaba, lo máspreciado. Podía utilizar el título de marqués de Valdencina desde ya. Y sus hijos y nietos, toda su descendencia, tendrían en propiedad el privilegio del marquesado. *Ab aeterno*. Por eso, cuando comulgaba en el altar de la iglesia de Torrealba, pensó que Dios le perdonaba todas sus miserias. Miró al Cristo pinjante de la cruz, se mostró arrepentido ante aquel Cristo que le perdonaba porque le entendía. La hostia se deshizo más allá de la boca y le incendió las venas. Sintió que su llama le derretía todos los pecados. Le purificaba.

Vivió un tiempo de felicidad insospechada. En su relato vital contaba que al año de casarse con doña Inés tuvo un hijo fuerte e inteligente en el que, por la edad, depositó los afectos del padre como si fuera un abuelo. No llegó a quererlo tanto como a la persona que más quería, que era él mismo. Pero casi. Fue muy hermoso, escribió. Y, como todo lo bueno, duró poco.

Su adorada esposa provocó la situación insospechadamente. El marqués supo que algo se había torcido cuando el chico tenía seis años. Un día fue a darle un beso como los de costumbre y el niño se echó a llorar, aterrorizado, y salió corriendo hacia su madre. El marqués pudo observar cómo doña Inés aplaudía la escena con su mirada torva y comprendió que se estaba vengando de él. Lo captó enseguida, comentó el Remedios. La esposa se había enterado de su gran secreto. Por eso le odiaba. Y quería que su hijo le odiase también.

Pasó lo que tanto pasa, al parecer, en situaciones semejantes, avisó el Remedios. Y lo decía con el mayor de los respetos, ¿eh? No fuera a pensar que... Pero Alicia

arqueó las cejas. ¿Cómo iba a pensar lo contrario, fuera lo que fuese, si no sabía de lo que estaba hablando? Bueno. Pero que quedase claro, insistió. Lo que paso fue que doña Inés perdió la fecundidad y la libido. Y en fin, el sexo y las ganas se le agostaron. O eso contaba el de Génova. Por completo, abundó. Y aunque al principio dejó hacer a su marido, por no disgustarle, se le desgarraron las entrañas y llegó un momento en que el acto sexual, siempre embrutecido por el marqués, fue una tortura para ambos.

El de Génova, sorprendiéndose a sí mismo, no dejó de quererla. Pero su cuerpo, robusto aunque provento, se había acostumbrado demasiado al goce cotidiano y el asta de su virilidad seguía desplegando la bandera de sus apetencias al menor roce con la piel de su esposa. Incluso volvió a sufrir, como en la adolescencia, poluciones nocturnas.

Se le encrespó el carácter, se encolerizó y tuvo que arrepentirse muchas veces de su mal comportamiento con doña Inés. Hasta que llegó el momento en que no pudo más. Huyó a Sevilla. Para reflexionar, se dijo. Por no hacerle daño a su esposa cuando le arreciaban los arrebatos. Y en la nueva Babilonia, cómo no, encontró la *solución*.

Una vez más, Monipodio acudió en su ayuda. Le recomendó que se fuera de putas, se echase una amante o hiciera las dos cosas. Que ya lo decía el refrán. Barriga llena y escroto vacío, hombre cumplió.

Pero Miguel descubrió que no era igual. Los cuerpos se ahuecaban, el tacto era rugoso, la mirada insoportable, la desazón profunda. Y si cerraba los ojos y pretendía imaginar que estaba con ella, entonces era peor. Horrible. Se le arrugaba hasta el alma. Aquella compañía le repugnaba. Había probado la esencia del amor, la que solo se almuerza por los sentidos y se digiere en el corazón, y sabía que el auténtico placer era otra cosa. Se dejaba hacer, pero nada. Solo eyaculaba con la mente en blanco. Y eso, cuando podía. Casi nunca. Porque no le quedaban rincones del espíritu que no ocupase la imagen de doña Inés.

Fue por eso por lo que le sorprendió tanto que una pelirroja que vendía buñuelos por las calles se abriese un hueco a codazos en el alma ocupada por su esposa. Era exóticamente hermosa. Encargó a Monipodio que descubriese dónde vivía. Y para el bandido picarón fue beber y cantar, cosa de un rato.

Zulema le resultó siempre impenetrable. Quería creer que se había enamorado de él sin fundamento. Pero por otro lado se barruntaba que, teniendo en cuenta los malos tiempos que vivían los moriscos, a lo peor solo veía en él a su perfecto protector. Sin más. Lo que le confundía, con todo, era la voracidad de sus sentidos y su demostrada fidelidad aun cuando les separaban más de cuarenta años. Era una amante entregada, dulce, callada y satisfecha. Pero infranqueable. Fue un regalo de su Dios particular, un adelanto del premio de los cielos.

Miguel de Génova se las prometía felices disfrutando de sus dos mujeres a temporadas cuando un día, sin ir ni venir a cuento, supo que Zulema le había

abandonado. Ocurrió nada más liberarla de su esclavitud. Ella huyó y le dejó un mensaje. Quería que supiera que le había querido y seguiría queriéndole. Nada más.

Monipodio descubrió que se había ido con otro hombre, pero al marqués le dio igual. Aquella ausencia le permitió apreciar en el espejo los patéticos reflejos de su decrepita vejez. Su rostro le insultó más allá del ultrajante clamor de las arrugas. Y así, obligado, tuvo que reconocer que tenía casi setenta años.

El tiempo había deshecho los sentimientos cuando volvió a Torrealba. Se refugió en el castillo junto a su esposa y los buenos recuerdos, las batallas judiciales contra Hernando Pizarro y el hijo que se les había hecho soldado acabaron por unirlos de nuevo. El roce los arropó contra el frío cercano de la muerte y volvieron a sentir un cariño inimaginable, lleno de amabilidad, en el que las miradas eran como caricias y agarrarse la mano les permitía recordar la sensualidad profunda de un beso. No ojeaban el pasado ni el futuro. No marchaban ni adelante ni hacia atrás. Miguel estaba allí, disfrutando de su Inés recuperada, aplicándose el sabio proverbio árabe sobre la paciencia con los adversarios. Se sentó en el umbral y esperó a que pasase por delante de su puerta el funeral de Hernando Pizarro. No comprendía, sentenció el Remedios, que nunca vería pasar el cadáver de su peor enemigo, como pretendía el dicho, porque su peor enemigo era él mismo. Y nunca dejó de serlo.

Por fin, un día gris, llegó el mensaje largamente esperado. Su rival había muerto. Estaba gravemente enfermo y había perdido la vista casi completamente. Salía del lecho a hirientes penas y ni siquiera pudo rubricar la escritura de fundación de su mayorazgo. Lo hizo, en su lugar, como testigo, el criado Rodrigo Sánchez. Su esposa, Francisca Pizarro, estampó la otra firma. Poco después, la fresca de septiembre se lo llevó al infierno para que entrara en calor. En contra de tantos y tantos ruegos como reclamaron que se pudriera en vida, murió en la cama, rodeado de su familia, con casi cien años. «Como si Dios no existiese», sancionó el Remedios.

La muerte de Hernando Pizarro, sin embargo, pareció desatar una maldición sobre la familia del marqués. Hacía solo unos meses que el Genovés había experimentado otra de las más grandes satisfacciones de su vida viendo cómo su hijo Francisco se casaba con doña Laura, una joven aristócrata sevillana de tan escasa dote como noble abolengo y elevado amparo. Era la mujer perfecta para perpetuar la estirpe porque no pertenecía a un linaje comprado, como tantos otros, en el marcadillo de títulos e hidalguías de Sevilla. Ella, aunque pobre, era de nobleza radical.

Su hijo marchó a la guerra, pero aquellos meses fueron de felicidad porque Laura estaba embarazada y ellos la mimaban. El joven capitán estaba en Flandes, donde había recalado con sus mosqueteros del tercio de Nápoles. Pero la primera vez que volvió de permiso evidenció que su jovialidad no era la misma que cuando partió. La segunda lo hizo rendido a esa humildad que solo aprenden los hombres en la guerra. La tristeza velaba el brillo de sus ojos y ni su esposa ni sus padres pudieron devolverle la alegría que había perdido. Y en la tercera visita, el cielo se desplomó. Fue en mayo del mil quinientos ochenta. Llegó demacrado. «Marchamos a Portugal»,

dijo a su padre. Y no explicó más.

Todo el mundo sabía que la situación era insostenible desde que el mítico don Sebastián desapareció en Marruecos tras la batalla de Alcazalquivir, la que llamaron de los Tres Reyes porque nunca en la historia, como sucedió allí, habían muerto tres monarcas a un tiempo. Cayeron el rey de Portugal y los dos sultanes que se disputaban el trono de Marruecos, Muley al-Mutawakil, y su adversario, Abd el-Malik. Todo un récord.

A don Sebastián le sucedió el anciano tío del monarca, que era cardenal y no podía tener descendencia legal. Toda Europa supo, por eso, que se iniciaba una subasta. Y que, entre los pretendores de la corona, se encontraba el emperador Felipe Segundo de Habsburgo, el despótico prudente, porque era nieto del padre del desaparecido don Sebastián. Nada más morir el cardenal, el pretendiente bastardo, don Antonio, se autoproclamó rey en contra del criterio de tres de los cinco elegidos que decidieron en Castro Marim que el derecho de sucesión le correspondía al monarca español. Don Felipe, se dijo entonces, había resuelto apoderarse de Portugal a cualquier precio porque, al sumarse los dominios internacionales de las dos naciones, podría afirmar con fundamento que en sus dominios no se pondría el sol. Al parecer, la tentación le pudo. Y, sin más pleitos, decidió imponerse por las armas.

Antes de que su hijo partiera hacia Portugal, el Genovés senior, dijo el Remedios, recordó que iba a ser abuelo y le pidió a su hijo que tuviera mucho cuidado. Pero él sonrió tristemente. El día anterior había echado la siesta pensando que ya solo quería disfrutar de su familia y vivir en paz. Tuvo el presentimiento de que la pretensión era demasiado bonita para que cuajase, de que algo oscuro e intangible se cernía sobre su corazón amenazando su sueño.

Cuando se transpuso, percibió con una nitidez casi tangible la presencia de la muerte. Pero no era un esqueleto encapotado de negro, encapuchado de sombras, ni llevaba en las manos la guadaña. Se presentó con el cuerpo apergaminado de un inca ancestral. Estaba sentado en cuclillas, pero apoyaba las posaderas sobre la nada. Un broche de oro circular, más grande que la palma de una mano, le cerraba en el cuello una capa de lana de vicuña, sedosa, roja como la sangre, que le cubría por completo el pellejo polvoriento. Llevaba una máscara de oro adornada con largas plumas de colores, pero se la quitó para hablar y Francisco contempló su calavera. Llevaba en la frente una cinta carmesí de lana sostenida por una trenza de colores. Era el signo distintivo de los cápac incas de los que tantas veces le había hablado su padre. Sin mover las mandíbulas, con voz ultraterrena, aquel fantasma pronunció palabras desconocidas que, sin embargo, entendió perfectamente. Le dijo que había heredado la maldición de los asesinos de los dioses del Tahuantinsuyo y que, en breve, su espíritu viajaría hacia el Saco de Carbón de Viracocha, donde vagaría eternamente.

Semanas después los porteros anunciaron al marqués que el escudero había llegado cabalgando sobre el rocín de su hijo y el Genovés quiso pensar que lo había enviado con algún mensaje. Pero nada más verlo comprendió, por su desastrado

aspecto, que el mensajero era el mensaje. Lo rubricaba un fardo que llevaba a sus espaldas del que sobresalía el puño de plata de la espada de Francisco. La claridad le cegó el entendimiento. Aunque era mediodía, se le cayó encima una noche más densa que la piedra. No lo dudó un instante. Su hijo había muerto.

Desde el mismo momento en que el diecisiete de junio se pregonó la guerra a fuego y sangre contra Portugal, tocaron arma. A su hijo le encargaron que se sumase al grupo de don Álvaro de Luna, a quien el duque de Alba había ordenado que atacase Vila Viçosa porque, tras la rendición incruenta de Elvas, era la primera ciudad que se resistía a las tropas españolas. Guiado por una trompetilla sorda, Francisco salió del real con los doscientos mosqueteros del tercio de Nápoles. Cuando asaltaron la villa con escalas, fueron los primeros en caer porque les tocó tomar, a tiro sucio y sablazo peor, la puerta principal de la cerca octogonal amurallada que protegía tres hectáreas de la ciudad. El maestro de campo general, don Sancho Dávila, acompañaba a don Álvaro de Luna en los embates y cubrió con rapidez a los del tercio al grito de «¡Santiago!». Luego ordenó: «¡Arremeta a la puerta la caballería!». Y los jinetes, invocando también al Santo Patrón de España, se adueñaron del portón. Fue entonces cuando, con su arrojo habitual, la infantería mosquetera se aprestó a escalar el castillo y el alcalde, a la vista de su feroz acometida, se rindió.

Para Francisco de Génova fue demasiado tarde. Cayó a los pies del muro, herido mortalmente por un arcabuzazo que le atravesó de arriba abajo. Le entró por el cuello y le salió por la ingle haciendo escabechina de órganos y huesos. Los ojos se le vidriaron mientras contemplaba cómo los suyos levantaban en la más alta torre la bandera del emperador don Felipe, al grito de «Portugal por el rey de Castilla». No tuvo tiempo ni de encomendarse a Dios.

Después de dar las malas nuevas al marqués, Marianín, el escudero, le entregó el jubón de su hijo, costroso por la sangre reseca. Lo sacó del saco y se lo tendió a los pies. También dejó en el suelo la espada con su fajín de cuero y un cofre diminuto en el que guardaba un pañuelo que su esposa había bordado con sus iniciales. Lo que le entregaba, señor suyo, dijo, era todo lo que quedaba de su hijo.

El marqués de Valdencina se tambaleó. Su esposa, doña Inés, cayó de rodillas sobre la piel de oso pardo sobre la que apoyaba su sillón y se quedó encogida, sollozando tan desgarradoramente como si pariera para dentro.

Laura, llena de una entereza que nunca nadie le había adivinado, se acercó a Marianín. Seguía hipando su desconsuelo con los labios apoyados en la piedra y le acarició el cabello mientras le ayudaba a levantarse. Puesto en pie, le miró a los ojos como si esperase encontrar los rasgos del rostro moribundo de su esposo. Pero no había nada. Ni una chispa, un reflejo. Nada. Así que cogió la caja con su pañuelo, la estrechó contra su vientre y se retiró sin verter una sola lágrima. El torrente bajaba por sus entrañas.

El Genovés no quiso hablar con nadie. Se pasaba las horas acariciando el jubón ensangrentado, que se negó a limpiar y lustrar porque, medio enloquecido en ese

punto, había decidido enterrarlo solemnemente como si fueran los restos de su hijo. Los generales se habían opuesto al transporte del cadáver, dijo Marianín, porque el calor y la falta de medios impedían realizarlo con la salubridad debida. El mozo le explicó que lo habían enterrado en las afueras de Vila Viçosa, junto a otros siete soldados muertos, tres de ellos también mosqueteros.

Lo que el mozo ignoraba y el marqués supo demasiado tarde fue que los mandamases, para evitar deserciones masivas, habían ocultado la terrible verdad a la totalidad de la tropa. Por el camino hacia Évora encontraron cadáveres abandonados que nadie había querido recoger. Los soldados los habían arrastrado con sogas para quemarlos o enterrarlos, pero sin tocar ni sus cuerpos ni su ropa. Los había matado la peste bubónica. Después de la batalla, a los muertos de ambos bandos se les prendió fuego, juntos, y sus despojos fueron enterrados en profundas fosas.

El Genovés se hundió en la poltrona cuando lo supo. Pero no porque se le había negado la posibilidad de enterrar los restos de su hijo, que también. Era peor. Entreabrió las ingles, derrotó los brazos hacia el suelo y se rascó el izquierdo con saña enajenada. Los parásitos del jubón de su hijo, quizás de su caballo, largamente acariciado, le habían infectado. Y aquellos síntomas extraños que sufría, aquella picazón en brazos y piernas, en el pubis, en la cabeza, aquellos mareos incesantes, la sed intensa, la náusea, los escalofríos y las fiebres, la borrachera sin vino, la voz temblorosa y el anuncio diminuto de las bubas en las zonas de los ganglios, todas esas señales, en suma, proclamaban el triunfo de las pulgas. Se lo habían contado mil veces cuando viajó a las Indias. ¡Cuídate de las ratas! ¡Huye de los piojos y las pulgas! Eran los únicos amigos que no abandonaban nunca al hombre en la desgracia. Acompañaban sin distinción a sus elegidos, lo mismo en las camas ducales que en los podridos almadragues de cualquier mazmorra. Eran los emisarios de la enfermedad, los transmisores del mal. Eso le decían una y otra vez. Sin cesar. Como si fuera el aviso de las Parcas. Y ahora, esas palabras casi olvidadas reventaban sus oídos. La peste negra había entrado en casa y la muerte se reía de él mientras hacía que se tambalease el entramado de sangre y poderes heredables que tanto le había costado construir.

Las últimas letras del manuscrito que leyó Miguel el Cambio eran irregulares. Los razonamientos quedaban en suspenso como si fueran los jirones de una bandera destrozada en combate. Los nombres solo se apuntaban por las iniciales. Las descripciones se perdían en la neblina de la incongruencia. Y hasta las maldiciones se quedaban a medias. Las últimas hojas parecían pertenecer a un palimpsesto deslavazado, penoso. Maldecía a dioses y demonios cada dos por tres líneas y se reía de su propia miserable condición. Contaba que, en pocos días, le habían crecido unos bubones que supuraban puses de un repugnante negro azulón y que su simple roce con la piel que los rodeaba en las ingles y las axilas le adelantaba los sufrimientos del infierno. Desnudo ante el espejo, contempló horrorizado los carbuncos supurantes que rodeaban las picaduras. Y maldijo su suerte.

En los momentos de lucidez, cuando el sueño le permitía olvidarse del dolor, pero no le dormía, el marqués se reía de sí mismo recordando que años atrás se convenció de que, cuando le llegase la hora, sabría burlar a la Señora. Escribió que fue la muerte la que se rio de él adoptando la forma de un bufón danzarín que festejaba, dando saltos y agitando los cascabeles del gorro multicolor, su destrucción segura. Láquesis había girado el huso y estiró demasiado el hilo, sin querer, como siempre. Pero le gastó la peor de las bromas. Envió la peste con los restos de su heredero y le amenazó con llevarse por delante, también, su futuro y algo más. Lo peor, dejó apuntado, fue que no sabría nunca si su nuera sobreviviría a la epidemia ni si el hijo de su hijo llegaría a nacer. Se preguntó si el marquesado que había conseguido con tantas penalidades moriría con él. Y, mezclando las risas con los estertores, se mofó de sí mismo. Pero no pareció penar más allá de lo físico. La última frase que garabateó sobre el papel afirmaba que el olor a paja podrida que exudaba su cuerpo era el anuncio pestilente de los caldos de don Pedro Botero.

Eso, comentó el Remedios, y miró con espanto a la muchacha, fue lo último que escribió el marqués en su contaminado manuscrito. Sus siervos, ignorantes de su peligroso contenido, enterraron el texto en el arcón y olvidaron echarlo a la pira en la que calcinaron todas sus pertenencias.

El pozo de los hechizos

El testimonio de su antepasado hizo trizas la capacidad de asombro del Cambiao. Concluyó que la vida era maravillosa porque podía ser una mierda. Y viceversa. No había premios divinos, ni castigos, ni andaba la justicia por ahí. Los hechos eran contumaces, inamovibles. Y daba igual una u otra circunstancia. No había ni agravantes ni atenuantes. Solo una grande, inmensa, absoluta carcajada del azar. Los seres humanos se movían hacia delante por necesidad o por instinto. Saciaban el hambre y perseguían sus sueños. Y se sacrificaban. O no. Pero daba lo mismo. ¡Mequetrefes! Eran eso, dijo el Remedios que afirmaba entonces. Unos mequetrefes.

Aunque esas fechas fueron de auténtica reflexión interna, Miguel escribió unos apuntes que dejó abandonados tiempo después, cuando huyó por piernas de su conventillo del Jerte. El Reme se quedó con ellos y confesó a la joven Alicia que, leyéndolos, el desengaño ajeno hizo mella en el suyo. En ellos explicaba que, mientras seguía meditando sobre lo que debía hacer para salir de Torrealba y del país, devoró todos los textos escritos por su antepasado. Eran relatos, poemas, ensayos filosóficos, simples majaderías en algunos casos. Pero, cuando creyó haber terminado, se llevó la gran sorpresa. El tiempo había deshecho la cubierta de un doble fondo donde el primero de los Génova había depositado unos cuantos planos junto a lo que parecía un manual de uso. Cuando los desplegó, tuvo que colocarlos sobre el suelo para recomponer los pedazos que se habían descuajeringado por los pliegues. Los dibujos eran perfectos y las líneas se habían trazado con la precisión de un cirujano.

Se sentó en una banqueta frente a los mapas desplegados y leyó el texto adjunto que interpretaba los signos, las cifras y las rayas. Las ilustraciones adquirieron todo su sentido. Era el pozo del palacio. Estaba perfectamente delineado, pero formaba parte de una estructura diferente, compleja, muy extraña.

Cuando terminó la lectura del compendio y la contrapuso con los planos, comprendió lo que no estaba ni necesitaba estar definido. Los alumnos de Hontañón habían diseñado un túnel por donde era posible huir en secreto del palacio. Le

sorprendió que el primer Genovés no hubiese transmitido esa enseñanza a la familia. El hecho de que su padre nunca hubiese referido nada semejante y la evidencia de que aquellos dibujos habían permanecido guardados durante decenios, si no siglos, parecían demostrar que, por alguna razón desconocida, la escapatoria no había sido utilizada tras la muerte del primer marqués.

Eso fue lo que más le animó a salir, de una vez por todas, del agujero. Su curiosidad se impuso al miedo. Llevaba casi un año oculto en el palacio y tenía necesidad de moverse, de hacer algo. La lectura de las memorias del primer genovés y el invierno habían aplacado sus ansias irrefrenables de escapar. Pero ya era distinto. El cuarenta abrileaba y el trino de los pájaros y el silbido del viento le exigían tomar el aire fresco.

Seguía siendo conveniente que nadie conociera su presencia en el castillo. Lo decían siempre los Piteras. Las apariencias no engañaban a nadie. Las cosas todavía seguían revueltas. Pero él decidió arriesgarse.

Diseñó la excursión hasta el pozo cuidando hasta el menor detalle. Previó la posibilidad de que los resortes que activaban el sistema de apertura estuvieran anquilosados y se aprovisionó de martillo y cortafrío. Incluso calculó el tiempo de retorno y el rastro que dejaría su ropa mojada mientras regresara.

Como el sol calentaba de lo lindo al mediodía, eligió la hora de la siesta. Cruzó el palacio siguiendo los pasos del Piteras y, oculto bajo una gran bata de baño de color oscuro, con capucha, calzado solo con unas zapatillas de felpa, se situó en la puerta principal que daba al pozo. Se desnudó lo justo y tras dejar la ropa en manos de su encubridor, corrió hasta el pretil a puro calzoncillo. Descendió despacio, colocó los pies sobre las piedras que formaban una escalera invisible, memorizada con detalle, y a metro y medio por debajo del nivel del agua encontró una pequeña palanca en un hueco perfectamente disimulado por el berrueco. Sabía que era de oro porque lo había leído, pero no la vio. Solo pudo tocarla y empujarla hacia un lado, como indicaba el manuscrito. Cuando el panel de piedra se desplazó hacia dentro, la admiración le hizo perder de un golpe el aire que le quedaba. Tuvo que arriesgarse y nadó desesperadamente hacia la oscuridad. Fue un segundo larguísimo, pero encontró, al tacto, la escalera que ascendía hacia el pasadizo. La humedad viciaba el aire. No le importó. Subió a oscuras, tranquilo, porque sabía perfectamente dónde encontrar, junto a las teas, las piedras de chispa. Todo estaba oportunamente detallado en los mapas de la obra. Prendió la antorcha. Sintió frío. Se maravilló. El túnel, abovedado, había sido construido con cantos de río argamasados y el suelo, llano, lo formaban losas de pizarra perfectamente alineadas. Parpadeó. El pasadizo era singularmente hermoso porque el cuarzo del granito y el cristal de los guijarros marmóreos, sin pulir, centelleaban a la luz del hacha. Parecía un trocito de Vía Láctea construida por ángeles canteros, tallistas celestiales.

No recordó el tiempo que estuvo allí. Confirmó, paso a paso, boquiabierto, que el túnel medía más de mil quinientos metros y que su altura permitía el paso de un

corcel sin jinete. De trecho en trecho se abrían agujeros por donde corría el aire y bajaban hilillos de agua transparente.

La puerta de salida daba a una doble vereda de raposas por donde no solo trotarían sin tropiezo las cabalgaduras, sino que permitía el rodaje de pequeños carruajes. El portón secreto era una roca informe que se desplazaba con gran facilidad. Se activaba por un muelle que ocultaba en su base y al que se accedía ladeando un poyo postizo. Miguel confirmó que el túnel atravesaba por completo el río Salor y se rio con ganas cuando contempló desde la orilla opuesta, a lo lejos, el soñoliento palacio de su padre.

Hubiera sido una excursión encantadora si al volver no se hubiese encontrado con aquella chiquillada silenciosa. El Piteras no pudo impedir que acudieran desde las porquerizas y el huerto interior, donde se habían ocultado. Eran los hijos de los trabajadores del marqués, los que vivían en las dependencias del castillo. Habían elegido el peor día para hacer novillos y andaban jugando al escondite cuando Miguel entró en el pozo. La mayoría le vieron introducirse dentro del brocal y esperaron acontecimientos. Pero no pasó nada porque no salió. Y se mosquearon.

Eran media docena de chavales de entre siete y diez años. No querían que los vieran sus padres porque los castigarían, de seguro, por no haber ido al colegio. Pero no aguantaron. Cuando habían pasado unos minutos y comprobaron que el hombre no emergía, acudieron al brocal. Salieron de todos los rincones. El Piteras los vio acercarse, pero no supo qué hacer. Se quedó escondido en un rincón, junto a la puerta arqueada por donde había salido Miguel. Y se limitó a ver lo que pasaba. Los chicos rodearon el pozo y contemplaron sus rostros en el espejo de agua. No había nadie. Seguro que el hombre aquel se había ahogado. ¡Menudo lío!, se dijeron. Lo mejor era no contar nada. Por si.

Cuando les oyó, el Piteras sonrió. Pues bueno. ¡Qué se le iba a hacer! Los niños no hablarían y él no tendría que chivarse de sus pellas. Solo faltaba que se marcharan de una vez, que comprendieran que se la estaban jugando si sus padres los pillaban. Pero no lo hicieron. Volvieron a jugar al escondite. ¡Malditos chiquillos! Niños tenían que ser. Y allí tenían que quedarse. «La van a joé», dijo. Y la jodieron.

Cuando Miguel volvió, los chicos alucinaron en colores, como dijo el Remedios. Oyeron ruido en el interior del pozo y se acercaron a ver. Lo vieron salir del agua deshaciendo el espejo desde su interior. Venía del más allá de no sabían qué. Pero del más allá.

Aquel hombre empapado los miraba atónito, sin saber qué hacer ni por dónde tirar. Entonces salió Sandalio y les ordenó, dando voces, que se fueran a casa. Pero nada. Estaban asustados. Muy asustados. Tan asustados que se pusieron de rodillas. Así que le tendió las zapatillas a Miguel, le puso el albornoz y le empujó para que corriera hacia el interior del palacio. Luego se encaró con los rapaces. «Al que suelte prenda, *l'eslomo*», dijo. Les ordenó que se fueran a sus aposentos. «¡Y chitón!», concluyó amenazante.

El Piteras y Miguel sabían que los pequeños no tardarían en contar lo sucedido y urdieron una buena excusa para cuando llegara el momento. Fue entonces cuando el capataz recordó que don Alejandro había ocultado a todo el pueblo las auténticas razones de la marcha de su hijo antes de que empezara la guerra. Salvo el Bizco, los Piteras y su propio padre, contó a dedo, todos los torrealbeños estaban convencidos de que el joven se fue a estudiar a una universidad extranjera. Incluso se extendió la voz de que el muy cobarde había viajado a los Estados Unidos de América para evitar la guerra sin que el marqués lo confirmase o lo desmintiese nunca. Así que, pensaron, si las cosas se torcían y alguien averiguaba su presencia, pues eso. Se le decía que había vuelto porque había concluido los estudios y ya estaba. Miguel se resistió y habló de huir, pero el Piteras le convenció de que no tenía a dónde. Así que se limitó a decir que bueno, que después de todo, si el invento *non* era vero, le iba bien al cuento. Y no tuvo más remedio que valer.

El problema se remitió al padre. Tenía que revelarle su presencia sí o sí. Y las incógnitas fueron elementales. ¿Perdonaría don Alejandro a su hijo? ¿Le ayudaría? ¿Y si le denunciaba?

Miguel optó por ganar tiempo. Solo hablaría con su padre cuando se descubriese el pastel. Y entonces, sí. Entonces actuaría con rapidez y se enfrentaría con él antes de que la noticia saliese del castillo. Si el asunto iba mal, pues eso, a correr. Si no, aprovecharía para tomarse todo el tiempo necesario en la planificación de un buen gran atraco y a estudiar el modo en que huiría de España como tenía pensado.

La diferencia era que, cuando menos, ya sabía dónde. El primer Genovés le había señalado el camino sin querer. Se iría al mismísimo Perú. Iniciaría una existencia diferente. Haría tabla rasa del pasado y empezaría una segunda vida. Desde cero.

Solo tres días después, el Piteras le llegó con la fábula que contaban los habitantes del palacio. Que se fijase en el disparate, dijo. Resultaba que un niño se había ido de la lengua y el padre se lo había dicho a otro padre que le preguntó a su hijo sobre el asunto y se lo contó a otro padre que le preguntó también a su hijo y se lo contó a... Bueno. Podía imaginárselo. Decidieron reunirse todos los padres con todos los hijos y dedujeron, por lo que detallaron los muchachos, que el hombre mojado era el marquesito, don Miguelín.

Eso suponía, ¡velahí!, que había vuelto al pueblo. Y hasta ahí, muy bien. Pero estaba lo otro, aquello de que se había metido al pozo y había tardado más de una hora en salir. Para eso no tenían explicación y andaban con zarandajas de que si sería cosa de magia o había estudiado cosas raras por ahí y estaría realizando experimentos. Que a saber. Para no complicarse más la existencia, los sirvientes habían decidido dejarlo correr, a la espera de que el propio marqués les informase y, si lo tenía a bien, hasta les explicase ese asunto extraño del chapuzón hechiceresco.

Había que darse prisa, dijo el Piteras. Lo mejor era adelantarse. Y se le había ocurrido una salida. Que mirase por dónde. Él mismo iba y le decía al marqués que hacía unos pocos días que había llegado su hijo, enfermo, en una moto. Había pedido

esperar unos días para presentarse cuando se le pasase la fiebre y él había accedido a ocultarle. Pero ya había mejorado y quería verle. Luego, él se vestía bien vestido, de traje, y... Pues eso. Con dos narices. Se presentaba ante su señor padre diciéndole que había que ver lo que tenían a veces las cosas. Y que el rumor había sido verdad. Al final, se había marchado al extranjero para no hacer la guerra. Solo que no se fue a los Estados Unidos esos, que estaban muy lejos, sino ahí al lado, a Portugal. A verlas venir y verlas pasar. En lo del arrepentimiento y esas vainas, ahí ya no entraba. Eso, que se lo pensara él. Y, a modo de balance animoso, sacando pecho y arrugando la cerviz, concluyó: «¡Ea!, ¡valor y al padre!».

El valor, desde luego, le hizo falta. Sobre todo cuando, a instancias del Piteras, acudió a la biblioteca. Su padre estaba allí, en pie. Impresionaba. Pero menos. Le faltaba la pose arrogante, la de siempre. Había envejecido mucho, demasiado. Expuso, en escorzo, la figura encorvada, la sonrisa despectiva y las arrugas de su rostro apagado. Pero lo peor estaba por ver. Cuando se dio la vuelta, a Miguel le asustó la desidia general de su mirada. Aquellos ojos reseco, puro tizne, estaban tintados de amargura. Pero no le reprochaban nada. Parecían implorar algo, aunque no supo qué. La voz, los temblores y el ademán vencido sorprendieron a un Miguel que recordaba el cinismo dañino de aquel hombre a quien siempre vio mandar con terquedad, que siempre expresaba sus órdenes con severidad y firmeza.

Volvía a estar ante su padre como cuando lo vio por primera vez, en el mismo salón. Cuando era otra cosa. Aquello fue muy doloroso porque estaba a punto de cumplir catorce años y vivía el esplendoroso comienzo de su adolescencia. Entonces, una Edurne Arrizabalaga maternalmente enamorada le decía que su cabeza, de proporciones renacentistas, era hermosa, que tenía el pelo robusto, pero acariciable, y que, a la luz del sol, sus ondulaciones adquirirían el tono cobrizo de las hojas de los tejos en otoño. Lo cierto, matizó el Remedios, también seducido, aunque por su memoria, era que ya debía de tener el entrecejo despejado, la nariz ligeramente respingona y el hoyuelo en medio de la barbilla que le hicieron parecer un niño toda su vida.

Federico recordó ante Alicia aquel momento que le había contado el propio Miguel con lujo de impresiones. Fue duro. Don Alejandro se presentó de repente, sin avisar, conduciendo un Ford negro tan estruendoso que los vecinos le oyeron desde el pueblo y acudieron en tropel hasta el palacio, para fisgonear. Venía a encargarse de todo porque en Madrid habían proclamado la República y se temía lo peor. Quería controlar sus propiedades en directo y, de paso, apartarse un poco del peligroso bullicio que invadía la capital. Había mucho rojo, mucho sindicalista suelto. Y aunque los anarquistas de Madrid no mataban ni como antes ni como los de Barcelona, lo mejor era retirarse a provincias, por si acaso. Además, le habían dicho que lo primero que iba a hacer el nuevo gobierno progresista era la reforma agraria. Y a saber. De manera que allí estaba él para por si acaso. Dispuesto a dotar de armas a los suyos, organizarlos como Dios mandaba y aprestarlos a combatir contra la

morralla sindical.

Para bajar de las alturas, el padre había elegido entonces, sin querer, el momento más delicado de la vida de Miguel. El feroz dios Saturno acudía, absolutamente importuno e inmisericorde, a devorar a su hijo, como en aquella pintura negra de Goya cuya lámina tanto le aterrizzaba de pequeño.

El choque fue frontal, demoledor. Aunque el maestro Gil de Hontañón diseñó la biblioteca luminosa, desplegada frente a las enormes vidrieras que daban al patio, su padre le recibió con las cortinas corridas, cegadoras, porque era la hora de la siesta. Apenas alumbraban la estancia unos rayos diminutos que habitaban, danzarines, los duendes del polvo. Aquellos gnomos combatían débilmente la oscuridad deslizándose sobre las columnillas azuladas, pero el atemorizado adolescente los contempló con agradecimiento.

Lo primero que distinguió Miguel en la penumbra, y se espantó, fueron los ojos coruscantes de su padre. Si alguna vez quiso creer que el ente distante que todo el mundo reverenciaba en Torrealba no era un dios malvado, aquella visión le descompuso la esperanza. La voz, aunque adormilada, resultó severa, despectiva. Y dibujó el endriago.

Su progenitor le dio tanto miedo que se arrodilló y refugió el rostro entre las piernas. Don Alejandro se rio, mostrando un poso de ternura que borró apresuradamente. Le ordenó que se pusiera en pie, se acercó a él y, tomando en su mano la barbilla, alzándole la cara, le miró fijamente. No pudo evitar un estremecimiento. Allí estaban los ojos añiles de su esposa, igualmente asustados, allí los pómulos redondos, la nariz respingona, la frente despejada, el pico de viuda, el maldito y falso pico de viuda del único ser que amó en toda su vida y que le abandonó por culpa de ese retrato que tenía delante. «Miguel», dijo: «Miguel». Y el susurro le vació las entrañas, hizo que el recuerdo, como el tono, bajase hasta las profundidades de su alma. Porque había dicho Miguel y estaba diciendo: «Matilde, amor mío».

Don Alejandro comprendió al instante lo acertado que había sido su alejamiento. No podía soportarlo. Le dolía la memoria como el oído a un niño. Contemplando a su hijo, echaba de menos las caricias, la sensualidad, el fragor amoroso de su esposa, su olor a hogaza recién horneada, el placer de su risa. Pero no quería recordar. Quería poseer. Y, como era imposible, prefería olvidar.

Miguel experimentó una duda explosiva. Se confundió. Adoraba a su padre como a un demonio y le odiaba como a un dios. No debía quererlo y lo amaba. Le necesitaba, pero quería que se fuese. No entendía nada. Y menos lo que sentía. Todo era, en su interior, un inmenso escalofrío.

La llegada del padre le obligó a enfrentarse con la parte oscura de su realidad. De pronto, los usos no bastaron para justificar su manera de vivir. El Piteras decía que nada era imposible si se convertía en costumbre. Pero Miguel se hundió. Se imaginaba a sí mismo como un Ícaro postrado al que don Alejandro le chamuscaba

las alas que no había desplegado. Por primera vez, sin escape, tuvo que meditar sobre su existencia, el pasado, las raíces. Comprendió que había demasiadas anormalidades a su alrededor. Se preguntó por qué no colgaba en las paredes de la casa ningún retrato de su madre, cuando eran innumerables los de otros antepasados. Y se sorprendió al contemplar, de un modo radicalmente diferente, el enorme cuadro de su progenitor, el que dominaba la pared frontal del vestíbulo donde las espaciosas escaleras de granito se bifurcaban hacia las estancias superiores.

Quiso adivinar la personalidad de aquel hombre extraño que le había puesto el nombre y atravesó la pincelada del iris de sus ojos, pero solo vio sombras. Decidió ampliar el campo de la mirada al conjunto del rostro para atisbar su alma, pero no lo consiguió. Y al fin, como siempre, solo contempló la figura del cazador arrogante que ocultaba sus sentimientos detrás de una sonrisa encanallada.

Ahora, el padre presente le resultaba tan desconocido como la madre sin contornos. No era igual que en el cuadro, pero se parecía porque, como en el retrato, se mostraba severo, terco y autoritario, tan desagradable que su sola presencia le hacía temblar. Toda la religión que le habían enseñado, con tanto demonio que temer y tanto almibarado amor que liberar, no le sirvió para explicar las raíces de su odio. No conseguía entender por qué razón, impenetrable a su entendimiento, tenía la obligación de querer a ese hombre.

Y eso que entonces, matizó el Remedios, no conocía la historia de su llegada al mundo. Nadie le había querido contar nada. Pero el retorno del padre hizo que doña María Luisa se compadeciera y le diera de comer la verdad, aunque templada. Cuando nació, dijo para que se hiciera una idea de lo que cambian los tiempos, la cal cubría la piedra del palacio. Por las modas. Y aquella noche tormentosa del Día de Difuntos, mientras la madre sobreponía sus gritos desgarradores a los truenos cavernosos, el azote del agua y el brillo de los relámpagos sobre las paredes albas transformaron el palacio en un bajel espectral que la gran ballena blanca del infortunio hundía en la infinita oscuridad.

Salió a pelearse con el mundo cuando no se le esperaba. Se adelantó solo un mes, pero fue tan inoportuno que solo pudo asistir a su madre doña Margarita Montoya, la partera de los pudientes. Era una mujer experimentada y sabía todo lo que daba de sí la naturaleza. Se sentó en una silla de enea e hizo que la parturienta se le abrazase y pariese de pie, como establecía la costumbre. Incluso le dio a beber cornezuelo de centeno para que aguantase el dolor. Pero fue inútil. Se le fue de las manos. Cuando quiso darse cuenta no pudo contener la hemorragia porque el desgarramiento vaginal requería mejores remiendos que los suyos, puntos de cirujano.

Don Jesús Serrano, el médico de Montánchez encargado de cuidar a la familia, estaba fuera. A más de dos leguas. Había viajado a un cortijo de Valdefuentes para atender a dos peones que hirió la explosión de una barrena cuando ampliaban un camino de herradura.

No pudo hacer nada. Llegó cuando doña Matildita, la rosa sevillana que le decían,

tenía el rostro tan pálido como las translúcidas palmas de sus manos. Agonizaba sonriendo, inconsciente, con expresión tan dulce, el rictus tan amable, que parecía habitada por un ángel.

Miguel estaba bien, pero pesaba poco. Salió medio pelón. Tenía la piel de oblea, tan arrugada que parecía crujiente. Y lloraba, que se dice, como un descosido, cual si adivinara la tormenta de infortunios que se le venía encima.

Fue eso lo que acabó sacando de quicio a su padre. Don Alejandro, tan insensato como inmisericorde, culpó al niño de la desventura. De manera tan enajenada como firme, juzgó a su hijo en el tribunal de las entrañas y lo condenó. Aunque no fuera culpable, se dijo, tampoco podía ser inocente. Y resolvió no volver a verlo nunca.

Agotado por el esfuerzo de huir de sí mismo sin conseguirlo, pidió a don Mariano, el párroco local, que bautizase al niño en la capilla del palacio, se lo encomendó a su fiel matrimonio de criados y, mientras se celebraba la ceremonia, partió en coche hacia Madrid. A sus espaldas, mientras huía, oyó el berrido prolongado y amargo del bebé cuando derramaron el agua bautismal sobre su coronilla. Sintió un espasmo profundo. Y se le estremecieron hasta las ternillas.

El padre quiso irse solo por unos días. Para pensar en su futuro, se excusó. Pero las jornadas sumaron los meses y los meses acabaron amontonándose, como sucede siempre que alguien huye de su culpa.

Desde que murió su esposa, mientras permaneció en el palacio, no había dejado de sentir su aliento imperecedero y fantasmal. El hálito de la amada ausente se acurrucaba en los rincones o trepaba por las paredes, hacía gemir los goznes de las puertas y agitaba la luz de las candelas dando vida a las sombras. Y ella, su esposa, el único ser que había creído amar, se reencarnaba en sus duermevelas y, lamentando su infortunio, le reprochaba sin cesar: «¿Para qué me sirvió toda tu fortuna?, ¿por qué me negaste, Alejandro, el deseo de esperar al niño en mi casa de Sevilla, al cuidado de mi madre?». Y él se sentía culpable recordando cómo la dejaba sola cuando viajaba hasta Cáceres o Madrid en busca de sus amantes o sus putas porque le asustaba hacer el amor con ella durante el embarazo. No porque la despreciase por estar barriguda. En absoluto. Lo que temía era hacerle daño. Pero pensaba que la había dejado abandonada cuando más le necesitó. Y que por eso, de seguro, su alma seguía prisionera en el palacio, aguardando su vuelta para continuar maldiciéndole mientras viviese.

Las cosas habían cambiado. Así que la pijada se había hecho realidad, ¿eh? Fue lo primero que le dijo su padre. Con sorna. Y tosió, medio asfixiado, mientras se reía. O sea, que aquel invento que se le ocurrió para justificar su marcha acabó siendo cierto, ¿eh? Pero lo aclaró enseguida, todavía resabiado. No lo hizo para protegerlo, no. Fue por egoísmo. Tenía que saberlo. Extendió la patraña para protegerse a sí mismo del recochineo que se habría montado en el pueblo mientras la gente apostaba sobre la magnitud de sus cuernos.

Era verdad que después, cuando empezó la guerra, se había preocupado, aunque

le costó reconocerlo. La falta de noticias, la posibilidad de su muerte y los confundidos sentimientos hurgaron en su pensamiento como topos del alma. La soledad se fue afilando y le rajó los intestinos. Así pasó. Sí. Así había pasado. Ya veía.

Mes tras mes, año tras año, fue comprendiendo que no podía odiar a su hijo. Y lo que era peor. Fue su traición lo que le hizo pensar a fondo en él y en sí mismo. Tanto y con tanta vehemencia que empezó a quererle un poco. Pero solo un poco, ¿eh?

Y ahí estaba. Hacía unos años hubiera dudado si matarlo o hacerle un monumento por ser más chulo que él. Pero ahora le daba gracias a Dios porque representaba lo único que le ligaba al mundo más allá de sus derruidas carnes, el indoloro arrepentimiento. Quería recuperar algo de su cariño. Sin exagerar. Pero le daría lo que quisiera, le ayudaría a defenderse de quien fuese. Que no se preocupase. Había vuelto a casa.

Se acercó a darle un abrazo, pero en el último segundo pesó su irreprimible personalidad caciquil y solo le ofreció la mano. Miguel, desconcertado, la tomó sin fuerza. Por pura cortesía. No sabía qué decir y, menos, lo que hacer en ese momento. Se quedó quieto, con tres dedos de la mano mínimamente apretados a los de su padre para que no se le cayesen. Confrontaron los ojos y el fuego y el hielo se confundieron en lo más profundo de sus miradas. Fue un duelo que ambos sostuvieron no solo entre sí, sino con sus propios sentimientos. El silencio se hizo carne. Y fue Miguel quien se dejó vencer por sus últimas decisiones personales. Cuidado con ceder a la sensiblería, se dijo. Había que imponerse a la trampa del cariño. Nada de afectos. Nada.

Soltó la mano y le dio la espalda. Pensó en un segundo lo que podría haber sido su vida si aquel hombre se hubiera dado cuenta antes del daño que le había hecho. Pero ya no cabía el perdón. Que se pudriese. Que pagase hasta la muerte su vida hijoputesca. Que le diesen por el culo. Pero no dijo lo que pensaba ni lo exteriorizó en gesto ninguno. Volvió a mirarle a los ojos y se limitó a darle las gracias. Le pidió que sostuviese la teoría de su prolongado viaje al extranjero. Que dijese, incluso, que era un cobarde y había huido de España para no luchar. Lo de siempre. Un señorito. De lo demás, ya se encargaría él.

Don Alejandro dio un paso adelante, los brazos dispuestos, las manos abiertas a la altura del pecho. Miguel esperó, quieto, a ver qué pasaba. Su corazón aumentó el ritmo y la fuerza de las pulsaciones. Se convirtió en una estatua imperceptiblemente temblorosa. Fue un instante mágico. Ninguno de los dos se movió durante un largo e insoportable minuto. Hasta que se rindieron. Y las miradas, entonces, dejaron de chispear. Pero fueron sinceras. No tenían remedio. Los separaba un abismo de millones de malos pensamientos, el insalvable pasado.

Ese amago de reconciliación permitió que Miguel saliera, por fin, de su encierro. Recuperó su cuarto. Seguía igual que cuando se fue porque doña María Luisa se encargó de orearlo cada día y cambió las sábanas una vez por semana. Los armarios

apestaban a un alcanfor agriado, pero el hedor duró poco porque la Piteras atiborró sus baldas con ramilletes de romero y cantueso. Y regó las ropas con agua de lavanda que ella misma elaboró.

El marco de nogal del espejo de balancín seguía estando perfectamente barnizado y en los atardeceres brillaba como el bronce viejo. Y la cama majestuosa, las sillas de cuero, el palanganero con su jofaina plateada, las alfombras persas, las estanterías con libros de aventura, todo, todo era un fotograma de su viejo mundo.

De vuelta al rincón mágico, su alma retrocedió a la adolescencia y recuperó retales de inocencia. Flotaron en el aire, como fantasmas etéreos, el esplendor del amor alcanzado, el pesar por el amor perdido, los sueños imposibles. Y casi estuvo a punto de llorar por el Miguel muerto y más que enterrado, aquel muchacho lleno de esperanza que lo fue por tan poco tiempo. Pero las suyas eran lágrimas de hiel y se disolvieron en el fondo del bandullo. Los ojos, vidriosos, fueron el rescoldo exangüe de su abrasada humanidad.

La primera vez que se acercó a la plaza del pueblo, un lunes, se vistió de domingo. Utilizó un viejo traje de chaqueta cruzada que se había mantenido en un estado perfecto. Fue la señora Arrizabalaga la que le dijo que el tono gris marengo era el adecuado para la ocasión. La admiró por su entereza. Tenía el pelo armiñado a trechos por los horrores de la guerra. Ella misma le ayudó a vestirse, como cuando era chico, después de que se pusiera la ropa interior. El traje seguía valiéndole porque era más fornido, pero estaba más flaco.

Cuando echó a andar hacia la plaza, la finura del cuello puntiagudo de la camisa rosa y la corbata de seda azul celeste contrastaban con la dejadez en los andares y la severidad de la mirada. Avanzó a disgusto por la calle central porque mostraba al pueblo un falso Miguel de antaño. Y con la peor intención. Quería engañar a aquellas personas que le habían querido tiempo atrás y que ahora, tras el retorno, manifestaban su alegría. Se acercaban a saludarle afectuosamente, sonreían por su contento y le hacían reverencias que él interrumpía de inmediato. Se molestó. Se sorprendió a sí mismo por comprobar que el embuste le ensuciaba el alma. No se lo merecían. ¿O sí? Pero no importaba. No era necesario hacerlo. Allí y ahora, como antes, como siempre, era el señorito. No tenía que dar explicaciones.

Fue el Piteras quien le convenció. Que le vieses. Que le tocasen. Que se cerciorasen bien de que no era un fantasma. Sería lo mejor. Y su padre opinó lo mismo. Incluso decidió acompañarlo. Pero eso fue, en buena medida, lo que les perdió. Porque todo el pueblo se preguntó qué había pasado y qué estaba pasando para que don Alejandro acompañase a su hijo a todas partes. Siempre lo había despreciado. Era sabido. Y si eso se sumaba al nuevo comportamiento endurecido del muchacho, tan diferente del anterior a la guerra, el resultado era demoledor.

Ese Miguelín ya no era el mismo. Aquel señorito amable que vestía de blanco hasta los zapatos, que besaba la mano del cura y repartía limosnas y favores antes de la guerra se había transformado en un zopenco. Ya no iba a misa. Ni siquiera

saludaba como antes a Juan Antonio Blay, el maestro de la escuela pública que, aunque nunca le había dado clase, le regalaba membrillos por lo listo que era. Incluso pegaba patadas a los perros y miraba de mala manera a los falangistas y los guardias civiles. No. Ya no era, desde luego, aquel Miguelino que abría las jaulas de los pájaros para que se escapasen, que seducía a los gatos callejeros para que se frotasen el lomo en sus pantalones, el que besaba despreocupado los belfos de las yeguas.

Fue cuestión de tiempo. De muy poco tiempo. Los murmullos se convirtieron en rumores y los vecinos acabaron componiendo bulos cada vez más descabellados. De repente, la mayoría del pueblo, desatendiendo al maestro y don Dimas, coligió lo que había pasado de verdad. Estaba más claro que el agua del pozo. Cuando se fue, Miguelino era un ángel y ahora era un diablo. Vestía de blanco y ahora de oscuro. Tuvo un bendito carácter que contrastaba con el actual, tan grosero, tan desagradable. Era un malhablado, algo inimaginable. Y andaba mirando para atrás, dado de vuelta.

Algo le había pasado, desde luego. Y el pueblo caviló y caviló hasta dar con la clave del enigma. Había que tener en cuenta lo del pozo, lo que habían contado los niños, para entender las cosas. Era la única manera de explicar su transformación. Cuadraba todo.

Nadie sabía quién empezó a decirlo, pero todo el mundo lo repitió después. Como una letanía. No había ninguna duda. El muchacho había atravesado el espejo de agua y salió cambiado. Totalmente cambiado. Porque, si lo recordaban bien, se le notaba hasta en las cicatrices. Que antes las tenía en un lado y ahora en el contrario. La de la frente, por ejemplo. Aquella que se hizo al caerse del caballo cuando tenía unos pocos años. Estaba encima de la ceja izquierda, según se le miraba. Y ahora se situaba casi en la sien derecha. Sí, ahí, junto a la oreja. Que se fijasen bien.

Fue entonces cuando le pusieron el mote de «el Cambio». Empezaron a llamárselo de aquella manera y luego no hubo forma de pararlo ni nadie quiso hacerlo. El maestro y el cura se aburrían de llamar ignorante y sacrílega a la gente, pero no sirvió de nada. La fantasía popular se impuso. Los más lo creían a pie juntillas. Y los menos dejaron que la voz se corriese.

Cuando el Piteras, pasado el tiempo, le preguntó por fin, temeroso, si atravesaba los espejos como decía la gente, Miguel no se echó a reír como le dieron ganas. Le miró con gravedad y, llevándose el índice a los labios, pidió que no se lo dijera a nadie, ni siquiera a doña María Luisa. Pero sí. Era verdad. Los atravesaba de lado a lado. Iba y volvía. Una maravilla. Algún día, dijo, le enseñaría el truco. Y sonrió enigmáticamente.

Porque sí, por supuesto. No solo se trataba de la mejor manera de ocultarse. Él también había sentido el cosquilleo que provocan las experiencias únicas, su condición de actos extraordinarios. Descender bajo el nivel del agua y cruzar al otro lado del Salor había sido mágico. Como atravesar el espejo. Y ese sería, por siempre, su secreto.

Solo falló una pieza. Entre quienes no se creyeron la historia fantástica se

encontraba, cómo no, el retorcido de Sebastián Delgado. El Bizco había agigantado su poder durante la guerra y andaba con la ambición desbocada. Pensó lo peor. Estaba seguro de que había gato muerto en el retorno de Miguel y se propuso descubrir el rastro de los hedores.

Siempre le tuvo ganas. Sobre todo desde que don Alejandro le encargó que le cazase cuando huyó con Mimí a Madrid y se volvió con el rabo entre las piernas. El muy chulito se gastó los mil duros pateándose todas las casas de perdición que había en la capital, siguiendo letra a letra la *Guía del Madrid de noche*, y no dio con ellos. Y al final, don Alejandro, obligado por las circunstancias, le ordenó que volviese a Torrealba porque el presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, había mandado disolver las Cortes y convocado elecciones generales. Pese a su fracaso, quería tenerlo a su lado. De matón.

Aquel jovenzuelo que asesinó a Elpidio Madruga había madurado. Era un tipo duro. Ya nadie se atrevía a llamarle el Bizco en su presencia. Desde el cuatro de febrero del treinta y cuatro no había quien le tosiera. Ese día José Antonio Primo de Rivera nombró a José Luna jefe territorial de la Falange de Cáceres en el café Jamec. Y la vida le dio un vuelco.

El Bizco estaba de permiso porque andaba cumpliendo el servicio militar. Aunque lo prohibían las ordenanzas militares, asistió al mitin que dio José Antonio en el cine Norba vestido de falangista y luciendo correaes. Y allí estaban también, en medio de la parafernalia patrioter, entre banderas rojinegras y estandartes con el yugo y las flechas, el escritor Rafael Sánchez Mazas, el heroico aviador Julio Ruiz de Alda y el fundador de la Falange provincial, Alfonso Bardají. Además, los acompañaban los eximios dirigentes badajoceros Arcadio Carrasco y Eduardo Ezquer.

Al acto acudió un tío suyo que era el lugarteniente de Bardají en Trujillo y se encargaba de proteger la administración del semanario falangista *Decimos*. El hermano de su padre le permitió saludar personalmente a José Antonio. Lo hizo en la puerta, cegado por la admiración y por el rebote del sol en la cal desnuda del pórtico del cinema. El jefe lucía unas ojeras enormes y le dijo cuatro palabras, con voz más de cura que de militar, sobre la templanza solar y la belleza paradisíaca de las palmeras y los naranjos salvajes del paseo de Cánovas. Parecía cansado, pero le apretó la mano con firmeza y se despidió con un saludo romano contundente, de primera.

Aquel contacto le hubiera bastado para sentirse el hombre más feliz del mundo, pero aún le quedaba lo mejor. Su tío le pidió que se quedara con los guardaespaldas de los jefes porque faltaban puños. Sin el ademán impasible por la emoción, pero firme, aguantó gustoso el paso de las horas. Y consiguió su premio. Al final de la jornada, el canoso Luna le comunicó personalmente que había decidido nombrarle jefe local de la Falange de Torrealba. Aunque tiraba a canijo y era delgado y nervudo, el Bizco sintió que los correaes se le encogían y le aplastaban el pecho. Tuvo que soltárselos para respirar a gusto.

Era un chalán inculto y pendenciero, pero a pesar de ello, o por ello, la Falange le encumbró cuando terminó la mili. Porque, para los jerarcas, lo importante fue saber que el corazón se le había puesto a desfilar meses antes, cuando oyó por la radio el discurso fundacional que José Antonio pronunció en el teatro de la Comedia de Madrid. El lacónico agradecimiento militar que hizo, la denuncia de la farsa de las papeletas depositadas en esas urnas cuyo destino era su destroz, el elogio de los trabajadores del campo que abrasaban sus costillas al sol como su padre, el avance de ese movimiento que defendía una patria unida, ajena a los intereses de las clases y los partidos, católica, que no miraba ni a izquierda ni a derecha, sino al frente, enardecieron su espíritu. Era el destino que quería compartir. ¡Qué discurso vibrante, qué soflama profunda y valerosa!, había pensado entonces. Y sin zarandajas. Sintió la llamada de la patria. Decidió hacerse falangista aquella misma noche. Y, para celebrarlo, se emborrachó y se fue de putas a Montánchez.

Antes de aceptarlo como asociado, los mandos falangistas le exigieron que aprendiera bien las cuatro reglas necesarias para leer y escribir y le entregaron los puntos iniciales de Falange. Fue fácil predicar la novedad salvadora en Torrealba entre los hijos de los artesanos, entre los labradores jóvenes, los empleados y horteras, los funcionarios municipales de siempre. Iba al grano. España era una unidad de destino en lo universal, superior a los individuos y las clases, que dividían los separatismos y los partidos. Un solar donde los patronos abusaban de los obreros, y viceversa, sin que nadie pensara en la suprema producción nacional. Había que acabar con las banderías y comprender que todos nacemos en una familia, vivimos en un municipio y trabajamos en un oficio. El nuevo Estado totalitario reconocería la integridad de la familia como unidad social, la autonomía del municipio como unidad territorial y el sindicato como unidad gremial para sentar las bases de su organización jerárquica. Si a ello se le unía la espiritualidad, solo bastaba añadir que la interpretación católica de la existencia, la única que debía asumirse como verdadera, era la española. Por historia, tradición y arrestos.

Era así, de esa manera, como lo simple se manifestaba en su esplendor. Para conseguir el resurgimiento de España era imprescindible realizar una cruzada y quienes la llevaran a cabo habían de considerar su vida como milicia, disciplina y peligro, abnegación y renuncia a toda vanidad, a la envidia, la pereza y la maledicencia. En esa alta tarea, la violencia podía ser lícita en defensa de la razón, la justicia y la patria. Pero debía quedar muy claro que la Falange no era un movimiento reaccionario disfrazado ni un instrumento de los terratenientes o los capitalistas. Había que llevarse bien con ellos para defender la tradición, pero el día de la victoria los mandamases de antaño acabarían sometidos al poder del nuevo orden falangista. Lo verían.

Don Alejandro conocía las andanzas del Bizco por el Piteras, pero hacía tiempo que no le veía y se llevó una sorpresa. Había cuajado de verdad. Seguía teniendo el mirar ladino, gacho como siempre, pero un rictus de los labios traicionaba su aparente

servidumbre y evidenciaba la chulería incontinente. El marqués sabía que era un hombre servil con los poderosos y que, mientras esperaba su oportunidad, se plegaría a sus exigencias. Era lógico que el gañán se preparase para los tiempos explosivos que se avecinaban y que intuyese, con acierto, que habría mucho que medrar en el río del cauce revuelto.

Cuando fue de nuevo a por Miguel, las cosas ya no eran como habían sido. Y no solo porque se la tenía jurada al muchacho desde que se le escapó en Madrid. Que también. Fue porque después de la victoria militar aspiraba a convertirse en el alcalde de Torrealba y don Alejandro se lo impidió con sus influencias. Así que, si desvelaba su secreto inconfesable y conseguía eliminar al padre y al hijo de una sola tacada, le saldría que ni bordado porque, además de darse el gustazo de hacerlo, llegaría a ser alcalde sin oposición. Sería la hostia en verso. Y se haría a sí mismo el mejor de los favores.

A don Alejandro, durante la guerra, le desbordaron los acontecimientos. Sobre todo cuando acabó. Aunque él mismo había sido duro con los rojos desde que llegó la República, nunca imaginó siquiera, siendo tan mezquino, que la represión en la retaguardia alcanzaría el nivel de ruindad que acumuló. Y, mucho menos, que los falangistas, con el Bizco a la cabeza, se le subiesen a las barbas. ¡Los muy desvergonzados!

El marqués supo por el Piteras que Sebastián Delgado era el máximo representante del horror. Los asesinatos sin cuento, las violaciones, las palizas, el aceite de ricino... Impuso la sinrazón absoluta. Fue la peor manifestación de la bestialidad humana. Demostró que, cuando el animal se impone a la inteligencia, el hombre es peor que un lobo para el hombre. Es un hombre para el hombre. Lo ínfimo. Un ser humano no tiene reparo en destruir la vida de otros hombres a sabiendas, concienzudamente. Porque es capaz de sofisticar su brutalidad para hacer más eficaz su infamia.

El Bizco aterrorizaba a los torrealbeños de manera metódica. Y hasta proclamaba que lo aprendió de los expertos del ejército alemán, los que dieron clases de combate en los campamentos de Cáceres. A él le gustaba más José Antonio, y hasta prefería a Mussolini, porque era más apasionado. Pero qué gran tipo el Führer, ¿eh?, les decía a sus compinches. Ni el Atila ese. Por donde pasaba no crecía ni la hierba. Ni la buena, ni la mala. Nada. Igualito que Franco. Como él mismo. Porque a él nunca le temblaba el pulso. Mataba rojos como el que mata pajarillos a la hora de la siesta. Sin darle mayor importancia. Como si exterminase una plaga de ratones. Y lo más importante. Sin dudarle. Al menor indicio de relación con el frentepopulismo, un tiro en la nuca. Ese era su lema. Que ya lo decía Franco. Al rojo y al gorrión, perdigón.

El marqués comprobó que el muy espabilado incluía otras víctimas. Había empezado a quedarse con las propiedades de los republicanos huidos o asesinados por orden de la autoridad militar que representó cuando hasta los guardias civiles acudieron al frente de Miajadas. Si alguien tenía una propiedad que le estorbaba aquí

o allá, donde lindaba con la que acababa de expropiarle a un rojo desaparecido, se inventaba cualquier acusación por desafecto, le pegaba cuatro tiros y ampliaba el terreno o la casa que había robado antes.

Cuando le contrató de matón años atrás, don Alejandro creía conocer la ruindad moral del Bizco. Pero se equivocó. Nunca sospechó que un presunto católico fuera capaz de tanta impiedad. Pero, para su sorpresa, no pudo nada contra él mientras duró la guerra. Sus superiores lo consideraban un héroe. ¡Un héroe! ¡Aquel torturador de ancianos y de niños que violaba mujeres y asesinaba personas en el nombre de Dios!

Tal vez, teniendo en cuenta su propio pasado, hubiera debido callarse. O dejarlo pasar, como hacían sus compadres aristocráticos cuando decían que los perros feroces son necesarios para educar a los campesinos en el respeto al amo. Y quizás lo habría hecho si el Bizco no se hubiese pasado de la raya teniendo la desfachatez de ajusticiar a uno de sus trabajadores. Hasta los Piteras habían acudido a pedirle socorro, arrodillados. Que a Leoncio, el aguador del palacio, dijeron, le había detenido el Bizco en la tasca de Venancio porque, algo pispado, estaba tatareando *La Marsellesa* por lo bajinis. Los falangistas estaban más borrachos que él y quisieron darle para el pelo. Pero Leoncio, aunque anciano, se había resistido. Y como era más bruto que tres mulas juntas, pues eso, que les atizó con la garrafa. Le abrió la cabeza a uno, le rompió dos dedos a otro y le arrancó seis dientes a un tercero al que golpeó con el vidrio en los morros. Fue el Bizco quien lo contuvo a traición, entrándole por la espalda y pegándole un golpe en el colodrillo con la culata de su pistola. Luego, se lo habían llevado al calabozo del ayuntamiento y se decía que esa misma madrugada los falangistas pretendían apiolarlo de la peor manera en las traseras del cementerio.

Don Alejandro mandó llamar al Bizco de inmediato, pero no acudió. Iracundo, porque eran altas las horas de la noche, se tomó la molestia, impensable en él, de acercarse al ayuntamiento a ordenar la liberación de su trabajador. Pero el Bizco no asomó. El marqués aporreó la puerta porque el Piteras le dijo que seguían estando allí dentro. Fue inútil. Al rato, llegó hasta ellos un alarido desgarrador. «Si lo matas, te mato», gritó don Alejandro. Pero ya estaba muerto.

El Bizco entreabrió el portón y miró con aparente sumisión a quien durante años había sido su amo. Andaba algo bebido todavía y se mostraba dubitativo, entre timorato y altanero. Por momentos. Pesaban a partes iguales el servilismo heredado y la chulería reciente que alimentaba la impunidad de sus crímenes. Dijo que lo sentía, que no le había oído. Y se justificó burlescamente. Estaba en el fondo del edificio, donde los calabozos, y era verdad que había escuchado un gran vocerío, pero no imaginó que los gritos fueran del señor marqués. La pieza se les había ido de las manos. Sin querer. Leoncio volvió a agredirles, dijo mirando al suelo, y uno de sus hombres, no sabía exactamente quién, le había clavado un cuchillo en el costado, para defenderse. Así que eso. Que lo sentía mucho. Y que viese qué tonta había sido la desgracia. Por una bravuconada.

Los rufianes aparecieron a sus espaldas arrastrando el cuerpo ensangrentado de

Leoncio. El Bizco le ofreció de nuevo sus excusas y dijo, falsamente apocado:

—Ahí lo tiene. Lléveselo. O, si quiere, se lo mando mañana yo mismo.

El marqués, abatido, quiso mirarle a los ojos, de frente, pero el Bizco bajó al suelo sus ojos y no se lo permitió. Ambos se dieron la espalda pensando, al alimón, que solo era cosa de tiempo que el uno acabase con el otro.

Cuando concluyó la guerra, el orden se restableció un poquito, tirando a menos, y el marqués estiró sus influencias para evitar que el Bizco materializara su deseo de ser alcalde. Propuso a un requeté nacido en el pueblo que se fue de pequeño a Madrid, pero era muy respetado y contaba con gran número de familiares en Torrealba. Además, tenía méritos de guerra porque se pasó dos años y medio trabajando para la Quinta Columna durante el asedio de la capital. Al final, los del SIM le habían detenido y no le habían fusilado de milagro. El hombre, Marcial Algaba, era muy religioso y había prometido al Cristo que volvería a vivir en el pueblo hasta su muerte, si sobrevivía. Se lo había pedido su esposa cuando agonizó, rendida por el hambre y por el frío, siete meses antes de que acabase el conflicto. Y cumplió.

El problema fue que don Marcial solo poseía una vieja casa abandonada en la trasera de la iglesia, unos olivos y unas tierras baldías. Cuando volvió, no sabía qué hacer. Por inercia, se dirigió al marqués, como hacía todo el mundo que necesitaba ayuda en Torrealba. Y don Alejandro vio la jugada desde que echó a rodar la pelota. Le dio crédito para recomponer su patrimonio y le promocionó en Cáceres y Madrid para que lo hicieran alcalde. Le salió bordado. «Y el Bizco se jodió», zanjó el Remedios.

El ajo y el agua agriaron más, si cabía, el carácter del ya de por sí acerbo jefe de Falange. El fracaso le empujó a ser más sanguinario con sus adversarios y agudizó el mal trato que daba a sus seguidores, a quienes ya vejaba despóticamente.

No se fiaba de nadie. Incluso abandonó a una medio novia con la que medio vivía desde hacía tres años sin haber tenido descendencia. En el pueblo ironizaban sobre su situación, jugando con las palabras. Decían que no preñaba a ninguna mujer por su mala leche. Acabó viviendo con su madre anciana, a la que también maltrataba sin que, mitad por amor, mitad por miedo, la mujer rechistase.

La primera vez que el Bizco se cruzó con Miguel le rebanó el cuello con la mirada. El Cambio le vio venir de lejos por la calle que unía la plaza con la ermita del Cristo. La camisa de mahón arremangada sobre el codo, el pantalón negro con la hebilla bruñida, los correaes de cuero reluciente, la boina roja y el jactancioso taconeo de ganso bramaban su arrogancia. Siempre andaba más chulo que un diez, pero se le cayó el uno cuando pasó a su lado y se transformó en un cero a la derecha. Fue como si temiese que Miguel se le echase encima. Incluso puso la mano sobre la funda de la pistola cuando se echó a un lado para evitar el roce que el joven provocó acelerando su paso en contradicho. Uno de los dos tenía que apartarse. Y lo hizo el Bizco. Fue al mediodía y la calle estaba concurrida. El comentario general no se hizo

esperar. Mucho rollo joseantoniano y mucho vacile, pero donde había marqués no mandaba falangista. España seguía siendo de los señoritos.

El cúmulo de humillaciones hizo estallar por dentro a Sebastián Delgado. Ordenó a todos los suyos que vigilasen estrechamente al recién llegado y le informasen de cualquiera de sus movimientos mientras él se fue a Cáceres a indagar. Buscó datos en la jefatura, entrevistó a rojos encarcelados y ofreció la posibilidad del perdón a quien denunciase algo en contra de Miguel o de su padre, aunque fuera falso. Policías, guardias civiles, condenados y hasta la mismísima Falange de la capital le mandaron a peinar melones. Pero no cejó. Comprendió que se había equivocado de sitio y de estrategia. Era en Madrid donde tenía que buscar, allí donde lo dejó a principios del treinta y seis. Si había estado en el Ejército Popular, si había pintado algo, lo acabaría averiguando como fuera. Y lo pagaría caro.

Demostró que no era tan tonto como pensaban algunos de sus enemigos. Dedujo que Mimí, la Exquisita, podía haber vuelto a las andadas. No la imaginaba presa o en el exilio. Y el mundo no estaba, se dijo, para que triunfasen las mujeres bien intencionadas, si alguna vez las tuvo. Así que lo más probable era, se dijo, que anduviese por los Madriles agarrada al clavo ardiente del más que viejo oficio que ejerció.

Solo se equivocó en una cosa. Pensó que Mimí sería una puta de baja estofa. Y ese error le distrajo a tope porque tardó más en dar con ella. Fue al final cuando, tirando de todas sus amistades políticas y policiales, un colaborador estraperlista acabó reconociendo a la joven de la fotografía, la misma instantánea que le había dado el marqués años atrás para que los buscase cuando huyeron. «Apunta usted muy alto», le dijo el negociante. Y meneó la cabeza como que no.

Los acogedores brazos de Mimí

El Bizco, prudente, no acudió a investigar en persona. Mandó a un detective de su confianza que se quedó bisojo de verdad, por la impresión, cuando contempló el palacete desde la verja de entrada. El Remedios le contó a su *doctorsita*, como se acostumbró a llamarla esporádicamente, que el edificio respondía al estilo ecléctico que pusieron de moda Eduardo Adaro y sus seguidores a finales del siglo diecinueve. No es que supiese mucho de arquitectura, añadió. Pero cuando Mimí le invitó a visitar el edificio unos meses después, le picó la curiosidad y se estudió la obra de aquel arquitecto gijonés que había colaborado en la construcción del Banco de España diseñando, el muy listo, su afamado, por ferruginoso, patio de operaciones. Ya veía.

¿Y ese quién era?, ¿qué había aportado al arte de la edificación?, preguntó Alicia al tiempo que estiraba maliciosamente la comisura de los labios. Pues para que se fijase, le respondió el remendón algo picado. Fue nada menos que uno de los que diseñaron las primeras cárceles modelo. La de Madrid, por ejemplo.

—Pues sí que... —dijo, despectiva, la muchacha. Y el Remedios se rindió.

En fin, que el jardín no parecía grande, pero servía perfectamente, por sus cuidados y frescos rincones, para la función que Mimí quiso darle. Estaba lleno de discretos niditos de amor donde, cuando hacía buen tiempo, las parejas, al asomo de pequeños y coquetos estanques ocultos a la vista ajena, podían hacer de todo. Y hasta más. Lo explicó. Colocó unos buenos cojines y algunas almohadillas resistentes al frío metal de los bancos modernistas y, a la sombra de las moreras en flor, facilitó los mejores y más sofisticados revolcones.

El edificio era tan puramente ecléctico que sus estancias parecían un museo de la decoración. Un toque neoclásico por aquí, otro neomudéjar por allá, algo bizantino o *art déco*, dependía dónde y a saber por qué. Y, en fin... Fue como si la construcción hubiera adivinado el putañero lema de que no faltase nada. Todo era al gusto del cliente. Incluso los zurriagos y los variopintos potros de tortura. Por si alguno había leído los consejos del marqués de Sade y reclamaba bulla torticera, esa que decían

contraria a la razón, las leyes y la naturaleza y contradecía el sacrosanto principio del allá cada uno.

El exotismo y la diversidad interior realzaban el prostíbulo porque permitían la creación de ambientes muy distintos de acuerdo con el estilo que predominaba en cada estancia. Solo faltaba, como toque final, de distinción, que la fachada fuera, como era, de ladrillo, y que imitase, como imitaba, las hechuras del palacio que el duque de Osma había construido en la calle Fortuny para que todo el mundo tuviese al local, como lo tenía, por uno de los mejorcitos lupanares de Madrid. De los de lujo y tres cuartos.

Sobre el cómo ese edificio había llegado a las manos de la patriótica madama que se lo vendió, ni Mimí ni Vilajoana tuvieron nunca noticia. Solo sabían que los papeles estaban en regla y que su adquisición había sido el mejor negocio de su vida. Estaban tan seguros de ello que, cuando acabó la guerra, temieron que la vendedora acudiera a reclamarlo. Pero fue una prevención sin fundamento.

Tras ver detenidamente la parte del edificio que le permitió un sigiloso paseo desapercibido para sus moradores, el detective de alquiler volvió al reluciente Citroën negro que había dejado aparcado fuera, debajo de un eucalipto, entró en el vehículo y se puso a pensar. O algo parecido. Porque tardó muy poco en despistarse. Puso la mirada en blanco y, enajenado, contempló la vega repleta de humildes caseríos y pequeñas huertas que se extendían desde el arroyo del Abroñigal hasta la bajada de aguas que apestaba los alrededores de la Casa de Maudes. Su inconsciente se detuvo un segundo en el asilo de San Rafael y, sin reparar en el edificio, se deslizó por la vieja carretera de Chamartín hasta que la acidez cerebral que le provocó el esfuerzo le embarrancó la mirada en los altos del hipódromo. El borborigmo mental le encendió la mala leche. ¡Qué cojones!, se dijo. Y abrió el coche, sacó una Llama de nueve milímetros y se la colocó en la espalda, cogida por el cinturón. El cañón frío se le incrustó en el canalillo del culo y le provocó un estremecimiento. Tuvo un mal presagio. Pero pensó en las pulgas que se gastaba el Bizco y se echó *p'alante*.

Cuando hizo sonar el timbre no tenía ni idea de lo que le esperaba. Un anciano escrupulosamente vestido de librea se acercó para abrir la verja y le cedió el paso con una reverencia. El gorila hizo sus cuentas. Si la única protección de la casa eran ese hombre o siete como él, podría resolver el caso sencillamente a hostias. Pero las vidrieras del portalón señorial del edificio anunciaron la silueta borrosa de un centinela y, nada más entrar, vio a un par de guardianes más.

El vestíbulo daba, por una puerta desplegada, a un amplio salón lleno de butacones y canapés ocupados por mujeres de todas las edades, entre las que se incluían jovencitas de adolescencia fresca que le ofrecieron sus cuerpos delgados con miradas zorrunas y ademán lascivo. Vio que a izquierda y derecha se extendían pasillos mal iluminados por la débil luz solar que penetraba las rendijas de las gruesas cortinas y por los tenues vahídos fluorescentes que salían de las puertas entreabiertas de los pecaminosos habitáculos.

Comprendió que aquellas habitaciones no eran dignas de Mimí porque sabía que ella era la señora. Cuando el Bizco se lo dijo, se había sorprendido. Viendo su foto del treinta y cinco pensó que era una pelandusca de a real. Pero ahora la imaginaba como si fuese una peligrosa Greta Garbo. Malvada, seductora, irresistible. Y, por ello, más amenazante que ningún otro ser sobre la tierra.

Se anunció como don Serapio Plantón, constructor de profesión, y el guardaespaldas no pudo contener la risa al escuchar el ripio. Sobre todo además, le parecía, con razón, un pobre pardillo. Cuando dijo que quería ver a la señora, una voz dominante, de chulo, ordenó que se callara. Saliendo de una puerta falsa, asomó su cuerpo, por completo, un hombre que vestía el uniforme de los subjefes de Centuria de la Falange, incluidas la corbata negra y la gorra escarlata. La ropa era tan reciente que ni había descosido los bolsillos de la camisa azul. Y el correaje centelleaba más que el charol de sus zapatos.

—Hola, soy Jaime Vilajoana —dijo resaltando las dos jotas para castellanizar su nombre.

Tendió la mano y, apretándosela, le miró de arriba abajo desde sus quince centímetros de más. Mientras le preguntaba por qué quería ver a la señora, otro guardaespaldas se había acercado al visitante por la espalda. Le cacheó suavemente y descubrió la pistola que ocultaba. Quiso quitársela y el tunante se revolvió, pero Vilajoana tiró de corpulencia, le agarró por el cuello posterior de la chaqueta, giró su cuerpo y lo levantó en el aire. Antes de que echara su mano a la espalda, sacó el arma del cinto y dejó caer su hombría como un fardo.

El falso Plantón cambió de estrategia. Él era quien era, camarada. Un hombre de fiar. Un falangista con la hoja de servicios tan abarrotada de buenas obras patrióticas que, sin haber estado nunca en el frente, tenía una medalla al mérito militar. Ahí era nada.

Como los tenía así de grandes, explicó, trabajaba como detective en Madrid. Legal, por supuesto. Le decía a la gente que era constructor para que pensaran que tenía guita. Porque eso, amigo, le abría muchas puertas. Pero que le perdonase. Siendo él quien era, un destacado camarada, podía sincerarse sin problemas. Y le enseñó la cartera de plástico negro, repleta de papeles y carnés. Ahí tenía, afirmó solemnemente, su cédula de identidad personal y la autorización para ejercer de detective. ¡Ah! Y su tarjeta de verdad, la de investigador privado.

No había ido a esa casa porque sí. Ni para dar rienda suelta a su hombría, como le gustaría. ¡Je, je, je!, rio como una hiena. Solo había acudido, dijo, y cambió el ademán agravando la voz, a entrevistarse con doña Leonor Artajo. Para hacerle unas preguntillas de parte de su cliente, don Sebastián Delgado. Pero solo, claro, si a ella le parecía bien, ¿eh? Que no le malinterpretara. Por favor.

Vilajoana le pidió que esperase allí mismo, subió a la primera planta y, al poco, dubitativo, como si todavía no acabara de creerse lo que había escuchado, le dijo que subiera. Cuando se fuera, añadió adelantándose a su petición, le devolvería el arma.

Mimí recibió al detective en su *suite* personal. Lo hizo en una pequeña sala que daba al dormitorio. La puerta entreabierta ofrecía la visión de una reducida parte de la cabecera de la cama, con las almohadas de seda rosa completamente desordenadas. Unas alfombrillas de alpaca nívea del Perú rodeaban el tocador, abarrotado de perfumes y adornado por un enorme jarrón de jazmines frescos, amarillos. El manojó se había quedado mustio y su perfume intenso se derramaba por la estancia. Le sedaba.

A Mimí, explicó el Remedios, le gustaban mucho las flores. La habitación estaba llena de jarrones chinos y floreros de cristal. Grandes ramilletes de azucenas de mar, lirios reales y cefirantes rosáceos se entremezclaban con unos gladiolos menores tan bermejos que su contemplación enrojecía los sentidos. Ella se había sentado en el medio de la sala, entre las plantas, en el interior de aquella butaca de nácar que le regaló tiempo atrás don Alejandro, la que imitaba el cuenco de una ostra. Vestía un traje de seda tan blanco que azuleaba como el hielo, pero transparentaba un poco más, lo suficiente como para que el indagador le hablase cabizbajo, avergonzado. Y rendido. Como todos.

El aprendiz de pistolero no sabía por dónde empezar y soltó una tontería. Sabía que era muy guapa, balbuceó, pero no había sospechado que lo fuera tanto. Lo reconocía. Suspiró. Quiso elevar la mirada y despegó los codos de las rodillas. Se topó con los muslos desnudos de Mimí y volvió a estremecerse. Agachó la cerviz un poco más.

Estaba allí, dijo al fin, para ver si seguía siendo la novia o sabía algo de don Miguel de Génova. Lo hacía por encargo de don Sebastián Delgado, el jefe de Falange del partido judicial de Montánchez. Se suponía, claro, que en eso tenía que ser discreto, pero tampoco era para tanto. Ella y el señor Vilajoana eran de fiar. Completamente. Que para eso, aclaró, era un sabueso. Disponía de un olfato especial.

La mujer se asustó porque empezó a entender. Un hormigueo salvaje le descompuso el ritmo de las palpitations. Ordenó a su interlocutor, irritada, que se explicase. Que dijera qué buscaba y por qué. Pero rapidito. Y sin cuentos.

Don Serapio les habló a sus zapatos, como si se confesase. Demostró que el Bizco le había preparado, pero no supo mentir. Tenía que encontrar a don Miguel, el hijo del marqués, don Alejandro, porque su novia, una chica del pueblo, había muerto en Alicante después de tener un hijo. El abuelo se había hecho cargo del chavalillo y le había pedido al Bizco que encontrase al padre. Por eso estaba allí.

Solo sabía que el padre y el hijo anduvieron a malas. Y que, ahora, el abuelo se había ablandado por lo del pequeñín. Había perdonado a su heredero y pretendía recuperarlo. Lo quería a su lado. De modo que, si don Miguel vivía, tenía que volver al pueblo cuanto antes.

La madama comprendió enseguida que aquel hombrecillo trabajaba para el bicho que anduvo buscándoles cuando empezó el treinta y seis. Casi lo había olvidado, pero su nombre le encendió la mecha del rencor. Pensó en hacerlo desaparecer de

inmediato. Pero la curiosidad refrenó sus más que malas intenciones. Quiso saber qué había de verdad en lo que había dicho. Sobre todo, lo referido a la novia. ¿Habría vuelto a ver a aquella chica de la que tanto le habló? ¿Aquella a la que hizo el amor en una cueva, la que tantos celos le había dado siempre? Esa... ¿Cómo se llamaba? Alba Inés, recordó. O Libertad. Tal vez las dos cosas. ¿Y lo del hijo? La historia del matón del Bizco era demasiado sencilla como para ser inventada. Algo tendría de verdad, se dijo. ¿Había muerto de verdad? ¿La seguiría queriendo? ¿Y si...?

Dejó en suspenso las incógnitas porque estaban, además, las ganas de saber de Miguel. No había dejado de ser su único amor de verdad. Ni lo dejaría de ser nunca. Y, aunque lo consideraba imposible, daría su fortuna y su alma por que volviera a quererla. Pero ¡qué se le iba a hacer! De momento, se conformaba con averiguar si estaba vivo, con volver a verlo. Quería ayudarle si la necesitaba, sacarle de la cárcel, facilitarle el exilio. Lo que fuese. Por él lo sacrificaría todo, se abasaría dos eternidades en el infierno, pensó desposeída. Y, sin la menor mueca externa, se rompió. Porque era lo mismo que había pensado cuando le traicionó.

Para tirarle de la lengua, aprovechando que ella estaba acostumbrada a hacerlo, obligó al detective a beber aguardiente seco y le acompañó hasta que ambos cedieron a sus efectos etílicos y acabaron hablando de más. Vilajoana se dio cuenta de lo que estaba pasando y trató de impedirlo con habilidad, pero no lo consiguió. Mimí se arriesgó y habló cada vez más inconvenientemente. Hasta que, pensando que el Bizco había mandado al detective a buscarlo allí porque conocía su pasado, decidida a matarlo, enseñó la patita de la lobuna verdad para estirarle la lengua. Comentó que lo último que supo de Miguel fue que había sido guerrillero del Ejército Popular hasta el final de la guerra. Y no había vuelto a tener noticias suyas. Ni ganas que tenía.

No tardó en darse cuenta de que había cometido un grave error y empezó a enfadarse cuando comprobó que el adversario relamía su información porque, averiguando la condición de guerrillero que Miguel había tenido en el ejército republicano, había cumplido el encargo de su cliente. El Bizco podría ir, sin reservas, a por él. Y se lo comería crudo.

Cometió una estupidez de parvulario. La charla se embroncó y el matón del Bizco, más beodo que un monaguillo *jarto* de vino consagrado, se envalentonó. El muy imbécil confesó que lo sentía, pero no le quedaba más remedio que denunciar al bandolero. Era su deber, enfatizó. Y no solo lo haría cumpliendo el encargo de don Sebastián. No, señora. También lo delataría, exclamó ceremonioso, ante las autoridades policiales de Madrid.

Mimí sacó un pequeño revólver del bolso de charol que tenía sobre su regazo y le amenazó. La fanfarronería del policía privado se deshizo. Echó a temblar y se hincó de rodillas pidiendo perdón por sus palabras. Pero la ofuscación alcohólica había cegado a la muchacha y se acercó para darle un tiro en la nariz. Vilajoana le golpeó la mano y el arma cayó al suelo. El inexperimentado detective miró la pistolita de muñeca y amagó con agacharse para cogerla. Pero el socio de Mimí le puso en el

pecho su Astra nacarada. Dijo que ya le estaba aburriendo el intercambio de gilipolleces y le dio un golpe en la nariz. La culata y la mano se le llenaron de sangre.

Vilajoana había escuchado la conversación y andaba mosqueado. Mirándole a los ojos, supo que sabía. Le preguntó dónde estaba Miguel y el muy tonto se hizo lo que era. El segundo golpe fue en una oreja. El gemido se oyó en Madagascar. El barcelonés le preguntó si tenía que seguir la sesión hasta el final. Dijo que no. «Está en su casa, en Torrealba», chapurreó. E intentó huir tambaleándose. Pero Vilajoana no le dejó.

Mimí quiso averiguar. Pero el catalán fue tan rápido y ella estaba tan chispada que no dio para más. Por no manchar la habitación, el recién estrenado jefe falangista se llevó al pobre borracho a la cocina y le pegó un tiro en la cabeza. Mimí, rendida, impotente, oyó el disparo. Y siguió bebiendo hasta que se quedó dormida sobre la alfombra de alpaca.

Cuando Vilajoana la despertó a media mañana y le explicó lo sucedido, ella se encabritó. Tenían que haberle sacado más información. Sobre Miguel. Sobre su padre y la novia, sobre el Bizco. Se tomó dos cucharadas de salicina y sin esperar a que le hicieran efecto, con la cabeza chirriándole más que un gozne oxidado, ordenó que un guardaespaldas se encargase de hacer desaparecer el coche y el cadáver. Su socio se rio con auténtico recochineo. Don Serapio Plantón hacía horas que criaba césped junto a unos parterres del jardín. Se había adelantado tanto a sus pensamientos, le explicó, que tenía preparado su Mercedes para ir de inmediato a Torrealba. Sospechaba, comentó con ironía, que ella querría avisar cuanto antes a Miguel de lo que estaba pasando. Si quería, añadió, la acompañaría. Para protegerla. Por si acaso. Pero dijo que no.

Contó el Remedios que, antes de salir, Mimí tuvo un equivocado mal presentimiento. Llamó al palacio de don Alejandro a la desesperada y comprobó que el marqués mantenía el mismo número de teléfono que antes de la guerra, algo increíble si se tenían en cuenta los miserables tiempos que vivía el país. Un prodigio. «Fue como hablar con Dios y que te conteste», dijo el Remedios, fascinado.

Esa casualidad permitió que, hablando con el Piteras, la muchacha se enterase de todo por adelantado. Se quedó perpleja de cómo había cambiado la situación. Pero sí. Era verdad que Miguel estaba viviendo con su padre. Y que se habían reconciliado. Bueno, en parte. Pero reconciliado.

El Bizco, por lo demás, ya no era un *mandao*. Iba de cabecilla de los represores, de falangista cruento y sanguinario. El peor de la comarca. Posiblemente, dedujo, estaba averiguando cosas de Miguel para encontrar la excusa que le permitiera llevárselo a una cuneta. Así. Como se lo decía.

Contra el deseo protector de Vilajoana, decidió viajar completamente sola. De ese modo, dijo, su flamante Hispano H6 cobalto, uno de los pocos cupés biplaza que se habían fabricado en España en el treinta y ocho, iría más rápido. Sería un auténtico lujo veloz de maletero pequeño, pero suficiente. Zalamera, le pidió al encelado Jaime

que avisara a Miguel de su visita y le advirtiera por teléfono de que, cuando llegase, tuviera preparada la maleta. Solo una maleta. Como en los mejores tiempos.

Apercibidos, ya comidos, Miguel, don Alejandro y el Piteras se habían sentado a esperarla en el patio, junto al pozo. Acompañaban un espléndido *brandy* jerezano con buenos puros caseros de tabaco extremeño y se sentían algo abotargados, pero la inquietud les impedía sestar. Estaban asustados por la noticia, aunque no acababan de entenderla porque no pensaban que el Bizco se atreviera a tanto. Miguel ni siquiera había hecho la maleta, como dijo el Piteras que le había solicitado Mimí para huir a Madrid sin perder ni un minuto. La herencia cultural, su educación de clase, aunó a padre e hijo en ese momento de tribulación. ¿Cómo un patán semejante se había atrevido a investigar la vida de un noble de tan recio abolengo?, bramó don Alejandro. Tenía que haberse vuelto loco si pensaba que acabaría saliéndose con la suya. ¡Que se atreviese el miserable ese a presentar siquiera una denuncia! Lo aplastaría como si fuera un piojo. Con sus dedos.

Se equivocaban de cabo a rabo, dijo Federico Espejo ladeando la cabeza a un lado y otro, como un péndulo. Franco estaba dispuesto a mantener las tradiciones, pero con los aristócratas que le fueran fieles. Que los tiempos hubieran cambiado para que nada cambiase tenía un precio político que afectaba incluso al doce de los Alfonsos. Pero los nobles que se habían puesto al servicio de la República, como Miguel, no merecían el perdón. La sisa era de sangre. Y el Bizco, sin saberlo, lo sabía.

Cuando llegó Mimí, los contornos de la sierra azuleaban. El atardecer tintaba de teja los campos de trigo y ensombrecía los encinares. Un frescor de claustro se apoderó del patio, que se inundó de olores. Los jazmines se adueñaron de la brisa y el embrujo, con su capote, cobijó una escena que pareció irreal porque Mimí entró con los andares de un fantasma y el tiempo se cayó de espaldas vertiginosamente y volvió a convertirla en Leonor.

La joven había dejado el coche en un cavedio lateral, junto a la antepuerta del patio central donde la estaban esperando. Se levantaron hechizados para verla. El aire, liviano, se espesó. Por no llorar todos, no lloró ninguno. Pero la emoción les asfixió. Las anginas se les salían del cuello y quisieron tragar saliva para evitarlo. Pero estaban resacos. Tuvieron que recurrir a un traguito de coñac. Y, por fin, despejada la garganta, la recibieron con besos en las mejillas. A todos, menos al Piteras, les desfallecieron las piernas. Y un ligero temblor se apoderó de sus cuerpos.

Don Alejandro agradeció la preocupación de Leonor, pero el Bizco, explicó, no le inquietaba nada. Ni lo más mínimo. Ese truhan no se atrevería a tomar medidas contra Miguel. Podía estar tranquila. No obstante, informado de que pretendía volver a Madrid cuanto antes, la invitó a quedarse por un tiempo. El que quisiera. Y aseguró que así comprobaría, por sí misma, que no había nada que temer.

Miguel fue grosero sin querer. La miró de la cabeza a los pies con una expresión tan lasciva que hasta él mismo, cuando se dio cuenta, se avergonzó. Ella se conturbó, pero no hizo nada. El deseo restableció los puentes rotos y, contra toda la sabiduría

defensiva acumulada durante la guerra, toda la profunda desconfianza que tenía en las personas, Miguel supo que la necesitaba. Tuvo que recurrir a su nueva máxima para no desfallecer. No podía, se dijo, caer en la trampa de los sentimientos. Era un error. Enseguida, la desconfianza volvió a imponerse. Y, a duras penas, aguantó las ganas.

Su padre le echó una mano, sin querer, movido por sus propias ansias redivivas. Tomó la mano de la muchacha y la acarició entre las suyas. Ella le dejó hacer. Pero contempló a Miguel y le dijo con los ojos que seguía amándole. Aunque lo pretendió, no pudo dejar de mirarle hasta que él desvió la visión hacia los baldosines y se restableció la normalidad.

Don Alejandro, avergonzado, soltó la mano de Leonor. La palma se le cayó hasta la cadera y sonó como un cachete. Despertaron de una sesión hipnótica. Pero para ella fue muy distinto, como arrancar un coche. La chispa encendió el motor y Leonor desapareció. Mimí, la Exquisita, resurgió en toda su esplendorosa perversidad. Dio unas palmadas, sonrió seductora y pidió de comer. El marqués se apresuró a satisfacerla, servicial. Ordenó a Sandalio que lo dispusiera todo cuanto antes y que, de momento, sacase al patio una botella de jerez y un poco de jamón de Montánchez, pero el de pata negra, por supuesto. Mimí prefirió pasar al salón porque su rebeca de lana no resistía el relente del anochecer. Y todos se metieron para dentro.

La cena fue tan agradable que don Alejandro estaba convencido de que Mimí se quedaría unos días con ellos. El marqués, a pesar de los engaños pasados de la amante, no ocultó su contento. Y hasta Miguel abrió un resquicio en la puerta de su corazón.

Fue en vano. Esa noche, cuando Mimí se miró en el tocador profusamente adornado con sus rosas preferidas, las rojas y aterciopeladas sarabandas, se rompió por dentro. Sentía tanto amor por Miguel, tanta sed insaciable de su presencia, que no podía soportar estar a su lado y aceptar su distanciamiento. Ignoraba que la actitud del exguerrillero era más aparente que real, pero pensaba, con razón, que le había dado motivos más que sobrados para que la despreciase.

El reencuentro había sido demoledor. Donde solo hubo una duda inmensa, ella vio un abismo infranqueable. Miguel, se dijo entonces, nunca volvería a su lado. Su destino la arrastraba al desamor. No quería odiar ni a Dios ni a la humanidad y, sin embargo, todo la abocaba a lo contrario. Seres y situaciones la empujaban al infierno. Pretendía ser una buena persona y nada ni nadie la ayudaba a conseguirlo. Estaba hasta el cuello de mierda y quienes la rodeaban, en lugar de tirar de su mano para salvarla, la empujaban hacia el fondo y la hundían cada vez más.

Cuando se quedó sola, no pudo resistirlo. Quiso morir esa misma noche y lloró desconsolada. Aunque no durmió, se fue al día siguiente, muy educadamente, afectuosa, en verdad agradecida por el esfuerzo que habían realizado todos para que se quedase. Metió su bolsa de viaje en el estrecho maletero que tanto le había preocupado cuando ignoraba si cabría el equipaje de Miguel, besó enternecida a los presentes sin detenerse más que en el intenso abrazo que le dio al Piteras y arrancó el

Hispano sin mirar atrás.

El capataz había lavado el coche y su espléndida carrocería azulada se espejó. El resol cegó la mirada entristecida de Miguel. Mientras la veía alejarse, pensó en ella, dubitativo. ¿La quería? A Leonor, seguro. Pero a Mimí... Mimí era como el símbolo de su Hispano, ese ánade plateado cuyas enormes alas, desplegadas hacia abajo, se fundían con la rejilla del radiador en el extremo delantero del capó. Volaría siempre sobre los hombres. Por temporadas. De uno a otro. De norte a sur. Y viceversa. Lo haría hasta países exóticos de nombre tan desconocido como el de sus amantes. Aspirando a ser inalterablemente libre. Siendo, sin embargo, la esclava de sus esclavos. Y, por ello, inaprensible.

«¡Que los vientos templados, amada garza, te empujen al Edén!», susurró el Cambio. Y la barbilla, como una daga, se le clavó en el pecho.

El Bizco se presentó por sorpresa solo dos días después. Lo hizo al amanecer, cuando el frescor matinal aún seguía engañando al verano recién estrenado. Iba armado con un naranjero, la pistola al cinto. Vestía de falangista. Corbata negra, la camisa azul. Su boina carmesí parecía un farol en la alborada oscura. Sus acompañantes formaban un grupo de aspecto tenebroso. La escasa luz bermeja de la aurora refulgía en los tricornios de los guardias y los correajes de los falangistas centelleaban como culebras de charol.

El Bizco no sabía nada. No tenía ninguna prueba. Pero se arriesgó. Plantón había dejado aviso de su visita al caserío de las Cuarenta Fanegas y la familia advirtió a la policía de su desaparición. Estaba mosqueado. Y actuó.

Autorizaron al falangista a detener a Miguel para que fuese interrogado. Con una condición. Si se equivocaba y el arrestado demostraba su inocencia, abandonaría la Falange y sería él quien asumiese la responsabilidad judicial frente a cualquier reclamación. Sus mandos fueron precisos. No andaba la cosa como para provocar a los aristócratas. Y, menos, a los de Extremadura. Porque los nobles extremeños, matizaron, habían colaborado con generosidad, en general, a sostener los gastos del esfuerzo bélico. Y muchos eran amigos del marqués de Valdencina. De modo que, si la cagaba, lo pagaría él solito. Y si no estaba seguro, era mejor no empezarlo. Por su bien. Pero el Bizco, corajudo, se lo jugó todo a la carta de la evaporización de su detective. Y fue a por él.

Todos los habitantes del palacio, salvo los Piteras, estaban durmiendo o remoloneaban en las camas los impagables minutos del reboju. Cuando el Bizco hizo sonar la aldaba del portón, fue como si tocasen a rebato. Lo hizo con tanta fuerza e insistencia que hasta las gallinas cacarearon el inexistente amanecer. Para cuando el sobresalto general hizo brincar de sus lechos a todos y cada uno de los seres vivos, el Piteras ya había mirado a ver quiénes eran y se había dirigido corriendo a la habitación de Miguel. Aporreó la puerta y el joven asomó en pijama.

Atorado, el Piteras le dijo que el Bizco venía a por él con la guardia civil. Eran siete y estaban bien armados. Tenía que escapar. Corriendo. De haber ido de buenas,

le dijo, se hubiera presentado a mejor hora. Se enredó. Que huyera como fuese. Sin despedirse. Rápido.

Un cocinero, despistado, abrió el portón cuando don Alejandro corría a impedir que pasaran los agresores. El Bizco se fue a por don Alejandro y le gritó que no se entrometiera. Iban autorizados y estaban dispuestos a todo. Su hijo tenía que acompañarlos por las buenas o por las malas.

El marqués se enfureció, pero el Bizco le puso el cañón del naranjero en el ombligo y le amenazó con pegarle un tiro. Los Piteras gritaron. Los trabajadores del palacio, hombres, mujeres y muchachos, hicieron corro. Pero los civiles dispararon al aire y les ordenaron que despejaran el patio. A un muchacho valiente que quiso discutir con los civiles le rompió la nariz un guardia con la culata del máuser. Cuando cayó al suelo, le pegó una patada en los riñones. El padre del muchacho dio un grito salvaje y se echó sobre el baladrón. Un tiro lo paró en seco y el mundo pareció detenerse por completo. El silencio se espesó como la brea y las miradas se convirtieron en facas afiladas.

El Bizco disparó una ráfaga al aire y ordenó que cogiesen al herido y se lo llevaran de allí. No dejó que nadie fuera a avisar al médico porque temió que acudiera la gente del pueblo y se armara una gorda. Pensó con celeridad que los torrealbeños habrían oído el disparo, pero tardarían en darse cuenta de lo que significaba. Por si acaso, decidió darse prisa. Sabía dónde estaba la habitación de Miguel y se fue a por él dejando al cabo y sus dos números en el patio, vigilando al personal. Se equivocó.

Miguel estaba ya medio vestido, había cogido la mochila cargada con las armas que guardaba en el armario y había bajado corriendo las escaleras. Se escondió detrás de las cortinas del salón y atisbó cómo ascendían hacia su cuarto el Bizco y los tres falangistas. Cuando los perdió de vista, asomó a la puerta y arrojó una bomba de piña a los guardias. Salió corriendo. Al único que había quedado en pie le pegó un tiro preciso con la Luger. En la cabeza. Huyó hacia la cochera de la entrada principal, donde tenía la moto tapada con una manta, cargada de gasolina y lista para cualquier eventualidad. Ya iba despidiéndose a la carrera de su padre cuando una bala le silbó por encima de la cabeza. Vio que el matón que hirió al joven bracero le disparaba desde la ventana de su cuarto. Sacó la pistola ametralladora, apoyó su cañón largo en el antebrazo y apuntó. Fue una ráfaga de solo tres disparos. El falangista cayó como un fardo sobre el piso de granito. Aguardó por si asomaba otro. Pero pasó un larguísimo minuto sin que saliera nadie y corrió hasta el sidecar.

Dijo adiós a los suyos haciendo tronar el tubo de escape de la BMW y huyó hacia el único lugar donde comprendió que podía encontrar refugio. Hiciera lo que hiciese, el destino le remitía siempre hacia la misma persona. Sonrió mientras se ajustaba el casco. Tenía suerte. Sí. Por supuesto. Mimí, su sempiterna Mimí, le recibiría una vez más con los brazos abiertos. Y eso, en ese momento difícil, era todo lo que sabía y todo lo que necesitaba saber sobre la tierra.



Aunque se perdonaron mutuamente, los viejos amantes no pudieron perdonarse a sí mismos. Mimí, como había supuesto Miguel, le recibió con el corazón y la piel puestos en la bandeja de su entrega. Se los ofrendó como si fuese un dios. Pero él devolvió la ofrenda con su amable y habitual distanciamiento. Le agradecía su ayuda, pero, mintió, ya no la amaba. O, cuando menos, no la quería como antes. Esa era la verdad. Y no debía pensar que su rechazo era la respuesta al engaño del prostíbulo. En absoluto. Eso estaba olvidado. Ella había sido extraordinariamente generosa y le había demostrado tanto cariño que había soterrado sus recuerdos dolorosos bajo una inmensa gratitud. Estaba dispuesto a todo. Sería su esclavo si lo deseaba. Pero...

Mimí le interrumpió y concluyó la frase: «Pero amas a otra mujer». No le importaba, dijo. Lo comprendía. Se sabía la historia. Cuando estuvo en Torrealba, sin que se enterase, se la había contado el Piteras con tanto detalle que los celos le habían picado como chinches. Solo quería, le explicó, que supiera que ella estaba allí, siempre dispuesta, que seguía queriéndole más que a nadie en el mundo. Él no le debía nada. Si acaso, un poco de afecto y algo de comprensión. Bastaba que le demostrase que la entendía. Y que comprendía, aunque no comulgase con ella, su forma de vivir.

Fue una conversación muy corta. Miguel llegó tan agotado al prostíbulo que solo quería dormir. La ruta de carreteras secundarias, agujereadas como calcetines de mendigo, el calor sofocante de aquel julio infame y la tensión incontrolable le dejaron baldado. Por eso le habló lo justo. Contó que esa misma mañana había matado en Torrealba a tres guardias civiles y a un cabrón de falangista. Añadió que tenía que protegerle. Y, sin respiro, se derrumbó sobre la cama.

Mimí quiso forzar una conversación. Ella entendía la dimensión de la tragedia. No tenía que preocuparse, comentó. Encontraría una solución. De momento, añadió, podía quedarse allí, en su habitación. A su lado.

Miguel, agradecido, se esforzó. Aceptó charlar un poco. Mimí quiso decir algo, solo lo más trascendente, sobre el pasado doloroso. Intentó aprovechar el momento para intercambiar alguna explicación más, aclarar algún detalle. Pero el Cambio estaba tan cansado y tenían tantas cosas que contarse que resultó imposible. Ni siquiera sabían por dónde empezar y acabaron callándose. ¿Por qué iban a charlar? ¿Y para qué?, se dijeron. No tenía sentido. Las palabras entonces sobraron. No valían nada.

Ella, afectuosa, se sentó en el borde de la cama y puso la cabeza de Miguel en su regazo. Le acarició el cabello encrespado por el polvo. La pasión nació en un punto indefinible de sus vísceras y se extendió por todo el cuerpo como un veneno embriagador. Los mofletes se le colorearon. El corazón bombeó su deseo y quiso flirtear con Miguel, imponer su instinto de hembra en celo. Pero él estaba tan cansado que cobijó la cabeza entre sus senos y con inocencia, como un niño que acabara de

mamar, se durmió. Cuando Mimí le besó los labios, con ternura casi maternal, Miguel le devolvió un ronquido salvaje, de oso cavernario.

Mimí no permitió que durmiera en el burdel ni dos horas. Mandó esconder la moto y, después de anochecer, le llevó en su coche al piso de Ibiza. Como aquel primer día que decidió hacerlo suyo, como siempre, actuó con rapidez. Le dijo que, de momento, viviría como un topo. Don Benito y su madre cuidarían de él sin levantar sospechas. Incluso tramó la idea de fabricarle cuanto antes un habitáculo oculto con una puerta falsa. Así, en el caso de que el Bizco o sus seguidores descubriesen que el piso era suyo, lo que no les resultaría fácil porque estaba a nombre de su madre, nunca encontrarían la habitación disimulada.

La idea no se le ocurrió a Mimí porque sí. Se inspiró en un escondite que había en el palacete. Vilajoana estaba seguro de que el primer dueño de la mansión, un aristócrata famoso por el tamaño y la cantidad de los cuernos que le ponía a su esposa, lo utilizaba para esconder a sus amantes cuando se presentaban visitas inoportunas. Los contornos de la falsa puerta eran absolutamente inapreciables porque coincidían con una pequeña biblioteca llena de enciclopedias ricamente encuadernadas. Los libros llamaban tanto la atención por la hermosura de sus ilustrados lomos que nadie se fijaba en el hueco de la pared donde encajaban las baldas.

Lo pensó todo sobre la marcha. La despensa que utilizaban como almacén para los trastos viejos era perfecta porque tenía un ventanuco que servía de respiradero. Allí cabían perfectamente una cama, una mesilla y un palanganero con su espejo y su jofaina. Era ideal. Moviéndose con cuidado podía vivir sin demasiados problemas, de incógnito, en el piso de Ibiza y hasta acudir, de vez en cuando, al prostíbulo. Así, pudiendo variar un poco, sufriría menos el agobio de vivir a somormujo.

El Remedios pensaba que Mimí pretendía, burdamente, atrapar a Miguel en sus cuartos, para que estuviera junto a ella. Pero su protegido se dio cuenta de la jugada y le respondió que mejor no, que no hacía falta. De verdad. No quería vivir allí mucho tiempo ni abusar de su hospitalidad. ¡Faltaría más! Pero la realidad era que Miguel no podía fiarse ni de Mimí ni de sus propios sentimientos. Aún le escocía la memoria. Y aunque a ella le había dicho lo contrario por gratitud, para no hacerle daño, no había podido, ni querido, olvidar nada. Además, se dijo, aquel no era el mejor momento para volver a empezar. Su desconcierto interior era rotundo. Ni siquiera sabía si el temor a una nueva relación lo generaba el egoísmo o se comportaba así porque no quería perjudicar a Mimí en esos momentos tan difíciles. Incluso podían ser las dos cosas, dijo para sí. ¡Cualquiera sabía! Pero daba igual. Habían avanzado mucho. Ella con su apoyo y él con su perdón. Lo mejor era dejar que el tiempo corriese y decidir sobre seguro cuando se despejase el horizonte.

Por la roña hacia Dios

Si alguna vez lo tuvo, el Cambio nunca sospechó cuál era su destino. Y mucho menos que fuese Vilajoana quien le ayudase a fraguarlo. Pero lo cierto fue que le salvó el pellejo. Y se lo reconoció. ¿Qué le iba a hacer? Era mejor lo malo que lo peor, recapituló el Remedios.

El anciano nunca le conoció salvo por referencias. Pero dijo que el empresario catalán resultó ser, a su juicio, uno de los actores más miserables y atractivos de la historia que le estaba contando. Debió de ser un pedazo de cabrón con más discernimiento que don Quijote y menos candor que Sancho. Ambiguo como él solo. Y tan camaleónico que, por más que se le escudriñase, era imposible adivinar cuándo iba de so o venía de arre. Y por eso mismo, porque no en vano se suele afirmar que la complejidad es el rasgo más distintivo del carisma, porque resultaba sustancialmente indefinible, incalificable, consideró un personaje a Vilajoana. Estaba seguro, rubricó Remedios el esbozo, de que fue su personalidad perturbadora, el dominio exquisito del arte de la seducción, lo que le permitió conseguir que Mimí le dejara seguir a su lado tanto tiempo a pesar de sus calaveradas.

Miguel tampoco había conocido nunca a nadie tan interesante como ese hombre inteligente, retorcido y canalla que a menudo representaba lo peor del género humano y que, casi siempre, acababa comportándose como una buena persona. Su actitud dependía de que mediasen el dinero y el sexo. El carnal. Porque, a su juicio, los placeres de la carne eran sublimes, superiores a todos los demás. Y decía que si luego, además, la sexualidad se fundía con el amor, pues mejor que mejor. Pero esputaba sobre el platonismo.

Los íntimos le llamaban Jaume porque ese era el nombre que quisieron ponerle sus padres y le negaron en el registro civil antes de bautizarle. El único que reconocía en la intimidad. Nadie supo nunca su edad exacta ni su nivel de estudios, que debió de ser elevado. Y ni siquiera los amigos de Mimí que le trataban en su otro mundo, el de sus orígenes, supieron explicar los avales que abonaban su personalidad.

Antes de la guerra dirigía varias empresas que controlaba la familia de su esposa,

una barcelonesa enamorada que le entregó su fortuna y le perdonaba todas sus trastadas para que no la abandonase. De manera que, hasta el treinta y seis, había sido un empresario rico que encandilaba a cuantos conocía por su enemistad con lo políticamente correcto y las conveniencias sociales. Y, también, porque alardeaba de una personalidad perniciosamente revolucionaria que le llevó, en privado, a experimentar todo. Aunque la excitación le situase en el dintel de la muerte.

Vilajoana solo era un poco más guapo que el común, pero vendía su estampa como nadie. Un toque de pelo oscuro, sérico y ondulado, por aquí. Una nariz livianamente achatada por allá. Esos labios carnosos. Aquella mandíbula romana, con hoyuelo... Todo, bien batido, constituía un cóctel perfecto que él servía frío y convertía en un arma ofensiva de efectos devastadores cuando lo acompañaba de una mirada tan penetrante que le sacaba viruta a los sentidos. Y, encima, aunque la blancura de la piel le confería una decadencia engañosa, remató el Remedios, era fornido y podía satisfacer con plenitud las más severas exigencias de una amante impetuosa.

Como buen dandi, vestía con elegancia siguiendo los cánones de Nueva York y el gusto de Cary Grant. Despreciaba sin concesiones la moda tradicional española, especialmente a quienes iban de Tío Pepe, que era como él definía a los que se adornaban con la capa y el sombrero cordobés. Dominaba el catalán y lo utilizaba para recitar al oído de las damas, cuando empezaba a seducirlas, poemas de Jacint Verdaguer. Luego, cuando hervían, entonaba versos de Joan Maragall y de cosecha propia y meneaba el culo para hacer pil-pil con sus encantos. Pero, eso también había que decirlo, aunque tenía tan arraigada la pronunciación del catalán no se le escapaba ni el más mínimo acento cuando hablaba en castellano.

Hubiera sido un galán más en el Madrid prebélico de no haber tenido fama de ser un gran conversador que, además de controlar un poco de todo, conocía al dedillo la nueva tendencia artística que fascinaba a la intelectualidad. Se había enamorado del arte surrealista porque, como sus inventores, admiraba a Sigmund Freud y porque, gracias a los surrealistas, se había hecho un poco marxista, entre comillas, aunque nunca llegó a militar en ningún partido pues, según dijo, le repugnaban los compromisos.

Sus fantasías dalinianas, aplicadas a las relaciones humanas, especialmente al sexo, fueron las que le llevaron a comprometerse con Mimí. Lo que empezó una noche loca como parte de un contrato comercial se convirtió en algo más profundo que los sueños. La primera vez que se acostaron ella traicionó los favores de un prócer de la República que vivía en provincias. El pagano había acudido a Madrid atendiendo la llamada de la modernidad para defenderla desde el catolicismo más rancio y desde el más absoluto respeto a las relaciones de poder tradicionales. Era un memo. Y cuando viajaba de aquí para allá por cumplir los deberes conyugales y cuidar de sus tierras, Mimí aprovechaba las ausencias para sacarse unos cuartos extras con amantes de jornada bien acaudalados y ajustados a su gusto.

La noche que alternó con Vilajoana en la terraza de verano del Ritz, Mimí estaba convencida de que sería uno más de sus clientes de paso. Pero la cena, las copas y el sexo se salpicaron de dulzuras y atrevimientos, de actos ingeniosos y sorprendentes. Las pequeñas conversaciones que pretendían disimular los descansos amorosos se convertían en duelos verbales apasionantes cuando él intentaba escandalizarla con sus imaginativas proposiciones y ella le abochornaba con el simple relato de sus experiencias.

Ese primer encuentro fue tan excepcional que les pareció muy corto. Repitieron. Y la cita les volvió a parecer tan breve como la anterior. Terminaron buscándose una y otra vez. Y lo hicieron sin renunciar a sus existencias ordinarias. Unas veces esperaban a que el querido abandonase Madrid y otras, cuando el problema era de Jaume, se aguantaban hasta el final de la visita de turno que dedicaba a su mujer en Barcelona.

El deseo irrefrenable de bucear en sus almas para encontrar la raíz de sus pasiones, de imponerse a sus temores más allá de toda certidumbre, unido al ansia de atreverse a dar un paso más, tirando de estimulantes para poner en cuestión todos sus sentidos, los arrastró a una contenida perdición. Aplicaron el surrealismo al arte de la relación entre los sexos. Y de algún modo generaron una dependencia específica, un afecto indefinible.

No eran novios, ni amantes, ni siquiera amigos. Pero se necesitaban y, aunque muy a su modo, se querían. Ignoraban si él pagaba porque ella le cobraba o sucedía al revés. Preferían que fuese así, que la profesionalidad frenase el peligroso avance del cariño. A menudo, sin intención expresa, alertados por un despertador con timbres de asquerosa realidad que descomponía el ensueño surrealista de su relación, optaban por alejarse durante semanas, dejando que fuera don Bendito Azar quien volviera a reunirlos. Y, si el acaso se retrasaba demasiado, cualquiera de los dos se acercaba al otro sin mediar más excusa que su resolución pecaminosa.

Contó el Remedios que la relación de Mimí con don Alejandro y más tarde con Miguel los había separado demasiado tiempo y Vilajoana, ignorante de los hechos, no aguantaba más. Su desaparición inexplicada le confundió al principio y el misterio de la pérdida acabó por desbordar su curiosidad. De ahí que el reencuentro fuese una obsesión.

No podía ser. Nadie sabía de ella. Ni sus viejas amigas, ni los dueños de sus restaurantes favoritos, ni los otros clientes que llegó a conocer. El agujero fue absoluto. Y Vilajoana se habría tirado por una ventana si un accidente, el aquel necesario, no hubiera vuelto a ordenar el caos de la peor manera.

El barcelonés había conocido a Miguel comprando libros de viejo en la cuesta de Moyano. Le atrajeron la viveza y los enormes conocimientos que mostraba el muchacho y acabó estimándole. En breve. Y tanto que, después de algunas charlas en profundidad y un sarpullido de simpatía mutua, germinó en ambos un afecto fraternal.

El empresario pendón, relató el Remedios, le invitó de vez en cuando a cañas y cafés y acabaron haciéndose ese tipo de amigos no íntimos, pero sí recurrentes al de vez en cuando o mejor mañana. Como era de esperar, Vilajoana se convirtió en una especie de hermano mayor en los terrenos donde la experiencia suplió a la ciencia, especialmente en el ámbito amoroso. Y solo fue cuestión de tiempo que el propio Miguel le revelase la desasosegante inquietud de su amor por Mimí, cuyo nombre y condición pasada no desveló por discreción respetuosa y, sobre todo, porque consideró que al empresario no le importaría ni pizca. Las confidencias se fueron enredando y, por fin, Miguel desveló su duda más secreta. Su amada, contó, había sido una cocota de lujo. Nada menos. Y de lujo, lujo. Que no se creyese. Tras enrollarse, había abandonado el oficio por amor y ambos iban a montar un negocio, no sabían si de venta de libros o una tienda de ultramarinos, o una sastrería, o Dios y el diablo sabrían más que ellos. Porque ¡a ver!

Con todo, lo peor era que él, y ahí estaba la cosa, temía el futuro. Unas veces por ella, porque consideraba muy posible que se aburriera de un hombre tan inexperto como él y acabase echando de menos el lujo, la vida de postín y sus locas aventuras. Pero otras, y le dolía decirlo, el temor nacía de su desconfianza, del recelo que le trizaba los sueños. Había momentos en que no podía soportar su pasado e imaginaba que todos los hombres con los que se cruzaba por la acera y le miraban sonrientes lo hacían con ironía, como diciéndole: «Yo también me la follé». Y los celos eran insoportables, le trastornaban. Claro que al final todo iba saliendo bien porque no tenía más que hacer el amor y las dudas se derretían en su vientre acogedor.

Vilajoana pensó que aquello acabaría de mala manera, pero afectuoso, paternal, le aconsejó que se arriesgara, que luchase hasta el fin. ¡Qué otra causa podría merecer mayor sacrificio que la del amor!, dijo sonriente, palmeándole la espalda con alegría. Debía vivir con ella, trabajar en lo que fuese. Aunque, eso sí, lo menos y lo más rentablemente posible, por supuesto. Tenía que tirar para adelante aferrándose al ansia de vivir la vida hasta el extremo. Debía ayudarla a ser tan libre como él. Y a ser feliz. Porque Vilajoana no creía que la felicidad fuese un estado absoluto ni durase eternamente. La felicidad iba o venía como las ganas de comer. Duraba lo que duraba y servía para amar a los seres y las cosas como a uno mismo. Un solo instante de felicidad justificaba la vida del ser más insignificante. Por eso tenía que apostar a fondo. Y por eso, añadió, no debía dudar de ella, y menos de sí mismo. Tenía que reírse de sus temores y debía plantar cara a su destino sonriendo, espetándole un torero «¡aquí estoy yo!» si hiciera falta. Y citando dos versos de *L'air de l'eau* que Bretón había dedicado al marqués de Sade, Vilajoana sentenció: «Como el primer hombre que amó a la primera mujer con toda libertad».

Fue horroroso, enjuició el cronista. Los consejos le duraron mientras fue cosa ajena. ¡El muy cabrón! Cuando valoró el miserable comportamiento de Jaime Vilajoana, le comentó a la muchacha enfurecido, se preguntó hasta qué punto podía el egoísmo arrastrar a un hombre sincero a tanta ignobilidad. ¿O había sido por amor?

Porque eso, cuando menos, hubiera humanizado su actitud imperdonable, aunque, por supuesto, no la justificase. Todo el mundo sabía que por amor se acometen las mayores tropelías y que, junto al poder y el dinero, el deseo explica la mayor parte de los crímenes que en el mundo han sido. Más que *cherchez la femme* lo que había que buscar era *l'argent*. Y si iban de la mano, había que echarse a temblar.

El anciano recordó que en Extremadura había un espléndido refrán que pregonaba: «Donde reina la mujer, el diablo es primer ministro». Pero no fue eso. ¡Quia! Lo que hizo aquel hombre con Miguel y Leonor fue imperdonable, sancionó. Sin paliativos.

Otra cosa es que pasase porque tenía que pasar, ¡cómo no! Un día de esos, después de cerrar la librería, Miguel quedó con Vilajoana a tomar unos barros por el centro. Se habían citado en una terraza de Alcalá, cercana a la Puerta del Sol, y el joven acudió en compañía de don Benito, el Recogío y Mimí. El pendón y la muchacha se vieron de lejos y tuvieron el tiempo justo para valorar la situación y acordar con rapidez telepática un disimulo razonable. Afortunadamente, la teatralidad formaba parte de sus vidas y supieron dominarse. Ella superó la conturbación inicial según se fue acercando, haciendo firme el paso, y él ahogó su sobresalto en la cerveza. Cuando los presentaron, fingieron que no se conocían y engañaron a los demás con su amabilidad.

Jaume quiso conversar en privado con Mimí recurriendo a mil excusas, pero la muchacha se alejó toda la noche. Se mostró tan habilidosa que sus movimientos le impidieron aproximarse. Únicamente en la despedida, cuando se besaron en las mejillas, pudo el examante confiarle su complicidad. La miró profundamente a los ojos, con picardía, y le mostró su convicción de que volverían a verse. La respuesta de Mimí fue tan estimulante como inequívoca. Elogiando el trato del tratante, se dirigió a Miguel y le dijo sonriendo:

—¡Tienes un amigo encantador!

Y Miguel hinchó el pecho como inflan el buche los pichones antes de que les retuerzan el cuello para pelarlos y echarlos al cocido.

Mimí no supo qué hacer. Tenía claro que debía hablar con Jaume. Pero ¿qué le diría? Por supuesto, la verdad. Aunque ¿cómo? ¿Y qué actitud adoptaría en su presencia? Porque no era un simple amigo. En absoluto.

Se estremecía solo con pensarlo, sobre todo cuando lo relacionaba con Miguel. El destino le había tendido una trampa. Pero tenía que desenredar el pasado y el presente. Y solo podía hacerlo enfrentándose consigo misma, encarando su enigma. Le había prometido a Miguel que los dos emprenderían una nueva vida, que construirían otra existencia sobre la ignorancia de lo que habían sido hasta entonces. Él debía olvidar su origen social, la relación destructiva con su padre, su amor por la soledad. Trabajaría como librero hasta que viera la manera de continuar sus estudios. Y ella, bueno, tenía que pensarlo. Invertiría los reales que guardaba en el banco y pondría un comercio. O regentaría una pensión. Algo así. Porque, en tiempos como

esos, ¿quién sabía?

Las incógnitas desasosegaban a Mimí. Y sus interrogantes se bifurcaban formando una hidra cada vez más inquietante, tanto más aterradora cuanto más se encadenaba una erotema con otra, y con otra hasta conformar un estremecedor e indescifrable ramillete de dudas que no podía colgarse de la oreja como cuando era una niña. El pasado reciente se rebelaba, luchaba por la supervivencia. Y ella temía que lo pretérito, sintiéndose traicionado, se transformara en un bandido que más pronto que tarde se le cruzase en el camino, le colocase la navaja en el gáznate de las aspiraciones y, rabioso, le hiciese pagar con creces el precio del olvido. Porque estaba claro. Siempre quedaban cicatrices imposibles de borrar.

Aunque solo fuera por eso, Mimí comprendió que no tenía más remedio que afrontar su vida anterior y encontrarse con Jaume. El picadero del alma le pasaba la factura. Tenía que abrir el cajón de los placeres ocultos donde la razón recogía los deseos secretos y averiguar si podía cerrarlo sin vacilaciones. Era, concluyó el Remedios, como un alcohólico que necesitase beber para saber si había superado su dependencia. ¿Podría emprender su viaje de futuro abandonando ese baúl o lo llevaría con ella a donde fuese, abriéndolo y cerrándolo a discreción? Y cuando se destapasen las ansias de gozar, ¿bastaría con Miguel? Lo quería más que a nada en el mundo, más que a sí misma, se decía. Y deseaba intentarlo. Hiciera lo que hiciese, tenía que ser con él o no lo haría nunca. Ese era su propósito. Y bastaba. O tenía que bastar. Pero temió engañarse a sí misma y, en consecuencia, engañar a Miguel. Tenía que ponerse a prueba. Lo necesitaba. Porque ¿sabría mantener las distancias, escapar de Jaume?, se preguntó. ¿Resistiría?

Jugando con su fuego, cometió la mayor equivocación de su vida. Cuando llamó a Vilajoana por teléfono y quedaron en el piso de siempre, la perdición estaba garantizada. Era un ático que el empresario tenía alquilado para que no se mezclaran sus aventuras amorosas con la residencia oficial, el chalé de Serrano donde vivía junto a la servidumbre contratada por la familia. Ella lo sabía y quiso quedar en otro sitio. Pero él la convenció de que solo allí podrían hablar descarnadamente sin que nadie pudiera escucharles y se alarmara por su conversación.

En la mismísima génesis, Mimí había querido decir no y dijo sí. Mal empezaba, se había dicho entonces. Y así fue. Porque no llevaban hablando ni cinco minutos sobre el minúsculo sofá cuando él le puso la mano sobre el pelo e hizo ademán de acariciárselo. Ella se había apartado, pero el maestro del juego amoroso aprovechó que estaba *distraída*, concentrada en el relato de su relación con Miguel. Y la engañó. Aquel movimiento era para despistar y, cuando retiró la mano del cabello, ya le había dejado la rodilla sobre el muslo y se lo presionaba levemente sin que se diese cuenta.

Mientras Mimí le contaba sus aventuras con don Alejandro y con Miguel, la extraordinaria experiencia de su enamoramiento, Jaume había deshecho las primeras trincheras y avanzaba lentamente sobre un cuerpo cálido que ignoraba estarlo. Poco a poco, mientras atendía sus explicaciones como un solícito confesor, había conseguido

que ella le relatase su vida reciente con la cabeza reposada sobre el hombro. Mimí solo tomó conciencia de su situación cuando Jaume le besó el cuello suavemente después de haberlo templado con su aliento. ¡Pero qué hijo de puta!, se dijo ahogadamente. Estaba utilizando con ella sus propios trucos de zorra.

No pudo parar. Se estremeció. Balbuceó. Intentó apartarse. Sonrojada, descompuesta, trató de levantarse, pero el cuerpo de su viejo amante la dominaba. Sin darse cuenta, había caído sobre la alfombra y comprendió que la diablesa que llevaba dentro le había aconsejado ponerse la ropa más inconveniente para la ocasión.

El donjuán la despojó con destreza, tiernamente, de la blusa de seda perla, luego de la falda rosa con pliegues desplegados que solo se ceñía a la cintura por un lazo y, por fin, de las bragas y el sostén satinado. Solo le dejó los calcetines blancos. Y ella, sofocada, le rogaba que se detuviese, que pensara en Miguel. No podían hacerle esa canallada ninguno de los dos. «¡No seas cabrón!», fue lo último que acertó a pronunciar, entre suspiros. Pero el deseo se impuso a la razón.

No había sido Jaume, no, se había dicho después. Fue ella la que se derrotó a sí misma. No la forzó en ningún momento ni ella lo hubiera permitido. Tenía la personalidad exigida y la fuerza necesaria para haber evitado lo que pasó. Pero no lo hizo. Y lo que pudo haber sido un mero accidente, algo parecido a la satisfacción de una deuda pendiente o el pago carnal de un finiquito, acabó siendo un suplicio. Ambos hubieran querido ser capaces de quitarle importancia al suceso, atribuyendo a la ansiedad o al calor sofocante del cuarto la satisfacción de un instinto primitivo que era fácil de estimular por su anterior relación. Pero no podía ser. Tenían que afrontarlo. El sátiro y la ninfómana, los hipersexuales, que decían los científicos modernos sin atenerse a los dictados de la Real Academia de la Lengua, habían mezclado el hambre con las ganas de comer. Eran unos viciosos sexuales sin enmienda. Auténticos adictos.

Mimí estaba a punto de llorar cuando Jaume concluyó que la sinceridad, aunque doliese, era la única solución. Insensible, le dijo que se había refugiado en él porque buscaba protección contra la incertidumbre. No era tan fuerte como creía. Necesitaba su fallo y su consejo porque dudaba de sí misma. Esa era la verdad. Enamorándose de Miguel se había lanzado a una aventura de horizontes desmesurados y estaba asustada. Sobre todo porque no había podido engañarse, porque no sabía cuánto aguantaría una relación exclusiva de pareja, un trabajo monótono, la vida cotidiana de la gente vulgar que la esperaba.

Vilajoana se sorprendió de su dureza. Pensó que quizás se debía a cierto enamoramiento, al afloramiento de una mala intención inconsciente que pretendía evitar la relación entre ella y Miguel a cualquier precio. Posiblemente, diagnosticó el Remedios, no podía renunciar a Mimí y por eso, aunque pensaba que lo hacía por su bien, la estaba puteando. Pero ¡qué más daba! Con palabras despectivas, el muy capullo le espetó que no la imaginaba cambiando los pañales a un mocoso, ni preparando la comida de un profesor, un cirujano o lo que le diese por ser a Miguel.

Era un chico maravilloso, sí. Pero en medio de una discusión, ¿cuánto tardaría en recordarle que había sido una puta? Si quería seguir con él, había concluido, tenía que continuar siendo la de siempre, dejándose mantener por un anciano rico y disfrutando del muchacho a sus espaldas. O, mejor, montándose su propio prostíbulo de lujo y dirigiéndolo a capricho mientras se acostaba con unos pocos clientes selectos. Como él, por ejemplo. Ese era su único futuro.

La muchacha halló la luz a palos. El precio del deslumbramiento fue la congelación. Jaime le descubrió que estaba condenada, que era inútil, que sería una puta, aunque el universo entero se pusiera patas arribas. El infierno era común a la humanidad, pero si sus buenas obras la llevaban un día al paraíso, seguro que había un cielo solo para fulanas, se maldijo. Se dijo que Jaime tenía toda la razón. Para ser ella misma, de verdad, necesitaba el dinero y el sexo, respirar aires envenenados, la libertad insana y salvaje del pecador sin remedio.

Sí. Jaime tenía tanta razón que decidió cobrarle el servicio. Y al doble del precio habitual. Una parte, la de siempre, por el goce físico. Y el resto, por el puteo. Después de todo, le parecía evidente que el canalla había disfrutado de ambas cosas por igual.

La Mimí de antes de ese encuentro hubiera podido despedirse con una sesión loca, de lujo, sin cobrarle un duro. Por el mejor adiós. Pero la Mimí que acababa de alumbrar la deshumanizada lucidez de Jaime no tendría corazón para ningún hombre que no fuera Miguel. Y así se lo juró a sí misma. Por aquellas.

A Miguel le pareció alucinante que Vilajoana y la Mimí, después de la que le habían jugado, fueran sus ángeles de la guarda. ¡Mandaban ovarios!, despotricó. Cuando volvió a Madrid, le había dicho al Remedios, hizo balance de todo lo que había sucedido desde que se refugió en la casa de las Artajo. Y se espantó. ¡Todo era tan distinto siendo igual!, se dijo. ¡Qué desastre!

Su vida era como la capital de España, pensó para evadirse. ¿Quién le iba a decir que la ciudad seguiría siendo aquel vertedero de la historia en que la convirtió la guerra? La paz ni siquiera le había cambiado la fachada. Pasaron más de dos años y la paz ni siquiera le había remozado la fachada. Era una inmensa cloaca, la oquedad apenas disimulada de lo que había sido antes de que empezara el conflicto. ¿Qué había sido del rompeolas del librepensamiento y la modernidad que había representado en todos los ámbitos de la inteligencia?, le dijo al Remedios que se había preguntado entonces.

Los bombardeos habían sembrado en los corazones madrileños una mala hierba indestructible. Y las ruinas, el barro, la podredumbre generalizada dieron cobijo a las ratas de cuatro patas que conseguían escapar de los voraces roedores de dos pies. Había tristeza en las miradas. Los seres penaban por sí mismos. Se imponían la arrogancia miserable de los empobrecidos vencedores y la exagerada grandilocuencia de los chivatos encorbatados, los militares cutres, los señoritos golfos. Los gerifaltes estraperlistas y los nuevos ricos barriobajeros, amparados por los sórdidos y alevosos pistoleros falangistas, ostentaban sin nocturnidad su inmisericordia y se jactaban,

chulescos, del fruto de sus desmanes. No podían ocultar, sin embargo, que simbolizaban la pequeñez de miras de una patria patrimonial, suya o de nadie, de un imperio costoso que se arraigaba en la sarna. «Por la sarna hacia Dios», ironizó Miguel. Y vociferó la divisa guturalmente, entonándola con los labios cerrados. Como si asistiera a un alarde patriotero del fascismo nacional.

Entre los escombros culturales, el cambio de las arterias rebosaba tiña. ¡Cuánta originalidad! La Gran Vía era de José Antonio. La Castellana, del Generalísimo. El paseo de la Reforma Agraria, la calle Alfonso el Doce. Y Alfonso el Trece ocupó la avenida de Carlos Marx. La calle de Mateo Morral volvía a ser de Mayor. Y la plaza de la Constitución se hizo Mayor. Hasta el Conde de Peñalver sustituyó a Torrijos, aquel fusilado a fuer de liberal que se rebeló contra Fernando el Séptimo cuando los liberales eran progresistas de verdad, revolucionarios casi. La gente, cuando la República, comentó el Remedios, había cantado por las calles, con la música del *Himno de Riego*, aquello del «si Torrijos murió fusilado, no lo fue por cobarde y traidor, que murió con un sable en la mano defendiendo la Constitución». Y, en fin, concluyó Miguel, que el bulevar del mismísimo Riego acabó siendo Batalla de Brunete. Y calle de la Reina Victoria la de Pablo Iglesias. Y de Oriente la plaza de la República. Y, bueno, a qué decir más, sino que Vilajoana le contó a Miguel que por muy poco no se había hecho realidad la propuesta del concejal Lafarga de construir en el centro de Madrid un monumento a la victoria que rodeasen el museo de la Revolución, el hogar del Cautivo y las casas del Combatiente y del Mutilado para que no faltasen en su entorno ni valientes tuertos, ni tullidos de heroica condición. Para que viese.

Pero hubo algo peor. El falangista de cuño reluciente le contó que unos insensatos habían proyectado cuando acabó el conflicto, y que no se espantase, nada menos que la construcción de una Fachada Imperial, así, como sonaba, aprovechando la natural del Manzanares. Querían dar continuidad a la Almudena y el palacio Real edificando en el asolado Cuartel de la Montaña una Casa del Partido en cuyo interior se habilitase un patio que pudiera acoger una división de dieciocho mil falangistas. Sería una vía monumental especialmente trazada para realizar desfiles. Y uniría ese frontal del sur con el cerro de Garabitas, donde se elevaría un faro de trescientos metros de alto y el monumento a los Caídos. Sí. El que luego construyó Franco en el valle de Cuelgamuros, el de la cruz más grande que se ha erigido nunca en el mundo cristiano. ¿No se había fijado? La que se veía desde la carretera de La Coruña antes de subir a la sierra del Guadarrama.

Con el mismo estilo, añadió, se había querido materializar una vía del Imperio que diera comienzo en un nuevo puente sobre el Manzanares y en la que confluirían las carreteras de Cádiz, Toledo y Portugal. La avenida desembocaría en una majestuosa plaza de Atocha y se prolongaría, con el nombre vía de Europa, hasta más allá de la Castellana.

Pero que no se confundiese. Aquello no fue un disparate imperial que imaginaron

unos pocos fanáticos. ¡Quia! Lo habían diseñado los grandes arquitectos del nuevo régimen creyendo que Franco pretendía imitar a Hitler y pensando que tenían que recurrir a la piedra e incluso a «la falangización de la masa roja ladrillar», como decía el gran Ernesto Giménez Caballero. Pero nada. Había empezado la Segunda Guerra Mundial, reflexionó el Remedios, y el Caudillo, que no se fiaba ni de su sombra, quiso marcar distancias. Por si acaso. De modo que, con motivo del primer aniversario del día de su victoria, el uno de abril del año cuarenta, aprobó un decreto que ponía tierra de por medio. Y ordenó que se levantase, según entrecomilló, un lugar perenne de peregrinación en que lo grandioso de la Naturaleza pusiera un digno marco al campo en que habían de reposar los héroes y mártires de la cruzada donde las piedras tuviesen la grandeza de los monumentos antiguos, desafiasen al tiempo y al olvido y constituyesen un lugar de meditación y de reposo en el que las generaciones futuras rindiesen tributo de admiración a quienes, sacrificando su vida, les legaron una España mejor. Lo dijo de un tirón porque se lo había aprendido de memoria. Quería, comentó sin abochornarse, hacer méritos entre sus nuevos camaradas. Y, en fin, ahí lo tenía.

Miguel pensó que era el mejor ejemplo de la purulencia moral que sufría la capital. Y lo demás, explicó al Remedios, pues eso. Había escrutado el ambiente y concluyó que bueno, que desde Felipe Segundo había putas en la plaza de la Morería y que allí seguían las pobres. Y en las Soleras, junto al convento de San Felipe el Real. Al lado de las verjas del Botánico, donde acudían las mujeres más pobres y, al grito de «¡échale ropa!», las pajas a dos dedos que les hacían a los clientes miserables, las de dos pesetas, pasaban a ser de cuatro, pero a mano llena. Hasta los prostíbulos y los bares de alterne eran iguales con distintos nombres. Como el Pasapoga. O como Cock, el reservado de Chicote. Hasta el Satán republicano se llamaba ahora el Tarzán. Y aunque habían cambiado los dueños, continuaba el mismo mal rollo.

¡Qué tiempos de caspa y mugre!, se decía entonces Miguel escuchando la radio y leyendo los periódicos de a quince céntimos y las revistas de casi dos reales que le llevaba Mimí. Aquellos *Avance*, *Marca*, *Fotos*, *Vértice*. Y los recién creados *Pueblo*, *Semana*, *Mundo* y *Primer Plano*. Lo habían españolizado todo. Especialmente lo que oliese a ruso. Hablaban y escribían de la ensaladilla nacional y del helado patrio. Y modificaban lo que sonaba a inglés o a francés. Aunque menos. Jeriñac, balompié, saque de esquina...

Para Miguel era insufrible, por ridículo. Mimí le contó que hasta la selección española de fútbol cambió la tradicional camiseta roja por otra de color azul. Y el saludo fascista se hizo obligatorio en los toros y en el boxeo. Los púgiles, por supuesto, lo hacían con los guantes quitados para que las manos no parecieran puños. Y el himno nacional se emitía incluso en los descansos del cine, cuando cambiaban la cinta del proyector. Resultaba insoportable. Por salvar, Miguel ya no salvaba ni al Atleti, el equipo con el que había simpatizado desde que ganó la liga en el cuarenta,

detalló el pundonoroso relator.

El nacionalismo español hizo estragos, pero le sirvió a Franco para tapar la crisis de verdad, la de la falta de trigo, de petróleo y de moral en su doble sentido. El estraperlo de neumáticos resultaba patético, pero no tanto como los coches de gasógeno que intentaban paliar la caída del suministro de gasolina por parte de los Estados Unidos. El «gasna» de marca se alimentaba con carbón y para calentar los motores también se recurría al sarmiento, la jara y la retama. Incluso a la cáscara de avellana. ¡Pobre España!, decía Mimí cuando leía la prensa. Y Miguel, pensando en el contraste de las niñas con sus Mariquitas Pérez y los muchachos que jugaban a la rana con los cráneos desenterrados por las bombas en el Campo de las Calaveras, respondía: «¡Que le den por culo a España!».

Veía allí a Vilajoana, despatarrado en el sofá, y se le calcinaban los cojones. Exponía groseramente los correajes y sus botas relucientes, la acharolada funda de pistola, el pelo engominado y aquel bigotito delineado sobre los labios que solo caricaturizaba su empolvado rostro. El muy petulante lucía hasta una manicura de vedete.

Contra su voluntad, espoleado por la nostalgia del tiempo en que le tomó cariño, Miguel le preguntó un día por qué lo había hecho. Se lo dijo así, mirándole directamente a los ojos y desparramando después la mirada, despectivamente, por todo su cuerpo uniformado. «Porque hay que vivir», le respondió. Simple, contundentemente. Y como apreció el desprecio que expresaron los labios retorcidos de Miguel, se inclinó, miró al suelo y levantó la voz. «Me lo recomendó el obispo», dijo. «Si no lo hago, me matan».

¡Hombre, si la decisión estaba bendecida...! La risa helada de Miguel le destempló las tripas. Pero él no era, dijo, un falangista cualquiera. Tenía responsabilidades. El Cambio insistió. Era un traidor que había renegado de los suyos y pisoteaba sus propias ideas. «Yo no he matado a nadie», replicó sin convicción. Y un mal pensamiento pareció recomponerle. Levantó la mirada. Sonrió. «Piensa que no te he denunciado». Aunque el tono no resultó amenazante, Miguel tomó nota. Si no podía fiarse de quienes quería, con mayor razón desconfiaba de los demás. Y Vilajoana era de los demás desde hacía mucho tiempo.

No tenía remedio. Siempre fue un señorito. Culto, pero señorito. Y, claro, no iba a renunciar ahora, en la posguerra, a la satisfacción de sus placeres. Total, por medio millón de muertos más o menos tampoco era asunto. No iba a renunciar al café azucarado por el garrofín con sacarina o cambiar la calefacción central por los braseros de orujo para que le salieran sabañones. Ni estaba preparado, por favor, para las cartillas de racionamiento y las tarjetas de fumador, aunque también las usaba, por abundar. Salvando su amor por Mimí, siempre fue un hombre de querida con turbante y zapatos topolino, de piernas pintadas con Pankelín satinado y, cómo no, con su preceptivo abrigo de visón. Mucho surrealismo, mucha admiración pasada por la URSS y mucha leche en polvo, se dijo Miguel, pero la verdad era la que era. Nunca

había dejado de ser un puñetero burgués de los de siempre.

Vilajoana andaba crecido, más por el caos que había vivido la izquierda que por la victoria de Franco, y se atrevió a replicarle que todos los políticos eran iguales, que iban a lo suyo, a por el poder. «Son una mierda», proclamó. Si creía en ellos, le espetó, es que era el más tonto de los tontos. Todo el mundo, cada miserable ser humano, se movía en defensa de sus intereses. ¿O qué se había creído? Si pensaba que los hombres tenían solución, es que era gilipollas. «No tenemos remedio», afirmó. «Llevamos el lobo dentro».

Pero a ese Miguel que pensaba casi lo mismo, por desengañado, le brotó la vena sensible del ángel que también llevaba dentro, esa chispa que distingue al ser humano de los demás animales. La vieja rebeldía, hecha sentimiento, se le salió de madre. ¿Y la razón?, preguntó. El ser humano, aunque fuera por egoísmo, había avanzado como especie. El ser humano, cuando no le faltaba lo básico, aunque fuera por egoísmo, disfrutaba más compartiendo que acumulando. El hombre, aunque fuera por egoísmo, había desarrollado las leyes que, defendiéndole, defendían a los demás. Lo único que los hombres y las mujeres no habían desarrollado suficientemente eran el reparto y el control del poder. Cuando el hombre fuese capaz de crear tantos contrapoderes como poderes había en el mundo, proclamó, daría gusto vivir.

Vilajoana apreció en Miguel cierta grandilocuencia que insinuaba descreimiento y volvió al ataque. ¿La razón?, repreguntó él con calambur. La razón, replicó, había engendrado los peores monstruos, como dijo Goya. Después de todo, ¿Napoleón no había arrasado Europa en nombre de la inteligencia? ¿Los Reyes Católicos y los conquistadores no habían destruido América en nombre del raciocinio? «La razón vive de la conveniencia», decretó.

Miguel dudó un segundo. Se negaba a rendir la plaza y el instinto de supervivencia en los debates acabó imponiéndose. ¿Y lo que había construido la razón en favor de los hombres? ¿Y la grandeza de los actos en los que el raciocinio se fundía con el sacrificio y los hombres eran capaces de entregar su vida, que lo era todo para ellos cuando no creían en Dios, solo por sus ideas emancipadoras, porque pensaban que no había solución si no era para todos y con todos?

El Cambio se sorprendió a sí mismo por experimentar ese apasionamiento inesperado. Mantuvo el ceño fruncido como si lo dicho formara parte de sus convicciones más profundas porque Vilajoana pareció ceder o, cuando menos, dejó de discutir. Quiso resultar más contundente y pegó un puñetazo en la mesa. Pero se echó a reír por dentro sin modificar por fuera la expresión de rotundidad. Supo que había removido su alma buscando argumentos que le permitieran ganar la discusión, pero descubrió que podría rebatir sus propias tesis con idéntica firmeza. Y entonces pensó que lo único cierto, lo definitivo, eran sus incertidumbres. Porque, en contra de sus sueños, dudaba que el ser humano tuviera remedio y no acabara autodestruyéndose.

Pero esa era la diferencia con Vilajoana, se dijo. Que dudaba. Y que sus dudas le

distinguían del arrogante falangista, asentaban su respeto por la humanidad, su distanciamiento del nacionalismo racista, del espíritu destructivo, de la elevación del irracionalismo a la divinidad y de esa cobardía moral de los fascistas que, lamentablemente, también había descubierto en los falsos comunistas, los seguidores de Stalin. Él, se dijo, no estaba en contra de los hombres por más veces que le dieran por ya se sabía dónde. Él, Miguel, era un hombre. Con todos sus defectos. Pero un hombre. No una fiera.

Quizás por eso, dijo el Remedios a Alicia, porque no era un animal como decía Kirk Douglas en el *Espartaco* de Kubrick, ¿recordaba?, ¡menudo películón!, el Cambio le confesó a Mimí sus intenciones desde el primer día. No quería que se hiciera ilusiones. Su objetivo solo era uno. Si deseaba ayudarle, lo que tenía que hacer era conseguir información que le permitiera realizar un buen atraco. Lo que fuese. Un banco, una caja fuerte, un furgón, lo que diera más dinero. Sin importar el riesgo. Porque lo sustancial era que el golpe le consiguiese el peculio suficiente para huir del país. Por Portugal, claro. Lejos de esa puñetera guerra mundial que se libraba más allá de los Pirineos. ¡Que se matasen ellos!, había despotricado. Porque, cuando acabó la guerra civil, Stalin tardó solo seis meses en pactar con Hitler, el gran enemigo, la bestia negra que ayudó a Franco a conseguir su sangrienta victoria. La conveniencia enterró el antifascismo. Y ahí estaba la Pasionaria escribiendo artículos demoledores contra Francia y Gran Bretaña, esas perversas naciones burguesas. Nada sobre el nazismo. Cosas de la táctica. Si lo decía el camarada Stalin, por algo sería. Y bien dicho estaba. ¡Majaderos!

Otra vez el maldito «por algo será», dijo el Remedios. Eran como los del otro bando con el «si Dios lo quiere». En eso, iguales. Pero él, Miguel de Génova, no fiaba en nada ni nadie. ¿Ídolos? Muchos de los mejores poetas del siglo veinte habían enaltecido el estalinismo a sabiendas de las atrocidades que se cometían en los procesos de Moscú. ¡Pero qué tiempos eran aquellos en los que los poetas callaban so pretexto de no perjudicar la lucha contra el enemigo supremo, el fascismo, y siguieron callando después, cuando se pactó con ese mismo supremo enemigo!

¿Y las banderas? ¡Malditas banderas! Eran pedazos de trapo que dividían a los hombres y protegían a los poderosos de sus engañados seguidores. Vestían a los amos y los acorazaban para que pudieran defenderse de sus propios pueblos. Al final, aclaró el Remedios, solo sentía cariño por la bandera roja. Porque era internacional, la de todos los trabajadores del planeta, la que representaba el sueño de conseguir un mundo sin clases, en el que ningún hombre pudiera explotar a otro. ¡Cómo le había emocionado cuando empezó a luchar! Pero ahí estaba ahora, desprestigiada por el desvergonzado ejemplo del comunismo estalinista, arrumbada por sus propios presuntos defensores. Él, como tantos, también se había quedado sin bandera.

Bueno. Y también se encariñó con la tricolor republicana. Porque más tarde valoró cómo la respetaban sus sacrificados compañeros de guerrilla, la devoción que sentían por su franja morada. Y, chica, a qué engañarla. Sobre todo, porque

simbolizaba la generosidad y la capacidad de resistencia de los seres humanos. Sin distinción de credos, ni razas, ni fronteras. Era la bandera de los perdedores como él. O como todos.

Pero entonces, tras volver a Madrid, no le quedaba nada. Ni los seres más cercanos eran una referencia estimulante, vital. ¿Su padre? Aunque había cambiado, no podía quererle. ¿Los Piteras? Seres amados, pero lejanos. ¿Don Benito Gorostizaga y doña María Manuela Artajo? Eran buena gente, pero de otro mundo. ¿Mimí? La imposible. Representaba el pasado hiriente, la memoria del engaño, lo más imperdonable.

No quedaba ni el aliento sobre el cristal de los seres que quiso. Libertad y el Recogió muertos, el Remedios perdido no sabía dónde. Pere Cargol huido, combatiendo quizás contra el nazismo, en Francia o donde le hubiese mandado el Komintern. Sombras sobre sombras.

Por eso tenía que empezar de nuevo. Y lo más lejos posible. En el Perú quizás, como el primero de su estirpe. Lo tenía muy claro. Pero fue lo único que le ocultó a Mimí. Quería romper todos los lazos. Volver a empezar. Aún se mantenía joven, aunque le supurasen los chirlos interiores. Solo tenía veinticuatro años. Podría vivir dos vidas más. Dos buenas vidas.

El botín equivocado

Ocurrió el primer lunes de febrero del cuarenta y uno, mucho antes de lo que Miguel esperaba. La eficacia de Mimí fue fulgurante, de cuadrarse los machos. Ella misma se encargó de atender sexualmente a algunos clientes de postín para obtener información privilegiada. Sedujo a un puñado de políticos, estraperlistas y militares. Y el esfuerzo, por obligado, le resultó desagradable. Además, no solo le envenenó la sangre a Vilajoana. A Miguel, celoso, tampoco le gustó una pizca. Pero aparentó desinterés y, por narices, tuvo que tomárselo como si no fuera con él. «Solo faltaría», proclamó el Remedios. Y removió el culo, más mental que físicamente, ante una Alicia que todavía se estaba desperezando.

El Cambiao nunca supo ni quiso saber cómo averiguó los datos. Aunque, a tenor del resultado, Mimí debió de lucirse. ¡Qué no habría hecho para salirse con la suya!, había deducido, mosqueado. Pero se la tragó doblada. Se calló. ¿No decía que ya no representaba nada para él? ¿No estaba haciendo lo que él le había pedido? Pues eso, atestiguó el Remedios con su pelín de mala leche. Si le habían molestado aquellos grititos de placer que atravesaban la puerta del escondite, el falso tabique que le separaba de su habitación, no tenía más remedio que joderse. O, para mitigar la rabia, engañarse a sí mismo imaginando que los había dado con los ojos cerrados y pensando en él.

El incontinente relator añadió que Mimí había exprimido a un general de intendencia tan laureado que en la cama, sin medallas, parecía un pollo desplumado y presto al guiso. Durante dos horas lo sometió a tales requiebros placenteros que en lugar de gemir berreaba como un venado agónico. Salió del cuarto tan contento que se despidió saludando con un taconazo y gritando olé en vez de adiós. Después se encajó la gorra de plato hasta las cejas, alzó el mentón y, al bajar del cuarto, ni vio los escalones. Cayó por las escaleras sin desgraciarse, pero se fue del palacete renqueando mientras los presentes contenían la risa para no provocarle. Por si un aquel, se dijeron. Porque llevaba pistola y era sabido que la había usado más contra los suyos que contra sus enemigos.

Cuando Mimí recibió a Miguel en su cuarto todavía tenía sonrojadas las mejillas. El refugiado contuvo un gesto de desprecio que se le escapaba y con el que, sin saberlo, pretendía ocultar la rabieta de los celos. Sonrió de mala gana y ella se dio cuenta. Le miró como diciéndole que la culpa era suya. Y luego, en voz alta, le explicó el descubrimiento. Cuando le adelantó que el asunto no era fácil, pero podía conseguirlo con un poco de ayuda, Miguel la interrumpió. Lo que tuviera que hacer, lo haría solo. Y si no podía, pues a otra cosa, mariposa. «Tú veras», dijo ella.

Lo vio mal, muy complicado. Pero solo fue cuestión de darle un par de vueltas, dijo el Remedios. Total, se chuleó a sí mismo, solo eran un tren con máquina de vapor y tres vagones, una caja fuerte con la paga de todos los oficiales de Extremadura y Salamanca y un pelotón con su alférez al mando.

Le alumbró un chispazo. Había un sitio donde el convoy se detendría un buen rato porque debía partirse en dos o dejar una parte de su carga. Era el empalme de Palazuelo, junto a Plasencia, el que unía las vías de Cáceres y Badajoz con las de Salamanca. Así que ya estaba, se dijo. Contaba con todo lo necesario. Tenía el lugar perfecto para el asalto, las armas y, lo más importante, sus cojones. Le sobraba de todo.

Lo preparó con detenimiento. Sobre el terreno. Conocía muy bien la estación de Plasencia-Empalme porque los padres de un guerrillero que estuvo a sus órdenes vivían allí desde hacía más de doce años. Era más. Allá por el treinta y ocho le habían dado refugio en su domicilio junto al hijo y otros dos soldados de su agrupación. El muchacho, a quien apodaban el Nene, por su juventud, acabó siendo fusilado.

Iba con él cuando le cazaron. Le descubrieron atravesando el frente por un paso secreto de Logrosán. Se acordaba muy bien de él por su mala suerte. Los nacionales le dieron el alto en medio de la oscuridad. «¿Quién vive?», le preguntaron. Y dio la contraseña de la semana anterior. Dijo: «¡Aniceto!». La respuesta fueron varios disparos de mosquetón que alcanzaron al muchacho y a otro más. Iban en fila india por una vereda y los primeros salvaron al resto. Uno de ellos murió de inmediato y al Nene le dieron en una cadera. Fue una de esas circunstancias que más odiaba Miguel. El Remedios le recordó a una estremecida Alicia que hizo fama por no dejar heridos a sus espaldas. Pero en esa ocasión no tuvo más remedio. «¡Corra, señor, corra!», le gritó el propio chaval, animándole a huir. Y lo hizo llorando de rabia.

Unas semanas después, según le contó el propio Miguel, fue condenado a muerte por auxilio a la rebelión en un juicio sumarísimo que se celebró en Cáceres. Y a finales del treinta y ocho lo fusilaron junto a otros dos valientes, lo colgaron de sus hombros para que no muriese sentado en la silla de enea que le colocaron junto al paredón. Si tenía que caer, debieron pensar, que lo hiciese de pie, como el soldado de la República que era.

Tenía solo dieciocho años. Se llamaba Carlos Santos. Acudió al ejército leal como voluntario de las Jotaeseú y ayudó mucho en las infiltraciones de la agrupación porque se conocía al dedillo los pasos de las sierras de Miravete y las Corchuelas y

porque, una vez superado el puente del Cardenal, era de los pocos que sabían guiar a los comandos, con precisión, por las veredas abiertas entre los alcornocales que conducían hasta Malpartida de Plasencia y otros pueblos. El Cambio elogió el hecho de que su atrevimiento juvenil, en lugar de suponer un problema, fuera el complemento perfecto de su valentía. Aunque era un crío, aseguró, siempre destacó por su eficacia.

La familia demostró desde su muerte una extraordinaria capacidad de aguante. Y Miguel confiaba en que los Santos siguieran todavía allí. Aún recordaba el buen trato que le dieron y la firmeza de sus pensamientos republicanos. En realidad, eran el prototipo de los ferroviarios españoles, siempre fieles al socialismo. Allí, en el empalme de Palazuelo, el Pesoe arraigó solo dos años después de que Pablo Iglesias lo crease. Los socialistas llegaron con los aventajados trabajadores que construyeron los primeros barracones de madera por el mil ochocientos ochenta y uno. O sea, cuando se fundó la empresa que tendió la línea férrea entre Madrid, Cáceres y Portugal, la MCP. Poco después, coincidiendo con la construcción del ferrocarril Ruta de la Plata, que se movió entre Plasencia y Astorga, se edificó un empalme para conectar esa vía con Madrid. Y ahí quedó la cosa.

Entre el trece y el treinta y seis del siglo pasado, siguió chachareando el anciano sin tener en cuenta el cansancio de Alicia, se levantaron una treintena de casas de dos plantas y once grandes pabellones de piedra y ladrillo, con tres alturas, en los que vivían más de ochocientas personas. Y la raíz socialista se expandió. Por eso, hasta el treinta y nueve, el empalme había sido un auténtico nido de colaboradores republicanos. Pero Miguel pensaba que entonces, en el cuarenta y uno, con la guerra de por medio, cualquiera sabía.

No quiso dudarle. Viajó hasta el poblado afirmando ser el hijo de una de las cinco hermanas que tenía doña Rosa Paz, la madre de Carlos. Le echó un revuelto de cojones con morro y se presentó directamente, vestido con traje y corbata negros, en el cuartelillo de la guardia civil. Se quitó el sombrero, también negro, dejó en el suelo la maleta de madera con las equinas reforzadas de acero y, aunque lo sabía, le preguntó al cabo del destacamento, con tanta frialdad como exquisita educación, que dónde vivía la mujer. Quería informar a su tía, en persona, del fallecimiento de su madre, que era decir el de su hermana.

Hizo ese teatro porque se marcó el objetivo de que nadie sospechase de él mientras tomaba notas del movimiento de los trenes. Y le salió de libro, como dicen que se dice, según contó el Remedios. El cabo no solo no le pidió la cédula de identificación personal, sino que encargó a uno de sus guardias que le acompañase hasta el piso.

El susto que se dio doña Rosa cuando abrió la puerta y, tras reconocerlo allí mismo, le vio acompañado por un hombre uniformado, fue de los que siembran los pies en las baldosas. Pero enseguida se dio cuenta, por las sonrisas y la explicación inmediata del guardia, que se trataba de un truco. Por si acaso, le siguió la corriente.

Hizo como que no le conocía y participó en el engaño cuando la llamó tía y besó sus mejillas.

Pasado el trago inicial, el exguerrillero pidió ayuda sin revelar sus intenciones. Cuanto menos supieran doña Rosa y los suyos, menos problemas tendrían, discurrió. Pensaba ejecutar su plan de manera que nadie pudiese relacionarlo después con el presunto sobrino y evitó hacer cosa alguna que pudiera provocar la adopción de represalias contra doña Rosa y lo que le quedaba de familia. Porque ella misma le contó, apoyada en el desgastado mantel de hule de la mesa del comedor, que solo habían sobrevivido al conflicto una de las dos hermanas de Carlos y el hermano pequeño, Benjamín, que era quien alimentaba a la familia trabajando de factor en la estación, aunque solo tenía diecisiete años.

Alicia tenía que oír la cosa tan retorcida que les pasó a los Santos. Doña Rosa comentó que seguían en el piso porque, aunque Carlos murió defendiendo a la República, el hermano mayor, su Tomasín, quién lo iba a decir, se hizo falangista y luchó con los nacionales. Murió en el Ebro y el director de la estación, para ayudar a la familia, colocó a Benjamín en la empresa con el argumento de que, por ser el pequeño, no le había afectado todavía la ponzoña política. Era inocente porque, dadas las influencias que había recibido por parte de sus hermanos, lo mismo podía salir a los azules que a los rojos. Y había que darle una oportunidad.

Aunque su madre le exigió que olvidase la política, que huyera de ella como de la peste, Benjamín, por supuesto, brotó rojillo y creció colorao. Había visto lo que hacían los falangistas durante la guerra en la retaguardia y le aterrorizó lo que siguieron haciendo después de la guerra. Para consolarse, soñaba que su hermano mayor, el falangista, de no haber muerto, se habría opuesto a todas las atrocidades. Porque su padre, antes de morir de tuberculosis en la cárcel de Plasencia, le juró por su abuelo que los mandos falangistas habían engañado al bueno de Tomás. Su hermano creía estar haciendo bien porque siempre fue muy religioso. Y lo que pasó fue que cayó en la trampa de la falsa propaganda anticomunista pregonada por los fascistas y los curas. Solo eso.

Doña Rosa, superando sus miedos, le acogió sin hacerle preguntas ni siquiera cuando descubrió que iba armado. Sabía que fue guerrillero y pensaba, equivocadamente, que seguía luchando con los del monte. Le siguió el juego. Y de ese modo, el primo Miguel, como le llamaban, pudo enterarse de los entresijos del pueblo, de las costumbres de sus habitantes, de los horarios de los trenes y hasta del funcionamiento de los muelles de las mercancías. Es decir, de todo lo que necesitaba.

Cuando se fue, despidió educadamente a todas las fuerzas vivas y, agradecido, dejó un sobre escondido en la alhacena de doña Rosa con un puñado de billetes. El beso de despedida que le dio a la mujer iba cargado de lágrimas secas, pero auténticas. Fue como si depositara en sus mejillas pétalos marchitos de su pasado feliz.

Volvió días más tarde, dispuesto a asaltar el tren cuando amaneciese. Cabalgó en

mula desde Plasencia y se detuvo donde la carretera de Trujillo cruzaba las vías del ferrocarril, justo en las afueras del empalme. El horizonte carmesí de las dehesas, salpicado de encinas, se decoloró lentamente y el tenue manto rojo, aloque como un buen tinto, encendió los cerros azules. Se emocionó. La alborada le pareció una señal y se miró las palmas de las manos creyendo que su contemplación le permitiría adivinar el futuro inmediato, pero solo vio el contorno de los dedos porque la oscuridad seguía siendo la dueña de lo próximo.

Asomó a la estación por el este, con el tiempo justo para ver llegar al tren. Y ahí, justamente, se llevó la primera sorpresa. El convoy apareció por el oeste. Dedujo que venía de Cáceres. Es decir, iba en el sentido contrario al que el general le había dicho a Mimí. Sin embargo, el resto de los datos coincidía. Dedujo que la información seguía siendo buena y siguió adelante. Quedaba claro que el dinero no iba ni para Cáceres ni para Salamanca. Viajaba hacia Madrid y no adivinaba la razón, pero le dio igual. Fuese donde fuese, nunca llegaría a su destino.

Se apretó la trinchera verde con la que cubría las armas y una gruesa cadena y corrió hasta situarse entre la casa del guarda y los primeros pabellones. Se escondió entre el enorme eucalipto y la densa higuera que ocupaban el final del dique tras cortar el cable del telégrafo que se cimbreaba sobre su cabeza. Y, finalmente, procurando que no le viese la mujer del guarda por la ventana de la cocina, donde ya estaba preparando el desayuno, se dispuso a subir a la máquina sorprendiendo al conductor y el fogonero.

Miguel había estudiado los tipos de locomotora de vapor que sobrevivieron a la guerra. Especialmente los modelos que no arrastraban grandes trenes, pero podían hacer servicios como el anunciado por el general. Y ahí estaba justo la máquina que pensó que sería la elegida porque, además de que su conductor estaría acostumbrado a hacer el recorrido entre Madrid, Cáceres y Portugal, pertenecía a la recién inaugurada Red Nacional de Ferrocarriles Españoles que el común conocía como Renfe. Repasó sus notas mentalmente. Era una Oeste nueve de Carro, de las fabricadas por la Sächsische Maschinenfabrik, en el ochenta del diecinueve, para la compañía Madrid-Zaragoza-Alicante. El morro y la chimenea estaban pintados de negro, los bajos protectores de las ruedas centelleaban su rojo chillón y un empolvado verde oliva, casi terroso, oscurecía el informe conjunto de la locomotora y su tender.

Escudriñó el ferrocarril. Los dos primeros furgones de carga iban revestidos de madera. Se comunicaban con el remolcador y entre sí mediante diminutos pasillos metálicos en los que apenas cabían dos personas. Y el coche de pasajeros que cerraba el convoy era uno de aquellos de tercera clase que construyó la compañía auxiliar de ferrocarriles de Beasáin a la MZA en mil novecientos doce, famosos por la incomodidad de sus insufribles asientos de madera listada. Cuando montó muchos años atrás en esos viejos trenes, comentó el Remedios, el único encanto que tenían eran los balconillos enrejados que llevaban de cola. Pero en esa ocasión solo había uno, el del último vagón. Y a Miguel no le gustó ni pizca. Fue una putada añadida

porque el alférez lo aprovechó para apostar un vigía.

La máquina resopló como un dragón. Se había detenido unos metros antes del apeadero y Miguel comprendió que el convoy no se dividiría como le dijo Mimí. La locomotora, dedujo, se limitaría a repostar agua en el viejo depósito situado entre el edificio de viajeros y los bloques del barrio antiguo. Estaba seguro. Y rehízo su plan sobre la marcha. Cuando arrancase, se dijo, la caravana lo haría con lentitud. Y pasaría a su lado por obligación. Lo mejor era no moverse de allí donde estaba.

Desenroscó la cadena que llevaba cruzada en la cintura y se limitó a esperar detrás del eucalipto. Apoyó la mejilla en el tronco pelado a tiras y la madera endurecida por el relente le pareció lijada, suave como el mármol y casi igual de fría. Asomó el ojo derecho cuando el conductor hizo sonar el silbato y se aprestó a ejecutar su propósito sin que los fallos de información variasen su ánimo resuelto.

Saltó al rellano de la locomotora con tanta agilidad que el maquinista y el fogonero no supieron reaccionar. Les apuntó con la Luggier y los apartó junto al montón de briquetas de cisco y brea sin desaglomerar. El fogonero dirigió la vista hacia el cascacoque de picar y Miguel se limitó a insinuarle, con un gesto negativo, que ni lo pensase. El hombre, temeroso, echó más para atrás las manos que tenía en alto.

Miguel se dirigió al conductor y le pidió que se atase al cuello la cadena que llevaba enroscada en el antebrazo. Cuando se aseguró de que el hombre no podría quitársela, la cerró con un grueso candado. Después enredó el otro extremo de la cadena en la chapa metálica que separaba los balconillos de la locomotora y la amarró con otro cierre idéntico. El maquinista quedó libre de brazos y piernas, pero no podía ir más allá del depósito de carbón. Miguel le pidió que alimentase a paladas el fogón, pero sin acelerar el tren. Y exigió que no superase los veinte kilómetros por hora.

El hombre comprendió enseguida lo que pretendía el asaltante y no le defraudó. Se caló la boina, se echó por encima un grueso mandil de cuero desteñido y entró en faena. Graduó los indicadores de la presión, ajustó el sistema de palancas y acarreó el carbón necesario para que la locomotora no pudiera detenerse ni echar a correr. Cuando dejó ordenada la tarea, Miguel hizo un gesto de aprobación y el maquinista sonrió tímidamente.

El siguiente paso era el más difícil porque resultaba imprescindible la colaboración del fogonero y que, además, fuera ágil. Para su edad, cercana a los sesenta años, el hombre demostró estar en muy buena forma. Miguel le hizo subir por el tender y desde lo alto del depósito de agua apuntó con la pistola al soldado que encontró de guardia en la puerta del primer furgón. Le indicó con el arma que saltara y se negó de entrada, pero se asustó cuando la amartilló. Tiró el mosquetón a las vías y dio un bote hasta el suelo. El traqueteo de las ruedas se comió el estruendo de los rebotes del fusil sobre los rieles. Como esperaba Miguel, la lentitud del convoy permitió que el soldado cayera rodando sobre la cuneta de gravilla sin hacerse daño.

El temor a que el atracador matase al fogonero hizo que el soldado se abstuviera de gritar. Se limitó a dar la vuelta andando, *refunfuraño*, hacia la estación.

Miguel sabía que había empezado la cuenta atrás. Debía actuar con celeridad porque el último vigilante del tren acabaría viendo a los compañeros que iban saltando y daría la alarma. Era cuestión de segundos que intentaran detener su avance por el convoy. Pero confió en que sus amenazas se impusieran.

Bajó las escaleras ferruginosas de la trasera del tender y, con la pistola en la cabeza del fogonero, pasó al interior del primer furgón. Estaba abarrotado de cajas, sacos y paquetes. No se distrajo. Al fondo, sentados en torno a un baúl que hacía de mesa, un sargento y dos soldados jugaban a las cartas. Les cantó las cuarenta apuntando con la Luger. Les pidió, sin gritar, que se colocaran en la esquina más alejada de sus fusiles. El suboficial llevaba pistola y, siempre a la espalda del fogonero, le ordenó que la mantuviese en la funda, se la quitara del cinturón y la tirase a sus pies. Pidió a los soldados que se acercasen a la puerta por donde él había entrado y les obligó a saltar del tren tras avisarles, con voz queda, de que no dieran gritos si no querían que matase a su sargento. Obedecieron sin chistar. Miró al fogonero. Le agradeció su comportamiento. «Cuando lleguemos a la primera curva y vayamos más despacio, salte usted también», le dijo. Y saltó.

El sargento sustituyó al fogonero como rehén. Era un hombre maduro, sin duda un profesional de la milicia. Como estaba algo grueso, aprovechó la circunstancia. En lugar de atarle, le pidió que metiera las manos debajo del cinturón, pero en la espalda. Y le apretó la correa para que no se soltase.

El siguiente furgón era idéntico y aprovechó que las puertas no llevaban cristales ni había guardia en el pasillo que los unía. Cuando entró, amenazando al sargento, los tres soldados que vigilaban las mercancías estaban tumbados sobre unos costales de media fanega que olían a trigo. Uno de ellos llevaba el fusil entre las piernas, pero ni siquiera lo amortilló cuando vio que habían atrapado al jefe. Se puso en pie y dejó el arma en el suelo, suavemente. Fue el último en salir por la puerta trasera. Ninguno dijo ni pío. Ni siquiera hizo falta que se lo pidiera.

Con el suboficial atrapado por el cuello, Miguel afrontó la situación más peligrosa. Sabía que el último vigilante, el del balconcillo de atrás, avisaría enseguida a su jefe nada más ver al primero de los caídos. Además, si el alférez no era tonto, la lentitud del tren ya le habría mosqueado. Y eso significaba que en el siguiente vagón podrían estar todos alerta. Posiblemente, supuso, el oficial y los cuatro soldados que quedaban estarían apuntando sus armas hacia la puerta, dispuestos a disparar cuando la abriese.

Y ahí, justamente en ese punto, fue donde entró en juego el elemento central de los cojones, aclaró el Remedios sin excusarse por la palabrota. Lo tenía previsto. Cuando decidió el atraco, se había dicho que tarde o temprano sería cuestión de ver quién los tenía más grandes. Y que, pasara lo que pasase, pondría pecho a lo hecho.

Pegó una patada a la puerta y la astilló. Pero no se abrió. El instinto le salvó

porque se arrojó de inmediato al suelo metálico del balconcillo, arrastrando al sargento, mientras un huracán de balas destruía el panel de madera. La parte superior desapareció hecha trizas y la inferior parecía la cancela de una celosía. Gritó que tenía al sargento y que lo mataría si no se iban todos a los asientos del fondo y le dejaban pasar al vagón. Se produjo un momento de tensión extrema y el silencio se impuso al chirrido de las ruedas y el rebufe del vapor.

El alférez, de entrada, se rindió. Hizo que sus soldados le acompañasen al centro del vagón y les pidió que no dejaran de apuntar al bandolero y su presa. Miguel, desconfiado, entró en el compartimento lentamente, mirando a todos lados. Vio que el oficial se mostraba todavía gallito y sacó de la gabardina una pistola ametralladora. Sin dejar de sostener su Astrona sobre la espalda del sargento, apoyó en su hombro la Luger P08 y apuntó al pecho del alférez. Mandó que los soldados soltaran los fusiles y saltaran del tren. Los quintos miraron a su jefe. No cedió. Pidió que siguieran apuntando al atracador y le obedecieron.

A Miguel le preocupó la distribución de sus enemigos. El alférez estaba en medio del pasillo, a cuatro pasos. A su espalda, asomando los fusiles por encima de los listones de madera de los bancos, se habían situado cuatro soldados, dos a cada lado. Y más allá, en la puerta del fondo, apuntándole también, estaba el soldado que vigilaba el balconcillo y que había entrado.

Decidió amedrentar al oficial. «Le estoy apuntando al corazón y si no me obedece será el primero en morir», dijo. Pero se equivocó. Era un pipiolo, uno de aquellos alféreces provisionales educados en los vivos a la muerte. Debió de pensar que Dios decidiría su suerte. Disparó al sargento a bocajarro y Miguel tuvo que sostenerlo por el cuello para que le sirviera de protección mientras disparaba a su vez y hería al alférez en una pierna.

Los soldados no supieron qué hacer. El oficial ordenó que disparasen sobre el atracador, pero nadie apretó el gatillo porque antes de que concluyera la orden, cuando se disponía a disparar de nuevo contra un Miguel desprotegido que ya no podía con el cuerpo del sargento, el estruendo de un mosquetón invadió la instancia. El alférez cayó de bruces, pero tuvo fuerzas para girarse en el suelo y, aprovechando el desconcierto, devolver el disparo al soldado que se encontraba a su espalda. El Cambiao reaccionó tarde. Cuando ametralló al oficial, el joven que le ayudó sangraba por un brazo.

No tuvo que decir nada. Los demás soldados, todavía asustados, dejaron las armas y saltaron del tren. Había sucedido todo en menos de quince minutos y apenas si estaban a media docena de kilómetros de donde partieron. Miguel sacó todo el cuerpo por un lado del tren y le gritó al maquinista que no se detuviese. Luego se dirigió al cadáver del oficial y le quitó el correa. Se acercó al muchacho, sacó un moquero limpio que llevaba en el bolsillo del pantalón y presionó la herida. Le vendó con su propia camisa y utilizó el cinturón como torniquete.

Miguel quiso preguntarle cómo estaba, quién demonios era, por qué le había

salvado la vida. Pero se le atropellaron las preguntas en la cabeza y solo dijo gracias. El muchacho no se dio cuenta. Estaba tan asustado que no se fijaba en nada de lo que decía o hacía Miguel. Únicamente insistía en que tenía que socorrerle. «Tiene que ayudarme, tiene que ayudarme, tiene que ayudarme», repetía ensimismado. Sin parar.

Fue a buscar agua y removiendo objetos reparó por primera vez en algo especialmente importante para él. No había ninguna caja fuerte. Por un momento se olvidó del muchacho y se puso a abrir botes, sacos, paquetes, baúles, todo tipo de bultos y atadijos. Allí no había una perra. ¿Pero qué mierda era esa? Rastreó el resultado de sus destrozos. Harina para pan blanco, café portugués, azúcar de primera, aceite de oliva y tabaco rubio, y gasolina, y medicinas, relojes, gafas, pañuelos de seda, medias de cristal... Hasta barriles de vino portugués. Estraperlo de lujo en grandes cantidades. Lo comprendió enseguida. ¡Puñeteros generales! Se forraban abusando del ejército y contrabandeaban poniendo los medios del Estado a su servicio. Esos productos racionados se convertirían en un dineral cuando llegasen a Madrid.

La había cagado bien. Había realizado el atraco más gilipollas del siglo. ¡Qué decía el atraco! Visto el material, sonrió, aquello era un saqueo. Pero arrugó la coña. Reflexionó. Estaba el problema de ese muchacho que le había salvado la vida. ¡Jodido chaval! Él sí que le había echado cojones. Porque si le pillaban, estaba listo. Y lo peor era que no sabía qué hacer con él, cómo devolverle el favor.

Mientras le acariciaba el pelo para que se tranquilizase, le preguntó si estaba mareado porque había perdido mucha sangre. Le respondió que no y quiso ponerse en pie para demostrárselo, pero se cayó de culo. Le pidió que se quedase quieto, tumbado a lo largo del asiento. Le puso bajo la nuca un fardo de bragas de seda rosa y el chico se rio. «No huelen», dijo vacilón. Y Miguel creyó que se había recuperado a mil por hora.

Antes de resolver lo que hacía con el chaval herido, el Cambio puso en marcha, impetuosamente, una idea que se le acababa de ocurrir. El tren avanzaba lentamente por entre los encinares de Monfragüe, atravesando los regatos de orillas arenosas que serpenteaban las dehesas, camino de Naval Moral. Grupos de cigüeñas negras buscaban sus gusanos en los pastos reservados para el ganado retinto, indiferentes a las bandadas de las belloterías grullas grises. Y, de vez en cuando, asomaba por el cielo, cada vez más claro, un águila real.

El maquinista descargaba el arenero sobre los rieles con habilidad y frenaba la marcha sin empellones. A veinte por hora, dedujo Miguel, le quedaban casi noventa minutos para llegar a la cabecera del Campo Arañuelo, donde seguro que le estarían esperando. Así que puso manos a la obra de inmediato y empezó a tirar cosas nada más pasar la estación vacía de La Bazagona, la de la finca del Guijo de los Frailes.

Donde había un chozo o aparecía el pastor con su rebaño, allí donde los campesinos trabajaban los campos, en cada cruce de camino, en el de los Canchales de las Carboneras, en el de la Cumbre del Muerto o el de Urdimalas, por donde el

Tiétar regaba las vegas que circundaban las vías del tren y las mujeres limpiaban la ropa en los arroyos de Porquerizos o del puente del Macho, y hasta cuando el tren cruzó por el Toril y superó lentamente la estación casi vacía de Casatejada antes de llegar al cortijo del Espadañal, en todos los sitios por los que pasó, en todos y cada uno de los lugares donde dejaba su aliento la presencia humana, Miguel fue depositando, enfebrecido, el pingüe y heterogéneo botín de los estraperlistas.

Solo tuvo mala suerte en un pequeño detalle. Si es que lo fue. Que a juicio del Remedios más bien no. Porque era cierto que nadie habría descubierto que el atracador era él si un hombre que cargaba arena de las dunas del Tiétar en su mula no se hubiera acercado, como todos, a recoger los productos que tiraba de los furgones. Resultó que le conocía. Era un viejo jornalero de Torrealba que trabajó para su padre. Y al hombre se le iluminó la mirada. Agradecido, empezó a gritar: «¡Viva el Cambiao!». Y unos cuantos presentes, aunque no sabían de qué iba, corearon sus vítores.

Pero, por otro lado, evaluó el Remedios, gracias a ese reconocimiento se corrió la voz de que había sido él. Y así, Alicia, nació una leyenda que acabó creciendo y extendiéndose hasta que el pueblo asoció el apodo de Miguel a los bandoleros buenos del siglo anterior, aquellos que, como en Sierra Morena, mataron franceses y robaron a los ricos para dárselo a los pobres.

La bombilla de los sentimientos

Se llamaba Carmelo Anastasio. Le llamaban el Fraile. De haber sido niña, sus padres lo hubieran enviado al colegio de los carmelitas de Toledo, el más cercano en el que podría estudiar por caridad. Pero nació macho. Y la devoción de su madre por la orden mendicante de los descalzos, explicó el Remedios, no le sirvió de nada.

El chinchorrero narrador había dejado el asunto para el sábado siguiente y Alicia acudió un poco tarde porque la noche anterior, precisó, anduvo de botellón hasta las tantas. Dijo que esa semana había tenido dos guardias de veinticuatro horas y por eso, para relajarse, acabó el viernes de marcha. El anciano, comprensivo, fue más despacio. Pero fue.

Carmelo estudió bien. Con todo, las necesidades familiares se impusieron y el fallecimiento de su padre le obligó a trabajar desde los catorce años. En el campo recuperó su verdadera afición. Desde pequeñín quiso ser torero por más que allí, en el pueblo cacereño donde nació, en Carrascalejo de la Jara, lo más parecido a un toro bravo que había desde que lo fundaron eran los bueyes de carga que llevaron desde Asturias para transportar carros de miel.

Cuando cumplió los quince se fue a trabajar en una finca de Peraleda de la Mata, la Cerrocinco, donde se criaban novillos de lidia. Aprendió el arte de los chiqueros como quien tomaba nada más levantarse, a ojos cerrados, achicoria y perrunillas. Al poco se sintió el aprendiz más capacitado de la divisa caña y encarnada de los García Gómez, los dueños de la ganadería. Más que verlas, adivinaba la presencia de aquellas reses jjonas con el zarcillo en la oreja derecha y el despunte en la izquierda. Las consideraba suyas con ese especial sentido de la propiedad que da el cariño.

En ese tiempo fue casi feliz. Sobre todo cuando toreaba los becerros soñando que eran miuras de Las Ventas y les daba un capotazo tras otro, valiente, recibiendo con el pecho, girando las caderas con velocidad, empujando el lomo con sus ingles cuando el animal hundía los morros en la arena.

Por eso, por su vocación, nunca tuvo miedo, le contó a Miguel con voz debilitada por la pérdida de sangre. Pero el valor era una cosa y las tontunas, otra. En ese

momento, asumía que no tenía más remedio que tirarse al monte. Lo había pensado mucho. Incluso antes de que pasara lo que había pasado. Cada vez que le arrestaban en el calabozo del cuartel por ser familiar de rojo, además de los chinches se lo comían las ganas de vengarse. Quería fugarse para recuperar la democracia, por supuesto, decía, pero también, aún más, para honrar a sus hermanos.

A su hermana mayor, explicó, la fusilaron al final de la guerra en aplicación de una orden del Gobierno Militar de Cáceres, la de noviembre del treinta y ocho, promulgada para evitar, dijeron, la acción de las partidas de guerrilleros. Todavía se acordaba de los cuatro puntos del decreto. Pero el único que recordaba textualmente, el que le aterrizzaba, era el apartado «ce», el que le aplicaron a su hermana. Establecía que, en caso de agresión guerrillera, por cada muerto que hubiese del bando nacional se fusilaría en la plaza del pueblo a dos personas de la relación de sospechosos a los que acusaban, con o sin fundamento, de simpatizar con la resistencia republicana.

No sirvió de nada que su madre fuera una beata de comunión diaria y rogase piedad a las autoridades eclesiásticas. Después de todo, devota o no, dijeron a sus espaldas, solo había engendrado rojos. A su hermana le tocó. Y sin que mediara ataque ninguno de los guerrilleros, la ejecutaron porque sí en un pueblo próximo a Carrascalejo, donde vivía con su novio, arrejuntada. Él tardó en enterarse porque le acababan de reclutar para la quinta del biberón y estaba en el frente de Madrid.

En realidad, la eligieron porque su hermano mayor, Ladislao, era militante del Pesoe antes de la guerra. Se la tenían guardada desde que lo detuvieron en Fresnedoso, donde trabajaba de albañil en septiembre del treinta y seis. Y no pudieron con él. A la familia le tenían ganas precisamente porque Ladislao era de los pocos que se libró del «mareo» cuando le echaron al Tajo por el puente de Almaraz. Cayó cincuenta y dos metros abajo, sin marearse, con otros compañeros. Y no permitió que los falangistas y los guardias que quisieron cargárselo a tiros, aprovechando su semiinconsciencia y la fuerza de la corriente, consiguieran rematarlo. Buceó hasta que casi le estallaron los pulmones. Y cuando salió a respirar, volvió a hacer lo mismo. Y así hasta que se alejó lo suficiente, Tajo abajo, y el río acabó depositándole en un ribazo de la sierra de Serrejón, donde desembocaba la garganta de la Parrilla. Desde allí, mandó decir después a la familia, se echó a buscar el frente de la Serena. Y lo encontró.

Cuando acabó la guerra civil, aterrizó en la partida de un tal Quincoces. Y luego se había pasado a la de un tipo muy listo y más valiente que la hostia al que llamaban el Francés. Y a ese, al Francés, era a quien tenían que encontrar en la sierra de Altamira, por donde le habían dicho que andaba con su hermano y una pandilla de fugitivos.

Muchos de esos huidos, añadió Carmelo, eran de su pueblo, Carrascalejo, y habían experimentado a fondo que no hay nada peor en una guerra que estar en tierra de nadie. Carrascalejo había sido frente durante todo el conflicto. Dejó de ser

republicano en octubre del treinta y seis y volvió a serlo, eso sí, por cuatro días, en abril del treinta y ocho. En esos vaivenes se quedó mucha gente por las cunetas o detrás de la tapia del cementerio. Y de los dos bandos, que todo había que decirlo.

Su hermano Ladislao, antes de irse con Quincoces, quiso volver a casa. Cometió el error de creerse aquel bando de Franco que permitía regresar a sus domicilios a los soldados republicanos sin delitos de sangre. Él, como todo el mundo, había disparado a dar, pero no tenía conciencia de haber escabechado a ningún nacional. Dedujo que Franco solo excluía del perdón a los que habían cometido desmanes en la retaguardia. Pero se equivocó.

Cuando se entregó, los nacionales le llevaron al cortijo de La Lancha, convertido en un improvisado campo de concentración. Allí se encontró con los excompañeros comunistas a los que, siguiendo las órdenes del general Escobar, él mismo había detenido en el frente de la Siberia extremeña. La desgracia volvió a hermanarlos. Se dijeron que sus mandos habían sido patéticos al final de la guerra porque, unos por eme y otros por erre, dejaron a sus soldados bajo las pezuñas del enemigo común. Los franquistas los fusilaron juntos, sin distinguir sus credos. Les daba igual que fueran comunistas, socialistas, anarquistas o republicanos. Eran rojos, de izquierdas. Y no había más que hablar.

Allí, en La Lancha, estuvo un tiempo alimentándose de hierbajos y bellotas hasta que le trasladaron al campo de Castuera, donde vivió el horror de estar encerrado una semana en el barracón setenta, el último de todas las filas, el destinado a los condenados a muerte. Le llevaron por un error burocrático, pero le cambiaron de sitio justo antes de que lo apiolasen. En esos días, a sus veintisiete años, el pelo se le puso completamente cano. Había visto cómo los guardias disparaban a matar contra los ingenuos que asomaban la cabeza por el único ventanuco del pabellón para reclamar Dios sabía qué y cómo los porristas de la Falange sacaban a los condenados a muerte entre las doce y media y la una de la noche, cada tres días. Pero nunca en domingo, por supuesto. Que era el día del Señor.

Carmelo le contó a Miguel que los nacionales mataron a tanta gente en Castuera que, al final, para ahorrarse el esfuerzo de los enterramientos en las zanjas comunes, tiraban los cuerpos en las bocas de las pequeñas minas que había por las afueras del pueblo. En ocasiones, incluso arrojaron vivos a los presos. Los ataban con sogas por la cintura, a docenas, y echaban las reatas a los pozos de las minas. Luego los remataban con granadas de mano. Algunos asesinos contaron años después, atormentados por sus propios actos, que a los moribundos los dejaban muchas veces solo heridos. Para que sufrieran largas y aterradoras agonías.

Cuando el campo de Castuera fue desmantelado en marzo del cuarenta, los presos fueron destinados a grandes prisiones o a otros campos como el de la plaza de toros de Trujillo donde, según comprobó Ladislao escribiendo una carta que envió a sus padres contando con su permiso, los guardianes les daban un trato algo más benigno. Al final, muchos fueron puestos en libertad y optaron, inocentes, por volver a sus

lugares de origen.

Los falangistas y las autoridades locales no recibieron a los soldados republicanos como ellos esperaban. Ni por aproximación. En cada rincón, en cada pueblo de España, se habían instalado los altares de la venganza. Pedir perdón era de chiste. El rezo cotidiano de los vencedores fue reclamar la sangre del adversario. Y el deporte nacional de la Falange, derramarla.

Él mismo, por encargo de su madre, salió al camino de Villar del Pedroso y avisó a su hermano de que, si volvía a Carrascalejo, le encarcelarían como habían hecho con los soldados republicanos que llegaron antes. Cuando se enteró, intentó huir por el monte hacia Almadén, donde vivía una hermana de su madre, muy religiosa, que tenía algunas propiedades en la ciudad y mucha influencia sobre las nuevas autoridades. La tía Manuela había huido a Sevilla en el treinta y seis y pasó allí la guerra. Queipo de Llano, no sabían por qué, la protegió personalmente.

Su hermano pensó que la tía Manuela era su única esperanza. Y posiblemente hubiera sido su salvadora de no ser por lo de siempre, la maldita mala suerte de los pobres, como decía su madre. Le detuvo, junto al pantano de Cíjara, un grupo de falangistas de esos que viajaban con camiones de un pueblo a otro de la Siberia, fusilando a los presos para que sus comilitones locales no tuvieran que mancharse las manos con la sangre de sus vecinos. Nunca se supo a quién se le ocurrió la idea de la despersonalización de los crímenes, pero, sin duda, fue un canalla redomado, aseguró el Remedios. Como se había corrido la voz de que se concedían perdones de última hora porque nadie quería matar a tal o cual enchiquerado de quien todo el mundo sabía que, aunque rojo, era buena persona, algún cabrón pensó que lo mejor era mandar a cada pueblo los falangistas de otro. Y cuanto más lejano, mejor.

Esos falangistas, seleccionados de aquí y de allá, hacían razias por los pueblos, asaltaban las prisiones provisionales y cargaban sus camiones con los que pillaban, aunque fuera gente que había salvado la vida de los del bando enemigo, el suyo, durante la guerra. Cuestión de Estado. Nada personal, según las autoridades militares. Pero, de cierto, supuso el exterminio puro y duro de los adversarios. Porque convenía seguir aterrorizando a la población, dijo el Remedios. Sobre todo allí, donde la República se sostuvo hasta el final. Para eso, comentó con ironía, no había nada mejor que matar a los rojos como a los piojos. De hecho, los grillados lo decían, farrucos, cuando se sinceraban en las tabernas.

No sabían quién era ni le hicieron caso cuando enseñó su cédula de identificación y demostró que le habían puesto en libertad. Por lo que ellos mismos comentaron, venían de Villarta de los Montes, de Fuenlabrada y por ahí. Debió haberse dado cuenta de la carga, pensó luego. Debió haberse fijado antes en los hombres atados con sogas que se amontonaban en el suelo de la bandeja y en los tres falangistas armados con fusiles que los vigilaban puestos en pie. Pero no lo hizo. Y el que parecía mandar más cogió sus papeles y se los tiró a la cara. Se rio a carcajadas de él. Solo dijo:

—O sea, que otro rojo.

Y ordenó: «¡Arriba con los demás!».

Camino de Helechosa, los bajaron de la camioneta y los alejaron unos metros de la cuneta. Los juntaron en una pequeña hondonada que parecía un regato seco y les dispararon sin mediar la orden de fuego. Cayeron amontonados y a su hermano no le dio tiempo ni de vitorear a la República, como dijo después que había pretendido. Le alcanzaron dos balas que le abrasaron el pecho y le helaron la mente. Cuando despertó, descubrió que tenía otro fusilado encima y que los habían cubierto con paja, posiblemente para que no se les viera desde el camino. La sangre le hervía. Por suerte, con las prisas, solo le habían atado las manos por delante. Así que desplazó con sus codos los cuerpos inertes, reptó fuera del montón y, puesto al fin en pie, confirmó que estaban todos muertos, aunque no les habían pegado el tiro de gracia preceptivo.

Espantado, huyó hacia el monte y dio con un grupo de paisanos y falangistas armados. Los vio junto a una peña, debajo de un loro bien tupido y trató de dar la vuelta. En menos que le duró el susto se halló completamente rodeado, sin escapatoria. Y cuando uno de ellos, vestido con pantalón de pana y camisa azul, se le echó encima, pensó que esa vez sí que no, que ya no lo contaba. Pero el hombre le cubrió con una manta, le dio agua y lo tumbó donde había más hierba seca. Antes de que pudiera decir nada, vio el botiquín casero, las gasas, las vendas, el alcohol, un bisturí, incluso polvos de talco. Era la gente del Quincoces, algunos todavía disfrazados de falangistas porque acababan de atracar un cortijo, según supo luego. Y ahí, con ese Quincoces se quedó hasta que, al parecer, se sumó a la partida del Francés.

Así se lo contó el Jabato, un carrascalejano con dos pelotas tan grades que andaba de puntillas para no pisárselas, cuando, aunque estaba en búsqueda y captura, acudió al pueblo por Navidades para celebrarlas con su familia. Por eso sabía él que Ladislao andaba por la sierra de Altamira. O muy cerca, en la de Guadalupe. Y que lo mejor era irse a esa zona a ver si daban con ellos.

No tenía más remedio, continuó diciendo. Le habían amargado la vida en el frente y después en los cuarteles porque, con razón, no se fiaban de él. Ganaría cualquier torneo de pelador de patatas o dibujante de grafitos en las paredes de los calabozos. Solo eso le bastaba para irse al monte. Pero nunca encontró la ocasión. Así que ahora, con la muerte del oficial, no había marcha atrás. Aparte del testimonio de sus compañeros, hallarían las balas de su máuser en la pierna del alférez y las de la pistola del alférez en su hombro. Si no huía, era un hombre muerto.

De alguna manera, aquel muchacho determinó la decisión de Miguel de hacer lo que no quería. Echarse al monte. Y ahí, según el Remedios, creció la leyenda. Pero enseguida se corrigió, académico. Había que llamarla historia porque, como ya dijo, carecía de fabulaciones y todos los acontecimientos emanaban de la naturaleza o eran consecuencia de meros actos humanos. Eso sí. Fuera fábula, semblanza o ambas

cosas a la vez, que cualquiera sabía, lo único cierto fue que el mote del Cambio, desde aquel atraco, le abrió las puertas de las casas humildes sin llamar y fue pregonado con cariño al susurro de la lumbre.

El anciano contó que Miguel había escuchado, enrabiado, la historia de Carmelo y sus hermanos mientras sudaba gotas negras arrojando sacos y paquetes desde el tren. Sus jadeos acallaron entonces los mecagüendiós que el cerebro le enviaba a la garganta. Y cuando escuchaba los detalles de un fusilamiento, o de las torturas, los matices del horror, resoplaba como si mugiese. La rabia le ayudó a arrojar del furgón cargas que él solo no habría podido arrastrar ni medio metro. Pero la última reflexión del muchacho, cuando ya se acercaban a la intersección de caminos donde pensaba detener el tren, le dejó tieso. No supo si reírse o llorar. Solo balbuceó.

Carmelo pensaba que Miguel también era un guerrillero. Le preguntó si conocía al Francés, a Quincoces o algún otro de los que se hablaba en voz baja por los pueblos de los Ibore y las Villuercas. Quizás era de los de Chaquetalarga o de los del comandante Honorio, el de Villarta de los Montes, cuya ferocidad había alcanzado fama entre los asustados falangistas de su comarca.

Lo que más le llamó la atención fue que no le sonaba ni uno de ellos. Nadie de los del Decimocuarto Cuerpo de Ejército que luchó a su lado en Extremadura tenía esos apodos. Aunque a saber. Se decía que al terminar la guerra se echaron al monte muchos republicanos, sobre todo comunistas que no se dejaron atrapar ni por los casadistas primero ni por los falangistas después. Y que otros, bastantes, habían huido de las cárceles y los campos de concentración arriesgando una vida que tenían perdida. Al parecer, muchos habían caído al intentarlo, pero la alternativa de quedarse los llevaba al paredón.

De hecho, se corrió en voz baja la fuga de presos de la cárcel de Puebla de Alcocer. Unos cuantos redujeron a un carcelero y huyeron dejando las puertas abiertas. Los treinta y cuatro restantes prefirieron quedarse y ellos mismos se echaron de nuevo el cerrojo. Poco después los fusilaron a todos. «A todos», remachó el Remedios.

Lo más probable es que hubiese en la guerrilla muchos soldados republicanos que no se rindieron y gran número de fugados. Era lo más lógico, pensó. Pero no tenía ni idea. Quiso decirse que no le importaba lo más mínimo. Supo que se mentía porque, de pronto, se quedó meditabundo, abismado en sus pensamientos, solo ante sí mismo. Los alcornos y las encinas, difuminados por la velocidad pese a la lentitud del tren, atravesaban su mirada fija, abstraída, pero su mente solo veía pasar, como en espejos de feria, los rostros distorsionados de Libertad, de Gregorio Barragán y Federico Espejo, el de Remigio Bonaire, los de Mámsurov y Tilkin, el angelical del Angelet y, cómo no, los de Max Tadek y el bueno de Tom Joad. Le hipnotizaban. Carmelo tuvo que sacarlo del ensimismamiento para que atendiese a los gritos de unas mujeres que pedían caridad. Y él, aún enajenado, les tiró harina y aceite mientras les voceaba:

—¡Por caridad, no! ¡Por la República!

Cuando la razón quiso llamarle tonto por decir esas palabras y volver a las andadas en lugar de atender lo suyo, en exclusiva, comprendió que le resultaba imposible apagar la bombilla de los sentimientos con el interruptor del intelecto. Y más enrabiado aún por la incapacidad de dominar sus sentimientos, se concentró en la huida. Tenía que decidir rápidamente porque ya estaba cerca de Naval Moral. Había empezado a soltar lo que le quedaba de carga en las afueras de Casatejada, donde empezaba el polvoriento camino de Talayuela que corría pegado a la vía y atravesaba la estación hasta cruzarse con el paseo del famoso farmacéutico castejano José Antonio Pavón, de quien le habían hablado sus maestros tanto y tan bien.

Un grupo de funcionarios y pequeñoburgueses de corbatas mal anudadas asomaron a las puertas del edificio de viajeros y él se limitó a saludarlos con el puño en alto. Volvieron a refugiarse en el interior, despavoridos. Acabó con los restos del botín tirándolos al final del apeadero vacío, donde trabajaban unos peones camineros que reparaban el pequeño muelle de carga.

Fraguó un plan de urgencia. Dejaría al muchacho con el rancho suficiente y las armas necesarias para aguantar hasta la sierra de Altamira, que no quedaba lejos, y se iría a Madrid, a esperar otra oportunidad. Tenía que seguir siendo duro y egoísta, se dijo, porque solo así sobreviviría. Pero miró al muchacho y una descarga eléctrica le achicharró las sienas. Contemplándole, desconcertado, vio en sus ojos el rostro de Leonor y pensó en lo que podía pasarle cuando el Bizco se enterase de que había sido él quien asaltó el tren. Le autorizarían a registrarlo todo, a detener, torturar, matar, lo que quisiera. Porque el lío que había montado seguro que no se lo perdonaban a nadie. Ni a Mimí. El asalto había sido un insulto al ejército y alguien lo pagaría caro. Por eso tenía que irse lejos de Madrid, distanciarse de la capital. De no hacerlo, razonó, también la pondría en peligro. Y sería una cabronada imperdonable.

El muchacho adivinó sus dudas y le dijo, valiente, que si existía algún problema, se iría solo al monte porque conocía jornaleros que le ayudarían allí cerca, en Casas de Belvís. En ese pueblino, aclaró, había mucha gente buena. De izquierdas y hasta de derechas, matizó. Le refugiarían mientras se curase y después se iría a buscar a su hermano y al Francés.

Miguel contempló al muchacho sentado, las manos cerradas sobre el cañón del fusil, untadas de sangre. El tizne de la locomotora le oscurecía el rostro y acentuaba el brillo de los ojos enrojecidos. El estómago se le llenó de piedras y casi se asfixió por no llorar. Estaba emocionado y no quería. Se había jurado ser de pedernal. Pero no hubo manera. Se enterneció. Se acercó hasta él, le ayudó a ponerse en pie y le dio el abrazo que siempre hubiera querido darle a un hermano pequeño, un hermano de verdad.

—Te llevaré con Ladislao —anunció solemne. Y apretó al muchacho contra sí para que no viera que se le habían humedecido los ojos.

Asomó la cabeza por una ventana del furgón, le gritó al conductor que fuera

desacelerando y saltó del tren. Se subió a la locomotora y le quitó la cadena. Pidió que detuviera la máquina en el cruce donde un camino polvoriento atravesaba la vía. Y apuntó hacia la carretera de Millanes. A lo lejos se atisbaban, difuminadas por el caluroso espejismo de los barbechos, las primeras casas de Naval Moral y el bloque oscuro de los edificios de la estación. Le pidió que ayudara al muchacho a saltar del furgón a la cuneta. Lo hizo con delicadeza, utilizando su fortaleza para depositarlo a pulso en el suelo, suavemente. Miguel se lo agradeció tendiéndole la mano. El conductor le devolvió un abrazo, llorando, y le dijo, emocionado: «Gracias, Cambiao». Así, como si le conociera de toda la vida.

El maquinista se quitó la gorra, sacudió el hollín y añadió: «No corráis; estropearé aquí la máquina, me iré andando lentamente para que tarden un rato en darse cuenta y los despistaré diciendo que sois unos cuantos». Cuando Miguel le pidió que no se arriesgase, se rio:

—No, si sois vosotros los que vais a romper el trasto. Solo es asunto de, una vez dispuestas, cascar las palancas del dispositivo que invierte la marcha y decir que el tren únicamente anda para atrás. Veníais preparados. ¡Qué le iba a hacer yo!

El maquinista era un hombre regordito, maduro, de la escuela de ferroviarios del barrio del Crucero de León, donde habían vivido siempre los Durruti. Se llamaba José Antonio Senén. Sonrió afablemente. Y ellos le dieron las gracias. Pero prefirieron no hacerle caso en lo que dijo de las prisas. Salieron a toda tralla hacia la serranía que despegaba de la ciudad por el cruce entre la carretera de Trujillo y la de Millanes. Iban rebozados de zurrónes cargados con explosivos, latas de conserva y botas de vino. La herida de Carmelo volvió a sangrar.

La Biblioteca de los Sin Dios

Los acontecimientos se habían sucedido tan vertiginosa e inadvertidamente que ni su ángel de la guarda hubiera podido adivinarlos. Escondido en aquel monte bajo que se había adueñado de las ruinas del convento de San Francisco, en las proximidades de Belvís de Monroy, Miguel seguía sin entender nada, pero se sintió a gusto. Muy a gusto. Aunque estaba más pendiente del profundo jadeo de su compañero herido que de su propio cansancio, agradeció las caricias que le hizo el sol cribado por las zarzas y los escaramujos. Tenía apoyada la espalda en el tronco de un madroño completamente recubierto de maleza y los polvorientos rayos iluminaban las palmas abiertas de sus manos. Se rio porque no creía en esas zarandajas, pero seguía leyéndose las manos como si creyese solo por entretenimiento. Le divertía. Era una forma como otra cualquiera de pasar el tiempo.

No obstante, el Remedios recordaba haberle oído decir a Miguel que, admirado por la singularidad de lo que había vivido ese día, se dejó tentar por la superchería. Contempló el trazo de la vida y comprobó que, de momento, seguía labrándose. Miró bien. Quedaba mucho espacio hasta los confines de la mano, pero se rio de sí mismo, desdeñoso. Estaba claro que no sabía lo que le quedaba por vivir y que sus arrugas no se lo iban a decir ni por aproximación. Mejor así. Sin embargo, él, el desconfiado narrador, lastimosamente estigmatizado por la convicción de que Remedios la Bella había subido a los cielos de verdad, le atribuyó gran importancia a lo acaecido. Mirando enigmático a su compañera de tazas, precisó que por lo que respectaba a él, creer, lo que se decía creer, solo creía un poquito en la magia y las ciencias ocultas. Como todo el mundo. Un pelín. Y hasta añadió que no era ni racionalista ni supersticioso, sino todo lo contrario. O algo así.

Lo cierto fue que el propio Cambiao, tras el atraco, se sintió impresionado por la muda que experimentaron al tiempo su personalidad y sus manos reseca. Pero su inquietud nacía del ensueño. Respondía a un sentimiento irracional sobre lo que le estaba pasando. Y, sobre todo, le demostraba la imposibilidad de huir de sí mismo. Miguel no sabía si las rayas de las manos marcaban el destino de los hombres al

nacer, aunque él fuera una excepción, aquilató el Remedios. Pero había comprendido, con la certeza que da el vértigo de verse obligado a elegir, que nadie puede saltar fuera de su propia sombra.

Tras mirarse las manos detenidamente, sin ver nada, Miguel cerró los ojos y la vio. Hacía mucho tiempo que no recordaba la dulce imagen de doña María Luisa ahí, a un palmo de su bisoja mirada infantil. La memoria proyectaba el momento en que ella le animó a superar la desgracia de sus manos abrasadas. Le había cuidado con tanto mimo que solo entonces, mirándola, imaginó los contornos imposibles de la madre que nunca llegó a ver.

Recordó cómo doña María Luisa le untaba sus bálsamos prodigiosos y lo que tardaron en curársele las palmas. Sonrió. No había perdido su piel de bebé arrugado, pero gracias a ella las rayas serpenteaban entre los montículos de carne. Después de todo, era lo que decía el Piteras, aquel refrán de la comarca de Oliva: «El tiempo es el mejor remedio para el alma y para el cuerpo». Sí. Era eso.

Descansando a la sombra de los zarzales recordó algunas cosas que ella le había enseñado. La eme más importante era la de la mano derecha, por ser zurdo. El viejo saber quiromántico establecía que la mano reveladora era la más inútil, la ociosa. Los adivinos aseguraban que la utilizada para currar estaba contaminada porque se desgastaba y perdía el sentido inocente de los signos. Parecía una chorrada, pero no. Aunque eso, a él le daba igual que le daba lo mismo, como solía decir sin saber por qué. ¡Los trazos básicos!, ¡los trazos básicos!, repetía Miguel. Los suyos, los originales, se perdieron en la plancha para siempre. El hierro incandescente borró hasta la raíz más remota de sus genes.

Pero aquello era un divertimento y, por eso, cuando tonteaba leyéndose las manos a sí mismo elegía entre varias formas de interpretar los signos y se quedaba con la que más le convenía. Por ejemplo, para algunas cosas prefería el método del Remedios. Él, allí presente, dijo con solemnidad a la doctora, le enseñó que había que analizar la mano diestra de quienes habían nacido de día y la zurda de quienes llegaron al mundo por la noche y le aseguró que sus manos calientes y húmedas, sus dedos nudosos y ahuesados y las pocas líneas profundas, perfectamente dibujadas, revelaban un temperamento sanguíneo que le hacía ser paternalista y de ideas obsesivas.

En cambio, aplicando el método de doña María Luisa, alcanzaba conclusiones muy contrarias. Sus manos duras y calientes y sus dedos cónicos, de artista, le atribuían un temperamento bilioso que tarde o temprano, por más que fuera noble, metódico y de fuerte voluntad, le convertiría en una persona autoritaria y muy susceptible.

Visto lo uno y lo otro, lo único que el marquesito aprendió fue que, en cada interpretación, cabían por igual un designio y su contrario. Pasaba como en los refranes, que siempre había uno para una cosa y otro para la contraria. Casi como en todo lo demás. Cada cara tenía su envés. ¡Menudo descubrimiento! Volvió a reírse.

¡Menos mal que él no era supersticioso porque daba mala suerte! Que si no...

Mientras esperaba el anochecer acogido a las sombras, abstraído, se entretuvo analizando sin criterio fijo el conjunto de las líneas y los montes de sus manos. Mezcló las consideraciones de doña María Luisa y las de Federico y fabricó un popurrí lastimoso de su personalidad presente y futura. La línea de la vida le manaba desde muy arriba, debajo del monte de Júpiter, donde nacía el dedo índice, y eso le otorgaba una fuerte voluntad y le dotaba de una perseverancia a prueba de tropiezos en la consecución de las metas que se había fijado. Ahí era nada. Sin embargo, la raya que la propia vida le había ido fraguando era, de momento, más larga que corta. Y eso, se auguró a sí mismo, proclamaba la posibilidad de disfrutar de una larga y saludable existencia al tiempo que establecía la presunción de que siempre tendría una personalidad equilibrada, llena de fuerza interior. Si a todo ello se le añadía que tenía especialmente pronunciados en ambas manos los montes de Venus que representaban la salud, el dinero y el amor, que cantaba Machín, pues eso, a ser feliz y dar gracias al cielo.

Pero no. Y no por ser ateo. ¡Qué va! Es que también tenía una estrella en el monte de Marte de cada mano. Y esas dos estrellas, sí que sí, presagiaban, según los quirománticos, el peligro real de morir asesinado por un arma de fuego. De modo que... En fin. Lo único que sacó en limpio fue que debía huir de las pajas mentales y no andarse por las ramas si no quería caerse. Tenía que sacar una conclusión de los pasos que la realidad le había obligado a dar y cuidarse de no tropezar con los guijarros. Y eso era to-todo, amigos.

Bajó sus pensamientos a la tierra. Cuando huyeron, tuvieron que aminorar la marcha nada más alcanzar las primeras encinas y los zarzales que rodeaban la carretera. El muchacho conocía bien la zona y sabía que un kilómetro más arriba, sierra adentro, había una choza abandonada, invisible desde la carretera, donde podrían refugiarse. Miguel dijo que bueno, pero que solo un rato porque los guardias, los falangistas y los somatenes empezarán a batir la zona cuando llegara el maquinista. Tenían que alejarse y encontrar un refugio donde pasar la noche. Y él, Carmelo, debía tener la certeza de que el bohío lo fuera.

Como hacía tiempo que no pasaba por allí, Carmelo no lo tenía claro. Y ofreció otra salida. Cerca de allí, carretera arriba, pasadas las Casas de Belvís, se encontraban, dijo, las ruinas del convento de San Francisco, a casi dos kilómetros del núcleo urbano. Seguro que los guardias acabarían yendo a mirar allí al día siguiente. Pero eso les permitiría dormir y prepararse para huir al amanecer hacia los Ibores, por Valdecañas. En ese pueblo, especificó, había personas que, por dinero, ayudaban a cruzar el Tajo con sus barcazas. Estaban acostumbrados a llevar estraperlistas humildes. Y era gente muy discreta. Por lo que les convenía.

Llegaron al atardecer siguiendo en paralelo la nueva carretera. No les resultó difícil seguir la pista desde la distancia porque la construyeron en mil novecientos treinta y dos y el asfalto todavía reverberaba. El derruido complejo de edificios había

dejado impresionado a Miguel. Lo recorrió buscando el escondite adecuado y le sorprendió su abandono. La desamortización, pensó. De seguro.

Los franciscanos habían construido los pabellones a conciencia. Los fabricaron de mampostería y ladrillo, a la toledana, debajo de la ermita del Berrocal, a resguardo de los vientos del norte. El edificio principal se incrustaba en el berrueco, pero se dejaba acariciar por un arroyo que rodeaban media docena de fuentes naturales. El abastecimiento de agua estaba garantizado durante todo el año. Al conjunto de edificaciones que se distribuían en torno a la iglesia se accedía por una puerta de sillería granítica que formaba un arco de medio punto, medio derrumbado. Un patio rectangular recogía el agua de unos filtros de piedra que daban a unos grandes pilones y, al sur, los monjes habían tapiado un huerto con una enorme alberca en su interior.

Cuando Carmelo y Miguel encontraron las ruinas, los escombros habían enterrado el almacén y la cocina que estaban junto al comedor. Solo había quedado en pie la espadaña de un solo vano. Al Cambio le pareció que el mejor refugio era la nave de la iglesia, aunque le daba repelús, reconoció, porque había servido como cementerio de los nobles propietarios y de los monjes ilustres. Aún quedaban algunas losas trizadas a martillazos y podían apreciarse los nichos excavados en el granito, junto al altar. Optó por aquel lugar destechado porque, inexplicablemente, las plantas habían construido una choza natural, casi oculta, a la que solo se accedía yendo a rastras.

Tras acomodarse entre las zarzas, las durillas y los matojos, protegidos por un sauce exterior que lloraba el recuerdo de sus ramas verdes, el carrascaleño dijo que quería acercarse hasta Casas de Belvís para ver, aprovechando la noche, a una familia de republicanos represaliados que podrían ayudarles. No era de preocuparse. En Casas, contó, ganaron siempre las izquierdas porque vivían los trabajadores de la zona y porque la llegada de la República les permitió independizarse de Belvís de Monroy, donde habitaban los pudientes y las fuerzas vivas que les malpagaban los sueldos y les negaban sus derechos. Lo cierto fue, rehistó, que antes de que los trámites burocráticos de Madrid reconocieran lo que la mayoría de los caseños aprobó en octubre del treinta y uno, llegó el alzamiento y las derechas acabaron con la aspiración independentista de Casas de San Bernardo, que fue como llamaron al poblado. Tras la guerra, los franquistas no solo eliminaron a muchos republicanos. También acabaron con los sueños de todos sus vecinos.

Miguel no permitió que se alejase de su lado. Y menos sangrando como estaba. Empezaba a tener algo de fiebre y se asustó por él. Tenía que buscarle un refugio seguro cuanto antes, un sitio donde pudiera sacarle las balas a cuchillo, como había hecho tantas otras veces con sus heridos. Allí no podía porque necesitaba hacer fuego y porque el reposo durante días era obligado tras la operación. Le dio un extracto de sauce blanco con el que suplía la falta de píldoras de ácido acetilsalicílico y consiguió bajarle la fiebre. Pero no se durmió. Ambos se mantenían tan en vilo que les resultó imposible conciliar el sueño cuando llegó la noche. La luna llena colaboró lo suyo azuleando los rostros como si sus rayos fueran los rescoldos de una hoguera.

Fue entonces cuando el muchacho le contó la historia del convento, aprendida en sus primeros años de escolarización. A Miguel le sonaba algo lo de los franciscanos de Belvís, pero no acababa de cuajar los recuerdos. Empezó a caer en la cuenta cuando Carmelo le dijo que esas ruinas vivieron su esplendor durante la conquista de América. Todo empezó cuando los condes de la Deleitosa, los Monroy, antiguos ladrones de ganado y salteadores de caminos venidos a señores, podía imaginárselo, protegieron a Juan de Guadalupe y Pedro de Melgar, iluminados proscritos que habían sido expulsados de Trujillo y que se habían salvado por los pelos del escarnio público. Ambos se refugiaron en la choza que había construido un anacoreta junto a la ermita del Berrocal y, con tiempo, convencieron a los dueños de Belvís y al obispo de Plasencia, don Gutierre de Toledo, de la conveniencia de edificar el convento porque ya se amontonaban allí más de una docena de monjes del Santo Evangelio. Los condes pagaron los costos y apadrinaron a esos patriarcas clandestinos que se enfrentaban a la corrupción y la relajación del clero oficial. Creyeron que, ayudando a esos cenobitas que pregonaban una renovación espiritual basada en un estricto régimen de pobreza y penitencia, disimularían ante Dios y los hombres sus muchas barrabasadas. Como Alicia podía ver, los motivos de los mecenas siempre tuvieron, tenían y tendrían como fin sus propios intereses. Aunque entonces, cuando menos, no desgravaban los impuestos.

Hernán Cortes, añadió Carmelo, era familiar de los Monroy por parte de madre y conoció en México a uno de los fundadores, Pedro el Melgarejo, quien viajó hasta allí el año mil y quinientos veintiuno. Al conquistador le gustó cómo predicaba, calculó lo útil que podía resultarle y pidió al emperador, el primer Carlos de aquí, que le enviara franciscanos descalzos para cristianizar indígenas. Eso hizo que el monasterio se convirtiera en uno de los centros de iniciación misionera más importantes de España. Y aquellos iluminados austeros y caritativos, cultos y entusiastas, abandonaron la penitencia y ayudaron de modo singular a la cristianización porque predicaron con el ejemplo y asumieron la mitología y los rituales de los indios.

Miguel contempló la luna trizada por las zarzas. Pensó que esos monjes representaban la cara iluminada de una misma conquista cuyo rostro oscuro lo encarnaban individuos como Cortés y Pizarro. O Miguel de Génova, su propio antepasado. También ahí se manifestaban, transcendidas, las dos caras del hombre, aquella batalla soñada en el Retiro entre el ángel y el demonio que llevamos dentro. Reflexionó de nuevo sobre ello y comprendió la importancia que tenía la victoria de lo uno sobre lo otro, de la bondad sobre la maldad, o viceversa. Pero se dijo que era mucho más importante comprender que ese combate interior nunca tendría fin porque resultaba imposible destruir al perdedor sin que pereciese el ganador.

¡Pobre Miguel!, se dijo quedamente a sí mismo. Y alzó una mano, ceremoniosamente, hacia la nítida luz de la luna. Ni por despiste, se confortó, podría matar la bondad que seguía llevando dentro. Se sintió tan bien que hubiera podido creer en Dios. Y se rio. ¡Como para creer! Cuando nació la República, hasta el

tolerante don Dimas olvidó las veleidades aperturistas y se transformó en un cura intransigente. Dijo que fue porque la expulsión del cardenal Segura le había indignado. ¡Quién sabía! Lo cierto es que se echó al hombro el trabuco de las excomuniones y se introdujo en la trinchera, dispuesto a negar el paraíso a media Torrealba. En sus homilias dominicales condenó la quema de conventos y la canallesca disolución de los jesuitas. Hasta elevó el tono y, alzando el puño sobre la tonsura, disparó desde el púlpito sus anatemas contra las perfidias cometidas por Azaña, sin olvidar la ley de secularización de los cementerios que tanto le había dolido a su bolsillo. También arremetió contra la ignominia que iba a suponer la anunciada supresión de la enseñanza en los colegios religiosos, pero en ese punto solo consiguió poner de mal humor a sus feligreses, porque, gracias al gobierno, se había arreglado la vieja escuela, destejada desde el año veintinueve por un vendaval malaje.

Como respuesta, Elpidio Madruga empezó a mitinear contra la Iglesia en la Casa del Pueblo, pero sin caer en provocaciones. No era que el sindicato y los intelectuales progresistas hubieran renunciado a seguir trabajando contra el opio del pueblo, como llamaba el Marx ese a la religión, sino que había que realizar con más sutileza la labor de zapa. Una buena manera, dijo, era correr de mano en mano la «Biblioteca de los Sin Dios» de Augusto Vivero, la que distribuía Ediciones Libertad desde el número cuarenta y uno de la calle Roma de Madrid. Ahí estaban los datos, ahí la ciencia, ahí el puntapié certero a la clerigalla, como decía su propia propaganda. El primer título de la colección ya era revelador: *Jesucristo, mala persona*. Contundente.

Al Templao le había deslumbrado la filosofía de aquellos libritos de treinta y dos páginas que repartía Manuel Rangel Estévez desde Santa Marta, en Badajoz, y que le traía un compañero con periodicidad irregular pero incesante. Le llegaron incluso las cuatro obras que secuestraron las autoridades. Se titulaban *Las alegres abuelas de Jesucristo*, *La absurda virginidad de María*, *Origen nefando de los conventos* y *Jesucristo homosexual*. ¡Toma Jeroma!

El Remedios anotó que de los veinticuatro números que acabaron imprimiéndose, los que más gustaron en Torrealba fueron *El Papa que parió*, *Dios Padre*, *pedrusco* y *El santo revoltillo de la misa*. No resultaba difícil adivinar por qué.

El Templao insistió en que una cosa era tener pleno conocimiento de la patraña de las religiones y otra muy distinta andar por ahí zurrando a los religiosos. Había que acabar con las tonsuras civilizadamente, demostrando las pamplinas del catolicismo, no violando monjas o chamuscando clerizontes. La batalla tenía que ser didáctica. Por eso había que pasar de mano en mano, o se tenían que leer colectivamente a los afiliados, aquellos libritos en los que Vivero desgranaba las contradicciones existentes entre los cuatro Evangelios y en los que desnudaba la farsa de la Biblia y el Nuevo Testamento. Lo que había que hacer era demostrar que el catolicismo era solo una pamema destinada a las mentes más palurdas. Solo eso.

Miguel recordó entonces, sonriendo, que Libertad había leído alguno de esos

libros y decía, orgullosa, que no creía en Dios. Pero no era verdad. Aunque no tenía fe en la Iglesia católica y despreciaba a los sacerdotes tan profundamente como entonaba la primera estrofa del *Himno de Riego*, con vehemencia infantil, el peso de su educación y la tremenda influencia de su madre habían incrustado en su alma el temor de Dios. Su hermano le decía que por encima del hombre solo estaba la naturaleza, con sus leyes severas y su sabiduría profunda, pero que no había inteligencias superiores. Libertad sentía, sin embargo, que un dios personal e intransferible la miraba, no desde arriba ni de fuera, sino desde su propio corazón. Y ella lo adoraba dulcemente.

Ese credo particular de Libertad contagió a Miguel y le hizo creer a pies *juntillos* en la religión cristiana, a la que consideró la más alta expresión de la bondad. Y no fue solo que tuviera fe. Era que sentía una singular compenetración con la figura de Jesús. El hijo de Dios, desde su crucifijo, había sido su mejor y más discreto amigo, un compañero de soledades con el que despachó sus penas diariamente desde que tenía recuerdos. Gracias a él, habló con su madre desconocida. Con él compartió el miedo a la oscuridad. A él le confesó todas sus inquietudes. Y, cuando le pidió que Libertad le quisiera, se lo concedió.

Rememorando sus viejas creencias, Miguel soltó una carcajada. Y Carmelo le miró alucinado, sin entender. Hizo un gesto con la mano. Que lo dejase. Eran cosas suyas. ¡Y tanto! Tan suyas como el otro recuerdo vivaracho, el de don Benito Gorostizaga educándole con severidad en las ciencias del laicismo. Debía comprender, le había enseñado, que la mente humana no funcionaba con clarividencia si se veía perturbada por falsas ensoñaciones religiosas. El librero le dio un curso acelerado de ateísmo. Explicó que eran los hombres quienes se habían inventado a los dioses para combatir su miedo. Le demostró, encomendándole la lectura de la *Esencia del cristianismo*, un librito que había escrito Ludwig Feuerbach, que no fue Dios quien hizo a los seres humanos a su imagen y semejanza, sino justo lo contrario. ¿Por qué, le preguntó, el Dios de los cristianos era un viejo blanco y barbudo, pero Buda era amarillo y obeso? ¿Por qué los hombres empezaron adorando a los astros, a ídolos de animales, a figuras de hombres poderosos? ¿En qué se inspiraba la superstición sino en la ignorancia? ¿Y qué era la religión sino superstición pura y dura?

Las clases dominantes inventaron a todos los dioses que en el mundo han sido, reveló, y prometieron un mundo ultraterreno para aplacar la ira de los desheredados y sembrar en el hombre la docilidad. La religión era, en verdad, la droga del pueblo. Que lo supiera. Y que no esperase nada del más allá. Después de todo, ¿qué alma del hombre se iba al cielo, la de los veinte, la de los cuarenta o la de los noventa años? Porque, ¿qué tenía que ver el Benito iluso que él mismo había sido a los veinte años con ese panzón y revenido de los cincuenta y tantos? ¿Y por qué en el cielo seguían existiendo jerarquías, espíritus dominantes y dominados? Que no, hombre, que no. «¡Desengáñate!, el paraíso está en la Tierra y hay que ganárselo a pulso», dijo en su

última lección. Así, sin grandilocuencia alguna. Como si nada.

Renqueando intelectualmente, dándole vueltas a las ideas, Miguel rumió sus nuevas convicciones y avanzó a trompicones, desnudo, por el camino de la libertad de espíritu. No le resultaba fácil librarse de aquel Dios que había sido su cómplice en la lucha contra la soledad, ese Dios que formaba parte de sí mismo. La entelequia sobrevivía en su irracionalidad. Nadie, replicó el muchacho a don Benito, había demostrado nunca que Dios no existiese. Y don Benito, más tramposo que él, le respondió que, siendo niño, imaginó un monstruo con diez mil cabezas, todas por cierto con chapela, cuya existencia tampoco podía negarse. Por nadie. Jamás. «¿Y qué?», rubricó indolente.

Pero Miguel, erre que erre, las tomaba y las devolvía. ¿Quién creó el primer rastro de vida sino Dios?, preguntaba. Y entonces don Benito, con más sorna que delicadeza, le respondía: «¿Y por qué hablas de quién y no de qué?». Y sentenciaba: «No hay ningún ser superior al ser humano». Y así anduvieron malgastando la inteligencia con esos tiras y aflojas dialécticos cuando, harto de no encontrar salidas, molesto, el muchacho le espetó a don Benito:

—¡Vale! Pues Dios no existirá, pero a mí me parece que sí.

Allí, desvelado por los viejos recuerdos, Miguel volvió a ver el rostro de Leonor sobrepuesto al suyo en el vago espejo de la oscuridad. Y sin venir a cuento, se dio cuenta, por primera vez, de que siempre la llamaba Leonor cuando el recuerdo era dulce y Mimí cuando la memoria le amargaba. De que la había partido en dos. No era una sola mujer. Eran la buena Leonor y la mala Mimí. ¡Menudo cabrón estaba hecho!, pensó de sí mismo. Pero lo que más le inquietaba era no saber a quién quería más, si a Leonor o a Mimí.

Miró al joven herido. Tampoco hubiera podido responder con claridad a quien le preguntase qué sentía por Carmelo, ese muchacho desconocido que le había salvado la vida. Pero tuvo claro que, aunque seguía sin saber por qué, tenía que ayudarles. No podía comprometer a Mimí-Leonor ni dejar al chaval desprotegido. Era un pensamiento que, perteneciendo a la razón, manaba de otro sitio, tal vez de sus entresijos. Resultaba indefinible. Sin responder al instinto, parecía irracional. Tenía que hacerlo así aunque se equivocase. Era más fuerte que él mismo.

Aunque sus pensamientos le parecían sandeces, a Miguel no le disgustó lo que sentía. Para tranquilizarse, se dijo que no pasaba nada porque, además, no había cambiado de idea. Solo estaba retrasando sus planes por un tiempo. Pero era que, por primera vez en su vida, le embargaba, profundamente, esa conmoción indefinible que nos deparan las dudas. Hundió el rostro en sus manos. Estaba inquieto. Le había gustado aquel «¡viva el Cambio!» que dio el campesino de Torrealba. Le había llenado de ese estúpido orgullo que ocultan la vanidad y la arrogancia de los seres humanos. Le emocionó, era verdad. Pero precisamente por eso debía apartarlo de su mente.

No quería ser el Cambio, ni el marqués guerrillero, ni siquiera Miguel de

Génova Meneses. Tarde o temprano, huiría. Cambiaría de nombre, de vida, de personalidad. Y empezaría de cero. Sería un cabrón, el peor de los cabrones, cuando fuese necesario. Lo conseguiría.

Pero ahí, en las zarzas, las fuerzas se le fueron por las traseras del alma cuando oyó toser al chico tan de mala manera y recordó que se estaba desangrando. Comprendió que su blablablá interior, las reflexiones chulescas que albergaba, esas pretenciosas y egoístas aspiraciones de huir del país, todo eso, era absolutamente secundario.

Miguel elevó los ojos y el muchacho le devolvió una mirada limpia, especular, profunda como el agua del pozo de su palacio, salvadora. Pensó que tal vez aquellas pupilas dilatadas y el iris azulado expresaban, con sencillez diamantina, la única respuesta. Sí, se dijo, ahí estaba la vida reclamando el siguiente paso. Y esa vez no necesitó mirar las palmas de sus manos. Sintió el hormigueo de las rayas. Las líneas continuaban haciéndose a sí mismas.

Los dos apellidos del Francés

Fijó la imagen de sus prismáticos de campaña. Se había acodado sobre un lecho de hierbas asperjado de pan y quesillo y el aroma del cercano azafrán salvaje le embriagaba. Aunque no le había visto nunca, adivinó al Francés. Iba el último. Y Miguel sabía lo que significaba. Él mismo lo había vivido muchas veces. Cuando huían, los enemigos venían por la espalda. Y el guerrillero más valiente era el que siempre, invariablemente, se colocaba al final de la fila para proteger al grupo.

El Remedios miró intensamente a su interlocutora. Sonrió. Los mejores eran así. Normalmente, los buenos jefes ocupaban la cabeza cuando tocaba avanzar hacia un objetivo y cerraban el comando cuando se retiraban. Como el Cambio. Como tantos que predicaban con el ejemplo jugándose la vida por dar siempre la cara.

El chaval no aguantaba más. La fiebre le hacía sudar hasta los pies. Parecía que llorase. Pero no. Era que le transpiraban hasta las niñas de los ojos. El Cambio pensó que si no se daba prisa, moriría desangrado o le mataría la calentura. No podían seguir a los guerrilleros y esperar a que llegaran a su refugio para presentarse de mejor manera. Y se arriesgó.

Sabía que podía pasar cualquier cosa, que le podían pegar dos tiros, pero se puso en pie y silbó como le enseñaron a hacerlo en el Decimocuarto Cuerpo cuando se quería avisar a los compañeros de una presencia amiga. Pensó que alguno de los caminantes reconocería el chiflido peculiar. Pero no fue así. Se tiraron todos al suelo y le encañonaron con sus máuseres y escopetas. Sin embargo, Miguel había tenido la precaución de levantar el naranjero sobre la cabeza, cogiéndolo entre sus dos manos, cruzado, como si se rindiese. Aunque estaban lejos, los vio estirados sobre el césped verdoso y amarillo, los cuerpos desprotegidos. Arrojó a lo lejos su ametralladora. Sin bajar los brazos, pidió a Carmelo que se irguiese lentamente y se apoyara en él. Como no podía sostenerse, el muchacho se agarró de su cuello y le tambaleó. No lo tumbó por poco. La escena no pasó desapercibida a los ojos del Francés, quien, con rapidez, había levantado una rodilla para apoyarse en ella y apuntar mejor con su fusil ruso, un Mosin-Nagant de quince tiros por minuto que le había quitado a una pareja de

guardias civiles en un enfrentamiento. Como había sido teniente de milicias, no reconoció el silbido, pero le resultó familiar. Lo suficiente como para ordenar que nadie disparase.

El jefe guerrillero gritó que bajasen despacio del altozano en que se hallaban. Y sin armas. Miguel lo hizo sosteniendo abiertamente al muchacho, casi arrastrándolo. Un par de huidos corrieron hacia ellos y le ayudaron. «¡El chaval está jodido!», gritó uno de ellos. Y la tensión se disolvió en la brisa.

El Cambio se presentó. Dijo quién era y de dónde venía y explicó la penosa situación en que se encontraba el chico. Por si servía de algo, añadió que era el hermano de Ladislao Anastasio. Y vaya si sirvió. Ahora estaba con Chaquetalarga, en otro grupo guerrillero, pero seguía siendo de los suyos, dijo el Francés.

El Remedios aclaró el asunto a la confundida Alicia. Por allí, por donde el norte de Cáceres que lindaba con Toledo, había tres grupos y algunos guerrilleros pasaban temporadas, indistintamente, con unos o con otros. Todos eran de la misma cepa republicana y antifranquista pero, por razones familiares o cuestión de raíces, tiraban más hacia una partida que hacia otra. De hecho, compartían algunos campamentos ocultos, los de paso, a lo largo de todas las sierras extremeñas del norte y los Montes de Toledo. Vamos... Cómo sería que, para que lo entendiera, todos, incluidos los anarquistas y los socialistas, acabaron formando parte del ejército guerrillero que organizó el Pecé a mediados de los cuarenta cuando juntó a sus maquis con los huidos que se habían echado al monte desde el principio de la guerra o como consecuencia de la represión posterior al conflicto.

Poco antes de encontrar al Francés, el Cambio y Carmelo llegaron arrastrándose a la sierra de Altamira y, temiendo vigilancia en el puerto de Arrebatacapas, hicieron noche en las afueras de Carrascalejo. Buscaron a un anciano que guardaba cabras desde un bohío cochambroso y conocía a Carmelo desde que era niño. Sabía que su hermano se había echado al monte, dijo. Pero no quiso saber el porqué. Tampoco le preguntó sobre el balazo. Simplemente, le ayudó lavándole la herida y haciéndole infusiones de pan y quesillo, el remedio que él utilizaba contra las hemorragias y la cicatrización de heridas. El zurrón de pastor, como también le llamaban a esa planta, les iba muy bien a las mujeres, explicó, para regular las menstruaciones dolorosas. Y si valía para ellas, ¿por qué no iba a valerles a los hombres que perdían sangre?

En los dos días que les acogió, el chaval mejoró levemente, pero el anciano no pudo eliminar la calentura. El Cambio ya no sabía qué hacer porque el pastor reconoció que había topado en ocasiones con algunas partidas de los huidos, pero dijo no saber quiénes eran. Alguna vez, un par de ellos se había acercado a su choza a pedir un poco de tocino, pero lo normal era verlos pasar precisamente desde el campo, desde ese montículo donde él acudía a recoger el pan y quesillo no solo para atender sus asuntos medicinales, sino porque era muy goloso y le gustaba chuparse los dedos estrujando sus flores de campanilla. Eran dulces, se justificó. Y, además, se entretenía como un niño buscando las más gordas entre los caramujos.

El Francés pasó con los suyos tres días más tarde y la fortuna les acarició la chepa. Doblemente. Primero, por el encuentro. Pero sobre todo porque el grupo volvía hacia el sur y no tenía la menor intención de quedarse por la sierra de Altamira, donde ellos pretendían encontrarlos. Viajaban hacia Villarta de los Montes, camino de las Hoces del Guadiana, allí donde se juntaban las provincias de Badajoz y Ciudad Real. Iban a refugiarse en las cuevas de Valdehornos, que habían habilitado hacía más de un mes. Y, claro, se fueron con ellos.

Viajaron hasta las Tablas de la Murciana llevando a Carmelo en unas parihuelas que hicieron con varas de fresno y sacos zurcidos entre sí por un grueso cordel. Cuando llegaron al sendero que se estrechaba entre las hoces de piedra, dos hombres se turnaron para llevarlo a sus espaldas y el propio Miguel lo anudó después a su cuerpo para atravesar un tramo, de apenas dos anchos de pie, escavado en la roca, por encima de la fuerte corriente. Era el único acceso a la cueva Clara, la más próxima al río Valdehornos. El Remedios le indicó a su oyente que se trataba de un sitio perfecto porque, además de pescar todo tipo de peces de agua dulce, podían cazar nutrias y, dependiendo de la temporada, incluso jabalíes.

Aunque alguna gente de Nalvalpino, el pueblo más cercano, conocía esa gruta, el Francés la prefería a otra que estaba en la umbría, la cueva Oscura. La clara era más amplia y habitable y se ocultaba en un hoyo amplio y profundo, rodeado de peñas. Además, varios chopos y álamos negros nacían por debajo de la entrada y sus cúpulas sobresalían varios metros por encima de la enorme boca, uniéndose a la barrera natural de jaras y zarzales que protegía el acceso principal.

La preferencia del Francés por esa cueva también tenía un poso emotivo, precisó el Remedios. Después de la marcha de los huidos de Toledo, Badajoz y Córdoba, fue allí donde habían celebrado, hacía poco más de un mes, la primera asamblea de los cuarenta guerrilleros que pertenecían a las partidas improvisadas por el Francés y Gómez Recio. «¡Recio!», evocó el Remedios con añoranza. Fue el gran Quincoces, otro con dos ya sabía que organizó en el monte a los mejores de su pueblo, algunos tan humildes que solo vestían zamarras pobremente elaboradas con pellejos de oveja, describió. Ahí, en esa cueva, concluyó, había germinado en el sur el verdadero movimiento guerrillero republicano de posguerra, el que tantos quebraderos de cabeza le provocó al dictador.

Acabaron la marcha refugiándose allí tras comprobar que algunos alimentos imperecederos, como la cecina de vaca o de mulo y las conservas o los frutos secos, seguían enterrados en sus escondites. Algunos de esos anfitriones sumaron a ese almacén, encantados, el saco de latas y encurtidos y las botas de vino que les dio Miguel. Y otros, los más expertos, colocaron cuidadosamente en un recodo de granito las armas y los explosivos que habían transportado a tan costosas penas. Recostaron a Carmelo en el mejor petate que tenían, el que estaba relleno de lana cruda, y le arroparon con pieles y mantas de algodón para que sudara el padecimiento hasta el fondo de sus fondos.

Después de elegir un rincón para su catre, el Francés interrogó profunda pero amablemente al Cambio. Cubrió con la pelliza su grueso jersey de lana gruesa y se apretó los cordones de sus checas levantándose unos pantalones de pana negra más deshilachados que el traje de un espantapájaros. Se recostó en la pared de piedra. Empezó diciéndole que, pese a lo reciente del suceso y las trampas informativas de las autoridades, conocía el atraco al tren militar. El apodo del Cambio se había extendido por toda la provincia. Como un maná. Aunque los periódicos no publicaron nada, el pueblo hablaba de él como si fuera Diego Corrientes, el señor de la serranía que a los ricos robaba y a los pobres defendía. Y es que todo el mundo había visto el romance inventado por el cineasta Ignacio Farrés Iquino. No sabía si Alicia sabía. La película de ese director fue muy mal recibida por la crítica cuando se estrenó en Barcelona poco antes de la guerra. La distribuyó la productora del Comité Ejecutivo de Espectáculos Públicos UGT-CNT de Valencia, Exclusivas Diana. Y por eso no le gustaba mucho al franquismo. Pero, durante el conflicto, causó furor popular y, pasado el tiroteo general, los censores tuvieron que darle, de mala gana, vía libre. De manera que continuó proyectándose tan panchamente por todos los cines de España. ¡Jo!, ¡qué cinta! ¿Y sabía una cosa? Pues que fue la primera película que hizo Paco Martínez Soria, a quien se conocía entonces como «Paquete». ¡Toma! Pero como Alicia, preocupada por su ignorancia, preguntó quién era ese Martínez Soria, al Remedios se le cayeron las plumas del sombrero. Y con cara de simples parejas, molesto, le respondió que lo mirase en Internet.

Lo más importante, comentó el viejo tunante, fue que el Francés le preguntó por qué le llamaban el Cambio. Porque, en menos de una semana, dijo el guerrillero cordobés, todo el mundo le conocía por ese mote y nadie de los suyos sabía de qué iba. Lo único que se había corrido era la bola de que se trataba de un héroe capaz de viajar por los espejos y que utilizaba ese don para aparecer o huir por ellos engañando a sus perseguidores. De hecho, se contaba en voz baja que lo único que había quedado en el tren tras el atraco era un gran espejo de balancín recubierto de plata. Al parecer, susurraban, no se lo llevó porque había sido su puerta de escape. Pero huyó por allí. Y herido, como lo probaban los restos de sangre que dejó sobre su lámina de cristal.

Lo del espejo, dijo Miguel, era en parte verdad. Pero no lo arrojó fuera del vagón, como le hubiera gustado, porque pesaba como una yegua muerta. Cuando quiso levantarlo se dio cuenta de que tenía sangre del muchacho en las manos y, ofuscado, trató de limpiárselas en su propio reflejo. Quedaron los garabatos de sus dedos, pinceladas de las palmas. Incluso los trazos bermejos de los pelillos de los dorsos mezclados con el azogue informe de los desconches que provocó el destrozo. No obstante, le explicó la historia del pozo para que entendiera la razón de por qué le llamaban el Cambio. Y el Francés quedó impresionado. Pero no por la fantasía popular, sino por el ingenio que mostraron quienes habían diseñado aquel sistema de sifones de agua que ocultaba el corredor.

Miguel contó su vida a grandes rasgos, sin entrar en detalles personales. Le ocultó la huida final de Madrid, su quema y los planes de irse al extranjero. Sospechando que su interlocutor había formado parte del Ejército Popular por la forma en que había conducido la partida, le dio cuenta de su anterior pertenencia al Decimocuarto Cuerpo Guerrillero y de que allí fue conocido por el alias del Marqués.

Ya le contaría más detalles. De momento, precisó, bastaba que supiera que a finales de septiembre del treinta y ocho, una vez organizado por fin el Cuerpo de Guerrilleros, él formó parte de la 158 Brigada de la 200 División de Extremadura Almadén y que al final había sido destinado a la 155 de la 330 División del sector Centro Guadalajara como teniente. «¡Qué tiempos aquellos!», le había dicho al Francés. Percibían, además de las 2,25 pesetas diarias para alimentación, una gratificación mensual de 200 pesetas por especialidad del servicio. Y, encima, cada brigada repartía 2000 pesetas en moneda facciosa para utilizar en la retaguardia del enemigo. «¡Matar nos mataban igual, pero moríamos como reyes!», concluyó con guasa.

En la calentura expositiva, al Cambio se le escapó que había pertenecido a los Invisibles. No sabía si sabía, dijo. Eran aquellos primeros guerrilleros que pelearon tras las filas franquistas desde finales del treinta y seis. ¿Que si sabía?, replicó el Francés. Se cagaba en la leche. Que no jodiese. ¡Pero si era un Invisible!

Él siempre había deseado conocer a alguno. Le habían contado muchas de sus hazañas porque se extendieron en los frentes madrileños para elevar la moral de los combatientes. ¡Menuda fama tenían! Sobre todo después de lo de Talavera, cuando unos cuantos acudieron a ver una corrida de toros, tan frescos a pesar de estar en medio de tantos militares y falangistas como acudieron. Se decía que incluso galantearon a señoritas bien, las de mantilla, peineta y labios de carmín. Sí. Joder. Eso fue lo que se contó. Y que a los jefes no les hizo ni puñetera gracia que se arriesgaran tanto y pusieran en peligro su misión.

Miguel se rio y dijo que no fue para tanto. Y menos lo de ligar. En esos ambientes no se comía una rosca ni Manolete, dijo. Pero sí fue verdad que Rojo, Xanti y los otros mandos se cabrearon lo suyo, aunque no pasó nada y todo salió bien. Eran muy rigurosos. Despreciaban la chulería. Y había sido una chulería. Innecesaria, además. Pero, matizó Miguel, ellos eran los primeros en saber que, si no fuera por algunas aventurillas como aquella, ¿quién coño iba a aguantar tanta presión, tanto jugarse a diario la cabeza y tanto ver caer a los compañeros convertidos en hermanos de sangre, amigos del alma?

Al Francés se le habían encendido los ojos, admirado, pero se limitó a sonreír. Se sinceró algo más. Él se había incorporado a las columnas comunistas cordobesas desde que empezó el conflicto civil y gran parte de la guerra estuvo en el frente de Madrid, donde le ascendieron al grado de teniente por méritos de guerra. «Nos vendrás muy bien si quieres quedarte con nosotros», ofreció.

En esa ocasión, Miguel vaciló solo un segundo. Pensó con rapidez que dónde iba

a estar mejor que con aquellos hombres, dadas las circunstancias, y le respondió que contara con él. «Fue una de las decisiones más acertadas de su vida», afirmó el Remedios. Y miró detenidamente a su encandilada Alicia. Gracias a esa elección, añadió, pudo recuperar el norte. El Francés fue su Estrella Polar en medio de sus noches más oscuras.

El Francés... El Remedios suspiró. Miguel hablaba del Francés como lo habían hecho del Cambiao quienes le conocieron en los mejores tiempos de combate, cuando la izquierda no se había roto y la ilusión reventaba cualquier muro. Decía que el cordobés era un líder natural. Y que aunaba, a partes iguales, la pasión y su razón. Los dos ingredientes se frenaban el uno al otro, se contenían y acababan fundiéndose en una personalidad equilibrada y seductora. No dejaba que nadie hiciera lo que él podía hacer y siempre tenía el hombro dispuesto para que se apoyara en él quien lo necesitase.

Aquel hombre moreno, de estatura mediana y ojos azul tormenta, tenía curtida a fuego el alma de trinchera, pero no perdió jamás la humanidad. Era comprensivo con la flaqueza de sus hombres. Salvo si su pecado era la traición o la cobardía. A los que se cagaban encima los castigaba con rigor, aunque sin ensañamiento. Cuando no huían de su alcance y los cogía, los fusilaba o les pegaba un tiro. Pero siempre después de que toda la partida los juzgase y permitiéndoles ser sus propios abogados defensores.

Era un sentimental. Más de una vez perdonó debilidades de sexo emanadas de la pasión amorosa, incluso las que llegaron a poner en peligro la partida por descuido, como pasó con el Mora en La Jarilla. Cuando sus escarceos con la hija de un enlace que llamaban el Especial, repetidos en un chozo cercano a la finca donde se guarecía la guerrilla, fueron conocidos por el alcalde, la Guardia Civil rodeó la casa a media noche y, aunque consiguieron huir, un hermano de la muchacha, herido gravemente en el tiroteo, murió dos días después. Cuando el Francés lo supo, el Mora fue juzgado y muchos de sus hombres votaron que se le ejecutase. Pero él le perdonó la vida e incluso le dio otra oportunidad en la guerrilla después de rebajarlo a subalterno en el mismo grupo que siempre había estado a su mando. Más tarde, claro, pasó lo que estaba cantado. Se convirtió en uno de los peores chivatos de la Guardia Civil. «*Aliquando bonus dormitat Homerus*», dijo el Remedios pensando en el Francés. Y se lo tradujo a la chica, aunque ajuncándose con el café, para que entendiese la intención. Venía a significar, más o menos, que todo el mundo yerra y hasta el bueno de Homero la cagaba alguna vez.

Esa tolerancia con el sexo no la mostraba, sin embargo, en su valoración política de personas y acontecimientos. En eso era rígido, amante de la disciplina. Aferrado a las viejas teorías, se mostraba intolerante con quienes iban de listillos pero no tenían cojones, que decía. Y la prueba fue su enfrentamiento con Carlos, a quien el Pecé hizo después máximo responsable de la guerrilla extremeña. Reconocía su valentía personal, pero quería que los mandamases del partido lo cambiaran porque era un

blando y teorizaba mucho. A su juicio, no valía para el combate. Mucho «soy el que mando porque lo dice el partido», pero era nulo como estrategia y no tenía ni idea de cómo debía librarse una batalla, dijo el Francés al Cambio. Y, menos, cómo dirigir una guerrilla. Acostumbraba a sentenciar, como conclusión, que era un politiquillo, no un militar.

Todos pensaban que el Francés actuaba a la antigua porque sabía mezclar su educación política en el Partido Comunista con su saber militar adquirido en el ejército. Pero Miguel afirmaba que no era, ni mucho menos, un fanático. Y que si quiso desplazar a Carlos no fue por el deseo de mandar, como afirmaban algunos de sus subordinados, sino porque consideraba sinceramente que el comandante era un burócrata sin remedio y se ajustaba tanto a los cánones y las órdenes establecidas por la jerarquía que encenagaba la lucha entre tantos papeles y tantas reuniones. Ambos murieron valerosamente en combate, precisó el Remedios. Al final, hechos fueron amores y no sus sinrazones. Y eso fue, Alicia, lo importante.

De Pedro José, «el Francés», de ese casi treintañero que solo le sacaba cuatro primaveras, el Cambio habló siempre maravillas. Y por algo sería. Sobre todo si se tenía en cuenta que el extremeño no se quedaba corto respecto a él en méritos de guerra. A Miguel le impresionó que el cordobés fuera hijo de un jornalero y tuviera la cultura justa que le permitió esa herencia. Después de todo, era un hombre tan de pueblo que, de hecho, tenía dos apellidos distintos que utilizaba indistintamente, Díaz y Marquino. Porque en su pueblo, Hinojosa del Duque, para contentar al tiempo a los padres y los abuelos, llegó a ser costumbre registrar un patronímico en la iglesia y otro en el ayuntamiento. Para que viese, dijo el Remedios a su párvula oyente. Y Alicia sonrió mientras asentía. «Ya veo, ya», dijo encandilada.

El espíritu de Millán-Astray

Por el cuarenta y dos ya era tristemente famoso en la provincia el teniente coronel de la Guardia Civil Manuel Gómez Cantos. ¡Qué bicho!, le dijo a Alicia antes de atacar una empanadilla de bonito que había pedido para acompañar un caldo de gallina. La gente le llamaba «el carnicero de Extremadura» y las madres, como si fuera el hombre del saco, les decían a los niños que se durmieran si no querían que el malvado militar fuera a buscarlos por la noche. En La Serena, donde se *jartó* de matar inocentes en la posguerra, comentó el Remedios, todavía se utilizaba una expresión que definía perfectamente su comportamiento: «Eres más malo que Gómez Cantos».

El Francés se la tenía jurada, pero nunca pudo darle boleto, en expresión que utilizó el Remedios para hacerse el moderno con Alicia. La muchacha, sin embargo, no lo entendía. Y tradujo. «Para matarlo, leches».

El teniente coronel había sido nombrado jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Cáceres en marzo de mil novecientos cuarenta. Y cuando se enteró de que, en diciembre, habían llegado a la provincia los republicanos cordobeses de la gran marcha que encabezó el Francés, decidió aplicar los métodos que utilizaban los alemanes en los territorios que habían ido ocupando desde el inicio de la guerra mundial. Con una diferencia. Él no se anduvo con cuantificaciones. Nada del dos por uno que aplicó Franco durante la guerra civil. Ni aquello de diez franceses por cada alemán muerto que aplicaban los nazis. Sabía perfectamente, por los métodos de los mandos africanistas que habían ganado la guerra de España con Franco a la cabeza, que lo importante era aterrorizar a la población. Pero sin cartesianismo alguno. A lo bestia.

Así que, como no pillaba a los huidos armados que se habían unido a los de la zona y ya empezaban a secuestrar a campesinos adinerados y a ocupar pequeñas aldeas, tenía que garantizarse que no contaran con apoyo alguno allí donde tenían familiares y amigos. Y claro, como tampoco sabía quiénes eran, pues eso. Decidió ir a los pueblos donde más simpatizantes podían tener y pregonar con sangre su mensaje funesto.

Instaló su cuartel general en el monasterio de Guadalupe, que conocía personalmente porque acudió en el treinta y seis a salvarlo del asedio republicano y sabía que los que estaban dentro eran de fiar, y organizó la primera barrabasada en uno de sus despachos tenebrosos. Le tocó a Logrosán, un pueblo cercano de Las Villuercas, entonces de casi seis mil habitantes y marcado por una herencia cultural minera. Lo eligió para liarla, para hacer ruido. Y como le pillaba en medio, de camino, paró en Cañamero, un pueblo famoso por su vino de pitarra, ese que tanto y de tan viciosa manera estaba acostumbrado a trasegar. Mientras se tomaba unos chatos, hizo detener a doce vecinos. Y luego, en Logrosán, con el estómago y la cabeza calientes, arrestó a otros dieciséis. Pobre gente, dijo el Remedios. No eran culpables de nada, solo rojos o amigos de los rojos. Pero qué más daba. Seguro que le bastó pensar que eran de los que habían votado a los alcaldes de izquierdas durante la República, concluyó el Remedios, consternado. Y eso fue suficiente.

Cuando anocheía, subió a los veintiocho elegidos a un camión y sus guardias se los llevaron al descampado de la Dehesilla de Mira del Río. Los mataron a balazos y los remataron con tiros desgraciados mientras un sol tembloroso hundía su ojo azafranado tras los cerros difuminados. Los enterraron en una fosa común. Y encima, diecinueve años después, comentó entre dientes el Remedios, trasladaron sus restos al Valle de los Caídos. Sin identificarlos. Que lo había leído él en uno de los mejores libros sobre la historia de la guerrilla, el de Francisco Moreno Gómez. El que se titulaba *La resistencia armada contra Franco*. Y también se lo había escuchado contar, en persona, al historiador extremeño Julián Chaves, gran experto en la guerrilla de su tierra, cuando asistió a una conferencia que dio un día en Madrid sobre los maquis.

Pero que no se creyera. El Francés no se amilanó. Ni por asomo. Y siguió dando palos en todos los sentidos, menos en el de ciego. No podía creerse que Gómez Cantos, ese pedazo de... bueno, podía imaginarse el calificativo, sería un asesino tan redomado, por no decir un cabrón con algo más que pintas. Pero quiso demostrarle que iba a ser su mosca cojonera.

Así que, en agosto del cuarenta y dos, una veintena de guerrilleros de su partida ocupó La Calera, una aldea de la pedanía de Alía, el pueblo cacereño que, junto a Carrascalejo, sufrió lo peor de la guerra por estar en el medio del frente. Cada dos por tres lo ocupaban los nacionales o el Ejército Popular. Y sus habitantes no pararon de sufrir las escabechinas de las tomas y retomas. Los asaltantes, con el Francés a la cabeza, le dieron una paliza de muerte al alcalde falangista y otra a un vecino malaje. Requisaron veinte mil pesetas a la gente de derechas y se llevaron aceite y embutidos, ropas, mantas y hasta un par de colchones.

Comparada con la del teniente coronel, comentó el Remedios, la cólera de Dios hubiera sido *peccata minuta*. De inmediato, preparó a su selecta tropa de guardias desalmados y llevó a cabo una redada de campesinos en La Calera y Alía acusándolos de que algo debían de saber por ser quienes eran. Le dio igual que

alguno de ellos no pasara de los diecisiete años y otro no cumpliera, por viejo, los cincuenta y nueve. Y que muchos no pintaron nada en la guerra. Sin trámite legal alguno, llevó a las veinticuatro víctimas a las tapias del cementerio, formó un pelotón que mandó su inseparable capitán Emiliano Planchuelo Cortijo, un desaborío de Montánchez de quien Miguel echaba pestes, y los masacró a las diez de la mañana con todo el pueblo delante. Aunque, eso sí, colocando un cordón de guardias armados y prestos a dar culatazos, o algo peor, a quien chistase.

De cómo se lo tomaba dio tenebroso relato años después el conductor de su Ford negro, el cabo Juan Rodríguez Álvarez, al que apodaban el Tío Cajilla en su Guadalupe natal porque heredó el mote de un hermano de su padre que tenía un estanco. Dijo que cuando volvían a Cáceres, paró en una taberna de carretera y le invitó a tomar un par de vinos. Tan fresco. Como si no hubiera pasado nada.

Con la sangre de los fusilados más caliente que sus tripas ebrias, Gómez Cantos, a quien las autoridades de la provincia habían otorgado plenos poderes sobre la vida y la muerte, decidió seguir con las matanzas y, solo cuarenta y ocho horas después, planeó la peor de todas. En esa ocasión eligió Castilblanco, un pueblo cercano de la Siberia pacense que contaba, por entonces, con más de tres mil y un almas. Pensaba ganarse, además, la simpatía de todo el Cuerpo porque, además de la dureza del escarmiento, sería visto como una venganza de los luctuosos e históricos sucesos de diciembre del treinta y uno. Y por eso, sin pudor, elaboró una lista con noventa nombres. Nada menos.

Los guardias dejaron aviso en las casas de los seleccionados para que acudieran al cuartelillo a poner en regla sus papeles. Pero todo el mundo sabía lo de La Calera y Alía y se quedaron en sus casas. Antes de que fueran a por ellos, sucedió lo más inesperado. Los vecinos avisaron al párroco local, el navarro Ambrosio Eransus, un carlista que había hecho la guerra contra los rojos como comandante castrense del Primer Batallón del Requeté del Sur y no solo les ordenó que no acudieran a la llamada de Gómez Cantos, sino que se colocó el correa negro sobre la sotana, con la pistola al cinto, se caló la boina, buscó al rufián y le plantó cara. «Oye, tú, si se te ocurre molestar a algún vecino, te busco y te pego un tiro; que si tú eres teniente coronel, yo soy comandante del ejército», le espetó. Y el carnicero, impresionado por la imponente corpulencia de don Ambrosio y la firmeza que mostró, no pudo sostenerle la mirada. Bajó los ojos a la altura de sus ocultos pero adivinables cojonazos, que imaginó grandes como cebollas de su tierra por el bulto que curvaba la sotana, y acabó tirándolos al suelo. Se achantó.

Era mucho Ambrosio Eransus e Iribarren para él. Aquel hombre de Yelz, un pueblo navarro que se atravesaba en un par de minutos, tenía entonces la edad de Jesucristo cuando murió. Y decían de él que, a pesar de ser tan bruto, era tan sensible que sintió la vocación sacerdotal porque vio pasar un carro de basura con varios crucifijos en sus cubos. Se ordenó en el treinta y cuatro para hacerse misionero, pero la guerra civil se le cruzó por medio y se alistó como capellán de combate con los

requetés. Anduvo de campaña por Andalucía y Madrid y, por su fiereza espiritual y su valentía en los combates, terminó la contienda siendo comandante. Tras dar botes por aquí y por allá, acabó rebotado en Castilblanco justo el año del hambre. Al final, corajudo como era, resumió el Remedios, don Ambrosio se fue de misionero, a pregonar la grandeza del Sagrado Corazón de Artica. Y de vuelta, achacoso, fue a morir a su tierra, con los suyos, en el noventa y cuatro. «¡Qué diferente sería el mundo si todos los cristianos fueran como él!», se lamentó el anciano. Y, aunque era más ateo que Bakunin, se persignó solemnemente y gesticuló como si le diera la extremaunción a su fantasma.

Alicia quiso saber por qué las personas como Gómez Cantos llegaban a ser tan sanguinarias. ¿Estaba loco? ¿Era un alcohólico? ¿O qué? Fue como si se preguntase a sí misma en voz alta. ¿Tenía familia cuando cometía esas atrocidades? El carraco le dijo que sí. Mujer y siete hijos por lo menos. Pero solo había que ver su trayectoria para entender que era un prototipo de la chusquería militar de la época. Entonces, el ejército sembraba el desprecio a la vida y cosechaba Gómez Cantos a patadas. Era otro ejemplo prototípico del «¡viva la muerte!» del fundador de la Legión Española, José Millán-Astray, un fanático irredento que se ajustaba meridianamente a la famosa descripción que hizo de él, en Salamanca, don Miguel de Unamuno.

Alicia admiraba al filósofo bilbaíno por su cultura y sus *nivolos*. Y había oído algo sobre el altercado. ¿Cómo le describió Unamuno?, interrogó al anciano. Y este le respondió que mejor acudiese con su móvil a San Google. La muchacha entró en Wikipedia y leyó en voz alta: «El general Millán-Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero desgraciadamente en España hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el general Millán-Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor».

—¡Jodé qué hostia! —exclamó la muchacha.

—Se la mereció —respondió el Remedios con una pizca de perversidad.

Pero que prestara toda su atención si quería entender la historia del Cambio. Cuando ganaron la guerra, ese era, y no otro, el auténtico espíritu de los militares africanistas, el que heredaron los fascistas españoles. El mismo que caracterizaba a Gómez Cantos.

Fue un perro toda su vida. El Remedios se lo explicó. Había nacido en San Fernando de Cádiz allá por marzo de mil ochocientos noventa y dos y estudió en la Academia de Infantería de Toledo, donde precisamente también lo había hecho, años antes, el propio Millán-Astray. En el veinte del siglo pasado pasó a la Guardia Civil, aunque tenía un expediente de mejor cagarlo antes de que alguien lo leyese. Era un borracho pendenciero, tanto dentro como fuera de servicio. Daba palizas a los ancianos que pillaba recogiendo aceitunas abandonadas y a la gente en general,

singularmente a las aterrorizadas fulanas de los prostíbulos que tanto visitaba. Y, como colofón, acumulaba deudas que jamás pagaba con sus aterrorizados vecinos. Como moroso, tenía un morro que se lo pisaba. Cuando ascendió a capitán, detalló, le escribió a un amigo que se llamaba Paco que perdonase a un padre de siete chiquillos por retrasar el pago de un coche que le había comprado. Era la hostia. La mala hostia, claro. De pan negro. El cuerpo de Belcebú.

La guerra se lo comulgó. El golpe de Franco le cogió en Villanueva de la Serena, donde se cubrió de esa mierda peculiar a la que se llama gloria en todos los ejércitos sanguinarios. Con decirle, dijo el Remedios, que en su hoja de servicios se le felicitó entonces por las bajas que causó al enemigo y los muertos en descampado. Porque aquel maligno Mefistófeles mataba a granel. Incluso a los suyos. Como hizo con el cabo escribiente de su compañía cuando se enteró de que había tardado quince días en pasarse de las tropas republicanas a las nacionales. Solo eso lo decía todo.

—Fíjate bien, Alicia —comentó con voz escandalizada—. Hasta el mismísimo Queipo de Llano, famoso por sus feroces alocuciones, dijo de él en Radio Sevilla que había que ver el juego que estaba dando como matarife y le premió ascendéndole a delegado de Orden Público en Badajoz. ¡De orden público! ¡Tenía cojones el asunto! ¡Menuda boñiga!

Su forma de ejercer el cargo le permitió alternar con personas que consideraba sospechosas de republicanismo y, tras ganarse su confianza, se las llevaba a una cuneta cercana al cementerio y les disparaba a boca de jarro, la del vino que se había metido para el cuerpo. Fue tanta su hijoputez, remachó, que en una ocasión prometió clemencia a una mujer que había tirado al suelo de un puñetazo y, mientras le ayudaba a levantarse, le pegó dos tiros. Al final, después de pasar por Marbella, Huelva y Pontevedra, siempre con un cheque de sangre en el bolsillo para perseguir a los rojos huidos, volvió a Cáceres en marzo del cuarenta. Y ahí lo tuvo en Guadalupe, masacrando a capricho a todo quisqui en el nombre de Dios y de su Madre.

Con razón le tenían tantas ganas, especialmente el Francés, insistió Federico Espejo mientras le pedía un chinchón seco al Fonsfredo de turno. Porque así era como llamaba, indistintamente, a los dos hermanos del Manolo que le atendían. «Se llaman Alfonso y Alfredo, pero se parecen tanto el uno al otro que les digo Fonsfredo para no equivocarme», alambicó.

Alicia se disgustó y puso mala cara porque no le gustaba que bebiese aguardiente por la mañana. Pero no dijo nada. El Remedios se dio cuenta enseguida de su enfado mal disimulado y se corrigió de inmediato. «Perdón —dijo—. Se me había olvidado que un *gentleman* no bebe alcohol hasta el mediodía. O hasta la una de la tarde, como dice don Pepe».

—¿Don Pepe?

—Sí, don Pepe.

Era, lo explicó, un docto exdiputado socialista. Uno de los fundadores de la Federación Socialista Madrileña. Se apellidaba Acosta y alternaba en una mesa

próxima con una peña de periodistas de colmillos tan retorcidos como sacacorchos, de esos que tiraban su caña invisible y, entre copa y copa, esperaban a que un político picara el anzuelo del alcohol y les diera las claves para interpretar la realidad más allá de las ruedas de prensa o las declaraciones oficiales. El jubilado madrileño, siempre picarón, reverdecía con anécdotas brillantes su espíritu de sempiterno conspirador. Le habían contado que fue un político tan temerario como de temer. Pero terminó comprobando que, por lo general, solo había empleado como arma sus copiosas lecturas. Especialmente la de los proverbios y cantares de su poeta preferido, don Antonio Machado. Fueran amigos o enemigos, siempre medía el aliento de sus rivales aplicándoles la sabiduría del humilde poeta sevillano.

Lo del *gentleman* le hizo gracia al Remedios desde que oyó cómo se lo decía, en su angosto velador de mármol coralito, a un plumilla orondo y sacamuelas, un tal Abel Ruiz, y a su amigo Luis Dial, un peso pluma en todos los sentidos, tanto por lo escuálido como por lo bien que escribía. El hombre tenía la misma chispa que su máxima filosofal de que donde no había mata era que no había patata.

En ganas, lo que se decían ganas de matar a Gómez Cantos, el Cambio no le anduvo lejos al Francés. Sobre todo desde que descubrió que, por culpa de Planchuelo, el teniente coronel había marcado su nombre en la lista negra considerándolo uno de sus objetivos prioritarios. Pensaba, le había contado Miguel, en la baza que se apuntaría en Madrid si lo cazaba. Investigando con detalle a los que llamaba bandoleros extremeños, se topó con la auténtica historia de Miguel de Génova. Y supo que los generales que perdieron el estraperlo del tren de Navalморal seguían teniéndosela jurada. Pensó que si lo pillaba, más allá del mérito oficial, tendría otro tipo de recompensa. Quizás en pesetas, calculó. Que nunca estaban de más.

Lo vio tan claro como Miguel al revés. De hecho, ironizó el Remedios, compartieron el mismo grito de guerra: «A por él». Pero, para su infortunio, los tiempos no estaban para asuntos personales. Y tuvieron que esperar a otra ocasión que nunca les llegó.

El que anduvo en un tris de pillarle, por una carambola del azar, fue el Cambio. Solo le faltó el canto de un duro. A finales del cuarenta y tres, Miguel recibió una mala noticia personal cuando la partida vivía sus mejores momentos porque muchos enlaces, temerosos de que los detuviesen o les aplicaran la ley de fugas, se habían echado al monte. Uno de ellos, jornalero de Torrealba, paró donde el Francés y le dijo que su padre había sufrido una embolia y agonizaba en su palacio. Los Piteras, desesperados, habían contratado gente para que le buscasen y pagaban un dineral a quien les informase discretamente de su paradero. Querían que acudiese a verlo antes de que muriese. Pero no habían tenido suerte, apostilló.

El bracero también informó al Cambio de que Sebastián Delgado, el Bizco, colaboraba con el capitán Planchuelo y solía ir a verlo cuando bajaba de Guadalupe a Montánchez algunos fines de semana. Especialmente si se celebraba alguna fiesta

mayor. Los guardias decían que el Bizco le había hecho a Planchuelo una ficha detallada, con fotos suyas y todo. Y el montancho, a su vez, se la había pasado a su jefe, Gómez Cantos, añadiendo algunos datos de su propia vendimia.

El joven guerrillero del llano le recomendó que no se acercase a Torrealba porque el Bizco vigilaba el pueblo con sus falangistas y la Guardia Civil. El Francés también le dijo que no lo hiciese. Además, añadió, no tenía sentido correr tanto peligro si, como le había contado, despreciaba tanto a su progenitor.

El Cambiao no le convenció, pero consiguió su permiso para dejar la partida cuando pretextó que, a pesar de tantos pesares pasados, no dejaría morir a su padre en soledad. Se lo mereciese o no, resolvió, tenía que cumplir con su deber de hijo pródigo. Porque, añadió, la vida le había enseñado mucho. Por ejemplo, que uno podía cambiar de mujer divorciándose, pero lo de ser padre o hijo no tenía remedio. Se era para toda la vida. Y por eso, para perdonarse, había que perdonar.

Pero tranquilo, añadió. Tenía una carta en la manga. La del pozo, dijo enigmáticamente. ¿Se acordaba? Pero el Francés, perplejo, dibujó en su rostro un signo interrogante. Le abrazó.

—Ya me contarás cuando regreses —le susurró al oído.

Dos días después, de atardecida, Miguel vadeó el pueblo y se coló en el recinto del palacio por el viejo pasadizo. Asomó las pestañas mojadas por encima del brocal del agujero y saltó con destreza. Acabó colándose en el edificio principal dejando tras de sí un rastro aguachinado. Luego, sacó la pistola de la funda de hule que guardaba en un bolsillo de la chaqueta de cuero y se la puso al cinto. Así, como un náufrago, se presentó en la mal iluminada alcoba de su padre.

Doña María Luisa y el Sandalio le acompañaban a un lado y otro de la cabecera. Se acercó. La almohada y las sábanas estaban heladas. Un extraño escalofrío le apergaminó la saliva. La boca se le secó tanto que no pudo articular palabra cuando don Alejandro abrió los ojos levantando a pulso los párpados violáceos. Sonrió.

—Todavía no toca, hijo mío —balbució.

Sandalio fue quien se lo explicó con precisión. La cosa no había sido tan grave y, una vez más, el cuidado y los remedios de curandera de su mujer habían resultado milagrosos. Eso sí, don Alejandro también había puesto de su parte. Luchó por seguir viviendo. Y hasta estando en coma no dejó de repetir el nombre de Miguel. Decía que quería verle. Una y otra vez. Y otra más. Y más. Hasta que suspiró como un hechizado y despertó.

La Piteras, farfulló el Remedios, abrazó a Miguel y le dio tantos besos que le reverdecía la cara con su aliento. Y Sandalio, tembloroso como el anciano que ya era, se acercó con una enorme toalla de baño y le cubrió la cabeza mojada y los hombros. Para que no se enfriase, dijo paternal.

El Cambiao apenas les dirigió unas palabras de agradecimiento. Sorprendido de sí mismo, besó a su padre en la frente y le acarició las canas azuladas. Eran sedosas y transparentes como alas de mariposa. El enfermo se durmió dulcemente.

Los Piteras le pidieron que se quedara. Nadie, dijeron, le descubriría y podría descansar un rato. Por lo menos, hasta poco antes de que amaneciese. Pero él les pidió que le dijeran a su padre que estaba bien, que andaba en la sierra y volvería pronto. Para cuando terminase la guerra mundial, precisó. Dentro de nada.

Antes de marcharse, doña María Luisa le sirvió un caldo de cocido y unas lonchas de jamón y Sandalio fue a buscarle las cinco mil pesetas que don Alejandro guardaba en la casa, por si le pudieran valer para algo. Miguel le respondió que valdrían para mucho y, después de meter en un fardo impermeable su ropa de lujo, se marchó con ella por donde había venido. Pero no se dirigió a la sierra de Altamira, de donde había salido. Como era Semana Santa, supuso que Planchuelo andaría luciendo tricornio y medallas ensangrentadas en su Montánchez natal. Así que anduvo toda la noche y parte de la madrugada por las veredas de pastores que tan bien conocía desde chico hasta subir al Cancho que se Menea. Cuando asomó a la explanada en la que lo había dejado tanto tiempo atrás, se quedó estupefacto. La templada luz del alba le permitió apreciar, vagamente, que la piedra bamboleante había sido derrumbada.

Aunque se lo habían contado, no se lo creyó. Se convenció de que se trataba de una leyenda rural porque la mente le traía la imagen asustada de Pere Cargol cuando, unos años antes, le abroncó porque podía tirarla y armaría un follón que escucharían los del pueblo. El pobre Cargol ignoraba, dijo el Remedios haciendo gala de marisabidillo, que no había Dios que tirara esa piedra. Lo había explicado bien, muchos años antes, el gran teósofo y ateneísta extremeño Mario Roso de Luna, «el Mago Rojo de Logrosán», que le llamaban. Afirmó que había sido construida por los atlantes al final de la cordillera Oretana, justo a mil metros sobre el nivel del mar, para demarcar, casi matemáticamente, el centro de Extremadura. Era inútil intentar tirarla de su pedestal. Pero más tarde, matizó, Miguel le aseguró, acertadamente, que no había nada en el mundo imposible de abatir. Y dedujo, maldiciéndolos, que solo podían haberla derribado una panda de auténticos descerebrados.

Y así fue. El diecinueve de junio del treinta y siete, resumió Federico Espejo mientras sentaba cátedra con el dedo en alto, el alférez Félix Alejandro Bartolomé, que mandaba una de las dos compañías del Regimiento de las Navas destinadas allí durante la contienda, dio orden a sus soldados de que demostraran que no había nada que se resistiese al triunfal ejército de Franco. Y entre muchos, ayudados con palancas de acero, derribaron la piedra de la peor manera. Seguro que lo hicieron al grito de: «¡Caiga la República!», remató el Remedios con resabio. Y, despectivo, masculló desdeñosamente: «¡Mira tú qué machotes!».

Pensó en Planchuelo. Al malhadado alférez del Regimiento de las Navas y al trujillano no les importaba nada. Ni la cultura, ni la inteligencia, ni el amor de ningún tipo, incluido el de su Dios. Ni las caricias o los juegos. Nada. Y mucho menos que nada, la vida. Ni con mayúsculas, ni con minúsculas. Solo les excitaba la sangre derramada. La dominación por la fuerza. A cualquier costo.

Miguel lo tenía controlado. Había nacido, qué casualidad, un dieciocho de julio

de cincuenta y un años antes. Pero el tiempo no le edulcoró la personalidad. Ni por asomo. Nadie sabía nada de él hasta que apareció en la línea de Malpartida de Cáceres. Allí se puso al lado del Ejército Salvador cuando empezó el alzamiento. Deteniendo y encarcelando militantes del Frente Popular fue medrando en Arroyo de la Luz hasta que le ascendieron a teniente en noviembre del treinta siete y le destinaron a prestar sus servicios, otra casualidad, en la Delegación de Orden Público de la Provincia de Cáceres. Dada su experiencia represora en la provincia, también por casualidad, escaló al puesto de capitán en julio del cuarenta y dos, convirtiéndose en ayudante secretario de la Plana Mayor del Sexto Tercio Rural, asignado al Servicio de Persecución de Huidos bajo el mando del teniente coronel Gómez Cantos. Aunque era fruto de tantas casualidades, comentó Alicia al Remedios con expresión burlona, el cargo lo decía todo. Y era que sí, apuntaló el Remedios. Desde entonces, asistió a todas las carnicerías de su admirado superior. Con gusto. Sin afectación. Dirigió los pelotones de fusilamiento con la misma frialdad que los fabricantes de féretros medían la altura y el ancho de los cadáveres.

El Cambio no tenía ninguna foto suya, pero no le hizo falta. Llevaba en el zurrón un retrato al carbón que le hizo un preso después de escapar del cuartelillo donde fue torturado mientras esperaba la muerte. Pelo cano e hirsuto como el de un asno, corte cuartelero, ojos alabastrinos, de reptil, nariz fina como pico de loro, bigotes franquistas y un mentón de cochero de Drácula amenazante como un espolón. Bueno, añadió el narrador, hilando fino. También tenía unos labios de esparto, resecos como escamas de lagarto, que pregonaban la insensibilidad de su alma. ¡Ah! Y como rasgo distintivo, de estandarte, unas orejas como velas de carabela que envidiaría Dumbo.

Además, el informante le había dicho a Miguel que era alto y delgado como su mentada madre. Aunque no tan moreno ni salado. Y el tono de voz le diferenciaba del resto de los mortales. Hablaba como crotoraban las cigüeñas. Y, más que gritar, graznaba como una urraca hambrienta.

No resultó difícil localizarle en la plaza de España. Aunque allí, pese a su cuadrilla de figurones, no le hubiera costado identificarle sin necesidad de seguir el dibujo. Era el más chulo de la fiesta. O, al menos, lo fue hasta que llegó un sedán negro con rejillas laterales que brillaba como un escarabajo pelotero y salió de su interior un hombre bajito, con borsalino negro, gafas negras, traje y corbata negros y el alma más negra que todo lo demás.

El guerrillero lo intuyó antes de saberlo. Seguro que era Gómez Cantos vestido de paisano. Los ojos, comentó el Remedios a su juvenil Alicia, le hicieron chiribitas. No podía ser. No podía tener tanta suerte, se dijo.

En realidad, se le complicaba el plan. Pero no le importó. Había pensado pegarle un tiro a Planchuelo donde pudiera, salir corriendo y huir en una moto robada horas antes. La idea no era mala, sobre todo desde que supo cómo entrar en el pueblo sin llamar la atención. Para eso se había llevado la ropa de lujo. Lo tenía clarísimo. Bajaría del cancho al pueblo y se registraría en el parador de Padrino, el mejorcito de

entonces. Lo conocía bien porque estuvo de niño, poco después de que lo construyeran en el veintisiete. Allí pediría que le planchasen el traje cruzado, gris como Dios mandaba, la camisa de seda blanca y la corbata de rayón. También se compró un sombrero ancho de fieltro gris, con lazo en la cinta. Para ver sin que le viesen. De los caros. Dijo que era un comerciante de quesos y jamones. Y se dio una vuelta por el pueblo con cuidado de no mezclarse con la gente, moviéndose siempre por las esquinas. Y lejos de toda procesión.

Fue así como encontró a Planchuelo y descubrió a Gómez Cantos. Los siguió mientras hacían una ronda de vinos y esperó a ver si se quedaban solos o iban a algún sitio sin mucha compañía. Mientras los vigilaba, tuvo que contener, en varias ocasiones, las ganas de acercarse y pegarles un tiro. Pero, al final, coincidió con ellos en un bar sin apenas gente. Estaban sentados con otros dos mandos uniformados de la Guardia Civil. Ambos protegían sus espaldas con la pared como respaldo. Cosas del reglamento. Para que si alguien iba a por ellos tuviera que hacerlo de frente, dándoles la cara.

Ya estaba decidido a acercarse y descerrajarles cuatro tiros, a dos por barba, como dijo el Remedios, cuando entró por la puerta, vestido de falangista reluciente, nada menos que el Bizco. Mientras se acercaba a saludarlos, miró hacia el rincón de la barra en que se había colocado y le vio de refilón. Afortunadamente, no acabó de creérselo y se quedó dudando entre ir hacia los jefes sonrientes o aproximarse para ver si era quien parecía. El servilismo inclinó su disposición y fue a plantarse ante Gómez Cantos y los demás haciendo sonar los tacones de sus botas y saludando, brazo en alto, con un «¡viva Franco!» que movilizó a todos los presentes. Mientras los clientes coreaban su grito, Miguel se escabulló. Pero el Bizco, mosqueado, pidió permiso a sus superiores y salió corriendo tras él sin desvelar su inquietud.

El Cambio le sacó la ventaja necesaria para alcanzar la moto que tenía dispuesta junto al parador. La conocía bien porque la había conducido un par de veces que se infiltró en las filas enemigas con uniforme italiano. Era una Benelli 500 de las que utilizaba el ejército nacional durante la guerra. Se la robó a un practicante que dejó amordazado en un granero de las afueras y que, de seguro, la había comprado de estraperlo.

El Bizco llegó rezongando, sacó la pistola de la funda y le disparó cuando arrancaba. Miguel se fue a por él y el Bizco, asustado, echó a correr para protegerse tras un cercado de piedras. Lo hizo demasiado tarde. El guerrillero arremetió con saña y le atropelló. Le golpeó con uno de los manillares y le dio después, estando de rodillas, una patada en la cara. El falangista quedó en el suelo, desarmado.

El Cambio, rabioso, echó el freno. Dio media vuelta y sacó el arma que el cinturón apretaba contra sus nalgas. Pero, cuando se aprestaba a rematar al Bizco, un disparo de fusil le hizo comprender que tenía que salir pitando. «¡Algún día te mataré, cabrón!», le gritó a su inveterado perseguidor. Y puso la directa para salir del pueblo.

El Bizco quiso santiguarse y no lo consiguió. El susto le había destemplado el cuerpo y el alma por completo y los nervios le hicieron temblar de tal manera que no acertó ni a llevarse los dedos a la frente. Ni siquiera gimió. Quebrado sobre el asfalto, se desmayó con los ojos abiertos.

Ni confesión, ni hostias

No se lo iba a creer. Había una cosa que contaban todos los pequeños grandes historiadores de la guerrilla antifranquista a la que pocos daban crédito cuando la escuchaban por primera vez. Y sin embargo era, en puridad, la máxima manifestación de que, como se suele decir, la realidad supera a la fantasía en muchas ocasiones. El asunto le ponía los pelos como escarpas a cualquiera. ¿Sabía de qué iba? Pues de la ocupación de Mesas de Ibor. Sí. De un pueblito cacereño de la sierra de los Ibores por la que merodeaba a sus anchas la partida del Francés. Ni se imaginaba la que se lio, dijo el Remedios sacudiendo las manos como si se le quemaran los dedos. Tenía que oírlo. Pero debía empezar por el principio.

Después del altercado de Montánchez, el Cambio acostumbraba a lamentarse siempre de su mala suerte proverbial. Solía decir que tuvo dos pájaros a tiro y no había podido disparar ni un puñetero perdigón. Al Bizco, ni lo contaba. Pero el Francés y él, Federico Espejo, pensaban justamente lo contrario. Que la ocurrencia fue un disparate y, en el fondo, había tenido mucha suerte. De la buena.

El Francés no le echó la bronca que esperaba. Aunque había quebrado el principio de que ningún guerrillero visitase a su familia por si le esperaban los guardias, le tenía ley. Y echó pelillos al Tajo. Porque, para entonces, el Cambio se había ganado su respeto de pies a coronilla. Sobre todo, porque lo necesitaba. Desde que el secretario general del Pecé en el interior de España, Jesús Monzón, encargó a José Isasa Olaizaola, «el Fermín», recién llegado de Argentina, que empezase a organizar un Ejército Guerrillero del Centro, no sobraba nadie. Y menos si tenía experiencia.

Fermín, que dirigía el aparato desde Madrid, había empezado por Extremadura. Envió a un hombre del partido, un asturiano que se había evadido de una cárcel madrileña, Jesús Bayón, «el Carlos», y le hizo jefe de la primera agrupación guerrillera que se constituyó en la sierra de Altamira. Sí, era ese, precisó el Remedios a su inquisitiva alumna cuando hizo como que le sonaba, pero sin abrir la boca. El rival con el que anduvo a la gresca el Francés desde el primer minuto en que le conoció. El comandante formó tres divisiones y eligió al cordobés para que dirigiera

la Decimosegunda. Luego encargó a un gran tipo, Joaquín Ventas, «Chaquetalarga», que llevara la Decimotercera. Y, finalmente, la Decimocuarta quedó a las órdenes del toledano Jesús Gómez Recio, el Quincoces.

Miguel le explicó a su amigo que, por aquellas fechas, los acontecimientos de la guerra mundial, con Hitler y Mussolini en retirada, dieron alas a los combatientes de la sierra. Lo malo fue que gran parte de los muchachos recién llegados a la guerrilla no estaban curtidos. Ni política, ni militarmente. Sobre todo los campesinos que huían al monte cuando la Guardia Civil descubría que ayudaban a los que ellos llamaban bandoleros. Y, lo peor, que no tenían apenas armamento. Ni intendencia. Ni sanidad. Nada de lo básico. De ahí que el Francés atribuyese tanta importancia a los guerrilleros experimentados como Miguel. Y por eso le perdonó un comportamiento que hubiera castigado, más o menos severamente, solo unas semanas antes.

El Remedios cambió de tercio sin anunciarlo con trompetas. ¿Sabía dónde estaba el valle de Arán?, ¿no? Pues en el Pirineo leridano, mujer suya, que había que ver lo poco puestos que estaban los jóvenes actuales en materia de historia y geografía, protestó. Pero en fin... Lo que le quería decir era que, en contra de lo que se temió la dirección, el fracaso de la Operación Reconquista de España que organizó el Pecé para invadir y asentarse en ese valle antes de que acabase la segunda gran guerra no desanimó a los guerrilleros extremeños.

La heroica pretensión de los comunistas de constituir un gobierno provisional dentro del territorio español, presidido por el último presidente republicano, Juan Negrín, tenía la finalidad, añadió el anciano, de forzar la intervención aliada contra Franco. Querían demostrar lo que pintaban para que no los dejaran fuera del reparto del pastel político cuando acabara el conflicto, porque desde que los aliados desembarcaron en Normandía ya se barruntaba la caída de todos los regímenes fascistas. Incluido el español. Pero nada. Allí cayeron quinientos ochenta y ocho soldados republicanos sin que su sacrificio sirviese para nada. ¡Menudo bicho era Franco en esas cosas! El dictador no se anduvo con chiquitas, desde luego. Mandó cincuenta mil hombres contra los cuatro mil maquis que cruzaron la frontera y...

—¿Maquis? —preguntó Alicia.

Sí. *Maquisards*. Era como llamaban los franceses a los guerrilleros de la resistencia francesa entre los que había muchos miles de soldados españoles que habían huido, derrotados, cuando acabó su guerra. El Remedios recordaba haber leído en algún sitio que la expresión francesa *prendre le maquis* equivalía a la italiana *gettarsi alla macchia* y a la española echarse al monte. Pero en fin, siguió diciendo. Que eso. Que Franco barrió a los maquis en cuatro días sin que eso afectase a la moral de los guerrilleros que luchaban en el resto de España desde el treinta y seis. Su brío no se vino abajo ni un pelín. Entre que apenas se enteraron de la invasión y que aún confiaban en los aliados, siguieron apretando de lo suyo. Sobre todo, el Francés.

A primeros del cuarenta y cinco, le dio por asaltar pueblos del norte de Cáceres cercanos a la sierra de Altamira, que era donde ocultaba uno de sus principales

campamentos. Sobre todo, las aldeas pequeñas que no protegía sobre el terreno la Guardia Civil. Entre secuestros y saqueos, los guerrilleros hacían acopio de dinero y alimentos, echaban discursos reclamando la vuelta de la República y, finalmente, se marchaban cantando *La Internacional*. Así, como se lo decía.

Esos asaltos solo fueron unos aperitivos. Llegaron órdenes de Madrid de que lo que hacían estaba muy bien, pero no era suficiente. Había que acometer acciones espectaculares que demostrasen la fuerza guerrillera en ese momento internacional tan delicado. Fue justo lo que faltaba. El Francés se frotó las manos por la oportunidad que se le ofrecía de realizar mayores estropicios y, justificándose a sí mismo con la excusa de que le obligaba la necesidad, disfrutó sacándose de la gorra la rumiada idea de ocupar Mesas de Ibor. Aunque tuviera cuartelillo.

Solo Jerónimo Curiel, «el Gacho», uno de la partida que era del pueblo y no había dejado de tramar un plan para liberarlo desde el día que salvó el cogote echándose al monte, tenía más ganas que él. Cuando le dio toda la información que necesitaba, el cordobés juntó cerca de treinta hombres de su partida con unos cuantos de Chaquetalarga y diseñó la operación sin informarles de cómo la ejecutarían ni de cuál era el objetivo. Solo comentó que iban a tomar una aldea importante y que no sería difícil. En eso, matizó el Remedios, era tan discreto que rayaba en lo desconfiado. Cuando se sinceraba, decía en broma que él era como ese padre del dicho que un día, segando a solas con su hijo, le dijo: «No me fío de la mitad de la cuadrilla».

El Francés abandonó al amanecer la tienda de campaña en la que dormía y se lavó la cara y el torso en el arroyo que serpenteaba a su alrededor. Luego subió al Saliente del Candil, una peña de escabroso acceso que le servía de mirador y que permitía la huida por las dos laderas del monte, y contempló el camino despejado. Apagó la lumbre de brasas humeantes y acabó de disponerlo todo dejando un hombre al cuidado de cinco caballos tan famélicos que parecían del linaje de Rocinante y media docena de mulas tan vigorosas que, si no del abolengo, por lo bestias, sí parecían ser de la misma casta que la del recio Sancho Panza. Pretendía tenerlo todo preparado por si, de vuelta, se veían obligados a poner pies en polvorosa y tomar las calzas amarillas de la villa de don Diego.

Esa noche improvisaron un campamento de tránsito en el monte y durmieron al raso. Algunos, los más jóvenes, estaban inquietos y hacían preguntas, preocupados por lo que pudiera venirles encima. El Francés los tranquilizó sin soltar prenda y les pidió que durmiesen unas horas. Pero muchos no pudieron hacerlo porque, cuando invocaban el sueño antes de una operación guerrillera, siempre echaban de menos a sus familiares. Solo unos pocos, muy pocos, superaban ese trajín de la memoria al que ni siquiera daban remedio los tres dedos de aguardiente que el jefe les permitía trasegar en un bote de conserva ya vacío.

Con ser abril, aún quedaban sabanillas de niebla cuando el sol asomó su ojo de titán. Desde donde estaban no había veredas hasta el pueblo. Bajaron, avanzando en fila india, por entre las jaras y los brezos floridos, hasta que llegaron a la cañada

mesteña, junto al puente romano de las Veredas. Y allí se quedaron vigilando las piedras desnudas de la arcada descompuesta por el tiempo por la que debían acceder a la entrada de la villa.

Les habían dicho que tenían que seguir la calzada romana hasta el pilón, pero esperaron a que el Gacho se diera una vuelta por el pueblo e informase de la situación. Cuando volvió, poco antes del mediodía, dijo que había cuatro guardias. Y precisó que solo dos de ellos estaban en el puesto porque el cabo y uno de los números se habían acercado a tomar unos vinos en la taberna de Eulalio Sánchez.

El Francés aguantó hasta que el sol pegó fuerte y ordenó un despliegue rápido. Un grupo acudió al puesto y otro, al tiempo, alcanzó la taberna. Del cuartelillo se encargó Agustín Fraile, al que llamaban Padilla. Había sido maestro de escuela en Peraleda de la Mata y participaba en las acciones militares aunque era el responsable de propaganda de la Primera Agrupación. Su grupo se acercó al rollo jurisdiccional de la plaza porque estaba enfrente del puesto de los guardias. Aunque tumbó su cuerpo enorme sobre los seis escalones de piedra y apoyó el rostro sobre la gruesa pilastra que sostenía los brazos de granito con los puntos cardinales, se quedó al descubierto. Afortunadamente para él, uno de los guardias se lavaba la cara en el patio y entró al puesto sin mirar hacia donde Padilla se había tendido sobre su pantalón pesquero de loneta y su camisa desteñida y sin cuello. Tuvo suerte porque las sandalias de cuero y su gorra de visera, dijo el Remedios sonriendo, cantaban *La traviata* detrás de la barrera de berrueco.

Tres guerrilleros entraron en la casa y encañonaron a los dos guardias que estaban en la cocina. Inesperadamente, uno de ellos, un joven espigado y de hombros caídos del que luego supieron que se llamaba Juan Martín, se echó encima de uno de los asaltantes y le quitó el mosquetón mientras lo derribaba. Los demás le dispararon a quemarropa sin dudarle un segundo. El primer disparo le rozó el brazo. Pero el segundo le atravesó el vientre y reventó las tripas.

Mientras tanto, en la taberna se estaba produciendo otro enfrentamiento, porque ni el cabo Julián Jiménez ni el guardia que le acompañaba obedecieron la orden del Francés de que se rindieran para evitar el derramamiento de sangre inocente. Ambos estaban sentados en una mesa con el secretario del ayuntamiento, el falangista y jefe local del Movimiento Juan Soletto, quien les había invitado a tomar unos vinos y degustar unas gambas en salmuera que le habían llegado al cantinero ese mismo jueves. Cuando vieron llegar a la partida, abandonaron precipitadamente el salón y se refugiaron en una estancia del interior desde donde empezaron a disparar sus armas.

El Francés había rodeado el edificio antes de atacar y lo tenía muy claro. Ordenó a uno de sus segundos, Juan Climaco, al que llamaban Mora por entonces y más tarde el Darwin, que fuera a la parte trasera del local y arrojase una bomba de las de fabricación casera. De esas de hojalata, precisó el Remedios, que hacían mucho ruido, echaban mucho humo y causaban poco destrozo porque se fabricaban empalmando dos botes de leche condensada rellenos de dinamita en los que

introducían una mecha. A veces, también había que decirlo, las rellenaban con clavos y trozos de herradura. Pero no en esa ocasión.

El estruendo y la humareda acabaron con la resistencia del cabo, el guardia y el falangista. Pero una esquirla de la bomba alcanzó a la cuñada del mesonero y el tiroteo cruzado dejó heridos a dos paisanos. Cuando salieron a la calle, desarmados y con los brazos en alto, Mora iba detrás, cargado con botellas de vino y tabaco de picadura que apenas podía sostener mientras los empujaba con el cañón del fusil.

Tras las requisas de armas, dinero y alimentos, el Francés convocó a todo el pueblo en la plaza, le pidió a uno de los suyos que colocase la bandera tricolor en el balcón del ayuntamiento y le ordenó que diera un discurso con sus proclamas republicanas. El Mora aprovechó para repartir algunos embutidos a quienes adivinó más necesitados de los presentes y el Francés se lo recriminó y le obligó a recoger lo entregado. El guerrillero se quejó, pero el jefe le gritó que se dejara de pamplinas porque con el final de la guerra mundial se avecinaban duros combates y tenían que hacer acopio de cuantos víveres les llegaran a las manos. La mejor manera de ayudarles, dijo, era darles fusiles, no limosnas. Y vencer.

Tras la capitulación, el cabo les entregó armas, municiones y todo lo que le exigieron. Pesaroso, comentó que temía la reacción de Gómez Cantos. El Francés le dijo que huyese con ellos. Pero contestó que estaba casado y tenía un hijo. Es decir, que se veía obligado a dar la cara. Por ellos y también por sus segundos. «El hombre no sabía que lo que iba a dar no era la cara, sino la vida», sentenció el Remedios mientras miraba tenebrosa y enigmáticamente a la asustada Alicia.

Porque era eso a lo que iba cuando empezaron a desayunar ese sábado gris. Nadie podía imaginar que Gómez Cantos llegara tan lejos como llegó. De todos los implicados, solo Soletó salvó el pellejo. Y ¿a que no sabía qué? Pues que ese falangista, que mirase qué casualidad, era el abuelo de una chica de izquierdas a la que había conocido allí, en Casa Manolo, cuando un grupo de feministas celebraba el ocho de marzo tomándose unas cañas. Él se había acercado a felicitarla por no hablar del Día de la Mujer a secas sino de la conmemoración del Día de la Mujer Trabajadora. Que no era lo mismo. Parecía tan morena por fuera como roja por dentro. Se llamaba Marisa. Y hete ahí la guasa que se gastaba el destino.

Pero en fin, zanjó el Remedios. Lo importante era que la chavala estaba ahí y que fue ella la que le contó, cuando acabaron haciendo migas en la barra donde esperaba ocasionalmente a Manuel Sánchez su marido periodista, que su abuelo huyó porque, conociendo a Gómez Cantos, intuyó lo que le esperaba. Una semana después, cuando pasó todo, se entregó en la Comandancia Militar de Cáceres protegido por un familiar.

Acertó de pleno. Porque el teniente coronel, nada más conocer el suceso, se personó en Mesas de Ibor, acompañado por su fiel Planchuelo, y decidió dar un castigo ejemplar a los cobardes que se habían rendido. Y, como quiso que el escarmiento hiciera temblar a todos los guardias a su mando, pasó lo inimaginable.

Hasta el Remedios se quedó espeluznado cuando leyó en una revista de historia lo que el teniente coronel escribió en su propio informe oficial. Acusaba a los suyos de haber actuado cobardemente tras entregar el armamento, las municiones, los correajes, los uniformes y, entre comillas, el tricornio que tanto les caracterizaba. No les perdonaba que se hubieran quedado en su destacamento en lugar de perseguir a los bandidos por haber mancillado su honor y amenazaba con que, en cuantos casos de negligencia se sucediesen o se cometiesen faltas que menoscabasen el honor del Cuerpo, todos los guardias debían tener presente que aplicaría a los culpables el máximo castigo para el que estaba autorizado.

Así lo hizo. Sin encomendarse a leyes humanas ni divinas, el muy cafre ordenó que los llevasen a la plaza y fusilasen a los tres guardias delante de todo el pueblo. Incluidos sus familiares. Sin excepción. Antes de colocarlos de espaldas a la pared encalada que protegía el jardín de una casa noble, él, personalmente, les arrancó las botonaduras de las guerreras, les quitó los uniformes, que mandó quemar a sus pies, y les colocó los grilletes. La historia hubiera acabado ahí de no haber terciado, como terció, la rancia pero estricta religión. Porque cuando Planchuelo se disponía a dar la orden de fuego, los tres guardias pidieron, a gritos, confesión. Y Gómez Cantos, pese a las protestas encendidas del cura, les negó los últimos auxilios espirituales. «Ni confesión, ni hostias», masculló.

El estremecimiento fue general. Lo experimentaron incluso los guardias móviles que apretaron el gatillo. Pero, para que Alicia viese cómo eran aquellos tiempos de franquismo montaraz, explicó el anciano, lo que acabó con la carrera de Gómez Cantos no fue la salvajada criminal. No, señorita. Fue, para sorpresa general, la santa Iglesia católica.

El teniente coronel no fue condenado por sus tropelías con propios y enemigos. ¡Qué iba a ser!, ironizó el Remedios. Fue a prisión por atentar contra la divina providencia. Porque el cura denunció los hechos al obispo de Coria y el asunto acabó en las manos del primado de España, el preeminente y todopoderoso Enrique Pla y Deniel. Gómez Cantos acabó siendo juzgado, destituido y apartado del cuerpo, un año después, en un consejo de guerra. Pero de aquella manera. Le condenaron a un año de cárcel y a indemnizar con diez mil pesetas a los herederos de los guardias gracias al atenuante, que alucinase, vecina, de haber obrado por poderosos motivos de índole moral y patriótica. Cuando salió de la cárcel madrileña en la que ni siquiera cumplió íntegramente la tan poco penosa pena, pidió la jubilación anticipada, abandonó Cáceres y se fue a vivir en un piso de la madrileña avenida de Oporto, una vivienda de protección oficial que le concedió graciosamente el Glorioso Movimiento Nacional. Lo triste fue, apuntó el Remedios con la cabeza gacha, que en el barrio se le conocía como papá Manuel. Y se le trataba como si fuera un bendito que no hubiera hecho nada incluso cuando él mismo, ya anciano y con un trago de más, alardeaba de sus terroríficas hazañas y se vanagloriaba de haber escabechado a centenas de rojos. Poco antes de morir, en el mismo año que volvió la democracia a

España, se corrió la voz de que, mientras agonizaba, deliraba despierto. Y se consideraba un héroe.

Después de los sucesos de Mesas de Ibor, contó el Remedios por completar la historia, su fiel Planchuelo siguió haciendo de las suyas hasta que el sucesor de Gómez Cantos, Arturo Puga Noguero, le castigó a dos meses de arresto en un castillo. Pero no por fusilar a los guardias o cosa parecida. Le enchironó porque olvidó informarle, como era su obligación, de la entrega voluntaria de un guerrillero. Turbio asunto.

Temió que hubiera algo más y, por si acaso, se dio de baja en marzo del cuarenta y seis. Dijo padecer una miopía que le impedía prestar toda clase de servicios y, acto seguido, sin que nadie supiera por qué, fue a perderse en Girona. Allí acabó muriendo dos años después de que lo hiciera su admirado teniente coronel. Siempre a sus órdenes. Hasta en el infierno.

Tiempo de traiciones

Siempre la traición. «Nunca falta ni falla en la vida», sentenció el sabihondo carcamal mientras elevaba la vista, abstraído, hacia los esmerilados espejos del friso. Solo que la deslealtad, siguió contándole a Alicia, se adosó a la vida de Miguel como una sanguijuela. Por eso tuvo tanto mérito, destacó, que combatiera su deseo de mandar el mundo a la mierda y salvara la fe no tanto en la bondad como en la capacidad humana de superación. Por encima de sus propios sufrimientos, elogió el Remedios, tuvo la grandeza de imponerse a la bestia que todos llevamos dentro.

En ese sentido, la experiencia de su relación con el Lobo fue un ladrillo más en el muro del desencanto. Porque era un crío. Su niño mimado. Le tomó un cariño especial. Y por eso le había dolido tanto. De hecho, desde que el chaval cometió la felonía, el Cambio se acostumbró a soltar, incesantemente, el mismo latiguillo. Repetía: «La traición tiene cara de ángel». Y, con la mirada hundida, abría fosas a sus pies.

Lo del rostro angelical de la traición lo dijo porque desde el primer momento asoció la del Lobo a la de Mimí. Pero, aunque ambos casos martillearon sobre el mismo clavo, la de Mimí fue, con mucho, la peor. Porque era verdad que la chica, explicó el arrugado relator, quería a Miguel más allá del seso y los sentidos. Pero el mazazo que le dio por la espalda fue demoledor. Sin avisarle, al poco de irse al frente, dejó aparcado el sueño común de vivir del trabajo y de las rentas. Fue algo imperdonable. Y no podía imaginarse hasta qué punto.

La prolongación de la guerra y lo incierto de su desarrollo la habían asustado casi tanto como las dudas sobre el modo de mantener su pequeña pero sustanciosa fortuna. Por eso, cuando el buen hacer de su amigo Vilajoana evitó que el gobierno republicano le retuviera en el banco el dinero acumulado después de tantos años de chulear a chulos, la joven recordó que a san Pablo no le fue tan mal caerse del caballo y optó por bajarse de la burra. El Remedios añadió que Mimí actuó con presteza porque la recuperación del capital le obligaba a invertirlo de inmediato donde no corriera riesgos. Y lo primero que pensó fue comprar el piso de Ibiza, donde vivía de

alquiler con Miguel y su madre. Pero no encontró a los dueños y siguió ocupando la vivienda de *barakalofi*.

Vilajoana, el amigo catalán que seguía manteniendo los mejores contactos con los responsables económicos de los gobiernos de Madrid y Barcelona, fue quien le ofreció la solución. Le aconsejó que dividiera la fortuna en dos auténticos chollos. Por un lado, debía comprar acciones de una multinacional inglesa que producía maquinaria agrícola en el Baix Llobregat. Porque el espabilado, siempre con la antena puesta, se había enterado de que la colectivización general de las industrias privadas que la Ceneté y la FAI habían llevado a cabo en Catalunya tenía un desaguadero. Lo normal. Los dirigentes anarquistas, listos como ellos solos, sabían que no hay cuba sin espita ni bebedor que lo aguante. Y pactaron con el cónsul británico de Barcelona una lista de ochenta y siete empresas en las que se comprometían a no cuestionar la gestión capitalista. Ganase quien ganase la guerra, no había mejor garantía.

Con el resto de los fondos, Mimí compró un edificio aislado y señorial más allá del final de Serrano, detrás del asilo de San Rafael, por donde el caserío de las Cuarenta Fanegas. Llevaba funcionando como burdel de lujo desde hacía tres lustros y lo cierto era que, desde que empezó la guerra, el negocio se había mantenido penosamente en pie. Se lo ofrecieron por dos perras.

Mimí estaba segura de que podía reflotarlo sin problemas porque desde finales de agosto la llamaban chicas de todos los rincones de Madrid, concedoras del oficio, que le preguntaban dónde podían instalarse para no morirse de hambre. Eran de buen ver, pero se habían quedado sin sus amantes ricos porque, avisados, habían huido a Lisboa o Biarritz, con la familia, justo antes de que diera comienzo la tangana.

La dueña del local, que conocía a la madre de Mimí, era una *madame* madura, gran católica y muy conservadora. Tenía un contacto en la Quinta Columna y quería escaparse cuanto antes a Valladolid. Temía que los anarquistas le dieran el paseo cualquier día de aquellos y lo arregló todo con sorprendente rapidez y la más escrupulosa de las legalidades. La mujer, más contenta que un lazarillo recién desayunado, incluso firmó una carta personal en la que certificaba que Mimí y su madre eran dos buenas cristianas y no tenían nada que ver con los rojos esos. Lo hizo, dijo, por gratitud. Y por si los suyos entraban pronto en Madrid como aseguraba la radio de Sevilla.

La forma en que la furcia mojigata exigió el pago del contrato desveló a Vilajoana el modo en que podían garantizar para el futuro la valía de los beneficios. Pasara lo que pasase. Estaban dispuestos a todo para garantizar sus rentas. Incluso a correr el riesgo de que les aplicasen el decreto del seis de octubre por el que el gobierno republicano ordenaba a los ciudadanos que entregasen en el Banco de España o en sus muchas sucursales, a cambio de resguardos, el oro amonedado y las divisas y valores extranjeros. Sabían que la Guardia de Asalto perseguía a quien no lo hiciese y que al infractor se le juzgaba como enemigo del Régimen a todos los efectos. Era

carne de fusil.

El eco de los cañonazos, como el estruendo de las trompetas de Jericó, había derruido los muros del lirismo surrealista de Vilajoana y dejó al desnudo su codicia. No era que la pela fuera solo la pela. Era que la pela no bastaba. Querían metal precioso. Plata, oro, diamantes. O, como mínimo, divisas. Pero solo en dólares. Porque cualquiera sabía qué iba a ser del franco, la libra o el marco con la que se había liado en España y acabaría liándose en Europa y en el mundo entero.

La vendedora pidió joyas y monedas de oro. Y si no les llegaba, precisó, aceptaría una parte en billetes de cincuenta pesetas, esos azulones que llevaban el retrato de don Santiago Ramón y Cajal. Le habían contado, comentó sin pudor, que el hombre había alcanzado tal fama de putaño que hasta las fulanas de la calle Huertas pusieron crespones negros en sus balcones el día que murió, lo que no veían bien los nacionales. Pero sus valedores de Valladolid le habían revelado que Franco, si ganaba, solo aceptaría esos billetes, no se sabía por qué. Los demás, todos los que tuvieran algo que ver con el régimen democrático, como los de cinco y los de diez que llevaban dibujados en el anverso los bustos de las Hispanias republicanas, una con laureles y otra con la corona mural, solo valdrían para encender las cocinas de carbón.

El argumento de la puta beata era tan razonable que el financiero barcelonés no lo dudó un segundo. Acordó con Mimí que los clientes del burdel solo podrían pagar los servicios con oro, joyas o billetes de cincuenta. Por si quién sabía, decretó.

El Remedios miró fijamente a la única y aventajada alumna de su curso especial sobre la desmemoria histórica. Miguel, continuó diciendo, tardó casi toda la guerra en enterarse de la puñalada traperera. Y el hecho de que coincidiese con la muerte del Recogío, ¿se acordaba?, la hizo desgarradora, irreparable. Por eso el Cambio despreciaba tan profundamente a los renegados. Sobre todo cuando el engaño, encima, afectaba directamente al corazón.

El Lobo acababa de cumplir dieciocho años cuando se vendió al capitán de la Guardia Civil de Navalmoral de la Mata, el habilidoso José Novoa Oropesa, tan amable con los chivatos como inclemente con los capturados. El Cambio se lo había descrito al Remedios de manera quevedesca. El muchacho era alto y delgado como un enterrador de película americana del Oeste. Tenía el pelo basto, tan salpicado de rizos acharolados que de lejos, por lo seta, lo confundían con el tricornio de un guardia civil. La nariz, puntiaguda, competía con la barbilla por huir del rostro más allá de la nuez sobresaliente. Y por el conjunto de su estampa, podía ser considerado más feo que Picio. Sí, matizó el Remedios tras contemplar la cara sorprendida de Alicia. El famoso Picio, aquel zapatero granadino de principios del siglo pasado de quien se decía que, después de condenarle a muerte y conmutarle la pena de seguido, el susto que se llevó lo transformó en un giboso.

Para compensar, el Lobo tenía unos ojos claros de color indefinible, como los de un bebé. Su mirada era tan dulce que cuando se enfadaba tenía que estrecharla como

un chino para que los demás no se cachondearan. De ahí que su voz profunda y todo su aspecto fiero de pantalón remetido en las botas militares y fajín de algodón con navaja a la cintura asustaran al personal menos que el balido de una oveja trasquilada.

El Francés, desde que el chico abandonó al padre para entrar en su partida, le consideraba como una especie de hermano pequeño. Por eso le ofreció su confianza y, cuando le mostró lo que sabía de números y letras, dejó en sus manos, pese a su juventud, el control cifrado de toda la intendencia.

Su progenitor, el periodista Enrique Álvarez Montes, le educó personalmente durante su destierro en Pau, la ciudad donde nació el chaval en el año veintisiete. Cuando empezó la guerra civil, el exiliado republicano no tardó ni una semana en trasladarse a España. Y, viudo como estaba, lo hizo con el chico en el zurrón. Siempre con el muchacho de joroba, se alistó en el ejército popular y más tarde, terminada la conflagración, huyó a Levante en busca de un barco que jamás llegó. Ambos acabaron echándose al monte por Sierra Morena.

Sin embargo, Enrique Álvarez Castro, «el Lobo», abandonó a su padre a finales del cuarenta y cuatro para formar parte de la Decimosegunda División de la Agrupación Guerrillera de Extremadura, la que mandaba el Francés. No hubo quien le hiciera desistir de su propósito. Aunque no le dejaban llevar armas, el cordobés le permitió, solo unos meses después, participar en el asalto de Mesas de Ibor. Para que aprendiese.

El jefe prefería que no entrase en combate. Bastante tenía, dijo, con ser el escribano de la división. Pero eso había sido lo peor. Porque, cuando se entregó al capitán Novoa en junio del mil novecientos cuarenta y cinco, se sabía de pe a pa todo lo concerniente a la estructura interna de la agrupación. Los mandos, los enlaces, los refugios... «Todo de todo», precisó el Remedios. Y cogiendo suavemente el antebrazo de Alicia, siguiendo su inveterada costumbre de bajar la voz aunque no fuera necesario, se corrigió de inmediato: «Bueno, casi todo».

Que no viese la que organizó con su entrega pactada. Habría parecido de película de risa si no hubiese provocado el desastre que originó. El chaval demostró su infantilismo tan descaradamente que fue de querer mear y no echar gota. Antes de escaparse, el Lobo anduvo dándole vueltas a la fuga durante semanas. La vida en la guerrilla se le hizo cada vez más cuesta arriba. Y algunos compañeros denunciaban ya su derrotismo porque siempre hablaba de que si iban a caer más pronto que tarde, de que el partido los había abandonado y cosas así. Aunque procuraba ocultarlo, todos sabían que tenía una novia en Madrid con la que se carteaba. Y que le prestaba más atención a su relación amorosa que a sus deberes en la guerrilla. Que Alicia le perdonase la crudeza, pero andaba tan salido que se mataba a pajas. «Seguro que temía que la muerte le pillase sin estrenar y por eso hizo lo que hizo», dijo bilioso el Remedios.

Sin embargo, aunque sus actos olían mal, nadie sospechó lo que tramaba. Y menos el Francés. De ahí que se llevase el disgusto que se llevó cuando un atardecer,

estando en el campamento de Umbría de los Batanes, por la sierra Valero, su ahijado político aprovechase que la mayoría de los guerrilleros dormitaban en sus cobertizos de monte para darse discretamente el piro. Cogió una cantimplora de la cocina, se echó al hombro una toalla y le dijo al Francés, que vigilaba el campamento charlando con Tronchón, que se iba a coger agua para refrescarse antes de cenar. Como tardaba demasiado y podían enfriarse las gachas que habían cocinado en un fuego de jara bien pelada, para que no echara humo, el paternal Marquino Monje pidió a Mora y Recaredo que fueran a llamarlo. Los muchachos supieron que se había largado porque vieron que había dejado el paño y se había llevado el recipiente. Más tarde, recontando los víveres y el armamento, descubrieron que también había guindado un revólver, algo de queso y un mendrugo de pan. Además, faltaban dos mil pesetas. «O sea que...», concluyó el Remedios, y golpeó con el puño cerrado la palma de su otra mano: «En botella y con burbujas, gaseosa de La Pitusa».

Mucho tiempo después, el Cambio se enteró de los detalles por un enlace de Naval Moral que era primo de un guardia del puesto. El traidor había escrito una carta en la que ofrecía su entrega incondicional al capitán Novoa dos días antes de la fuga. Pero le había podido la impaciencia y ni siquiera esperó la contestación en la que el mando del sector le daba, para que se entregase allí, una dirección convenida de Cáceres. Le avisaban de que la iban a publicar en los anuncios de un periódico regional y que podría presentarse en el destino cuando más le conviniese.

Entre que las prisas son malas consejeras y el Lobo no tenía ninguna necesidad de que le dieran pistas, consumó de la manera más tonta la chapuza que había resuelto llevar a cabo antes de entregarse definitivamente. En sus marchas por la sierra de San Pedro, explicó el Remedios, el muchacho había conocido una mancebía situada en las afueras de Malpartida, un pueblo próximo a Cáceres al que la llegada del tren le había dado una vidilla especial. Con decirle a su oyente que entonces ya tenía más de seis mil habitantes, se lo decía todo. Decidió pasar por la casa de los vicios y despedirse de su virginal adolescencia dándose el gusto y el regusto de fornicar y hasta de añadirle todo lo que le cayera encima, debajo o de costado. Quería quitarse la espinita que llevaba clavada en los bajos reventones desde que se sumó a la partida porque sus compañeros, obedeciendo las órdenes del Francés, nunca le habían permitido probar moza.

Sabía que Miguel era amigo de la propietaria, Pepa la Clavelina, y nunca había entendido por qué no atendió sus ruegos insistentes de mojar. Lo que ignoraba era que, obviamente, la conocía por recomendación directa de Mimí. Nada más acabar la guerra, la diosa de las Cuatro Fanegas había ayudado a su tía, la Chata, cuando las pasó canutas. Y, gracias a ella, regentaba la casa selecta de Malpartida, la del centro de la población, por donde acababa la calle del Cerro Topete. Hasta que consiguió instalarse allí con la ayuda económica de Mimí, la mujer vivió tiempos malos de verdad, de acreditada hambruna. Y, además, fue Mimí la que le libró, también, de acabar siendo la ayudante de María la Cartucha, la puta más barata de Cáceres en los

más duros años de penuria.

Para que se hiciera una idea aproximada de lo que eso significaba, solo le bastaba decirle que La Cartucha ejercía dentro de un chozo de mampostería construido por un albañil al que había pagado en carne. El edificio, cochambroso, estaba situado en medio de un cercado, entre Cáceres y las Minas de Aldea Moret. Y allí le hacían cola todo tipo de clientes, singularmente los soldados francos de servicio a los que se pulía, de uno en uno, en menos que un seminarista rezaba un padre nuestro antes de comer. La Cartucha se limpiaba la herramienta con hojas de *ABC* atrasados que apilaba en el suelo, junto a la cabecera. Y, a continuación, pedía a gritos que pasara el siguiente. La Cacharra, una prostituta anciana a la que había recogido para que tuviese de comer, se encargaba de cobrar una peseta, en la puerta de entrada, al cliente de turno. Y ¡hala! *Tos pa* dentro.

A la Chata, comentó el Remedios, le caía bien la Cartucha y hasta le agradeció que pensara en ella como suplente, pero consideraba que aquel trabajo era lo peor de lo peor. Solo de pensarlas, le espantaban las cosas que se hubiera visto obligada a soportar. Porque, en una ocasión, la propia Cartucha le contó que un señorito le pidió que se dejase dar por detrás porque era el sitio que menos usaba. Pero como se trataba de una mariconada de esas que a ella no le gustaban, le cobró el doble. Y aceptó. Lo malo fue que el tipo sacó, pegado al glande, el pellejo de una alubia carilla. Y se puso como una fiera. Tuvo que mandarle a freír espárragos porque, según le dijo a la Chata, ¿qué quería el gachó por dos pesetas? ¿Que le saliese un bocadillo de jamón?

Con lo que sacó en Malpartida, la Chata había ampliado después el negocio. Y allí acabó colocando a su sobrina, la hermosa Clavelina. Así que, siempre agradecidas, cuando Mimí les pidió que protegieran a Miguel, ninguna de las dos le preguntaron de qué iba el asunto. Lo hicieron. Y punto. Por eso el guerrillero podía contar con ellas, en confianza, para todo lo que quisiera. Aunque, en realidad, lo hizo poco. Y solo para esconderse con algún miembro de la partida. Otra cosa, sin embargo, fueron sus compañeros. Algunos, precisó el Remedios, no pudieron resistir la tentación. Y menos yendo de gratis. Todas, benditas ellas, siempre cumplieron bien. Y sin abrir nunca la boca.

Miguel fue comprensivo con los suyos porque aquel burdel se las traía. Resultaba casi imposible evitar el pulso acelerado. Él lo aguantó por consideración a Mimí. Pero a picha tan dura como sus duras penas. Que una cosa era mantener con ella las distancias, dijo el Remedios que decía, y otra muy distinta faltarle al respeto con sus amigas sin respetar lo que le ayudaba y le quería.

Pero era que allí, en la casa de la Clavelina, las pupilas eran tan requeteguapas que, además de los dientes, se ponía todo largo. Y no daba miedo, ¡ejem!, meterla, hablando claro, y que le perdonase la terminología machista, porque tenían su cartilla oficial sanitaria y pasaban un reconocimiento médico cada semana en el Instituto de Higiene de Cáceres. Lo demencial era que las chicas necesitaban el permiso previo de la policía, a la que avisaban telefónicamente. Y debían explicar a los agentes los

desplazamientos que iban a realizar en la capital. Las muchachas no se llevaban bien con los maderos porque sus mandos las chuleaban demasiado a menudo para su gusto. Pero tragaban, las justificó el Remedios, porque les respetaban los privilegios de su oficio. Podían ir a los cuatro palcos altos del gallinero del Gran Teatro que las autoridades tenían reservados en Cáceres para las chicas del barrio de San José, el del Cuartel Viejo, y los burdeles de la travesía de San Felipe y la calle Nueva. Y, además, las dejaban acercarse al bar Las Cancelas de la calle Ceres, el que regentaba Sixto, un hombre orondo y amable que había sido carabinero en la guerra y, aunque depurado, colaboraba tan discretamente con la guerrilla que solo lo sabía el Estado Mayor de la División.

Además, en la casa de la Clavelina, las damas del placer, como se autodefinían entre risitas, eran de Champions League, encomió el anciano. Cuidaban sus cuerpos lo que Alicia no podía imaginarse teniendo en cuenta los tiempos que corrían. Se echaban aceites y perfumes y hasta utilizaban lavatorios con sales de aluminio para estrechar los tejidos y parecer recién estrenadas. Y lo hacían, añadió el Remedios, a pesar de la brutalidad que recibían como pago. Como auténticas profesionales. Pero era que la Chata se lo tomaba todo tan en serio que, en una ocasión, jugándose el chiringo, hasta se enfrentó verbalmente con un juez que la llamó «mujer de vida fácil». Ella le respondió que eso lo diría él porque nunca había tenido que chupársela a las tantas de la madrugada, por obligación, a un borracho mugriento.

Que se riese, comentó el Remedios a su joven interlocutora. Pero lo cierto era que las mancebías de Malpartida tenían fama de ser mejores que la famosa Casa de las Muñecas de Garganta de la Olla, la que el emperador Carlos, el de la gota, mandó construir para los caballeros que le acompañaron a su retiro de Yuste. Y funcionaban tan diligentemente que hablaban bien de ellas hasta sus rivales. Algunas, como la famosa Luisa la Piqueira, una matrona madura y respetable que recibía a la clientela sentada en una camilla y abrigada con un mantón de Manila mientras se fumaba un puro, incluso se las recomendaban a los clientes que deseaban variar, según le comentó al Remedios el decano de los periodistas extremeños, Fernando García Morales, quien llegó a ser el más sabihondo licenciado en materia de fulaneo cacereño. Además de, por supuesto, en otros asuntos más serios y trascendentales para la ciudad.

A la Clavelina la envidiaba hasta la Mari Carmen, que tenía en su casa chicas tan espectaculares como La Gilda, una mujer que se parecía un montón a Rita Hayworth, o la Coyota, a la que llamaban así por las novelas de moda de *El Coyote*. Por cierto que a la Coyota, contó el anciano gay, la consideraban de la acera de enfrente y cuando le preguntaban si era lesbiana, como era tan bruta como hermosa, respondía: «No, yo soy de Valladolid».

Ni el Lobo ni los guerrilleros se explicaban cómo aquella morenaza de lujo que era la Clavelina atendía como un príncipe al Cambio las pocas veces que algunos fueron por allí para esconderse. Pero si el Francés no se mosqueaba, era por algo. No

lo hacía, claro, porque Miguel le había informado de su pasado con Mimí, esa *madame* de lujo que tanto le amó y a la que tanto le debía.

El tema de las putas preocupaba mucho al Francés porque los superiores de Madrid eran muy rigurosos al respecto. En eso, además, tenía la mente estrecha. Si no se fiaba de las buenas mujeres, cómo se iba a fiar de las malas, le dijo un día al Cambio. Y él le respondió que no fuera burro. Por pedagogía feminista. Pero pensaba en la traición de Mimí y le tentaba callarse o darle la razón.

Cuando tomó las de Malpartida, el traidor aprovechó que había una estación cerca de Arroyo de la Luz y viajó hasta allí, desde Plasencia, en el Lusitania Exprés. Como había hecho otras veces, se fue andando desde el apeadero hasta el viejo molino de la Charca de Frasco Díez, donde estaba aquella casa de la Clavelina en la que hasta santiguarse era pecado mortal.

Mientras recorrió los tres kilómetros de distancia, anduvo ensimismado por las veredas que se abrían entre las figuras graníticas de los Berruecos, ocultándose detrás de las escobas y los codesos florecidos y orientándose por el crotorar de las cigüeñas blancas que anidaban sobre los impresionantes roquedales. Incluso consiguió olvidar el sentido desnortado de sus pasos. Pero cuando atisbó a lo lejos el encalado edificio de la perdición segura, ni los cánticos de los borrachos ni las temblorosas luces del antiguo lavadero de lanas que sus moradores acababan de encender sosegaron el bochorno de su espíritu.

Más tarde hizo fama la habladuría fundamentada de que el chaval se había fundido en putas y aguardiente todo el dinero que llevaba. Se dijo que mezcló tan indebidamente los destilados con el champán que montó una escandalera de cojones. Y que la policía, obligada, tuvo que acudir a detenerlo. Era más. Fue tan impertinente que no le atizaron una buena paliza porque consiguió superar la ceguera ética tras los primeros palos y le asomaron las luces necesarias para sorprender a los guardias balbuceando que era un guerrillero del Francés. Antes de que le pegaran un tiro, añadió que acababa de abandonar la guerrilla e invocó el nombre del capitán Novoa. Así que, después de dormir la mona en los calabozos de la Comisaría Central de Cáceres, lo llevaron dando tumbos a Naval Moral. Y allí, como un contratenedor aficionado, cantó lo que nunca se había escrito en pentagramas.

Menos mal, explicó el nonagenario, que el Francés se olió la tostada antes de sacarla de la brasa y ordenó a los suyos que, de inmediato, abandonasen todos los campamentos. Disciplinadamente, lo que se dice disciplinadamente, solo lo hicieron los guerrilleros de la Umbría de los Batanes, en la sierra Valero. Allí, los móviles solo encontraron víveres, medicinas y ropa, incluidos los uniformes de los guardias de Mesas de Ibor. Sin embargo, la orden le llegó tarde y mal a la docena de partisanos del refugio de Las Corchuelas. Aunque pudieron huir tras un tiroteo con las fuerzas asaltantes, se dejaron papeles con las listas completas de los enlaces de veintiocho pueblos de la zona, incluidos algunos de Toledo y Salamanca. Y, entre junio y julio, fueron detenidas un total de ochenta y cinco personas. Lo jodido fue que a un puñado

de enlaces les aplicaron la ley de fugas o los fusilaron cuando los detuvieron. Resultó singularmente dramático, comentó el Remedios, espantado, el caso del placentino Jesús Pérez, a quien ametrallaron en su casa delante de sus nueve hijos y su mujer embarazada.

Con todo, la reacción de las partidas del Francés sorprendió a las autoridades franquistas. De hecho, solo cuatro días después de la huida del felón, con un despliegue sin precedentes que coordinó personalmente el mismísimo gobernador civil de Cáceres en la zona de Gata, la Benemérita intentó rodear un campamento situado entre Descargamaría y Cadalso, donde había vivaqueado el cuartel general de la Decimosegunda División. Sus batidas no dieron el resultado pretendido porque, aunque los guardias se acercaron a la velocidad del trueno, los combatientes huyeron cuando vieron los rayos. Los cazadores no encontraron ni un huevo en el nido de las águilas.

Por razones muy diferentes, el Cambio evocaba esos días con recuerdos agridulces. La angustia iba ligada, en su memoria, al conocimiento de un muchacho de Aceituna muy especial. Se llamaba Gerardo Antón y le llamaban Pinto. Enseguida le demostró que era ágil, perspicaz, más listo que un zorro cojo y valiente como él solo. El Francés no le había dicho nada de él, aunque en alguna ocasión había visitado fugazmente sus campamentos. Pero había una explicación. Era el responsable de la guerrilla del llano.

El chaval no tenía parangón como seductor de colaboradores. Transmitía de tal modo su propia fe en la causa republicana que contaba con el apoyo incluso de curas y militares fichados por él mismo. No se sabía cómo, los había convencido de que se acercaba la recuperación de la República porque el Eje se estaba hundiendo en todo el mundo. Quedaban cuatro días para que terminase la guerra mundial y volviera la democracia, les decía. Y se lo creyeron.

Pinto había sido durante muchos años estraperlista de tabaco y del mejor café que se vendía en Portugal. Y contaba con la complicidad de media serranía de Cáceres. El muchacho se había ganado el cariño de la gente humilde por lo bien que toreaba a los guardias y su vehemencia antifranquista. De ahí que el Francés, cuando le conoció, le parase las ganas de pegar tiros y le encargase hacer proselitismo para atraer enlaces. La tarea no le hizo gracia, pero cumplió a la perfección. La traición del Lobo dejó a Pinto en pelotas y, a finales de agosto del cuarenta y cinco, por fin, satisfizo su sueño de tomar un fusil.

Al Cambio le dolieron especialmente las caídas de dos amigos personales. Una fue la del doctor José Mateos Guija, un socialista moralo que juró no volver a ejercer la medicina hasta que Franco dejase de gobernar. Le conoció cuando escribía espléndidos artículos políticos para los panfletos de la guerrilla bajo el seudónimo de Caballero Rojo. Más que leerse los, los deglutía. La otra fue la del Colorín, un viejo anarquista que se había integrado en la Unión Nacional Española que lideraba el Pecé. Tenía un quiosco en la plaza de Navalmoral de la Mata y, detrás de los

periódicos, caramelos y palulús que vendía, ocultaba una de las más importantes estafetas de la guerrilla, decisiva porque, gracias a su relación con Manuel Bueno, «el Maquinista», ponía en contacto a las distintas divisiones de toda la Primera Agrupación extremeña con Talavera de la Reina y con Madrid.

Miguel tuvo una especial relación con el Colorín desde que el Francés le utilizó como correo para contactar con la cúpula madrileña de la guerrilla. El Cambio contó al Remedios que lo más gracioso fue que el comandante le enviaba para conseguir armas y material de propaganda y los de Madrid no solo respondían que nanay de la Siberia, sino que reclamaban a los del monte parte del dinero que sacaban de los atracos y los secuestros. El Colorín era la repera. Aunque él nunca le informó de sus misiones, solía decirle, siempre más listo que el hambre: «¿Qué, otra vez con las manos vacías, eh?». Y el Cambio, sin soltar palabra, le invitaba a un anís de garrafa y se reía.

Con el Maquinista le pasaba lo mismo. Pero como era más serio de carácter y devoto militante comunista, se limitaba a agachar la cabeza y moverla de un lado para otro, compungido. Porque siempre que lo veía pensaba en el valor singular de ese madrileño que había construido un zulo debajo del tender de la máquina en el que transportaba guerrilleros, armas y fardos del *Mundo Obrero* desde Madrid hasta Navalmoral. Y, sobre todo, recordaba a su esposa, la admirable Soledad de la Fuente, una mujer entera que le refugió muchas veces en su casa del cincuenta y cuatro de la calle Áncora de Madrid, convertida también en estafeta. La mujer le cuidaba como si fuera un crío.

—Cambio, ¡hay que ver la cara de párvulo que tienes! —decía mientras le acariciaba el pelo como una auténtica madre.

Miguel no dejó de preguntarse nunca por qué el Lobo se hizo un delator y acabó formando parte de una compañía de la Guardia Civil que persiguió durante años a sus compañeros y los de su padre, aquellos que le habían acogido desde que era un niño. Su ejemplo volvió a inocularle la duda sobre los seres humanos y sus símbolos. Cuando vivió lo peor, antes de asaltar el tren, no creía ni en las banderas ni en las grandes ideas. Y menos en las personas. Luego, luchando con el Francés y los suyos, viendo cómo se sacrificaban, cómo desplegaban la bandera republicana en sus recónditos campamentos, cómo luchaban porque soñaban con la libertad y la democracia, había empezado a recuperar la fe. Volvió a tener amigos, enseñanzas, ideales. Se emocionaba contemplando a un guerrillero que cuidaba a un herido, viendo desplegar la tricolor sobre una vara. Y recordaba a don Benito y los iguales de Babeuf.

Y ahora le caía esto. Ese muchacho que tuvo sobre las rodillas mientras le enseñaba a escribir metáforas y distinguir las estrellas, a quien miraba siempre de reojo cuando había peligro, al que quiso como el hermano pequeño que nunca tuvo, le acababa de mostrar lo más mezquino que alberga el ser humano. Por primera vez desde que estaba en la sierra, había sentido el gélido aliento de la derrota azotando su

rostro. Y, lo que era peor, le había hecho pensar, de nuevo, en acometer de una puñetera vez el atraco que le diese el dinero necesario para huir de ese país que volvía a parecerle miserable. Y sin remedio.

La justicia guerrillera

Aunque el Francés, temerario como siempre, quiso plantar cara a la adversidad, las cosas empezaron a irle de Guatemala a Guatepeor. El contagio del Lobo hizo que los traidores crecieran como setas en otoño. Fue una época tan cruda que el jefe decidió aplicar en varias ocasiones lo que Julián Chaves, ¿se acordaba?, sí, aquel historiador cacereño al que conoció en Madrid, llamaba la justicia guerrillera. Era muy simple. Había que acabar con el confidente antes de que el confidente acabase con los guerrilleros que confiaban en él.

Hablando informalmente tras la charla sobre la guerrilla extremeña, el profesor de Historia Contemporánea le había informado, a modo de ejemplo, de un ajusticiamiento ocurrido en el valle del Jerte. Pasó en la primavera del cuarenta y seis. El Francés recibió la orden de dar un golpe sonado para demostrar que la guerrilla extremeña, pese al destrozo del Lobo, seguía vivita y golpeando. Y resolvió asaltar el cuartel de la Guardia Civil de Navaconcejo. Nada menos.

Pero tenía que entenderlo. Ese hombre tan resuelto como sensible había ido endureciendo su personalidad hasta convertirla en un bloque de pedernal que cincelaban los acontecimientos. Había recibido un palo y tenía que devolver un garrotazo. Era su forma de pensar. Y además quería vengarse. Porque, aunque lo disimulase, la felonía del Lobo le había provocado una irreparable fisura interior. Y no solo por la confianza y el afecto traicionados, sino porque, por su culpa, habían caído muchos hombres y mujeres a quienes conocía personalmente desde que empezó la lucha en las sierras extremeñas.

Poco después de la deserción del jodido Lobo, pasó lo del asalto de la Guardia Civil al cuartel general de la Decimocuarta División, el campamento de El Obispillo en el cerro Ballesteros de Navalvillar de Ibor. Aunque el Lobo no tuvo nada que ver, fue lo que faltaba. Quienes lo ocupaban eran gente de Quincoces. Pero algunos de los acribillados habían estado con el cordobés desde mil novecientos cuarenta y le acompañaron en su partida antes de que el mando los destinara a la Decimocuarta. Él mismo, cuando le tocó pelear en la sierra de Altamira, había habilitado hacia unos

años el vivaque agredido. Y, para colmo de males, uno de los que cayó fue Timoteo Rodríguez, «el Jabato», un hombre sin cuyo apoyo no hubiera podido hacer nada de lo que hizo porque, tras huir de la cárcel de Carrascalejo de la Jara, su pueblo natal, fue el primero en montar unas infraestructuras rudimentarias entre el puerto de Arrebatacapas, la sierra de San Vicente y Guadalupe. Fueron las que él y los suyos utilizaron como refugio cuando llegaron de Córdoba.

Para valorar lo que le dolió al Francés, Alicia debía saber que la toma de El Obispillo fue también consecuencia de la actuación de dos desertores que, siguiendo los pasos del Lobo, hicieron intencionadamente que la policía los detuviera en la finca Arroyo Navalgallo de Mohedas de la Jara. Uno de ellos era un tal Sancho, a quien el comandante Carlos ya le había visto el plumero y consideraba un provocador. Por eso le había ordenado que se encargara de la guerrilla del llano con la intención de alejarle de los grupos de acción y de las armas. Lo hizo demasiado tarde. Para entonces, conocía perfectamente la zona de actuación de la división de Quincoces y una parte, la oriental, de la del Francés.

Esa fechoría, con todo, no le sorprendió tanto como la del otro presunto chivato, Juan Blas Romero, al que unos se referían como Churchill y otros como el Bombero. Era uno de los hermanos de Francisco Blas, al que llamaban Lenín acentuando la última vocal sin que se supiera muy bien el porqué. Lenín ejercía de jefe del Estado Mayor de la División de Quincoces, quien le consideraba su fiel mano derecha.

Hablando de traiciones, apuntó el Remedios con acritud, lo más dañino fue lo que ocurrió unos meses después. Según los documentos oficiales del Pecé, quien entregó definitivamente a Quincoces y el propio Lenín, fue otro hermano de Francisco Blas, Eduardo el Manco, quien cooperaba como enlace de la guerrilla. Aquello acabó siendo dinamita para los pollos. Se extendió la especie, demoledora, de que ya nadie era de fiar cuando hasta la familia te vendía.

Sin embargo, puntualizó el relator, nunca quedó claro que las cosas fueran así. Por lo que a él respectaba, quedaron muchas dudas por resolver, aseveró antes de recostarse de mala manera en la silla de barniz oscuro como si, al recordarlo, hubiera experimentado retortijones. Porque fue verdad que el Manco sirvió de cebo, pero también era muy posible que colaborase en la captura simplemente porque le torturaron hasta que no lo soportó. Y que confiara en poder avisarles antes de que cayesen. De hecho, el destacamento de la Guardia Civil que ejecutó a los guerrilleros le dio el paseo solo una hora después del tiroteo. Y se llegó a decir, no sin fundamento, que los guardias le mataron porque era un testigo incómodo.

La tapadera policial fue que el propio Quincoces le disparó al Manco cuando el cabo Daniel de la Cruz le dio el alto y comprendió que el hermano de su compañero le estaba traicionando. Pero según certificó el historiador toledano Benito Díaz, otro admirable investigador de la lucha armada antifranquista, cuya versión era más de fiar, la verdad fue muy otra. El jefe de la Undécima División y Lenín fueron tiroteados por la espalda sin que tuvieran tiempo para utilizar sus armas. El

historiador también desveló que Quincoces llevaba encima más de cuarenta mil pesetas porque pretendía huir a Francia, pero en el atestado solo aparecieron veintiséis mil y pico. Ya veía, pequeña, comentó el anciano a la asombrada *doctorsita*. Entonces, las cosas eran así porque había mucha necesidad. Y los pobres guardias, remató con sorna, también tenían que comer.

Fuera ironías, añadió, era muy posible que ninguno de los dos hermanos hubiese traicionado a Lenín y que el chivato que lo empezó todo, cuando la Guardia Civil asaltó el campamento de El Obispillo, fuera el Sancho aquel en solitario. En cualquier caso, al Francés le dio lo mismo porque el resultado, a la postre, fue igualmente dañino para la causa. Con hostias o sin hostias de por medio, los hermanos de Lenín habían sido unos cabrones.

El Cambio, sin embargo, lo veía de otra forma. Valía que un partisano se suicidase antes de caer preso para, como decían las ordenanzas guerrilleras, no verse obligado a delatar a sus compañeros. Pero ¿quién podía juzgar a un detenido martirizado que, contra su voluntad, acabase denunciando a los suyos? Eran gajes del combate y había que distinguir. A los ojos de Miguel, los auténticos traidores solo eran los que se pasaban de bando y colaboraban después con las comandancias, sobre todo con sus contrapartidas. Quienes revelaban lo que sabían bajo tortura y acababan siendo asesinados, con o sin juicio de por medio, eran otra cosa. Después de todo, resistían el sufrimiento hasta el límite de sus fuerzas. Y no podía pedirseles más.

Como el Remedios vio que Alicia no entendía lo que significaba una de las palabrejas que acababa de pronunciar, se lo explicó. Eso de las contrapartidas fue uno de los inventos más terroríficos de las fuerzas franquistas. Consistió en crear falsos guerrilleros para detener a quienes colaboraban con la guerrilla y descubrir dónde se escondían los guerrilleros de verdad. Vestían como los combatientes republicanos y usaban sus mismas armas. Iban en grupos reducidos, formados por guardias civiles, somatenes y traidores. Y perseguían a las partidas engañando, arrestando y aterrorizando a los enlaces que las encubrían.

Hubo un momento en que esas bandas parapoliciales fueron tan numerosas que el pueblo tuvo que recurrir a sus más resabiadas artes para distinguir entre unos y otros cuando no conocían a los visitantes. Por ejemplo, controlando su forma de comer. Como todos les pedían algo que hubieran cocinado, los campesinos y pastores diferenciaban a unos y otros con facilidad. ¿A que no adivinaba cómo? Pues por algo tan simple como detectar su ansiedad. Los guerrilleros, por lo general, iban muertos de hambre. Los de la contrapartida no es que fueran tupidos, pero comían menos y mucho más despacio.

—Otra vez te has ido de paseo. Por las nubes —dijo Alicia afectuosamente. Así. Como si no.

Y el anciano sonrió, pidió perdón y retomó la historia: «¡Ah, sí, los traidores!». Pues eso. Que el Cambio, como él, no juzgaba con idéntico rasero a los torturados que cantaban y a los desertores o conversos que acababan colaborando en la

persecución de sus compañeros para que el Régimen les perdonase sus delitos y les arreglase la vida. En cambio, el Francés, ya lo había dicho, despreciaba a todos los que acababan informando al enemigo, obligados o no. Y, en eso, su intolerancia fue total.

Pero bueno, lo importante era, continuó contando el Remedios, que el dolorido Marquino Monje se envenenó un poco más cuando le contaron la tragedia de El Obispillo con pelos y señales, sin ahorrarle detalles escabrosos. Menos mal que Quincoces no cayó entonces por casualidad. Tuvo la suerte de andar buscando en la vecina sierra de San Vicente, junto al comandante Carlos, la manera de coordinar a todas las divisiones del centro peninsular. Y eso le libró de la matanza.

La operación se fraguó la noche del penúltimo día del año. Una sección de guardias de Naval Moral de la Mata que había salido de Garvín y atravesado el río Gualija con el agua hasta la cintura, rodeó el campamento formando círculos concéntricos. Y, con las del alba, el brigada que los mandaba, aspirante a conseguir una Cruz del Mérito Militar a cualquier precio, ordenó a los cincuenta números de las brigadillas móviles que iniciaran el asalto a sangre y fuego.

Los vigilantes se alarmaron porque un cervatillo saltó de la hierba alta que ocultaba a la avanzadilla de la fuerza militar y corrió hacia ellos sin temor. Uno de los guerrilleros apreció que la maleza se agitaba y que el brezo y las jaras se movían en sentido contrario al de la brisa. Otro atisbó figuras encapotadas que saltaban de los quejigos a los chaparros. Y de pronto, una ráfaga de ametralladora salió desde detrás de una lorera que separaba el arroyo del pequeño y protector bosque de niebla.

Como dormían vestidos, los quince luchadores que ocupaban el campamento se dispersaron, sin pérdida de tiempo, tras oír los tiros. Pero chocaron una y otra vez con los asaltantes y sufrieron el fuego cruzado de sus máuseres y naranjeros. Las balas se cebaron en los cuerpos de los más valientes, los que intentaban cubrir la huida de los demás. El primero en caer fue el propio Jabato. Le siguió Eugenio Álvarez, «el Jopo», un jornalero de sesenta años que había sido enlace de Quincoces y que, por temor a que le arrestase la Guardia Civil, acababa de echarse al monte con tres de sus hijos hacía menos de un mes. El último fue Teodoro López, «el Sergio». Al final, otros cinco combatientes, con el Madroño a la cabeza, fueron sometidos por la fuerza sin que ni siquiera les diera tiempo de pegarse un tiro.

Al Francés, para colmo, le olió a cuerno quemado que la dictadura aprovechase el suceso para hacer propaganda de las bondades del Cuerpo. Las autoridades supieron aprovechar que un grupo de guerrilleros había conseguido escapar del cerco, huyendo arroyo abajo, y que entre ellos marchó Daniela Barroso, la compañera sentimental de un tal Madroño, con quien había tenido un hijo hacía solo ocho días. Era verdad eso de que los guardias fueron a quemar los restos del campamento y encontraron al bebé. Y, en eso, el Francés no se metía. Supo que el brigada se lo dio al secretario del ayuntamiento de Garvín y este a la abuela materna, aunque el pobrecillo falleció poco después. Y le pareció bien. Con reparos. Porque decía que era lo menos que podían

hacer. Lo que le fastidió sobremanera fue que convirtieran ese gesto en una falsa leyenda que enseguida se extendió por todo el norte de Cáceres. Y que el truco consistiese en promover una cancioncilla popular en la que se daba a entender que Daniela y los que huyeron con ella lo hicieron gracias a la humanidad del guardia que los tuvo a tiro. La romanza terminaba diciendo: «Soltó al niño en el campo y Daniela escapó./ El guardia Saldaña, de buen corazón,/ por no matar al niño, Daniela escapó». ¡Había que joderse!, dijo el Francés al Cambiao. Y lo peor fue que la gente se lo había creído.

Solo faltaba que en el Jerte pasara lo que pasó, poco después, para que el cordobés impusiera la justicia guerrillera sin la más mínima contemplación. Por culpa de otro desertor, tuvo que suspender el asalto al cuartel de Navaconcejo. La Guardia Civil se enteró de todo porque la desconfianza general que había sembrado el Lobo ayudó mucho a que lo descubrieran antes de que se ejecutara el plan. Significativamente, fue José Serrano, «el Especial», un enlace del llano que coordinaba a todos los de la zona, quien vio salir de la casa del traidor a un cabo de la Benemérita y, tras dar la alarma, se encargó él mismo de vigilarle para acumular más pruebas de su deslealtad. Descubrió que el Yegua, como llamaban al chivato, había viajado a Plasencia y se había dirigido directamente al cuartel del «Todo por la patria». De allí salió acompañado por el mismo cabo que le había visitado anteriormente en su domicilio de El Torno.

No hubo más que espiar. El Francés, escaldado, se lo tomó como algo personal. Mandó que lo llevaran a su presencia y, con su naranjero en las rodillas y la pistola en la cintura, le interrogó con dureza, a cachetazo limpio. El hombre intentó escabullirse con tan poco convencimiento en sus coartadas que el jefe de la división no se contuvo más. Harto de que le torease, le pegó un puñetazo en la nariz y se la dejó hecha trizas. Las respuestas esquivas desaparecieron. Confesó que informaba a las fuerzas del orden de los pasos que daba la partida y confió en que le perdonasen la vida asegurando que estaba arrepentido de la debilidad que había demostrado. El Francés convocó a los veinte hombres que iban con él. Los reunió en un pequeño descampado que ocultaban los pinos albares. Y todos hicieron de jurado. Nadie le defendió.

Suspendieron el asalto al cuartel de Navaconcejo y marcharon hacia los montes próximos a Salamanca llevando con ellos al enlace detenido. No por mucho tiempo. Lo ejecutaron en la Peña de Francia y lo enterraron en el mismo lugar donde cayó redondo. Pedro José Marquino escupió sobre la tierra removida de su fosa y, severo, recordó a los suyos que nadie debía contar lo que había pasado allí porque ese tipo de sucesos eran perjudiciales para la guerrilla por muchos motivos. Sobre todo porque sacaban a la luz las infidelidades internas. De modo que, antes de que el grupo retornase a sus tareas habituales, los saludó a todos militarmente para que entendieran, sin excusa ninguna, que el chitón era una orden. Y que había que cumplirla a rajatabla.

Tras la fechoría del Lobo, siguió explicando el Remedios, las cerezas se habían

enredado tanto que solo se podían recoger arrancándolas del rabo, de una en una. La desconfianza hizo estragos. Y, bien por la presión de la Benemérita, bien por la desmoralización general, muchos enlaces se convirtieron en soplonos.

Al desánimo se sumó la convicción extendida de que la nueva dirección del Pecé andaba estudiando ya la manera de acabar con el Ejército Guerrillero cuanto antes, cuando se pudiese, para hacer entrismo en los sindicatos verticales y las instituciones del Régimen. O fuese donde fuese, allí donde hubiera posibilidades de organizar el partido sin recurrir a las armas.

Quienes estaban mínimamente informados intuían que el reparto de Europa en la Conferencia de Yalta, el cuatro de febrero del año anterior, había supuesto la renuncia de Stalin a reclamar que los aliados invadieran España para acabar con Franco a cambio de quedarse con los países del Este europeo. Y concluían que, tras el final de la guerra mundial, no quedaría ninguna salida.

Por eso, dijo el Remedios, los del Francés empezaron a realizar algunos asaltos y secuestros de fincas que sabían impopulares. Lo hicieron forzados por el hostigamiento policial, pero también, según comentó el Francés al Cambio, para preparar económicamente una próxima huida si, como se temía, acababan ordenándola los jefes de Madrid. Él, confesó, se quedaría allí de todos modos, hasta el final, con los pocos que decidieran seguirle. Sobre todo, con los que habían nacido en la región, tenían familia y no querían abandonarla. Algunos de ellos, temiéndose lo peor, ya habían hablado con él, en privado, del asunto.

No tacharía a nadie de cobarde ni se trataba de imponer nada por cojones. Ayudaría a escapar a quienes lo desearan. Pero él tenía la convicción de que en esas sierras que formaban parte de su personalidad, porque en ellas había descubierto el sentido más profundo y hermoso de la vida, ya solo cabían la victoria o la muerte. Y además, le reveló en secreto a Miguel, mediaba lo de Madrid, la enorme desilusión por todo lo que estaba pasando entre bambalinas desde mediados del año pasado, los métodos tenebrosos del partido, los asesinatos...

Las cicatrices invisibles del alma

Los encargos secretos que el Francés le hacía a Miguel tenían mucho que ver con la situación que vivía la dirección madrileña de la guerrilla en simbiosis con la del Pecé. Nadie, salvo el Cambio, sabía que el cordobés puenteaba al comandante Carlos con el jefe supremo del Ejército Guerrillero del Centro en la capital, José Isasa Olaizola, «el Fermín». Ni que el propio Cambio, de acuerdo con el Francés y sin que lo supiera Fermín, había establecido contacto con Cristino García Granda, a quien Santiago Carrillo envió desde Francia en la primavera del cuarenta y cinco para que se encargase de los Cazadores de la Ciudad, la guerrilla urbana de Madrid.

Miguel conocía personalmente al héroe del maquis que había luchado en Francia contra Hitler porque combatieron juntos durante la guerra civil en el Decimocuarto Cuerpo de Ejército Guerrillero. Él mismo le había contado al Francés cómo era ese asturiano abnegado y valiente. El bable natal le había impreso en el habla un deje inconfundible. Y, para picarle, algunos compañeros le decían, de coña: «¿Yeres de Mieres? ¿Ties perru?». Pero él replicaba sonriendo como una Mona Lisa sin enigmas. A todo el mundo le sorprendía el contraste de su amabilidad en el trato con la figura delgada y fibrosa, de minero nervudo, que mantuvo siempre, al margen de la edad. Y les maravillaba el modo en que hacía compatibles sus exigentes y sacrificadas órdenes de mando con una nobleza radical que daría envidia, sentenció el Remedios, a los más grandes emperadores que en la historia fueron.

Cuando García Granda se enteró por Fermín de que el Marqués, viejo apodo por el que seguía reconociendo al Cambio, acudía de vez en cuando a Madrid para contar de primera mano cómo iba la agrupación extremeña, quedó con él sin que se enterase nadie. Se alegró de que siguiera vivo porque le apreciaba. Recordaba su fama de buen guerrillero en el Decimocuarto Cuerpo, de certero analista de las situaciones políticas y las operaciones militares. Y se fiaba de él.

Llegó a reclamarle para que formara parte de su grupo especial aunque no había estado en el maquis francés como todos los demás. Pero Miguel le convenció de que su fidelidad al Francés era inquebrantable. Nunca le abandonaría. Además, se sinceró,

había dejado el partido durante la guerra y no le gustaba la batalla interna que estaban librando Carrillo y Monzón por el control del aparato interior. Seguiría ayudando a la causa hasta el final, pero prefería mantenerse al margen.

Sus argumentos convencieron al asturiano de que debía dejar las cosas como estaban. Fue más, explicó el Remedios. Miguel descubrió más tarde que al héroe de La Madeleine tampoco le gustaban algunos métodos que se estaban empleando por la dirección de Tolouse. No obstante, le pidió que siguiera informándole personalmente cuando acudiera a Madrid para cumplir los encargos del Francés. Lo haría a través de un contacto exclusivo, una mujer del partido de su total confianza, tan disciplinada como hermosa, que había llegado también de Francia para ayudar en tareas de enlace, no como guerrillera.

Su nombre de guerra era la Lirio y se citaría con ella a través de un colaborador que trabajaba vendiendo lotería por los bares del entorno del Congreso de los Diputados. Aunque había sido de la Ceneté y no había querido hacerse nunca del partido, matizó, el bueno de Adolfo, «el Lotero», era de confianza acreditada.

—Por cierto, ¿sabes lo más gracioso? —comentó el Remedios a su entregada alumna—. Pues que el bar en el que tenían que encontrarse era este, el Manolo. Aunque, por supuesto, entonces no pintaba como ahora. Ni por progenitura.

En septiembre, dos meses después de haber mantenido el último encuentro con Cristino, Miguel fue a buscar al Lotero. Que imaginase. El local no tenía esas dos hojas de cristal de la puerta. No había cierre metálico. Eran dos contraportas de madera que se plegaban y se encajaban sobre enganches de hierro incrustados en el granito de la fachada. Pero la ventana que daba luz natural a su rincón, esa de ahí, era la misma. Como el esqueleto de los toldos y las letras de bronce de los rótulos que ilustraban la fachada.

La barra no tenía nada que ver. La original fue de caoba con incrustaciones de nácar, sin ese mármol de rojo Alicante que lucía la actual. Ahora estaba tirada de otro modo, a lo largo del lateral izquierdo. Y era mucho más larga. Entonces, el mostrador, de frente, rompía la estancia a solo cuatro metros de la entrada. La dividía en dos. Y había que sentarse sobre bancos corridos de listones barnizados que iban pegados a la pared y rodeaban las mesas y los veladores caseros fabricados con tableros de mármol coralino que asentaban sobre las patas ferruginosas de inservibles Singer. Por cierto, añadió, ¿veía esos azulejos de azul añil que cubrían la pared del fondo? ¿A que eran bonitos? Pues igual de bonitos que baratos. Los habían arramblado del metro los albañiles que hicieron la ampliación del local en el cuarenta y nueve. ¡Toma ya! Para que viera cómo andaba el patio en aquella famélica posguerra. Sí, hija, sí. Peor que el de Monipodio.

El Lotero acudía por allí porque iba a escuchar los ensayos del teatro de La Zarzuela. Los coros se oían desde la calle a partir de las cinco de la tarde. Y daban gusto. Generalmente, el Lotero aprovechaba para tomarse un café cuando entraba a vender los boletos. Y alguna vez, cuando le invitaban algunos claqueros generosos,

había dado cumplida cuenta de la sopa de gallina y las buenas truchas a la navarra que cocinaba doña Beatriz, la esposa del viejo dueño, don Manuel, un gallego que volvió de Cuba y acertó con el negocio por la proximidad del local a las Cortes. Porque entonces, como ahora, picardeó el anciano, los diputados también eran pudientes. Y de buen libar.

El cocinero de a diario, susurró para que no le oyeran los nietos que continuaban sosteniendo el negocio, era su hijo Manolo. Aunque, todo había que decirlo, el alma del negocio eran los guisos de su madre, que fue quien le adiestró hasta el fin de sus días. Que se fijase si era buena y atrevida que tuvo el valor de introducir por los años cincuenta, como si fuera un manjar de moda, un condumio ancestral, digno de pobres, las croquetas. Consiguió que, desde entonces, fueran lo mejor y más famoso de la casa.

El Lotero era un hombre sencillo que volvía el cuello cuando buscaba su recién perdida cincuentena. Se le tenía, con fundamento, por un sabio. Aunque de aquella manera. Y era dicharachero a veces y al tiempo tan discreto que se sabía de corrido poemas enteros de Miguel Hernández y no los recitaba más que en su casa. Solo para la familia y los amigos.

García Granda se lo había descrito tan bien que supo que era él nada más verlo de espaldas, hablando con Pepe, el camarero de barra, y con su hermano Óscar, el que atendía las mesas y se pasaba la mayor parte del día sentado en una silla y cuidando la faltriquera en la que guardaba el dinero recaudado por todos. Porque entonces, Alicia, no tenían caja registradora. No necesitó, como había previsto, esperar a que entrase un hombre mondo y lirondo que llevase el pecho condecorado con las tiras de los décimos. Lo identificó de inmediato por el brillo de su coronilla calva. Soltó un ¡ejem!, para que los parlanchines le atendieran y el Lotero sonrió. A él también le habían definido muy bien al Cambio. Y solo a simple vista, por la percha, se notaba que había heredado la casta. Entonces pensó que vestido como iba, de punto en blanco, ni el policía más espabilado hubiera sospechado que tenía delante a un guerrillero.

Miguel se presentó en un rincón, le compró lotería y le invitó a tomar una caña y compartir unas aceitunas de Campo Real mientras él degustaba un Tío Pepe que le sacaron de un barreño con hielo. Necesitaba, espetó, ver a la Lirio con urgencia. Y él respondió con seriedad: «Eso está hecho». No obstante, el hombre aclaró de inmediato que no podían quedar en cualquier sitio. Lo harían en su casa porque ya no se fiaba ni de las bendiciones del papa.

Fue al día siguiente, al anochecer. El Lotero le había dado la dirección de su domicilio en una casa baja del barrio de Tetuán de las Victorias, donde el pueblo de Chamartín de la Rosa fundía sus aceras con la capital. Para que la encontrase sin problemas, explicó que estaba en la calle Pinos Alta, al lado de una taberna muy conocida por allí, la Vinícola Manchega. Pero que no se creyese. Aunque tenía la fachada de ladrillo visto y una sola planta, la suya no era como esas casas baratas

para obreros de la calle Montero Ríos. ¡Qué va! Él tenía un patio trasero con gallinero y cochiguera. Aunque, eso también había que decirlo, sin cerdos ni gallinas. «Espero que si te toca el gordo me los regales tú», comentó rijoso.

Le recibió con sigilo, aunque el Cambio iba vestido de trapero, para disimular, porque abundaban en el barrio. La mayor parte de los ropavejeros madrileños, explicó el Remedios, vivían desde los treinta junto a las cunetas de la carretera Mala de Francia, la actual Bravo Murillo, que, por cierto, se llamó calle de O'Donnell hasta que se fusionaron los municipios de Madrid y Chamartín en el cuarenta y ocho y hubo que modificar los nombres repetidos. Había tantos baratilleros que, además de almacenar en Tetuán las ropas usadas que recogían por toda la capital, tiraban los restos en grandes vertederos. Eran montañas de retales que siempre estaban sembradas de mujeres y niños que buscaban retazos para remendar su mísera vestimenta.

La vio nada más cruzar el umbral. El mentón se le despeñó sobre el pecho. O era un fantasma o no podía ser. Pero allí estaba, sentada en una silla de enea, con las piernas cruzadas, apoyando el codo en el hule de la mesa. Era Libertad. ¡Estaba viva! Se ofuscó. Balbució mientras dejaba caer un hilillo de baba por la comisura de sus labios: «Alba Inés...».

Ella se levantó, también sorprendida, temblando. Dio dos pasos y se echó en sus brazos. Le besó los ojos y las mejillas. Y, sin prisas ni vergüenza, acabó limpiándole la saliva con sus labios. Volvían a encontrarse, mágicamente, por segunda vez. Pero, en esa ocasión, fue diferente. Porque él la había dado por muerta. Tan muerta que el hielo de su recuerdo ya le había necrosado la mitad del corazón.

Le pidió al Lotero que los dejase solos un rato. Se olvidaron del resto del mundo. Empezaron a contarse. ¡Tenían tanto que decirse! «Tú primero, te toca», acució Miguel. Tampoco era para tanto, respondió Alba Inés. Lo que pasó fue que cuando los italianos la ametrallaron en Campello llevaba la blusa puesta de mala manera, por las prisas. Sin abrochar. Aunque, afortunadamente, las únicas heridas que sufrió fueron las que le provocaron en la espalda las esquirlas de las rocas que las balas de los Savoias convirtieron en proyectiles. Aquellas decenas de astillas puntiagudas le arrancaron la ropa y el dolor fue tan insoportable que se desmayó. Antes de que desfalleciese, por instinto más que conscientemente, se aferró a una madera vieja que flotaba entre las olas. Sus amigas la vieron de lejos, ensangrentada, y creyeron que había muerto. Pero lo cierto fue que la recogieron varias horas más tarde unos pescadores de bajura. La envolvieron en una manta y la trasladaron, con urgencia, al hospital militar de Alicante.

Perdió la memoria transitoriamente y, como no tenía documentación, durante más de dos semanas no supieron qué hacer con ella. Al final, cuando le dieron de alta otro mes después, decidieron mantenerla como enfermera porque cuidaba bien de los pacientes. Y allí estuvo, con un nombre provisional que le puso el director del centro. ¿Se lo imaginaba? Pues ese. La Lirio a secas. Para cuando recuperó la memoria, todo

el mundo se había acostumbrado a llamarla así. Y al final se había quedado con ese falso patronímico para siempre.

El mismo director del hospital, el doctor Felipe Gordón Villares, un azañista leonés que la apadrinó desde el primer día, la sumó al grupo con el que huyó a Orán en un viejo velero de pesca que auxiliaba un pequeño motor de gasolina. Fue entonces, llegando a la ciudad argelina, mientras contemplaba desde el barco, a lo lejos, el fuerte de Mers el-Kebir, cuando recordó por fin quién era. Así. Porque sí.

Después, ¿qué le iba a contar que no imaginase?, añadió. Acabó en Toulouse, se puso a disposición de las Jotaeseú, entró a militar en el Pecé y, ¡hala!, a colaborar en lo que tocase con la resistencia. Por eso había conocido al asturiano. ¡A Cristino, hombre! ¿A quién iba a ser? Y como observase un atisbo de celos y recelos, sonrió y le arrancó una sonrisa: «Tranquilo, Miguel. Que es muy guapo. Pero no como tú».

Ella no entró en más detalles. ¿Para qué?, comentó. Y enseguida le pidió reciprocidad, que contase él cómo le habían ido las cosas. El Cambio lo hizo, precisó el Remedios, explayándose lo suyo, abusando de los pormenores. «¡Ya será menos!», ironizó Alicia. «Que no toda la gente se enrolla como tú, Federico», cortó para relajar la conversación. Y el anciano, atrapado, replicó: «¡Mira qué graciosa la niña!».

El Remedios se enfadó un poco porque, dijo, estaba contando la verdad. De hecho, comentó, Miguel habló más que largo y tendido. Y Alba Inés le siguió el rollo, dijo entrecomillando la palabra, totalmente encandilada, sin apreciar el paso del tiempo.

Pero enseguida cambió el tercio. El Lotero, continuó diciendo como si nada, ya se había coscado del asunto y adivinó lo que le iban a pedir. Se adelantó. Les ofreció la oportunidad de quedarse en una de sus dos habitaciones. Él, dijo, dormiría apretadito en la cama de matrimonio, con su mujer y el hijo quinceañero que le quedaba en casa. Así, comentó de coña, recordarían los tiempos en que el chaval, de chico, les meaba la cama.

Esa noche no durmieron. Domeñando su ansiedad, Miguel y Alba Inés hicieron el amor muy despacio, acariciándose las cicatrices invisibles del alma. Desnudos, hicieron acopio de los desgarros antes de que el sexo acabara enajenándolos. Ella recordaba a sus hermanos y sus amigos asesinados, dijo, pero había sufrido, y seguía sufriendo de manera singularmente lacerante, el recuerdo de sus padres. No podía evitar imaginárselos muertos sobre la cama, juntos, amándose hasta el infinito de la nada.

Por primera vez desde que supo lo ocurrido, hizo algo que se había jurado no volver a hacer nunca. Lloró. Lloró sobre el pecho de Miguel desconsoladamente. Ellos habían renunciado a seguir viviendo porque creyeron que ella, su última hija, también había muerto. El destino no hubiera podido contener mayores grados de sarcasmo. Ni más inmisericordes.

Miguel la consoló sin palabras. Lo hizo con sus caricias, sus besos, la plenitud de

su deseo. Le ayudó a pasear por el paraíso del olvido cogida de su mano. Y colmados de amor, cuando el alba atravesó las persianas con su aliento rosado, se miraron con tanta intensidad que se besaron con los ojos. En silencio, al unísono, se dijeron: «No puedes irte otra vez». Pero ambos tenían la certeza de que pronto marcharían cada uno por su lado a no sabían dónde. Y que cabía la posibilidad de que no volvieran a verse jamás.

Fue ella la que le contó lo de Trilla en esos días de pan y quesillo que no consiguió amargar el tiempo tenebroso. Hacía unos días, el primer jueves de ese mismo septiembre tan dulce para ellos y tan triste para los suyos, Pepe Olmedo, «el Gitano», y el disciplinado Francisco Esteban Carranque, a quienes Alba Inés conocía de París, habían asesinado a Gabriel León Trilla, el gran revolucionario al que Carrillo estigmatizó como «viejo provocador».

Ellos podían hablarse con sinceridad. En soledad, por supuesto. Y sabían que las ideas de Trilla eran tan provocadoras como su falsa vejez de cuarenta y seis años. Lo que pasaba era que la dirección del Pecé de Toulouse, con La Pasionaria y Carrillo a la cabeza, había contado Alba Inés, quería acabar de una vez por todas con Monzón y los suyos. Ya sabría, ¿no? O sea, con los valientes que habían sostenido el partido en el interior de España hasta que se produjo la invasión del valle de Arán, de cuyo fracaso los culparon sin fundamento.

Un mensajero había trasladado a Cristino la penosa orden. Había que ejecutar a quienes, como Trilla y otro dirigente que ella había conocido en Francia, Enrique Cantos, uno que era rubio como la cerveza de la canción, pero bajito, se negaban a cumplir la orden de acudir a Toulouse por temor a que los matasen por el camino. O allí mismo, cuando llegaran. Tenía que eliminarlos de inmediato, antes de que la policía los detuviera y los interrogase.

Cristino le había confesado a la Lirio que la decisión no le gustaba porque, de seguro, habría otra salida por la que no se había optado con evidente intención. Él no quería entrar en esos tejemanejes porque seguía siendo un militante disciplinado. Pero, eso sí que sí. Era un revolucionario, no un asesino. Así que se negó a ejecutar la orden personalmente y envió a dos de sus verdugos más inhumanos y, por eso mismo, los más eficaces.

Carranque, el más sensible de ambos, si es que cabía aplicar ese adjetivo a hombres como él, se arrepintió después de lo que habían hecho. Fue quien se lo contó todo a la Lirio como si quisiera expiar una culpa. Hacía seis meses que los de Francia habían destituido a Trilla como secretario de acción y propaganda y desde entonces el veterano militante andaba escondido porque se sabía igualmente perseguido por la policía y por los suyos. Gracias a su exsecretaria, Esperanza Serrano, «la Rubia», los Cazadores de la Ciudad consiguieron encontrarle. Ella le aseguró que no habría represalias si negociaba con Cristino el retorno a Toulouse y lo llevó hacia el Campo de las Calaveras, un descampado cercano a los Nuevos Ministerios. Dijo que le iba a poner en contacto con gente del partido que traía la orden de resolver el

malentendido. Pero cuando bajaba por la calle de Ríos Rosas, sus ejecutores le salieron al paso, le apuntaron con sus pistolas y lo introdujeron en el cercado polvoriento.

Lo hicieron al anochecer para dar tiempo a que los niños abandonaran la cancha de tierra reseca y huesos molidos en la que jugaban al fútbol por las tardes cuando salían de los colegios. El Gitano, al que conocían como el Madriles en París, precisó Alba Inés, fue quien eligió el lugar. Era perfecto para ejecutar su plan porque se accedía por boquetes que el tiempo y la guerra habían abierto en los muros de ladrillo que ocultaban gran parte de su planicie. Además, el calcinado campo de fútbol por donde entraron daba a unas explanadas irregulares en las que aún quedaban restos de las tumbas del cementerio del Patriarcal y solo se adivinaban a lo lejos casas derruidas, sin puertas ni ventanas, que ocupaban los desheredados de toda condición. En esa zona quedaban restos de los huesos exhumados por los bombardeos y los niños jugaban a la rana tirando piedras a las cuencas vacías de las calaveras. Por eso llamaban al campo como lo llamaban, remató el anciano.

El Remedios añadió que el Gitano, por su aspecto y su personalidad, hacía honor al apodo. Y que le perdonasen, dijo, los gitanos... Pero como vio que Alicia se disgustaba por la alusión racista, quiso justificarse comentando que, en fin, que bueno, que eso. Que mejor, como se decía por lo de las películas de vaqueros, entonces tan de moda, el Gitano tenía más peligro que un indio detrás de un árbol. Ella, sin embargo, no dejó de reprocharle la comparación y mantuvo arrugado el entrecejo.

Lo cierto, abundó el Remedios, parlanchín, fue que Alba Inés y quienes le conocieron decían que el sicario de la dirección del partido era un cabrón con pintas. Sañudo, delgado, y, nunca mejor dicho, de mirada asesina. Y de aspecto tan perverso que atemorizaba incluso a sus compañeros de militancia. O quizás fuese un auténtico hijo de Stalin, como lo calificó el Remedios por no repetir con las putas el error de los gitanos.

Siguió jugando con los dichos. Demuestra valía un bastón. El que llevaba el Gitano, más vara que cachaba, cuando asesinó al buen Trilla. Primero le apuñaló repetidamente, luego le quitó la documentación y le bajó los pantalones y los calzoncillos hasta los pies. Y, finalmente, le introdujo la estaca por el ano para que pareciese un crimen pasional, cosa de homosexuales. Lo peor, añadió el viejo narrador, indignado, fue que casi se salió con la suya porque consiguió engañar a la policía. De hecho, los maderos no supieron quién era el muerto hasta que pocos meses después cayó el grupo de Granda y lo averiguaron interrogando a los detenidos.

Lo más cojonudo, acabó reflexionando el Remedios, fue que cuando cayeron los de Cristino, a mediados de octubre, el Gitano se libró por los pelos. Pero al gocho le llegó su San Martín poco después. Tras organizar unas partidas en Móstoles y Leganés por orden de Adolfo Lucas Reguilón, el Severo Eubel de la Paz que mandó

la guerrilla de la zona Mirlo en Gredos y que al final bajó a ocultarse en un chalé de la capital, por donde Ciudad Lineal, acabó en la guerrilla andaluza de Manuel Prado y fue detenido cuando la Guardia Civil eliminó aquel grupo. Era tan mal bicho, comentó el anciano, que antes de que le ejecutaran en Madrid pasó por las cárceles de Ocaña y de Alcalá sin que nadie se tratase con él. Ni los presos del partido. De hecho, remató bajando la voz como si revelara un secreto extraído de la caja fuerte del Banco de España, el Pecé acabó expulsándole de la organización poco antes de que le fusilasen en noviembre del cuarenta y ocho.

Para cuando detuvieron al heroico asturiano con la casi totalidad de su Agrupación Guerrillera de Centro, Carranque incluido, Miguel hacía más de un mes que se encontraba de vuelta con el Francés. Había pasado la última noche con Alba Inés después de hablar largo y tendido con Cristino, pero sin sacar como tema de conversación, ni por asomo, lo sucedido con Trilla. Su amigo había perdido la euforia que trajo de París. Aunque ignoraba lo cercano que estaba su fin, debió de barruntarse la tragedia. O, quizás, le había dicho el Cambio al Remedios, lamentaba las purgas internas porque le recordaban las de Moscú que siempre le habían mosqueado.

Se dieron, sin saberlo, el último abrazo. Quizás por eso lo hicieron tan prolongadamente. Después, Miguel cogió el metro hasta Cuatro Caminos y fue andando hasta el cine Tetuán, donde le esperaba Alba Inés. Habían pensado entrar a ver la película recién estrenada de José López Rubio, *Eugenia de Montijo*. Pero cuando estaban en el porche y vieron el póster sobre su cabeza, con el empachoso Mariano Asquerino ejerciendo de Napoleón Tercero en el momento de coronar emperatriz consorte a una repipi Amparo Rivelles, les dio repelús. Se arrepintieron.

Era domingo, el último día de septiembre. Y aunque ya empezaba a correr ese aire navajero de la sierra madrileña que clava su chaira sin miramientos a los peatones que doblan cada esquina, decidieron dar un paseo por el barrio obrero, siempre bullicioso en los atardeceres del fin de semana. Aunque, por si las moscas, cuidándose mucho de no hacer carantoñas moralmente incorrectas y mirando a todo el mundo de reajo para garantizar que nadie los seguía.

Antes de acudir por última vez a la casa del Lotero, a quien Miguel agradeció su sacrificio con generosidad pesetera, se acercaron a la maltrecha y medio derruida plaza de toros de Tetuán que, según señaló Alba Inés, era el hazmerreír de los vecinos porque, oficialmente, desde la guerra, siempre estaba pendiente de su reconstrucción. Cuando menos, añadió con afabilidad, el viejo edificio de la fachada por la que se entraba al coso, aunque desconchado y con boquetes en las paredes de ladrillo visto, todavía lucía su arco principal y una docena de ventanales neomudéjares. Pero sobre todo, concluyó, daba gusto pasear por las plazuelas de los alrededores salpicadas de acacias y unos cuantos eucaliptos aromáticos.

Cuando se separaron al día siguiente, tuvieron la sensación de que no tenía la menor importancia. Porque se llevaban dentro. Pensaban que ni el tiempo ni la distancia los separarían nunca. La convicción fue tan profunda que ella cogió el

trolebús sonriendo y ni siquiera elevaron las manos para decirse adiós.

Más tarde, cuando llegó a la casa de Ibiza que compartía con Mimí durante sus viajes clandestinos a Madrid, no fue que Alba Inés le acompañase. Era que ocupaba su ser por completo. La certeza fue tan carnal que Leonor se acercó a darle un beso de bienvenida y se estremeció. «Tú no eres tú», dijo. Estaba enamorado y se le notaba. Le cantaban los poros. Y olían a otra mujer. Así que solo quedaba una posibilidad, concluyó dolida: «Sigue viva y la has encontrado». Miguel se estremeció. Pero, por no herirla más, ni siquiera respondió. Le elevó con dos dedos la barbilla y la besó afectuosamente en los mofletes.

Al Francés no le gustó lo que Miguel contó del caso Trilla. Ni una pizca. Pero le sentó mucho peor la caída de García Granda solo unas semanas después. Llegó a pensar que también era el resultado de alguna traición y que ni Madrid se salvaba ya del huracán de mierda. Incluso, sin fundamento, solo guiado por su olfato político, sospechó que Carrillo no se fiaba de él por haberse negado a ejecutar a Trilla como le ordenó y le había dejado caer. Con la fama de intrigante que tenía el segundo de Dolores, tal vez imaginó que así, de paso, se libraba de un posible competidor futuro, un héroe sin mácula de esos que nunca se sabía si creían en la revolución o, como la curia de la organización, estaba en el misterio.

En cualquier caso, terció el Remedios, el follón que se montó con el juicio contra el combatiente antinazi le fue muy bien a la causa, tan tocada del ala en Extremadura. El partido consiguió hacerse con las actas del juicio, no se sabía cómo, y divulgó algunos párrafos de su declaración del veintidós de enero del cuarenta y seis. Granda se manifestaba antifascista, pregonaba la farsa del consejo de guerra sumarísimo, afirmaba que los bandoleros eran los miembros del tribunal, no sus hombres, y proclamaba con orgullo que si tuviera cien vidas, aunque sabía lo que le esperaba, las pondría al servicio de su patria y de su pueblo. Y, mirando a los ojos de los togados matarifes, había concluido denunciando que, con ese juicio, lo único que sus captores pretendían era ensuciar el glorioso movimiento guerrillero.

La condena a muerte de Cristino, junto a nueve de sus compañeros, hecha pública el nueve de febrero, provocó un tsunami de protestas en todo el mundo, especialmente en Francia. Pero ¡ay!, se lamentó el Remedios. Pesó el signo de los tiempos. Y aunque el ministro del Interior francés arremetió contra el Régimen en la recién nacida ONU y hasta se cerró la frontera española formalmente, el presidente Charles de Gaulle, chispa de guerra fría, se lavó las manos para no disgustar a Franco. Así que, concluyó el anciano, si Eduardo Aute hubiera nacido antes, ¿sabía quién era?, ¿sí?, todos los buenos españoles también habrían cantado *Al alba* aquel veintiuno de febrero. Porque ese día, de madrugada, un piquete de ejecución injustificó a todos los condenados. Los fusilaron en Carabanchel Bajo, junto a las tapias de rasilla del cementerio municipal.

Morir como fieras

La caída de culo y cuesta abajo, vulgarizó el Remedios, no tenía solución. Tras el asesinato de Trilla y el encarcelamiento de Granda, continuó explicando, el Francés experimentó un desconcierto sin enmienda. Hubo un detalle significativo de cómo andaban las cosas cuando Isidoro Hernández, un enlace verato con el corazón más limpio que la patena de un papa, noble como él solo y de total confianza del Francés, subió al campamento, acompañado por su pequeño Serafín, para reprocharle una acción que consideraba inmoral, además de equivocada y contraproducente.

Se trataba del secuestro de la mujer y el hijo mayor de un guarda jurado amigo suyo que se llamaba Wenceslao, una buena persona que conocía la presencia en la zona de los del monte, pero los dejaba hacer. El hombre, aterrorizado, consiguió que los amos de la finca que cuidaba en Jaraíz de la Vera le dejaran cincuenta mil pesetas y se las entregó a cambio de la devolución de su esposa y su primogénito. Pero, pasado el mal trago, se presentó en casa de Isidoro, de quien era amigo personal desde hacía muchos años, y le pidió, enfurecido, que le señalara en qué riscos andaban los guerrilleros porque quería ir a por ellos. Sí, así. Armado solo con su tercerola. Para ajustar cuentas, clamó.

Fue la última vez que el bueno de Isidoro vio al Francés. Y tras el encuentro, concluyó que ya no era el mismo de siempre. Se había convertido, coligió, en una persona arisca y recelosa que actuaba en permanente duelo con su furia. El Cambio certificó que eso era verdad, que andaba siempre enfadado. Aunque tenía la excusa, precisó, de que también lo estaba consigo mismo. No era tonto y echaba de menos su sempiterna amabilidad en el trato con los suyos. Le dolía saber que se había vuelto intratable.

Tras mediar el «salud, camarada» preceptivo y la entrega de una alforja que Isidoro les llevó con vino y viandas, el jefe de la división le reprochó, desabrido, que hubiera sido tan insensato. Había puesto la vida del crío en peligro y corrido el riesgo de revelar a los guardias la localización del refugio. ¿Acaso no sabía que era uno de los pocos seguros que le quedaban? ¡Claro que lo sabía, coño!

Aunque lastimado por el tono de sus palabras, Isidoro se repuso y le preguntó qué demonios estaba pasando. Luego le contó lo de Wenceslao y concluyó su alegato asegurando que en el llano su gente estaba desconcertada y, a qué callarlo, sospechaban que el dinero pesaba en sus actividades más que la causa. La prueba, sentenció, era que ya no le daban importancia a quién se lo requisaban.

El Francés le miró a los ojos, furioso, pero se transformó de inmediato. Sacó la corcha del vino de la garrafa y la repartió entre los presentes. Él mismo se bebió a gollete el culo que quedó tras la ronda. Tiró de petaca y le ofreció un cigarro ya liado antes de mirar dentro de la alforja. «¡Tiene buena pinta el ántima que traes!», dijo sosteniendo en una mano el tocino entreverado. Y con la otra, sonriente, tanteó el chorizo y los dos quesos tiernos de cabra.

El cabecilla moduló la voz, la enterneció. Isidoro ya sabía que en el monte se perdían fácilmente los buenos modales. Sobre todo cuando, como en esos momentos, peligraba la supervivencia. Delante de todos, contra su costumbre, explicó que las cosas andaban muy mal por las delaciones, que estaban cayendo muchos camaradas de la sierra y el llano y que cada vez se perseguía más a los familiares. Algunos se sentían culpables del sufrimiento de los suyos. Y, lo más inaceptable, habían surgido problemas de convivencia en el seno de las partidas. Encima, abundó, desde que acabó la guerra mundial, con el paso del tiempo, la gente había dejado de creer que fuera a producirse una intervención extranjera contra Franco. Pocos mantenían la fe en la victoria, en el retorno de la República.

Era cierto que muchas operaciones guerrilleras se realizaban para hacer acopio de dinero, pensando en el futuro. Ciertamente también que algunas habían sido impopulares porque con los simpatizantes de la causa o los que hacían la vista gorda no servía de nada darles vales por el valor de lo que les quitaban para que recuperasen lo entregado cuando volviese un gobierno republicano legítimo. Pero así eran las cosas. Y le pidió que se fuese y no volviese más a la guarida.

Isidoro torció el gesto y el Francés se ofuscó por haber exagerado la autocrítica. Contemplando la cara que puso el campesino cuando oyó la palabra «guarida», había tenido que contener la ira interior por haber sido tan inconveniente. Pudo haberse callado, pero hizo lo contrario y huyó hacia delante. Aseguró con frialdad que sí, que los campamentos eran ya guaridas porque todo el mundo consideraba que los guerrilleros eran alimañas. Nadie los veía ya como milicianos, como soldados de la República, masculló. Pero que supiera una cosa, dijo apretando los dientes hasta hacerlos rechinar. Si los fascistas, los burócratas del partido o la madre que los parió a todos los obligaban a vivir en la sierra como fieras, se defenderían como fieras. Y que se atuvieran a las consecuencias.

Con todo, comentó el Remedios, lo que más jodió al Francés, si le perdonaba la expresión, no fue el descontento de la gente que los apoyaba, sino que el acoso de la Benemérita le partiera en dos la Decimosegunda División. Tuvo que quedarse al norte del Tajo mientras la Noventa y Tres Brigada del Gacho, con apenas una docena

de guerrilleros, vagó por el sur del río, desde el castillo de Monfragüe hasta la sierra de Mirabete.

El empeño de reunir como fuera a la totalidad de sus hombres, acabó llevándole a la perdición, diagnosticó el Remedios. Esa ansiedad, unida a su atrevimiento, provocó la hecatombe. Pinto, aunque no supo nada de primera mano, se lo contó al Cambio porque anduvo con el comandante casi hasta el final. Esos días, como en otras muchas ocasiones, Miguel estaba resolviendo en Madrid uno de los encargos especiales del Francés. Tenía que averiguar cómo había quedado la organización tras la desastrosa caída de García Granda. Y le resultó muy costoso conseguir la información porque los cuadros estaban descompuestos. Nadie sabía explicar qué había pasado.

El joven de Aceituna le aseguró a Miguel que quien denunció los movimientos del Francés fue el cabrero Eusebio Montero, un enlace al que llamaban el Maqui. Pero los responsables del bando franquista, indicó el Remedios, demostraron más tarde que quienes dieron el chivatazo de que el cordobés iba de camino al lugar donde lo mataron fueron dos guerrilleros traidores, Lucio y el Filfa. Es más, se decía que las autoridades los recompensaron con treinta mil pesetas por barba. Pero, en fin, saber, lo que se decía saber, nunca se supo la verdad. Aunque claro, concluyó desdeñoso. Eso, visto lo visto, ¡a quién cojones le importaba ya!

Lo más probable, arbitró, fue que hubiese un poco de todo. Porque lo único seguro fue que los mandos policiales conocían por adelantado el hueco de la canchera donde estaba la estafeta y andaban vigilando el lugar por si picaban peces, fueran gordos, chicos o terciados. La prueba de que no esperaban al Francés a tiro fijo fue que solo controlaban el lugar de paso, desde un escondrijo, cuatro guardias y su cabo primero. Y también ellos, advirtió el Remedios, se quedaron aterrorizados cuando llegó el jefe de los proscritos porque pensaron que le acompañaría una docena de maquis. Por lo menos. Tanto miedo tuvieron que, cuando empezó el tiroteo, un guardia que se apellidaba Canelo salió corriendo en dirección a la barca de peseta, la que había en la desembocadura del arroyo Barbaón para cruzar el río Tajo, y acabó perdiendo una bota a por la que nunca regresó.

La putada, y que volviera a perdonarle el tono y las palabrotas, se consumó entre el treinta y el treinta y uno de julio del cuarenta y seis. El Francés, decidido a contactar con el Gacho, se emperró en acudir solo a la Umbría de Peña Falcón, por un sitio que llamaban el Cuarto de Entre Arroyos, donde Serradilla. No quiso compañía precisamente porque temió que el canchal estuviese vigilado. Ni su fiel Durruti, ni el Relojero, aunque se empeñaron, lograron hacerle desistir. Quería, una vez más, predicar con el ejemplo personal. Solo que, en esa fatídica ocasión, no midió bien la mala disposición del azar.

Cuando le hirieron con disparos realizados casi a boca de jarro, consiguió esconderse detrás de un peñasco. Su gente quiso subir a protegerle, pero los tiros de los vigilantes se lo impidieron. Y, convencidos de que los guardias eran más de los

que eran, acabaron huyendo para salvar la vida.

El Francés se quedó detrás del peñascal, esperando que cuajase la oscuridad de la noche para poder escapar. Tumbado boca arriba mientras taponaba su vientre perforado con un pañuelo rojo que llevaba al cuello, sabiéndose malherido, elevó la mirada a lo más alto, hacia la única huida posible, aquel cielo protector. Decenas de buitres leonados y vencejos café revolotearon sobre su cabeza, danzando entre los peñascos del Salto del Gitano. Desde que el Cambio le enseñó una foto aérea hecha por los militares durante la guerra, él llamaba a esos riscos, por su aspecto, la Rabadilla del Diablo. Y era que, dijo el Remedios, erguidos sobre los meandros del Tajo, los peñascos lo parecían de verdad. Eran eso. Un auténtico obispillo de berrueco.

Alcanzó a ver dos águilas imperiales que se elevaban señorialmente desde el Tajo hacia el castillo de Monfragüe y recordó su sueño infantil de ser algún día como ellas. Pero un búho real ululó a sus espaldas y le anunció la noche. En todos los sentidos.

No había arreglo porque la luna era creciente. Pero hubiera dado igual. Mientras esperaba el ataque definitivo, sus fuerzas huyeron torrencialmente por los boquetes de los balazos. El cabo, precavido, aguardó hasta las del alba para aproximarse, y lo encontró muerto, aferrado a su naranjero en posición de disparo y con la pistola fuera de la funda, al alcance de su mano. Comprendió que había querido morir matando con el fusil ametrallador y que se había reservado la Star para darse un tiro en la cabeza. Quería, genio y figura, evitar que le cogieran vivo, finiquitó el Remedios. Como mandaban los cánones guerrilleros.

Le trasladaron al cementerio de Serradilla cargado sobre dos sacos de paja, a lomos de una mula. Allí, el médico titular del pueblo le hizo la autopsia y certificó que había muerto de madrugada como consecuencia de los disparos recibidos. Le echó treinta y dos años y casi acertó. Tenía treinta y tres. «La edad de Cristo cuando murió», destacó el anciano para ensalzar la transcendencia de su personalidad.

El enterrador se llamaba Simón, como el de la canción de moda por entonces. Envolvió el cuerpo en una vieja manta y le dio sepultura echándolo a una zanja abierta en el suelo donde la tierra no había sido bendecida. Aunque el sepulturero también era pregonero del pueblo, le ordenaron que, de pregones, ni mu. Si quería seguir en el oficio no podía ni chiflar la bocinilla. No lo hizo. Pero, claro, pasó lo que tenía que pasar. Un grupo de niños contempló el entierro desde una tapia del camposanto y sus pesadillas extendieron la noticia por toda la comarca. Y hasta más allá.

En el registro de defunciones del juzgado lo identificaron un año después como Pedro Díaz Monje, alias Reprecioso, hijo de Miguel y Leoncia, nacido en Hinojosa del Duque, Córdoba, de estado soltero. Pero hubo que esperar otro año más a que la policía consiguiera su partida de nacimiento y acabara llamándole por su nombre completo: Pedro José Marquino Monje. Antes, le habían puesto el apellido Díaz porque él mismo se hizo llamar así en memoria de la columna con la que había

luchado durante la batalla de Madrid, la que llevaba el nombre del entonces secretario general del Pecé. En su pueblo natal, la Guardia Civil también se enteró de que tuvo otro mote que heredó de la familia, «Pajarito de los ruedos». La madre, doña Leoncia, para quien su hijo era un halcón indomable, no se enteró de que lo habían matado hasta el cuarenta y siete. No le veía desde que se escapó de la prisión del antiguo convento de las Carmelitas de su pueblo, cuando empezaron los cuarenta. Nunca pudo llorar junto a su tumba porque jamás le dijeron dónde estaba.

Los suicidas del maizal

La muerte del Francés fue premonitoria. Cuando Pinto le contó los acontecimientos, el Cambio miró sus manos olvidadas y adivinó lo que se le venía encima. La pequeña eme no se le había hecho más grande, pero sí más profunda. Y algunas rayas se prolongaron como diminutas raíces, dispuestas a expandirse hasta más allá del borde de las palmas.

Solo un mes y medio después, siguió contando el Remedios, el azar volvió a liarla. Como siempre. Fue en Talavera de la Reina, el corazón de la guerrilla del centro. Y esa vez, todo había que decirlo, la casualidad pesó más que la traición.

Desde el cuarenta y cuatro, contó el Remedios a una Alicia cada vez más metida en harina, Talavera había sido el eje de la carreta guerrillera que organizó el Pecé aprovechando el subidón de moral que supuso la victoria del ejército soviético en Stalingrado. Y no es que todos los combatientes fueran comunistas. ¡Quia! Había de todo. Y, si no, que se acordase del Colorín del que le habló, el dueño del quiosco de la plaza de Navalmoral de la Mata, que era anarquista y, pese a ello, se había sumado a la Unión Nacional Española. Los más eran comunistas. Pero no faltaban socialistas, cenetistas o simples republicanos represaliados por no ser afectos al Régimen, como decían entonces las autoridades. Lo único importante es que todos eran antifranquistas.

Pero la realidad era la realidad. Fue el Pecé, a cada uno lo suyo, el que decidió encuadrarlos militarmente en una organización que llamó Ejército Nacional Guerrillero. Y consiguió que todos dieran el salto cualitativo, que pasaran de ser bandoleros de retaco como el legendario Bernardo Moraleda, el de los Juanillones del siglo diecinueve, a soldados fieles a la República. No es que fueran muy disciplinados, no. Apenas lo justo. Eso también. Pero los tiempos seguían siendo oscuros y, entonces, algo no era algo, era un montón.

Todo echó a rodar con el comandante Carlos, de quien ya le había contado. En mayo del cuarenta y cuatro se reunió con Quincoces y el Francés en el molino del Santo de Fresnedoso de Ibor. Y ¡hala!, a correr mientras se pudo. Por eso era tan

importante Talavera, porque pillaba a mitad de camino entre Madrid, donde estaba el jefe, Fermín, y las ya cuasiorganizadas partidas de Ávila, Cáceres, Toledo y Ciudad Real que, a su vez, contactaban con Badajoz y Córdoba por el sur. Además, como explicaba muy bien Benito Díaz, ¿se acordaba?, aquel historiador toledano del que le habló, allí, en la ciudad que Alfonso el Once de Castilla le regaló a su treceañera prima María de Portugal cuando se casaron, el Pecé tenía tres casas de campo estratégicamente situadas. Una de ellas, por cierto, en la salida de la carretera de Extremadura, junto a la estación en la que Manuel Bueno, ya sabía, «el Maquinista», hacía y deshacía lo que le daba la gana. Además, contaba con una treintena de militantes. ¡Y menudos! Porque eran de clandestinidad sacrificada y despistaban más a la policía que Di Stefano a los centrales del equipo contrario. Sobre todo los taberneros. Los de la fonda de los Morroños en la calle Delgadillo y el de la tasca de la Portiña de San Miguel, Patrocinio Álvarez, fueron buenos ejemplos. Aguantaron hasta el final. O los de la huerta del Tío Matapulgas, la familia Aznar. También fueron auténticos valientes.

Una casualidad quiso que a finales de agosto fracasara estrepitosamente un atraco organizado por los Cazadores de la Ciudad que ya mandaba Pedro Sanz Prades, el elegante «Paco Catalán», uno que andaba siempre con su sombrero marrón caído hasta las cejas para ensombrecer la mirada, pero dejando a la vista el bigotito cortado a tijera, a lo funcionario del Régimen. «Para disimular», puntualizó el Remedios.

El Julián, que fue quien ideó todo el plan con información de unos albañiles comunistas que trabajaban en la construcción del Nuevo Chamartín del Real Madrid, aseguró que estaba chupado. Porque entonces, comentó el Remedios mirando a la doctora con picardía, era igual que ahora. Santiago Bernabéu, recién estrenado de presidente, aprovechó el dinero que se había ganado cuando el club vendió los terrenos que tenía en O'Donell para construir viviendas y decidió remodelar el histórico Viejo Chamartín. Al Remedios no le gustaba mucho el fútbol, pero podía imaginárselo. Sobre todo porque entonces fue la comidilla y todo el mundo hablaba de las comisiones que se manejaban en la construcción de un estadio faraónico con capacidad para cien mil aficionados. El más grande de Europa. Imperial. Como le gustaban las cosas a Franco.

Bernabéu construyó encima del estadio que ya funcionaba, el mismo cuya edificación, tiempo atrás, había sido tan polémica que hasta hubo división de opiniones sobre el nombre que había que ponerle. Que si Parque de Sports del Real Madrid, que si Campo del Real Madrid Fútbol Club... Al final, como suele pasar en estas cosas, dictaminó el anciano, los aficionados le llamaron extraoficialmente el Nuevo Chamartín. Y así pasó a la historia.

Cuando las obras andaban a medias, el treinta y uno de agosto del cuarenta y seis si no recordaba mal, antes de que se les echara encima la solana polvorienta de Madrid, muy de mañana, cinco guerrilleros urbanos del grupo de Luis Arnau que había organizado Paco el Catalán, armados con pistolas y subfusiles, cortaron el paso

del Citroën blindado en el que dos pagadores de la empresa Huarte transportaban las sesenta mil pesetas de las nóminas de agosto. Para su sorpresa, aunque estaban rodeados, los seguratas Manuel Catalán y Julián Muguerza arrancaron por las bravas y aceleraron a toda pastilla. El reducido blindaje del vehículo no resistió los proyectiles. Las balas destrozaron los cristales y penetraron por los laterales y la trasera del furgón. Quedó hecho un coladero y los dos atrevidos empleados fallecieron en su interior. Pero consumaron su objetivo de alejar el coche lo suficiente como para que los asaltantes desistiesen de la idea de acercarse a por el dinero. Los Cazadores se apretaron en el interior de un Mercedes negro que habían robado la noche anterior y escaparon como almas que huyesen del diablo.

Lo malo fue que hubo testigos. Y algunas descripciones encendieron la mecha del descalabro. La policía, por el armamento utilizado, sospechó de inmediato que no se trataba de delincuentes comunes. La Brigada de Investigación Criminal, la BIC que le llamaban, como a los bolígrafos, se lo comunicó a la temible Brigada Político Social. Los de la secreta, dijo el narrador, hicieron ronda de los sospechosos habituales. De los rojos, por supuesto. Y se los llevaron a la Puerta del Sol. Uno de ellos, machacado por sus vergas de toro trenzadas, reconoció a alguien y ese alguien a otro alguien más. Hasta que, en breve, la brigada acabó buscando el paradero de un tal Julián, creyendo que era el jefe absoluto.

El Cambio estaba convencido de que quien acabó cantando el origen del ovillo de cuyo hilo tiró la policía no fue un torturado, sino Carmen la Vivillo, una veinteañera de Naval Moral de la Mata. Había sido la novia del Minero, un guerrillero de Talavera al que Miguel conoció cuando estuvo a las órdenes del Francés. La Vivillo huyó con él desde Madrid, donde era la sirvienta de una familia acomodada. Pero cuando su compañero cayó en el Cancho Mirador, el campamento de la sierra de los Tormentos, y que se fijara por qué tontería, por encender un fuego para celebrar la Nochevieja del cuarenta y cinco, el Practicante, también conocido como Robert o Lyon, se la llevó a Madrid y la dejó en casa de la novia del comandante Carlos, Josefina Arica, alias «Flor».

El propio José Antonio Llerandi, «Julián», consideró el traslado como un grave error. Aseguraba que la muchacha se había enfadado con la organización porque no le pasaron una pensión y tuvo que ponerse a trabajar. No era de fiar. Pero nadie le hizo caso. De modo que, unos meses antes del atraco, en mayo, especificó el Remedios, la traidora se dejó detener por la Brigada Móvil de Ferrocarriles en el tren Madrid-Lisboa. Lindo, el compañero del Maquinista, que iba de fogonero aunque él no trabajaba ese día, fue quien confundió al partido asegurando que la habían arrestado porque la había visto bajar del tren, flanqueada por dos secretas de paisano. Y, aunque le había visto, no le saludó.

Llerandi, antes de que denunciara lo que sabía de él, dejó escrito que había descubierto un dato relevante de su vida que la dejaba en entredicho. La presunta delatora tenía un hijo de tres años que no era del Minero, como creían, sino de un

mecánico al que apodaban el Andariego, un presunto confidente de la Guardia Civil. Pero fue demasiado tarde.

Gracias a la Vivillo, la Brigada de Información Central supo antes que los sociales dónde vivía el dirigente comunista. Era un piso exterior del doce de la calle Santa Feliciano, casi esquina con Juan de Austria. Se fue a por él de inmediato. Los mandos hicieron un despliegue de los de antes, con guardias en las dos aceras y junto a las farolas próximas al portal de granito. Otro par de agentes de paisano se fueron distribuyendo por las escaleras de madera y dos inspectores subieron y derribaron la puerta. El inquilino había dejado echadas las persianas de los tres balcones y tuvieron que darle al interruptor de la luz para deshacer la oscuridad. No había nadie porque aquel solo era uno de los muchos domicilios del Julián. Pero encontraron fotografías y documentos que fueron decisivos para su identificación definitiva como español nacido en San Luis, Cuba, allá por el diecisiete.

La policía envió sus datos a todas las comisarías de España, por si andaba fichado por ahí. Y no andaba, pero anduvo. En Barcelona. Allí encontraron una fotografía suya en la que mostraba su rostro de sempiterno adolescente con un apunte de calvicie. Parecía un cura guaperas de mirada tristonca. La había dejado olvidada, o a saber, dentro de un sobre que nunca envió aunque llevaba el sello y una dirección de Ávila. La de su madre.

Los de la BIC no se frotaron las manos porque siempre las tenían calientes de dar bofetadas a los detenidos, comentó el Remedios echándole al café su gota habitual de mala leche. Ya lo tenían. Un grupo especial de Madrid viajó hasta la ciudad de Santa Teresa y se plantó en el piso de la dirección señalada, en el número ocho de la calle San Segundo. Resultó ser el de un notario para el que Isabel Segura, la madre de Julián, trabajaba como institutriz.

Solo fue cosa de poner su cuarto patas arriba. Llerandi resultó ser demasiado buen hijo en tiempos que no estaban para mimos. Doña Isabel tenía una nota manuscrita del jefe guerrillero en la que le decía que si llegaba alguna carta para él la remitiese a Juan Aznar, Huerta Machuca, Estación de Talavera de la Reina, y que la metiera dentro de otro sobre en el que pusiera «para Julián». «Es el nombre que uso», concluía.

Entonces, sí que sí, los polis madrileños se frotaron las manos de verdad, adivinando en ellas el dinero y las medallas que les proporcionaría la detención de tan alto responsable comunista. Su ambición fue tan descarada que ocultaron su descubrimiento a la BPS y la Guardia Civil y el inspector y los cuatro agentes de la BIC se fueron a Talavera sin dar tiempo a pestaños en el mismo coche en el que habían llegado ese día de Madrid.

A las cuatro y media de aquel fatídico viernes, trece de septiembre, ocuparon, metralleta en mano, la huerta del Tío Matapulgas. La fortuna, con todo, les resultó tan favorable como efímera. Porque esa noche, aunque Julián había cenado con la familia Aznar, no se quedó a dormir. Lo malo era que andaba cerca. Había ido a acompañar

al comandante Carlos, enfermo sin que se supiera de qué, a la huerta próxima de los Gregorios.

El Remedios dijo que todo el mundo sospechó que Carlos no estaba enfermo, que se había escaqueado porque había sido sustituido como jefe de los guerrilleros extremeños, toledanos y abulenses. Menos mal, comentó el Cambiao, que Lyon, el practicante, cogió la misma afección desconocida. Porque si no... Todos habían pensado, de entrada, que su único mal era haber sido destituido, a petición del Julián, por una numerosa asamblea de guerrilleros que se acababa de celebrar el Día de Difuntos en Casavieja, donde la sierra de Gredos. Pero no hubo nada de eso. Para su infortunio, Carlos no tuvo tiempo ni de quejarse por su degradación a guerrillero de base. Los policías madrileños arrestaron a los Aznar y, tras torturar ferozmente a Juan, el mayor de la familia, averiguaron a dónde había ido Llerandi. Y de nuevo, sin encomendarse a otras fuerzas, asaltaron el establo de los Gregorios a pleno sol del mediodía. Pero esa vez sí que se toparon, para su jodienda, con los que buscaban. Ocupaban un granero y no les sorprendieron. Los cuatro guerrilleros que estaban dentro los vieron llegar y se liaron a tiros. Luego, sin dudarlos, huyeron por la ventana y se refugiaron en un maizal.

Los disparos deshicieron el plan policial de apuntarse el tanto en solitario porque las fuerzas estaban igualadas. Los agentes habían dejado a uno de los suyos vigilando la huerta de los Aznar y también eran cuatro. De modo que el inspector tuvo que limitarse a colocar a sus hombres estratégicamente para que no escaparan del pequeño campo de mijo y aprovechó que una camioneta pasaba por la cercana carretera de Cervera para pedir auxilio a sus compañeros de la comisaría y los guardias del cuartelillo de Talavera.

Cuando los huidos vieron llegar a las fuerzas policiales armadas hasta la gorra y los tricornios comprendieron que los rodearían sin remedio. Dos de ellos, el Julián y Fernando Bueno, «el Cuáter», hermano por cierto del Maquinista, decidieron huir y consiguieron escapar. Cada uno, eso sí, se fue por su lado. Cuáter, aunque herido, tardó lo suyo en llegar a la capital, pero logró su objetivo. Llerandi, en cambio, demostró ser un pardal en esas lides. Volvió a la huerta de los Aznar y fue detenido por el policía que se había quedado de guardia. No cruzó un disparo. Ni se lo dio a sí mismo en la cabeza como era su obligación. «Y más siendo el jefe», dijo el Remedios indignado.

Los otros dos, nada menos que el degradado comandante Carlos y Lyon, el médico, se quedaron atrapados en el maizal. Quizás, como matizó el anciano narrador, fue culpa de la debilidad que les produjo la enfermedad que habían sufrido o sufrían todavía. ¡Quién sabía! El hecho se ocultó oficialmente por aquello de recibir las gratificaciones correspondientes, pero lo único cierto fue que cuando se vieron perdidos se aplicaron a sí mismos, a rajatabla, las ordenanzas guerrilleras. Dejaron las últimas balas de sus pistolas para ellos mismos. Luego se abrazaron y apoyaron los cañones de sus armas en la cabeza del otro. Contaron hasta tres y se dispararon a

quema sien. «Fueron dos con dos», los elogió el Remedios.

A Miguel le dolió mucho la muerte de ambos, pero especialmente la de Lyon, con quien había mantenido largas conversaciones en las que hablaron de los problemas que sufría la guerrilla por la falta de médicos y de medios sanitarios. Al Practicante, el alias que le acuñó la policía a Tabernerero, le gustaban mucho las historias médicas de la guerra que le contaba el Cambio, por quien sentía gran simpatía desde que supo su nombre de pila. No en vano, además de Robert y Lyon, también se hizo llamar Miguel, como él.

Durante la espera de los largos atardeceres previos al combate, el Cambio le entretenía hablándole de las cosas que la vida dejaba al albur. Le contaba anécdotas sorprendentes de la guerra como la de los miedosos que se disparaban a sí mismos para librarse de las batallas. ¿Sabía que sacrificaban dos hogazas de pan, entonces tan preciadas, para meterse un tiro en el pie y que no se notase el tatuaje de la pólvora? ¿O que se producían grandes abscesos en los muslos y las nalgas inyectándose petróleo de los candiles?

Había gente a la que le pasaban cosas increíbles dependiendo de su buena o mala suerte, añadía. Como le pasó a un pariente del doctor Vicente Vallina, al que le pagaron un tiro en el frente de Oviedo y le dieron por muerto porque la bala le había atravesado la nuca. Le operaron y salió tan pancho del hospital. O como el de Teruel al que un proyectil le despedazó varios dedos y acabaron arreglándole la mano después de una operación muy laboriosa. Volvió al frente y le hirieron de nuevo en el brazo de la mano reconstruida. Tuvieron que amputárselo entero. Y cuando los cirujanos le vieron de regreso al hospital, con el brazo destrozado, le dijeron de coña: «¡Hombre, esto se avisa!».

Uno de los casos que más le llamaron la atención fue el de aquel a quien, también en Teruel, salvó el gran Picardo. El cirujano le contó a Miguel que al soldado le había alcanzado metralla de acero ennegrecido de una bomba de aviación. Se le incrustó en el macizo de los trocánteres y cuando la extrajo cuidadosamente del fondo del cráter de la herida encontró, aplastado, medio reloj de bolsillo, trozos de uniforme y dos dedos de una mano. El doctor se quedó perplejo porque al operado no le faltaba ningún dedo. Pero luego se enteró de que un compañero, para salvarle, le tiró al suelo cuando cayó la bomba y la metralla le segó los dedos, arrastró el reloj de bolsillo, se llevó un trozo de tela de su pantalón y acabó alojándose, por fin, en la cadera.

Lo raro era que Lyon no había oído hablar nunca de Manuel Picardo a pesar de la fama que alcanzó durante la guerra. Le habían contado cosas de otros galenos españoles y extranjeros que hicieron historia en el bando republicano como el extraordinario José Trueta, el inventor de las curas oclusivas que tantas amputaciones evitó. O el doctor Durán Jordá, que creó el Servicio de Transfusiones de Sangre en Barcelona a finales del treinta y seis e inventó la botella de doble cámara que aumentaba la rapidez del paso de la sangre. Pero, en eso de los trasvases, a quien más admiraba Lyon era al canadiense Norman Bethune. Que se fijase, ella que era médica.

Las tijeras de costilla Bethune que ideó el año treinta todavía se seguían utilizando en la actualidad. «¡Quién las pillara!», solía decirle al Cambio el médico de guerrilleros, pensando en la escasez de sus recursos.

Ese Bethune sí que fue grande, insistió el quisquilloso relator mientras miraba con vehemencia a la *doctorsita*. Desde que apostó por la medicina socializada y se fue a Moscú en el treinta y cinco para ver cómo funcionaba en la Unión Soviética, fue único a los ojos de Lyon. Miguel le explicó que allí se hizo comunista y, por eso, nada más estallar la guerra española se incorporó a las Brigadas Internacionales en noviembre del treinta y seis. En los frentes españoles organizó las unidades móviles de transfusiones *in situ* que, además, iban provistas de apósitos y medicamentos para cien operaciones. Ganó fama, por cierto, de ser un ángel rojo que atendía a la población civil cuando huyó de Málaga a Almería mientras los aviones alemanes e italianos masacraban a las mujeres y los niños en la carretera.

¿Y sabía qué? Pues que el hombre, por diferencias con el Gobierno y porque tuvo roces con los comunistas por su inhumanidad, volvió a Canadá a recaudar fondos para la República y mandó el dinero, pero ya no volvió. En el treinta y ocho se marchó a la China para unirse a los comunistas de Mao en su lucha contra los japoneses y en esa guerra fue célebre porque, tras las batallas, atendía a las víctimas sin distinción de ejércitos, lo mismo a sus revolucionarios que a los prisioneros japoneses.

Lo increíble era lo que le pasó. Fue la hostia, estalló el Remedios francamente apasionado por el relato. ¡Había que joderse! Él, que había salvado la vida a tantos desahuciados, se hirió en un dedo por noviembre del treinta y nueve, si no recordaba mal, y no pudo evitar que se le infectase la sangre. Murió de septicemia y hasta Mao le homenajeó escribiendo que todos los seres humanos deberían aprender de su absoluto desinterés.

Alicia pidió al anciano que repitiera su nombre y, cuando lo escuchó de nuevo, se quedó meditabunda. Al poco, miró al Remedios y exclamó: «¡Joder!». Pero si era el médico, añadió, de la estatua situada en una plaza de Montreal junto al hotel donde se hospedó durante unas vacaciones en las que viajó con sus padres a ver ballenas en el golfo de San Lorenzo. Se rio. Ella, que todavía era estudiante, ya de izquierdas, había estado en esa glorieta y se había fijado en aquella estatua porque le sorprendió que estuviera dedicada a un doctor. Desconocido, pero doctor al fin y al cabo. Pero lo que más le sorprendió fue que estuviera cubierta de palomas y que, al asustarlas para que echaran a volar, dejaron a la vista sus cagarrutas. Recubrían casi por completo la testuz y la bata de la escultura. Entonces lo había interpretado como una ironía más del triste destino de la humanidad. Porque aquellos animales hermosos que simbolizaron la paz se habían transformado en las ratas voladoras de las grandes urbes que desfiguraban con sus excrementos, como el inmisericorde capitalismo, la sabiduría y la bondad humana. Todo un símbolo del poder globalizado de la mierda.

Para la guerrilla, lo de Talavera fue una verdadera catástrofe. Sobre todo,

sentenció el Cambio, por culpa de Llerandi. El Julián no solo se rindió, sino que desveló la identidad de toda la dirección. Y en Madrid y la provincia de Toledo fueron detenidos casi cien enlaces o miembros del partido a los que los tribunales condenaron, como mínimo, a diez años de prisión.

La misma noche que le detuvieron, Julián reveló que los dos suicidas desconocidos, Carlos y Lyon, eran quienes eran. Y hasta detalló sus cargos. La policía, que no lo sabía, se alegró sobremanera del extraordinario resultado de la cacería. Luego, lastimosamente charlatán, el máximo responsable, irresponsablemente, confesó dónde vivía él mismo. Y los maderos, claro, le pillaron una agenda repleta de nombres, documentación sobre el Pecé y sabía el demonio cuántas claves más. Pero lo peor fue que, para colmo, denunció a Fermín, el jefe supremo. Le detuvieron solo un día después en su domicilio madrileño de la calle Lagasca. El arresto descabezó el aparato y dejó con el culo al aire a casi todos los miembros de la zona centro. Resultó muy doloroso, casi patético. Ambos, denunciante y denunciado, fueron fusilados un año después, al amanecer, en el campo de tiro de Campamento, cercano al cementerio de Carabanchel Alto.

El daño fue irreparable, insistió el Remedios, apesadumbrado. Porque, aunque nunca conoció a ninguno de ellos, le dolía su recuerdo. Alicia vio cómo se hundía y presumió la quiebra. Mirándole dulcemente, le apretó las manos entre las suyas para que dejaran de temblar.

A euro pelao

En el piso de la calle Ibiza, donde acabó escondiéndose como un hurón urbano, Miguel hizo balance de lo que había pasado. Estaba tan confundido que ni siquiera Mimí, haciendo alarde de sus encantos, caldeó su ánimo de hielo. Solo el rescoldo del recuerdo de sus últimos días con Libertad en Tetuán de las Victorias y la convicción de que el amor, más allá del deseo, era el único elemento que daba sentido a la vida de los seres humanos porque podía avivar, siquiera levemente, el calor de la existencia, le permitieron mantener en vilo su desesperanzado raciocinio.

Primero, García Granda con sus Cazadores de la Ciudad. Luego, el Francés. Y finalmente Lyon, Carlos, Fermín. Todos los demás. Ni siquiera tuvo valor para quedarse con Julio Navas, «Fabián», el nuevo y último jefe de la quincena de guerrilleros del Francés que sobrevivieron por el norte de Cáceres. El desastre hizo que Paco el Catalán, que se iba a encargar de la Primera Agrupación de Cáceres, tuviera que asumir la jefatura de los restos del Ejército Guerrillero de Centro. Y Fabián, que iba a ser su segundo como responsable de propaganda, se convirtió en el líder de lo que ya fue, simplemente, la Agrupación de Extremadura.

El Cambio estaba allí cuando Fabián les pasó revista por primera vez y tuvo conciencia de la pobre herencia que había recibido. El Remedios lo pintó como un buen tipo, muy *echao p'alante*. Pero tardó poco en caer. Llegó a mediados de septiembre del cuarenta y seis y acabaron deteniéndole en un piso de la calle Huertas de Madrid en junio del año siguiente. Le juzgaron, sufrió lo suyo, ¡qué decía!, más bien lo de mil, y el muy corajudo acabó en el paredón cuatro meses después.

Al principio, el Cambio quiso echarle una mano cuando supo que, pese a su juventud, atesoraba una experiencia insospechada. Sobre todo cuando descubrió que, además de haber sido voluntario en el Quinto Regimiento y de haber combatido en la batalla del Ebro antes de irse a Francia para acabar formando parte de los maquis del valle de Arán, el joven Navas había peleado en la unidad de Artillería de su admirado Tagüeña. El avezado chaval se apuntó un tanto afectivo. Pero, cuando intentó retenerle a su lado, no lo consiguió.

Aunque invocó el sagrado nombre del teniente coronel, Miguel le dio la espalda. Y no porque no aguantase. Fue porque no quiso aguantar. No pudo soportar que el joven jefe guerrillero, más envenenado que atrevido, quisiera demostrar al universo entero que la lucha continuaba a pesar del mucho daño que había provocado el revés de Talavera. Y que lo hiciera con más crudeza que nunca, programando un plan de ajusticiamiento de fascistas y delatores, como él mismo lo definió, que tiñó de sangre los pueblos del norte de Cáceres. Así que, cuando en octubre del cuarenta y seis mataron al traidor Francisco Valle en la Aldehuela del Jerte y dejaron tirado su cadáver en una cuneta, con un cartel colgado al cuello en el que se leía «por chivato», consumó su decisión. Solo se lo comunicó al propio Fabián, como jefe, y a Pinto, por amigo. Y cuando llegó la Navidad, al pasar por la casa del último enlace de fiar que les quedaba en el pueblo cacereño de Torreorgaz, aprovechó la proximidad de Arroyo de la Luz para huir en tren hasta Madrid.

Llegó a la capital más quemado que, como suele decirse, la pipa de un indio. Y sin saber siquiera por dónde tirar hacia delante. Pero esa vez, sí que sí, la idea de cometer un atraco y huir definitivamente al Perú acabó carcomiéndole la poca razón que le quedaba. Le sedujo. No podía ni quería hacer lo que le decía Mimí, aquello de que se quedase en el agujero como un topo hasta que llegaran tiempos mejores. ¡Tiempos mejores!, exclamaba él, sarcástico. Pero si estaban peor que nunca. Si los aliados preferían más a Franco que a una democracia. Por si los rusos. Y las recién creadas Naciones Unidas no aprobaban más que condenas que no servían para nada. Hasta los franquistas se mofaban diciendo que si los rojos tenían ONU, ellos tenían dos. ¿De qué iba? ¡Si lo único bueno que había hecho Franco era abrir al público los paseos y los jardines de la Casa de Campo!, añadía Miguel con ironía. Y miraba a Mimí con una cara de no digas chorradas que le dolía en el alma a la mujer.

Mimí no se rindió. Algo se les ocurriría, dijo. Pero él insistía. Tenía que repetirle el favor que le hizo cuando le ayudó a cometer el atraco del tren. Con eso bastaría. Y ella, claro, susurró el Remedios, le daba la callada por respuesta. Porque pensaba que ni en broma. Que esa vez no lo soltaba ni de coña. Fue más. Para quedar bien, sabiendo que no lo aceptaría, incluso le ofreció todo el dinero que necesitase, si ese era su auténtico deseo, para irse de España. Y Miguel, como ella esperaba, se repetía a sí mismo lo que ya se había dicho cuando pensó en la posibilidad de atracar a su padre. Que, de eso, *nocing* de *nocing*. Así, en inglés.

Y en esas estaban cuando un hecho absolutamente inesperado cambió el rumbo de las cosas. A primeros del cuarenta y siete, uno de los guerrilleros de Fabián habló del Cambio cuando le detuvieron. Para evitar que le matasen, como dijeron que aseguró. Sopló que Miguel se había ido a Madrid, aunque señaló que no sabía dónde. Y el sustituto de Gómez Cantos en Cáceres, el teniente coronel Arturo Puga Noguerol, que ya sabía del Bizco y las ganas que le tenía al marquesito, como le llamaba despectivamente, le ordenó que se pusiera a las órdenes de la policía secreta y ayudara a encontrarlo.

Sebastián Delgado, más chulo que un noventa y nueve sobre cien, se puso en contacto de inmediato con la Brigada Político Social. Viajó a Madrid y se instaló, a gastos pagados, en la posada del Edificio Simeón. Ahí al lado de la Puerta del Sol. Donde la plaza de Santa Ana hacía esquina con la del Ángel, indicó el Remedios. Pero Alicia le sorprendió: «Sí, ya sé cuál es», dijo sonriente. Era, añadió, el Reina Victoria que se conocía como hotel de los Toreros, porque allí se vestían durante la feria de mayo, antes de ir a Las Ventas, los grandes como Manolete. El maestro de Córdoba tenía siempre reservada la habitación doscientos veinte. Y no es que ella lo supiera porque le gustasen los toros, que de eso nada, sino porque su fachada, con la cúpula blanca y su bola de cristal, era requetebonita.

Siempre fue un hotel muy coqueto, matizó el anciano. Sobre todo cuando lo pintaron de un color amarillo, casi albero, que destacaba su eclecticismo salpicado de toques modernistas. Fue en el tiempo que el local compartía las habitaciones con los comercios de la planta baja, las naves de los almacenes Simeón. Eran un poco caros, la verdad. Pero de buen material. Alguna vez, añadió sonriendo, compró allí ropa por aquello de que lo barato es caro, como decía su madre. Y también, ¿para qué engañarse?, por pura coquetería.

El falangista torrealbeño se instaló en sus aposentos por su proximidad a la Puerta del Sol, donde estaba la Dirección General de Seguridad. Dentro de ese edificio, explicó el viejo narrador a la muchacha, estuvieron las dependencias y los calabozos de la Brigada de Investigación Social, la que los antifranquistas llamaban Político Social o, a pelo, la Secreta. Nuestra Gestapo patria, puntualizó, hizo allí de las suyas desde marzo del cuarenta y uno hasta nada menos que diciembre del setenta y ocho. Que no lo olvidase. Y no decía Gestapo porque sí. ¡Qué va! Lo decía porque el dirigente nazi Heinrich Himmler envió el año cuarenta a un adjunto suyo, Paul Winzer, un oficial de las SS y de la propia Geheime Staatspolizei, para que instruyera a la policía política de Franco en la utilización de sus tristemente famosos métodos represivos.

Así que Alicia podía hacerse fácilmente una idea de cómo funcionaba aquello cuando llegó el Bizco. Y, encima, le pusieron a las órdenes del inspector Roberto Conesa, que se las sabía todas porque llevaba allí desde mil novecientos treinta y nueve. Quizás la joven doctora recordase, dijo bajando la voz, que, a pesar de tantas trastadas como hizo, sobre todo como especialista en torturar brutalmente a los detenidos, fue jefe de esa brigada durante los últimos años del franquismo y los primeros de la transición democrática. Aunque, si no sabía quién era Conesa, tal vez sí hubiera oído hablar de su famoso segundo, Antonio González Pacheco, alias «Billy el Niño». ¿No? Pues era otro bicharraco de cuidado. Y de órdago. Porque a la villanía del oficio, dijo, le sumaba la chulería y la crueldad que siempre caracterizan a los bajitos malajes.

Cuando Conesa le recibió en su despacho de la Degeese, el Bizco, aunque iba vestido de paisano, se cuadró ante él y le saludó a la romana, haciendo sonar sus

tacones con estruendo. Fue como cuando conoció a José Antonio en Cáceres. No cabía dentro de sus cuatro tirillas de musculatura.

El por entonces inspector no tenía de secreta ni la cara ratonil de grandes orejas y ojillos de vidrio. Su mal hacer era temido por rojos y fascistas, indistintamente, porque su mala sangre les daba miedo a todos por igual. Entre los gerifaltes del Movimiento Nacional empezó a tener fama por un vergonzoso primer éxito, la captura de las Trece Rosas, aquellas crías inocentes. ¡Ya veía! Incrementó su triste reputación desmontando la estructura clandestina del Socorro Rojo Internacional en Madrid a palo y tentetieso. Y a eso le sumó el hecho de haber colaborado estrechamente con la Gestapo denunciando maquis españoles durante la guerra mundial. ¡Vaya mierda de méritos!, dijo despectivo. Y miró enfurecido a una joven Alicia que, según avanzaba el relato, se encontraba cada vez más indecisa entre parapetarse tras los espejos que acostumbraba a cruzar o salir pitando de ellos para no quedar atrapada en la hiriente desmemoria que guardaban.

Conesa saludó al Bizco con distanciamiento, ofreciéndole su mano, blanda y sudorosa, por encima de los papeles y las fichas de la mesa, sin levantarse del acolchado sillón castellano de cuero labrado y madera de nogal en el que estaba recostado. Lo primero que le dijo, de sopetón, sin miramientos, fue que los colaboradores como él solo estorbaban porque presumían mucho, pero no hacían nada. Además, eran blandengues como ellos solos y, por eso, los sospechosos se les escurrían de las manos. Es decir, que no sabían aplicar los métodos adecuados para que los detenidos se soltaran por soleares en riguroso compás de tres por ocho. Y así no había manera.

Le miró de la frente al cinturón porque la vista no le llegaba más abajo. Pero bueno, concluyó. ¡Qué se le iba a hacer! Había lo que había. Y chistó. Esperaba que, al menos, aprovechara su paso por los Madriles para aprender un poco de lo suyo. «¡Despabile, coño, despabile!», terminó despidiéndole con ademán despectivo.

¡Y vaya si espabiló!, comentó el anciano a la muchacha. Solo tuvieron que invitarle a unos cuantos interrogatorios en los sórdidos sótanos de la vieja Casa de Correos. Y bien que tomó nota. Asistió embobado a la aplicación del método del electricista, el del cable que escupía electrodos sobre los cuerpos mojados de los detenidos. Eso sí que era moderno, se había dicho. Y eficaz. Como provocar la asfixia de los detenidos hasta casi ahogarlos en un cubo de agua meada, la bañera que le decían, o cubrir la cabeza con una bolsa de plástico sin respiradero.

Aunque los más sofisticados y recientes tampoco eran malos. Sobre todo el tormento del Cristo, ese en el que los grises tumbaban al reo en decúbito supino, con los brazos en cruz, y le golpeaban con cualquier cosa que tuviesen a mano. O el del quirófano, cuando tendían en una mesa al pobre arrestado dejando medio cuerpo suspendido en el aire, desde los riñones hasta la coronilla.

Desde luego, debió de decirse el falangista, eran procedimientos mucho más efectivos que los que él mismo había utilizado en Torrealba después de la guerra.

Pasado el tiempo, como ya no valía aterrorizar por aterrorizar y para conseguir información no servía de nada matar a los capturados, la Guardia Civil le había enseñado el método tradicional del corro en el que sus matones pegaban garrotazos y puñetazos a la víctima, sin descanso, hasta que delatase a los suyos. Y el otro del tambor, aquel que consistía en meter la cabeza del detenido en un cubo de aluminio y golpearlo con las cachiporras hasta hacerle papilla los tímpanos.

De hecho, el procedimiento más sofisticado que había utilizado contra los desafectos al Régimen, según pregonaba con orgullo en las tabernas de Torrealba, había sido la aplicación de la cigüeña. El nombre era bonito, se decía en Madrid tras ver lo que vio, pero los resultados casi nunca fueron los deseados por más que su aplicación obligase a sus desgraciadas presas a caminar en cuclillas con las manos esposadas por las corvas, casi siempre desnudas para que el escarnio fuera completo, y las moliese a palos cuando caían desfallecidos. ¡Qué tonterías!, debió de decirse. Comparadas con los métodos que Conesa había aprendido de los alemanes, aquellas eran técnicas burdas, blandas, tan inútiles como un castigo de colegio.

Solo por lo que aprendió esos días sobre las torturas hubiera justificado el viaje, comentó el Remedios. Pero aspiraba a más. A cazar a Miguel. Al maldito Cambio. Costase lo que costase. Y como fuese. Así que pidió una pareja de policías expertos en la lucha contra el maquis urbano y Conesa le adjuntó a los mejores que tenía, un guardia civil integrado en la estructura de la brigada para la persecución específica de los guerrilleros llegados desde Extremadura y Toledo tras el desastre de Talavera y un miembro de las unidades especiales de la propia Bepeese que había perseguido a las partidas de Granada en el cuarenta y cuatro. Un lujo solo explicable, señaló el Remedios, por las ganas que los militares seguían teniéndole a Miguel, sobre todo aquellos a los que dejó sin estraperlo y con el culo al aire. Porque, claro, lejos de ser investigados como hubiera correspondido, concluyó el anciano con cara de chasco, los militares implicados en el contrabando habían sido ascendidos por Franco a los escalafones más altos. Lo normal. Que no se extrañase. Dijo:

—¡Menudos tiempos eran aquellos! Comparada con la corrupción de entonces, la de este siglo, aunque resulte tan escandalosa como aparenta, es un juego de trileros del Rastro. Y de a euro pelao.

La batida de caza comenzó vigilando la lujosa mansión de Mimí. Y a Mimí. Lo hicieron tan descaradamente que ella se dio cuenta enseguida de que la seguían y comprendió que no podría volver a su piso de la calle Ibiza hasta que le encontrase una solución al acoso. Tuvo que utilizar a un viejo cliente, de fidelidad manifiesta, para enviarle una nota de aviso a Miguel. Sin detallarle nada de nada al emisario, se limitó a pedirle el favor de que acercara un sobre a la casa donde vivía su madre, que le dijo, para que supiese que estaba algo indispuesta y que no iría a verla en unos días. Como era un aristócrata conocido, de esos que salían en *Lecturas* y en el *¡Hola!*, el Bizco y sus sabuesos no le siguieron los pasos. Y la cosa salió bien. El hombre cumplió el encargo sin más mosqueo que el de comprobar, hablando con la

progenitora, que los orígenes de su coqueta de pago, en contra de lo que había creído siempre, eran verdaderamente humildes.

En la misiva, Mimí advirtió a Miguel de un dato relevante. Había visto por casualidad a uno de los vigilantes habituales. Parecía el más discreto y asomaba menos. No se quitaba el sombrero ni dentro del coche, un Citroën negro de los que ella sabía que utilizaban los secretas porque nunca faltaban en su negocio parroquianos de ese oficio. El segundo día que custodiaron el edificio, le había mirado descaradamente a los ojos. Y, ¡tate, tate! Estaba convencida de que era el Bizco. Sí. Nada menos que Sebastián Delgado, el falangista de Torrealba que se la tenía jurada.

Advertido, Miguel dedujo que el asunto era grave porque si los maderos madrileños habían traído al Bizco hasta Madrid, la cosa estaba clara. Esta vez iban a por él de verdad y no pararían hasta que le cazasen. Se preguntó el porqué. Porque no lo entendía. Pero le dio igual. Debía pirarse a toda hostia, dijo el Remedios que concluyó entonces. Y actuó en consecuencia.

Alba Inés, su Lirio, le había dejado un teléfono de contacto para que lo utilizase solo *in extremis* si algún día se las ponían canutas en Madrid. No hizo falta que lo apuntara en ningún sitio. Se lo sabía de memoria porque estaba chupado. Era un capicúa, el 77 077. Cuando llamase tenía que preguntarle a quien estuviera al otro lado de la línea si vendía pelucas rubias. Nada más. Había pasado tanto tiempo y se habían producido tantas detenciones que correría un riesgo enorme si llamaba. Pero concluyó que era la única salida. Y acertó.

Le atendió un presunto barbero del distrito de Retiro que no reveló su nombre, pero quedó con él la misma noche que le llamó junto a la boca del metro de Menéndez Pelayo, próxima al piso donde se escondía. Dijo que le reconocería porque llevaría un peine de pasta de carey sobresaliéndole del bolsillo superior de la chaqueta y que no debía intercambiar ninguna palabra. Bastaba con que le dejara una nota en la que le expusiera quién era, su problema y un número de teléfono al que pudieran llamarle sin peligro.

Miguel hizo lo que le ordenó con absoluta discreción. Y aquel hombre de complexión sanguínea que se cubría con gorra de visera y proyectaba una mirada de acero fundido recogió el papel, se lo metió en un bolsillo y, sin mugir, huyó por las escaleras mal iluminadas hacia el apeadero. Se llevó con él sus datos personales y una reclamación desesperada de que le pusieran en contacto con Paco el Catalán o alguno de sus segundos porque era imprescindible que le ayudaran a huir de Madrid hacia daba igual qué sitio si querían evitar que cayera en manos de la policía. Para su sorpresa, el mismísimo Pedro Sanz Prades, a quien reconoció inmediatamente por la voz porque había tratado con él algunos encargos del Francés, le telefoneó solo unas horas después.

Se citaron en el bar Pacífico de la avenida Ciudad de Barcelona. Al calor de una salamandra de ojillos incandescentes, Miguel le contó su situación. El catalán se

mostró tan contento de verle que había pedido un frasco de vino peleón contraviniendo las estrictas reglas de una peculiar ley seca que él mismo había decretado para sus guerrilleros urbanos por temor a la mala racha que pasaban. Confiaba en convencerle de que se quedase a su lado, peleando en la capital, dijo. Y, para animarlo, le descubrió que Fabián y Pinto iban a acercarse a Madrid para hablar con él de la posibilidad de abandonar Extremadura y Gredos y tratar de mantener una partida en Ciudad Real. Si no quería quedarse en Madrid, al menos podría irse con ellos, comentó. Pero si no hacía ni lo uno ni lo otro, dijo serenamente, lo comprendería. Sobre todo porque la organización madrileña estaba hecha un gruyer, llena de agujeros, y las ratas la mordisqueaban a sus anchas. El mandamás de la secreta, Francisco de la Guardia Gilabert, había encargado la búsqueda y captura de los últimos Cazadores de la Ciudad, vivos o muertos, a los tres inspectores más cualificados de la brigada, encabezados por Conesa. Eran perros de presa resabiados y temía que más pronto que tarde caerían sobre ellos con la ayuda de algunos infiltrados.

Miguel no tuvo que pensárselo. Desde el escaparate de la tasca se contemplaba la fachada del hospital de San Carlos y las tripas se le descompusieron recordando la muerte del Recogío y la traición de Mimí. «Prefiero que no», resolvió. No era momento de explicárselo, pero tenía que perderse por el norte, donde no le conocieran ni de oídas. Si era posible, por Cataluña. Y, si no, en Asturias. O por ahí. Algún sitio desde el que pudiera huir a Francia si las cosas iban a peor.

Convencido, el Catalán se ajustó el sombrero de fieltro con sus dedos regordetes y le explicó que lo único que se le ocurría era enviarle a que ayudase al Pelotas, un luchador experimentado que había enviado el partido a recomponer la guerrilla del norte de León. Le llamaban el Ramos. Por su auténtico apellido. Andaba más quemado que las pestañas de Cristo. Le habían dicho que le faltaba gente. Y por eso, si lo autorizaban en Toulouse, su incorporación podía ser la solución perfecta.

El Cambio no sabía nada de aquella ciudad, pero la salida que le ofrecía el Catalán le pareció pertinente porque allí, por lo menos, nadie sabía de él. Salvo la policía. Miró agradecido al comunista castellonense y aceptó su propuesta. Mientras se recreaba contemplando su estampa de imitador de gánster policial porque, aprovechando la publicidad de que los rojos no vestían sombrero, llevaba uno bien grande y, además, lucía un bigotito recortado a lo Clark Gable cuando interpretó *El enemigo público número uno*, preguntó cuánto tiempo tardaría en conocer la respuesta de la dirección de Francia. Le respondió que en una o dos semanas. Y Miguel precisó que perfecto. Porque era el tiempo justo, añadió, para organizar en León su propia infraestructura personal. No le explicó, en cambio, que lo haría, como de costumbre, con la inestimable ayuda de Mimí. Ni él se lo preguntó.

El Remedios le contó a la *doctorsita* que Paco el Catalán pudo ayudar a Miguel de milagro, porque solo unas semanas después le detuvieron en Madrid junto a otros cincuenta y un compañeros. Unos dijeron que fue por culpa de un atraco fallido de su

segundo, Juan Sanz. Y otros que se debió a la caída, en febrero, de Francisco García Manzanedo, «el Pelón», a quien detuvieron cuando ponía en el cuartel de la Guardia Civil de Usera una de esas bombas fabricadas con los modernos explosivos traídos a España por Cristino García Granda. Sí, los de plástico inglés con mecha rápida, detalló el Remedios. Unos que introdujo en España junto a lapiceros explosivos y minas magnéticas de efecto retardado que habían utilizado los maquis en la guerra mundial. Fuera por hache o por be, concluyó el anciano apenando la mirada, les hicieron a todos un juicio sumarísimo, acelerado, y los fusilaron sin contemplaciones en el cementerio de Cuatro Caminos. Y ahí, chavala, se supone que seguirán amontonados sus huesos en la actualidad, dentro de una fosa de ubicación desconocida.

Poco antes de eso, el partido estaba tan trufado de traidores, siguió narrando el viejo, que Pedro Sanz no sabía por dónde le iban a llover las hostias cuando se levantaba. Olía perfectamente, cada mañana, la tostada quemada que le tocaba engullir. Pero se la tragaba porque no había otra cosa.

Por darle ánimos a la muchacha, respiró hondo y suavizó su mensaje. Que no se creyese, Alicia, que todo era mierda. En absoluto. También hubo valientes, resaltó, que se negaron a colaborar con la policía al precio de su vida. Como Eduardo Sánchez Biedma, de quien la secreta dijo que solo un mes después de la caída de Talavera se suicidó arrojándose al metro porque lo iban a usar de cebo para capturar a sus compañeros. La película que se inventó la bofia no le dejaba mal. Pero era una mentira más. El toledano Santi, que era como le conocían los suyos, aquel soldado republicano que se había formado con los grupos de Unión Nacional creados en las fábricas de Breguet y Dewoitine de Toulouse, donde trabajó tras la guerra civil, fue asesinado en la Dirección General de Seguridad porque, para no denunciar a sus compañeros, soportó las más brutales torturas. Hasta la muerte.

Años después se confirmó, añadió el Remedios, que el gran traidor había sido un miembro de la mismísima dirección madrileña, un tal Tomás Plana, «el Tomasín», a quien los de Francia habían enviado a la capital en septiembre del cuarenta y seis para que reorganizase las Juventudes Socialistas Unificadas. Como no tenía antecedentes porque solo contaba con veinticinco años y apenas participó en la guerra, todo el mundo pensó que había llegado a España legalmente. Y que por eso, según dedujeron inicialmente sus propios compañeros, la policía solo le había exigido, por si acaso, que compareciera cada dos semanas en la comisaría madrileña de Centro. Sin embargo, según la dirección del Pecé, acabó descubriendo, demasiado tarde, la brigada debió de seguirle los pasos, detenerlo y convertirlo en su colaborador desde el mismo momento en que llegó. Cuando cayó el Catalán, a primeros del cuarenta y siete, ya estaba integrado en la cúpula comunista madrileña y colaboraba con el orejudo inspector Conesa.

El Tomasín también participó en la captura de Fabián y Tronchón, quienes habían acudido desde Gredos para organizar no su marcha a Ciudad Real, como habían

pretendido unas semanas antes, sino su huida definitiva a Francia. El muy canalla fue quien avisó de que estaban en la casa de la familia del teniente coronel Tagüña, por ahí cerca, donde la calle Huertas. Y allí fue donde ametrallaron al combativo Tronchón, tan amado por el Francés, cuando ofreció resistencia.

Por julio, cuando las traiciones de Tomasín eran más efectivas porque el fusilamiento de dirigentes del Pecé le había catapultado a lo más alto del aparato clandestino madrileño, Conesa hizo el paripé de arrestarlo y lo incluyó en un sumarísimo de farsa junto a otros capturados. Por supuesto, aclaró el Remedios, fue puesto en libertad en menos de dos meses. Y algo debieron de sospechar sus compañeros traicionados porque el inspector le envió a Valencia de inmediato. Ya sabía. Para que siguiera cosechando de las suyas en tierras que no abonó.

Lo que más había enfurecido entonces al Remedios, según comentario propio, fue el choteo que Conesa montó con el Tomasín y su par de compinches infiltrados cuando, regodeándose, llegaron a escribir juntos los textos del *Mundo Obrero* en la mismísima Dirección General de Seguridad. El retorcido torturador incluso se dio el gustazo de citar a Shakespeare para criticar a Franco en los artículos subversivos que sus colaboradores distribuían por Madrid entre los militantes y simpatizantes comunistas.

El mundo posible de los sueños

Miguel esperó la llegada del Ramos con las manos aferradas a la barra de cobre y apoyando suavemente los zapatos en el reposapiés del mostrador. Adormecido, recordó el trompicado viaje en tren desde Madrid a León. Como por dinero no iba a ser, había viajado en primera, en litera de lujo, para evitar el mosqueo de la Brigada de Inspectores del Ferrocarril. Pero el estruendo de la máquina de vapor y el traqueteo de las ruedas sobre los raíles, añadidos al prolongado parón del traspaso en Venta de Baños, le impidieron descansar.

Mientras deglutía un chorro ardiente del Manolo con la lentitud de quien se abrasa la boca pero insiste, el narrador nonagenario comentó a su aprendiz de sabihonda que el extremeño estuvo a punto de quedarse dormido sobre la estrecha banqueta de madera del mostrador como un jilguero sobre el trampolín de su jaula. Afortunadamente, evitó llamar la atención cuando se percató de que, tras apartar la taza de café, no podía apoyar la cara sobre el mostrador. El tubo del bar La Barra estaba hirviendo y había recalentado los bordes de la madera de nogal sobre la que pretendía recostarse. Solo entonces, venciendo la modorra, se dio cuenta. Retiró las manos y los pies de las dos tuberías para no churrascarse. Preguntó al camarero, más admirado que sorprendido, que de qué iba eso.

—Es lo último en calefacciones —respondió orgulloso el mozo—. Tenemos una caldera de carbón en el sótano y la encendemos antes de abrir. Ya sabe. Por los trabajadores del ferrocarril. Porque aquí, aunque el edificio sea de postín —dijo guiñándole un ojo—, no hacemos asco a los currantes. Y les damos de todo lo mejor... No encontrará otro sitio con las barras del mostrador haciendo de radiadores. No, señor.

Desde luego, no sabía en León, pero lo que era en el resto de la España que conocía nunca había topado con nada semejante. Claro que la necesidad obligaba, contó el Remedios que se dijo entonces a sí mismo. Solo bastaba asomar la nariz a la calle. Aunque no había nieve, como le habían dicho que sucedía a menudo en invierno, el cierzo de febrero atravesaba los gabanes y astillaba las tripas como una

bala explosiva de carámbano. Miguel comprendió, sin más escuela, por qué los leoneses atribuían tanto valor al orujo y los chorizos picantes que elaboraban con el sagrado pimentón cacereño, el mejor condimento del mundo mundial, como lo catalogó patriochiquero.

El Ramos le había citado en La Barra echándole huevos con puntilla porque, para entonces, ya era de sobras conocido por todo tipo de guardias y policías de la ciudad. Sobre todo desde que un año antes las autoridades repartieron sus fotos, de frente y de perfil. Las que le hicieron cuando fue detenido en la madrileña glorieta de Atocha antes de la guerra. Fue en el treinta y cinco del siglo pasado, cuando solo tenía dieciocho años. Pero a sus treinta tacos, puntualizó el meticuloso relator, seguía teniendo la misma cara de crío y una engañosa mirada, entristecida por los párpados caídos que, gracias al pelo encrespado, una gatopardesca ceja izquierda y la nariz respingona pero resuelta, mutaba a capricho en un semblante intrépido. A la postre, aquellos retratos mostraban el rostro sin arrugas, idéntico al de siempre, del hombre audaz que fue y seguía siendo el gordonés.

La distribución periodística de aquellas fotos había ido acompañada, como quien no quería la cosa, de un texto escueto pero intencionadamente malicioso. Respondía a un recuadro que se publicó en el diario *La Vanguardia* al día siguiente del apresamiento. El título era significativo: «Detención del autor de un homicidio». El Remedios recordaba haber visto la fotocopia que le enseñó a primeros de los ochenta un amigo de León, el veterinario socialista José Luis Argüello, quien parecía ser, por entonces, el único legionense convencido de que el Ramos, el Coyote o el Pelotas, dependiendo, no era un personaje de leyenda que se hubiera inventado la soterrada imaginería popular.

En veinte líneas de una breve columna, el periódico destacaba que el arrestado Manuel Ramos Rueda, natural de Santa Lucía de Gordón, negó haber participado en los sucesos revolucionarios del treinta y cuatro, pero reconoció que la víspera del Domingo de Ramos de ese año, riñó en Cistierna, donde residía, con un sujeto al que llamaban Morito. Le hizo unos disparos de revólver y le mató. «Por eso huyó a Madrid y aquí ha trabajado como cerrajero en varios talleres», añadía la noticia antes de concluir señalando que la policía le pilló con el arma encima y el joven reconoció haber matado con ella al fallecido.

—Siempre fue de gatillo fácil —aclaró el culto carcamal sin atisbo de admiración o condena en sus palabras.

Habían quedado en que, para reconocerse, el Ramos llevaría en la solapa de su chaqueta príncipe de Gales una insignia con el yugo y las cinco flechas de Falange que solo dejaría ver si se quitaba el abrigo. Porque eso, abundó, significaría que ya había reconocido el sitio y confirmado que el Cambio, quien debía ir vestido con pelliza de cuero negro y parpusa madrileña de entretiempos, estaba solo. Cuando atravesó la holgada puerta de cristal biselado, el guerrillero pasó de largo y, tras subir tres escalones y atravesar una pequeña sala llena de veladores cuadriculados y

robustas sillas de madera, se dirigió a un pequeño comedor situado en el fondo de la estancia.

Miguel le siguió tras rematar el carajillo tizado con lágrimas de hollejo. Le sonrió y, antes de las presentaciones, lo saludó con franqueza de afecto a primera vista. Ramos le dio un abrazo, sin ningún disimulo, porque los trabajadores de Renfe que ocupaban las mesas del refectorio habían acabado sus desayunos de sopas de ajo y aguardiente montañés y los habían dejado completamente solos.

Pelotas le recibió como si el partido le hubiera mandado al mismísimo García Granda. Sabía del Cambio lo suficiente como para agradecerle su presencia y, singularmente, la decisión de acompañarle en un momento tan difícil para él, cuando lo que estaba de moda era huir a Francia echando gases. ¡Había que joderse!, dijo encabronado. Unos pocos yendo y viniendo a Toulouse o París, decididos a resistir hasta la muerte, jugándose cada dos por tres, y los más cruzando la frontera para no volver mientras viviera Franco. Como siguieran las cosas así, estaban apañados, recalcó. Pero a ver qué cojones quedaban.

El Cambio le alegró el ánimo y los oídos cuando le comentó que ahí, en la maleta de viaje, traía una pistola ametralladora Astra, un par de Star del nueve largo, un pequeño surtido de bombas de mano y algo de explosivo plástico que le había dado Paco el Catalán. «Si quieres, te llevas el material, que yo voy que chuto con mi Luger Parabellum», comentó el cacereño con ánimo de epatar. Y lo consiguió. «¡Joder, tú sí que sabes!», sentenció admirado el leonés.

Miguel aprovechó el primer contacto para dejar las cosas claras desde el principio. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que fuera necesaria, pero su idea era pasar un tiempo allí hasta que Ramos reorganizase su grupo urbano y, si le era posible, cumpliera la misión de agrupar a las partidas del norte leonés. Pero que descuidase. Colaboraría con él siempre que se lo pidiera. Y en lo que fuese.

¡Ah! Y otra cosa. Él mismo se encargaría de buscar los sitios donde viviría en León. De manera que solo contactarían por teléfono o por medio de estafetas y buzones secretos semejantes a los de la guerrilla rural. Se lo explicó. No es que no se fiara del Ramos cuando el Ramos sí que se fiaba de él. ¡Qué va! Era que traía montada desde Madrid una red de confianza que, por razones personales, únicamente podía ser utilizada por él. Bueno, que no se preocupase. También podrían aprovecharla los suyos en caso de necesidad. Aunque con mucho cuidado. Y, por supuesto, siempre que fueran ellos dos, únicamente, los que conociesen los detalles.

El rostro del Ramos se había ido oscureciendo según escuchaba al Cambio. Miguel tuvo que hacer una demostración de confianza. Precisó. El problema estaba en que sus escondrijos eran prostíbulos dirigidos por mujeres que le debían mucho, incluso la vida, a una *madame* madrileña de su absoluta confianza y de la que el partido y los Cazadores de la Ciudad tenían conocimiento. Ella era de fiar, pero había que tener mucho cuidado con sus recomendadas. De hecho, él mismo pensaba confundirlas presentándose como un chulo protegido por la cortesana madrileña. Y

así, de esa manera, si no le ayudaban por las buenas, quizás lo hiciesen por temor.

El uso de ese tipo de refugios ya lo había experimentado antes por su cuenta sin que pasara nada. Pero había sido en Madrid y en Extremadura, en terrenos conocidos. Lo de León era nuevo. Y estaba por explorar.

El arrugado y rechoncho narrador añadió que el Ramos salió algo mosqueado de ese primer encuentro, pero le dejó una manera de contactar por medio de un enlace. No obstante, desconfiado, volvió a pedir al partido referencias sobre Miguel, por si se había transformado en un provocador o un chivato. La respuesta fue positiva una vez más. En su trayectoria, le dijeron del Cambio, no había mácula ninguna. Podía estar tranquilo.

Por su lado, Miguel salió del edificio de la Casa Don Valentín, en cuyos bajos estaba el restaurante La Barra, algo más que contento. El carácter del Ramos respondía a sus raíces anarquistas y no dejaba de ser un peligroso *echao p' delante*, sin duda. Pero le gustó su seguridad, la forma de hablar templado, la sinceridad de su mirada. Lo único que lamentó fue la convicción de que acabarían apreciándose más de lo que le convenía a sus planes de aguantar lo justo hasta huir de España. Porque al final, como le pasaba siempre, puntualizó el Remedios, aunque la razón le dictase otra cosa, eran hombres como Ramos los que le arrastraban a seguir luchando, a creer de nuevo. Lo consideraba un grave error. Pero así era él, concluyó el anciano. Pese a los seres humanos, nunca dejó de tener fe en los seres humanos.

Ese primer día en la ciudad de la Legio Septima Gemina, como la llamó el Reme para fardar de erudición, Miguel tuvo una sensación que jamás había experimentado anteriormente. Fue cuando, camino del barrio Húmedo, a la busca de su primer cobijo, se adentró en el casco urbano por el puente de hierro que daba a la plaza de Guzmán el Bueno y vio el enorme edificio Arce. Le llamaban la Casa del Coño porque los viajeros que salían de la estación, al ver su empaque de ocho plantas, exclamaban aquello de «¡Coño, vaya casa!». Pero él sintió que penetraba en las entrañas culturales del franquismo. De hecho, fijó su atención en la circunstancia de que el bloque, construido después de la guerra, respondía rigurosamente a la xenofobia nacionalista de la década, al rechazo de las formas extranjerizantes que el fascismo atribuía al gusto republicano y que pregonaba, justo enfrente, el edificio expresionista y racionalista de la Casa Arriola. Sus arquitectos habían mamado de las ubres herrerianas, las de la España del siglo dieciséis que alimentaron la patética consigna del famoso «por el Imperio hacia Dios», puesta de moda por la dictadura.

Mientras atravesaba la arteria central de la ciudad, la calle Ordoño II, siguió confirmando su tesis. Pero, al final, comprendió que León era algo más cuando llegó al palacio de los Guzmanes. Sintió que sus raíces llegaban hasta allí. Recordó que quienes construyeron el palacio de Torrealba eran discípulos del maestro que lo había construido, Gil de Hontañón, y le tiritó la memoria. ¡Se parecían tanto! Pero, al tiempo, había girado simplemente la cabeza y había visto, al lado, la Casa Botines de Gaudí. Aunque no era de las mejores obras que había construido el gran arquitecto

catalán, le maravilló. La comparación imposible le hizo sobreponerse al tiempo porque el valor supremo de la belleza poseyó por completo su espíritu. Cada edificio era de Dios y de su madre. Pero ambos, explicó el Remedios proyectando su criterio sobre el de Miguel, resultaban incomparables, únicos, hermosos por encima de los estilos y los siglos.

Decidido a resolver cuanto antes el problema de su aposento, le había preguntado al Ramos por el barrio Húmedo y, siguiendo su consejo, atravesó la plaza de San Marcelo y subió por la calle de la Rúa. Entró en una vieja tasca y preguntó por la callejuela del Barranco de la plaza de Don Gutierre. El tabernero le indicó cómo llegar esbozando una sonrisa picarona y diciéndole en voz baja: «¿No es un poco temprano?». Miguel también sonrió. Sabía por qué se lo decía. Era la callejuela de las lumis de bajo y medio coste. Y, de hecho, Mimí le había dado, por si acaso, la dirección de la Carmina, que ejercía allí, en uno de los bajos de la calle con ventana de rejas por las que las mujerucas enseñaban las nalgas para excitar al personal. Pero no iba a ese sitio, sino a la vecina calle de la Plata, donde había más discreción y le habían dicho que estaba la meretriz más guapa de León, Juanita Moreno, una rubia de órdago y muy señor suyo que era la hija de otra mujer de vida difícil a la que Mimí salvó de la cárcel cuando los falangistas fusilaron a su marido en el cuarenta y uno.

A la chavala la llamaban, con más que fundamento, la Bien Plantá. Y cuando Miguel la vio, dijo el narrador, se quedó más tieso que la suya. Lo primero que le llegó a la cabeza fue algo parecido a la materialización de la imagen de Rita Hayworth quitándose las fundas de los brazos. Él, el Remedios, le había puesto cara de Remedios la Bella, manifestándose en el esplendor de su ascensión a los cielos.

Estaba avisada y lo tenía todo preparado. Había dispuesto para él una buhardilla en el segundo piso, a la que se accedía por el local o, si quería ser más discreto, por las traseras del remozado edificio de oscuros ladrillos albarizos humedecidos por la lluvia. Desde uno de sus ventanucos se atisbaba, casi entera, la plaza de don Gutierre. Y esa visión le permitía controlar perfectamente los movimientos de quienes podían acceder al local, salvo que entrasen directamente a la estrecha callejuela de la Plata por la calle de la Rúa.

La primera noche que durmió allí tuvo un extraño sueño que, sin saber muy bien por qué, le hizo pensar que había recuperado la tranquilidad perdida. Soñó que soñaba otro sueño que tuvo la noche de aquel majestuoso primero de mayo del treinta y tres en el que la renuncia a los credos hizo posible la mayor manifestación por el socialismo que se había realizado jamás en España. Se vio a sí mismo acurrucado bajo las sábanas, sonriendo como un niño satisfecho, habitando un mundo solidario, feliz, en el que los hombres trabajaban a su gusto, donde nadie tenía privilegios, el esfuerzo se recompensaba e imperaba la igualdad de oportunidades. Los seres humanos se ayudaban, sonreían, se amaban entre sí. Tenían satisfechas todas sus necesidades. Cada cual pensaba lo que le daba la gana y era libre de expresarlo. No costaba esfuerzo sacrificarse un poco por los demás.

Aunque había leído las mejores obras de William Shakespeare en la biblioteca de su palacio, nunca había asistido a la representación de ninguna de ellas. Y, sin embargo, soñó, dentro de su propio sueño, que acudía a una función de *La tempestad* y que, al concluir, el mejor literato de todos los tiempos, con perdón de Cervantes, salía al escenario, le señalaba con el dedo y le dirigía la palabra para explicarle en la lengua de su época, con amabilidad fraternal, que sí, que estamos hechos de la materia de los sueños, pero que son las aspiraciones de los hombres y los deseos de satisfacerlas lo que le dan consistencia a ese mágico elemento. «Mientras sueñes con ese mundo, ese mundo será posible», le había susurrado el poeta en su inglés antiguo, perfectamente inteligible, con la voz tenue y lenificada de la somnolencia.

Se había despertado en medio de una oscuridad pegajosa y se había sentado, a tientas, sobre los pies de la cama. Sintió la energía que aún desprendía la combustión interior de la materia de sus sueños y experimentó la sensación de que diamantes fundidos le recorrían las venas y le hacían hervir el corazón. Luego, se puso en pie y, tambaleándose, abrió la ventana y respiró el aire frío del norte. Lo tuvo clarísimo. Nunca, se juró en voz alta, dejaría de soñar despierto.

Se aplicó esa filosofía vital, la de soñar despierto, a partir del día siguiente. Había quedado con Ramos en la casa de putas más cutre de León, la del bar San Lorenzo, en las traseras de la catedral. La llamaban la de la Abuela porque dejaban vivir en ella a la Leoncia, una anciana que fue del oficio y que se ganaba unos pocos cuartos vendiendo en el local tabaco suelto, caramelos mil y cacahuetes de a real el cucurucho. Amén, claro estaba, de gomas tan abaratadas que dejaban los prepucios más escoriados que un pie roído por los sabañones.

La dueña, conocida como la Cabiria, ofrecía sudores viejos por ocho o quince pesetas, dependiendo del tiempo que durase la faena. Y, según comentó el anciano en el Manolo, pecaba de lo mismo que Mimí con Miguel, pero a lo basto. Estaba enamorada del Pelotas desde mucho antes de la guerra. Había sido su primer cliente en Riaño cuando el entonces aprendiz de minero gastó en ella, con solo dieciséis años, parte del primer sueldo que ganó en la cuenca de Cistierna. En esa época, ella pasaba los treinta y tuvo que dedicarse a la permuta carnal porque se quedó más sola y desahuciada que Chita cuando murió Tarzán. Fue cuando sus padres fallecieron en un incendio que arrasó su casa y que, para remate, le lamió a salpicones las carnes y le dejó la cabeza tan tonsurada que, desde entonces, no tuvo más remedio que cubrirla con pelucas.

Como Miguel había quedado a última hora de la mañana porque el garito estaba cerrado hasta el mediodía, aprovechó para dar un paseo por las traseras de la catedral. Después de contemplar las vidrieras góticas más hermosas del mundo, desembocó en la carretera de los Cubos y se quedó embobado porque sintió que toda la Edad Media le envolvía con su estameña de peregrinaje milenario. El espectáculo bordeaba lo fascinante porque los leoneses humildes seguían ocupando casas de hacía cientos de años que sus antepasados endosaron a la muralla romana conforme a lo que su

capacidad económica les había permitido. De adobe por aquí, ladrillos por allá. Incluso, por acullá, con cantos de río mezclados a tramos con cemento. Las menos, por supuesto. Y a las de enfrente, increíblemente resistentes al tiempo, se les veían las paredes desnudas con las grandes zetas de las vigas cruzadas de madera o las rejas renegridas de los balcones carcomidos por la intemperie. Pero todas, dijo el Reme, exhalaban las mismas bocanadas de humo denso que olía a leña quemada. A carbón de encina o de roble. Incluso a raíz de brezo traída de las montañas.

El aliento de las chimeneas, incorporado a la brisa que adobaban los olores de mil y un pucheros, provocó a Miguel unas ganas inmensas de almorzar aunque todavía no eran ni las once y media. Comió cocido leonés, cómo no, con sus sopas de fideo, sus garbanzos, su berza, sus patatas, el morcillo, su tocino, las costillas, la lengua, el espinazo y quién sabía cuántas otras piezas de cochino. Que ya se sabía que del cerdo hasta los andares. Los chanchos le gustaban tanto que Miguel, dijo el Remedios, era de los que predicaba la máxima de un amigo suyo de León, Cándido Alonso, quien ironizaba repitiendo: «De los animales que vuelan, el mejor el gocho».

Mientras llenaban el buche, el Ramos le hizo reír con la historia de un tal Genarín. Viniendo desde la plaza de Don Gutierre casi había hecho repetida, explicó el fornido leonés, la procesión del atorrante Genaro, un pellejero que acarrea dos apellidos de expósito en honor a la leonesa Virgen Blanca. Blanco y Blanco. A Miguel le alucinó la historia. Sobre todo el hecho de que Franco no hubiese prohibido la procesión pagana que celebraban sus veneradores. Ella, Alicia, para saberlo todo, podía leerse el libro de culto que hizo Julio Llamazares sobre tan singular personaje. Una joya. Pero de momento, concretó, le bastaría saber lo básico, lo que el Ramos le contó al Cambiao para explicarle que, si quería pasar por leonés, debía conocer el chascarrillo. Sobre todo, si iba a moverse, como le tocaría, por el barrio Húmedo y las traseras de la catedral, donde estaban las mujeres de alterne que podían ayudarle. Aunque debía tener mucho cuidado, porque entre ellas había de todo, como en botica. Pero algunas viudas de republicanos, doblemente jodidas, hacían del bajo vientre corazón para dar de comer a su familia. Y esas eran de las que podía fiarse. Sin dudar. Porque tenían el tuétano más guerrillero que el de Diego Corrientes.

El gordonés explicó a Miguel, entreverando seriedad y pitorreo, que a finales de los años veinte, aquel pellejero dado al orujo y el sexo femenino era el hombre más querido en todos los burdeles humildes de León. Un Viernes Santo, mientras cagaba en un rincón de los cubos de la muralla, fue atropellado por la *Bonifacia*, una camioneta de bomberos de la que, aunque no existían todavía, la fábula certificó que era de la basura.

El caso fue que cuatro amigos suyos que se llamaron a sí mismos Los Evangelistas decidieron hacer una procesión profana para recordar su muerte. Y le homenajearon todos los Jueves Santos haciéndole coplas mientras trajinaban orujo de tasca en tasca, desde la plaza del Grano hasta el lugar de la carretera de los cubos donde murió aplastado. La coña era total porque la parranda procesional celebraba los

cuatro milagros que había hecho su Santo Pecador. El primero, redimir a la Moncha, la prostituta que lo encontró herido de muerte en el año veintinueve. La mujer, tras un acto de contrición profunda, abandonó el oficio y se volvió a Lugo, donde había nacido. El segundo fue ayudar a la Cultural Leonesa de fútbol en su peor temporada. Sus seguidores bendijeron el estadio con orujo que habían encomendado a los poderes sobrenaturales de Genarín. Y el portero rival fue a sacar de puerta y se metió un gol en propia meta.

El tercer prodigio fue de traca matraca. Un enfermo de riñón al que le dolía la vejiga insoportablemente tuvo que pararse a mear donde cagaba Genarín cuando fue atropellado y, en parto indoloro, expulsó por la uretra una piedra más grande que una nuez. Y, en fin, que el cuarto portento, más que un milagro, fue una cabronada diabólica. Porque cuando terminó la procesión, a uno que subió a robar de la hornacina de la muralla las ofrendas que le dejaron al Genaro, o sea, una botella de orujo, una hogaza de pan, un queso, una naranja y una corona de laurel, se le apareció el fantasma del Santo Pecador, resbaló por el susto y se descalabró. La caída le dejó cojo para siempre.

Ramos le explicó a Miguel que casi había recorrido el tramo completo de la procesión porque empezaba en la plaza del Grano, por debajo de la de Gutierre desde la que había iniciado el paseo, seguía luego por la calle de la Sal, que también había cruzado, paraba en la catedral cuando ya había terminado el desfile oficial de la Última Cena del Jueves Santo y, siguiendo por la antigua Canónica Vieja hasta cruzar el arco de la Cárcel, desembocaba en la torre de la muralla donde desgraciaron al pobre Genarín. Que era, por cierto, ahí al lado.

El de Santa Lucía aprovechó el condumio para contarle a Miguel algo de su vida guerrillera. La policía le tenía fichado ya y no le importaba mucho que sus andanzas se pregonasen. Pero si creía que saber demasiado podía comprometerle, no le contaba nada y santas pascuas. El extremeño le aseguró que no le importaba. Que allá él.

Manuel Ramos Rueda empezó a trabajar de jornalero con su padre, pero pronto se fue a las minas de la cuenca de Sabero y Cistierna porque allí se ganaba un poco más. Tampoco tanto. Pero ya se sabía, dijo. Cosas de la ambición juvenil. Y, en fin, como estaba cantado, se metió en la CNT echando leches. ¡Que menudo era él!, presumió.

El Remedios continuó el relato. Nada más empezar la guerra se fue *p'Asturies*, bableó vacilón, y allí le enrolaron en el Batallón Doscientos Seis, el que habían formado por su cuenta los anarquistas leoneses. Mineros sobre todo, concretó. Allí coincidió con el berciano Manuel Girón y su mano derecha, el extraordinario Marcelino de la Parra, dos míticos luchadores de la guerrilla cabreiresa con los que se especializó en la ejecución de sabotajes detrás de las líneas del ejército franquista. Por su arrojo, comentó con su petulancia primaria, de gañán, ascendió a teniente de la tercera compañía. Y cuando cayó el frente del norte pudo huir a Francia en uno de los barcos de carga que fletó desde Burdeos el gobierno republicano.

¡Qué mal lo pasó! Fue muy duro, comentó apretando sus colmillos de lobo. El

veinte de octubre del treinta y siete, a primera hora de la tarde, se encontraba en el puerto de El Musel cuando contempló cómo los cazas de la Legión Cóndor descargaban sus bombas sobre el crucero *Císcar* de la República. Una de ellas, enorme, cayó por estribor y provocó un boquete que escoró el navío peligrosamente. Pero la segunda, aunque no explotó, atravesó la sala de máquinas y el agua entró como un torrente por la panza del navío. Lo hundió en horizontal. Ni siquiera dio tiempo a que saltara toda la marinería. El espanto se adueñó de su grupo. Pero él se sobrepuso como un toro cabrero, dio cuatro mugidos y aceleró la huida. Incluso se permitió el lujo de recoger a algunos nadadores que habían escapado por los pelos de la muerte porque no alcanzaban el barco que les había tocado en suerte.

Lo que siguió después, podía imaginárselo. Las penurias del exilio, los campos de refugiados y el contacto con los precarios organismos que montó el gobierno republicano para los refugiados antes de llegar a la Segunda Brigada de Guerrilleros españoles y liarse a tiros con los alemanes en Toulouse y sus alrededores. Los de la Ceneté le dejaron de la mano de Satán desde el principio. Y como él había nacido para la acción y los suyos andaban muy desconcertados, entró en el Pecé y se fue de maquis con la resistencia oficial en la que los guerrilleros españoles se pusieron a las órdenes de las Fuerzas Francesas de Interior.

Lo hizo, dijo solemnemente, para seguir combatiendo a los nazis donde le mandaran. Pero ocultó, por ahorrar tiempo y fantasmadas, algo que afortunadamente le había contado al Remedios, muchos años más tarde, un periodista de casta, de los que investigaban la historia hasta el final y no se rendían mientras siguiera incompleta. Como había hecho antes sobre la vida de Girón otro reportero ilustre, el berciano Carlos García Reigosa, Daniel Álvarez de la Torre se dedicó en cuerpo y alma a investigar la odisea vital del Ramos. Y, gracias a él, averiguó que el Ramos no solo estuvo en la Segunda Brigada española de la resistencia, sino que fue quien la comandó en el Departamento del Alto Garona hasta la liberación de Francia en agosto del cuarenta y cuatro. Siempre estuvo a las órdenes del mítico José García Acevedo, más conocido como coronel Jaques, máximo responsable de la Primera División del Cuerpo de Guerrilleros españoles. Sí, Alicia, sí. Porque ahí donde le tenía, ¿quién se lo iba a decir? El Ramos había sido uno más de los maquis antifascistas que desfilaron por París tras su reconquista, otro de los que se cubrieron la cabeza con los cascos de los soldados alemanes que habían apresado.

Daniel Álvarez también le desveló otro asunto del que nunca le habló Ramos al Cambio. Estando en Francia, el leonés se arrejuntó con Lucía Gabarrús y tuvo dos niños. Compañera e hijos nunca quisieron hablar nada de él. Unos dijeron que porque los abandonó nada más terminar la guerra mundial y otros que para no desvelar su paradero. Porque lo que ni Daniel había conseguido averiguar todavía, según le había contado hacía poco al Remedios por teléfono, era lo que había sido de Ramos desde que abandonó España en el cuarenta y ocho. Y eso a pesar de que los sobrinos averiguaron que el propio Ramos había enviado a las autoridades francesas, en mil

novecientos setenta y ocho, la documentación de la solicitud de reconocimiento de sus servicios militares para que el gobierno gallo le concediera una pensión.

En la Segunda Brigada de Guerrilleros, siguió contando el gordonés al Cambiao, todo lo que le quedaba por saber se lo enseñó un comandante que, a las órdenes del afamado coronel Jaques, coordinaba operaciones complejas en las que participaban varios grupos guerrilleros a la vez. Era uno de los hombres más valientes que había conocido, un comunista francés que había luchado en España formando parte del Decimocuarto Cuerpo Guerrillero. Al parecer, gozó de cierta fama en la guerra española y a lo mejor le sonaba. Se llamaba Pere Cargol, se hacía llamar el Angelet y se sentía más catalán que cualquier otra cosa.

¡El Angelet!

Miguel no pudo contenerse. Se levantó de la silla dando tal bote que desperdigó el tercer vuelco de cocido y derramó sobre el mantel los dos vasos de vino. Para sorpresa de Ramos, que se reía como un tonto porque, sin saber cómo, había encandilado a su ilustre compañero, le acribilló a preguntas. Se dio cuenta enseguida de lo que pasaba, de que Miguel había conocido al Angelet y, sin duda, por la inquietud que manifestaba, le había tenido cariño. También era evidente que no sabía nada de él desde hacía mucho tiempo.

El Angelet entró en la resistencia organizada por el Pecé en octubre del cuarenta, nada más constituirse. Fue de los primeros porque, cuando huyó de España al final de la guerra, quiso ir a su casa de Perpiñán, pero acabó atrapado en el campo de refugiados de la playa de Argelès-sur-Mer. Allí perdió las grasas, pero no el tipo de jugador de *rugby* que había mantenido, inexplicablemente, durante todo el conflicto hispano. Lo sabía porque él también estuvo encerrado en ese campo que, por cierto, parecía más de concentración que de ayuda humanitaria. Entonces, apenas le conoció personalmente porque él no se quedó mucho tiempo. Se evadió, le pillaron y la Prefectura del Alto Garona, tras mantenerlo encerrado ocho meses en las prisiones de Perpiñán y Beziers, acabó internándole en otro campo, el de D'Agde das Heradas, cerca de Montpellier.

Nadie sabía cómo se las apañó, dijo el leonés riéndose, pero quienes le conocían afirmaban que el Angelet había sido un hombrón obeso y que, a pesar de sus michelines, poseía una enorme fuerza que siguió manteniendo mientras adelgazó. ¡Ah! Pero eso también. Aunque los acontecimientos habían transformado su cuerpo en pura fibra, los que sabían de su pasado afirmaban que no había dejado de ser el blandiblú de cabeza febril y soñadora que siempre había sido. Un niño grande.

El Remedios terció con Alicia para que lo entendiera. Fue como si las miserias del campo de concentración hubieran dejado a Obélix delgado como Astérix. ¿Sabía quiénes eran? ¡Qué pregunta más tonta!, se respondió de inmediato a sí mismo. Pero una de dos, comentó con gracejo. O no dejó de tomar en secreto la poción mágica de Panorámix que bebía el noble Astérix o también se había caído de pequeño en la marmita, como Obélix. Porque lo cierto fue que siguió combatiendo hasta el final,

con todas sus fuerzas, contra aquellos nazis a los que consideraba tan locos como los locos romanos del cómic.

El propio Angelet, cuando le tomó confianza, le contó que había estado en las reuniones clandestinas que mantuvieron los del partido y los de las Jotaeseú en Argelers de la Marenda. Allí fue donde los comunistas decidieron cómo combatir a los alemanes aprovechando que el régimen títere de Vichy acababa de crear las Compañías de Trabajadores Extranjeros y que los prisioneros podían ir a trabajar en las fábricas que robustecían el esfuerzo bélico del Tercer Reich. Con esa excusa, prepararon fugas a porrón, comentó el Remedios con gesto de que no se podía imaginar cuántas. Y fue entonces cuando organizaron en las montañas los primeros campamentos de guerrilleros a los que llamaron maquis por asociación con las propias raíces culturales. Porque en Francia, remató el anciano lumbreras, «*prendre le maquis*» equivalía al español «echarse al monte».

De esos primeros escauceos contra los nazis y las fuerzas de Vichy, el Angelet no sabía nada porque le ficharon después, cuando se recreó clandestinamente en Francia el Decimocuarto Cuerpo de Guerrilleros español. Bueno, para ser exactos, añadió, primero, durante el cuarenta y dos, anduvo practicando una particular resistencia individual. Y después, le llamaron. Entró en la *Résistanc*, como él la llamaba para diferenciarla de la guerrilla española, el uno de enero del cuarenta y tres. Así que pelear, lo que se decía pelear al contragolpe como mandaban los cánones de la guerra, no lo hizo hasta entonces. Pero, enfatizó, desde aquel momento no paró un segundo.

El catalán francés lideró su grupo desde la distancia en muchas ocasiones. Pero, gracias a su larga experiencia, se hizo famoso asaltando a las patrullas formadas por un cabo y dos soldados alemanes que recorrían las carreteras y caminos del sur de Francia como Pedro por su casa. A lo pareja de la Guardia Civil, pero uno más. Las bajas alemanas fueron tan numerosas que los mandos nazis modificaron sus formas de patrullar. Tuvieron que emplear más hombres. Y motorizarlos.

Su prestigio se salió de copón cuando participó en el ajusticiamiento del fiscal que condenó a Marcel Langer, un destacado miembro de las Brigadas Internacionales de España que mandó en Francia la Trigésima Quinta Brigada de la Main-d'Oeuvre Inmigrée. El acusador era un mal bicho que ayudó decisivamente a que el brigadista fuera guillotinado en la prisión de Saint-Michel de Toulouse en julio del cuarenta y tres. Escupiendo las palabras, había dicho en el juicio: «Es usted judío, polaco y comunista, tres razones para que yo pida su cabeza». Y, ¡joder!, se la cortaron. ¡Para que viese! Pero solo unos días más tarde, remató el anciano, los de la resistencia se vengaron. Le mandaron a dar brincos en la olla de Botero.

Miguel, aunque disfrutaba de cada detalle, se había ido impacientando porque el Ramos se enrollaba y no iba al grano. Quería saber qué había sido finalmente del Angelet, si es que lo sabía. De manera que, tan amable como enérgicamente, se tomó de un trago el vino fresco de Valdevimbre que casi rebosaba su vaso y le pidió que trillase el relato de una vez por todas.

El anfitrión apretó el reborde de la mesa con sus gruesos dedos. Tensó el mantel de hule y, contra lo que había querido retrasar lo más posible, acabó soltándose. El Angelet tuvo muy mala suerte. Los de las SS le cazaron en un enfrentamiento hiriéndole en las piernas cuando intentaban huir tras ejecutar un sabotaje con explosivos en un puente del Ariège. Por entonces, como los aliados habían desembarcado en el Mediterráneo, los alemanes se habían dejado de leches, dijo el Remedios sin disfraz alguno de metáforas, y ya ocupaban directamente la Francia de Vichy. De modo que le entregaron primero a la Abwehr y luego a la temible RSHA, la Oficina Central de Seguridad del Reich que tenía algunos especialistas operando contra los guerrilleros en el sur de Francia. Una semana después dejaron su cuerpo reventado en medio de la plaza principal de Foix. Para atemorizar a la población.

Sí, Alicia. Para sembrar el terror. Y no lo decía porque sí. Que bien que lo sembraron. Se lo contaron varios compañeros que estuvieron pocos meses después allí, cuando los guerrilleros españoles comandados por José Antonio Alonso, «el Robert», liberaron la ciudad. La gente todavía se acordaba. Tanto que los habitantes que habían colaborado con los maquis en la toma de la ciudad se espantaron cuando supieron que una columna alemana venía de Bayona para recuperarla. El pueblo entero se cagó de miedo por temor a las represalias.

No podía imaginarse la alegría que se llevaron cuando comprobaron que habían ganado los buenos porque los guerrilleros les salieron al paso y regresaron con los soldados alemanes desfilando como prisioneros. Había que ver cómo les vitoreaban y gritaban que si «*vive la Republique!*», que si «¡gloria a los españoles!» y cosas así. A él, confesó, le hubiera gustado ver al Angelet desfilando ese día con sus compañeros. Aunque, bien pensado, de algún modo intangible, el perpiñanés estuvo allí con ellos. En su memoria. Y en su corazón.

El Cambio y el Ramos coincidieron en la tentación de soltar la lagrimita. El uno contándolo y el otro escuchando experimentaron el mismo estremecimiento de niños chicos. Pero se miraron profunda y largamente a los ojos humedecidos por el rocío del recuerdo y consiguieron aguantar la sofoquina. Algún día, cuando llegase la victoria, se dijeron, llorarían a moco suelto por todos los amigos que cayeron. Pero no de momento, no mientras fuera necesaria, como espoleta, toda la rabia acumulada.

En tanto seguía escuchando ensimismado el resto de la historia del Ramos, sin prestarle ya mucha atención, Miguel recordó a Pere Cargol junto al Canto que se Menea de Montánchez y pensó que quizás su muerte en combate formaba parte del destino común de los soñadores que en el mundo habían sido, de la cláusula final del contrato que firmaron con la utopía.

De nuevo, acrecentando su estúpida superstición alimentada por las derrotas vitales, acudió disimuladamente, para que no lo apreciase su interlocutor, al ritual de mirarse las rayas de las manos. Por curiosidad, se dijo en falso. Por ver cómo podría haberles afectado el conocimiento de la muerte de su querido amigo. Pero descubrió que ya había perdido la memoria del mapa de sus palmas y que, de entonces en

adelante, le resultaría imposible apreciar los cambios que se produjesen por envejecimiento. Bien porque el uso las desgastase o porque, en fin, se borrasen por la hartura de empuñar en vano la esperanza.

Huyó de sus meditaciones, del conjuro inconsciente del vacío y la nada. Había que seguir luchando como se andaba en bici, pedaleando para no caerse. Tenía que someterse al hechizo de la vida en sí misma, rendirse a la curiosidad por el mañana, entregarse desapasionadamente a los besos por venir, las caricias inesperadas, el atisbo de un sueño lejano.

Aún ensimismado, quiso cambiar de tema pensando en Alba Inés. Y reparó en que cada día la echaba más de menos. Pero de la forma más tonta. Como quien no quería la cosa. Le dolió la meditación. Comprendió que su inconsciente guardaba su recuerdo en una hornacina de cristal. Algo así como si fuera una de esas imágenes de la Virgen que peregrinaban por los pueblos de casa en casa para alimentar su encarnación fantasmagórica con la fe de los creyentes. Porque ella era su diosa. La adoraba. Y rezaba al viento para que algún día le llevase a su lado.

También, aunque no era lo mismo, dedicó un suspiro a su otro amor. A la imperdonable pero también venerada Mimí. Comprendió que echaba de menos a las dos, que le gustaría abandonar la lucha y refugiarse en los brazos de cualquiera de ellas. Aunque, mujer, ¡a qué engañarse! Alba Inés era su Penélope y Mimí, su Marie Duplessis. Y donde estuviera Ítaca, pues ya se sabía. Que se quitase París.

Además, se dijo destemplado por la melancolía, si viajaba a Francia podría cumplir uno de los mayores deseos infantiles que nunca había satisfecho, ver el mar. Sabía que era grande, inmenso. Y quería sentir la experiencia de contemplar la línea del horizonte, ese infinito curvo que solo había imaginado contemplándolo en las fotos. Le fascinaba la reflexión. Debía de ser como ir más allá del más allá para volver al mismo sitio, pero más viajado, con más experiencia. Porque seguro que los viajes anchaban el espíritu y descubrían un corazón nuevo, más abierto y ajeno al que se llevaba cuando empezó la partida.

El Remedios dijo lacónicamente, perdiendo la mirada en los azulejos índigos de la pared del fondo de la Casa Manolo, que, hasta donde él sabía, fue un sueño que nunca satisfizo. Pero, viendo que Alicia se inquietó por aquello del hasta donde él sabía, añadió misteriosamente que prefería no darle ningún detalle más para no fastidiarle el final de la historia. Ya lo comprendería todo cuando llegase el momento, comentó elevando las cejas para darle relieve al enigma. Y remató: «Que la impaciencia del espectador, pequeña, siempre incrementa su interés por el relato».

Sin darle tiempo a protestar, el anciano continuó explicando que, en realidad, lo que verdaderamente removía el subconsciente de Miguel era el cansancio. Y por eso, distraído, había concluido sus cavilaciones preguntándose qué sería mejor, si irse a Madrid con Leonor o huir a Francia con Alba Inés. Y estando en esas recuperó por fin la lucidez. ¡Pues sí que estaba bueno!, contó el Remedios que se dijo a sí mismo para escapar del embelesamiento. Tenía cojones que, a esas alturas, le diera por

plantearse semejantes tonterías. ¡Él! ¡El Cambio! Como si cupiera la posibilidad de encontrar otra salida que no fueran la muerte o la jodida fuga hacia delante.

—¡A Casaio, hostias! ¡A Casaio! —exclamó en voz alta.

Y Ramos, observador, paró de hablar y le miró con ojos extrañados. Como si, sabedor de la profundidad que tenían los pensamientos de Miguel, se hubiera detenido para, adivinándolos, poder compartirlos. El silencio despabiló definitivamente a Miguel. Salió del marasmo gesticulando que no con la cabeza, pidió perdón al Ramos sin abrir la boca y le invitó, ya de palabra, a retomar la narración.

El Pelotas reemprendió la historia por donde tenía claro que Miguel había dejado de prestarle atención. Al terminar la gran guerra, explicó, le había tocado pasar de héroe público en Francia a villano oficial en España porque el partido le envió a organizar los grupos guerrilleros del norte de León. Fue en el verano del cuarenta y cinco. Entró por Cataluña. Le pillaron en la frontera y acabó en una cárcel de Barcelona. Pero allí se las apañó, como experto en evasiones, para dársela con queso a los franquistas. Un día salió a regar fuera del rastrillo mientras el guardia se afeitaba. Llevaba un cubo de agua fresca y una botella vacía. La sacó y se fue a la tapia exterior con el vidrio en la mano. Si le pillaba el guardia de fuera, tenía previsto decirle que el cabo le había mandado por vino, como era costumbre. Y si no se lo creía, peor para él. Porque estaba decidido a atizarle con el frasco en la cabeza y salir corriendo. Afortunadamente para los dos, aunque le vio, no dijo nada. No le dio importancia.

Un contacto que le dieron en Francia le llevó a Montjuich hasta una casa donde se reunía la federación local barcelonesa de la Ceneté. Los anarquistas le recibieron mosqueados, preguntándole cómo habiendo sido un discípulo de Durruti se había metido en la guerrilla del Pecé. Pero Ramos les ocultó que ya era comunista y se limitó a explicarles que había sido cosa del combate contra los nazis. ¡Menos mal que se lo creyeron!, concluyó sonriendo. Porque no dejaron de insistir en que, de haberse pasado a esos cabrones del Pesuc, en lugar de ayudarle a entrar en España, le habrían corrido a garrotazos sin dudarle.

Lo cierto es que los viejos compañeros de Durruti lo hicieron de chapó. Le documentaron de lujo. Con cédula, salvoconducto y hasta un documento militar confirmando que había pasado la depuración preceptiva, tan auténtico como que un muchacho de la Ceneté, que se la jugaba porque estaba allí de servicio, se lo falsificó en Capitanía. Gracias a esos papeles, viajó en autocar a Zaragoza. Desde allí, en un camión, marchó a Madrid. Y en la capital, mientras encontraba la manera de desplazarse hasta León, se instaló finalmente en casa de su madrina. Como un señor.

Laurentino Tejerina, su jefe del Batallón Doscientos Seis, le había dado en Francia la dirección de una mujer de esas que se encontraban pocas. Se llamaba Elvira Villalobos. Y, cuando llegó finalmente a la capital del gallo veleta de San Isidoro, fue ella la que le puso en contacto con los de la montaña, todos

excompañeros del mismo batallón. Eran una decena y operaban entre el río Bernesga y el Torío. Le conocían bien y él confiaba en ellos. Subió a verlos tres veces. A Correcillas, concretó. Cerca de Matallana. Y le acogieron bien. Pero andaban un poco mosqueados porque las cosas, avisaron, no estaban para lanzar contraofensivas.

Ellos le posibilitaron el contacto con otros dos grupos que se repartían los valles entre los ríos que bajaban a León. Uno, el de La Vecilla, que actuaba entre el Porma y el Torío, estaba formado por media docena de huidos, tres socialistas y tres anarquistas que no quisieron volver a verlo. El segundo, que andaba por Sabero y Vozmediano, entre el Porma y el Esla, contaba con cuatro miembros, algunos del partido, pero prefirió seguir sus hábitos de supervivencia y esconderse, para sobrevivir, hasta que se supiera algo de lo que iban a hacer los aliados con el Régimen cuando concluyera la guerra mundial. En ese, el más ideologizado y tremebundo, el que más falangistas de la zona había matado, solo encontró un hombre dispuesto a colaborar. Fue Secundino Rodríguez, quien, como Lyon en Extremadura, se hacía llamar el Practicante. Pero fue peor el antídoto que la enfermedad. En lugar de organizar el partido cuando bajó a la ciudad, lo que hizo fue desmotivar a los pocos colaboradores que tenía oponiéndose a todo tipo de actuaciones peligrosas. Incluso las menos arriesgadas, como comprar una imprenta, le parecían azarosas. ¡Menuda jodienda le lio!, dijo encabronado.

De modo que, con más reparos que peros o reperos, el Ramos tuvo que volcarse casi en solitario, a pelo, en la actividad armada. Eso le dijo. Y luego le soltó al Cambio una retahíla de nombres de pequeños pueblos leoneses en los que había actuado. Los citaba como si él supiera dónde estaban. Pero no tenía ni puñetera idea del mundo en que se hallaban ni había oído hablar jamás de ellos.

Entre cucharada y cucharada, el de Santa Lucía le contó sus aventuras como si las disparase con una metralleta. Que si había matado al hijo de un comerciante falangista y herido a un guardia civil en Puente Almuhey, que si por la parte de Carrizo dio un golpe en casa de un alcalde que se dedicaba al estraperlo y con las ocho mil pesetas que pilló compró la primera multicopista, que si en Vega del Bernesga les sacó nueve mil seiscientas pesetas a un carnicero y al dueño de la cantina... Aguantó, estoico, hasta que le contó lo de San Pedro de Bercianos como si cualquier cosa. En ese punto, pidió que se detuviese. No por el sitio, sino por lo acaecido. Porque no le gustó ni una mica comprobar cómo se las gastaba su compinche cuando se le iba la olla. Pero nada de nada.

Le había contado que fueron cinco los hombres que intervinieron contra un estanquero bien pertrechado de hombría. Pero cuando ya se iban, Ambrosio Fernández, como se llamaba la víctima según supo después por los periódicos, empezó a dispararles con su escopeta de caza y todos echaron a correr hasta que se dieron cuenta de que su compañero, el César, había quedado herido en el corral. Entonces, el montañés volvió a por él con otro guerrillero, derribó la puerta trasera del estanco y mató a su dueño y al sobrino que le estaba ayudando. Fue algo

innecesario porque ambos iban de retirada. Era un modo de comportarse vengativo y estúpido que no se correspondía lo más mínimo con los cánones establecidos por los mandos del partido, quienes exigían comportarse con la dignidad obligada de los nuevos soldados de la República.

No le dijo nada porque antes de echarle la bronca dijo que había cargado con César durante catorce kilómetros. Hasta que el herido, casi desangrado, se desmayó sin solución. Por si acaso, con las tripas más revueltas que un río de montaña, explicó cabizbajo el Ramos, tuvo que rematarlo para que no le cogieran vivo y le torturasen. Fue la primera vez, lamentó, que se vio obligado a aplicar lo peor de las ordenanzas guerrilleras. Pero, aunque la guerra le había dejado pelado el cuero de la sensibilidad, las lágrimas no se le congelaron cuando disparó apretando el cañón de la pistola en la sien. Lo hizo para que no sufriera, pero, en contra de lo que había esperado, el hecho de que estuviera inconsciente no le consoló. Fue peor. «Como matar a un niño que durmiese», concluyó con voz carrasposa y una mirada destemplada por la que asomó la oscuridad infinita de la condición humana, una diminuta muestra del auténtico pecado original.

Vivía subido al tren imparable del infierno. Y cada vez era más bestia. Porque, se justificó, tenía que ser más duro que nunca para combatir el desencanto. Sobre todo desde que cayeron en masa los compañeros de Asturias y el miedo se casó con el caos. Los suyos incluso acabaron acusando a un enviado de Madrid, sin pruebas, de ser un provocador. Y lo mataron sin contemplaciones. El Ramos se enfadó con algunos de sus hombres por el apresuramiento, pero acabó tragándose al sapo y optó por no dar explicaciones a la dirección.

Así estaban las cosas cuando empezó a pedir ayuda de verdad y le atendieron enviándole al Cambio. Su presencia le cayó sobre la espalda como la lluvia de mayo. Porque, a pesar de todo, obligado por las necesidades económicas, él no había parado de cometer pequeños atracos de cuatro cifras por los pueblines del entorno de León. Y duro de mollera, volvió a la carga y empezó a citarlos. Y esa vez sí lo consiguió. Acabó emborrachando a Miguel con un cóctel insufrible de nombres desconocidos y minúsculas cifras. Que si la Dehesa de Torio o Azadinos, que si tres mil pesetas por aquí y mil ochocientas por allá. O sea, que había tenido que arramblar con todo lo que pillaba a mano.

Por eso, concluyó diciendo el gordonés cuando el Cambio ya estaba a punto de estallar, su presencia resultaba tan decisiva. Y más teniendo en cuenta que la muerte del asturiano Noreña, a quien él llamaba Enrique, fue un trompazo que acabó tumbando a los suyos sobre el pedregal de la desesperación. La secreta quiso prenderlo en el centro de León y el caído había intentado huir liándose a tiros. Le cosieron a balazos allí cerca, junto al puente de San Marcos, en la orilla del Crucero.

Para entonces, Ramos había comprado una imprenta de cuatrocientos kilos para que aligerara el trabajo de la multicopista. Era una Boston Pearl y la hacía funcionar con los pedales de una bicicleta. La tenía escondida en un almacén de las afueras,

donde la transportó clandestinamente desde la céntrica Casa Valderas, la tienda en que se la vendieron a un cabo y un soldado que colaboraban con él por cinco billetes grandes. Lo hizo escondiéndola bajo sacos de paja en un carro tirado por un burro. Como también había comprado por seiscientas pesetas las letras, el papel y las tintas, quiso estrenarla haciendo un homenaje al guerrillero muerto. Pero tuvo que aguantarse las ganas porque se dio cuenta de que debía preservar ese poderoso instrumento para afrontar tareas mucho más elevadas.

Así que se limitó a editar unos pasquines denunciando la brutalidad policial y él mismo se encargó de tirarlos desde una bicicleta, a piñón suelto y pedalada de Bahamontes, por una de las calles más céntricas de la ciudad. Fue una bravuconada, dijo al ver la cara que ponía el Cambio. Pero quería que la gente comprendiese que los tiros no habían asustado a los luchadores antifranquistas. Y que seguían estando ahí, dando la cara y jugándose la vida por la democracia y la República.

Ahora, por fin, el hombre de Madrid estaba ahí, dijo mirándole a los ojos con agradecimiento. Nada menos que uno de los Invisibles del Decimocuarto Cuerpo. Y esperaba que él fuera la nueva mecha con la que haría explotar, sin hablar metafóricamente, la dinamita que le llegaba de las zonas mineras. Desde Laciana. O de Babia y la Omaña. Por eso había llegado en un buen momento. Porque, sin euforia pero animosos, algunos de sus hombres habían vuelto a creer gracias a él. Aunque fuera solo un poco. Lo justito, para ser exactos. Pero lo suficiente. De hecho, con solo anunciar su presencia se habían reincorporado una veintena de camaradas. ¡Ahí tenía! ¡Casi nada! Por fin dejaría de dar golpes económicos en la más absoluta soledad. Ya no tendría que volver a atracar con la cara descubierta, como había hecho, los grandes almacenes de León. Se llevó un pico de diez mil rubias, pero el riesgo fue tan grande que ignoraba si había valido la pena.

Cuando terminaron el cocido, el Cambio no sabía a qué atenerse. Pero se dijo que si Paco el Catalán le había mandado allí, por algo sería. Concluyó, no obstante, que lo mejor era ver, oír y callar. Y como decía el Francés, esperar a ver por dónde iban los tiros. O venían.

La cartilla de tercera

Miguel debutó en León editando panfletos sobre el Primero de Mayo. Colaboró en la elaboración de un manifiesto en el que Ramos llamaba a los leoneses a protestar contra la dictadura por la carestía de la vida que sufrían sobre todo las ciudades. En eso el Coyote era un lince porque el hambre seguía apolillando los estómagos y el estraperlo todavía encrespaba hasta el ánimo de los Babiecas.

—¿El Coyote? —preguntó Alicia.

—Era otro alias del Ramos —aclaró el Remedios a pesar de tener la sensación de que ya se lo había dicho.

—Ya. Pero el famoso espadachín justiciero de vuestra época era el Zorro, ¿no?

El anciano contuvo la risa. Le dijo que el Coyote no era el Zorro, no, sino uno parecido. Fue un personaje que se inventó José Mallorquí en el cuarenta y tres pirateando al famoso personaje del periodista norteamericano Arthur Johnston McCulley quien, a su vez, se había inspirado en la figura legendaria de Joaquín Murrieta, el del fulgor y muerte de Pablo Neruda que cantaron los Quilapayún. ¿Los de Allende?, preguntó admirada Alicia. Y sí. Esos. Pero le hizo una aclaración histórica. Murrieta, del que los chilenos decían que nació en Valparaíso y los mexicanos que en Sonora, fue un bandolero mítico que combatió a los yanquis en California cuando la fiebre del oro, a mediados del diecinueve. Como Alicia se quedara boquiabierta, levantó la barbilla y mostró su contento de marisabidillo antes de apuntillar: «Pero nunca se supo si existió ni, de ser cierta su leyenda, quién fue de verdad».

El caso fue que el Ramos se había leído todas y cada una de las novelas que había escrito Mallorquí, incluso la primera que firmó con el seudónimo de Carter Mulford para disimular su origen barcelonés y darse más prestancia literaria. Ya sabía. Las cosas de la miserable cultura de posguerra. Cuando se lo contó a Miguel, había salido el cuarenta de los ciento noventa y dos títulos que acabó publicando hasta el cincuenta y tres, comentó el Remedios con admiración. Pero confesó que él no había leído ninguna de aquellas novelas de pasta blanda que llamaban de bolsillo porque lo

eran de verdad.

Entonces, ¿por qué admiraba a Mallorquí?, preguntó inocentemente Alicia. Pues porque años después, contestó el acartonado narrador, el novelista trabajó en la Cadena Ser y le entró la curiosidad de saber quién era. Lo que le dijeron de él le cayó muy bien. Sobre todo lo de que sus *pulp paperbacks*, ¿lo había dicho bien?, fueron precursores de la cultura alternativa actual, esa que le gustaba tanto a las nuevas generaciones. El hombre, dentro de lo que permitía la moral de la época, intentó mostrar la otra cara salvaje y brutal del Oeste americano. La que ocultaban las películas de vaqueros. Incluso lanzó una colección basándose en un personaje que llamó «Jíbaro», un tal Juanito Vargas, el bandolero tan requetemalo que se caracterizaba por acabar con todo bicho viviente que se le cruzase en el camino con mala disposición. Lo convirtió en una especie de antihéroe sanguinario que empezó vengando el asesinato de su padre y la locura consecuente de su madre y después, torturado interiormente por la desgracia y sus propios actos de violencia, se convirtió en un hombre cruel y desalmado que iba haciendo justicia a su manera, descerrajando tiros en las barrigas de los pistoleros y segando cuellos por doquier cuando surgía un enemigo que, eso por supuesto, era un malvado de verdad, no como él.

Ahí, claro, Mallorquí se equivocó. Porque no andaba la España oficial, discursé el Remedios, para que se elogiara a ningún tipo de bandidos. Ni por extravío. Y la gente reclamaba héroes aguerridos, pero bondadosos. Buenos cristianos. No fuera a ser que los pillaran leyendo las tortuosas historias del Jíbaro y malinterpretaran sus gustos aventureros.

El remedador calló un denso minuto. Dudó si continuar su explicación. Temía que Alicia le malentendiera. Pero se arriesgó. Había otra cosa, dijo mirando el fondo de la taza vacía. Un acto deslumbrante, pero escabroso. Y no quería que le comparase con él. Porque la reflexión no tenía nada que ver con sus propios sentimientos. Si acaso, de alguna manera irracional, musitó, había compartido con Mallorquí una pizca de lucidez, la que les proporcionó la profundidad de pensamiento. Y eso en el caso de que la hubieran tenido.

Contempló la expresión admirada y resuelta de Alicia y se animó. Mallorquí, empezó diciendo para suavizar su mensaje, era un hombre extraordinario que escribía libros con personajes violentos y que coleccionaba armas siendo, como fue, más pacifista que el mismísimo Gandhi. Y eso le gustaba. Pero lo que más le había impresionado fue la serenidad con que afrontó la muerte. Se suicidó en las Navidades del setenta y dos. Cuando se enteró, el titular a tres columnas de un periódico de tirada nacional le aturdió como un trompetazo. Y, aunque la noticia no entraba en detalles, le bastaron los que se apuntaban. Su mujer había fallecido de leucemia un año antes y un problema de espalda acabó de rendir su ánimo obligándole a dictar sus obras a una secretaria. No había llegado a los sesenta, pero la doble postración demolió su defensa insostenible y, profundamente deprimido, se inmoló el siete de noviembre dejándole a su hijo una nota manuscrita. Todavía recordaba el asombroso

texto. Era tan insólito, tan chocante, que se le quedó grabado en la memoria. Decía: «No puedo más. Me mato. En el cajón de mi mesa hay cheques firmados. Papá». Y, debajo, lo rubricaba con la última palabra que escribió en su vida, de solo seis letras: «Perdón».

El día que Ramos habló del Coyote con Miguel no llevaba encima *Eran siete hombres malos*, la última novela que había escrito entonces el barcelonés. La había terminado por la noche y la dejó abandonada sobre la mesilla. Una pena. Porque, si no, maldijo cagándose en la leche, se la hubiera pasado para que la leyese. Porque era la hostia de buena. Vamos, con decirle que el Coyote, bajo el nombre falso de Pedro Celestino, acababa de una tacada con Aris Holden y su temible banda de los Siete Diablos, podía imaginarse el resto.

El Remedios contó que Miguel estuvo a punto de echarse a reír cuando le dijo el título, porque lo hizo con solemnidad, como si citase un libro de Lenin. Guardar, le había dicho, no guardaba los ejemplares porque no podía. Pero, en cambio, almacenaba todos los tebeos y cromos del Coyote que se habían puesto a la venta. E incluso escuchaba las adaptaciones radiofónicas de sus aventuras siempre que, raramente, sacaba tiempo para ello.

Para el Ramos, don César de Echagüe, «el Coyote», era su particular Alonso de Quijano. Y su sabiduría era equiparable a la de don Miguel de Cervantes Saavedra. De hecho, conocía su obra tan detalladamente que incluso apostillaba sus propias reflexiones con citas extraídas de los mal impresos textos de la saga. Y así le iba, claro. Que no había quien, cuando se daba la vuelta, por más que le apreciase, no se llevara un dedo a la sien para indicar, girando la uña, que tenía que apretarse el tornillo flojo.

A menudo, charlando, le contó Miguel, miraba fijamente al techo y exclamaba: «Como escribió el maestro en *Luchando por su hijo*, vivimos en unos tiempos en los que diablo no se atreve a salir del infierno». O citaba *Tras la máscara del Coyote* y aseveraba, meditabundo, que «burlarse de un tigre es muy honroso, pero es más seguro burlarse de un conejo». Eso cuando no sentenciaba que, de acuerdo con el opúsculo *Seis balas de plata*, solo los tontos hacen alarde de lo poco que saben o que, como bien decía el Coyote en *Sierra Blanca*, las guerras nunca terminan del todo.

Pero que Alicia no se confundiese. Porque, a su modo, el Ramos sabía entrar en honduras cuando aplicaba con acierto algunas de las frases más peliagudas del Coyote que se había aprendido de memoria. Que Mallorquí, aunque populachero, también se las traía. Por ejemplo, cuando ponía en la boca de don César aforismos como el recogido en *El jinete enmascarado* de que la sangre, cuando se derrama, no se puede recoger de nuevo o aquel otro, tan solapadamente malintencionado, de que los ricos tienen mala memoria. En una ocasión, el Ramos dijo a Miguel que el Coyote solía afirmar que es curioso que llamemos debilidades a las cosas que son más fuertes que nosotros e incluso aseveraba que el optimista es un pesimista que lucha por no parecerlo.

De haberse quedado ahí, muchos de sus seguidores hubieran podido reconocerle atributos de lumbreras, cuando no de perito en el conocimiento de la condición humana. Pero eso era lo malo. Que atribuía el mismo valor a esas razonables reflexiones que a las pobres cavilaciones que, para hilaridad ajena, recordaban el contrato de las partes contratantes de los Hermanos Marx. Y en esas infortunadas ocasiones, acentuaba de tal manera su simpleza que, como si citase al bueno de Homero, afirmaba ceremoniosamente que las actitudes heroicas son hermosas pero muy incómodas o que es más peligroso un enano vivo que un gigante muerto. A veces, sorprendiendo torpemente al personal, llegaba al extremo de arrebatarse los labios del enmascarado, para ponerlas en los suyos, frases como «los maté porque lo merecían y alguien tenía que hacerlo» o «es más fácil comprar una mala conciencia que un buen caballo». ¡Valiérale Dios!

De modo que cuando, elevando los ojos al cielo tormentoso, un día reveló que «toda creación ha de ser violenta para provocar una reacción igualmente violenta que termine con la violencia», como culminaba el Coyote en *El valle de la muerte*, Miguel recordó el principio del *Quijote* donde Cervantes, aludiendo a los desvaríos del hidalgo, explicaba que «con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello». Y el Cambio no se santiguó por la falta de costumbre. Pero se quedó más patidifuso que un chimpancé mirando el techo de la capilla Sixtina.

Y en fin, dijo el Remedios volviendo a lo que iba. Que ese, querida Alicia, era el motivo por el que Ramos añadió el del Coyote a sus demás nombres de guerra. Es más. Le reverenciaba tan obsesivamente que, si no llevaba sombrero charro ni antifaz, era por no dar el cante ni provocar a Franco, quien abolió los carnavales y había prohibido los disfraces. Que si no...

La propaganda contra la miseria resultaba efectiva porque a finales de los cuarenta las cosas habían cambiado un poco, aunque no tanto. El Remedios explicó a la *doctorsita*, con el churro detenido ante los labios como si comérselo fuera un pecado mortal, que para entonces casi todo el mundo tenía su cartilla de racionamiento. Ya no era como hasta el cuarenta y dos, cuando ser rojo o ignorante mataba de hambre al más pintado porque el Régimen se la negaba a los desafectos. Y todavía morían muchos niños y ancianos. Pero así, tal cual. No era extraño oír una conversación callejera, explicó, en la que una persona cualquiera le decía a su acompañante: «Pues eso, que el muchacho se hinchó y lo llevaron al hospital, pero ya sin remedio».

Al acabar los cuarenta no faltaban cartillas, no. Pero la penuria seguía campando a sus anchas. Y no solo entre los pobres. Alcanzaba a toda la gente normalita que no tenía familiares trabajando en el campo. Por eso la propaganda del Ramos era tan efectiva y dolía tanto a los prebostes del sistema. Todo padre de familia se sabía de memoria lo de esta colección de cupones pertenece a don... que vive en (calle o

plaza)... número... piso... titular de la tarjeta de abastecimiento... Serie... León, a... de... de mil novecientos cuarenta y... Las amas de casa guardaban como oro en paño las tres hojas de pasta que encabezaba el águila imperial con su bufanda de Una, Grande y Libre y rubricaban los Abastecimientos y Transportes con un texto en el que se hacía constar que pertenecía a la Colección de Cupones de Racionamiento, por lo general de Tercera Categoría, semestre tal, número cual.

Federico guardó como recuerdo algunas de las suyas, las que tenía cuando se refugió en la Vera cacereña. Todavía recordaba cómo poco antes de que las cartillas se eliminasen en el cincuenta y dos, el litro de aceite de soja estaba a catorce cuarenta, el kilo de jabón, a seis cincuenta y el de azúcar, a nueve. El de alubias rondaba las seis y, lo más barato, el arroz, se vendía a poco más de cuatro. Había raciones de sopa a una coma cinco y de harina de trigo a tres pesetas y media. Y las autoridades hasta tenían un detalle con las madres gestantes incrementándoles la ración, pero sin rebajar el precio. Se lamentó por no haber podido pasarle nunca sus cupones a ninguna necesitada, aunque lo intentó. Pero las cartillas eran personales y había que entregar los cupones enseñando la cubierta de cartón donde constaba el nombre propio.

Se podía malcomer. Eso también. Pero para que Alicia se hiciera una idea definitiva, un buen salario no llegaba entonces ni a las quinientas pesetas mensuales. Poco menos de tres euros. Y, lo que era peor, había que tenerlo. Porque trabajar dignamente, si no eras funcionario de carrera, era más difícil que conseguir un pleno en las quinielas de aquella temporada, cuando había que acertar el resultado exacto, en goles, de los siete partidos de primera división.

Antes de tirar el manifiesto del Uno de Mayo, ayudó al Ramos a imprimir un periódico cuya cabeceraregonaba su osadía. Lo había llamado *Lucha* y lo subtuló «Portavoz de la Resistencia Leonesa». Así, a lo grande. Para impresionar. Pero apenas llegaron a editar tres números. Claro que el primero tuvo su aquel porque, poco antes de llegar Miguel a León, la policía había asesinado en la Degeese a uno de los organizadores de la invasión del valle de Arán que volvió al interior, el maquis Eduardo Sánchez Biezma. ¿Se acordaba? Aquel de quien ya le contó que Conesa y los suyos dijeron que se suicidó tirándose al metro para no denunciar a sus compañeros pero que, en realidad, murió mientras le torturaban. Cuando Ramos recibió el *Mundo Obrero* del dieciséis de enero, en cuya portada se condenaba a Franco y se homenajeara al heroico guerrillero, le dedicó su primer ejemplar.

A partir de ese inicial trabajo clandestino, el Cambio no pudo administrar sus colaboraciones porque el Ramos le introdujo en una vorágine de actividades guerrilleras que no le dejaron respirar. La más espectacular fue, sin duda, la voladura de quinientos metros de la vía por la que Franco fue a visitar Asturias ese año. Las autoridades tuvieron que utilizar todos los equipos de restauración de la provincia durante casi tres días. Solo su experiencia le permitió a Miguel ahorrar un poco del material que le habían dado en Madrid. También quedaron unos pocos detonadores

que el Pelotas, actuando una vez más en solitario, acabó de gastar por completo en la voladura de una casa de Falange que iba a inaugurar en León el exaltado ministro de Trabajo, José Antonio Girón de Velasco.

Hasta entonces, Miguel le había acompañado en unas cuantas operaciones algo descabelladas que le salían bien porque, sin duda, llevaba en el zurrón la chiripa de los audaces. Que él recordase, solo una vez estuvo a punto de chamuscarle el mal fario. Iban cuatro en un pequeño Citroën y pretendían asaltar a un cobrador de alquileres que vivía en un chalé de los que se habían construido en el Ensanche leonés, entre la calle de José Antonio y la avenida de Suero de Quiñones. Cuando le dieron el alto desde el coche, el pobre, para su sorpresa, salió corriendo como un cervatillo aturullado. Lo hizo de forma tan alocada y tan fuertemente abrazado a su maletín, mirando hacia delante y para atrás entre zancada y zancada, que pareció que bailaba un chamamé desordenado, según le dijo al Remedios un anarquista leonés que le acompañaba, el único que conocía ese tipo de baile porque anduvo haciendo atracos en la Argentina hasta que empezó la guerra. «Vamos, que huyó despavorido», concretó el anciano.

Ramos ordenó: «¡A por él!». Y ya lo tenía enfilado con su pistola ametralladora frente a la verja del patio de su casa cuando el coche, que iba lanzado, cogió un bache profundo de la calle sin asfaltar y la ráfaga destrozó las ventanas del edificio y acabó dejando dos tiros en el techo del vehículo. El cañón humeante le chamuscó la punta de la nariz y Miguel se cachondeaba diciendo que parecía un pimiento del Fresno.

Al Cambio no le gustaba que anduviese jugando con la muerte por estar provocando innecesariamente al enemigo una y otra vez. Y le reprochó que dejase en las tascas del húmedo, grabados a navaja sobre la mesa donde había comido, mensajes como «Ramos estuvo aquí» o que hubiera llegado a disfrazarse de oficial de la Guardia Civil, como hizo, para pasar revista al cabo y los números de un cuartelillo de las afueras. Porque eran chiquilladas. O peor. Auténticas tonterías. El Ramos le respondía entonces que era una forma de animar al pueblo, de hacerle ver que quienes luchaban por la democracia tenían arrestos para todo, que no se cagaban por la pata abajo cuando veían tricornos. Y Miguel insistía. Había que distinguir. Si quería, aceptaba que demostrase a la gente su valor con ejemplos como el de ametrallar el aguilucho del cuartel de San Marcelo cuando el recién estrenado mando militar de León declaró en la prensa que iba a capturarle en menos de una semana. Eso de ir al día siguiente en una potente moto Ariel, colocarse detrás de la tapia del pequeño cementerio que había enfrente del portalón de la entrada, ametrallar la gallina de granito que la presidía y salir pitando por la carretera de Oviedo estuvo bien. Aunque él preferiría que no hubiera corrido ese riesgo, advirtió, reconocía que el suceso se convirtió en la comidilla de moda y tenía el mérito de conseguir que los mandos militares se convirtieran en el hazmerreír de la ciudad durante algunos días. Pero había que tener más cuidado, ser más humildes y rigurosos. Que no estaban los tiempos para películas de Robin Hood.

Además, esas actuaciones enrabiaban a la policía y provocaban situaciones dramáticas nada deseables porque, como dijo Miguel, encabronaban aún más las cosas. Puso de ejemplo lo que aconteció con el falangista al que hirieron creyendo que era el Pelotas. Estaba tan tranquilo apoyado en una farola de la plaza de la Regla, contemplando la catedral mientras esperaba a un amigo, cuando un policía nacional le hirió gravemente pegándole un tiro. No se fijó mucho porque, temeroso, disparó su fusil desde lejos pensando que era el jefe de los guerrilleros de la ciudad. Al hombre, un falangista de pro, lo llevaron al hospital militar. Y no murió desangrado por muy poco. Quien tenía que operarlo era el alcalde José Eguiagaray Pallarés, un médico militar que luchó en la guerra con el bando sublevado y acabó de capitán. Creyendo que era Ramos de verdad, el muy fanático se negó a atenderle y solo cuando la familia le echó de menos y acabó buscándolo en la clínica descubrieron la verdad. Los allegados al herido no se atrevieron a levantarle la voz al ilustre matasanos y no le pasó nada. Pero al pobre policía no se le cayó el pelo porque ya estaba calvo. Le castigaron extraoficialmente de la peor manera que se les ocurrió. Lo enviaron a la Cabrera para luchar contra la guerrilla de Girón, la más peligrosa de toda España. Para que supiera a quién apuntaba y apuntase bien. Por su bien. ¡Había que ver!, exclamó el Remedios escandalizado. Porque el colmo fue que los mandos, en realidad, le condenaron por no haber acertado de pleno a la víctima teniéndola tan a tiro como la tuvo.

Que se lo pensase, había concluido reflexionando el Cambio. Andar tocándole tanto las pelotas tenía envenenados a todos los guindillas. No se trataba de que el hecho demostrase que iban a por él. Era que iban a por todos, a por cualquier sospechoso. Incluso, sin fundamento, a por los ciudadanos que se les pareciesen físicamente. Tenía que ser más prudente por su propio bien. Y por el ajeno, por el de la gente del pueblo que daba sentido a su causa, remató.

Pero Ramos tenía respuestas para todo. Y también, cómo no, para el rapapolvo que le echó Miguel por los numeritos que montaba. Que se fijara bien. Los maderos estaban acojonados. Eso era lo importante. Si no, que recordase lo del famoso capitán Francisco Martínez Gallo. El hombre tenía valor y lo demostró cuando se disfrazó de anciana, haciéndose pasar por la madre de un ingeniero de la Diputación, Emilio Zapico Arriola, al que había secuestrado un grupo de maquis montañeses que actuaba por su cuenta. A la familia, de las más pudientes de la capital, le habían pedido dos millones de las pesetas de entonces. Una pasada. Y en lugar de pagarlos, los parientes acudieron al gobernador civil, que entonces era, destacó el Remedios, nada menos que aquel llorica que anunció la muerte de Franco, Carlos Arias Navarro. El Carnicerito de Málaga, como le bautizó el periodista Cuco Cerecedo por las tropelías que cometió en Málaga tras ser tomada por las tropas franquistas durante la guerra, envió a la Guardia Civil para, ¡ejem!, resolver el problema. Un coche de la secreta llevó al capitán, vestido como una abuela, de negro cucaracha, para que pareciese que era ella la que pagaría el rescate. Pero los secuestradores descubrieron la trampa y en

el tiroteo murió un guerrillero al que apodaban el Químico. El resto de la partida, que contemplaba lo sucedido desde lo alto de un cerro, mató al secuestrado de inmediato y se dio a la fuga precipitadamente.

Para su desgracia, la fama del guardia travestido se extendió por la ciudad y Ramos decidió ir a cazarlo en persona. Incluso atentó contra él sin acierto. Al final, ningún guardia quería escoltarle y cogió tanto miedo que tuvieron que trasladarlo de León. Se corrió la voz de que el hombre estaba tan atemorizado que, aunque su casa estaba permanentemente rodeada de escoltas, sufría pesadillas de las que se despertaba gritando que le querían matar. Enfebreció de tal manera que el delirio le provocó una manía persecutoria irreparable. A su desvarío, todo el mundo era sospechoso de querer matarlo. Incluso aseguraba que Ramos se había compinchado con una de las criadas para que le envenenase.

Pasado el agosto del cuarenta y siete, Ramos entró en barrena por no dejar de hacer de las suyas más solo que Mingolo, ese alcalde republicano al que abandonó todo el mundo cuando los nacionales entraron en su pueblo de Jaén. De entrada, hablando de alcaldes, atracó al que lo había sido de León, el famoso Francisco Roa de la Vega. Luego se hizo ciento diez kilómetros a pie solo para asaltar un polvorín de Sabero donde maniató al guarda y se llevó quince kilos de dinamita, unas cuantas mechas y un puñado de detonadores. Y, ya por octubre, les sacó doce mil reales a los ricos de Sariegos yendo casa por casa tras haber sido informado, bajo amenazas, por el cura del lugar donde vivían. Ni que decir tenía que el hombre de Dios cantó el Kyrie Eleison pensando en su significado literal, el de «Señor, ten piedad». ¡Cómo se asustaría el sacerdote que murió tres días después!, comentó el anciano con sarcasmo. Desde entonces, el Pelotas fardaba de que los falangistas decían de él que ya no mataba a nadie porque hacía las cosas de tal forma que no era necesario. Se morían ellos solos.

Con todo, los planes no funcionaron como el de Santa Lucía había pretendido y empezó a pensar en irse de España si no le daban otras órdenes de Madrid. Lo malo fue que salió para la capital en abril y volvió en mayo sin ni haber podido contactar con nadie del partido. Las caídas de principio del cuarenta y ocho que siguieron a la de Sánchez Biezma habían triturado a la organización y ni siquiera la madre de Benito Sánchez, un compañero que había coincidido con él en la cárcel de Barcelona, supo decirle con quién podría contactar. Apenas supo que la lucha continuaba porque se topó con un viejo amigo de la Ugeté y le contó que algunos peceros habían tirado octavillas por Carabanchel, pero no sabía quiénes.

Pasado el Primero de Mayo sin ningún tipo de noticias, el Ramos retornó descorazonado a León. Y la lio de nuevo. El Cambio siempre se arrepintió de haberle acompañado cuando llevó a cabo una de sus burradas más gordas. Fue la que cometió en Velilla de la Reina nada más llegar. Quiso hacer con los ricos del pueblo lo mismo que había hecho meses atrás en Sariegos, pero le salieron al paso los falangistas y los somatenes y tuvo que escapar con el rabo desaparecido en el escroto.

Huyó, dijo Miguel irritado, después de apuntarse una salvajada más. Totalmente innecesaria. Cuando la gente, guiada por los falangistas, se amotinó contra ellos y montó una pequeña manifestación que rodeó la casa donde estaban, Ramos le quitó a Miguel la pistola ametralladora que llevaba y disparó una ráfaga contra la primera fila. Hirió a tres personas. Una de ellas fue la madre de tres joseantonianos que habían muerto en la guerra. La mujer iba a la cabeza de los manifestantes y cayó de bruces. Y ahí, ya sí que sí, dijo el Remedios, Miguel resolvió marcharse cuanto antes a otro sitio donde continuar la lucha o esconderse. Dijera lo que dijera el partido.

Para entonces, la decadencia del gordonés no tenía solución. Y llovió sobre mojado. Miguel puso por fin letra a la música que había compuesto algunos meses antes. De hecho, lo tenía pensado desde hacía tiempo. En concreto, desde que asistió a un suceso acaecido en la taberna La Montañesa, una tasca situada en la carretera de León a Benavente. Ramos y él habían quedado con el bañezano Eugenio Sierra, «el Cantinflas», y algunos guerrilleros de su grupo. Fueron a comer allí para huir de la ciudad porque la policía había matado a un compañero por la mañana y andaba haciendo redadas por todas partes. Y estaban finiquitando un postre de reinetas asadas y unas filloas dulcísimas que el cocinero gallego hacía con sangre cuajada de cerdo cuando entró un inspector de la policía fuera de servicio. Viéndolos recelosos y tan tiesos como estacas, mosqueado, se dirigió a ellos exigiéndoles que se identificasen. Miguel se dio cuenta enseguida de lo que iba a pasar porque para entonces ya sabía que el Coyote, cuando se disponía a matarlos, medía a sus enemigos con la frialdad de un chacal hambriento. Pero no pudo evitarlo. Antes de que el policía intuyese el peligro, el gordonés le disparó dos tiros, uno en la barriga y otro en el pecho. Y lo dejó malherido en el suelo. Todos aprovecharon que iba solo para salir escopetados. Y todos, al tiempo, se disgustaron con Ramos porque consideraron exagerado su comportamiento. Pensaban que podían haberlo reducido fácilmente y que con eso hubiera sido suficiente. Pero, lamentablemente, nadie dijo nada cuando se reagruparon. Fue entonces cuando Miguel comprendió que ya no le admiraban, que solo le temían. Y pensó que aquello era un mal asunto. Especialmente en aquellos momentos agobiantes de persecución policial.

En ese almuerzo, mientras disfrutaba de una sopa de trucha desmigajada, tan picante que le quitaba el hipo a un caballo, el Cambiao se enteró de que había mucha gente de la guerrilla en La Cabrera y que se refugiaban por donde las minas de Casaio, en la vecina sierra del Eje orensana. Luego averiguó que había casas de apoyo en Castrocontrigo y Truchas y enlaces que, cuando fuese necesario, podrían llevarle hasta la zona de Peña Trevinca y el puente de Domingo Flórez sin ningún problema. Solo le quedaba rumiar el momento de la resolución definitiva.

En esas estaba cuando Ramos estuvo a punto de matar a un falangista que hacía listas negras de la gente de izquierdas en Alija para que la policía los multase. Se libró porque, cuando entró en su casa para tirotearle, estaba acompañado por su mujer y dos niños pequeños. Miguel pensó que hubiera sido demasiado. Hasta para él. Con

razón. Pero se arrepintió. Influido por el retorno a sus adánicos pensamientos de la juventud, dio marcha atrás y se dijo que, aunque Ramos se hubiera transformado en un auténtico exaltado, persistían en él, de seguro, las razones que le impulsaron a luchar por la justicia. Y, sobre todo, quiso creer que continuaba teniendo corazón.

Los acontecimientos se desbocaron solo dos días más tarde. Ramos fue a pedirle cuartos a Emilio Prieto Malagón, el dueño del comercio La Revoltosa, en la céntrica calle de la Rúa. Iba confiado porque el comerciante ya le había prometido con anterioridad darle algo de dinero para el Socorro Rojo. Pero adelantó la fecha de la cita prevista porque, por razones de seguridad, le gustaba confundir a la gente. Para sorprenderla. O mejor, como lo interpretaba el Remedios, para que nunca le sorprendieran a él.

Hablaron en una esquina del mostrador y, que Alicia le perdonase el ripio, Malagón se hizo el remolón. Empezó a enrollarse y a mostrarse derrotista y Ramos, confiado, andaba levantándole la moral cuando escuchó que la cajera, después de mirarle con detenimiento, le decía a un joven dependiente: «Pues se me parece a uno de la foto del agente».

Fue oír el comentario y entenderlo todo antes de chascar los dedos. Reaccionó inconscientemente, con la presteza justa para evitar que el dueño le atenazase los brazos a la espalda bajándole el cuello de la chaqueta. El guerrillero zafó una mano y la introdujo en un bolsillo del pantalón. Sacó una pequeña Sauer chalequera de los años treinta y disparó tres tiros por debajo del sobaco. Malagón cayó a sus espaldas como un fardo. Luego, apuntándole a las piernas, hirió a un empleado que se mostró agresivo. Y, dando gritos, paralizó a los presentes sin gastar más balas. Los testigos tuvieron suerte porque la adrenalina le pegó un subidón y no le faltaban ganas de seguir disparándole a cualquiera. Afortunadamente, en otro acto reflejo, guardó los cuatro cartuchos que le quedaban por si topaba en la calle con la policía. Pero no los necesitó. Tras ocultar la pistola bajo la chaqueta, fijada en la espalda por el cincho, huyó por la calle de San Francisco camino de la estación.

Cuando las circunstancias le defraudaban, Ramos era de los que daba rienda suelta a su mala hostia de crío caprichoso. La contrariedad le provocó una rabieta de esas que merecían azotes en el trasero. Pero los berrinches del Ramos ya no resultaban precisamente infantiles. Y dos días después, cuando todavía la policía andaba buscándole por toda la ciudad, decidió volar la central eléctrica de León.

No lo consiguió porque, cuando se disponía a sacar la mecha de una maleta, se acercó un cabo de la Policía Municipal y le preguntó qué llevaba dentro. Viendo que se movía sospechosamente, el agente intentó sacar la pistola, dispuesto a detenerle. Pero fue muy lento. En un cuarto y mitad de santiamén, el Pelotas le endosó cuatro balazos con una Astra de 9 milímetros de las que el ejército le había entregado a los guardias civiles durante la guerra. ¡Había que joderse!, exclamó el Remedios invocando las jodidas ironías de la vida. Se la había vendido un número jubilado que no llegaba a fin de mes, convencido de que se trataba de un delincuente común que

no se pasaría de la raya. El gran cronista leonés del absurdo popular y las tonterías de los poderosos, Pedro Trapiello, de quien el Remedios, cuando fue a León siguiendo los pasos del Cambiao, se hizo amigo tomando cabrito y gambas con torreznos en la Casa Rafa, llamaba «guardias cerriles» a los miembros de la Benemérita. Y, como Alicia podía apreciar penosamente, lo hacía con más que fundamento.

Las detonaciones alertaron a la gente que paseaba por allí y cuatro jóvenes corrieron hacia Ramos con el ánimo de echársele encima. El guerrillero se tiró por un terraplén sin pensarlo, pistola en mano, y abandonó la maleta con los explosivos. Fue entonces, mientras corría encolerizado, cuando se le apareció la Virgen del Camino. La del camino de Francia, por supuesto.

Un amigo socialista le dio mil quinientas pesetas que empleó para pagar sus deudas y volvió a viajar hasta Madrid, pero esta vez resuelto a tomar las de Villadiego sin pasar por Burgos. Por lo que había sabido Federico Espejo muchos años después, gracias a los archivos históricos del Pecé donde había rebuscado Daniel Álvarez, el propio Pelotas dejó escrito que en Madrid volvió a quedarse colgado y por eso decidió, definitivamente, salir pitando hacia Barcelona. Para ver. Pero las cosas andaban tan mal que nadie, ni anarquistas, ni comunistas, ni buenos samaritanos, si es que los había, le ayudaron a cruzar la frontera. Así que, de bote en rebote, pasando por Zaragoza, acabó en Pamplona la noche del tres de octubre. Y el día cuatro, atravesando los Pirineos en el coche de San Fernando, llegó al pueblecito vascofrancés de Urepel a las seis de la mañana. Y, que se supiera de cierto, ningún conocido volvió a verlo jamás.

El vil garrote vil

Hasta que Ramos no desapareció, Miguel no pudo abandonarle. Pero no por falta de ganas. De hecho, durante el tiempo que el gordonés abandonó León para ir a Madrid, contó el dinosaurio resabiado, el extremeño había aprovechado para viajar hasta Truchas en busca de un contacto que le dio el Cantinflas, el que podía llevarle hasta la Federación de Guerrillas de León-Galicia que lideraba el gran Girón.

El bañezano, dijo el Remedios, le contó al Cambio que el de Salas fue un ugetista que, por su falta de preparación, nunca quiso cargos. Pero era tan carismático que todos sus compañeros le reconocían como líder. Quizás lo hacían porque estaba por encima de las ideologías y los partidos y siempre apostaba por la unidad. Porque ir a luchar con él era el mejor destino. Si te aceptaba.

Al Cambio le acompañó una lumi precozmente envejecida que, según la Bien Plantá, merecía su total confianza porque era la viuda de un minero asturiano que tuvieron encerrado en San Marcos hasta que lo fusilaron. La mujer, Natividad, viajó con su hijo pequeño desde Avilés a León para estar cerca de su hombre y ayudarle si no lo mataban. Cuando le fusilaron junto a los farallones terrosos de Puente Castro, se quedó tan desangelada que no quiso ni volver para Asturias. De no haber acudido a prostituirse extramuros, ella y su hijo se habrían muerto de hambre.

Más tarde, cuando ya ganó fama como la Apache, dos amigas, la Moños y la Juliana, le echaron una mano y pasó a otra casa mejor en la calle Perales. Y, por fin, como andaba quebrada de salud, la Bien Plantá la había sacado de allí para colocarla no donde ella trabajaba, que era un sitio de lujo, sino en la Casa de Leas, la del barrio de San Lorenzo. Porque en ese burdel, cuando menos, dijo el Cambio, enviaban a las chicas al Instituto de Higiene, junto a la inclusa, para que se hicieran reconocimientos médicos dos veces cada semana. Allí las curaban de todo. Menos, por supuesto, del dolor de corazón.

El Cambio recogió a la mujer que aceptó la simulación de ser su esposa precisamente ahí, en el hospicio, un edificio de piedra protegido por pilares enormes que circundaban cadenas de hierro tan grandes como las que rompió Sansón cuando

dijo aquello tan famoso del «¡muera yo con todos los filisteos!», apuntó el Remedios. La Apache conocía perfectamente el recorrido de ida y vuelta hasta Truchas porque se presentaba como presunta vendedora de joyas a particulares. La verdad es que no engañaba mucho porque vender, lo que se decía vender, solo vendía lo suyo, vaciló el anciano. O sea, sus jacarandosas carnes magras. Que aunque no eran joyas, todavía pasaban por bisutería de lujo. Pero lo hacía perfectamente. Y del modo más clandestino que podía. Por encargo. A domicilio.

Miguel insistió porque la Apache controlaba el pueblo tan discreta como detalladamente. Y si alguien la reconocía, había dicho la Bien Plantá, pensaría que andaba a lo suyo y que él sería un amante. Pero, en cualquier caso, quien la identificase tendría mucho cuidado de callarse porque, de seguro, había pagado antes por catarla. Y si se sabía, pues ya se sabía, retrucaneó el Remedios mientras se arrebañaba el gañote con el dedo. Del descrédito público no le salvaba ni Dios. Porque el Supremo podría perdonarle, pero el cura, su mujer y las beatas no lo harían ni aunque llenase la hucha de la iglesia.

Viajaron a Truchas por el camino de La Bañeza no solo porque el trayecto de asfalto era obligatorio sino porque, de camino, el final del verano les invitó a tomar ancas de rana en Casa Buño. Como se acababa la temporada, la mujer tuvo capricho. Y a él le pareció la mejor de las ideas porque, allí, en esa taberna de la capital de la Vega del Órbigo-Tuerto, se hacían las mejores y más grandes de León con una salsa de tomate y pimentón que desembridaba las tripas. La carne de los batracios, de por sí, no decía mucho. Sabían a pollo, dijo el Remedios. Pero los cuscurros de hogaza que emergían del moje como submarinos hacían llorar incluso a los obispos de la diócesis de Astorga.

Justificado de manera tan placentera el tránsito de las catorce leguas que lo separaban de la capital, llegaron a Truchas al atardecer y no tuvieron ni que dormir en el pueblín. La esposa del enlace les informó de la captura de su marido nada más llegar y les recomendó que no se quedaran porque los guardias detenían a cualquier desconocido con el que se topaban. Y menos mal, añadió, que habían hablado directamente con ella llamando a la parte trasera de la casa. Porque de haberles visto cualquiera, precisó azorada, ya estarían en el cuartelillo.

Retornaron de inmediato a León aprovechando que todavía se conocían los días y a la jornada le quedaba la luz suficiente para iluminarles durante todo el trayecto. De modo que, al final, atrapado en la ciudad del Bernesga y el Torío tras la marcha de Ramos, Miguel se puso a buscar la manera de huir a Ponferrada para ver si contactaba finalmente con algún enlace de Girón que le llevara desde la capital a los montes de Casaio.

En esas estaba cuando otra circunstancia singular le impidió acelerar sus planes. Un compañero del grupo de Ramos que se identificó como Cabrero, así, a pelo, le buscó para avisarle, dijo, de que la policía iba a rastrillar la ciudad por temor a que precisamente algunos de la partida de Girón hubieran acudido a liberar a uno de sus

dirigentes más admirados, Marcelino de la Parra. A ese tío grande, explicó, le detuvieron cuando intentaba escapar a Francia por Barcelona y le habían juzgado hacía solo unos días en León. Estaba condenado a garrote vil por catorce delitos de bandidaje y terrorismo. Y le iban a quitar la vida en aquella cárcel de la Puerta del Castillo que se veía desde la taberna Miserias en la que habían quedado para contactar y, al tiempo, comerse una cecina de chivo cocida que tenía fama de ser la mejor de la ciudad. Las autoridades, le explicó, temían alguna acción guerrillera que impidiese la ejecución, fijada para el ocho de noviembre, porque Marcelino era muy querido desde donde Asturias topaba con Santander hasta las lindes que hermanaban León y Galicia por Orense.

No pudieron hacer nada. Nadie se puso en contacto con ellos ni ellos encontraron a nadie que tuviera algo que ver con su propósito liberador. Y ese gélido lunes en que lo ajusticiaron injustamente, el Cambio lloró por Marcelino como si le conociese de toda la vida.

Lo hizo sabiendo que penaba por todos los que habían caído como él, meditando sobre la terrible soledad de una muerte tan amarga e indigna. No fue que asumiese aquello de la honorabilidad del soldado, de que le enrabetase el asesinato de un militar republicano al que trataban como a un delincuente común. Que también. Era que pensaba en sí mismo. Y, al tiempo, en toda la humanidad. Que experimentaba en su propio vientre la injusticia del universo, la indiferencia del azar. Y sentía en sus carnes y su alma la desazón del hombre que se miraba, una vez más, en el espejo del pozo y contemplaba, desamparado, cómo su imagen se difuminaba en el deslumbrante reflejo de la nada.

Cabrero y él habían esperado casi toda la noche en El Besugo, donde el dueño segoviano que acabó siendo más leonés que el mismísimo Guzmán el Bueno, Fernando Martín, les dejó trajinar orujo hasta el alba en la trastienda del negocio que acababa de reformar. A Miguel no le cupo duda de que el cantinero era amigo de sus amigos y, aunque decía que a él no le gustaba meterse en política, conocía bien a su acompañante. Por eso, cuando chapó la fonda, sin pedir explicaciones de por qué se lo pedían, les dejó ocupar un rincón soterrado en los desgastados muros de la milenaria muralla romana que sostenían el viejo edificio de dos plantas.

El Remedios abusó de los pormenores. Fernando no tenía ni idea de peces, pero se ganó el apodo de El Besugo tras montar una pescadería, La Veloz, allá por los años veinte. El nombre le venía de ahí a la taberna porque nació siendo trastienda del negocio. En un reservado del fondo, se tomaban chatos de vino de Toro más negro que la conciencia de un prestamista y se pimplaban aperitivos caseros que enfriaban en un balde con pedazos de barras de hielo, sobre todo vermús macerados de aquellos de no tomes tres que te acaba gustando hasta la Mary Santpere. Como los de la peña, que alternaban desde antes de la guerra en la bodega, le daban la tabarra al pescadero para que dejase de descamar besugos de una puñetera vez y se sumase a una partidita de tute o de mus, aunque fuera corta, cuando ascendió a taberna la bautizaron con el

nombre del pescado más caro del mercado, sobre todo en Navidad. Y que Alicia le creyese. Lo hicieron sin segundas. Que Fernando Martín tenía de besugo lo que él de monja de clausura.

Tuvo mérito que Fernando los recogiese esa noche porque, para entonces, El Besugo ya era un referente de las casas de comidas de León. Incluso llegaba gente de Madrid para tomar su congrio a la leonesa. Y sus angulas de La Coruña, a peseta la ración, eran tan famosas que vendían diez kilos semanales. Por eso, el Remedios concluyó que, siendo amigo del Cabrero, el restaurador debía de saber, más allá de la sospecha, a quiénes había dejado que pasaran la noche escondidos en el sótano. Aunque eso solo era, matizó, una simple deducción.

Cabrero había conocido bien a Marcelino de la Parra. Y aunque le contó cómo fue su relación, Miguel, en esas horas de tribulación, apenas le hizo caso. Le daba todo igual. Más distraído que atento, escuchaba retazos del relato con el que su compañero de angustias le ilustraba sobre el anarquista montañés. De la Parra fue un leonés de pro, aseguró, que solo las autoridades sabían a ciencia cierta dónde había nacido. Porque unos contaban que su madre lo trajo al mundo en Ventas de Nava y otros que en La Robla. Pero, en cualquier caso, aseguró Cabrero, era un hombre cabal donde los hubiese. O había sido, matizó apesadumbrado el guerrillero. Porque, superadas las doce de la noche, ignoraba si ya le habían estrangulado. Que se fijase, dijo retornando al entusiasmo para exorcizar así sus pensamientos. Fue un mecánico de oficio para todo. Y lo mismo convertía una pistola ordinaria en una ametralladora que remendaba los ánimos descosidos o exaltados de sus compañeros imponiendo sus serenas reflexiones. Desde luego, como estratega, había sido un auténtico referente. Sobre todo, por sensato. Aunque, también había que decirlo, tenía menos sentido del humor que un registrador de la propiedad.

Lo demostró sobradamente siendo el compañero sempiterno del gran Manuel Girón, el jornalero y cazador de Salas de los Barrios, famoso porque donde ponía el ojo metía la bala desde doscientos metros de distancia. Miguel había sabido cosas de él, pero Cabrero le amplió las trazas de su personalidad. El berciano era un jornalero ugetista que antes de que Franco le echara al monte complementaba sus escasos ingresos cazando alimañas, sobre todo raposas que paseaba por los pueblos de La Cabrera para que los vecinos con ganado se lo agradecieran ofreciéndole monedas y alimentos. «Corría la zorra como nadie», selló su admirador. Y como soldado, añadió con solemnidad, demostró ser el mejor guerrillero antifranquista del noroeste de España.

Girón y Villa formaron una pareja singular porque, salvo en lo de combatir a los franquistas y darlo todo por los compañeros, eran totalmente contrarios. Aunque, eso sí, se complementaban como un buen matrimonio. El Girón ejercía de ligón marchoso que salvo en la batalla, retrató el Remedios, siempre andaba de bromas y se reía de todo sin maldad, pero con picardía. El Parra, en cambio, era más serio que el conductor de un coche fúnebre. Y si Girón fumaba como un carretero y se

encabronaba como un hincha de fútbol, el Parra, por el contrario, no podía oler el humo del tabaco ni exteriorizaba jamás sus enfados. De haber mezclado sus sangres, les hubiera quedado bien templada porque a Girón le corría por las venas como lava y la de Parra era fría como el aliento de la muerte.

Desde el primer combate, los dos fueron la leche, contó Cabrero con una pasión que pretendía olvidar las circunstancias. Desde que coincidieron en la División Recalde, uno con veintisiete tacos y otro casi, se dedicaron a sabotear al ejército franquista en su retaguardia del frente leonés, allá por la Omaña y la parte colindante con Asturias, y no habían parado desde entonces. Derrumbado el frente de los Puertos, el del Norte, se refugiaron en el Bierzo y La Cabrera, donde acabaron montando la primera guerrilla antifranquista organizada en la que, además, cupo toda la panoplia de los partidos de izquierdas. Sin ningún sectarismo, precisó. Tan ninguno que cuando los comunistas quisieron hacerse con el control en la última etapa y la guerrilla galaico-leonesa se dividió definitivamente, el Parra comprendió perfectamente que su amigo abandonase la Federación y reclamase una credencial firmada por los delegados, el Estado Mayor y todas las jefaturas en la que constase que se iba porque no tenía ninguna afiliación e ignoraba cuál era la facción que mejor defendía lo que debían hacer en el futuro. Después de todo, a él, Marcelino, le pasaba casi lo mismo. Como buen anarquista, odiaba las discusiones ideológicas. Pero en realidad, acabó confesando el de La Robla, lo que hizo que se fuera por su camino fue la ruptura. Tenía amigos en los dos bandos y le dolió en el alma.

Quizás por eso, o por su comportamiento personal, el Parra siempre formó parte de la jefatura de todas las agrupaciones guerrilleras desde que en abril del cuarenta y dos se constituyó la primera de ellas en las crestas de los montes de Ferradillo, donde suscribieron con su presencia y sus firmas un acontecimiento histórico. Porque esa fue, matizó el documentado autodidacta, la primera organización armada antifranquista que se fundó en España tras la guerra. Desde aquel día, Marcelino siempre formó parte de la guerrilla leonesa en representación de la Ceneté, pero siempre contó con el respeto absoluto de los guerrilleros de las demás fuerzas políticas. Sin ninguna excepción.

Y, si no, apostilló el Remedios dirigiéndose paternalmente a una Alicia confundida por los congresos, las fechas y los partidos, que viese el encargo que le hicieron, a medias con el socialista asturiano César Ríos, nada más empezar. Redactó las normas a seguir por la guerrilla. Y que no se creyese que fue tarea agradable. Porque algunas cosas eran muy bonitas. Por ejemplo, la regla que determinaba que la solidaridad y el compañerismo eran sagrados. Y no solo entre los guerrilleros, sino también para con los ciudadanos antifranquistas que les ayudaban a sostener la lucha. O como aquella de que el dinero recogido en las acciones económicas sería repartido equitativamente entre todos los participantes teniendo la obligación de dejar una parte para los gastos de la Federación y de presentar cuentas cada quince días para evitar que se gastase el dinero en asuntos privados o superfluos. Y no le decía nada sobre la

que establecía que, aunque estaba prohibido que las novias o las esposas de los guerrilleros permanecieran en los campamentos, había que recoger y proteger, con el respeto que su honestidad merecía, a todas las mujeres que les ayudaban y hubiesen sido descubiertas por el enemigo.

Esa, como dijo, era la parte buena. Pero César y él también tuvieron que hacer otras reglas francamente desagradables. Algunas tan severas como la que establecía que sería delito grave, y podría llegar a ser penado con la muerte, agredir violentamente a cualquier miembro de una familia de enlaces, amenazarlos con las armas, hurtar prendas o dinero y, sobre todo, cometer violaciones. O aquella que precisaba que todo guerrillero desaparecido de su unidad sería considerado desertor e incurriría en una pena grave que no tendría recurso si mediaba la traición.

Y eso, amiguita, había sido al principio. Porque luego, a partir de las normas del cuarenta y dos, dijo el Remedios, incluso tuvieron que diseñar toda una estructura de gobierno para los del monte. ¡El lío que se armaron!, comentó sacudiendo las dos manos mientras alzaba las cejas. Porque las armas y los explosivos, por ejemplo, eran de propiedad colectiva y se entregaban a los más necesitados. No podía tener fusil quien no hubiese tenido primero pistola, ni ametralladora aquel que no hubiera usado antes un fusil. Montaron un gobierno eficaz en el que una parte del fondo común del dinero recaudado por la organización o conseguido con los golpes económicos se destinaba a prestar ayuda a quien quedase inútil en acto de servicio o enfermara más de seis meses. Una hacienda rudimentaria, en fin, que hasta pensionaba, con el tope de doce pesetas diarias, a los miembros de las milicias pasivas de enlaces y a los informadores que hubieran pagado sus cuotas y quedasen incapacitados para seguir prestando ayuda. Y que, para remate, colaboraba económicamente en la búsqueda de residencia para los ancianos y mujeres que habían huido de sus casas por la presión de las autoridades e incluso colocaba en domicilios de fiar a los huérfanos y familiares de los enlaces presos o los colaboradores muertos. Pero lo peor, dijo el Remedios, fue la puñetera burocracia. Porque todo eso, absolutamente todo, con papeles de por medio, se documentaba con credenciales y carnés sellados por los jefes de la Federación y quedaba convenientemente contabilizado. Tan honrados como ingenuos, querían de semejante modo, querida Alicia, dar cuenta detallada de sus actividades cuando, tardase lo que tardase, regresara la República. ¡Qué hidalguía!, exclamó emocionado.

El bueno de Marcelino nunca dejó de repetir en el mismo puesto de mando. Lo hizo en el segundo congreso de la Federación Guerrillera de un año después, celebrado también en Ferradillo, y en el tercero del cuarenta y cuatro que tuvo lugar en la Ciudad de la Selva construida por los guerrilleros en los montes orensanos de Casaio. Allí acudió, por primera vez, convertido en un enemigo oficial del Régimen por una orden de búsqueda y captura. ¡Qué cosas! Había sido declarado en rebeldía, junto al socialista Marcelino Fernández Villanueva, «el Gafas», que era el líder máximo de la guerrilla, el Chapa y, cómo no, su amigo Girón, porque no acudió al

juzgado del entresuelo de la avenida del General Sanjurjo como reclamaba una requisitoria del teniente coronel juez instructor de León, un tal don Lorenzo Pérez de Miguel. ¡Como para ir!, exclamó el Remedios. Todos sabían que era un puro formalismo, que querían procesarlos por un atraco a mano armada que habían cometido el año anterior. Tenían garantizados el sumarísimo y la pena de muerte. Sin defensa.

El Parra siguió ocupando el puesto en el quinto Congreso que constituyó la Federación de Guerrillas de León y Galicia. Y continuó haciéndolo en el sexto, el que se celebró en enero del cuarenta y seis, cuando los comunistas partieron en dos la organización. La bronca fue tan grande que algunos de los treinta y cinco guerrilleros presentes amenazaban con emprenderla a tiros entre sí incluso antes de empezar. Y hasta el Gafas, que presidía el Congreso, acudió sin pistola para no dar excusas a nadie porque le habían alertado de que los cismáticos le señalaron como el principal objetivo que abatir.

Una casualidad quiso que la unidad formal sobreviviese por el lomo de un hilo. Alguien había dado el chivatazo de la convocatoria y la Guardia Civil batió los valles de Mortera y La Bruña, a escasos kilómetros del lugar donde se concentraban las cabañas de los asistentes al Congreso. Los guerrilleros consiguieron abandonar el campamento antes de que llegasen, pero cometieron el imperdonable error de repetir la convención unos días después. Estaban convencidos de que los guardias no habían descubierto la ubicación concreta del lugar donde se habían reunido porque las chozas seguían intactas. Sin embargo, se había quedado en la zona una contrapartida bien nutrida, vigilando. Y su jefe engañó a un pastor que le desveló el punto exacto de la reunión. Acudieron por sorpresa, disparando sus armas automáticas y arrojando bombas de mano. ¡Jodida mala suerte!, rugió Cabrero cuando lo contó masticando las palabras. Fueron a matar, precisamente, a los dos comunistas más partidarios de la reunificación, Francisco Elvira Cuadrado y Arcadio Ríos, quienes habían logrado, a duras penas, salvar la continuidad del trabajo unitario venciendo inesperadamente a los elementos desatados del Pecé. Porque para entonces, Alicia, los comunistas pretendían erigir una guerrilla que no actuase ligada en exclusiva a la esperanza de que las democracias occidentales acabaran expulsando a Franco del país. Pero los demás, sobre todo los socialistas, daban la batalla por perdida desde que Stalin firmó el reparto de Europa en Yalta y, sobre todo, después de que Churchill soltase el famoso rollo de la guerra fría en la Universidad de Fulton.

La crónica del desastre estaba escrita. La facción comunista, defensora de una ofensiva sin límites que incluyese atentados contra los medios de comunicación y la voladura de trenes no militares, hizo trizas la unidad. Y el dieciocho de agosto, sin recato ninguno, los partidarios de la escisión, traicionando los acuerdos alcanzados hacía menos de un mes, se separaron oficialmente de la organización unitaria, abandonaron la provincia de León y se concentraron en la que mejor controlaban, la de Orense.

El bueno de Parra, por tradición y prestigio, participó en los acuerdos para dividirse el dinero, las armas, los territorios e incluso los enlaces. Y hasta consiguió que ambos bandos jurasen que nunca se enfrentarían entre sí, lo que se incumplió a rajatabla en muchas ocasiones. Aquello fue el acabose, concluyó Cabrero. El que se salvase quien pudiera. Y como pudiese.

Los socialistas no hicieron caso a un Gafas casi ciego, físicamente hablando, que pretendía continuar la lucha. Contactaron epistolariamente con sus jefes en el exterior y con la guerrilla asturiana de su misma orientación ideológica. Y tuvieron suerte. Indalecio Prieto había elaborado un plan confidencial para sacar a sus guerrilleros de España por el puerto de Luanco. Así que cada uno, como pudo, cumplió la orden de presentarse en Gijón cuanto antes para ser llevados al pueblo de Trasona, donde aguardarían la llegada del buque salvador. El veintidós de agosto del cuarenta y ocho, por fin, los veintisiete guerrilleros y enlaces de Asturias y León que habían logrado llegar a la cita en buena hora embarcaron en un pesquero vasco que los llevó, a caldera reventona, hasta el puerto franco de San Juan de Luz.

Otros grupos de guerrilleros de todas las facciones también escaparon a Francia, tras increíbles peripecias, en trenes y taxis, hasta Pamplona y los pasos clandestinos de la frontera pirenaica. Y algunos como Mario Morán, hasta salvó el pellejo por casualidad porque el *mugalar* de pago que le ayudó a huir acababa de traicionar a varios grupos de fugitivos, pero no quiso destapar su disposición desleal porque le habían soplado que detrás de él venían un diputado gallego de izquierdas y nada menos que el número uno de los bandoleros leoneses y gallegos, el Girón. Afortunadamente, era mentira. Y el cabrón, dijo el Remedios con desprecio, se quedó con las ganas.

El de La Robla tuvo menos suerte. Doliéndole la decisión hasta en la sombra, resolvió separarse de su, más que amigo, hermano Girón, quien se negaba a dejar esas montañas cabreiras de las que ya formaban parte sus entrañas. Y se marchó camino de Francia. Quiso huir por Cataluña, donde tenía familiares y muchos conocidos anarquistas. Dejó en la casa de unos amigos de Pombriego su ropa vieja, sus archivos, los ejemplares de *El Guerrillero* y los recortes del *Diario de León* y de *Proa*, que guardaba porque hacían referencia a sus actividades, y vendió sus armas para conseguir dinero. En vísperas de la Nochebuena del cuarenta y siete, aprovechando que la vigilancia bajaba en Navidades por el relajo festivo, tomó el tren expreso en dirección a Barcelona. Sentado junto a la ventana del vagón, pasó la manga del abrigo por el cristal empañado por el vaho para borrar el celaje de su propio reflejo acelajado. Pero solo consiguió difuminar su rostro. Y, sumido en una tristeza infinita, apenas alcanzó a contemplar los prados neblinosos de la Tierra de Campos leonesa.

Sin detenerse un minuto de sobra en la estación, el Parra tomó un tren que le llevó de la Ciudad Condal a Tarragona. Allí buscó el domicilio del antiguo secretario provincial de la Ceneté en León, su amigo Agustín Juárez. Y este, en breve, le consiguió una documentación falsa a nombre de Sebastián Fernández Paniagua e

intentó colocarlo a trabajar en el tajo. Lo nocivo, matizó el Remedios, fue que Marcelino no era Cipriano Mera, aquel anarcosindicalista de una pieza que murió en París trabajando en su oficio, de albañil, aunque había llegado a ser general del Ejército Popular de la República. El leonés, menudo y con la salud mellada por la vida en el monte, no se sintió capacitado físicamente para bregar en la construcción. Optó por esconderse en la vivienda de su hermana Natalia de la Parra, que también trabajaba en la ciudad y de quien no sabía nada desde hacía años porque nunca quiso conectar con ninguno de sus seis hermanos para no comprometerlos.

Mal asunto, dictaminó el Remedios. Y enseguida se corrigió para resultar más docto. ¡Qué craso error cometió! ¿Que por qué? Pues porque Natalia tenía un novio que, mirase usted por dónde, era policía armada. Y aunque Marcelino disimuló todo lo que pudo, al final le perdió salir a veces con su hermana colgada de su brazo. Los celos suplieron la falta de olfato policial que tenía el pretendiente. Y la situación se hizo insostenible. La mujer, obligada a elegir, pero confiada, acabó confesándole a su prometido que el acompañante que tenía en casa era su hermano. Fue demasiado para Gálvez, comentó el anciano narrador emulando el título de una novela policiaca que le regalaron al principio de la transición democrática. Era, aclaró, del periodista Jorge Martínez Reverte. Y la verdad era que nunca sacó tiempo para leerla, pero el título, castizo, se le quedó encasquillado en la sesera.

Fue demasiado porque el poli no dudó ni un segundo en denunciarlo. Pero, suponiendo que podía estar organizado, los secretas no fueron a por él de inmediato. Decidieron vigilarlo. Y el tiempo perdido hizo que el Parra descubriera el pastel porque el novio de Natalia acabó denunciando, con su comportamiento, su cada vez más indisimulable felonía.

Cabrero contó a Miguel que se suponía, aunque no estaba muy claro, que el Parra, no se sabía por qué, había decidido huir hacia Valencia en el tren correo de Barcelona. Pero la versión oficial, la única conocida, era un lío. Mosqueaba al más zoquete. Dijeron que fue detenido en el tren y lo trasladaron a un calabozo de Tolosa, pero el Remedios tenía para él que sería más bien el de Tortosa, porque la única relación de Tarragona con Tolosa fue cuando una provincia visigoda de los años cuatrocientos se llamaba así. Añadieron que se les escapó en el traslado, pero que al final lo pillaron en La Aldea el catorce de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho. Lo definitivo concluyó siendo que, fuese en Tolosa, Tortosa, L'Aldea o donde se les pusiera en la punta, lo machacaron a palos y puñetazos hasta que confesó quién era. Curiosamente, lo único que no reveló fue por qué demonios llevaba atado al cuerpo, por debajo de la ropa, un enorme trapo rojo.

En los interrogatorios, de tres días y hasta nueve horas seguidas, le hicieron mil perrerías. Bueno, precisó Cabrero dolido en sus carnes, era mejor decir que lo trituraron. Por eso, al final, cantó con lujo de matices. Nombres, fechas, lugares. Todo. Pero, tirando de un último suspiro de picardía, puso los detalles sobre los papeles manchados de sangre sin remordimientos porque estaba convencido de que lo

que revelaba ya había desaparecido. En algunos casos, precisó el Remedios a su alumna coyuntural de historia, sin querer, se equivocó totalmente. Pero ya le contaría.

La noche que precedió a su muerte, Cabrero y Miguel se comieron las uñas. El guerrillero sin nombre tuvo el valor de preguntarle cómo era eso del garrote vil, pero el extremeño prefirió no contárselo. «No lo sé exactamente», mintió. Y encogió el cuerpo sobre sus rodillas porque el frío se le metió en los huesos desde el astrágalo hasta el frontal.

En una ocasión, siendo adolescente, Miguel había visitado la cárcel antigua de Cáceres, la que destruyó el alcalde y diputado socialista Antonio Canales durante la República para construir otra moderna, higiénica, con agua corriente y luz eléctrica, en las afueras de la ciudad. Fue antes del treinta y cuatro y todavía seguía utilizándose la prisión de la calle Nidos, junto al hospital de la Piedad. Le llevó su padre aprovechando que había quedado para hacer negocios con el director. Para que aprendiera, le espetó secamente, lo dura que era la vida.

Ya solo con penetrar en el sórdido callejón de San Benito, camino de la puerta principal, se le congelaron la visión y el aire de los pulmones, el vacío del estómago, las magdalenas no digeridas y hasta la sangre de los testiculillos. Las celdas no tenían luz ni ventilación. Los pasillos mugrientos supuraban lamentos amargos y gritos desgarradores. Y allí, en medio del patio central, empedrado con cantos de río tan desaseados que escupían légamo seco, estaba el aparato de madera. Era una silla pegada a un poste de la estatura de un hombre. Tenía un agujero a la altura del cuello de un reo sentado. Y por esa ranura, supo después, se introducía el gran tornillo del que colgaba, suelto, el collar de hierro que ajustaban al cogote del ejecutable. El verdugo giraba el extremo aspado del cilindro, rematado por una bola, y apretaba la argolla hasta que estrangulaba al sentenciado.

Se suponía, matizó el Remedios tras asegurarse de que Alicia, como buena doctora, no hacía ascos a la descripción, que el remache del perno aplastaba el bulbo o rompía la cervical del condenado produciéndole la muerte inmediata por coma cerebral. Pero eso dependía de la fuerza del ejecutor y la resistencia del pescuezo del condenado. Por lo que, generalmente, la muerte llegaba por estrangulamiento. Y tardaba lo suyo. Que atendiese la anécdota que le iba a contar. En el cincuenta y ocho, por matar a cuatro personas, le dieron garrote vil a un famoso asesino de nombre tan largo como su capacidad de matar, José María Manuel Pablo de la Cruz Jarabo Pérez Morris. ¡Uf!, respiró. Y añadió: «Alumno del Pilar tenía que ser». El tipo tenía el cuello de un toro, pero su sayón, por el contrario, contenía la hechura de un macaco. Tardó veinticinco minutos en morir torturado como no se merecía nadie. Ni él.

¿Qué habría sido esa madrugada de Marcelino?, se preguntó Miguel, sobrecogido. Y prefirió no responderse. Pensó en su propia juventud, en todo lo vivido y por vivir que le quedaba. Y se abstrajo haciendo la cuenta de la edad que tenía el héroe muerto. Mil novecientos cuarenta y ocho por aquí, menos mil novecientos dieciocho por allá. Total, treinta.

—Pero ni eso —concluyó el Remedios. Y miró descompuesto a su sobrecogida admiradora como si pudiera huir del horror de las suposiciones echando mano de las cifras—. Todavía le faltaban unos pocos días —recalcó.

La trampa de las chapas

Fue cuando menos llamativo, comentó el Remedios cerrando los morros hacia fuera y meneando la cabeza como si asintiera a sus propias palabras, que el compañero de aquella pena nocturna nunca le dijera a Miguel cuál era su nombre. Al final, solo sabía que se hacía llamar Cabrero y que había combatido con el Ramos hasta que le dejó con una parte de su Grupo Especial Volante en la sierra del Teleno, para irse a liarla en la capital. De ahí, por razones de seguridad, le dijo que no podía pasar.

El Cambio se fio de él desde el principio porque le presentó una carta manuscrita del Coyote en la que le explicaba que su poseedor era de absoluta confianza y que, si algún día acudía a él, le acogiera como si se tratara de su propia persona. Supo que la misiva era auténtica porque el Ramos había rubricado el texto con una posdata, en clave, que solo ambos podían reconocer: «Invítalo a tomar algo en La Barra. De mi parte».

Miguel no supo si era un ex que tenía miedo, si lo hizo porque se debía a una severa clandestinidad que le exigían sus jefes o por ser, quizás, de una guerrilla que no controlaba el Pecé. Incluso llegó a pensar que era anarquista y como conocía el modo de encontrarlo, informado sin duda por el desaparecido Ramos, había conectado con él para intentar salvar al condenado.

El Cambio se quedó con las ganas. Pero ahí estuvo. Providencial en todos los sentidos. Y no solo esa noche especialmente dolorosa. También lo fue después dándole, antes de desaparecer para siempre, un contacto de fiar que, por razones personales, aclaró, podía llevarle hasta Cacabelos y dejarle en manos de la gente de Girón.

Se llamaba Paco y le apodaban el Carrera porque siempre andaba diciendo que se equivocó por no estudiar una carrera universitaria. De lo que fuera. Fue perfecto porque trabajaba de policía nacional, pero no le gustaba el oficio. Su padre, un sufrido comerciante de ultramarinos, le obligó a entrar en el cuerpo. Y ya se sabía. Como tantos progenitores, se empeñó en que su hijo fuera lo que él quiso y no pudo ser. No hubo nada que hablar. ¡Cualquiera le desobedecía! Pero mejor era eso que

nada, se había dicho Paco a sí mismo. Aunque, por si acaso, en respuesta a su bonhomía natural, llevaba siempre la pistola descargada. ¡Menos mal que los mandos no lo descubrieron nunca! Se le hubiese caído el pelo, ironizó el Remedios. A puñados.

El mejor amigo del Carrera era Rubén Pastrana, un cacabelense. «¿Cacaqué?», le interrumpió Alicia, casi echándose a reír. Y él se enfadó un poco. Que no se mofase, por favor, de la sonoridad del gentilicio. La gente de Cacabelos era famosa desde hacía siglos por su valentía y, lo más importante, por hacer siempre lo que se le antojaba. Valores a los que, con el tiempo, sumó los de su hospitalidad con los peregrinos, su reconocida laboriosidad y, sobre todo, la gran nobleza colectiva. O sea, que nada de risitas, niña. Que bien se merecían su respeto.

Alicia se excusó diciendo que no había podido evitarlo porque así, de primeras, la denominación le pareció escatológica. Pero tenía razón. Ella no era quién. Y se merecía el reproche.

Ya bienhumorado, el anciano adelantó el rostro hacia el de la muchacha y siguió explicándole que Paco era de un pueblo de La Cabrera leonesa, de Sigüeya, Encinedo o por ahí. Y por eso estudió el bachillerato en Ponferrada, con Rubén. Desde entonces eran amigos tan íntimos que hasta se contaban los secretos que no revelaban ni a sus propias esposas. ¡Para que viese!

Y pues eso, que la vida los llevó después a cada cual por donde quiso. Rubén acabó de telefonista en la centralita de su pueblo y Paco, como le había dicho, de policía destinado en León. Lo insólito fue que, por circunstancias de la vida, los guerrilleros del Bierzo habían fichado como enlace al cacabelense. «El ca ca be len se», repitió con retranca. Pero esa vez introdujo un guion invisible en la pronunciación separada de cada sílaba mientras apoyaba la barbilla en el pecho y observaba, con la mirada atravesada de un miura, los ojos impertérritos de Alicia.

Cuando Rubén, que era un hombre de principios, decidió colaborar discretamente con los de la montaña, mantuvo el tipo y no dudó en contárselo a Paco. Para su sorpresa, el policía le contestó, impávido, que ese secreto le traería más problemas que ocultar lo de la pistola sin balas. Pero se lo tomó con filosofía. Solo le rogó que le implicase lo menos posible. Por favor. O mejor, nada de nada.

Fue de chiste, pero resultó. Porque Rubén, que hasta físicamente parecía un duende, se las apañó para embrujar a Paco, quien hasta físicamente parecía un cura. Y consiguió que le ayudase. Pero con una condición. Que no se hiciesen preguntas. Porque, de ese modo, no tendrían que darse respuestas.

Fueron asuntos sencillos. La compra de cosas no relacionables directamente con las acciones armadas, unas llamadas telefónicas aparentemente tontas para avisar, por ejemplo, de que se cuidase de la tormenta que se avecinaba por la zona cuando iba a producirse una gran batida, ayudarle a establecer contactos que podrían ser considerados de trabajo. En fin, cosas así. Chorradas perfectamente justificables a los ojos de los demás por su reconocida relación de amistad.

Cuando acompañó al Cambio, aprovechando los permisos navideños, no era la primera vez que Paco llevaba un guerrillero. Aunque, como en los casos anteriores, solo supuso que lo era. Eso o algo parecido. Pero prefería no saberlo. Que, con cumplir, ya se ganaba el cielo. De modo que, cuando alguien le proponía viajar para ver al enlace, con la excusa que fuera, lo primero que hacía era llamar a su amigo. Y solo cuando este daba el visto bueno aprovechaba cualquier fin de semana y acompañaba al interesado hasta la capital de la uva mención.

Para que las repetidas visitas no resultasen sospechosas, y porque los cien kilómetros de viaje en autobús o en tren duraban tanto que las más veces se quedaba a dormir en Ponferrada, se acostumbró a viajar con su mujer. No tenían hijos y ella también era amiga de la esposa de Rubén desde que se conocieron en sus respectivas bodas. Pero, para evitar embrollos, aplicaba la táctica con una salvedad. Ella nunca le acompañaba cuando viajaba con alguien. Esa, decía, era la única manera de no comprometerla si pasaba algo malo.

En esa ocasión, Paco viajó en el coche de Miguel y le indicó el camino hasta la casa de Rubén. Era humilde, pero de doble planta. Y estaba al otro lado del río Cúa, algo más allá del puente romano por el que se cruzaba hacia la carretera de Galicia. El lugar era conocido en las enciclopedias, le dijo a su acompañante mientras lo atravesaban, porque allí los ingleses de la guerra de la Independencia se enfrentaron a quinientos húsares del mariscal Jean de Dieu Soult cuando se replegaban y uno de sus francotiradores, un tal Plunkett, pasó a la posteridad porque hirió mortalmente al general Colbert de un disparo certero en la cabeza. El británico llamó la atención no solo por su puntería, sino porque disparó desde casi doscientos metros de distancia. Se decía que el segundo de Soult había pecado de listo. Se paseó a pecho descubierto por la orilla que controlaban los franchutes porque los fusiles no alcanzaban entonces, por lo común, más de ochenta metros. Creyó que estaba lo suficientemente lejos como para que no le alcanzasen las bolas de plomo porque nadie le había informado de que los fusileros especializados del ejército de Moore disponían ya de los modernos fusiles que acababa de fabricar Ezekiel Baker, el prestigioso maestro armero de Whitechapel. ¡Menudo general!, comentó el puntilloso narrador. Seguro que, cuando se enteró Napoleón, cabreado, dijo de él que se lo había ganado a pulso. Por ignorante.

El Cambio no quiso exponer sus planes a Rubén hasta que Paco se volviese a León al día siguiente en el tren de cercanías. Y antes de que se fuese, tuvo el detalle de invitarlos a cenar en el mejor restaurante de Cacabelos que conociesen. Le habían dicho que donde mejor se comía era en el hospedaje Mediavilla, un poco más allá de la casa donde estaban, en la misma carretera de La Coruña. Pero si lo preferían, también le habían recomendado la Casa Peña de la calle Santa María. Al parecer, falló el Cambio, ambos restauraban los estómagos hambrientos con la mejor cocina popular y competían por el laurel de freír las mejores anguilas con pimientos del Bierzo.

A la señora de Rubén se le saltaron las lágrimas cuando rechazó el convite diciendo que tenía cosas que hacer. La mujer había soñado siempre con visitar un restaurante así, de esos de postín. Pero sabía perfectamente lo que hacía su marido y nunca quiso molestar ni correr el riesgo de meter la pata en sus reuniones. Rubén la animaba a participar, pero ella, siempre cuidadosa, prefería no entrar en detalles. En fin, comentó en esa ocasión fallida, debería seguir esperando otra oportunidad. ¡Con lo que le hubiera gustado tocar los manteles de hilo, astillar marisco y limpiarse los dedos en aquellas servilletas de banquete que solo alcanzaba a imaginar!

Ese día, además, la mujer demostró una vez más su desarrollada inteligencia femenina. Porque, en esos momentos, ignoraba el tipo de información que los de Ferradillo le acababan de pedir a su marido y no sabía que, para conseguirla, había ideado un plan sobre la marcha que le iba que ni peripintado para que no recayera ninguna sospecha sobre él. Conseguiría todos los datos yendo de la mano del bueno de Paco porque todo el mundo lo conocía como su amigo, el poli. Y, claro, ¿quién se iba a mosquear?

También Rubén, como su mujer, tuvo que hacer de tripas corazón, y nunca mejor dicho, cuando rechazó el succulento convite que le ofreció su visitante. Dijo que sí, que aceptaba el agasajo, pero irían a otro sitio más humilde que estaba al lado de la Casa Peña. Que más valía lo bueno conocido que lo mejor por conocer, disimuló. Porque a donde iban, La Bodega del Alcalde, no había frutos del mar, dijo sufriendo en secreto mientras sonreía. Pero daban raciones caseras y sorprendían al personal con recetas gastronómicas ancestrales. Ya le dirían cuando lo probasen. Se relamerían los dedos.

No quedó mal porque quiso el tiempo, templado esos días por el sol invernal, que le llevaran al dueño, fuera de temporada, unas hermosas setas de chopo. Cuando se sentaron en la parte trasera del local, mal iluminado por unas cuantas bombillas desnudas, pero resplandeciente gracias al acompañamiento de unos hachones de esparto y alquitrán que colgaban de las paredes, lo primero que pensó Miguel fue que Rubén lo había llevado allí por discreción, animado por la clandestinidad, no por el gusto de comer. Pero cuando le sacaron las setas de aperitivo, fritas en una sartén con pimientos picantes del Bierzo y grasa de cerdo, comprendió que el sitio elegido, con no pasar de tasca popular, era de lujo culinario.

De las barricas elaboradas con tablones de los robledales de la zona, sacaron un vino macerado, fresco y peleón, que se les subió a la cabeza, con celeridad culebrina, desde el segundo vaso. Pero, afortunadamente, el condumio taponó las ganas de soltar la lengua y solo acabaron hablando de fútbol y otros vicios populares, como si fueran miembros de una de esas peñas quinielísticas por entonces tan de moda. Las bandejas de mollejas guisadas, la cecina de chivo traída de la montaña, los callos con morro y el chorizo a la sidra conformaron un auténtico muro de contención. Además, impidieron que los sentidos les ahogaran la razón rebajando el vino entre platos con gaseosa La Rodríguez y botellines de Cola York, una marca berciana que la

mismísima Coca-Cola tuvo que eliminar más tarde en los tribunales, tirando de chequera, porque competía con ella en calidad. De hecho, el único improprio que se oyó fue uno que se le escapó al devoto Paco cuando arremetió contra los curas por el sacrilegio de haber permitido que se siguiera viendo, nada menos que en el ala norte del crucero del santuario de la Quinta Angustia, el relieve del niño Jesús jugando a las cartas con san Antonio de Padua. Era para no creérselo, exclamó indignado. ¡El hijo de Dios jugando a las cartas, entregándole un cuatro de bastos al santo a cambio de un cinco de oros! Y los peregrinos del camino de Santiago pasando todo el año por allí. ¡Menuda vergüenza!

Menos mal que el bueno de Paco, contó Rubén al Cambio al día siguiente, no sabía que en La Bodega del Alcalde se jugaba clandestinamente a las ilegalizadas chapas. Y no solo en Semana Santa, cuando las autoridades hacían la vista gorda. ¡Qué va! Se organizabanorros todo el año. A veces, de cientos de miles de pesetas. ¡La rehostia! Y jugaba todo Dios. No solo los ricos o los pudientes de las fuerzas vivas del pueblo, no. Lo hacía la gente normal, la de a pie. Los tenderos, los funcionarios, los profesionales de todos los gremios, los mineros e incluso los labriegos con cuatro perras que gastar. ¡Hasta los guardias civiles cuando estaban fuera de servicio!

Miguel había oído algo del asunto porque el Ramos estuvo tentado de atracar a un comerciante que ganó casi trescientas mil pesetas jugando día y noche, sin parar. Pero no había entendido muy bien de qué iba. Rubén se rio. Era lo más elemental del mundo. Tiró de bolsillo y sacó dos desgastadas monedas de diez céntimos en las que se habían grabado, por un lado, el rostro del joven Alfonso Doce, ya casi borrado, y, por el otro, su escudo de rey constitucional de España. Eran iguales que las de los duros de plata con su rostro de niño, pero acuñadas en bronce. Todavía se apreciaban los desgastados números del año mil ochocientos setenta y ocho. Se las acababan de dejar los guerrilleros, ya le diría más tarde por qué, junto a otras dos piezas del mismo año y tamaño, también válidas para las partidas, en las que un león rampante, apoyado en un escudo real, sustituía la cara del monarca.

En ese juego se apostaba, sencillamente, a cara o cruz. El empate a dos no valía. Ganaban el rostro o el escudo por tres a uno o cuatro a cero. A pelo. Sin sofisticaciones. Y, como se jugaba sobre piedras alisadas o baldosas, el canto era imposible. De manera que lo único que decidía era la suerte en racha.

El telefonista también había jugado lo suyo. Pero siempre muy poco dinero. Para perder unas perras chicas si las cosas iban mal, como de costumbre, o sacar unas perras gordas en el mejor de los casos. Tenía que imaginarse el placer que suponía arrojar al aire las cuatro monedas y escuchar su tintineo y el ritmo vertiginoso de la danza final que precedía al desplome sobre las losetas.

Lo malo, dijo Rubén, era el veneno de la avaricia ciega que convertía en vicio el ansia de apostar. Lo difícil era saber parar cuando se estaba en racha, tanto si se iba ganando como si se perdía. Por eso había tantas pendencies y, algunas veces,

desgracias irreparables. Sobre todo cuando se juntaban profesionales con los duros necesarios para aguantar y acaudalados que acostumbraban a jugarse hasta su patrimonio. O cuando mediaban los mineros. Habitualmente, los de la montaña, los que picaban por donde Tremor de Arriba y otros pueblos parecidos. Pero, sobre todo, los que robaban volframio. Porque, aunque el wólfram ya no se pagaba igual que cuando lo extraían los alemanes durante la guerra mundial, seguía siendo el oro negro del Bierzo, La Cabrera y algunas sierras orensanas. Ponferrada ya no era California, desde luego. Pero aún seguía siendo un referente de la depravación, el mejor sitio de la zona para satisfacer hasta las más selectas sinvergonzonerías.

Gracias a la cena, acabó explicando el telefonista, había cumplido de la mejor manera un encargo de Girón. Uno de sus hombres, el Toño, le había pedido hacía unos días que controlase La Bodega del Alcalde porque se habían enterado de que se estaba montando una partida selecta, de órdago, con gente de muchas pelás. Habían decidido sorprenderlos y atracarlos por la noche. Y ese día, añadió con recochineo, no habría ganadores. Perderían todos.

La trastada fue que la partida solo era una trampa organizada por el comandante de la Guardia Civil de la zona de Ponferrada, Miguel Arricivita. De manera que hubo chapas. Y dinero. Pero de contribuyentes. Porque los demás, los jugadores, eran miembros de una contrapartida comandada por el temido sargento Ferreras. Algunos iban disfrazados de gente adinerada de la ciudad y el campo y dieron el pego perfectamente mientras jugaban la partida rodeados de falangistas de paisano que figuraban como presuntos curiosos. A sus pies, junto a sus sillas de enea, habían dejado fajos de billetes de cinco, veinticinco y cien pesetas. Despreciaron los de una y dos pelás, detalló el Remedios, para dar la sensación de que la partida era gorda. Los utilizaron para apostar apasionadamente. Tanto que algunos, en la ensoñación del vicio, olvidando que sería devuelto a la Comandancia, lo hacían de veras e incluso se cabreaban cuando perdían.

La contrapartida vigilaba las dos entradas de la taberna y tres de sus miembros cubrían, por si acaso, la barra y al cantinero, quien puso esa condición para aceptar la farsa. Lo hizo más obligado que otra cosa. Y se le notó tanto que los dos hombres pendientes de él parecían estar más atentos a vigilarlo que a protegerle. Pero no porque no se fiaran de sus nervios. Que tampoco. Era porque sabían que la gente del pueblo simpatizaba o temía al jefe de los guerrilleros de la comarca e ignoraban a qué atenerse con el tabernero. Aunque, en cualquier caso, tenían órdenes precisas de lo que debían hacer si el hombre se pasaba de listo.

Manuel Girón, «el León de Salas» al que nunca herían las balas, como le cantaba el pueblo, había dejado que fuera el ponferradino Antonio Criado, «el Toño», quien se encargara de la operación porque conocía muy bien las callejuelas de Cacabelos. Rubén, por evidentes razones de seguridad, debía quedarse en casa o estar visible en un sitio público cuando ocurrieran los hechos. Y si el cabecilla aceptó en el grupo a Miguel sin reparo ninguno fue porque se había informado de antemano sobre él. Y

sabía, de sobras, que era completamente de fiar.

Cuando el extremeño conoció al Toño pocas horas antes del asalto, comprendió perfectamente por qué el guerrillero de La Valdueza confiaba plenamente en él, aunque solo era un muchacho. Además de adorarle como líder, el chaval predicaba su lealtad hasta por las pintas. Era un combatiente excepcional que presumía de ser más berciano que Luis del Olmo. Tanto que, desde que lo probó de chico en la bodega del tío Eladio del Prado, un enlace zamorano de Ayoó de Vidriales que fermentaba la Mencía como nadie en sus barricas de Cacabelos, fardaba de trasegar con deleite el que consideraba mejor caldo del mundo. El de chivato.

El Remedios meneó la cabeza como diciendo ya sé y miró su vaso vacío, sonriendo. Antes de que le preguntase, se lo explicó rápidamente a su desconcertada acompañante. Que prestara atención. Otro periodista parlamentario de la peña del Manolo, Luis Carlos Ramírez, natural de Valdepeñas, le contó que en su pueblo, durante la guerra de la Independencia, los guerrilleros metían a los soldados franceses que mataban en las barricas llenas de mosto de las bodegas. Los cuerpos desaparecían y, a la vez, producían un morapio delicioso. Y era eso mismo. Que en el Bierzo hacían con los chivatos lo que en las estribaciones manchegas de Sierra Morena con los franchutes de la Guardia Republicana Imperial, los guiris que los llamaban. Echaban sus cadáveres dentro de los toneles de roble y no quedaban ni los huesos. Del vino, qué le iba a contar. Estaba más rico que cuando echaban al trullo unos huesos de jamón.

El Toño era un berciano tan auténtico que proclamaba a gritos sus raíces celtas. Tenía el pelo tan rubio, los ojos tan azules y la piel tan edulcorada y translúcida que parecía salido de aquellas reproducciones pictóricas en las que los irlandeses estampaban las figuras de sus guerreros mitológicos, los seguidores del legendario Fionn Mac Cumhaill. Y hablaba tan bien el gallego, como tantos de su tierra berciana, que le fue al pelo a Girón para tratar con los orensanos cuando viajaba más allá de la sierra del Eje. O del Exe, que decía él. Aunque de pueblo hasta las cachas, todo un lujo. Y de tronío, remató el Remedios.

Su carácter le ayudó mucho en aquella ocasión. El chaval era tan inocentemente crédulo que se había visto obligado, en ese curso acelerado que diploma la muerte, a desconfiar de todos y de todo. Por eso, cuando ya estaban listos para la acción, aprovechó la encopetada presencia de Miguel para hacer una cata previa de la taberna. El extremeño penetró en la bodega por la puerta principal, la que estaba situada al fondo de un patio con pozo y emparrados yermos cuya verja daba a la calle. Y lo hizo sin armas.

Dio las buenas tardes, se dirigió al mostrador y pidió un *brandy*. El más caro que tuviese, por favor, dijo al bodeguero. Y se lo bebió de un trago. «Otro, por favor», repitió. Y, mientras se lo ponía, echó una ojeada general. Era todo demasiado normalito y, al tiempo, estaban todos demasiado pendientes de él. Se mosqueó.

—¿Qué, de partida? —preguntó.

—Ya ve —respondió el cantinero.

Iba a consultar si era posible participar cuando uno de los presentes se dirigió hacia él y le interrogó con la mirada aviesa y la voz arisca. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí, si se podía saber?, interpeló con una entonación injustificadamente desabrida. Nada, nada, respondió. Que se había enterado de que por allí se jugaba a las chapas y había ido a mirar. Pero si molestaba...

El de la voz cantante le dijo que no era que molestase exactamente, pero que sería mejor que se fuese por donde había venido. Y Miguel se volvió hacia el cantinero, le interrogó con la mirada y el hombre, con ojos asustados e inquietos, le respondió que sí, que sería lo más conveniente. Y si no le importaba, añadió, que lo hiciera por detrás, por la puerta trasera que daba a la calle de Santa María y sus casonas barrocas.

Sin querer, el dispensero le hizo un favor porque allí se encontraba el grueso de la partida. Los guerrilleros estaban escondidos en los soportales de los edificios blasonados de la calle medieval y se dispersaban por las traseras serpenteantes de la cercana iglesia parroquial. En la puerta delantera por la que entró, en cambio, solo estaban, escondidos fuera del patio, un par de guerrilleros que el Toño había situado para cubrir la retaguardia después del asalto.

Miguel se ajustó la chaqueta y el abrigo que se había desabrochado ostentosamente para demostrar que no iba armado y se despidió simulando cobardía. Observó que junto a la puerta, en el interior, había dos hombres armados a los que se les veían, por debajo de las gabardinas, los cañones de los naranjeros que también usaba la Guardia Civil. Lo entendió todo. Salió como una bala de cañón y bordeó el ábside románico de la iglesia hasta el pórtico de entrada, donde había quedado con el Toño. El muchacho apoyaba la espalda en la pared del óculo del tímpano de la portada, donde se guardaba la talla de una Virgen medieval. El local estaba plagado de guardias, dijo entrecortando la respiración. Había que aprovechar que la noche invernal se echaba encima como una catarata para salir pitando, añadió imponiéndose al sofoco. Y el Toño no lo dudó un segundo. Agrupó a sus hombres y los llevó, encolados a los muros de las callejuelas, hasta el puente del río. No sin antes recoger, por supuesto, a los dos guerrilleros emplazados en la entrada de la bodega. Les avisó con un ladrido humano tan perruno, comentó Miguel admirado, que ni siquiera levantó la sospecha de los guardias.

Miguel se bautizó con un fracaso. Pero estaba contento porque había comprobado que los de Ferradillo eran gente seria, disciplinada y madura. Y lo mejor. Que a pesar de las desgracias sufridas, seguían luchando por ideas, no solo para garantizar la supervivencia. Así que, de momento, decidió acompañarlos y le pidió al Toño que lo llevara con él a donde fuesen.

El ponferradino le sorprendió gratamente cuando le dijo que tenían que dirigirse a la Ciudad de la Selva, donde se suponía que debían llevar el dinero del atraco fallido. El extremeño había oído hablar de ese mítico refugio guerrillero, organizado como un auténtico campamento fijo, en el que los mandos diseñaban las acciones de guerra,

elegían los comandos que las llevarían a cabo y distribuían los pertrechos y los víveres necesarios. Estaba todo tan bien organizado que, para que Alicia se hiciera una idea, dijo el Remedios, fue allí donde Girón aprendió a leer y escribir aprovechando los horarios de escuela que se establecieron para los analfabetos.

El Ramos le había contado que la Ciudad de la Selva era la capital simbólica de un pedazo liberado de la República donde todavía ondeaba la bandera tricolor. Por eso, añadió, no había manera de que se mitigase, ni siquiera levemente, el acoso encabronado de las autoridades. La Guardia Civil conocía su existencia, pero no sabía dónde estaba. Y no podía hacer nada. Al que más le obsesionaba acabar con el refugio fue al comandante Arricivita, quien había empezado a perseguir a los guerrilleros hasta los confines de la sierra del Eje y más allá. Incluso llegó al extremo de invadir un territorio orensano que no era de su jurisdicción. «Estuvo jodido mucho tiempo, soñando con quemar esa bandera», comentó el Toño.

Lo que le contó el ponferradino era bonito. Claro. Pero no era verdad. La Ciudad de la Selva ya no existía como tal porque los picoletos la descubrieron en el cuarenta y seis gracias a un chivatazo. Sí era cierto, en cambio, que, pasado el tiempo, la guerrilla había vuelto a vivaquear allí en ocasiones porque estaba situada en el *teixidal* de Casaio, muy cerca de las minas de wólfram alemanas que, tras finalizar la guerra mundial, seguía explotando una empresa española.

El viaje, a pie, fue tortuoso. Sobre todo porque en el Campo de las Danzas de los montes Aquilanos, también conocido popularmente como el de las Meigas porque se decía que las brujas bailaban allí sus aquelarres desde tiempo inmemorial, una pareja de la Guardia Civil los descubrió y mató a un guerrillero disparando una ráfaga de ametralladora. Los números aprovecharon que una niebla densa impedía localizar su posición y no pudieron responder como querían. Tragaron saliva amarga y huyeron como pudieron.

Además, era invierno y, al final, tuvieron que bajar de La Cabrera hacia la mina de Valborraz para después, subiendo y descendiendo cuevas empinadas, cubiertas de nieve, acceder, rendidos, al tejedal gallego. El flujo de los arroyos había templado el aire y repollaban la hierba y los musgos de sus orillas. Pero sufrieron lo suyo porque ni sus pasamontañas ni los jerséis de lana gruesa, los trajes de pana remendados que embutían con bufandas y tabardos eran suficientes para contener la brisa helada que los envolvía cuando llegaba la noche.

Miguel contó al Remedios que jamás había visto un bosque igual. Cuando alcanzaron el arroyo de Penedo, se quedó boquiabierto. Tenía delante de sí unos tejos centenarios, enraizados en las grietas de las pizarras y el granito, con troncos de colores rojizos de cuyas ramas aún colgaban algunas hojas intensamente verdes. Siguiendo el sendero de la orilla vio cómo se mezclaban con multitud de acebos un puñado de hayas, fresnos y enormes robles aislados que recubrían unos líquenes gelatinosos, azules y transparentes.

Andaba extasiado cuando se dio de bruces con las chozas y las tiendas de

campana. Había algunas paredes fabricadas con piedras, pero estaban medio demolidas y renegridas a la altura de los techos que las contrapartidas habían incendiado años atrás. También seguía colocada una pequeña bandera republicana que alguien había dejado allí hacía poco. Ondeaba, discretamente, sobre una pequeña estaca de dos metros.

El Toño rebobinó. Ya no era el refugio secreto que fue. Se utilizaba, pero solo para encuentros de paso. Por si los móviles o las contrapartidas. ¡Malos tiempos!, dijo mirándole apenado. Demasiados chivatos desde que llegó Arricivita y cambió el modo de combatirlos.

El Quico, ya le conocería, un joven comunista de verdad, valiente hasta más allá de decir basta y, sobre todo, un tipo listo como él solo, le explicó que el Arricivita ese se las haría pasar canutas porque llevó al monte el palo y la zanahoria. Contó que el comandante fue a Ponferrada, enviado por el teniente coronel Varela, y se encargó del sector en el cuarenta y siete. Sabía que los enlaces estaban desmoralizados por las derrotas, desesperados. Y ofrecía salidas bien pagadas, de hasta cincuenta mil pesetas de las de entonces, a los que colaboraban con él. Un dineral. Al tiempo, el muy cabrón machacaba, torturándolos brutalmente, a los que se resistían a cantar. Fue muy astuto, sin duda. Hizo que su estrategia se conociese en todos los pueblos de los montes Aquilanos y de La Cabrera. Quería que se supiera bien sabida, comentó el Toño apretando con fuerza los puños. Y fue demoledor.

El Cambio tuvo la tentación de quedarse con ellos y llegó a decírselo al Toño. Pero aún seguía dudando si aguantar en la guerrilla hasta el final, fuera el que fuese, o huir al Perú. Quizás a Francia, donde suponía que estaría Libertad. Ante la duda, pensando en irse a Madrid más temprano que tarde, optó por quedarse a trabajar, de momento, en las minas de ahí al lado, las del wólfam de Valborraz, junto a Casaio. Allí nadie preguntaba a nadie de dónde venía y cualquiera podía hacerse con una buena cantidad de dinero fácil. Además, sabía que los restos de la extinta Federación Guerrillera de León y Galicia, pilotados por Girón, habitaban la zona. Y pensó que siempre podría acudir a ellos si los necesitaba. O ir con ellos si eran ellos los que le necesitaban. Que nunca se sabía.

El oro negro de los nazis

Las minas de wolframio seguían funcionando como si la guerra mundial no hubiese terminado. Se notaba, contó Miguel al Remedios, que los nuevos dueños habían cuidado bien los viejos edificios que habitaron los ingenieros alemanes porque seguían ocupándolos los directores de empresa, los administrativos y los capataces de la mina. En cambio, los barracones de los curritos, situados en la otra orilla del río, aparecían desconchados a tramos y desnudos de cal. Era como si formaran parte del desportillado pabellón industrial en el que seleccionaban el tungsteno desbrozando los minerales que llegaban de las galerías.

A él, como ayudante de contable, le albergaron en uno de los buenos. Y, al principio, no se lo creyó. Los aposentos tenían camas de un metro de ancho, una mesa que servía de estudio, armarios empotrados y, que alucinase la vecina, cuartos de baño con las paredes revestidas de azulejos blancos. ¡Era la repera! ¡Si hasta había calderas para el agua corriente! Porque el complejo, aunque estaba perdido entre bosques enmarañados y peñas escabrosas, tenía su propio generador. Y una dinamo de proporciones mayestáticas. ¡Había que verlo para creerlo!

Nada más conseguir el trabajo en las oficinas gracias a la espléndida documentación falsa que llevaba entró en contacto, de inmediato, con algunos expresos antifranquistas cuyos nombres le había dado Rubén. Eran los supervivientes de los más de seiscientos combatientes que sufrieron allí, durante la posguerra, trabajos forzados de palo y tentetieso. Luego, los empresarios privados que se quedaron con la producción para vender el material a los norteamericanos mientras duró la guerra de Corea aprovecharon su experiencia y los contrataron por salarios de miseria. Y ahí seguían. Legalmente libres. Pero esclavos del hambre.

Fueron ellos los que le detallaron la terrible historia de las minas de Valborraz. Los primeros que las explotaron, en el diecisiete del veinte, fueron los belgas. Más tarde, veinte años después, los nazis se hicieron con ellas. Y que se riera, le dijeron, de las perrerías que los franquistas les hicieron a los del Valle de los Caídos. Los militares alemanes se comportaban mucho peor que los españoles, lo que ya era decir.

En menos que cacareaba una gallina clueca, le pegaban un tiro a cualquiera que les alzase la mirada, recordó un campesino cenetista. Y, además de matarlos de hambre, les hacían trabajar jornadas intensivas, aunque la nieve cubriese los raíles de las vagonetas que empujaban desde las bocas de las galerías hasta el lavadero y las escombreras. Y sin guantes. Que los dedos, al contacto con el metal, se les congelaban. Y las yemas se les despellejaban a tiras. Solo de pensarlo, concluyó diciendo el anarquista, se le *repelizaba* todo el cuerpo.

Para el año que llegó Miguel, el trabajo ya no era como fue. Pero en el comportamiento de los habitantes aún quedaban retazos psicológicos de lo que había sido la vida en Valborraz. Para que lo entendiese, describió el anciano, fue algo parecido al Oeste americano de los buscadores de oro que recreaban las películas de vaqueros. Porque, además de los presos que curraban como mineros, muchos paisanos registraron pequeñas minas y picaron con la pistola al cinto. Incluso defendieron a tiros su wólfam o robaron a los demás, también a tiros, cuando vieron la ocasión. Que fue, sobre todo, puntualizó el Remedios, en la fase final de la segunda gran guerra, cuando más valía el mineral.

Todo empezó antes del conflicto, cuando los germanos descubrieron que la aleación del tungsteno con el acero fortalecía el blindaje de sus tanques e impedía que se recalentasen los cañones tras dispararlos repetidamente. Más tarde avanzaron en su investigación y aplicaron una mezcla más sofisticada a los V-1 y V-2 con los que Hitler bombardeaba Londres. Los ingleses ignoraban esa utilidad, pero sospechaban la importancia del metal por el exagerado interés de sus enemigos. De ahí que optaran por comprar todo el volframio que podían arrebatarles a las tropas del Führer. Y, como desconocían el modo de emplearlo, se limitaban a tirarlo a la ría de Vigo clandestinamente. Sin más.

El duelo fue tal que la zona se llenó de agentes secretos de uno y otro bando. Y eso favoreció a los guerrilleros porque los ingleses decidieron ayudarlos. No mucho, todo había que decirlo. En realidad, estaban más a lo suyo que a lo de España, como demostraron con la estúpida neutralidad anterior y posterior a nuestra guerra. Pero, cuando menos, dio origen a ejemplos excepcionales como el del ingeniero y diplomático Alexander Easton, «el Inglés». Llevaba años viviendo en Carracedo del Monasterio, cerca de Cacabelos y, durante la guerra mundial, le fichó el Special Operations Executive que había creado Winston Churchill para hacer espionaje, sabotajes y tareas de reconocimiento del terreno que ocupaban los nazis o sus aliados. Le convirtieron en el agente V.300, le encargaron ejercer de enlace con la Federación de Guerrillas galaico-leonesas y hasta le nombraron mensajero oficial entre la embajada británica de Madrid y su consulado en Vigo. El fichaje respondió, sobre todo, a la batalla del wólfam. Y bien que hizo informes detallados sobre la producción de las minas de Casaio. Pero el inglés era una buena persona y, ayudado por su esposa Maude, conocida familiarmente como Amor, que por algo sería, se volcó en favor de los guerrilleros.

El Toño explicó a Miguel que iba a lo suyo, sí, pero también a lo de todos los antifascistas. Por eso, además de llamarle el Inglés, los luchadores republicanos le decían el Amigo. Y con razón. Porque su ayuda era proverbial. Hacía mapas topográficos de la región, regalaba radios para que los perseguidos oyeran a Dolores Ibárruri en la Pirenaica, que entonces emitía desde Moscú, y hasta compró una multicopista para imprimir *El Guerrillero*. Llegó al extremo de construir en su casa de campo dos habitaciones que utilizaba como escondites e incluso como ambulatorio. Y fue de ver la coordinación que mantuvo con dos colaboradores de Cacabelos extraordinariamente valientes, el doctor Genadio y el practicante don Ángel Basante, personas más de bien que de izquierdas.

El Toño añadió que Easton quiso hacer una ruta de conexión entre León y Ponferrada para ayudar a escapar a los espías, huidos y maquis que querían atravesar la zona hacia Galicia o Portugal. El maquinista de un tren de mercancías y un guarda de la estación de la capital leonesa se ofrecieron a colaborar y él había previsto que los guerrilleros bercianos condujeran a los viajeros hasta Vinhais atravesando las montañas. Pero el plan se fue al garete sin que nadie supiera por qué. Y ya veía. ¡Con los sacrificios que esa ruta le hubiera ahorrado al bueno de Rubén y lo bien que le hubiera venido a él para salvar tantos peligros!

Lo más triste fue algo que no podía ni imaginar, deploró. El Inglés siguió guardando su secreto después de acabada la guerra mundial hasta... ¿a que no sabía qué? Pues hasta que pillaron a Marcelino de la Parra, le torturaron y le denunció. ¡Qué no le harían al roblano para que se viera obligado a traicionarle! Pero seguro que el anarquista pensó que, restaurada la paz en el mundo, no le pasaría nada. Erró de pleno. Le arrestaron y lo expulsaron en breve del país solo hacía unos meses. Poco después, la policía escoltó a su esposa hasta el puerto de Vigo y la obligó a dejar España. Nunca volvieron. El Remedios remató la crónica testimoniando que, por lo menos, falleció con la satisfacción de sobrevivir a Franco. Solo aguantó unos días más que el dictador. Pero la familia dijo que murió contento.

El anciano sorbió la taza de chocolate y miró risueño a la muchacha. Pero enseguida modificó la expresión por otra tan inquieta como desasosegante. A mediados de febrero del cuarenta y nueve, siguió relatando, el Toño acompañó a Miguel hasta el camino de guijos y gravilla que conducía al campamento minero y se despidió, emocionado, dándole un abrazo y un beso en la mejilla. Como si le conociera de toda la vida. No echó a llorar por un pellizco de vergüenza machota, se figuró el Remedios mientras acentuaba intencionadamente el adjetivo.

Ambos creyeron entonces que no volverían a verse. Pero solo tardó tres semanas en regresar hasta una choza próxima a la mina para contarle que se había producido una terrible desgracia. Habían matado al Girón cerca de un pueblín pegado a Vega de Espinareda que se llamaba Oceró. Fue a decírselo porque muchos guerrilleros decidieron irse a Francia, desmoralizados. Y se había acercado por si él también pensaba tomar las de Villadiego. Pero para convencerle de que no lo hiciera.

Lo jodido, agregó, fue que esa vez era verdad. Y lo dijo, afligido, ocultando el rostro a la tenue luz del guizo.

—¿El guizo? —volvió a interesarse Alicia.

Sí, el guizo, respondió el Remedios, atorado. ¡Ah, claro! Ella no sabía... Era una vara de brezo que se encajaba en la cadena del perolo que los cabreireses colgaban de la chimenea. Y la encendían por sus dos extremos para iluminar la estancia. Porque, aclaró, en las chozas no había electricidad, y cuando llegaban los guerrilleros se apagaban hasta los rescoldos de la hoguera para no llamar la atención en las noches cerradas. Gracias a ese ancestral remedio, concluyó, podían verse las caras levemente enrojecidas mientras comían y vigilaban las armas que tenían siempre a mano. Por si los beneméritos.

Lo que acababa de ocurrir no tenía nada que ver con lo del cuarenta y uno, cuando la Guardia Civil certificó que un médico había matado a Girón en Castropodame al defenderse de un intento de atraco a su vivienda. Ya entonces, para que dejaran de perseguirlo, su hermana Benigna lo identificó en falso. Tampoco se parecía a lo que pasó, cinco años más tarde, el día que su grupo se enfrentó a un montón de guardias en el paraje de Peñas Blancas, por la parte de Zamora. Las autoridades afirmaron que una bomba de piña le estalló en las manos cuando se disponía a tirarla contra las fuerzas del orden. En esa ocasión, el equívoco lo provocó un fotógrafo de Puebla de Sanabria que hizo una mala instantánea de su presunto cadáver.

El Toño estaba convencido de que, a la tercera, había llegado la vencida. Y que Arricivita andaría celebrándolo con champán. Sobre todo porque fue él quien montó, personalmente, el servicio de apostadero de Monte Castellanos, donde ejecutó la trampa. Consiguió acabar con dos de los combatientes. Y estaba convencido de que por fin lo había cazado, de que uno de ellos era el mismísimo Girón. El ponferradino había oído decir que la Benemérita acudió de nuevo a la familia para que reconociese al fiambre. Pero que, como ya no se fiaban de su hermana, también habían llevado al tanatorio a un agricultor de su pueblo, afecto al Régimen, para que autentificase la identidad de su convecino. Por eso pensaba que la noticia iba en serio. Y que esa vez, sí que sí, se lo habían cargado de verdad.

Además, el dato lo habían confirmado, cada uno por su lado, tanto el *Diario de León* como el *Mundo Obrero*. El periódico de la capital leonesa informó detalladamente de la muerte de quien calificaba como el bandolero de instintos más sanguinarios de todos los que actuaban por los montes leoneses y destacó que la Guardia Civil le consideraba el jefe de las partidas de forajidos del Bierzo. También le atribuyó treinta crímenes y numerosos atracos a mano armada. *Mundo Obrero*, en cambio, lloró al héroe muerto y clamó venganza.

Miguel tardó lo suyo en saber que Girón seguía vivito y disparando. Benigna, tan valiente como su hermano, volvió a engañar a los de Arricivita y el franquista de Salas, que hacía mucho que no veía a su vecino, prefirió no complicarse la vida y

reconoció la falsa identidad del fallecido.

La coña fue que el de Salas había estado en el tiroteo y consiguió huir hasta su refugio en el pueblo cabreirés de Encinedo. Y, oculto en la casa de don Francisco, el viejo cura que escondía durante largas temporadas a su compañera, la sufrida Alida González, le llegó el diario en el que las autoridades informaban de su muerte. Ese día se alegró sobremanera por haber aprendido a leer y escribir en el monte. ¡Rediós!, comentó el Remedios. ¡Qué bien le sentó la noticia! Especialmente cuando se enteró de que, por el servicio, le habían dado al comandante una cruz pensionada con el diez por ciento de su sueldo. ¡Menudo berrinche se iba a pillar cuando se enterase!

Se lo había contado todo Francisco Martínez, «Quico», un compañero del León del Bierzo, durante aquellas jornadas madrileñas sobre la guerrilla antifranquista en que el historiador cacereño Julián Chaves le informó sobre el Francés. Seguro que Chaves le sonaba, aseveró como si le preguntase. Y Alicia respondió que sí, que se acordaba perfectamente. Pues bien, añadió, ese día fue muy importante para él porque conoció personalmente al último superviviente de la partida de Girón, pero también porque dedujo que Miguel descubrió en persona que seguía vivo.

Asistiendo a las jornadas, el Remedios se había tomado unos refrescos con el Quico gracias a una mujer resuelta y maternal que organizaba el acto, la fundadora de la primera asociación de la memoria histórica, que se llamaba Archivo Guerra y Exilio, en la que se agrupaban los últimos guerrilleros, casi todos los viejos brigadistas internacionales y multitud de historiadores y archiveros que pretendían mantener viva la memoria de los combatientes antifranquistas. Se llamaba Dolores Cabra. Quería que Alicia supiera que esa mujer le cayó muy bien. Y a simple vista. Quizás porque, aclaró, le sedujo su mirada azul. Era tan transparente, tan sincera, elogió, que competía con la dulzura de su sonrisa. Bueno, insistió poético, o porque tenía el rostro de un ángel curtido en lunas. En cualquier caso, había sido muy maja. Y lo demostró atendiéndole con cariño. Aunque no le conocía, apreció su interés y fue ella la que le pidió al guerrillero que hablara con él. ¡Bendita mujer!, justipreció.

Apurando su primera caña helada, el curioso narrador de esta historia le preguntó al Quico si sabía quién era el Cambio. Pero el hombre de Cabañas Raras, el compañero hasta la muerte de Manuel Girón, no recordaba haberle conocido. Ni siquiera había escuchado hablar de él. Entonces, él, el Remedios, le aseguró que sí, que por fuerza tenía que haberle visto. Y en persona. Era más. Su amigo le había contado que nunca olvidó la primera y única vez que estuvo con él porque fue cuando se enteró, viéndole a su lado, de que Girón seguía vivo. Claro que en la situación que estaban, rebobinó el Remedios, las circunstancias podían explicar perfectamente por qué el berciano no había reparado en su amigo. Después de todo, el encuentro se había producido cuando Girón y su grupo se apoderaron de las minas de Casaio. El Cambio, añadió el anciano, trabajaba en las oficinas y ayudaba a la guerrilla y al Pecé. Pero, posiblemente, para él solo fue uno más de los muchos curritos que asistieron a la comilona que dio Girón para celebrar el éxito de haberse hecho con el

control del campamento sin pegar un tiro.

El Quico removi6 sobre la silla de pl6stico su cuerpecillo menudo y fibroso. ¡Claro!, exclam6. En medio de la jarana, debió de ser, sí, un rostro más de aquellos que se reían por debajo del sobaco. Seguro, aadi6 como exculpándose, que el Cambiao era un valiente. Como todos los enlaces. Como todos aquellos combatientes silenciosos que se jugaron la vida desarmados. «Eso y más», elucid6 el Remedios. Y proclam6 altilocuente: «Fue todo un Invisible».

Pues sí, Alicia. El Cambiao supo en persona, por casualidad, que Gir6n seguía vivo. «Fue la rehostia en verso», resumi6 el Remedios mientras sostenía la taza caliente entre las manos. Adem6s del Quico, formaban parte del comando que tom6 la mina diez hombres más. Entre ellos, dos aut6nticos amigos personales, el intrépido Silverio Yebra, «el Atravesado», y el resuelto Manolo Zapico, alias «el Asturiano», un joven resuelto que ya a los quince años se hizo del Pecé en las minas de Sama de Langreo. Asaltaron la explotaci6n de Casaio para vengarse de la Remedios, una colaboradora cuya traici6n había llevado a la muerte, en el cuarenta y cinco, a Valentín García. La muy desgraciada se enamor6 de un cuerniverde, cant6 el «*na te pío*» y, por su grandísima culpa de grandísima pe, que dijo el relator, cazaron al guerrillero en un pueblo portugués colindante con Orense. Valentín era muy querido y a los de Ferradillo les doli6 mucho saber que, después de matar a ocho perseguidores, entre policías españoles y guardiñas portuguesas, se había suicidado por no encontrar escape. Nunca le olvidaron. Y cuando supieron que la mala pécora había vuelto de Madrid, desengañada de sus amoríos con el poli, y se enteraron de que acudiría a la mina para robar wolframio porque su amante la dej6 tirada sin un duro, resolvieron capturarla, juzgarla delante de todos los trabajadores y ejecutarla allí mismo.

No tuvieron la oportunidad porque la esperaron en la boca de la galería por la que pensaban que iba a salir de coger el mineral y, sin saber por qué, se fue por otro lado. Pero, como ya estaban allí, decidieron convertir el asalto en un acto de propaganda. Tomaron el economato, repartieron los víveres y, de paso, se pegaron una comilona de todos padres y muy señores suyos.

Miguel mantenía grabada en su memoria la soflama que soltó el Quico cuando acab6 el jaleo. Nunca olvid6 la estampa guerrillera que dibuj6 sobre la mesa de oficina a la que se aup6. Aquella gabardina a lo Humphrey Bogart que habían agujereado al vuelo unos balazos afortunadamente despistados, la agitaci6n del puño en alto que aferraba el máuser, la exposici6n precisa de las ideas. Les areng6 con voz vibrante, señalando a menudo al compañoero Gir6n para ponerlo como ejemplo de luchador incansable. Y acab6 dando tales vivas a la Repúbrica que fueron coreados por todos los presentes sin reparar en las dramáticas consecuencias que podrían acarrearles si alguien cantaba lo que habían hecho cuando volviesen a la normalidad.

Alicia, que casi nunca interrumpía al Remedios, volvi6 a cortarle antes de que continuase la narraci6n. Coment6 que le había impresionado mucho eso que había dicho de que el Gir6n se escondió en la casa de un amigo cura. ¡Uy, un amigo cura!,

respondió el anciano. Los tenía a montones. Pero había hecho bien preguntárselo porque no le había contado nada sobre eso. Y el asunto, de verdad, se las traía.

Pues claro que todos los guerrilleros, no solo Girón, tenían muchos amigos curas. Eran buenas personas que llevaban muchos años en las parroquias y les habían bautizado y dado la primera comunión a casi todos ellos. Aunque fueran creyentes hasta el tuétano y discreparan de sus ideas anticlericales, o por eso, ¡cómo no les iban a ayudar! Aquellos sacerdotes entendían la justicia elemental de su causa. Y, minados por el afecto, se arriesgaban y los ayudaban convencidos de que haciéndolo cumplían con los preceptos cristianos de ayudar al perseguido y adelantarles el perdón divino.

Por supuesto que esos sacerdotes no tenían nada que ver con la mayoría de fanáticos que habían salido de los seminarios con la cabeza tonsurada por el odio y los prejuicios. Porque, para ellos, los rojos eran esos que habían matado a curas sin cuento ni cuentas. Demonios encarnados. Los más peligrosos enemigos del Señor. Así que, pobres de espíritu, aunque no de prebendas culinarias, estaban convencidos de que cumplían con su deber denunciando bandoleros a las autoridades y echándoles encima las brigadillas para que los exterminasen como a ratas.

El anciano desovilló su pensamiento. Aquellos fueron tiempos confusos, caóticos para todos. Y así pasó que, en algunos pueblos del Bierzo y La Cabrera, muchos sacerdotes daban misa con una pistola encima del altar temiendo que los maquis fueran a por ellos, como sucedió en algunas ocasiones dentro de los mismísimos recintos sagrados, mientras que en otras parroquias había curas que celebraban la eucaristía rogando a los feligreses que rezasen indistintamente por los guardias y los guerrilleros muertos y para que llegase la paz definitiva. Los de la pistola solían ser los muy jóvenes o los muy ancianos que tenían mala conciencia porque, durante o después de la guerra, habían llevado a cabo auténticas barrabasadas contra lugareños que sabían inocentes. Que por eso, también era verdad, los de Ferradillo habían eliminado brutalmente a más de uno de ellos.

Ostentando una capacidad narrativa excelente y una lucidez extraordinaria, el Quico homenajeó al gran amigo cura de Girón. Con palabras tan llanas como sus principios, trazó el retrato detallado de un envejecido don Francisco, el párroco de Encinedo. Era un hombre de esos que se las traía después de llevarlas. Suponía, sin duda, una excepción. Y por algo le llamaban todos, hasta los guardias, el cura rojo.

No es que quisiera hacer de menos a don Celso, el párroco de Carracedo, o al de Cubela, a quien asesinaron los de la brigadilla, o a los de Cabañas, Pombriego y Robledo, por citar solo a unos pocos de los mejores. En absoluto, dijo el Quico. Todos fueron tan leales que, cuando se lo pidieron, llegaron al extremo de llamar a confesión a los posibles confidentes para conocer sus verdaderas intenciones. O sea, que no. Que no se trataba de rebajar a nadie.

Lo que pasó fue que don Francisco los tenía más grandes que el cura de Villalpando, del que sus feligreses, según Camilo José Cela, decían que los llevaban veinte bueyes e iban sudando. Lo demostró cuando, a sus setenta años, allá por el

cuarenta y ocho, elogió Quico, se enfrentó a tres policías que pretendían entrar por la fuerza en su casa, donde se escondían en ese momento dos guerrilleros de Girón. Cuando se empeñaron en pasar por las malas, se desabrochó la sotana, cogió una escopeta y los expulsó del dintel amenazándoles con pegarles un par de cartuchazos. Salieron cagando insultos. ¡Esa sí que fue buena!, remató el de Cabañas Raras. Y estranguló el refresco entre los dedos mientras iluminaba su mirada sonriente.

Por cosas semejantes, y porque recogía a su mujer y las esposas de otros guerrilleros durante el invierno, dándoles de comer y facilitándoles, para que se entretuviesen, la lana con la que tejían jerséis que regalaban a los niños del vecindario, Girón quería a don Francisco como a un padre carnal. Su confianza mutua era tal que discutían sobre Dios y el comunismo con tanta vehemencia que rechinaban las paredes. Pero, al final, siempre apagaban sus broncas trasegando un buen vino de consagrar con más grados que la carrera completa de un capitán general.

El Quico también le explicó que, sin saberlo, el Cambio pasó el tiempo en las minas de wólfam llevando a la práctica las nuevas tácticas de infiltración en las instituciones y organizaciones del Régimen que había fijado él mismo, de acuerdo con la estrategia establecida por el Pecé. Aunque, bien pensado, no tenían nada de nuevas. Porque en el Bierzo y La Cabrera, además de alcaldes, concejales o delegados sindicales de la Minero Siderúrgica de Ponferrada, los guerrilleros ya habían practicado por su cuenta ese tipo de argucias y hasta contaban con el apoyo de infiltrados y simpatizantes del ejército. Que hasta hubo un policía de Encinedo, Belisario Barrio, que trabajaba para el Estado Mayor en Madrid y no se andaba con reparos a la hora de darles información y entregarles municiones. Aunque, al final, eso sí, los traicionó. Como tantos.

Por el cuarenta y nueve, la colaboración de todo tipo de pobladores de la zona era tan estrecha que les ayudaban algunos somatenes y hasta falangistas como el alcalde de Truchas o el de Silván. Y había más. Tantos que los mandos de Ponferrada decidieron retirar policías y colocar guardias civiles en La Cabrera para evitar que los agentes siguieran haciendo la vista gorda cuando coincidían en los pueblos con los guerrilleros o cuando, como se supo que hacía José, el cabo de Quintanilla, iban con el naranjero sin peine y el cañón apuntando al suelo para no tener que enfrentarse con ellos. Después de todo, alambicó el Remedios, muchos inspectores eran antiguos guardias de asalto, un cuerpo que fundó la República y que permaneció fiel al Ejército Popular. Y a muchos les quedaban, aunque deshilachados, restos de la fibra democrática con que los habían tejido.

Desde que empezó a trabajar, el Cambio acudió a las reuniones que organizaban los del monte, las de los Consejos de Resistencia que los llamaban. Se encuadró en la guerrilla del llano y, aunque desarmado, no solo actuó como enlace. También, además de efectuar tareas de agitación e infiltración en las estructuras legales del sistema, cometió algunos robos de guante blanco cuyos fondos pasaba a la guerrilla.

Su ánimo se recuperó un poco tras conocer personalmente a Girón y al Quico,

pero seguía resentido como un hueso fracturado y mal recompuesto. Volvió a darle una y un millón de vueltas a la idea de huir. Pero no se rindió porque una duda profunda le mantuvo firme. En aquel rincón infernal echaba de menos, en ocasiones, los placeres de la vida ociosa con Mimí. Pero cuando lo hacía, las desgracias del mundo miserable en el que estaba malviviendo le asomaban al sueño, de inmediato, como pesadillas. Y en sus delirios nocturnos veía a muchos buenos compañeros que le imploraban venganza desde el más allá porque, en lugar del cofre del oro que habían buscado, el que les haría ricos para toda la vida según la leyenda que transmitían las meigas, encontraron el cofre vacío que les obligaba a vagar por un purgatorio sin esperanzas, peor que el infierno. Eran las almas en pena de los amigos que murieron envenenados porque los empresarios, para ahorrar, los obligaron a barrenar sin llevar esponjas mojadas en la boca, como era preceptivo para evitar la inhalación de arsénico.

La confrontación entre el ansia de abandonarlo todo y la necesidad visceral de cumplir con su deber enfebreció sus inquietudes más allá de la sensatez. Pero un elemento externo le resolvió el problema. Los matones del cuartel de Ponferrada, el Turco, Antonio el de Almazcara, el Paturro y los hermanos Ibarra, entre otros, tuvieron carta blanca de sus jefes para llevar a cabo las atrocidades más salvajes. La tortura fue el menú diario de las brigadillas. Y los chivatazos y las caídas se fueron sucediendo invariablemente. Las fugas a Francia se repitieron como si una salsa de cangrejos con guindilla indigestase el estómago de la guerrilla leonesa.

La presión insostenible sobre guerrilleros y enlaces acabó inclinando su balanza en favor de la fuga. Pero, como si de un hechicero se tratase, el Toño sospechó sus intenciones y acudió de nuevo a Casaio con el objetivo exclusivo de animarle a que se quedara un poco más. Y esta vez le tocó abiertamente la fibra de la solidaridad. No podía, le reprochó, dejar abandonados a sus compañeros en una situación tan difícil como la que estaban viviendo. Era evidente que no sabía cómo estaba el patio de mal. Tan mal que habían estado a punto de cazar al propio Girón nada menos que en Corporales, uno de los pueblos donde estaba más protegido. Afortunadamente, el León de Salas, añadió, se había dado el gusto de golpear en la mismísima línea de flotación nada menos que a su gran rival, el comandante Arricivita. Y, encima, burlando un cerco de más de ochenta guardias.

Exultante, el Toño le explicó que el de Salas había demostrado que seguía teniéndolos cuadrados. La prueba, condensó el relato, fue que le descubrieron porque se escondía habitualmente en ese pueblo sin preocuparse lo más mínimo por el hecho de que contase, como contaba, con la presencia permanente de un destacamento de la Policía Armada. Pero había más. Mucho más. Porque mantuvieron acorralado a su grupo un día y una noche en una manzana de doce casas de piedra pegadas las unas a las otras por gruesas paredes de guijos y pizarra. Los guerrilleros las horadaron y, aprovechando la noche, consiguieron escapar de un asedio brutal en el que la Guardia Civil contó hasta con un mortero Brixia, de esos pequeñitos que no tenían

profundidad, pero jodían lo suyo. Ellos, en cambio, solo tenían dos o tres armas automáticas. Solo Girón llevaba un naranjero con cargador de cincuenta tiros que le había comprado un compañero en Barcelona por dos mil pesetas y una pistola del nueve largo que valía quinientas. Y Parra se protegía con una pistola ametralladora que él mismo le había regalado por mil quinientas pelas más y lo que le costó la munición, porque las balas las vendían sueltas, a peseta cada una. El arma, vieja, funcionaba de milagro. O mejor, gracias a los arreglos que le hizo el manitas del anarquista. Es decir que, en cuestión de armas, el duelo fue de David contra Goliat.

Consiguieron escapar arrastrándose por el lugar donde empezó el ataque. El primer guardia que cayó, el que había matado Girón cuando empezó la gresca, seguía tumbado en la calle y se llevaron de paso su ametralladora y su capote. Saltaron a una huerta próxima y por allí huyeron hacia el río Ería, empapándose con la hierba y las jaras mojadas por la lluvia. El Quico le había relatado que las cuchilladas del cierzo helado de febrero les descosían las entrañas. Pero, al final, consiguieron escapar metiéndose en un bosque de urces.

—¿Un bosque? —volvió a interrumpir Alicia, sorprendida de que calificara como boscoso un campo de arbustos.

—Es por llamarlo de alguna manera. Porque allí, en La Cabrera, hay urces de tres metros, con trochas que pueden ocultar incluso a hombres montados a caballo.

Solo tuvieron dos heridos. Uno de ellos fue el propio Girón, a quien un disparo le arrancó dedo y medio. Pero Arricivita, iracundo, asesinó a un paisano y a los dos jóvenes enlaces que vivían en la casa donde estuvieron refugiados. Fue una represalia desmedida por la que el pueblo culpó al cabo Ferreras, el sargento meapilas que mandaba las contrapartidas de la zona. Con decirle que Radio Pirenaica le consideraba el enemigo número uno de la guerrilla, podía hacerse una idea de la fama que tenía. Pero él siempre aseguró que se los había entregado sanos y salvos al coronel. Los testigos que lo vieron no entraban en el matiz de los galones. Solo explicaron que los uniformados habían matado a un pobre cabreirés que pretendía sacar de las llamas a sus animales, que después torturaron a Laurentino, el pequeño de la casa, delante de su familia, y que Mariano, el mayor, intentó huir. No pudo hacerlo porque le agarraron entre cuatro. Le dieron tantos golpes que se quedó en el suelo hecho un gurrño. Pero todavía encontró fuerzas para gritar: «¡Antes muerte que traición!». Y, mientras lo acribillaban allí mismo, dio vivas al Pecé, la República y a la Unión Soviética.

Tenía que aguantar hasta que se despejase la tormenta, pidió el Toño a Miguel. Pero no le convenció. Ni tuvo tiempo. Los acontecimientos luctuosos se despeñaron aceleradamente por la cuneta de los días. Cuando huyeron de Corporales y apenas empezaba a desperezarse mayo, ocurrió lo que no tuvo remedio. Un chivato infiltrado en su propio grupo mató a Manuel Girón en el roquedal de Molinaseca, junto a los puentes del Mal Paso. ¡Premonitorio nombre!, enfatizó el Remedios. Y maldijo el lugar pegando un puñetazo sobre la mesa que no pudo contener.

El sargento Gabriel Ferreras confesó años después que fue él quien urdió el plan antes de que le dieran el relevo tras el enfrentamiento de Corporales. Pero quien movió la batuta, subrayó el viejo chapucero, fue el comandante Arricivita. ¡Y pensar que ese hombre era todavía hijo predilecto de Ponferrada!, reventó. ¡Así estaba España!, deploró encolerizado.

Fue maquiavélico. La operación se fraguó en Madrid, en el piso de un cabreirés en el que se reunieron los mandos de la policía y los guardias civiles que diseñaron la conspiración. No resultó complicado. Tenían un traidor, una víctima propiciatoria para encubrir su desaparición y una mujer inocente a la que cargarle el muerto. El Judas fue un enlace de Santa Eulalia, una sabandija que se llamaba José Rodríguez Cañueto. Le ofrecieron ochenta mil pesetas si acababa con Girón y no lo dudó. Se contaba que la propia policía le facilitó las cosas ayudándole a matar a dos vecinos del pueblo para convertirlo en un proscrito y forzar que Girón le acogiese en su guerrilla. Ciertas o no, especificó el anciano, las cosas sucedieron como si lo fuesen. Y dos hombres de los que nunca se supo más le acompañaron en la ejecución de la fechoría. Verde y con armas, ironizó.

Los acontecimientos se aceleraron. Cañueto acusó a dos personas de ser colaboradores de la Guardia Civil y los asesinó bellacamente el veinticuatro de abril del cincuenta y uno. Al hombre le cortó las orejas antes de dispararle y a la mujer le cercenó los pechos. Una bestialidad. A los guerrilleros les dijo que se lo merecían. Añadió que no tuvo más remedio que hacerlo y escapar. Y reclamó que le acogiesen en el monte si no querían que la policía le cazase.

Girón y los suyos, sobre todo el Quico, no querían gente así en el grupo. Y menos de esa calaña. Pero, obligados a arriesgarse por las circunstancias, para no dejar tirado a ninguno de los presuntamente suyos, decidieron ampararle. Fue como lo de la fábula de Samaniego sobre el hombre y la culebra que abrigó en su seno, puntualizó el Remedios. Alicia, medió, se la sabía de pe a pa. Era una de esas lecciones que se aprendían de memoria en el Bachillerato como el «¡Ay, mísero de mí, ay, infelice!» del monólogo de Segismundo en *La vida es sueño* y otras obras así, comentó haciendo burla de sí misma.

Tuvo que ser un dos de mayo. El muy hijo de Satanás, refirió el anciano, aprovechó la primera ocasión en que el León de Salas se quedó solo con su compañera Alida González, cuando estaba sentado de espaldas, escribiendo sobre un cancho que les servía de mesa, y le pegó un tiro en la parte posterior de la cabeza, justo detrás de la oreja derecha. La sangre salpicó el capote del guardia civil que mató en Corporales, con el que se cubría desde entonces. Lo estaba utilizando como almohadilla, bien doblado, para proteger las posaderas del frescor de la piedra sobre la que se había sentado.

La mujer creyó que también iba a matarla porque el criminal tomó el naranjero del tiroteado y apuntó a su barriga. Ella echó a correr por el riachuelo San Bernardino, el río Pequeño que le decían. El asesino le disparó dos ráfagas, pero no le

dio. Luego debió de pensárselo dos veces porque Arricivita le había dicho que prefería que se la entregase viva. Y no la mató. Le ordenó que no corriera y, aunque tenía la bata mojada hasta el cogote, la mujer, aterrorizada, se detuvo en seco. Después, el malaje se la llevó hasta Ponferrada y la entregó en el domicilio de Arricivita. Y, allí, el comandante quiso acabar de implicarla ofreciéndole un dinero que se negó a coger. Desde entonces, remató el Remedios, la sufrida mujer a la que los guerrilleros llamaban la Penca por su lentitud en las marchas, tuvo que ocultarse de su gente, injustamente detestada porque la acusaron de haber vendido a su compañero, el gran héroe del pueblo.

La maquinación fue tan marrullera que Arricivita hizo alarde de su malévolos retorcimiento asesinando de la peor manera a un inocente. La víctima propiciatoria fue un enlace a quien Miguel conocía bien porque trabajaba con él en las minas de Valborraz. El enlace los tenía tan bien puestos que seguía colaborando con la guerrilla, aunque sabía que estaba fichado por la Guardia Civil. Por eso fueron a por él. Se llamaba Elías Álvarez. Era un hombre de bien.

Los de la brigadilla del cuartelillo de la mina ni siquiera se molestaron en seleccionarle porque se asemejase físicamente al asesino. El propio Cañueto se lo señaló a don Miguel Arricivita porque era de su mismo ayuntamiento y se la tenía jurada desde joven. «Deme el gusto», le había pedido. Y el comandante se lo dio. Lo llevaron hasta donde estaba el cadáver de Girón, le metieron un cartucho de dinamita en la boca y le volaron la cabeza. Oficialmente, fue el cadáver de Cañueto, el del traidor que había arramblado con las treinta monedas de plata. Pero lo cierto era que le habían buscado trabajo en Sevilla y ni siquiera se molestaron en inventarle otra identidad.

Arricivita no dijo nada ni de Girón ni del cadáver de Elías. Sabía, por el traidor, que su grupo andaba danzando por ahí, dando golpes económicos, pero volvería en breve a la cueva del Mal Paso. Y quiso pillarlos a todos. Sin embargo, un imprevisto había retrasado al Quico y sus compañeros. Avisaron al jefe de que continuaban su gira dejándole un mensaje escrito con tinta simpática, invisible, elaborada con jugo de cebolla, en una estafeta que Cañueto desconocía. Al final, acabaron enterándose de la muerte de Girón en el cercano pueblo de Villablino. Y no volvieron a Molinaseca.

La ocultación del cadáver aguantó veintitrés días. No más. El cuerpo de Girón acabó descomponiéndose y no sirvió de nada que un guardia de la brigadilla de Ponferrada al que llamaban el Turco, el más energúmeno de todos, rajara el cadáver de arriba abajo, le sacase las entrañas y lo rellenase de serrín. Cuando no tuvo más remedio, Arricivita acabó ordenando que lo expusieran en las afueras no consagradas del cementerio del Carmen para que todo el mundo pudiera comprobar, *in situ*, que esa vez, sí que sí, había matado a Girón de verdad.

El atraco definitivo

Mimí se descompuso cuando lo vio en el piso de Ibiza. Aunque su madre María Manuela le dio el aviso en persona, acompañada por don Benito para que la policía pensase que era una visita familiar, seguía sin creérselo del todo. La prolongada preocupación le había apolillado la entereza y llegó a creer que si Miguel no había dado señales de vida era, simple y llanamente, porque había desaparecido para siempre. Sin embargo, la presencia permanente de los vigilantes policiales de turno que, a petición del Bizco, había dejado la Político Social apostados en la entrada de su prestigioso lupanar le hizo mantener un hilillo de esperanza. No estarían allí, se consolaba, si supieran que el Cambio había muerto.

Esa vez los nervios pudieron con ella y ni siquiera reparó en el par de maderos vestidos de paisano que la vigilaban. Subió con los ancianos a la flamante berlina que acababa de comprarse, un lujoso pero discreto Fiat 1400 rojinegro importado de Italia. Y se dirigió al piso como alma que quisiera colarse en el paraíso aprovechando un despiste de san Pedro. Lo hizo tan deprisa que sus perseguidores, afortunadamente, le perdieron el rumbo.

Miguel estaba allí. Tan pancho. Como si nada. Sentado en el butacón de don Benito, bebiéndose un magnífico tinto de Peñafiel y fumándose un camel sin boquilla que le obligaba a escupir de vez en cuando las virutas de tabaco que se le adherían a la punta de la lengua. Hecho un señorito. Como siempre.

Mimí se enfadó. Había que verla, dijo el Remedios. Empezó a despotricar que si ella sufriendo por no saber nada de su vida, que si era un cabronazo y que si un montón de quesiqués más que fue soltando a borbotones. Pero nada. Él allí, tan fresco, repantingado como el rajá de Kapurthala. Como diciendo qué bien hemos desayunado esta mañana.

El retornado apagó la colilla, apuró el vaso y se levantó perezosamente. Tuvo la tentación de decirle que cuando se enfadaba estaba más guapa. Pero como era un dicho redicho quiso ser original y, sin querer, le echó más chispa al heno. «Nunca dejarás de ser una niña», comentó chulesco, sonriendo provocadoramente mientras la

cogía por la cintura. Y ella, explosiva, enajenada, tiró de instinto defensivo y le pegó un rodillazo donde no quería.

Visto el resultado, pareció que le había dolido más a ella que a Miguel. La mujer no sabía cómo pedirle perdón mientras le ayudaba a enderezarse y le acariciaba las partes doloridas. Solo se le ocurrió besarle en la boca y fue peor porque estaba sin aliento. El Cambio se agarró a ella como un boxeador noqueado, consiguió respirar y no pudo evitar que una lagrimita de dolor le recorriese la mejilla. «¡Sí que me quieres, joder!», exclamó finalmente. Y, algo recuperado, la besó como si le hiciera un boca a boca. Pero fue para arrebatarse el oxígeno que salía de sus labios.

Había vuelto porque ya no podía resistir, le contó. Otra vez más, acudía a pedirle ayuda para dar un golpe y escaparse de una puñetera vez del país, se sinceró. No tenía más remedio. No podía seguir en España esperando que tarde o temprano le cazasen. Solo había elegir entre la huida y la muerte. No había otra.

A Mimí le volvieron los retortijones de vientre que siempre le provocaba la idea de perderlo definitivamente. Pero sintió que la madurez había limado el sentimiento, que la razón se imponía y le despejaba el dolor como si tomara una aspirina. Era la certeza de que lo que Miguel pretendía tenía que pasar. Y más pronto que tarde.

El paso del tiempo jugaba en su contra. Hasta ella, que procuraba no meterse en política, sabía que la resistencia armada al Régimen era ya imposible, que había que recuperar la democracia de otra forma, por otras vías. Y que los que habían resistido en los montes tenían que huir si no querían morir a balazos o asfixiados por ese maldito garrote vil que le aplicaban a quienes eran juzgados por la ley de Bandidaje y Terrorismo, la que acababa de dictar Franco tras comprobar fehacientemente que la guerra mundial había terminado y, sin embargo, nadie le echaba de España.

Era una ley terrible, aclaró enseguida el Remedios, especialmente sensibilizado porque también podían aplicársela a él. Por homosexual. Después de todo, junto a los maquis que consideraban malhechores y bandoleros, se incluían medidas especiales de represión contra esa secuela de la guerra que había dejado la relajación de los vínculos morales, dicho entre comillas en el articulado. A ellos, explicó a la muchacha, no les aplicaban la pena de muerte. Pero los guerrilleros no se libraban ni por invocación divina. Y no solo cuando habían matado a alguien. ¡Quia! Para ganarse el garrote, establecía el articulado, solo bastaba con esgrimir un arma de guerra o haber detenido a viajeros en despoblado. Así, como se lo contaba.

De manera que la siempre enamorada Mimí se puso a la más jodedora que jodida tarea. Como cuando lo del tren. Pero en esa ocasión hilando más fino para que no fallara nada. Mientras mantenía escondido a Miguel en la habitación secreta del piso de Ibiza, comenzó su matiné particular. Y siguió el orden de peticiones de los amantes, de mayor a menor adinerado, en su peculiar libro de baile. De nuevo pasaron por su cama empresarios de todo pelaje, nuevos ricos que empezaban a forrarse con la edificación de viviendas o la construcción de infraestructuras, estraperlistas de negocio renovado y altos mandos militares que se cobraban los

servicios prestados en la guerra. Gente así. Incluso toreros y deportistas de postín con menor patrimonio, pero suficiente.

Al final, pescó un rentista madrileño que tenía propiedades esparcidas por toda la ciudad. El logrero alcanzó el título de ingeniero sin haberse presentado jamás a un examen, pero daba el mejor provecho a las facilidades que le otorgaba el Gobierno para enriquecerse con dinero más negro que el azabache pulido. Lo sacaba hasta del pan blanco. Que el muy jeta, dijo el Remedios, tenía un acuerdo con la Panificadora Madrileña porque, aunque era estatal, revendía lo que fabricaba oficialmente. También chanchulleaba las raciones del ejército con un alto cargo militar que los fines de semana daba permiso a los soldados que hacían la mili para que no se las comiesen. Y luego se las entregaba a una red de mujeres que tenía organizada para vender latas y chuscos en las bocas del metro madrileño.

El estraperlista con billetera de piel de cocodrilo y haiga de importación era tan bruto y se consideraba tan protegido e impune que un día se presentó en el cuarto de Mimí con una maleta *vintage* de Louis Vuitton y le llenó la cama con billetes crujientes que lucían los rostros de Ramón Santillán y Francisco de Vitoria. Una millonada. De los de Goya, dijo como si contabilizase, no había ni un fajo.

Y otra vez Alicia: «¿Los de Goya?». Y de nuevo el Remedios: «Sí, hija, sí. De los de cien». Porque los otros, aclaró, eran de mil y de quinientas pesetas. Sin despeinarse, desparramó un fortunón sobre el lecho de Mimí. Y, encima, mientras lo recogía lentamente, no paró de reírse como una hiena ahíta. ¡Presuntuoso de mierda!, concluyó el Remedios. Y puso cara de menudo hocico que tenía el tipejo.

Para dar un golpe limpio solo era cuestión de averiguar cuándo se haría con otros fajos semejantes y esperarle en el portal de su casa. No fue difícil. Especialmente, lo de averiguar su dirección. Mimí aceptó una oferta de esas que siempre rechazaba. Él la invitó a cenar en su casa. Por lucirse y para cepillársela. Y ella, como quien no, aprovechó la ocasión para ver cómo era el piso y cuánta gente había.

El potentado resultó ser un solterón maduro, de esos a los que las mujeres catalogan como buen partido. Pero ¡qué decía! En realidad, era un partidazo más grande que el de la final de Copa entre el Barça y el Madrid. Pero eso, por sentado, valía para quien quisiera cazarlo. Si lo conseguía. En todo caso no dejaba de ser una tarea complicada, explicó el Remedios con seriedad, agravando el tono para darle relieve al comentario. Porque el granuja, Alicia, vivía con su progenitora y estaba más enmadrado que un niño de teta. Hasta la caña de los huesos.

Pagaba a una especie de siervo de librea y una cocinera que dormían en el extremo posterior de la planta del edificio que él ocupaba por entero. Y lo peor fue que el hombre de servicio, además de atender la casa, era un matón que ejercía las veces de escolta familiar. Un auténtico estorbo.

Aunque al verano le faltaban solo un par de días para expirar oficialmente, el pagano fue a recogerla en su Cadillac descapotable cuando atardecía. Aprovechando las últimas luces, cruzó Madrid y la paseó hasta su domicilio de la calle Juan Álvarez

Mendizábal. Por supuesto, nada más introducir el vehículo en el aparcamiento, intentó besarla sin fortuna. ¡Pues no sabía nada la Mimí!, dijo el Remedios. Sin dudarle, de entrada, le había aplicado la máxima esa de que, para hacerse valer, lo mejor era ofrecer cada cosa a su tiempo. Y los nabos en Adviento, remató.

En el portal, antes de abrir las grandes puertas de barrotes de hierro forjado, comentó, por hacerse el interesante, que allí al lado, en aquella esquina cercana, ¿la veía?, fue donde uno de las Juventudes Socialistas le pegó dos tiros por la espalda al falangista Matías Montero cuando repartía propaganda. ¡Qué tiempos!, sancionó. Y añadió: «¡Menos mal que vino Franco a poner orden!».

Accedieron al domicilio por un amplio portal con escaleras de mármol blanco y pasamanos de bronce. Mimí se sorprendió de que, siendo un bloque tan señorial, el ascensor fuera tan pequeño. Lo habían decorado delicadamente con madera noble y cristales pulidos, pero apenas si cabían los dos juntos. Y eso bien apretujados. Porque el bandullo del tunante, ironizó el narrador, era, si no merecedor de la Pepa, como llamaban los presos a la pena de muerte, sí de cadena perpetua.

El piso, fardó nada más entrar, tenía cuatrocientos metros cuadrados construidos. Y se repartía, destacó pedante, nada menos que en seis dormitorios, una cocina grande, un enorme salón con dos puertas como ventanales que daban a una larga terraza desde la que se veía la calle entera y un montón de rincones que a saber para qué coño valían.

La ocasión se dio que ni pintada porque el truhan había enviado a su madre con una hermana y se libró del gorila y la cocinera para que no le estorbasen. Antes de ir al grano, despreocupado, dejó una cartera con papeles, que llevaba para adornar su insolvencia profesional, dentro de una caja fuerte disimulada que había instalado en el despacho, detrás de una falsa biblioteca. Aunque no pudo retener la combinación, Mimí se fijó bien en los detalles. Leyó la marca del cajón blindado. Y qué bien, se dijo. Era del mismo cuño que la suya, una Pibernat del Vallés con idéntico volante de acero en el lateral y los mismos cuatro pezones giratorios.

El disfraz se aproximaba a la perfección. Un frontal cuadrado que ocultaba los lomos de diecisiete libros en un estante superior y otros trece, más gruesos, en la balda inferior constituía una insospechable pantalla protectora. Los lomos de cuero, negros, verdes y marrones, pertenecían a obras de Shakespeare, Quevedo y otros maestros universales. Y los más destacados eran, sin duda por amor patrio, los dos de Cervantes. *El Quijote*, por descontado, y, cómo no, *Rinconete y Cortadillo*. Porque, teniendo en cuenta los mangoneos que se traía el dueño, la referencia a Monipodio no podía faltar.

El primer día que el adinerado pazguato visitó la mansión de las Cuatro Fanegas portando otro de los gruesos maletines de Vuitton, Mimí se dirigió rápidamente a su despacho so pretexto de emperejilarse un poco antes de entregarse a la faena. Descolgó su teléfono de mármol verde, el que le encantaba porque tenía en la base dos timbres que parecían tetas, con sus pequeñas aureolas y todo, como detalló el

Remedios con repugnancia, y llamó a Miguel. Tenía una hora para prepararlo todo, le dijo. O algo más. Que ya se encargaría ella.

El Cambio lo tenía todo tan dispuesto desde que Mimí le informó sobre la presa que hasta se había dejado barba para evitar que le identificasen. Una tontería, matizó el Remedios desdeñoso, porque el pelo le crecía en las mandíbulas a lo Bob Dylan, como una tenue pelusa que apenas le ocultaba los contornos de la cara. Se echó un revólver a la gabardina, metió doce balas de repuesto en uno de los bolsillos de la chaqueta, se embozó bajo la bufanda y el sombrero negro, cubrió los ojos con gafas oscuras y corrió apresuradamente hasta el garaje donde Mimí le había dejado su Fiat 1400. En poco más de quince minutos tenía aparcado el vehículo, discretamente, junto al solar que contenía las ruinas del cuartel de la Montaña. Y en menos de media hora ya se había escondido en un soportal cercano a la entrada del domicilio de la víctima propiciada. Esperándole.

Entre una cosa y otra, a Miguel se le había pasado el tiempo, dijo disperso el anciano parlanchín. Por suerte, añadió. Porque su presencia prolongada en la zona hubiera sido peligrosa. Cuando vio que entraba al garaje, se fue hasta la puerta y esperó a que saliera hacia el portal. Le puso el cañón de la pistola sobre un riñón y amenazó con pegarle un tiro si abría la boca. Se puso pálido y obedeció sin chistar. Quiso darle la maleta, pero Miguel le dijo, endureciendo el tono, que tirase para arriba, hacia el piso. Pareció entenderlo todo de una tacada. Y pasó de pálido a lívido en un tris. Porque, entre Vuitton y cartera de bolsillo, no llevaba más de noventa mil pesetas. Y había pensado que el asunto era malo, pero llevadero. Lo que no imaginó, tras descartar velozmente el palo o el secuestro, fue que el cabrón de atracador supiera, como parecía saber, lo que guardaba en casa. Y ahí sí que tenía un pico. Y más.

Confió en que el lacayo doméstico o la vieja cocinera se enterasen y avisaran a los vecinos discretamente. Nada más abrir la puerta blindada de la vivienda, ambos asomaron a saludarle porque le estaban esperando, como siempre, para ofrecerle algo de cenar. Les apuntó con su Astra reluciente. Y se quedaron más salinizados por el miedo que Edith por curiosa, dijo el cronista en plan resabidillo.

Miguel los llevó a todos al despacho y mandó al matón que maniatase a la mujer con unos cables de cobre revestido. Luego pidió al amo que amarrase de pies y manos a su custodio. Y, finalmente, él mismo le puso al secuestrado unas esposas que sacó de la espalda, donde las llevaba colgando del cinturón, y le ordenó que abriese la caja fuerte. Se negó empezando a berrear y le dio con la culata en la nariz, para que se callase. Cuando el hombre sintió correr la sangre por la comisura de sus labios no hizo falta más. Dejó a la vista las cerraduras y, temblando, abrió la puerta sin problemas. Dentro había billetes gordos a porrón. Y un puñado de joyas. Y hasta un par de lingotes menudos de oro, uno de ellos con la esvástica nazi grabada sobre el lomo.

Esa vez hasta él se deslumbró. Ni siquiera se percató de que el dueño había

empezado a balbucir, lloriqueante. Volvió a prestarle atención cuando la moquina se le mezcló con el hilillo de sangre de la nariz y le obligó a escupir el líquido salado. El muy gili, dijo el Remedios, lo hizo sobre las manos para que no se manchase la moqueta persa. Pero la dejó perdida.

Tras amordazarlos a todos, el Cambiao arrambló con todo lo que pudo sostener sin llamar la atención cuando saliera a la calle. Llenó dos maletas de viaje, grandes pero discretas, y se metió debajo de la camisa y en los bolsillos lo más valioso. Tuvo que dejar bastante. Pero no lo lamentó. Si acaso, recordando el asalto al tren militar, le dijo al Remedios que solo le había fastidiado no poder tirar a la calle, para que se las llevara la gente, las cosas de valor sobrantes. Que esa vez, añadió sonriendo, no estaba el horno para cocinar sandeces. Era imprescindible hacer las cosas bien, con mucho cuidado. Y, de hecho, nada más llegar al piso de Ibiza bajó de inmediato a una cabina de teléfono y llamó anónimamente a la policía para que los tres amordazados fueran atendidos cuanto antes y no corrieran el riesgo de morir asfixiados o de hambre.

Lo malo fue que la policía investigó a Mimí porque el tunante, mosqueado por el conocimiento que el atracador tenía de su casa, la señaló como sospechosa. Pero no hubiera pasado nada de no haber mediado lo de siempre. El Bizco se enteró del atraco por sus contactos en la Político Social y, preso de su obstinación vengativa, se plantó en Gobernación para informarse con detalle del acontecimiento.

El canalla de Sebastián Delgado, dijo el Remedios, nunca había dejado de considerar que, tarde o temprano, el amor que Mimí sentía por Miguel acabaría perdiendo al guerrillero. Y, más pesado que un discurso de Franco en la plaza de Oriente, había convencido tiempo atrás al comisario Conesa para que, a su vez, persuadiera al director general de Seguridad, Francisco Rodríguez Martínez, de que era conveniente mantener la vigilancia en el burdel. Transcurriera el tiempo que transcurriese.

En realidad, explicó el anciano narrador, el comisario sin escrúpulos pasaba del Bizco veinte pueblos y una legua más. Pero pensó que el conocimiento de las entradas y salidas del caserón de Mimí le iría muy bien para controlar a los prebostes y personajes que acudían periódicamente a petrolearse sus bajos. La captura de Miguel fue la excusa perfecta para alimentar los dosieres pecaminosos con los que chantajeaba a muchos de sus poderosos enemigos.

De manera que el Bizco se trasladó a Madrid, volvió a las andadas y buscó a Miguel hasta debajo de los adoquines. Pero, otra vez, fue demasiado tarde. Cuando interrogaron a Mimí, el Cambiao comprendió que la situación era insostenible. A ella no le había pasado nada. Pero a él se le subieron los testículos a las ojeras. Y resolvió que, aparte de que acabaran capturándole o no, tenía que librar del peligro a su valedora. Cuanto antes. Como fuera.

Así que, otra vez más, tuvo que salir pitando. Pero ¿para dónde?, se preguntó. ¿Y para dónde leches iba a ser? Pues que Alicia adivinara, comentó el Remedios con

socarronería. ¡A su casa! Nada menos. Así que, sorpresas te da la vida, ¡ay, Dios!, le tocó volver a entrar en el relato. Y en primera persona. Como protagonista.

De hecho, fue Mimí quien le ofreció la salida a Miguel. No se lo iba a creer, le dijo a Alicia. Años atrás, cuando la cosa se puso más cruda que un filete tártaro porque el Bizco, convencido de que ayudaba a Miguel, le hizo la vida imposible en Madrid, la gente de Conesa le dio veinte vueltas al calcetín de la vida del Remedios. Lo dejó más planchado que las medias de un portero de fútbol suplente. Al principio, los policías se quedaron relativamente tranquilos cuando comprobaron que trabajaba de zapatero en su propio taller y que vivía allí mismo, ocupando un par de habitaciones traseras. Pero pronto, siguiendo cuidadosamente sus pasos y controlando detenidamente sus visitas, descubrieron que vivía amancebado con su joven aprendiz. ¡Que se imaginase la que se le podía caer encima siendo simpatizante de los rojos y maricón confeso!

El chantaje, acompañado de algunas palizas, fue insufrible. Querían que cantara sobre los maquis y que colaborase con ellos si alguno se ponía en contacto con él. Dijo que sí, claro. Pero desde el primer tortazo se había puesto a pensar en la mejor manera de huir. Menos mal, dijo con autosuficiencia, que él era el Remedios. Y que tenía remedios para todo. Cuando menos, eso seguro, para salir pitando sin que se dieran cuenta.

Forjó, sobre la marcha, un viejo proyecto que su mente calenturienta había fraguado muchos años atrás en una de aquellas excursiones que hizo con Miguel por toda Extremadura. Entonces, dijo embelesado, ambos se prendaron del paisaje más hermoso que habían visto en su vida. Al lugar lo llamaban la garganta de los Infiernos. Y se encontraba en el valle del Jerte, cerca de un pueblino llamado Cabezuela. Su cuenca era el embudo de tres gargantas montañosas. Una, la de la Serrá, más larga que un día sin pan, ni agua, ni *na* de *na*, la parió un glaciar por el que desfilaron los hielos cuaternarios. En su caída desde el suroeste de la sierra de Gredos confluía con la de los Asperones y formaba la de los Tres Cerros, que era la que, definitivamente, fundiéndose con la más chica del Collado de las Yeguas, cincelaba el berrocal del Infierno hasta desembocar en el río que daba nombre al valle.

Dentro, como diamantes incrustados en serpientes de aguas esmeraldas, toparon con unas marmitas gigantes a las que los jerteños llamaban Los Pilonos. Era la cosa más bonita y paradisíaca que habían visto nunca. ¡Los Pilonos! Tenía que verlos algún día. Los formaban pozas que las cascadas y los remolinos del líquido más puro que habían bebido nunca excavaron en las rocas. Allí, Alicia, las piedras pulimentadas materializaban la belleza en su esplendor.

Desde aquella excursión, siempre soñó que algún día acabaría retirándose allí para disfrutar la vida sabia y sosegada que anhelaba. La misma que disfrutó san Pedro de Alcántara en el convento del Palancar. Aunque, por supuesto, sin exagerar tanto como él. Porque cuando visitó con Miguel el monasterio del siglo dieciocho, se introdujeron en el cenobio original, el que construyó el santo con sus doce apóstoles

franciscanos, y no dio crédito ni a sus ojos turulatos ni a sus riñones quebrantados. Era tan pequeño que el claustro, abierto en la roca a pico y pico, no llegaba a los dos metros cuadrados. Los monjes de aquella época, aunque bajitos, tenían que entrar encorvados porque las cabezas les pegaban con el techo. Encima, en las habitaciones superiores, sostenidas por cuatro grandes pilares de madera, había doce camas donde solo podían yacer de costado. Y, para remate, por aquello de responder ascéticamente al relax de los conventos oficiales en los que los priores cataban el paraíso reposando la coronilla entre las nalgas de muy nobles señoras venidas a monjas o mordisqueando las turgentes tetas de las doncellas que las servían a puñados, el mismísimo san Pedro de Alcántara dormía una siesta diaria sentado en un escabel de piedra que él mismo había cavado debajo de la escalera.

Tampoco era eso, dijo. Qué va. Él no era tan burro. No pretendía torturarse ni debía demostrar nada a nadie. Tenía, eso sí, una pizca de franciscano. Pero por lo del amor a la naturaleza. Que nunca hizo voto de pobreza. Y si no salió de pobre, se burló de sí mismo, fue porque no encontró la manera decente de lograrlo. Porque, para eso, hija suya, no tenía remedios ni el Remedios. Y nunca conoció a un rico honrado.

En fin. El caso fue que las circunstancias le obligaron a probar la vida ascética. Y allí terminó parando. A la vera del río, junto a Los Pilonos. Afortunadamente, Dios le tuviera en su gloria si había muerto, que a saber, le acompañó su amante César Crespo, quien ya había dejado de ser discípulo de zapatero para convertirse, siguiendo sus enseñanzas, en un modélico aprendiz de remendero.

Fue a mediados de los cuarenta y, por supuesto, le había dicho a Mimí adónde iba. Bueno, casi exactamente. Aunque, para que se acordase, le dijo que estaría cerca de la desembocadura del arroyo Putopadre. Porque desde que vio el paisaje, precisó, le había echado el ojo a un remanso al que se accedía desde una pequeña terraza llena de tierra fértil, rodeada por una arboleda y sólidos canchales que la protegían de las tolvaneras.

También le explicó que César y él se harían pasar por monjes aprovechando una nueva documentación clandestina que le hizo un discípulo de Malagón, un pájaro que había dejado el partido y falsificaba documentos por dinero. A él se lo hizo gratis porque unos meses atrás, cuando llegó de Francia, le salvó la vida ocultándole en su taller hasta que pudo contactar con la organización. Entonces acordaron seguir conectados por si necesitaba volver a esconderse y el chaval juró que algún día le devolvería el favor. Cumplió su palabra y le transformó, un poco por arte de magia y otro de birlibirloque, en el hermano Benedicto. El nombre se le ocurrió al falsificador, le dijo a Alicia, porque estaba enganchado al Benedictine. «Es que soy muy goloso», le había comentado medio hipando. Pero de eso nada, alambicó el anciano. Lo cierto es que el hombre andaba siempre ajumado. Y no solo de anises.

El Remedios, además de contarle a Mimí dónde tenía pensado construir su cenobio particular, por si algún día quería visitarle o le necesitaba para lo que fuese, añadió que tenía la intención de hacerse vegetariano. Iba a sembrar lechugas, tomates,

pimientos, todo lo verde que se diera en la zona, en una humilde huerta. Y plantaría frutales. Cerezos sobre todo. Porque allí, en el Jerte, matizó, se daban muy bien.

Calculó muy mal porque no sacó ni para comer. El clima de la sierra, entre Tormantos y las estribaciones de Gredos, era generoso gracias a las lluvias abundantes. Pero en invierno las cumbres nevadas pelaban los bosques y arrasaban los pastizales. No quedaban ni las cabras montesas. Y ni siquiera podía cazar nutrias o ginetas con sus sofisticados cepos de compás o sus sencillas cajas trampa. No había nada que llevar a la brasa.

Así que la idea de alimentarse solo con vegetales y frutas acabó en el trastero de sus planes. Gastó pronto el poco dinero que había conseguido ahorrar y, al final, durante largos periodos de tiempo, tuvo que buscarse el condumio como pudo. Y sin remilgos. Reclamando caridad a los pastores por aquí, bajando a pedir a los empobrecidos pueblos de la comarca por allá e incluso mendigando a los viajeros que acortaban su marcha cruzando los senderos montañosos.

Al principio fue duro. Si pillaba unto y pan duro, pues eso, sopitas de ajo. A pelo y sin pluma. ¡Qué decía! ¡Sin *na* de *na*!, exclamó secamente, como si su boca recordara los estragos que sufrieron las muelas por la falta de ejercicio. Hubo momentos en que el desfallecimiento corporeizó su hambre. Y hablaba con ella de lo cabrona que era la vida como si estuviera sentada a su lado, calentándose las raspas en la hoguera. De ese modo, dijo sonriendo con pena, al menos conseguía sacársela del buche y la cabeza. Que no era poco. Sobre todo porque, cuando pasaba esos santiamenos, los retortijones no le dejaban dormir. Y era que, buena amiga, los jóvenes no podían imaginarse el sentido literal de la famosa frase del Espartero, esa que dijo al asustado banderillero que pretendía avisarle de lo atravesado que era el toro que lidiaba: «¡Más *cornás* da el hambre!». ¡Qué torero, Alicia!, ¡qué torero! Ya no quedaban Manueles como García Cuesta. Gente como él que, mientras un cirujano le recosía la herida en vivo, comentaba la alegría que mostró el bicho tirándole más de cincuenta cornadas en menos de cinco minutos. Con esa valentía, aliñó el Remedios, solo quedaba, si acaso, ese puñado de ancianos guerrilleros que seguían vivitos y combatiendo en el siglo veintiuno.

—¿Combatiendo? ¿A quién? —preguntó Alicia sorprendida.

—Combatiendo al olvido, hija mía. Que también da cornadas mortales. Pero a los pueblos.

La garganta de los Infiernos

En aquellas circunstancias tan difíciles, siguió contando el nonagenario, afligido por los recuerdos, hasta César estuvo a punto de abandonarle. Pero como buen remendón, dijo, recurrió al caletre y lo agitó cual si fuera una hucha de cerdito. Rompiéndose la cabeza, recordó sus lecturas de la Vida de los Santos. Y fue providencial. El filamento de la cocorota se le calentó de tal manera que la idea iluminó su cerebro como una bombilla de mil vatios. Más que dar claridad, fue cegadora. Y la captó de inmediato. Tenía que echarle al asunto más valor que Manolete y más morro que The Platters cantando el *Only You*. Porque iba a fabricar milagros. Sí, Alicia. Así. Como se lo decía.

Embaucaría a los pueblerinos con sus latinajos y, engañando la vista y el resto de sus sentidos, haría demostraciones prácticas de prodigios presuntamente emanados de la voluntad divina. Pensó que el atraso cultural, la férrea educación religiosa que forzaba el Régimen y las ganas de que la magia invadiese las tristes vidas miserables de la gente harían el resto. Y acertó. Con tan buena fortuna que, encima, topó con un enlace de la guerrilla, un pastor de Navaconcejo al que llamaban el Aguardiente, y le puso en contacto con los pocos rojos que seguían agazapados en sus casas, disimulando como podían sus pensamientos.

El Aguardiente era de esos escasos rabadanes que, en lugar de limitarse a recorrer el paraje de los Arenales y atravesar los oscuros castaños por los que los demás accedían suavemente a Los Pilonos, se atrevía a subir a sus borregos y sus cabras hasta las praderas más elevadas del valle, la de la Cuerda de los Infiernillos y la del cerro del Estecillo, las dos que acunaban el nacimiento de la garganta de la Serrá. La soledad había sido su mejor maestra. Se las sabía todas. Y encima, destacó el Remedios, guisaba como el cocinero de la última cena de Jesús.

Precisamente el olor de una caldereta de cabra vieja fue lo que provocó el primer encuentro. El menudillo César, de olfato joven, estaba tan hambriento que desmenuzó los aromas del aderezo con su nariz. Dos pimientos, una cebolla, guindilla y un poco de laurel, certificó. Y hasta desveló el secreto de una cazuela cubierta que mantenía el

calor en un costado de la lumbre. «Ha hecho sopas canas», dijo con los ojos cerrados, sin dejar de andar. Y rubricó: «Con leche de cabra y pimentón».

¡Joder!, le había respondido él, santiguándose. Y casi la cagó. Porque el cabrero, viendo que hacía la señal de la cruz, pensando que eran monjes de verdad, imaginó que no le dejarían ni las migas del pan asentado y aferró el cayado, presto a defender su condumio a garrotazos. Pero esa vez, también que sí, el azar resolvió la cuita. El albur, Alicia, la chiripa. Porque de haber sido por el cielo, hubiera caído un rayo. Pero no.

Cuando se acercaban con las manos en ademán de rezo, Paco dio un brinco, sorprendido. Y gritó: «¡Pero hostias, Federico! ¡Qué haces tú de monje!». César y él se quedaron plantados como rodrigones. No se lo creía, le dijo admirado a la chavala. Tenía delante al único amigo de colegio con el que siguió tratándose en Cáceres hasta que los mandaron a la mili. Posiblemente, matizó, porque él también era algo amanerado. O más que eso.

¿Qué coño hacía allí, de rehalero de cabras, su amigo Paco de Palacios?, le repreguntó, desconcertado por su oficio. Porque aquello, Alicia, le cuadraba menos que el triángulo de la santísima Trinidad. El pastor, explicó, había sido uno de los mejores guías extremeños de rehalas de caza y controlaba a los mastines y los podencos, fueran andaluces o bastardeados, con la soltura de un cuadriga romano cuando conducía en carrera a sus corceles. Se preguntaba qué le había pasado, por qué había abandonado una profesión tan reconocida como valorada.

La respuesta la llevaba en el apodo. Le gustaba tanto empinar el codo que poco a poco, como consecuencia del trajín de aguardiente, había perdido hasta el olfato. Junto a la vergüenza, claro. Solo faltó que un señorito de Plasencia que le había tomado cariño en las monterías lo acabase de rematar con la mejor intención. Tras comprobar que había perdido su don con las colleras de perros, y conociendo su vicio, le ofreció trabajo en una destilería de aguardiente de cerezas que tenía en Navaconcejo. La tentación vivió adentro. Las melopeas que se agarró le hicieron tan famoso que todo el pueblo le llamaba el Aguardiente. Y, al final, si no le despidieron fue porque, gracias a que su melindre era más empalagosa que los dulces de mazapán, lo tenían por sarasa y sintieron pena. Así que, temiéndose lo peor, convencido de que cualquier día acabaría cayéndose dentro de una barrica o rompiéndose la cabeza contra los rollos de la calle, hizo un tremendo esfuerzo por recuperar su dignidad. Dejó de beber destilados, que no vinos, y se dedicó al pastoreo. Para huir de la tentación, dijo. Y para librarse, de paso, del trato con los vecinos porque cada día se burlaban más de él.

Su venganza, de alguna manera, fue colaborar con los guerrilleros en todo lo que pudo. Les compraba alimentos, zapatos y vestimenta con el dinero que le daban y lo almacenaba en chozos secretos hasta que volvían por la zona. O les dejaba los encargos, bien escondidos, en un sitio fijado, generalmente en el agujero de una cueva invisible que estaba situada entre Hervás y Navaconcejo. Nunca olvidó la

ubicación porque allí, en una ocasión, le invitaron a un festín y, sentado junto a ellos, comió cochinitillo en una mesa de granito que la naturaleza había esculpido en su interior. Parecía una seta gigante, pero de piedra.

El Aguardiente le dio un alegrón cuando le explicó, mientras masticaba unas ciruelas, que uno de los guerrilleros al que más cariño le había tomado era el famoso Cambiao. El Francés mandaba muchas veces al de Torrealba a recoger recados que le habían hecho. Y acudía casi siempre en compañía de Pinto, a quien también quería lo suyo porque ya le conocía muy bien desde la época en que andaba de mercachifle por los pueblos.

En el primer encuentro, relató el Remedios, los dos monjes farsantes se quedaron unos días con él. Lo necesario para limpiar las telarañas del buche y maquinan el plan que al final, de consuno, acordaron llevar a cabo para no volver a pasar hambre. El Aguardiente iba a ser como esos pastorcillos tradicionales que encontraban a la Virgen María por los montes, como el de Guadalupe o el de la Virgen de la Montaña. Incluso aprovecharían el fervor que estaban generando las recientes apariciones de Chandevila, el pueblino de Badajoz que tenía el puente internacional más corto del mundo, de unos cuatro pasos, en la frontera con Portugal. Allí, en mayo de ese mismo año cuarenta y cinco, contó Federico, se había repetido el famoso milagro del sol acontecido en Fátima. Eso sí, un poco más corto en el tiempo, en menos ocasiones y, desde luego, con el astro mucho menos bailarín y resplandeciente. Un montón de paisanos aseguraron haber visto, sin que les cegase, cómo un sol rojo daba vueltas semejantes a las de las ruedas de los fuegos artificiales. Lo certificaron ante el párroco y el notario. Y Roma autorizó la construcción de un santuario. Aunque luego, chistó el Remedios, la cosa no pasó de ahí. Pero eso fue lo de menos porque el lío que se lio, dijo liado el anciano, les fue de miedo a ellos. Incluso les elevó de categoría. Hasta entonces iban de hermanos y el follón los hizo padres.

Entre los tres, César, Paco y él, anudaron un relato gordiano que no hubo espada de Alejandro que lo mellase. El Aguardiente fue primero a casa de Víctor y Paloma, un matrimonio de Navaconcejo con el corazón tan bueno como de izquierdas, y les explicó el plan para que les echaran una mano. Luego fue con ellos de vivienda de rojo en vivienda de rojo para explicarles la verdad del cuento y pedirles ayuda. Tenían que certificar algunos de los milagros que iba a pregonar y debían hacerlos correr como ciertos por el valle. Porque si lo decían ellos, tan anticlericales, seguro que la historia, más que ir, venía de misa.

El Aguardiente extendió la buena nueva por doquier. Como un apóstol. Que si fray Benedicto y fray César habían decidido retirarse en el valle y habían construido un pequeño convento en la rivera de Los Pilonos. Que si Dios había bendecido su llegada otorgándoles poderes sobrenaturales. Que si levitaban como hacía san Juan Macías mientras salvaba al millón cuatrocientas mil almas que sacó del purgatorio. Que si obligaban a los toros a arrodillarse ante ellos como san Marcos. Y venga que si cuántos prodigios más que no tenían cuento ni explicación humana.

Hablaban con los animales, a lo san Francisco. Corrían a la pata coja como san Ignacio después del cañonazo que le dieron en la pierna. Se tiraban cuarenta días sin agua ni alimentos en el nido abandonado de una cigüeña, subidos a un árbol quebrado por el rayo, como Simón el Estilita en su columna. Exudaban la misma fragancia que el cuerpo incorrupto de Santa Teresa. Sanaban la rabia como la roja santa Quiteria. Eliminaban plagas de hormigas o langostas como las que sufrieron Piñuela en Monfragüe o la desaparecida aldea de Los Llanos, la del arroyo de la Degollá, en la sierra de Gata. Y, bueno, porque no quería exagerar y no tenía pruebas, que si no... Pero que sacaran conclusiones, remató el Aguardiente. Unos amigos de Torrejón el Rubio le habían asegurado que fueron esos dos mismos monjes quienes habían acabado, venga a rezar, con el monstruo mata niñas de La Corchuela, el cabrón gigantesco que echaba llamas por los ojos y que por las noches cantaba por los riscales aquello de que era la cabra cabracha y cabreja que buscaba a las muchachas para comerles las orejas.

Cuando llegó Miguel, ya estaba tan asentado su prestigio que la gente peregrinaba desde Navaconcejo, Piornal, Cabezuela del Valle, Jerte, Tornavacas y otros pueblos del norte cacereño solo para verles obrar algún que otro milagro que certificase su devoción y, al tiempo, entregarles ofrendas que les dieran de comer, beber, vestir y vivir más que acomodadamente en su pulcro y humilde conventillo. Ellos les daban, entonces, las gracias y les mostraban un jilguero del que decían que seguía cantando desde que murió san Pedro del Palancar hacía ya un montón de siglos. Y no paraba nunca. Pero, al minuto, lo escondían dentro del cenobio y activaban un trino enjaulado en un magnetofón que fue de los maquis y les había regalado el Aguardiente.

Viendo que Alicia ponía cara de póker, se lo explicó con detenimiento. Uno de los que vino de Francia, el muy burro, se había agenciado un aparato de los que usaban los nazis en París, los más modernos, casi experimentales. De aquellos que permitían a las emisoras controladas por Hitler difundir por radio sus discursos sin que se colase el ruido de púa de los discos de setenta y ocho revoluciones por minuto. Lo habían conseguido, en secreto, sustituyendo los viejos grabadores de alambre con cinta magnética.

Nunca explicó cómo lo hizo. Pero lo cierto fue que lo metió en un baúl y se lo trajo clandestinamente a España. Primero a Madrid. Y, luego, en el ténder del maquinista, hasta Talavera. Por si tenía alguna utilidad.

Como el invento no sirvió sino para malgastar espacio en un almacén oculto de armas y explosivos, el enlace le dijo al Aguardiente que iba a tirarlo al Tajo. Y, ni lerdo ni perezoso, el humilde oriundo de la ciudad de los mil y un escudos echó el cacharro al saco y se lo llevó en su burra hasta la choza de calicanto y techo de paja que habitaba. La máquina le gustaba un montón y pensó que quién sabía si algún día podría enchufarla en algún sitio y darse el gusto de escuchar a Estrellita Castro cuanto le diese la gana, sin andar pendiente de que la sacaran en Radio Nacional.

Y que mirase, Alicia, por dónde. Resultó que el Remedios, siempre tan apañado, le encontró una función prodigiosa el mismo día que un vendedor de coches de Plasencia le regaló una vieja dinamo de coche para que tuvieran en el conventillo más luz que la de las velas. Grabó varias veces a un jilguero enjaulado que le llevó el pastor y, como el que no quería la cosa, activaba el artilugio cuando llegaban los visitantes y los encandilaba con su trino. Calculándolo bien, cada media hora, César o él, dependiendo de lo que anduvieran haciendo en ese momento, se adentraban en el habitáculo donde habían situado el altar, descorrían la cortinilla del hostiario donde metieron la grabadora alemana y reactivaban la reproducción de los trinos del colorín hasta que se quedaban solos.

También, en ocasiones especiales, pasaban dentro a los peregrinos para que vieran levitar a César. La trampa no tenía complicaciones porque el aprendiz de brujo era menudillo y bastó con un cordel trasparente de nailon. Lo ataron a las vigas oscuras y colgaron de él un corsé de cuero tan curtido como la coraza de un soldado romano. Fray César, subido a una escalera, se embutía en su interior antes de que pasara la gente, de dos en dos como mucho, a contemplar el portento solo unos segundos. La cuerda quedaba a su espalda, donde no había luz, y nadie podía verla. Ni queriendo. Luego, con los brazos en cruz, aguantaba una hora o lo que se terciase, hasta que no podía más y avisaba al Remedios de su agotamiento rezando un Padre Nuestro y pronunciando tres veces el Amén final.

Para mudar el agua en vino, como Jesucristo en las bodas de Caná, usaron una quina casera de Arganda que le encantaba a César porque su madre se la daba de chico en una taza, mezclada con yemas de huevo. Ella decía que lo hacía para que creciese, pero su catecúmeno, satirizaba entonces el Remedios, nunca salió del uno cincuenta y seis ni superó los sesenta de peso. Él no podía evitarlo, pero no era para reírse. En absoluto. Que su mancebo no se libró de la mili por un puñetero centímetro de menos.

Para compensarlo, más chulo que el patriarca de los Farrucos, César aseguraba que, gracias a esa receta, nunca le fallaron los músculos. Ninguno. Ni los de la tercera pierna. Y añadía que a correr, lo que se decía a correr como un perseguido por la justicia, no le ganaba ni el Jesse Owens ese. Para certificarlo, el Remedios tiró de cosecha propia y añadió, coquetón, que la quina le había ayudado mucho a ser tan dulce y tan guapo como era. ¡Porque a ver!

El Aguardiente encargaba garrafas enteras de quina en una bodega de Navalmoral. Se las llevaba, a lomos de borrico, en unos serones de esparto con pleitas tan fuertemente urdidas que servirían para captar a un toro con solo anudarle con saña las criadillas. Y finalmente, en el convento, solo era asunto de mezclar discretamente su contenido, más negro que el petróleo, con un poco de agua de Los Pilonés. Bendecida, por supuesto.

El truco consistía en sacar el líquido de una pila bautismal, de granito, que les había regalado un labrador agradecido. La había encontrado, les dijo, semienterrada

en una ermita derruida. Y afirmó, totalmente convencido, que la había descubierto gracias a una cara luminiscente, idéntica a la de fray Benedicto, que revoloteó un segundo sobre los restos sepultados. Que se fijasen si el rostro se parecía al del venerado monje que hasta tenía calva y brotaban de ella, con luz pero sin calor, unos rayos sonrosados que anunciaban la gloria. «Ya ves, Alicia», dijo el anciano cachondeándose de sí mismo, «voy de marica hasta en las apariciones».

Estuvieron a punto de prohibir que los visitantes probaran el morapio porque alguno ponía cara de asco cuando lo hacía. Pero fueron los menos. Solo los más expertos. Y no todos. De manera que, en la duda, viendo que la cata incrementaba las limosnas, optaron por correr el riesgo. Pero, por si acaso, acudieron al Nuevo Testamento para explicar que ellos no producían, ni por asomo, un caldo como aquel tan exquisito que Jesús sacó del agua en las bodas de Caná. El de allí, fermentado divinamente por el Hijo de Dios, era inimitable, el mejor elaborado de la historia. Pero el suyo, por lo menos, abría el apetito.

Con esos y otros milagros de andar por casa se ganaron tal devoción que las fuerzas vivas de la zona acabaron mosqueándose. Sobre todo algunos curas de las parroquias próximas que vieron menguar el tintineo de sus cepillos y el olor a pitanza de sus despensas. ¡Menos mal que los vecinos, dijo el Remedios, no perdieron la buena costumbre de llevarles la lengua del cerdo cuando había matanzas! Porque, si no, solo Dios sabía lo que les hubiera podido pasar.

La presión de los devotos fue tal que, a regañadientes, las autoridades les dejaron hacer. Hasta la pareja de la Guardia Civil pasaba de servicio por allí de vez en cuando para ver cómo iban las cosas y los números se santiguaban, de rodillas, ante la pequeña cruz de pino que colocaron sobre la entrada del cenobio. Después de todo, llegó a decir el obispo de Coria-Cáceres, no hacían daño a nadie y, por lo demás, ayudaban a sostener una devoción que solo el temor terrenal mantenía en pie.

Además, añadió el Remedios, fueron muy listos predicando la obediencia a la diócesis de Coria-Cáceres y elogiando la labor de quienes la dirigían. Primero lo hicieron, cuando empezaron, con el obispo Francisco Cavero. Y después del cincuenta, lo remataron con su sucesor, Manuel Llopis Ivorra, a quien subieron a los altares, con la aviesa intención de que llegara pronto a sus oídos, por haber creado la Asociación Benéfico-Constructora Virgen de Guadalupe, una institución que fomentó la edificación de viviendas para los humildes trabajadores cacereños.

Y en esas estaban, tan felices con sus perdices, cuando llegó Miguel. Al principio, tuvieron problemas para buscarle acomodo, pero lo consiguieron ampliando el conventillo por un lateral con adobe y techo de escobillas. Lo más peliagudo fue presentárselo a los visitantes habituales, empezando por los guardias civiles. Pero la sempiterna cara angelical del Cambio, bien rasurada, obró el milagro de la seducción. Y bastaron la presentación de una buena cédula de identidad acreditando que había nacido en Villaobispo y unos documentos perfectamente falseados de su paso por los carmelitas de León para que los números le dieran la bienvenida al

nuevo monje sin hacerle más preguntas.

De manera que Miguel se llamó fray Serafín. Y, por aquello de que lo abundante no daña cuando lo digiere la ignorancia, sus nuevos compañeros le convirtieron en un apóstol más de los prodigios. Que más valía que sobrase que no que zozobrase, ironizó el anciano.

Los falsos penitentes se pusieron a pensar en qué portentos podría obrar fray Serafín y cómo trampearlos. Y fue entonces cuando el propio Cambio recordó lo del pozo de sifón de su palacio e ideó el modo de hacer ver que andaba sobre el agua. Acordaron que, para que la comunidad de creyentes se integrara rápido, ese milagro fuera exclusivo de Miguel. Y que lo efectuase, nada más llegar la primavera, en las pozas donde la corriente era constante y suave, pero su empuje ocultaba los pies hasta los tobillos. Cortaron, a pico, un trozo de berrueco y lo cincelaron hasta que pareció un tablón. Luego buscaron el punto de Los Pilonos donde el torrente enturbiaba el agua más profunda y provocaba la sensación, engañando a la vista, de que el puente sumergido formaba parte del fondo granítico. No fue difícil encajarlo en los costados de una marmita de agua turbulenta que agitaba una diminuta pero sonora cascada. «Y ¡ebualá!», exclamó el Remedios. Un día de mucha afluencia de feligreses, a pleno sol, Miguel cruzó el arroyo de los Tres Cerros andando tan pancho sobre el agua. Como Jesús por el mar de Galilea.

El Cambio llegó al convento en un caballo. Vino, explicó el Remedios, con una reata de mulas de carga derrengadas por el peso de sus armas y dos tercios largos del tesoro que había robado. El resto, añadió, se lo había pasado a Mimí asegurándole que pronto volvería a recogerlo. Para que lo escondiese. De haberle dicho la verdad, además de montarle otra buena, ella no lo habría cogido. Y, posiblemente, habría intuido que Miguel, en realidad, no pensaba volver nunca. Por eso hizo lo que tenía que hacer y le dijo lo que tenía que decirle, resolvió el anciano. Para dejarle la parte sustanciosa de lo sustraído, las riquezas que sin duda se merecía, aunque no las necesitase, por todos los favores que le hizo y el mucho amor que le había dado siempre.

Al Remedios le explicó que su idea era pasar un tiempo con él. Hasta que se enfriasen las cosas. Y luego se iría al Perú. En definitiva, que lo único que pretendía era llevar a cabo lo que pensó desde el principio de la quema política y vital que había sufrido.

¡Buena gana! Porque una circunstancia inesperada cambió por completo el rumbo de su decisión. Un miembro del partido le llevó al piso de Ibiza un mensaje de Alba Inés. Estaba en Toulouse y le invitaba a irse con ella. Su guerra chica, la guerrilla, decía irónicamente, había terminado. No había nada que hacer en ese punto. Tocaba otra labor, la de hormiguita. Y había mucho que currar. Posiblemente, abundaba, regresarían a España para infiltrarse en las instituciones españolas. Trabajarían en el norte, en las minas de Asturias. Y allí, además de hacer entrismo en los gremios verticales, construirían sindicatos de clase clandestinos. Volverían a empezar. Desde

la base.

Para sorpresa de Miguel, Mimí no se tiró de los pelos cuando leyó el mensaje. Ni lo ocultó. Todo lo contrario. Se lo llevó personalmente a Miguel sin perder un solo día. Y hubo más. Se quedó de piedra cuando vio, antes de volverse a Madrid, que lo único que hizo el Cambio fue reírse cariñosamente del escrito. Quería a Libertad, pero no se imaginaba a sí mismo haciendo la vida militante que le proponía. Y no porque no fuera capaz. Que lo era. No. Lo que pasaba, le explicó al Remedios y a Mimí, era que ya no tenía la fe necesaria para aguantar. Podría, en todo caso, hacerlo por amor. Pero tampoco lo veía. A su blindado entender, debía pensárselo un poco antes de tomar una decisión definitiva. Y resolvió que, precisamente por eso, lo mejor era quedarse allí y hacer recuento de sus pasiones y pensamientos al lado de su imperecedero amigo. Junto a él, el Remedios, a quien tanto quería.

La declaración de amistad fue tan carnal que César, presente cuando la expresó, experimentó los celos más enrabiados de su vida. Mirando de soslayo al Cambio, confiando en que le oyera, susurró entre dientes: «¡Putá maricona!». Pero, de inmediato, se sintió profundamente estúpido. Y, avergonzado, rogó que le perdonasen. «Ha sido la puñetera pelusa», dijo para excusarse.

Pero no.

A trompicones

Durante el par de años que disfrutó de Los Pilonos, Miguel repasó con el Remedios, rellenando agujeros de la memoria con el intercambio de los recuerdos comunes, toda su vida anterior. El anciano lo dijo así, distraídamente, mientras extraviaba la mirada en la figura de Silvia, una hermosa rubia de ojos claros, dulce y madurita, que atendía las mesas del Manolo ayudando al Fonsfredo de ocasión. La *doctorsita* observó su mirada impúdica y sonrió como diciéndole «pero tú de qué vas». Tuvo que carraspear intencionadamente para que se concentrase y retornase al grano. Y él, sobresaltado, le pidió disculpas. ¡Qué le iba a hacer!, sonrió. No era cuestión de sexo. Y menos a su edad. Pero amaba la belleza y, a qué engañarla, le gustaba el tipo menudillo que seguía manteniendo aquella joven abuela a la que conocía desde hacía algún tiempo.

Retomó el discurso. ¿Le había escuchado? ¿Sí? ¿Se había dado cuenta?, preguntó. Y que sí, hombre, que sí. Pues lo dicho, dijo. Gracias a esas largas conversaciones podía contarle ahora tantos datos precisos de la vida hasta entonces oculta del Cambiao. Incluso sus reflexiones e inquietudes. Porque esas charlas fueron las que le permitieron profundizar, sin arropo, hasta la nuez de su secreto.

¡Qué meses babilónicos!, recordó admirado. Hasta César asistió, pasmado, al recuento de las aventuras y desventuras que ambos tejieron a retales, sin más costurero que un sencillo pasaba por aquí de la memoria. Los inviernos charlaban incesantemente bajo la campana de la reducida chimenea, al calor de la lumbre y la trémula luz de las escasas mariposas de aceite. Lo hacían sentados en tajillos de madera que ellos mismos habían fabricado tras serrar y pasar el formón a viejos troncos de castaño pelados por el rayo. Y jugaban al trueque de los chismes, como adolescentes, mientras se achispaban sorbiendo en sus escudillas de fresno un licor casero de cereza, calentito como queimada de meigas, que sostenían en el cuenco de las manos para calentárselas.

En verano, por el contrario, salían a la fresca con una bota de vino y contemplaban la bóveda celeste mientras se entretenían compitiendo por idear el cuento más bonito del mundo. En todo aquel tiempo, no hubo nadie que superase el

que narró el Remedios sobre las estrellas propias que acompañan a todos los niños cuando nacen, pero no ven jamás porque solo lucen cuando están dormidos.

Por lo demás, en primavera y otoño se apeaban al raso y se escudaban con la sombra de un castaño si Lorenzo pegaba de lo suyo o se refugiaban en el pórtico del cenobio cuando el dios de la lluvia lloraba sobre el Jerte. Aunque siempre cuidándose mucho de guarecer sus cuerpos del relente que originaba el cierzo fuera cual fuese la estación. Porque, aunque soplaba flojo en esa zona, el viento del norte desternillaba las juntas y asaeteaba el temple cada dos por tres. Que las corrientes, allí, eran como las famosas de Madrid que mataban a las viejas, pero no apagaban los candiles.

Al Cambiao, además, le sentó muy bien el retiro porque, mientras cavilaba sin parar, se le fue un poco la olla y disfrutó de las simplezas de la vida. Reflexionó como nunca lo había hecho sobre el sentido de la existencia y otras cosas así, dijo el Remedios llevándose el índice a la sien. Y hasta enloqueció un poquito cuando, como san Francisco, se puso a hablar con los animales sin que le hicieran ni puñetero caso. Había que verlo intentando convencer a una nutria de fuese a saber Alicia qué tontería, persiguiendo sigilosamente a un gato montés para confesarse con él o buscando a un desmán en un recodo del regato para preguntarle sobre los secretos de la oscuridad.

Sí, un desmán, explicó el Remedios al ver la cara de asombro que había puesto Alicia. Es decir, una rata trompetera. Se trataba de un pequeño insectívoro que solo salía tras anochecer y succionaba mosquitos por una nariz semejante a la de un oso hormiguero, pero en pequeñina. Era más difícil toparse con el bicho que encontrar un prestamista honrado. Pero a Miguel le daba igual. Decía que le sobraba tiempo y que perderlo en tarea tan peliaguda le alegraba el alma porque se entretenía más que oyendo a Gila en la radio. Y eso, Alicia, era casi exagerar. Porque Miguel Gila, remató el Remedios, le gustaba al Cambiao más que una tiza a un tonto de remate.

Su buen amigo también aprendió a distinguir las aves que revoloteaban sobre el valle y sus riscos aunque, afortunadamente, no le dio por discutir con ellas como hacía con las cabras montesas. De lejos, por supuesto. Sonrió al contarlo. Un águila real, posiblemente, no le hubiera tolerado los airados chillidos con los que asustaba a los arrendajos o las oropéndolas ni los alaridos que, haciendo altavoz con las manos, sin ningún fundamento, lanzaba a los búhos reales y los halcones abejeros que, de seguro, le avizoraban con más asombro que disgusto. Solo frenó un poco sus insensateces cuando en una ocasión, paseando al descubierto, un buitre leonado bajó en picado sobre él y le pegó tal susto que, desde entonces, además de guardar silencio, se refugiaba debajo de los robles con solo verlos asomar en lontananza.

Pasado el tiempo fue tanto de notar su aburrimiento que llegó al punto de querer aprender el castúo, la jerga que tanto había admirado de pequeño. Y durante más de un mes forzó al Remedios a exprimir la memoria para que le enseñase lo poco o mucho que seguía recordando del dialecto. Pero el zurcidor multiusos no tardó en convencerle de que sus conocimientos no daban para tanto. Comprendía su

curiosidad, dijo, pero si Unamuno no pudo seducir a José María Gabriel y Galán para que elaborase un vocabulario extremeño, menos le iba a persuadir a él su chalado amigo de que abordase una tarea semejante. Y mucho menos, añadió con algo de mala hostia, sobre una jerigonza más verraca y machista que el pensamiento de un doctor alfaquí. Que no, hombre, que no. Que no podía olvidar lo que decía un personaje del famoso autor de *El mijón de los castúos*, el poeta Luis Chamizo, cuando afirmaba que le *jedían* los *hombris* que son medio *jembras*. Y qué decir sobre la definición que hacía de los propios extremeños: «Porque *semos* asina, *semos* pardos, del *coló* de la tierra, los nietos de los machos que otros días triunfaron en América». Si era que... Y, encima, venga a darle que le daban al laísmo, el loísmo, el leísmo y el yeísmo. O la manía de aspirar la hache. Las *joces*, las *jachas*, los *jombres*. ¡Joder con las jotas!, dijo echando la chapa a su discurso.

Con todo, el empeño de Miguel acabó haciendo mella. Cerril, más extremeño de cepa que Pizarro, tan bruto de morral que se ganaba a pulso la mayúscula inicial del anarquista de la bomba, acabó saliéndose en parte con la suya. Y le obligó, tozudo, a enseñarle lo poco que sabía mientras él tomaba notas en su cuaderno escolar con un consumido lápiz de carpintero.

Al final, el Remedios tuvo que tocarle los huevos, metafóricamente hablando, para que se rindiese de una puñetera vez, que dijo con grosería. Le habló en castúo cerrado, utilizando el puñado de palabros que recordaba. Pero sin traducírselo. Y le decía: «Me tienes *aginao* con tu machaquina de *nenarrache*». Y, a sabiendas de que no lo era, le insultaba llamándole *cagarranche*. Y *chaparandusco*. O espetándole que era un *deshalamío*. Y, en ocasiones, cuando se cabreaba mucho, le soltaba que era un *espetaperro*. O lo mandaba a hacer puñetas, gesticulando despectivamente, con un *bustedái*.

El cachondeo que se trajo acabó gustándole cuando comprobó que a Miguel le hervía tanto la mala leche que se le salía del cazo. Fue entonces cuando arreció en las coñas hasta que la víctima no pudo más. Un buen día, por fin, capituló. Y él, el Remedios, dejó de torturarlo con una expresión que tampoco tradujo. Ni falta que hizo. «¡Ya era hora de que soltaras el *percuho!*», concluyó aspirando la hache y echándola como un toro por los agujeros dilatados de la nariz.

Vueltos al aburrimiento de la cotidianidad, disfrutaron tan a gusto de la vida contemplativa que tenía que pasar lo que acabó pasando. Un peregrino que venía de donde más temían que llegase nadie se presentó en la choza a primeros del cincuenta y cuatro. ¿Que de dónde venía? ¡Pues de dónde iba a ser, niña! Del mismísimo Torrealba. Prefería no contar el acojone que les entró a todos. Sobre todo cuando Venancio, como dijo llamarse, reconoció al Cambio.

Lo que pasó entonces confirmó que la vera de la garganta de los Infiernos era tierra de milagros en verdad. Porque, para ser tan beato, el romero también daba en devoto de la persona y la leyenda del Cambio. Tanto que, delante del Cristo de madera que presidía el altar, arrodillado, juró que nunca revelaría su secreto.

Después, convencido hasta las cachas de su santidad porque el Cambio había pasado de rojo a penitente, le pidió su bendición. Y, en laica y prolongada confesión, no solo le contó sus cuitas pecaminosas, sino cómo le iba al pueblo. Singularmente, lo que se decía de su padre, don Alejandro.

El anciano marqués, relató Venancio, andaba en las últimas. Apenas si salía de la cama. Y se decía que lo único que le mantenía vivo, más allá del cuidado meticuloso de los Piteras y de doña Edurne Arrizabalaga, era la esperanza de volver a ver a su pobre hijo pródigo. Porque en el pueblo ya se conocían las trapacerías que le había hecho de muchacho, e incluso de mayor, pero se había corrido la voz de que estaba arrepentido hasta las potras y no quería dañarla sin que le perdonase. El torrealbeño tampoco ocultó que, a esas alturas de la copla, todo el mundo daba por muerto a Miguel. Salvo el Bizco, atestiguó. El falangista no dejaba de despotricar contra el Cambio cuando se emborrachaba en los bares del pueblo. Y era más. Hacía poco, el último Domingo de Ramos, sin ningún respeto por los feligreses que acudían a la misa del mediodía con sus palmas y ramas de olivo, tan contentos, salió beodo a la plaza y se puso a pegar tiros al aire delante de los niños mientras se cagaba en los muertos del marqués y su maldito hijo.

El paisano aprovechó que hablaban del Bizco para preguntarle a Miguel, ya sin hostias comulgado, sobre un tal Lázaro a quien nadie conocía en Torrealba, pero del que hablaban mucho por Almoharín y los pueblos del otro lado de la sierra montanchega. Se lo decía, precisó, porque el falangista consideraba que el tal Lázaro era el jefe de la última partida de guerrilleros que quedaba en Cáceres y estaba convencido de que si el Cambio volvía por allí, acudiría a buscarlo. Y, entonces, conjeturaba, los cazaría juntos.

El Cambio le había preguntado entonces al Remedios por qué nunca había oído hablar de ese misterioso Lázaro. Y el Rey de las Chapuzas le replicó que tampoco sabía, pero que a lo mejor formaba parte de la partida del Veneno. Porque le habían dicho que era la última que quedaba por allí. Y que, por cierto, andaba tan tocada que, más que pelear, sobrevivía. De hecho, añadió, uno de Cañamero que cruzó por Los Pilonos hacía unos pocos días, justo cuando Miguel se fue a Yuste para satisfacer el deseo infantil de visitar el monasterio donde se retiró el primer Carlos de España, le dijo que el pobre Veneno seguía confiando en que algún día el partido los auxiliaría para salir de España. «¡Pues está *apañado!*», comentó Miguel con un punto de mordacidad. Lo mejor que podían hacer el Veneno y los suyos, si no querían acabar más asaetados que san Sebastián, era irse a Francia. Aunque fuera por su cuenta. Porque si esperaban la ayuda del aparato, andaban listos. Desde luego, concluyó sarcástico, lo del Veneno sí que era tener fe. Y de la gorda.

En apariencia, la visita del Venancio no cambió nada. Pero dejó sembrada una duda terrible que les hizo meditar profundamente e inquietó a todos por igual. Un día, como quien no, Miguel acabó verbalizando, mientras almorzaban, la preocupación colectiva. ¿Cuánto tardarían en descubrirlos fuese por accidente o por traición?,

preguntó al aire. Y el Remedios quiso mentirle piadosamente afirmando lo contrario de lo que pensaba. ¡Qué iba a pasar, nada! ¡Menuda tontería! Pero viendo la expresión resuelta de su amigo retuvo en la boca el comentario que iba a desarrollar, trituró las palabras como si fuera un mastín que moliera su hueso y, meneando la nuez como un pavo, acabó deglutiéndolas como si fueran bellotas.

Miguel concluyó que tenía que irse y ni César ni el Remedios se atrevieron a replicarle. Lo único que hicieron fue dudar si lo mejor era que se fuese por las buenas y desapareciese de un día para otro o darlo por muerto y decir que lo habían enterrado en la parte posterior del conventillo para que el despiste fuese definitivo. Convinieron que lo más adecuado, lo que evitaría preguntas posteriores, sería fingir una enfermedad que se lo llevase al paraíso. Expondrían sus restos en el claustro, empolvando adecuadamente su rostro y sus manos de cadáver, y lo enterrarían veinticuatro horas después, de falsillo, en una ceremonia que, por su expreso último deseo, se celebraría en la intimidad.

Solo quedó por decidir adónde iría Miguel cuando huyese sin que nadie le viera. Y fue el propio Cambio, siguiendo las enseñanzas de la vida guerrillera, quien optó por planearlo en secreto. Para que no pensaran ni de rozadilla que desconfiaba de ellos, dijo que las cosas les irían mejor cuanto menos supieran. Porque, acentuó, en asuntos como ese toda prevención siempre era poca.

Para entonces, una meditada reflexión había descascarillado la inquietud más profunda de Miguel desde que las traiciones le mellaron el alma. Tras la muerte del Recogío no había dejado de huir de aquí para allá. Y aunque había abandonado la idea fija de escapar al Perú, seguía confiando en que la fortuna le permitiría zafarse aún más allá, cada vez más lejos, hasta no sabía dónde.

La vida relajada había influido mucho. Pero la convicción de que la huida a Perú y la pretensión de rebasar el *non plus ultra* habían sido una quimera, el punto de inflexión definitivo lo estableció un viejo poema de Constantin Kavafis. Un día, recordando la edición inglesa del poemario del rapsoda griego que su padre guardó en la biblioteca del palacio, había releído mentalmente *La ciudad*, ese mausoleo literario erigido a mayor gloria de la esperanza imposible. Viajando de uno a otro, se dijo, siempre huiría hacia el mismo país. Al que habitaba. Porque, fuera donde fuese, llevaría consigo a esa España desangrada que amaba más allá de la razón. Y porque, al tiempo, comprendió que la auténtica meta que había perseguido toda su vida, de verdad, había sido la del conocimiento de sí mismo. Y, por eso, ultimó, si tenía que partir hacia algún puerto, era el de su corazón. Solo así arribaría donde podía encontrar la paz interior que deseaba.

Podía asimilar que no hubiese captado el sentimiento en su plenitud cuando, siendo adolescente, leyó a Kant en aquella misma biblioteca. Pero en esos meses de meditación vividos en la garganta del Infierno, leyendo los latinajos que almacenaban en el conventillo para seducir a los campesinos ignorantes con sus agrietados lomos de cuero, ¿cómo no lo entendió tras releer la epístola sobre Ulises que el adormilado

Horacio dirigió a su buen amigo Lolius? «*Dimidium facti, qui coepit, habet: sapere aude, incipe*». Miguel, en Los Picones, no había exclamado ¡eureka!, de milagro. Solo «¡hostias, Pedrín!», satirizó el Remedios. Y tradujo: «Quien ha comenzado ya ha hecho la mitad: atrévete a saber, empieza». Fue un ¡hostias, Pedrín!, repitió el anciano como si revelase el secreto de la Santísima Trinidad, más cimentado que el Empire Estate Building. Porque sí. Porque era eso. Porque su amigo había hecho la mitad del camino y era el momento de recorrer el laberinto de la vuelta a empezar.

Deslumbrado, Miguel falló contra sí mismo la última sentencia. Renunció a la fortuna del atraco y resolvió quedarse solo con lo que estimó necesario para concluir su viaje definitivo a Francia. Repartió mentalmente el dinero. Mimí se quedaría con lo que le había dejado en Madrid. Al Remedios y César les dejaría una parte sustanciosa por si el día de mañana. Y, para finalizar, buscaría a Lázaro y le diría cómo escapar en taxi hasta Fuenterrabía y pasar a Francia por la playa de los Frailes. Le entregaría un buen fajo de billetes que le cubrieran los gastos, incluso la motora que le pasaría al otro lado si hacía falta. Quería, se dijo, darse el gusto de conseguir que Lázaro y los suyos, fueran o no el Veneno y su partida, tuvieran la oportunidad de hacer lo mismo que pensaba hacer él cuando visitara a su padre por última vez.

Había tardado lo suyo en fijar el propósito. Pero lo tuvo rotundamente claro cuando, en la duermevela de la siesta que siguió a un copioso almuerzo, contempló a su lado el rostro diáfano de Alba Inés. Olió las emanaciones infantiles de su pelo oscuro y aterciopelado, la confitada fragancia de su cuello. Sintió cómo se filtraba por sus costillas el estremecimiento primario de los senos y cómo toda ella, después, se derretía sobre las sábanas como un sueño de mantequilla azucarada. Y, finalmente, embriagado, advirtió que aquella presencia lenificadora, absolutamente posesiva, se derramaba en su interior y, sin pronunciar palabra alguna, susurraba que le estaba esperando porque solo le quedaba un refugio a donde huir. El de su cuerpo.

¡Ay! ¡Dónde estaría en ese instante el cuerpo serrano de su morena!, había carraspeado mientras despabilaba, sonriendo atontado. Porque se iba a ir con ella, sí. Haría lo que fuese. Cualquier cosa menos las estupideces que tenía programadas. Nunca visitaría Perú, ni viviría en Francia o en cualquier otro lugar si no era con ella. Jamás volvería a juzgar el mundo bajo la influencia exclusiva del peso insoportable de las traiciones, la amargura de los desengaños o el dolor de las pérdidas. No. Siempre estarían ahí, como contrapeso, el fermento del amor y la levadura de la esperanza. Siempre, siempre, le quedaría el recuelo de la alegría, la posibilidad de plantar cara a lo bueno, lo malo y hasta lo regular en su compañía. Lo había entendido definitivamente. Solo se vivía dando traspiés. A trompicones.

Únicamente quedaba por superar la parafernalia del entierro. Pidieron al Aguardiente que pregonara, sin exagerar, la muerte de fray Serafín. Tampoco convenía que acudiera mucho personal. Bastaba con la presencia de unos pocos testigos que extendieran la noticia. Y que dijeran eso que cantaban las viudas en secreto cuando fallecían sus esposos aburridos: «Tú en el cielo y yo en la gloria». Y

así todos contentos. A volar.

Aprovechando el buen tiempo que llevó la primavera del cincuenta y cinco, construyeron un humilde mausoleo con troncos de abedul y escobillas entrelazadas junto a la entrada del cenobio. Organizaron una misa a la que debía seguir una corta ceremonia de despedida en la que los vecinos podrían despedirse de su venerado monje Serafín. Y eso también. Cuidaron de que los feligreses se colocasen detrás de una valla rudimentaria que cercaba el túmulo mortuorio y quedaba lo suficientemente alejada como para evitar que apreciaran los detalles del empolvado cadáver o que advirtieran los ligeros espasmos del pecho de Miguel cuando se veía obligado a respirar más hondo.

Lo demás quedó en manos del Remedios y su afamado buen gusto, dijo de sí mismo totalmente engolado. Como si hablara de Oscar Wilde. Y Alicia se burló de su petulancia. «Ya dices tú mismo, Federico, eso de que, al potro, lo alabe otro», le espetó cariñosamente. Y el anciano, un tanto avergonzado, no se arrugó más porque no pudo. Pero se sonrojó como una mozuela.

Para que reposase sobre el catafalco, Remedios le preparó a Miguel un colchón de plumas y una almohada rellena de algodón que revistió de seda rosa. Luego le vistió con un sayo marrón de estreno y le calzó unas sandalias de cuero oscuro para que destacara más su piel maquillada de muerte antes de empolvarle el rostro y las manos con un talco casero blanco como la escarcha y tan pegajoso que, solo con sonreír, se le agrietaba el cutis. Finalmente, después de rodear su cuerpo con las multicolores orquídeas del valle, puso entre sus manos un rosario de perlas y un pequeño libro de oraciones y le coronó con un ramo de laurel entrelazado que para sí hubiera deseado Julio César en sus mejores marchas triunfales.

Lo único que no previeron fue la devoción que habían incubado en el alma de aquellos campesinos. Sin casi darse cuenta, se convirtieron en un auténtico referente espiritual contra la miseria. La sana ignorancia hizo de sus figuras iconos de esperanza. Y no solo celestial. También terrena.

Centenares de fieles acudieron a la misa. La campa que rodeaba el conventillo se desbordó en poco tiempo. Mujeres y hombres de todas las edades oraban de rodillas sobre la hierba, lloraban desgarradoramente la muerte de fray Serafín. La pareja habitual de la Guardia Civil no sabía qué hacer, ni César y el Remedios pudieron contener aquel fervor popular. Miguel, asustado, empezó a sudar. Pero, afortunadamente, solo se le perló la frente. Y apenas.

Aguantó lo inimaginable. Hasta que todo reventó. Una mujer enloquecida se coló por debajo del tronco de la valla y corrió, veloz, hasta el silente fraile. Besó sus manos y elevó el rostro al cielo para pedir a gritos que Dios le acogiera en su seno. Fue un torrente. Otros parroquianos, sobre todo mujeres, desbordaron la protección sin atender los ruegos del Remedios de que respetasen el cadáver. Una anciana, febril, tiró de una sandalia y se la llevó. Un campesino que le acompañaba, borracho de fe, sacó su navaja y cortó un trozo de la manga del hábito. Y los que, acto seguido,

rodearon el túmulo mortuorio arramblaron con el libro de oraciones, las flores, la corona de laurel y hasta se llevaron, a tijeretazos, pedazos de su ropa.

Todos querían hacerse con una reliquia. Y Miguel, asustado, no pudo aguantar más el disimulo cuando una vieja revestida de negro, totalmente convencida de que no le iba a hacer daño al muerto por eso mismo, porque ya estaba muerto, le agarró un mechón de pelos y tiró con tanta fuerza que, aunque no se lo arrancó, le arrastró hasta el borde de la colchoneta y acabó tirándole al suelo. No se deslomó porque cayó bien. Pero lo que siguió fue ponerse en pie y, soltando alaridos, salir corriendo como liebre que huyese de un galgo rabioso que le holicase el rabo.

Cuando al fin se detuvo, sofocado, se encontró a sí mismo escondido en el enmarañado robledal vecino, acurrucado entre los tojos y las zarzas y titiritando aún por el susto que le dieron. Tardó en rehacerse y serenar el ánimo hasta reflexionar sobre lo ocurrido. Se convenció de que todo su plan se había ido al traste. Y se desmoronó. Esperó pacientemente a que se hiciera de noche y, cuando comprobó que no quedaban visitantes en el cenobio ni en los alrededores, regresó a escondidas. Aunque tanteando el terreno cuidadosamente. Por si la Guardia Civil.

La sorpresa que se llevó fue de órdago y muy señor suyo. Tan grande que no podía creer lo que le contó el Remedios de que todo el mundo había considerado un milagro lo ocurrido. Ahí lo tenía. Era un resucitado. Nada menos. Como Jesús tras la crucifixión. No, habían dicho sus fieles, si ya mostraba dotes flotando en el agua como él. Así que sentenciaron que, corriendo y corriendo, el espíritu del beato Serafín había echado a volar, llevándose consigo al paraíso, a horcajadas, su propio cadáver redivivo. El mismo Señor había sido testigo. No hubo peregrino, hizo constar el Remedios, que no avalase lo sucedido. El círculo solar, certificaron, se había hecho más y más grande mientras la figura del monje se disolvía en la línea celeste del horizonte, allá donde se unía la tierra con el cielo. Y todos juraron que el astro acabó transformándose en un cendal de luz cegadora, una pupila incandescente dentro de un inmenso iris circular. ¡El ojo de Dios!, gritaron. ¡Era el ojo de Dios! El Supremo Hacedor, aseguraron, había querido estar presente en la ascensión a los cielos de su ahijado. «Y velahí la inmensa grandeza del prodigio», dijo el Remedios con sorna. Pero tocó madera.

Mientras decidía si reírse o echarse a llorar, Miguel empezó a empaquetar sus cosas para salir del valle escopetado. No quiso ni dormir unas horas. Se despidió del Remedios y César tan profundamente agradecido como ellos emocionados. Sin atender sus protestas, les entregó la parte correspondiente de su fortuna dentro de un saco de arpillera. Después, cargó una pequeña mula, cinchó el percherón y solo un par de horas más tarde, cuando boqueaba la noche a sus espaldas, llamó a la puerta de la choza donde vivía el viejo Aguardiente.

El rabadán no sabía nada cuando Miguel se lo contó. Se quedó pedrusco. Pero coincidió con él en que no debían pensárselo un segundo. Se irían, pitando, lo más lejos posible. ¡Tanto como lejos!, replicó el Cambio. A él le bastaba, precisó, que le

hiciera un último servicio. Debía ponerle en contacto, cuanto antes, con alguien fiable de la sierra de San Cristóbal o la de Santa Cruz. Pretendía, explicó, encontrar a Lázaro o alguno de sus guerrilleros. A ser posible, si no eran la misma persona, con el mismísimo Francisco Blancas Pino, «el Veneno», a quien le tenía ley porque le conoció antes de que su jefe, Chaquetalarga, se diera el piro a Francia por las buenas, dejando a la Goyería, su mujer, abandonada en el monte. ¡Qué historia!, comentó el Remedios a la sorprendida Alicia. Fue muy sonada porque el muy morrazo le dijo que se iba a buscar patatas y nada, como el que se fue a comprar tabaco. No volvió nunca. La dejó tirada. Aquello dolió mucho a la gente porque había sido un gran luchador. Pero la vida tenía esas cosas, sentenció el anciano con indisimulada amargura.

El Aguardiente le comentó que conocía a una persona con la que podría dejarle. Y no porque sí. Era amigo suyo. Otro pastor como él a quien apodaban el Mayoral. Se llamaba Victorino Cortés y era un hombre de bien más discreto que un confesor sincero. Cabal donde los hubiese, valiente, noble, hecho de una pieza. ¡Qué más le iba a decir! ¡Ah, sí! Y encima laico y republicano hasta las cachas. Se la había jugado por la guerrilla muchas veces y podía fiarse de él. Plenamente.

Había sido aprendiz de carpintero con el primer alcalde republicano de Almoharín, Eladio Trejo Gómez, quien se salvó de ser fusilado porque, aprovechando el lío de los primeros días del golpe de Estado, consiguió un salvoconducto a nombre de José Expósito y huyó a Salamanca. Allí le descubrieron en abril del treinta y ocho. Pero, para entonces, el furor asesino de los primeros días ya había pasado y, tras juzgarle en un Consejo de Guerra, le cayeron nueve años por auxiliar a la rebelión contra los rebeldes. ¡Ya veía qué cosas!

El propio Victorino le había contado que el hombre fue desterrado a Valencia en el cuarenta y uno y acabó muriendo en Cáceres, víctima de los malos tratos sufridos, solo un año después. Fue cuando, aterrorizado por esa y otras atrocidades cometidas por los falangistas y los guardias en el pueblo, se echó a pastorear. A veces, durmiendo a su lado en un bohío, recordó el Aguardiente, le había oído contar en sueños la noche que pasó escondido en el monte cuando estalló la guerra. Al día siguiente se enteró de que habían fusilado en el cercano Valdefuentes, sin juicio, a catorce vecinos de Almoharín. Otras veces que le acompañó en el bohío, el pobre rechinaba los dientes contándose a sí mismo, dormido, cómo vio, sin querer, que los regulares asesinaban meses después a otros doce almoharinenses en el puente sobre el río Búrdalo. Un día se despertó sudando la gota gorda, horrorizado, y comentó que en esos meses de ira injustificada fueron ejecutados cincuenta parroquianos y cinco mujeres de su pueblo.

La misma mañana que siguió al portentoso acontecimiento de Los Pilonés, el Aguardiente llevó su majada hasta el redil de otro zagal vecino para que se la cuidara mientras iba a visitar, dijo, a un familiar enfermo. Y esa misma noche, libre de compromisos laborales, ayudó a Miguel a cargar la caballeriza y, tras cincharle los

arreos a una burra y un mulo de carga que se dejaban montar, iniciaron el viaje, guiados por la luna, hasta los alrededores de Almoharín.

La alborada les pilló cruzando el Tajo por Almaraz en una recia gabarra de troncos anudados con alambres entrelazados que tenían el tamaño de un meñique. El barquero la había fijado bien, con gruesas sogas, a los rudimentarios amarraderos de las dos orillas. Y tuvieron que ayudarle a tirar con fuerza de las cuerdas para imponerse a la fuerte corriente de la primavera. Luego, marchando siempre por senderos serranos apenas desbrozados, atravesaron la sierra de Guadalupe hasta Cañamero y bajaron desde allí hacia Campo Lugar para, finalmente, anclar sus molidas posaderas en un candelecho próximo a la dehesa de Las Reinas.

El bohío, reforzado con calicanto y pizarra, era un escondite perfecto porque se encontraba a refugio de canchales casi inaccesibles que rodeaban dos pequeños afluentes del Guadiana, el río Búrdalo y el apenas encharcado Burdalillo. El sitio le fue que ni al pelo porque puso allí su cuartel, más de soldado raso que de general, y se dispuso a encontrar a sus desconocidos, pero referenciales, guerrilleros. Deseaba demostrar al universo y a sí mismo, destacó el Remedios, que si Dios escribía recto con renglones torcidos, los hombres eran capaces de hacer algo más difícil todavía. Araban su destino sinuoso con surcos más derechos que los renglones rectilíneos.

El último campamento

De un día para otro, al Remedios le empezaron a temblar las manos y los labios. Incluso la lengua. Fue como si sufriera demencia senil. O Alzheimer. O que, quizás, hubiera elegido olvidar y recorrer el final de su existencia al revés. Volviendo a ser un adolescente. Y luego un niño. Y después un bebé. Hasta acabar siendo lo que fue en sus orígenes. Nadie. Nada.

Los sábados siguientes pareció estar realizando un último esfuerzo para acabar de contar la historia del Cambio. Pero Alicia le quitó importancia. Pensaba que se moría tan vivo como siempre. Inquieta, comprobó que le quería como no lo había querido nunca antes, como amó a su abuela cuando la sostenía sobre las rodillas y le cantaba canciones infantiles de las que apenas si recordaba la tonadilla.

El Mayoral explicó a sus invitados que Lázaro era un guerrillero solitario que había combatido con el comandante Honorio. Otro león, dijo el Remedios. Como Girón o el Francés, pero más bruto. Había nacido en la comarca badajocense de la Siberia. En Villarta de los Montes, para ser exactos. Y se notaba. Aunque, tenía que decirlo todo, no le faltó carisma. Y prestigio. Sobre todo cuando atracó el Banco Español de Crédito de Puertollano y se llevó doscientas cincuenta mil pesetas de vellón.

Lázaro estuvo con él hasta poco antes de que cayera en una trampa que le montó la Guardia Civil en la sierra del Carrizal de Retuerta del Bullaque, por Ciudad Real, cuando marchaba acompañado por otro fiero extremeño, el Manco de Agudo. Los cazaron en un chozo de cabreros. ¡Y qué le iba a decir que ya no adivinara!, explicó a la muchacha con despecho. Lo de siempre. Fue lo de siempre. Otra vez hicieron de las suyas los colaboradores del coronel Eulogio Limia, especialista en transformar en chivatos a los guerrilleros que detenía. Por las buenas o por las malas.

En esa ocasión, el colmo fue que los chivatos incluso compitieron por atribuirse el mérito de la traición. Y fueron dos los que se apuntaron el tanto, según el coronel Limia. Uno, el Palmero. Y otro, Pedro el Cruel. ¡Bonito nombre!, ironizó el Remedios. Los guardias civiles acribillaron a los dos pacenses y a otro compañero

que llamaban el Parrala dentro de la choza. Pero los tres, que habían caído heridos en la lumbre, tuvieron fuerzas y arrestos suficientes para salir al raso con las ropas quemadas y siguieron disparando hasta caer, de bruces, sobre la nieve ensangrentada de febrero.

El de Almoharín añadió que era imposible contactar con Lázaro, de quien desconocía hasta su nombre de pila. De hecho, nunca había podido hacerlo cuando quiso buscarlo. Solo se contactaba al revés. Si era él quien lo buscaba. De manera que, si querían verlo, tendrían que esperar.

Lo único que les exigió fue esconder bien las monturas o desprenderse de ellas. Mejor lo último. Y también que, si aguardaban, lo hicieran trabajando en la majada o elaborando quesos. Porque él, explicó, era de los que bajaba hasta Almoharín o se acercaba a otros pueblos próximos a vender leche fresca en cántaros que colocaba en las aguaderas del burro. Pero, como estaba solo, únicamente lo hacía de vez en cuando. Ya sabían. Por no dejar los corrales abandonados mucho tiempo, solo al cuidado de los mastines. Prefería elaborar algunos quesos tiernos, con su cuajo y su sal, y venderlos con rapidez, dejando unos cuantos, no muchos, a curar. Porque los madurados le salían más caros. Había que echarles aceite y pimienta y, además, menguaban. Y si, encima, enmohecían y se echaban a perder, arruinaban el negocio.

Así que, si querían, podrían quedarse a cuidar del aprisco mientras él se iba a vender leche y así se ganarían las sopas canas o el ántima que se comiesen hasta que apareciese Lázaro. Aunque, avisó, el contacto podía ir para largo. Porque, en ocasiones, que se hicieran a la idea, el guerrillero se perdía por ahí durante largas temporadas.

No fue el caso. Al poco, aunque ya estaban a punto de matar la burra para acecinarla, Lázaro se presentó, una gélida noche, con cara de haber pasado más hambre que un lobo estepario. Viendo solo a Miguel y el Aguardiente, se estremeció temiendo lo peor. Y se echó la escopeta de cartuchos a la cara. Les apuntó con las ganas que Alicia podía suponer. Tan malas que un corto silencio electrizó el chamizo. Pero, afortunadamente, Victorino apareció enseguida y, tras apartar una cortina que separaba la chimenea del sequero donde colgaba de unas varas los ganchos con la matanza, le pidió, riéndose, que bajara el arma. Luego, tranquilizados todos, se los presentó antes de servirle los restos de una sopa de ajo con tencas que parecieron devolverle no ya la color, sino la vida entera. Resucitó como Lázaro en el Nuevo Testamento, que dijo el Remedios. Pero no levantándose y andando, sino sentado y sorbiendo.

El guerrillero solitario no quiso desvelar ni su nombre ni sus raíces. Era evidente que estaba tan desesperanzado que se le habían pasado hasta los sustos. Pero siempre se temía lo peor y aguardaba que llegase el momento más fatal. De hecho, cuando el Veneno le propuso que se incorporase a su grupo afirmando que donde cabían cuatro cabrían también cinco, Lázaro le respondió que no se esforzase en ayudarlo porque todo era inútil. Entonces, el cordobés que siempre guerrilleó por la vieja Castilla la

Nueva y por Extremadura intentó animarle asegurando que algún día el partido iría a por ellos para llevárselos a Francia. Y él se rio escandalosamente. Sobre todo porque siempre había militado en la Ceneté y ya no se fiaba ni de Durruti si se le apareciese redivivo. Andaba, dijo de sí mismo para desanimar al Veneno, más colgado que un cerdo despellejado y listo para el destace.

Ese primer día de contacto, Lázaro iba tan apurado que, mientras comía, ni siquiera se quitó la pelliza de cuero negro bajo la que escondía dos cinturones de cartuchos. Era muy bonita. Tenía el cuello cosido con piel de vulpeja. Daba envidia.

Al Cambio le impresionó su estampa. El aire y la solana le habían curtido tanto la piel atezada, olivácea, que su rostro parecía picado de viruelas. Y regueros como de tierra reseca le apergaminaban el cuello y la frente. Pero en la mirada azul, que seguía resultando juvenil pese a su presunto pesimismo monolítico, advirtió rescoldos de esperanza y el ansia de vivir.

Al Veneno, explicó Lázaro, lo conoció en el grupo de Chaquetalarga. Y había vuelto a verlo, recientemente, por la zona de Cañamero. Pero hacía tiempo que no sabía nada de él. La última vez que se encontraron iba con una mano tan sanguinolenta y mal vendada que daba grima verla. Le contó, sin darle importancia a la lesión, que salía de sus guaridas siempre en grupo y solo daba golpes económicos fuera de la zona donde se escondía. Para alejar a sus protectores del peligro.

Le pillaron en una de esas expediciones. Y fue uno de Piornal que le acompañaba, un tipo corajudo que se llamaba Toribio y al que apodaban Parachuta, quien le contó lo ocurrido. Aprovechó que fumaban un pitillo apartados del resto de los guerrilleros y le dio cuenta de los huevos que el Veneno le había echado al asunto de la mano. Por abril del cuarenta y tres, pocos días antes de que Lázaro se topase con él por última vez, habían asaltado una finca de Piedrabuena. Y los hijos del dueño los recibieron a tiros. Un disparo le voló dos dedos al Veneno. Fue más aparatoso que dañino, pero el dolor le hacía gritar como un cochino al que estuvieran degollando.

Volvieron urgentemente al refugio, en la casa de un pueblo que no desveló, y como no había médico al que acudir, él mismo, Parachuta, cogió unas tenazas y le arrancó las dos falanges que le quedaron colgando. Lo hizo, por supuesto, sin darle al Paco más anestesia que un aguardiente blanco con más grados que el alcohol de quemar. Se lo restregó en la herida, por fuera. Pero lo que más le calmó fueron los tragos que se metió para el colete. No es que le hicieran mucho efecto, pero le fueron al pelo. Y la prueba fue que se relamió con ganas mientras seguía dando gritos.

Luego, claro, pasó lo que pasó. La cura fue bien, pero el ojo lo perdieron, dijo el Remedios acudiendo a un adagio que repetía su vecino de mesa, el avezado Acosta, cuando hablaba de los males de su común ex-Pesoe con el escatológico Martín García Vega, un periodista leonés al que apreciaba especialmente desde que le oyó contar que su abuelo, el tío Félix, había ayudado a los maquis en la montaña leonesa. El narrador rugoso pretendía, tirando de gracejo refranero, suavizarle la historia a la espantada Alicia. Pero no pudo evitar los gestos de dolor y repugnancia que, a pesar

de su oficio, puso la muchacha. Sobre todo cuando, en contra de su petición de que no entrara en detalles, siguió explicando que la operación había sido un desastre porque los huesos de ambos dedos se astillaron y la carne fue sanando lentamente entre sus rendijas. Entonces, echándole más coraje que Carrasco, el de la estatua del Rastro, Parachuta fue cortándole con una cuchilla de afeitarse la carne que le crecía entre las esquirolas. ¡Qué horror! ¡Los apuros que pasó el pobre!, concluyó el Remedios, escalofriado. Pero ahí lo tuvo.

Bueno. O lo había tenido. Porque, para cuando llegó Miguel a Almoharín, el Veneno ya había salido pitando para Francia con los suyos. Sin esperar, claro, al Pecé. Demasiado lo había hecho ya para entonces. Porque intentó contactar con la organización madrileña, sin fortuna, en dos ocasiones. Y no esperó a una tercera.

Tuvo que acelerar la escapada porque en julio del cincuenta y cuatro asaltó la finca Garrapata de Abadía, por donde el valle del Ambroz trepaba hacia Salamanca, y los guardias móviles se le echaron encima. Uno de su pandilla, Esteban, el fiel «Peñas Negras», tenía una úlcera sangrante y las fiebres le quebraron el ánimo y el cuerpo. No pudo resistir las marchas forzadas que emprendieron y cayó preso. La tortura, ¡qué si no!, hizo el resto. Acabó informando de quiénes constituían la partida. Y lo que fue peor, denunciando a los enlaces que habían sostenido al grupo durante años en la zona de Cañamero. Fue en ese punto donde se acabó el invento. Buscaron refugio por la zona de Plasencia y Segura de Toro que Parachuta conocía bien por ser de Piornal. Pero no encontraron nada. Nada de nada. Y no hubo más que hacer. No les quedó ni un último refugio.

El verano del cincuenta y cinco, apuntilló el Remedios, llegaron a Bayona bien jodidos. Aunque, al menos, la ausencia de los dedos salvó al Veneno, por inútil, de ser enviado a la Legión Extranjera. Y evitó sufrir otra guerra, la de Argelia.

El que no se libró fue Parachuta. Le dieron a elegir un alistamiento voluntario, entre comillas, o la devolución a las autoridades franquistas. Y se alistó. Lo malo fue verse obligado a luchar contra los buenos, sentenció el Remedios. Contra los que reclamaban legítimamente su independencia y sufrían las mismas torturas que la policía aplicaba a los suyos en España.

Como medios no faltaban, la ignorancia de la marcha del Veneno hizo que, sin saberlo, Miguel, el Aguardiente y el Mayoral, con quienes se había quedado Lázaro por ver qué sucedía finalmente, le esperaran en vano un par de meses. Y allí hubieran seguido, dándole al queso y las uvas, de no haber mediado, como suele acontecer cuando las cosas van bien, una desgracia imprevista.

Inesperadamente, se presentó en la choza otro enlace al que habían herido de un tiro en Alía. Cometió el error de emborracharse y pegarle un puñetazo a un falangista tan fanático que criticaba a Franco por ser tan blando, decía, con los enemigos de su Régimen. El energúmeno, un mal bicho de cejas apretadas, corpachón de orco y ademán chulesco, había colaborado como somatén desde que el ejército dejó de perseguir a los guerrilleros cuando le pasaron el muerto a la Guardia Civil para que la

lucha armada antifranquista fuera considerada, dentro y fuera de España, un problema de orden público. A cambio, le agradecían los servicios prestados con un buen cargo en el ayuntamiento.

El rompedor de cabezas sabía perfectamente que su rival había tenido contactos con la guerrilla, aunque siempre le perdonaron las veleidades democráticas porque tenía un tío metido a política en Madrid y era subsecretario de no sabían qué ministerio. La pendencia iba bien regada y no tuvo solución. «No hay cosa peor que los duelos de borrachos porque nunca hay vencedores, todos pierden», explicó el Remedios a la muchacha. Y eso fue lo que pasó. El facha, a la postre, acabó sin cargo privilegiado. Y el enlace, un labrador acomodado que apodaban Clavicordio, se llevó un botellazo que le abrió la cabeza y, de propina, acabó encerrado en el cuartelillo. Los falangistas locales, invocados por su camarada, acudieron a lincharle allí mismo, pero un guardia civil civilizado, temiéndose lo peor, le dejó escapar por una ventana trasera. Lo jodido fue que, cuando corría más velozmente que el alcohol por sus venas, un fanático armado con una escopeta de caza le descerrajó dos cartuchazos erráticos que, no obstante, le alcanzaron un hombro. Más por temor a lo que le pudiera pasar si se quedaba que por la herida, escasamente grave, el campesino optó por esconderse y esperar a que pasara la calentura del enemigo. Y como conocía personalmente al Mayoral, se presentó en su chamizo sin encomendarse ni a Dios, ni al diablo, ni a su tío el de Madrid.

El Clavicordio les pilló a los cuatro relamiendo sus cucharas tras dar cuenta de un cuenco de arroz con leche y se quedaron más desconcertados que Zamora sacando de la red un balón que le hubiera colado entre las piernas el nueve del Alcoyano. Tuvieron que improvisar sobre la marcha. Que si aquí un amigo de Guadalupe, que ahí otros tres de Talavera recién llegados a comprar quesos curados. Y así hasta que llegaron a un hola, qué tal, ¿cómo tienes la cabeza?, que disolvió por fin la tontería.

No pudo ser. Apenas si acababan de vendarle el cráneo abierto con las tiras rasgadas de una sábana vieja después de limpiarle la herida con agua salada y vinagre cuando, mientras sorbía el consabido cocitorio de jara y tomillo, se oyeron gritos en el exterior. Una voz chillona les paralizó: «¡Guardia Civil! ¡Salgan todos con las manos en alto!». Y salieron, pero por una puerta trasera que daba a las cuerdas. Todos, menos el Clavicordio. El herido acabó portándose. Optó por entregarse para dar tiempo a que los demás escaparan a lomos del caballo y llevándose en las mulas las armas y el tesoro. Ya se encargaría él, pidiendo ayuda a su familia de Madrid, de que no le hicieran nada, dijo con tranquilidad. Lo importante era, añadió agradecido, que lo peor había pasado. Y que, además, los falangistas ya no ordenaban a los guardias, como antes, lo que debían hacer. Algo había cambiado. Al menos en materia jurídica y métodos represivos. Porque ya no se mataba a nadie sin juicio, sentenció. Pero Miguel le contestó con sarcasmo: «Pues yo que tú, cuando salgas, no echaría a correr ni aunque me lo ordenasen a punta de pistola». Por si acaso. Por si alguno de los de fuera, añadió con malevolencia, había olvidado que la ley de fugas

estaba derogada.

Huyendo a brida corta, el tropezón de una mula permitió que un guardia que parecía correr más que Zatopek y Gento juntos se acercase a ellos peligrosamente. Miguel aprovechó la fuerza de su percherón alazán y giró hacia él para dispararle con su Sten. Apoyó el cargador en el antebrazo izquierdo, sin soltar las riendas. Y ya se aprestaba para el tiro cuando el guardia fijó los pies en tierra y aprovechó el mayor alcance de su máuser para dispararle una bala que peinó las crines del caballo y le hirió en un costado.

No cayó al suelo de milagro porque el dolor le hizo clavar las espuelas con tanta fuerza que a punto estuvo de salir disparado por encima de la cabeza del animal. No obstante, tuvo el aplomo necesario para contestar los tiros con una ráfaga que asustó al número cuando escuchó su estruendo. El hombre, sabiéndose aislado, optó por dejarlos marchar y esperar a que llegara la patrulla. Además, fiado a su buen ojo, estaba convencido de que había herido al bandolero y, más pronto que tarde, acabarían pillándole.

El Cambio y sus acompañantes improvisaron su último campamento en la ladera umbría del cercano Cancho Blanco aprovechando los restos de un dolmen que, aunque parecía un casco medieval aplastado por el martillo de un dios, les daba techo y les protegía del ábrego otoñal con sus paredes graníticas. Era uno de los dos megalitos escondidos en la finca de Pérez, cerca de donde los vecinos de Zarza de Montánchez celebraban su anual romería, pero difícil de ver por su complicado acceso. Allí, en el refugio medio derruido que Miguel ya conocía, acordaron separarse ordenadamente y proclamaron el sálvese quien pueda por donde mejor se le ponga. El Aguardiente decidió regresar a sus pastos vallexerteños y se comprometió a contarle a él, el Remedios, todo lo sucedido. Para que adoptase alguna prevención si se acercaba alguien a interrogarle sobre ese u otros asuntos relacionados con Miguel. Algo que, por ventura, dijo, no aconteció jamás.

Lázaro, por su lado, tomó el dinero y echó a correr por donde el Cambio le dijo que se iba, más rápido y seguro, hasta los pasos clandestinos de la frontera gala. Y el Mayoral, el más sureño de todos, se fue a Cádiz, donde tenía familia en el pequeño pueblo de Guadiaro, y pensó que, por su cercanía, a lo mejor encontraba trabajo en Gibraltar. Que allí, además, guiñó el ojo el anciano, había democracia.

Tras repartir las perras del estraperlista, Miguel guardó lo poco que le quedaba y retornó al cercano palacio de Torrealba para curar la herida del costado y despedirse de su padre antes de huir para Francia y juntarse allí con Alba Inés. Pero el perro de presa falangista de Torrealba, Sebastián Delgado, había olido el rastro de su sangre y le estaba esperando. Esa vez se había informado bien.

Analizando los pertrechos que encontraron abandonados en la choza del Mayoral y cruzando los datos con el testimonio del guardia Correcaminos, la comandancia de Cáceres estaba convencida de que los perseguidos eran el Veneno y los suyos. Pero el Bizco insistió. Probablemente era así. Seguro que se trataba del Veneno y de sus

bandoleros, asintió. Pero estaba convencido de que, además, el Cambio iba con ellos. Esa vez lo cazarían. ¡Por sus muertos!, dijo mientras besaba los dedos en cruz. Y hasta los inspectores que le atendieron y los falangistas que le acompañaban se preguntaron si se refería a sus antepasados o a las innumerables víctimas de su reconocida brutalidad.

Para entonces, el Bizco ya era alcalde. Y, sin dejar de ser un preboste de la Falange provincial, había sumado a su condición sanguinaria la de político oficial del Régimen. Tan contento. Porque a la postre, consideraba que, varios siglos después, había hecho lo mismo que el primero de los Génova. Se había quedado con las propiedades de los rojos, culpables de serlo o no, y acabó casándose con la rica del pueblo para asentar su condición de pequeño burgués con aspiraciones de llegar a más. De manera que, por fin, al margen de las jerarquías militares, mandaba directamente sobre el sargento, el cabo y los cinco números que ya tenía el cuartelillo.

Ordenó que un par de guardias se apostaran en la puerta delantera del palacio y otro en la poterna posterior. Y hasta ofreció a los vecinos, extraoficialmente, una recompensa económica por cualquier información que permitiese conocer el paradero del Cambio, sobre todo si se descubría que andaba por el pueblo o se había ocultado en el palacio.

Al principio no le sirvió de nada porque Miguel llegó a caballo hasta el pasadizo del pozo y se había colado en el palacio sin problemas. Había pensado dejar la montura dentro del túnel, junto a un abrevadero escavado en la piedra que pensó llenar provisionalmente con la hierba de la orilla del río. Pero comprendió que no podía esperar a trasladarlo hasta las cuadras y optó por pegarle un tiro de gracia en la cabeza. Cuando le forzó a tumbarse, miró agradecido sus ojos desorbitados. Aunque había cerrado la gran piedra de la entrada y parecía innecesario, utilizó una manta como silenciador para tranquilizarlo. Y disparó. El relincho final hizo que se le astillaran las entrañas. Y la herida del costado le volvió a sangrar inexplicablemente.

La luna menguante arrojó los saltos que dio desde el pozo hasta la puerta interior del palacio. Seguro que se acordaba, dijo el Remedios a la muchacha. El dintel estaba situado debajo del ventanal de su habitación y ascendió por las escaleras sin hacer ruido. Llegó a oscuras hasta la cama y se tumbó sobre la colcha. Sintió un frío intenso que le hizo tiritar. El pequeño charco que formó la ropa mojada sobre la colcha se mezcló con la sangre de la herida y le hizo comprender que no podía quedarse dormido ni un minuto, aunque el cuerpo y la mente se lo pidiesen a palos. Recordó. Antes de separarse, el Aguardiente le había desinfectado los agujeros con sus mejunjes caseros y le confirmó que la bala, atravesándole el costado, había pasado de él. Después, le había lavado con agua y jabón los orificios de entrada y de salida. Y ahí que lo dejó. Pero con una advertencia. No podía realizar ejercicios físicos que pudieran reabrir los boquetes o impedir la cicatrización. Es decir que, sobre todo, no podía cabalgar. Pero ni caso. Tan testarudo como siempre, no le obedeció. Hizo

justamente lo contrario. Y así le había ido.

Cuando el Piteras entró por la puerta, Miguel pensó que era un brujo. No podía imaginar cómo se había dado cuenta de su llegada. Y, menos, que acudiera con una bandejita de plata en la que portaba una inyección de penicilina lista para ser inyectada. Le pareció demasiado. Pero no. Solo era, como siempre, el fruto de la inteligencia natural de doña María Luisa Valiente, su mujer.

La anciana seguía siendo única. Cuando llegó al palacio la noticia de que en la sierra de Montánchez se había producido un tiroteo y hubo heridos, supuso que el asunto podría tener algo que ver con su Miguelín. Y no es que le diera un vuelco el corazón, que ya no andaba para eso, abundó el Remedios. Ni que lo adivinara por arte de birlibirloque. ¡Qué va! Ni por asomo. Se trataba de algo mucho más elemental. Sencillamente, lo había deducido. Calculó que podía ser él. Con todo, lo que resultó más extraordinario a los ojos de Miguel, cuando se enteró, fue que lo tuviera previsto desde hacía varios años. Para ser exactos, desde que llegó a España la penicilina y se enteró de que era tan cara que solo podían comprarla los ricos. Entonces convenció a don Alejandro de que sería bueno tener algunas dosis almacenadas y renovarlas cuando caducasen. Para combatir sus fiebres de anciano, precisó. O los problemas derivados de las gripes y catarros que cada vez le achuchaban más. Pero no fue por eso. Cuando el Remedios habló después con ella para preguntarle cosas del Cambio, le respondió que siempre presintió que su pequeñín volvería algún día. Como hizo cuando acabó la guerra. Y, si regresaba por segunda vez, tal como habían ido las cosas, sería por necesidad, buscando protección. Para curarse de algo. ¿Y quién sabía de qué?

Lo del Piteras también fue muy sencillo. El torrente desbordado de la edad crecida ya no le dejaba dormir. Casi nada. Le dio por vigilar el pozo. Por si algún día, dijo para sí, vomitaba de nuevo al joven señorito cuando su fama de Cambio se hubiese consumido con el tiempo. Presentía, y así se lo repetía sin cesar a su mujer, que no moriría sin volver a verle. Y ella, aunque lo consideraba un disparate, no le insultaba cuando le escuchaba decir eso. Se comportaba de manera absolutamente contraria a la que ya era habitual. No le gruñía como cuando discutían por cualquier tontería. Lo hacía tanto, hablaran de lo que hablasen, que el Piteras no le daba importancia a sus agrias exigencias de que no dijera tonterías. Pero hablando de Miguel era distinto. Cuando cruzaban sus opiniones o sentimientos, el Piteras siempre intuía un poso de complicidad en la mirada de su esposa. Y concluía que ella, sin lugar a dudas, compartía su mismo convencimiento de que ninguno de los dos abandonaría este mundo sin volver a estrechar entre sus brazos a ese auténtico hijo que jamás tuvieron.

Los antibióticos fueron su perdición. Por más discretos que quisieron ser, atendiéndole ellos mismos en todo lo necesario, llevándole incluso la comida, lavándole y haciéndole la cama, una hediondez acre imposible de eliminar emponzoñó todo el cuarto. Ni las hierbas más aromáticas de doña María Luisa

podieron remediarlo. El hedor lo invadía todo y se filtraba sin remedio por las ranuras de la puerta cerrada de la habitación. La Piteras, sabedora de lo mucho que se asemejaban los efluvios, decía a la servidumbre, para disimular, que el olor apestoso llegaba desde la cocina. Que lo provocaba la fetidez de los huevos duros que cocía sin cesar.

La trampa no coló. Solo tres días después de que Miguel llegase, una mujer de la limpieza sospechó que allí había algo más que gato encerrado. Y pensó que la curiosidad, en esa ocasión, en lugar de matarla como al felino, iba a darle su buen puñado de pesetas. Tardó poco en descubrir la presencia de Miguel e irle con la cantinela al señor alcalde. Y el señor alcalde, sin encomendarse ni a Dios, ni al Diablo, ni a más autoridad que la de sus inflados menudillos, formó una patrulla de guardias y voluntarios para asaltar el palacio en menos que un preso ateo, obligado, rezaba un Padrenuestro.

Los dos días que los Piteras consiguieron mantener en secreto la presencia de Miguel bastaron para que padre, hijo y un espíritu más santo que el Santo ajustaran sus cuentas generacionales. La paloma se había materializado en la forma de una carta singular que le había llegado a don Alejandro pocas semanas antes. Se la había entregado un titiritero que acudió al pueblo por las fiestas del Cristo. El fantasmagórico volatinero se presentó en el castillo con su carricoche cargado de marionetas, pidió recompensa por sus representaciones de Maese Pedro resabiado y sorprendió al Piteras rogándole que avisara al señor de que llevaba una misiva para él que debía entregar personalmente. De entrada, el caporal se había mosqueado. Pero la dulce mirada y la sonrisa inocente del buhonero acabaron hipnotizándole. El marqués sufría entonces una indisposición reumática y le recibió en su despacho, recostado en un diván acolchado con multitud de almohadillas. El titiritero metió la mano en la escarcela que colgaba de su cintura y sacó un sobre blanco perfectamente lacrado. Se lo entregó al marqués como si fuera un Rey Mago vestido con andrajos, poniendo una rodilla en la baldosa y estirando el brazo desmesuradamente, tal que un títere, mientras inclinaba la cabeza con solemnidad.

Fue tan ceremonioso que don Alejandro, por no desgarrar el envoltorio, pidió al Piteras un abrecartas y abrió la misiva sin señas con un cuidado exquisito. Contenía un escueto mensaje, de apenas medio folio, pero estaba escrito con tanta delicadeza que las letras, sin serlo, parecían góticas. Leyó sosegadamente. Con calma. Ensimismado. Hasta que la conclusión y la firma le voltearon el corazón: «Dígale a su hijo que es usted abuelo. Libertad».

Apenas si detallaba lo justo para contar que había traído al mundo, en Francia, sin especificar ni el sitio ni el año, a un niño de tres kilos y cuarto, totalmente sano, al que había puesto su nombre. Añadía que ella se encontraba bien y confiaba en ver pronto a Miguel. Si escapaba hacia Francia, como proponía, debía ir a Toulouse y preguntar por ella en la sede del partido comunista. El español, no el francés.

Don Alejandro leyó el mensaje a su hijo, emocionado, cuando le remitieron los

desabridos altibajos de la fiebre. Y ninguno de los presentes, ni Génovas, ni Piteras, pudieron contener los lagrimones.

Al Cambio le encendió la cabeza una fiebre paralela, distinta a la bacteriana que sufría. Tenía que huir cuanto antes, escapar a Francia por donde pudiese. Y costase lo que costase. Nada ni nadie, se dijo alterado, podría evitar su marcha, el reencuentro con Alba Inés. Ni todos los dioses juntos impedirían que sostuviera en sus brazos al último Genovés.

Eso pensaba, entre subidones y bajones de la calentura, cuando le avisaron de que el Bizco le había descubierto. Lo hizo en el momento más álgido de la enfermedad, cuando la fiebre mermaba su lucidez y le hacía delirar como un loco. El Piteras fue corriendo a decirle que se escondiera porque le habían informado de que el alcalde, resuelto a acabar con su vida a cualquier precio, iba a por él con un montón de hombres armados hasta los dientes. Pero no tuvo tiempo. Ni fuerzas. Con la cabeza dándole más vueltas que un desenfundado tiiovivo de feria, pidió que le acercaran a su padre, para despedirse. Y mientras esperaba, se levantó y dejó amontonado su pequeño arsenal en un rincón del cuarto, al lado del ventanal.

Don Alejandro, débil y encorvado hasta el punto del interrogante que conformaba su espalda, asomó a la puerta. Padre e hijo se besaron con fuerza en las mejillas. Se abrazaron como si el techo se les cayera encima. El viejo marqués cogió su escopeta de cartuchos mata osos y un cinturón repleto de balas de caza mayor que siempre compraba, por encargo, a la Unión Española de Explosivos. Las mejores. Y las más devastadoras. A media distancia, abrían boquetes como puños en el cuerpo de un lobo. Ya era hora, dijo, de probar esas postas en el pecho de un fascista. «Si ese Bizco levanta su pistola contra ti, le vuelo la cabeza», comentó sin asomo de temblores. Pero Miguel, asomado al balcón, le gritó que no hiciese el tonto, que se retirase. Sería él quien se encargase de su propia defensa porque estaba preparado para todo tipo de acosos y sabría responder a los asaltantes. No quería que ninguno de los suyos muriese por su culpa.

El Cambio no convenció ni a su padre ni a sus siervos más viejos, los que llevaban trabajando en el palacio desde que él nació. Don Alejandro, al que acompañaban en piquete sus hombres armados, se fue renqueando hasta la puerta principal. A plantar cara a la tropa del alcalde, proclamó. Y en duelo a muerte.

Porque, para entonces, su odio contra el Bizco era tan visceral que estaba dispuesto a morir matando. Consideraba que, si lo escabechaba, el Señor le perdonaría por la buena obra de acabar con un perro rabioso. Y lo demás, los hombres, la injusta justicia que vivían, el mundo miserable en el que, pese a su riqueza, se asfixiaba, le importaban medio pito. Que el Régimen hiciera con él lo que quisiera. Que le aplicaran el garrote vil. Lo que fuese. ¡Qué más daba! Pero siempre, eso sí, después de que se llevase por delante a ese monstruo que él mismo había engendrado cuando le ordenó matar al Templao.

Miguel, debilitado, no pudo impedir que el grupo de ancianos que encabezaba su

padre acudiera a enfrentarse con la pandilla del Bizco. Desde el ventanal que daba al patio del pozo apenas distinguió sus encogidas figuras fantasmales. Marchaban, resueltas, hacia la puerta principal. Pero él las veía borrosas en medio de la neblina que seguía provocándole la fuerte calentura. Entonces, por última vez, quiso gritar a su padre que no hiciera nada, que era una estupidez. Pero perdió el apoyo en el balcón metálico y cayó hasta el suelo deslizándose por los batientes de cristal de las ventanas.

Ellos, sus defensores, decididos, se detuvieron en el gran portalón y, sin protegerse, a pecho descubierto, cegaron la entrada con sus cuerpos. Formaron una fila compacta que impresionó a la cuadrilla, aunque era mucho más numerosa. Las bocas de las escopetas y de los fusiles brillaban menos que las calvas o sus canas, pero la vejez no era un estorbo. Sus miradas relucientes manifestaban su resolución de morir, si era preciso, tremolando la dignidad que nunca habían perdido. Sin miedo. Dando miedo.

Fue un espectacular duelo al sol. Lo precedió un silencio tan intenso que hasta las hambrientas cigarras parecieron sumarse a la transcendencia del momento acallando sus chirridos. El cabo de la guardia civil quiso imponer sensatez y ya se disponía a pedir al marqués que depusiera su actitud, por el bien de todos, cuando el Bizco, envenenado, apretando los dientes con rabia, disparó una ráfaga de naranjero sin mediar palabra. Dos viejos mozos de cuadra cayeron de bruces. Por un instante, los sorprendidos presentes, sin distinción de filas, se quedaron atónitos, mudos como el aire quieto.

Don Alejandro fue el primero en reaccionar soltando, tembloroso, un cartuchazo contra el Bizco. No acertó, pero deshizo el tricornio del cabo que estaba a su lado, sin herirle. La marimorena que se formó entonces causó estragos en las dos filas enfrentadas. Los ancianos mataron o hirieron a un guardia y dos falangistas. Pero lo pagaron caro. Cuando el cabo ordenó que cesaran los disparos después de que se rindieran tirando las armas y levantando los brazos, solo quedaban en pie cuatro de los once que salieron. Uno de ellos levantó ligeramente el cuerpo del marqués, malherido, y se aprestó a salvarle la vida taponando las heridas con su pañuelo. Pero el Bizco se acercó y, con la frialdad del desalmado que llevaba dentro, le descerrajó un disparo en la frente mientras permanecía en el suelo agonizante. Después, apuntó al campesino que lo sostenía, todavía arrodillado y, afortunadamente, el cabo le agarró la muñeca y le obligó a disparar al cielo cuando se disponía a rematarlo de idéntica manera. Luego, dos guardias le atraparon por los brazos y le obligaron a calmarse antes de soltarle y devolverle el arma. El Bizco, enfurecido, sin pronunciar palabra, se dirigió entonces hacia el interior del palacio y todos, asustados por su fama y sus violentos ademanes, le siguieron sin chistar.

Cuando rodearon el patio, protegiéndose detrás de las columnas y las grandes macetas que había alrededor del pozo, los agresores se quedaron patidifusos. Del dintel de la ventana salía, a todo volumen, el sonido de una copla que reproducía un

gramófono. Era uno de los últimos pasodobles que León y Quintero habían escrito, con música del maestro Quiroga, para Concha Piquer. Don Alejandro se lo había comprado a Miguel hacía solo unas semanas. Por si volvía algún día. Quería que lo oyera para expresarle con el disco la admiración que sentía por su lucha y el cambio que su valiente comportamiento había producido en su personalidad y en sus creencias. Pero ni siquiera había tenido tiempo de comentarlo con él.

Afortunadamente, doña María Luisa se lo había puesto bajito al Cambiao, varias veces, desde que llegó. Lo hizo para que le ayudara a descansar con sus notas vibrantes, tan tiernas y emotivas. Y Miguel, combatiendo el cansancio de la fiebre, se había aprendido la letra en un día, de un tirón. Por eso, tras oír el tiroteo exterior, puso la vieja gramola que acompañó su adolescencia a todo lo que daba de sí. Imaginó lo peor y había acertado. Los tiros fueron un aldabonazo que volvió a dispararle la fiebre. Dominado por la demencia que le provocó la hipertermia, formó una barricada detrás del balcón de hierro fundido. Amontonó centenares de libros de sus estanterías y se atrincheró detrás esparciendo por el suelo su ametralladora Thomson, varios peines de balas, dos Astras cargadas y media docena de bombas de piña que sacó de los cajones de la cómoda.

Miguel puso el vinilo y asomó el fusil ametrallador por una rendija cuando vio que llegaba la tropa de Sebastián Delgado. Se preparó para cantar, a voz en grito, el romance de valentía *teñío* de luna blanca y sangre de Andalucía en campos de Salamanca. Pero en versión propia y a cuarenta grados centígrados por minuto. Oyó a sus espaldas: «Era *mu* poco en la vía, tan poco que nada era; por no *tené*, no tenía ni *mare* que lo quisiera». Y lo repitió porque eso sí valía. Luego se carcajeó como un enajenado y asustó a los de abajo. Nadie se atrevía a moverse hacia la puerta de entrada. «Embiste, toro bonito, embiste, por *cariá*. Morir se me importa un pito...». Y eso también valió. Sobre todo porque un insensato echó a correr hacia el brocal del pozo y Miguel aprovechó para acribillarlo antes de que diera tres pasos. Los demás hicieron fuego graneado contra el balcón. Pero sin más efectividad que la de romper las cristaleras. La Enciclopedia Británica y un compendio de las obras completas de William Shakespeare engulleron la primera descarga. Pero una de las ráfagas posteriores consiguió que una bala rebotada le alcanzase un hombro. «Quizás fuera *colorao er buré* que lo embistió y mordiéndolo su *costao* malherido le dejó», cantaba la Piquer. ¡Menos lobos!, ironizó. «Solo es un rasguño, morena», exclamó en voz alta.

El calenturón rozó el coma de los cuarenta y dos y le encendió la bombilla. A lo mejor, todavía, la plaza de Sevilla le veía pisar su arena amarilla, aunque, por si acaso, se despidió de la capa. «Adiós, capote de *sea* que fuiste mi compañero, morir en esta pelea es cosa de buen torero». Pero no, él no iba a *caé* ante la fiera, ni haría llorar a su serrana, ni habría campana que le doblase cuando amaneciera. De eso nada.

Tenía dos tareas que cumplir. Conocer a su hijo y ver el mar. ¡El mar!, recordó mientras le ardía el pensamiento. ¡Había estado tan cerca cuando fue a León!, dijo en

su nombre el Remedios. «Mira que lo pensó», explicó a la muchacha. Pero nunca sacó tiempo ni estaban las cosas para excursiones semejantes. No obstante, no quiso conformarse con las lecturas y las postales. Ni rendirse. De ninguna manera. Y se dijo que algún día, si lo tenía, que seguro que sí, le enseñaría a su hijo la inmensidad del océano. Iría a la costa, lo tomaría por la cintura y lo elevaría sobre su cabeza. Que mirase. Que contemplase bien la línea del horizonte antes de que el uso de la razón le estropease el goce.

Atrapado, quiso creer en su propia salvación. Irracionalmente, mientras los balazos despedazaban el cristal de las arañas, acudió a las palmas de las manos. Pero ya no sabía si las rayas llevaban tiempo ahí o habían crecido. Si la de la vida avanzaba hacia el futuro o aquella otra simbolizaba el final de sus días. Le hubiera gustado que doña María Luisa estuviese a su lado para leérselas. Pero estaba solo. Como le habían dicho que se encontraban todos los seres humanos cuando afrontaban su fin.

Dejó de contemplarlas. Las palmeó con fuerza y sintió que una cerilla le encendía el entendimiento al tiempo que un calambre le serpenteaba por todos los músculos del cuerpo. Se estremeció. Una explosión de luz cegó su mente. Pero ¿no era el Cambio? ¿No decían que andaba por los espejos como Pedro por su casa y penetraba en ellos bondadoso y salía bellaco, o entraba derrengado y volvía más sano que Sansón cuando tenía pelo? ¿No se contaba de él que lo mismo asesinaba a un cura porque sí que les dejaba a unas monjas, porque también, una carreta llena de viandas que había robado en cualquier almacén de ultramarinos? ¿Y no tenía a sus espaldas el espejo de balancín en cuyo cuerpo entero había comprobado durante tantos años, mientras se vestía, cómo se hacía niño, y después adolescente, y hasta un hombre de pelo en pecho y pelusa en barba? ¿No podía ser esa la puerta mágica que le libraba de la muerte con solo dar un paso más allá del cristal?

El Remedios acabó convenciéndose de que la fiebre se adueñó de su lucidez y la nubló. Años después, cuando los Piteras le contaron lo que había sucedido, solo cabía esa explicación. Por cómo quedaron los restos del cuarto, pasada la trifulca, Miguel debió de acabar creyéndose su propia fábula y, en un raptó definitivo de locura, echó a correr hacia el espejo e intentó atravesarlo dando un salto. Se pegó un trastazo tan morrocotudo que debió de romperse la nariz o la frente, si no ambas cosas, porque había sobrados restos de sangre esparcidos por la luna astillada. Incluso en el suelo. Pero, contrariamente a lo que cabía suponer, el golpe le espabiló. ¡Y de qué manera!

A continuación, realizó una maniobra tan inesperada que hasta pilló por sorpresa al meticuloso Bizco. Seguro que, comentó el Remedios para aclarar a la *doctorsita* que solo se trataba de una especulación razonable, el trastazo le devolvió a la realidad. Incluso resultaba posible que hubiese llegado a la conclusión de que lo que acababa de hacer era una tontería. Y de las grandes. Sobre todo si descubrió, como cabría esperar de su reconocida perspicacia, que tenía ahí, tan cerca, la posibilidad de huir de verdad. Porque, si conseguía alcanzar el brocal del pozo e introducirse en el

agua, le bastaría acceder al pasaje subterráneo y escabullirse cruzando el Salor.

Fue lo que hizo. De inmediato, serenado por el oportuno coscorrón, puso manos a la empresa. Recogió las pistolas del suelo y arrojó desde el balcón, a diestra y siniestra, un par de bombas de mano. Luego, aún renqueante, echó a correr escaleras abajo y al llegar a la puerta que daba al patio, espantó a los atacantes arrojando en abanico las granadas de piña que le quedaban. Sin permitirles reaccionar, echó a correr hacia el brocal del pozo en medio de los estallidos y disparó incesantemente, a dos manos, las pistolas que sacó del cinturón. Lo hizo con tanta destreza que vio caer un bulto en medio de la intensa humareda. Pero no se fijó.

La adrenalina le impidió calcular bien la velocidad que requería su plan de poner a salvo su pellejo. Y a solo unos pasos del brocal, sintió por todo el cuerpo los mordiscos punzantes de las balas. Pero las heridas no impidieron que aprovecharse su propio impulso final y saltase al agua, de cabeza, por encima del redondel de piedra.

La ira del Bizco fue descomunal, contó el Remedios mientras recuperaba la respiración perdida por el apasionamiento del relato. Sobre todo, añadió, porque cuando llegó al brocal no vio el cadáver de Miguel sino el agua enrojecida por su sangre. Disparó hacia el fondo una ráfaga de ametralladora y, cuando se le acabó el cargador, sacó la pistola y la emprendió a tiros con el azogue de las ondas. Pidió a gritos que sus hombres hicieran lo mismo y por un momento pareció que un chaparrón de pedrisco caía sobre la agitada superficie del agua. Pero, concluida la tormenta de disparos, el cuerpo no salió a flote.

Aunque el cabo le explicó que, probablemente, el Cambio se habría ido al fondo por el peso de las balas, el Bizco no se contentó. Fuera de sí, exigió a sus hombres que buscaran cantos rodados en el río y los arrojase al pozo hasta que el nivel del agua se desbordase. Y solo se tranquilizó, más bien poco, cuando terminó convenciéndose de que el Cambio había quedado enterrado para siempre bajo el talud aplastante de su ira.

Un punto de dignidad

Ese último sábado, el Remedios se presentó en Casa Manolo profundamente entristecido. Alicia se asustó porque tenía el rostro cadavérico, más pálido que Custer frente a Caballo Loco en Little Bighorn. Pero, sobre todo, porque solo pidió un vaso de agua para tomarse una pastilla.

El anciano contó, azorado, que acababa de ver cómo una niña pequeña asomaba la cabecita rubia por encima de la espalda de su madre, que la llevaba en brazos. Le había parecido un auténtico ángel. Y hasta la saludó enviándole un beso con la punta de los dedos. Pero la chiquilla le sonrió enigmáticamente y, luciendo sus dientecillos de nácar, le había dicho adiós mientras agitaba la manita hasta perderse por el fondo de la acera. Fue entonces cuando tuvo el mal presentimiento que le había postrado. Creyó, dijo aterrorizado, que la pequeña era la vida despidiéndose de él. Y que él, siguiendo la dirección contraria, había caminado hacia el agujero del olvido, el purgatorio de la buena gente.

Alicia quiso animarle cambiando el tercio y le rogó que le confesara la verdad de lo que pensaba sobre el destino final de Miguel. Pero ni por esas. Reposó la cara entre las manos, con los ojos cerrados, hasta recuperar la compostura. Y, sin ninguna explicación, como por arte de encantamiento, se le pasó el disgusto. Tanto que, sin que fuera a cuento, empezó a comentarle que había decidido comprarse un móvil de última generación, pero no por lo de las fotografías, la música y esas cosas, no, sino por el tamaño de las letras y el sonido, para ver más claros los mensajes y oír mejor el timbre de las llamadas y las conversaciones.

Alicia comprendió que estaba huyendo de la impresión sufrida y no quiso agobiarle. Pero tampoco quería quedarse con las ganas de satisfacer su curiosidad y volvió suavemente a la carga cuando el Remedios frenó su verborrea sobre la importancia que tenía Internet, su convicción de que el descubrimiento de la red mundial de interconexión de computadoras personales que tenían, ¿cómo se decía eso?, ¿módem?, marcaba una nueva era en la que ya nada volvería a ser lo mismo porque acabaría eliminando la ignorancia de la humanidad.

La *doctorsita* apreció la rendija y se coló como una lagartija. ¡Hombre, Federico! Primero habría que conseguir que toda la humanidad comiese. Y, después, que tuviera electricidad. Y, sobre todo, que supiera leer y escribir. Había cosas que, para bien o para mal, nunca cambiarían, añadió. Como la injusticia. Y, después de tanto, los seres humanos seguirían condenados a combatirla sin cesar. «Como hizo Miguel», concluyó tirando el anzuelo sin fortuna.

El Remedios volvió a escaparse. Que no se creyese, respondió. Todo acababa cambiando. Al final, los seres, las civilizaciones, los mundos, las estrellas, la vida en suma, todo seguiría transformándose sin cesar. Incluso después de perecer. Porque hasta los universos se morían. «Y llegará el día en que ni la nada se acuerde de la nada», sentenció desvariando. Pero quizás tuviera razón, reflexionó, y el problema no fuera ese. Por grandilocuente. Y porque, sin duda, lo importante era el viaje, no Ítaca. Que ya lo decía Pompeyo, comentó mirándola como un alquimista que acabase de transformar el plomo en oro. Sí. ¿No lo había oído? Eso de que viajar es necesario, pero vivir no. Lo repitió en latín, levantando la barbilla con ademán doctoral. «*Navigare necesse est, vivere non*», proclamó de mala manera.

«Ya, pero ¿y Miguel? ¿Qué fue de Miguel?», acabó interrumpiendo Alicia con la paciencia hecha trizas, casi irritada. Y ahí sí que le dio en la cresta. Porque dejó el quiquiriquí y liberó el sarcasmo. «Solo la curiosidad cautiva más a las hembras que las feromonas», dijo con ánimo de zaherirla. Pero la muchacha ya le conocía lo suficiente como para no caer en su trampa. Y menos para cabrearse. Estaba segura de que no pasaría un minuto sin que se arrepintiese. Y así fue.

Si la *doctorsita* quería saber lo que pensaba de verdad sobre lo que pudo pasarle a Miguel, dijo como si acabaran de empezar a conversar, quizás le bastaría saber lo que le comentó la última vez que habló con él. Afirmó que tenía la raya de la vida tan larga que se le salía de la mano. Pero añadió, mordaz, que cualquiera sabía lo que eso podía significar. O si tenía algún significado. Porque a esas alturas de la existencia, remató, solo estaba seguro de que las líneas eran el resultado de abrir y cerrar las manos durante tantos años y se correspondían con la mayor o menor firmeza de sus articulaciones. Las habían producido, sin duda, las charnelas de los dedos.

Había concluido que la quiromancia era tan falsa como la historia contada por los vencedores. Esa falsa ciencia interpretaba el dibujo de las manos como los juristas centrifugaban las leyes o los economistas descifraban el hambre. Descubrió, había dicho Miguel, que la única interpretación de las líneas de las manos que servía para algo era la dermatoglia, una rama de la medicina que permitía a los médicos detectar algunas enfermedades de origen genético solo con la observación cuidadosa de las palmas. Que se fijase bien en el palabro. Lo deletreó. De, e, erre, eme, a, te, o, ge, ele, i, efe, otra vez i latina y de nuevo la a, pero de cola. Así que, con todos los respetos para doña María Luisa y los que como él mismo, el Remedios, daban crédito a esas cosas, promulgó que la quiromancia no pronosticaba el futuro y, a menudo, como demostraban sus propias cicatrices, apenas si servía para desvelar el pasado.

Se rio, tosió y perdió el aliento. Cuando lo recuperó, estaba pálido, pero mantuvo la socarronería. De modo que ya se sabía, dijo entrecortando las palabras con los estornudos. Si Alicia quería pensar que Miguel había salido bien parado de la trifulca, solo tenía que fiarse de lo que dijo sobre la longitud de la curva que le cercaba el pulgar. O sea. Ni leches.

Las expectoraciones prolongadas le amarataron el rostro y recuperó la seriedad. Sobre el destino final del Cambio solo podía decirle que la razón le gritaba una cosa y el corazón le susurraba lo contrario. La lógica le invitaba a considerar que estaba enterrado bajo los cantos del río. Pero las entrañas, el deseo, la piel de arriba abajo le convidaban a la esperanza y sugerían que Miguel, aunque herido, había conseguido abrir la espita del pasadizo y consiguió escapar. De modo que él prefería imaginárselo bailando un pasodoble con Libertad, bien arrimadito, mientras un niño de nueve o diez años, sentado a su lado, se cubría la cara con las manos, los miraba por los dedos entreabiertos y se reía desvergonzadamente.

¿Y por qué no?, le había replicado la muchacha, alegre, excitada, casi sin darse cuenta de que ella misma también se estimulaba en falso arrastrada por el ansia de que fuera así, de que hubiera curado sus heridas y llegado a Francia. Y de que, después, junto a Libertad, hubiera viajado clandestinamente hasta Asturias para echar una mano en la creación de Comisiones Obreras, por ejemplo. Para luchar como siempre. Por lo mismo. Pero sin fusil.

Casi contemplaba la escena cerrando simplemente los ojos. Con Alba Inés abrazada a su cintura, habría llevado sobre los hombros a su hijo hasta alcanzar lo más alto del cabo de Peñas, junto al faro, para que viera el mar y sintiera la esencia de la vida, el avanzar y retroceder de las olas del corazón, el sol enfundándose en el horizonte dentro de un sobre sellado, sin destino, que le enviaba al infinito. Sin abrir los ojos, sin decir ni escuchar nada, Alicia sintió allí mismo, sentado junto al Remedios en Casa Manolo, la presencia carnal de un Cambio tan viejo como él. Y entonces, imponiéndose al mágico silencio que los rodeaba, se refirió, con voz entristecida pero firme, a la democracia española por la que había luchado tanto. Y repitió: «¡No era esto, no!, ¡no era esto!».

Por primera vez desde que iniciaron las conversaciones tantas semanas antes, Alicia pareció reparar en un detalle que consideraba esencial y del que nunca había hablado con el Reme. «Luchar como siempre», repitió. Y, antes de preguntar, como si de verdad fuera la Alicia de Carroll reencarnada, apoyó los codos en la mesa y los mofletes en las manos, acercó el rostro al del anciano y barrenó su mirada con los ojos centelleantes. Después de tantas traiciones, tantas amarguras y tantos sacrificios, preguntó, con voz de niña mala, por qué el Cambio había seguido combatiendo, por qué no abandonó nunca la guerrilla, qué le hizo resistir más allá de la razón e incluso de sus sentimientos tantas veces trizados. ¿De qué pasta estaba hecho?

El Remedios mostró su sorpresa y luego sonrió, como si nada. Pero ¿qué preguntas eran esas, Alicia?, ¿no lo había entendido todavía? ¡Si era lo más elemental

del mundo! Lo hizo por dignidad, hija suya. Por dignidad. ¿Por qué si no?, preguntó sonriendo sanamente. Si no hubiera hecho lo que debía, dictaminó, se habría sentido indigno de sí mismo. Y sí, Alicia, sí. Miguel no perdió nunca la dignidad. Esa fue su grandeza. La suya y la de todos los guerrilleros que aguantaron la batida hasta el final. La de esos hombres que, como dijo el bueno de Brecht y recitó Silvio Rodríguez cuando soñaba con serpientes, lucharon toda su vida. Los imprescindibles.

¿No lo comprendía? Era como lo de los caballeros de la Tabla Redonda buscando el Grial de los Sin Dios, el de la igualdad. O como el honor y la lealtad de los cuarenta y siete *ronin* que se hicieron el harakiri por fallarle a su señor. Incluso como el amor propio de los burgueses revolucionarios del Siglo de las Luces, aquellos que se suicidaban cuando descubrían que su vida no tenía sentido. Y hasta, si quería, semejante al sacrificio de la Dama de las Camelias cuando volvió a ser puta para salvar la honorabilidad del hombre al que amaba.

¡La dignidad, amiga suya, la dignidad!, exclamó poniéndose en pie como un Quijote de estampa sanchopancesca. Ese pundonor, esa autoestima, la grandeza de miras que parecía haber perdido definitivamente la España enana que habitaban, donde tanta gente se lo llevaba crudo con la excusa de que, si los demás robaban, por qué no lo iban a hacer ellos también. Ese patético país de los enanos, dijo airado, en el que, como había denunciado Celso Emilio Ferreiro en sus poemas contra Franco, los muros, las piedras y las tinieblas, los corazones de los hombres que a lo largo esperaban, seguían siendo de piedra. En definitiva, la misma España ruin cuyos políticos y, ¿por qué no?, también la mayoría de sus ignorantes ciudadanos que, desinteresados por completo de su pasado, habían dejado en la cuneta del olvido a los guerrilleros antifranquistas que combatieron hasta su último aliento. Y ¿por qué?, ¿para qué? Ya veía. Para disfrutar, presuntamente, de la renqueante democracia que parió la Transición.

La Constitución, insistió el anciano, se cimentó tan mal que al principio ni siquiera se estudiaba en los colegios porque los cursos nunca duraban lo suficiente para que la asignatura de Historia de España llegara, siquiera, hasta la Segunda República. Las nuevas generaciones apenas sabían nada de la guerra civil y del franquismo. Y menos todavía de los combatientes republicanos de la sierra a los que todos los gobiernos democráticos y la mayoría de los ciudadanos habían convertido, con carácter definitivo, en los Invisibles que empezaron siendo.

Era la puñetera historia de todo el siglo veinte, exclamó por fin el chapucero de almas. Y no solo la de España. La crónica de los pueblos cabrones que soportaron a sus dictadores con la cabeza gacha. La de las luces preclaras y las sombras profundas. Stalin devorando a Lenin, su padre político. Como Saturno, pero al revés. La democracia de la bomba atómica acabando con Tojo y salvando a Hirohito. Los norteamericanos dando cuerda a Franco por si el comunismo. Y después Palestina, Vietnam, Cuba, Chile, Nicaragua. Y Venezuela, Irak, Irán, Afganistán, Libia, Chechenia, los Balcanes... «¡La madre que los parió a todos!», acabó gritando. Y

puso al Manolo en pie.

Volvió a sentarse, exhausto, en la silla de madera. No se cayó porque Fonsfredo, alarmado por su vehemencia, temiendo el trastazo, se situó a su espalda y le afirmó el respaldo. Alicia, previsora, había retirado el vaso de agua hacia su lado de la mesa y el Remedios aprovechó el hueco para derramar sus antebrazos en el mármol, ocultar su rostro sobre ellos y sollozar como un niño. Pero aquel no fue el llanto de un anciano que chochease. Ni parecido. Fue la manifestación de una pena abisal que le salía de más allá de la conciencia, como si cada poro de su alma liberase de la prisión del desengaño una lágrima acerba. Alicia no pudo evitarlo. Le acarició la cabeza dulcemente, peinó sus canas ralas con los dedos y, por fin, tomó su rostro entre las pequeñas manos y estiró el cuerpo para darle en la frente un beso de hada madrina.

El Remedios la miró con los ojos anegados, hipando como un niño. Se rio dulcemente y le pidió perdón. Era que... Pero Alicia no le dejó hablar porque ya lo había dicho todo. Tomó sus manos con delicadeza y se las apretó como pudo entre las suyas, mucho más pequeñas, para que no temblasen. Los dos se rieron atontadamente. «Para ser un manitas hay que ver las manazas que tienes», ironizó la chica. Luego, sin saber por qué, trenzaron las miradas, entristecieron los rostros y ambos, como por ensalmo, compartieron el silencio espeso que dejó a su paso un ángel invisible, el de la memoria del Cambio.

Cuando se despidieron no sospechaban que se besaban las mejillas por última vez. El aire chirlero de Madrid disparaba escarpas de aguanieve. Pero no las asociaron, ni de rebote, con el gélido aliento de la muerte. Solo después, cuando la muchacha se puso a buscarlo por toda la ciudad, reparó en ello. Y en cómo titiritaba mientras se alejaba, Jovellanos abajo, camino del Bellas Artes, bamboleando la cabeza a diestra y siniestra como si fuera un muñeco de feria.

Sufrió lo peor de lo peor. Cuando el sábado siguiente no se presentó a la cita habitual, sin avisarla previamente por teléfono como acostumbraba, Alicia se estremeció desde el talón hasta la cresta. Decidió averiguar, sin demora, qué le había sucedido. Y le pareció mentira. Después de haber pasado todo ese tiempo juntos, el Remedios no había ido nunca a visitar su casa. Ni viceversa. Jamás le dio sus señas ni le habló de a quién debía acudir en el caso de que aconteciese cualquier percance grave. Descubrió que no tenía más referencia suya que el número del móvil. Y, tras telefonarle inútilmente a lo largo de todo el fin de semana, sin recibir más respuesta que la grabación preceptiva de que el teléfono no se encontraba disponible en ese momento y que intentase llamarle más tarde, por favor, decidió no esperar ni un día más.

Le buscó a diario. En vano. Los Fonsfredos de Casa Manolo le dijeron que no habían vuelto a verlo desde que estuvo con ella hacía dos sábados. También le explicaron que no tenían más datos suyos que los que ya conocía ella misma. Ni uno.

Alicia pensó en la forma de contactar con César, su compañero. Pero ni siquiera sabía si estaba vivo. Por ver si se topaba con él, recorrió el barrio de Lavapiés y fue

cuando se dio cuenta, por primera vez, de que no tenía ni una foto suya para mostrarle a los vecinos. Quiso creer que mucha gente reconocería a un viejo con pintas como las del Remedios. Pero nada. Incluso se fue a tomar cañas a Chueca confiando en que algún amigo homosexual le hubiera tratado alguna vez. Y hasta se le antojó que, a lo mejor, sabían algo de él en el Pecé. Pero no le dieron ninguna referencia. Ni una sola señal.

A la desesperada, supuso que Mimí le había conocido muy bien y consideró que podría tener noticias suyas. Hizo un esfuerzo y recordó la dirección del burdel de lujo que tenía en las Cuarenta Fanegas. Pero cuando consiguió las señas exactas, se topó con un palacete derruido que habitaba una comuna de okupas. Los chavales desconocían cuándo lo abandonaron y para qué había sido utilizado. ¿Dónde estaría Leonor?, se preguntó. ¿Qué habría sido de ella? Y de Vilajoana. O de sus chicas.

El mundo del Cambio, excluyendo la sombra perdida de Alba Inés, se había ido al pozo con él. Y aunque no quería temerse lo peor, solo le quedó preguntar por Federico Espejo, uno a uno, en todos los hospitales de Madrid. Aprovechó su condición de médica interna residente para acceder a las fichas médicas y confirmar los fallecimientos. No halló ni el menor rastro del Remedios. De modo que, por fin, totalmente desmoralizada, llamó a la policía. Para saber si estaba muerto, se dijo. O en prisión.

Pero tampoco.

Decidida a abandonar la búsqueda, convencida de que su querido Remedios había muerto, llevó a cabo, solemnemente, un intento definitivo. Fue a cara o cruz. Llamó a su móvil por última vez. Y que fuese de esa vez por todas, se dijo, lo que el más allá o el más acá quisieran.

El aparato recogió la llamada. El timbre seguía vivo. Sonó al otro lado varias veces. Hasta que saltó otra cinta y una voz metálica de mujer, indiferente, pronunció, como si se tratara de un entierro, las últimas palabras: «Este teléfono está desconectado o fuera de cobertura».

¡Desconectado! ¡Fuera de cobertura! ¿Pero qué burla del cielo era esa?, gimió Alicia. Y no pudo soportarlo. Desconsolada, con más pena que rabia, se echó a llorar. Por el Remedios, el Cambio, los Invisibles... Por toda la humanidad.

Dramatis personae

FEDERICO ESPEJO, «el Remedios» o «La Reme», Fray Benedicto. Autodidacta en todo. Cacereño. El gran amigo de Miguel «el Cambio».

ALICIA (sin apellidos). Leonesa. Médica Interna Residente. Activista del Movimiento 15-M. (Personaje real).

MIGUEL DE GÉNOVA MENESES, «el Marqués» y «el Cambio». De Torrealba (Cáceres). Fray Serafín en Los Pilonés.

DON ALEJANDRO DE GÉNOVA Y CARRASCO, padre del Cambio. Marqués de Valdencina. Cacique de Torrealba.

LEONOR ARTAJÓ, «Mimí la Exquisita». Madrileña. Cocota de lujo.

GREGORIO BARRAGÁN, «el Recogío». Madrileño. Amigo del Cambio en Madrid.

DON BENITO GOROSTIZAGA. Librero de la Cuesta de Moyano.

DOÑA MARÍA MANUELA PÉREZ, madre de Leonor. Prostituta humilde.

REMIGIO BONAIRE, «el Lechuza». Anarquista de Bujalance. Obrero de la Tabacalera.

MANUEL TAGÜEÑA. Militar republicano. Miembro de las Juventudes Socialistas y después del PCE. (Personaje real).

CORONEL MANGADA. Jefe de las Milicias del sur de Madrid. (Personaje real).

FERNANDO DE ROSA. Socialista italiano. Hombre de confianza de Francisco Largo Caballero. Muerto en la sierra madrileña al principio de la guerra civil. (Personaje real).

ALBA INÉS MADRUGA, «Libertad» y «La Lirio». Campesina de Torrealba. Comunista. Primer y gran amor del Cambio.

DOÑA PETRONILA GÓMEZ. Madre de Alba Inés. Comadrona de Torrealba.

LUIS MADRUGA. Padre de Alba Inés. Pastor.

ELPIDIO MADRUGA, «el Templao». Hermano mayor de Alba Inés. Socialista de UGT.

LUIS MADRUGA, «el Rigón». Hermano pequeño de Alba Inés.

DOMITILO HERNÁNDEZ. Cabo de la Guardia Civil de Torrealba.

SANDALIO TORRES, «el Piteras». Capataz de don Alejandro de Génova.

MARÍA LUISA VALIENTE, esposa del Piteras. La *segunda madre* del Cambio.

SANTIAGO DELGADO, «el Bizco». Jefe de Falange en Torrealba.

TENIENTE CORONEL RUBIO. Jefe del Batallón de Aviación del Ejército Popular de Madrid. (Personaje real).

ZENAIDA OKIN, «Aída». Traductora. Rusa de origen colombiano. Amiga del Cambio.

FRANCISCO FRECHOSO, «Pixín». El novio de Aída. Miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas.

JAUME VILAJOANA. Empresario catalán. Amante de Mimí. Falangista de última hora.

VIRGILIO LERET. Piloto republicano inventor del «mototurbocompresor». Primera víctima de la guerra civil en el ejército leal a la República. (Personaje real).

CIPRIANO MERA. Albañil. Líder anarquista y general republicano. (Personaje real).

EDURNE ARRIZABALAGA, «L'Ahopa». Guipuzcoana. Institutriz del Cambio.

JADZHI UMAR MÁMSUROV, «Xanti». Osetio. Agente secreto del Ejército Soviético y comisario político de Buenaventura Durruti que instruyó a los primeros guerrilleros del Ejército Popular. (Personaje real).

PAULINA ABRAMSOM, «Lina». Argentina. Traductora y compañera de Xanti. (Personaje real).

NICOLAY PASTUJOV, «Nicolás». Ruso. Maestro de dinamiteros en el campamento de Las Herencias. (Personaje real).

AQUILINO BOCHO, «el Torero». Guerrillero extremeño. De los primeros grupos de huidos. (Personaje real).

HERMENEGILDO BAUTISTA, «el Morao». Compañero de Bocho. (Personaje real).

FRANCISCO CORREA, «el Teto». Del grupo guerrillero de *huidos* del Torero y del Morao. (Personaje real).

MARIANO FLORES. Jefe de grupo de *huidos* que se sumó a los anteriores. (Personaje real).

IGOR TILKIN. Letón. Espía soviético. Compañero de Xanti.

IVÁN HARIS. Yugoslavo. Maestro de dinamiteros. (Personaje real).

PERE CARGOL, «el Angelet». Guerrillero comunista de Perpiñán (Francia). Amigo del Cambio.

CORNELIO DEL TORO, «el Matutero». Guerrillero extremeño.

NORBERTO BLANCO, «el Chalán». Guerrillero.

MAX TADEK. Polaco. Comunista. Jefe del primer grupo de los Invisibles en la guerrilla extraoficial. (Personaje real).

AMADOR. Exmaestro republicano. Guía de Carrascalejo.

DON DIMAS. Joven cura de Torrealba que prepara a Miguel para la primera comunión.

MARGARITA MONTOYA. Partera de los pudientes que trajo al mundo a Miguel.

LÁZARO. Corresponsal de la revista *Estampa*. (Personaje real).

ÁNGEL PEDRERO. Jefe del Servicio de Información Militar (SIM). (Personaje real).

ALFONSO COROMINAS. Segundo de Pedrero.

MENOYO, «Ginés». Obispo oculto en el burdel que se hacía pasar por camarero personal de Mimí.

ERNEST HEMINGWAY. Escritor. (Personaje real).

MIJAÍL KOLTSOV. Corresponsal de *Pravda*, enviado personalmente a España por Stalin. (Personaje real).

MIGUEL JULIO JUSTO. Voluntario mexicano. Jefe de grupo del Decimocuarto Ejército Guerrillero. (Personaje real).

TOM JOAD, «Jesús Manso», «el Largo». Guerrillero norteamericano de las Brigadas Internacionales. (Personaje de *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck).

BOB MERRIMAN, «Murderman». Capitán del Batallón Abraham Lincoln. (Personaje real).

GEORGE MONTAGUE NATHAN. Inglés. Homosexual. Comandante del batallón que se creó con los brigadistas supervivientes de los batallones Lincoln y Washington. (Personaje real).

MANUEL PICARDO. Cirujano jefe de la Decimoprimera División. (Personaje real).

FRANCISCO MIGUEL DE GÉNOVA. Stefano Gentile. Antepasado de Miguel. Creador de la estirpe de los Genoveses.

FRAY DOMÉNICO. Padre prior de los franciscanos genoveses que recoge al primero de los Genoveses en su convento.

MONIPODIO. Jefe de la cuadrilla de ladrones sevillana donde recalaba el primer Genovés. (Personaje de *Rinconete y Cortadillo*, de Miguel de Cervantes).

FRANCISCO PIZARRO. Extremeño. Conquistador del Perú. (Personaje real).

HERNANDO PIZARRO. Hermano mayor de Francisco. (Personaje real).

ANTON FUGGER, «el Fúcar». Banquero del emperador Carlos I. (Personaje real).

INÉS PIZARRO TUPAC. Esposa de Gonzalo Pizarro, hermano menor de Francisco. (Personaje real).

MATILDE MENESES. Madre de Miguel. Sevillana.

PETRONILO ALGABA. Quintacolumnista torrealbeño en Madrid.

SERAPIO PLANTÓN. Detective al servicio del Bizco.

CARLOS SANTOS, «el Nene». De Enlace-Pozuelo. Guerrillero con el Cambio en el Decimocuarto Cuerpo.

CARMELO SÁNCHEZ, «el Fraile». Soldado del tren atracado. Guerrillero de Carrascalejo.

LADISLAO SÁNCHEZ. Hermano de Carmelo. Socialista. Guerrillero.

PEDRO JOSÉ MARQUINO MONJE, «el Francés». Cordobés. Jefe guerrillero. Comunista. (Personaje real).

MANUEL GÓMEZ CANTOS, «el Carnicero de Extremadura». Gaditano. Teniente coronel de la Guardia Civil que reprimió salvajemente a la guerrilla cacereña. (Personaje real).

EMILIANO PLANCHUELO CORTIJO. Capitán de la Guardia Civil. Segundo de Gómez Cantos. Nacido en Montánchez (Cáceres). (Personaje real).

AMBROSIO ERANSUS IRIBARREN. Sacerdote navarro de Castilblanco. Comandante castrense del primer Batallón del Requeté del Sur. (Personaje real).

JOSÉ ISASA OLAIZAOLA, «Fermín». Primer jefe del Ejército Guerrillero del Centro por encargo del PCE. (Personaje real).

JESÚS BAYÓN GONZÁLEZ, «Comandante Carlos». Asturiano. Primer jefe de la Agrupación Guerrillera de Extremadura. (Personaje real).

JERÓNIMO CURIEL, «el Gacho». Extremeño. Segundo del Francés. (Personaje real).

ENRIQUE ÁLVAREZ CASTRO, «el Lobo». Guerrillero en la partida del Francés. El gran traidor. (Personaje real).

JOSÉ NOVOA OROPESA. Capitán de la Guardia Civil de Navalmoral de la Mata. (Personaje real).

PEPA, «la Clavelina». Cacereña. Dueña del burdel de Malpartida.

GERARDO ANTÓN, «Pinto». Guerrillero de la división del Francés. Natural de Aceituna (Cáceres). (Personaje real).

MANUEL BUENO, «el Maquinista». Comunista. Conductor de la locomotora que trasladaba material y guerrilleros de Madrid a Talavera de la Reina en el falso fondo de su tender. (Personaje real).

TIMOTEO RODRÍGUEZ, «el Jabato». Guerrillero cacereño. Huido de Carrascalejo tras la guerra. (Personaje real).

FRANCISCO BLAS, «Lenín». También de Carrascalejo. Mano derecha del Jabato. (Personaje real).

CRISTINO GARCÍA GRANDA. Asturiano. Maquis en Francia y en España. Héroe de La Segunda Guerra Mundial. (Personaje real).

ADOLFO, «el Lotero». Cenetista. Madrileño de Tetuán de las Victorias.

GABRIEL LEÓN TRILLA. Dirigente crítico del PCE interior. (Personaje real).

PEPE OLMEDO, «el Gitano». Agente del PCE que asesinó a Trilla. (Personaje real).

FRANCISCO ESTEBAN CARRANQUE. El otro agente comunista que participó en el asesinato de Trilla. (Personaje real).

PEDRO SANZ PRADES, «Paco el Catalán». Castellonense. Comunista. Jefe de la guerrilla urbana madrileña Cazadores de la Ciudad. (Personaje real).

JOSÉ ANTONIO LLERANDI, «Julián». Nacido en Cuba. Comunista. (Personaje real).

MANUEL TABERNERO, «el Practicante», «Robert» y «Lyon». De Béjar (Salamanca). Guerrillero del Francés. (Personaje real).

JULIO NAVAS, «Fabián». Último jefe de la Primera Agrupación Guerrillera de Extremadura. (Personaje real).

ROBERTO CONESA. Madrileño. Inspector y último jefe de la Brigada Político-Social. Famoso torturador. (Personaje real).

MANUEL RAMOS RUEDA, «Ramos», «el Pelotas» y «el Coyote». Leonés. Gordonés de raíces anarquistas. Comunista después. Organizador de la guerrilla montañesa y urbana de León. (Personaje real).

MANUEL GIRÓN, «el León del Bierzo». Héroe de la guerrilla berciana. De Salas de los Barrios. (Personaje real).

MARCELINO DE LA PARRA, «el Parra». Dirigente de la guerrilla de León-Galicia. Nacido en La Robla (León). (Personaje real).

CABRERO. Guerrillero de Ramos. Acompaña a Miguel durante la ejecución de Marcelino Parra.

MARCELINO FERNÁNDEZ VILLANUEVA, «el Gafas». Asturiano. Socialista. Jefe de la guerrilla gallego-leonesa. (Personaje real).

FRANCISCO «EL CARRERA». Policía Nacional de León. De La Cabrera.

RUBÉN PASTRANA. De Cacabelos, el Bierzo (León). Enlace.

ANTONIO CRIADO, «el Toño». De Ponferrada. Guerrillero de la partida de Girón.

MIGUEL ARRICIVITA. Comandante de la Guardia Civil de Ponferrada. (Personaje real).

GABRIEL FERRERAS. Sargento de la Guardia Civil en el Bierzo. (Personaje real).

FRANCISCO MARTÍNEZ, «Quico». Berciano. Guerrillero con Girón. Comunista. (Personaje real).

ALEXANDER EASTON, «el Inglés». Espía británico en el Bierzo. (Personaje real).

DON FRANCISCO. El «cura rojo» de Encinedo. Amigo de Girón. (Personaje real).

JOSÉ RODRÍGUEZ CAÑUETO. Infiltrado de la Guardia Civil en la guerrilla del Bierzo. Asesino de Girón. (Personaje real).

CÉSAR CRESPO, «Fray César». Homosexual. Pareja del Remedios.

PACO DE PALACIOS, «el Aguardiente». Enlace guerrillero del Jerte. Amigo del Remedios.

FRANCISCO BLANCAS PINO, «el Veneno». Cordobés. El último guerrillero de Extremadura que huyó a Francia. (Personaje real).

LÁZARO. Guerrillero de Almoharín de nombre desconocido.

VICTORINO CORTÉS, «el Mayoral». Aprendiz de carpintero. Nacido en Almoharín.

Nota del autor

Que nadie tenga la certeza de que todos los personajes de esta novela, con ser auténticos la mayor parte de ellos, encarnaron corazón y calavera. Aunque este relato mama de la historia, lo verídico y lo fantástico la entreveran por completo. Muchos personajes son reales, como puede fácilmente apreciarse por quienes conozcan los avatares de nuestra guerra civil y los años oscuros que la siguieron.

Pero el autor, además de crear otros ficticios, incluso se atribuye la licencia de volver a dar vida literaria al Monipodio cervantino o al Tom Joad de John Steinbeck que protagonizó *Las uvas de la ira* porque ambos, entre muchos otros actores secundarios, ayudan convenientemente a recoger el espíritu de la época reflejada. Debo hacer constar, no obstante, que todos los guerrilleros y sus perseguidores, los grandes protagonistas de la narración —salvo Miguel de Génova, «el Cambio», y su adversario Sebastián Delgado, «el Bizco»— hunden sus raíces en la realidad de los acontecimientos históricos.

Este libro pretende desvelar la intrahistoria de aquella «otra» España de Franco sin ocultar los claroscuros que dibujan la grandeza y la miseria entremezcladas. Pero su meta principal ha sido poner en evidencia, una vez más, que solo la dignidad humana, tanto y tan a menudo pisoteada, nos diferencia de los animales irracionales. No oculto que también he pretendido demostrar que ningún sacrificio es inútil cuando se sufre en defensa de las propias convicciones sin escudarse, como tanto es costumbre en nuestros días, tras la mezquindad colectiva. O sea, eso de por qué no lo voy a hacer yo si lo hace todo el mundo.

Los maquis españoles, esos miles de valientes cuya memoria sigue viéndose obligada a combatir contra el olvido oficial, hicieron lo que les dictaba su conciencia porque, de no hacerlo, se habrían considerado indignos de sí mismos. Y la vereda hacia el futuro que abrieron en España, al igual que el sendero que abrió Sísifo en la asolada montaña de los Hades mientras cumplía la eterna condena de los dioses, abrió el camino que algún día acabará siendo la avenida de los hombres amigos de los hombres.

Agradecimientos

Muchos amigos que me ayudaron a documentar la novela van incluidos en el texto. Me gustaría reconocer también la colaboración de otros que no cito, pero han sido decisivos para su factura con sus revelaciones, su apoyo y sus obras sobre la vida de las guerrillas en sus territorios. El modo en que los ordena mi memoria no es jerárquico ni se aviene a su mayor o menor influencia. Con todos ellos tengo la misma deuda de gratitud y afecto.

Vaya mi más entrañable reconocimiento para los guerrilleros antifranquistas Florián García Velasco, «Grande», José Murillo, «Comandante Ríos», Gerardo Antón Garrido, «Pinto», Jesús de Cos Borbolla, «Pablo», Manuel Zapico, «el Asturiano», José Moreno Salazar, Benjamín Rubio, Miguel Padial, Esperanza Martínez, «Sole», Amada Martínez, «Rosita», Felipe Matarranz, «Lobo», Camilo de Dios Fernández, Antonio Pérez Barreiro, Consuelo Rodríguez López y Gumersindo Seigido. Para la enérgica y adorable brigadista internacional y presidenta fundacional de AGE, Adelina Kondratieva, ciudadana de la URSS nacida en Buenos Aires.

A la dulce e incansable Dolores Cabra, cuya contribución ha sido imponderable.

Al niño de la guerra Francisco Mansilla, presidente del Centro Español en Moscú, de quien recibí el galardón más preciado de mi vida profesional por ayudar a los guerrilleros antifranquistas a recuperar la memoria colectiva de su gesta.

A mis buenos amigos, modernos guerrilleros contra el olvido, Juan Barceló y Ángel Prieto.

A los historiadores Eduardo Pons Prades, Julián Chaves Palacios, Secundino Serrano, Justo Vila y Francisco Espinosa, también imprescindibles.

A los cineastas y documentalistas Montxo Armendáriz y Alfonso Domingo.

A mis amigos Amador Álvarez, diputado y alcalde de Carrascalejo, y Antonio Fernández Agudo, inspector de policía de Villarta de los Montes, quienes me ayudaron a visitar recónditos lugares de las guerrillas de Cáceres y Badajoz y me ilustraron sobre la fauna y la flora de mi tierra natal.

También quiero cincelar aquí el inconmensurable agradecimiento a mi madre, Inés Marcelo Polo, cuyo relato sobre su vida y la de mis abuelos, el pastor Luis Marcelo Meneses y la comadrona María Polo, heredera de la tradición oral extremeña

hasta más allá de la metáfora, abona el humus legendario de esta narración. De quienes sí cito en el libro, en ocasiones con trampantojo literario por homenajearles bautizando con su nombre a personajes ficticios, quiero destacar a Victorino Mayoral, Francisco Carrera, Carmelo Pastrana, Ignacio Silva Zancada, Antonio Criado, Pedro Trapiello, José Antonio Senén, José Luis Argüello, Domingo Cueto, Daniel Álvarez de la Torre, Julián Chaves Palacios, Luis Díez, Ferrán Casas, José Ángel García Longás, «Tximi», y Joaquín Arnaiz.

Y, por supuesto, doy gracias al universo entero por la sempiterna compañía de la mujer de la que soy costilla y padre de sus hijos, Berta Gordón Nuevo, el soporte auténticamente imprescindible de mi vida y mis escritos.